

pangea

Parte II: Defenestraciones voluntarias

para el mudo difractado

Qrlando  
tqrres

**Copyleft © 2019-2024  
por Qrlando tqrrres**

**Algunos derechos reservados. este libro o porciones de él, no pueden ser reproducidos o usados de cualquier manera sin el permiso explícito del autor si no van a hacer baratijas con el material encontrado aquí.**

**Si quiere distribuir este libro en línea, el autor pide que de menos no sean copias mal hechas.**

**No sean cuachalotes a la verga por favor, por amor a cristo.**

**Impreso en Alemania. Segunda edición, 2024.  
ISBN 9-7837583167-0-8**

**Producción y publicación:**

**BoD - Books on Demand  
Norderstedt  
ondasolas.de**





# Índice

<b>1 Partir</b>	<b>9</b>
Quinientos . . . . .	11
Javier . . . . .	32
<del>Cuguaña embarazada</del> . . . . .	38
Natalia . . . . .	46
<b>2 en Otoño</b>	<b>57</b>
GDL → STR . . . . .	58
Re: Natalia . . . . .	66
¡The frog! ¡It is in the frog! . . . . .	69
<i>Re: Re: Natalia</i> . . . . .	74
<i>Eine Karte nach Karlsruhe, bitte</i> . . . . .	87
<b>3 Mientras</b>	<b>101</b>
tanto, . . . . .	102
<i>la nieve</i> . . . . .	125
cede; la pausa . . . . .	151
<b>Interludio</b>	<b>168</b>
Anosmia . . . . .	168
09.03.2019 . . . . .	169
Muerte . . . . .	172
<b>5 Todavía</b>	<b>177</b>
Büchig . . . . .	177
<i>Sehr geehrter Herr Ruf</i> . . . . .	180
Sloterdijk . . . . .	188
<i>The First Days of Spring</i> . . . . .	204
Alexis . . . . .	206
Verasno . . . . .	219
Vollversammlung . . . . .	221

Domingo . . . . .	229
Lunes, 9:30:00 AM . . . . .	232
Pausas . . . . .	238
Москва – Baden-Baden . . . . .	243
92101 . . . . .	260
Mochicahui, 1 . . . . .	269
<b>7 Otoño II</b>	<b>279</b>
Incubación . . . . .	279
Manmeet . . . . .	285
Valentina . . . . .	288
<del>diablo</del> . . . . .	295
Krua Thai . . . . .	301
Warszawa . . . . .	311
さよなら, アレクシス! . . . . .	315
Paula . . . . .	318
Costa (R)ica . . . . .	324
Mercedes Verde . . . . .	329
<i>Life is alright on the Rhine</i> . . . . .	331
Mercedes Verde (bis) . . . . .	332
Saviors of Jazz Ballet . . . . .	345
Fear me, December <sup>1</sup> . . . . .	345
Cartera / Guten Rutsch! . . . . .	353
Preámbulo . . . . .	353
Estrasburgo . . . . .	356
F - Dm7(b5) - C . . . . .	365
<b>Disforia</b>	<b>384</b>
<b>Interludio</b>	<b>385</b>
<b>16 Dieciséis</b>	<b>393</b>
Frio . . . . .	393

Plötzlich.. . . . .	398
Friburgo de Brisgovia . . . . .	399
<i>Caché</i> . . . . .	401
<i>Ebenso Plötzlich...</i> . . . . .	406
剩男 . . . . .	410
Friederike . . . . .	412
Afuera . . . . .	418
<b>8 Perdida/Pérdida</b>	<b>427</b>
“ <i>No biographic in biology!</i> ” . . . . .	427
Epílogo . . . . .	443
postmortem . . . . .	444
“¡Oí Galera!” . . . . .	453
Fráncfort (en el Meno) . . . . .	463
Kanak . . . . .	473
Zesłaniec / Frankfurt (Oder) . . . . .	475
<b>microodisea</b> . . . . .	478
¡Gran Pecador! . . . . .	480
Preludio: Guadalajara . . . . .	480
¡Gran Pecador! (bis) . . . . .	483
¡Quién es este culiao feo! . . . . .	487
España . . . . .	495



# 1 *Partir*

(*Anfang*)

*“Al principio de los tiempos,  
había solamente tierra suelta en medio de aguas claras del Pantalasa que hacía que todo fuera lodo.  
Pangea. Eramos tod@s, una misma.*

*De repente, hace centenas de millones de años, nos separamos y todo se convirtió en direcciones, a las que íbamos, veníamos, y nos volvimos: Norte. Sur. Este. Oeste. Estábamos bien, así, de lejos. Norte y sur no eran, pero al menos, éramos. De repente, salvajes por el este. Y los que éramos, antes, de repente, no fuimos.”*

*“Pero habrá tiempo suficiente de dormir un poco cuando me muera. De estar sola, cuando te mueras.*

*Cuando me abandones.*

*Habrá venganza,*

te lo  
juro.”

## Cuatrocientos

*Esa vez, estabamos cerca, pero lejos. Todo eran guerras, opresión, persecución. De repente, todo se volvió un solo ☽, extendiéndose al sur, muy al sur. Más al sur. Hasta que la tierra termine. Todo lo que era distinto cambió de repente, y se empezó a hacer uno, tod@s nos hicimos el mismo. Un día, estando lejos, donde ni siquiera hablamos la misma lengua, nos convertimos en uno.*

Pangea.

*Estamos junt@s contra nuestra voluntad otra vez, sin esperarles. Mil cuatrocientos y feria.*

Pero me adelanto (demasiado)

en la historia.

Dos de octubre del año dos mil catorce de nuestro señor y salvador Jesús Cristo. 10 de la mañana, unos templados dieciséis grados centígrados.

Ahí empezó mi ineducada decisión  
de dejar de hablar en español  
y empezar a hablar en alemán,  
*por un largo tiempo.*

Tal vez, una exageración.

Por un lado, sabía que *en algún momento* tendría que hablar alemán, pero no sabía cómo, ni cuando, ni de qué manera transicionaría a decir, ingramaticalmente: “*Ja, natürlich, ich würde gerne freuen nach Deutschland kommen, um hier lebenslang zu verbringen*”; pero honestamente. Ese día de octubre, desperté en mi entonces cama, individual, que cambié por una caja de cervezas Victoria al Mayoral cuando todavía vivía en Ciudad Granja en Zapopan, Jalisco, como no había hecho los pasados dos años y medio. Hasta el día de hoy, he dramatizado el momento como un filme de antaño: En un momento de disociación absoluta de la estilización italiana en blanco y negro, menos los helicópteros rondando ese edificio de departamentos que le faltaba una buena pasada de asfalto para evitar daños a los guardafangos de los automóviles del vecindario, me miré en el espejo percutido del cuarto de baño que hube usado tanto tiempo para mirarme poco, y me vi con las barbas todas despeinadas e incompletas, la panza hinchida porque dejé de cuidarme lo hinchado desde hace años, y vi a un hombre que, *en su mente*, tenía idea de lo que quería hacer con su vida. Debí de haberlo hablado con mi terapeuta de pasada, diciéndole que todos los problemas de ira que tenía en el trabajo estaban circuncidiendo una falta de propósito que se

estaba cocciendo desde hacía años cuando no me pude ir a Ulm, en el estado de Baden-Württemberg, en el año 2008<sup>2</sup> del hijo del hombre, único de Dios, nacido del padre antes de todos los siglos. Repetía, incesantemente:

*“Cinco años, y me largo a la verga de este pinche rancho verguero”*

El plan estaba delineado con una precisión casi centimétrica, porque pensaba las cosas eran más sencillas: Con 23 años y muchas ganas de sentirme millonario con entonces 17,500 pesos brutos, 12,000 pesos netos de salario mensual. ¡La maravilla de vivir! – me decía, cuando salía con los plebes a pistear con ese dinero que se sentía ajeno, hasta sobraba dinero; tendría que ahorrar un poco para tener un sobrado en lo que obtenía un trabajo estable en Alemania: El viejo adagio de subirme al escalón social por los cordones de las botas<sup>3</sup>.

Todo el proceso de aprender alemán empezó a escondidas, como cuando era un niño pequeño aterrorizado de ser regañado por abrir el refrigerador justo después de haber almorzado “para ver qué hay”. Empecé a estudiar a escondidas en una aplicación de teléfono celular que me enseñó a decir: “Ich mag Apfel”, y algunas otras oracionejas simplonas

---

<sup>2</sup>En ese entonces, hubo una crisis mundial, una situación pendeja con gente millonaria que quería hacer que gente sin casa tuviera menos casa, en un intento por subir una línea, y esto tuvo como consecuencia que por varios años se destruyera cualquier fondo de apoyo a comunidades vulnerables y pérdida de trabajo para millones de personas. Como yo estaba muy vulnerable, de una vez se me quitaron las ganas de irme a Alemania esa década, puesto que tendría que pagar mi estancia en Alemania de mi bolsillo, y mi bolsillo en ese entonces nomás daba para pistear tecate blanca de promoción los domingos y comer tacos de cinco pesos por Federalismo y Juárez. Pinches millonarios vergos.

<sup>3</sup>Sí, sí, creía en la meritocracia. Tenía 23 años y mucha energía, por supuesto que creía en las mentiras de la escalera corporativa.

que no explicaban, por ejemplo, esas cosas del nominativo y genitivo y dativo. Ni me gustan las pinches manzanas, pero podía decirlo con certeza, en conjugación simple del tiempo presente. Así, como comadreja y, a pesar de todos los esfuerzos por evitar que me atraparan, me escondía para aprender alemán, más a pesar de sin embargo, me pillaron. La vez que me pillaron y me confrontaron, lloré mucho porque, como cualquier la comadreja que ha sido atrapada en el acto, busqué consuelo en la negación de mis artimañas. Lloré y lloré, sentado enfrente de una reja metálica roja que separaba un conjunto habitacional privado por Avenida Guadalupe y casi Periférico, y luego de hablar las cosas, ya en su casa, luego de un poco de ignorarlas, medio nos contentamos. Nos arreglamos tanto, que hasta me hizo a una fiesta de despedida, donde estuvieron el Alex, el Heriberto, su carnal, la María Aída y la Alma Renée<sup>4</sup>.

Ya después tuvimos tiempo de no hablar. Las cosas estaban, por decirlo menos, tensas en el hogar.

Para poder irme a Alemania, tuve que obtener papelería miscelánea demostrando que tenía una buena razón para estar en Alemania; suficiente dinero para sobrevivir por lo menos un año; y un pasaporte vigente. La razón que tenía era aceptable, solo quería escapar de –  
ya no quería estar con –

Conseguí unas cartas que me daban buenas razones para irme a Alemania, ~~una capacitación vocacional para trabajar allá de técnico electricista~~, completando así lo necesario que procesar mi visa en la embajada alemana en la ciudad de México, conocida en ese entonces como Distrito

---

<sup>4</sup>No hay necesidad de poner atención específica a estos nombres por el momento, son irrelevantes para el resto de la historia. Por ahora. A ustedes, sin embargo, si me leen, les agradezco. Gracias, amistades. Les aprecio.

Federal. El de-efe, *pa' los valedores*, el 8 de agosto de 2014.

Aquella vez, también, hablamos de ir a la terminal de autobuses de la ciudad de Guadalajara, que curiosamente no se encuentra en la ciudad de Guadalajara, sino en Tlaquepaque. En ■■■■■ la ciudad de Gudaljajaja, me dijo que me acompañaría a la estación de autobuses, supongo como un gesto de aceptación de la situación en la que estabamos embrollad@s en ese momento, y una especie de resignación a que las cosas cambiarían definitiva y permanentemente. Insistió en acompañarme, a pesar de que ella tenía su automóvil y me dijo que pudo haberme llevado, ~~pero bueno, no la juzgo~~<sup>5</sup>, y no le guardo rencor<sup>6</sup>. Ascendimos a un taxi en la avenida, y cuando se disponía a arrancar, un autobús rebasó por la izquierda, y el taxi se estrelló contra el autobús, causando un accidente vial. El taxi giró un poco, y esto causó que nos movieramos del asiento, aunque por fortuna tenía puesto el cinturón de seguridad. -, no lo tenía puesto, y fue golpeada ligeramente por la sacudida del golpe. El taxista se me quedó mirando un minuto y dijo: “Supongo que ya no quiere que lo lleve, ¿No?”. Y pues, no, señor, ¿Cómo vergas planea llevarme a la estación de autobuses si recién fue casi arrollado por un autobus, está tonto o que le pasa? Nos bajamos, y otro taxi nos recogió. - estaba bien, al menos, físicamente, pero me dijo que ya no iría conmigo. Yo me fui en el autobús de la noche, que arribaría a las 6 de la mañana a la estación central de autobuses de la ciudad de México. Al pasar por el acceso a la terminal, lo primero que se mira es un detector de metales resguardado por un policía panzón y con bigote prominente.

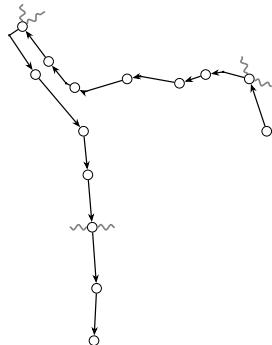
Pensé: “Espero que nadie vaya armado”. Tragué un poco de saliva,

---

<sup>5</sup>Haciéndome no-pendejo y conociéndome, escribo lo contrario a lo que pasó y estoy muy seguro que le dije que yo lo hacía solo, que no necesito de nadie, *a la verga*, y que me iba en camión.

<sup>6</sup>ídem.

y puse mi cara de preocupación como cuando me preocupan las cosas que pueden o no suceder. Subí al autobús asignado, el 257 con destino a la Ciudad de México, y tomé mi asiento, el 4A. Puse música en los auriculares e intenté dormirme.



Ese 8 de agosto de dos mil catorce año de nuestro señor Jesucristo, visité por última vez a Javier. Nos quedamos de ver en una cafetería que quedaba cerca de metro Polanco, en las cercanías de donde tendría la cita en la embajada alemana.

Llegué en la mañana a la estación de autobuses norte en la ciudad de México, por lo que tenía que hacer 2 transbordos para llegar a la embajada alemana: Línea amarilla, línea roja, línea naranja.

“Línea amarilla, línea roja, línea naranja” – me repito incesantemente para evitar olvidarme de la colección de pistas. Amarillo. Rojo. Naranja. Fácil. Bastante fácil, creo<sup>7</sup>.

Bajo las escaleras del metro, y compro mi boleto de cinco pesos con la taquillera, que recibe mis 20 pesos de mala gana. Los transbordos: Línea amarilla de Autobuses del norte, dirección Pantitlán. Transbordo en Instituto del Petróleo, de la línea roja, dirección El Rosario. Transbordo a línea naranja, seis estaciones hasta Polanco. *Ad infinitum*.

Tranquilo, hijuelaverga, sí vas a llegar a tiempo.

---

<sup>7</sup>He tenido muchos sueños con ese recorrido que hice de estación a estación en varias ocasiones. No recuerdo muy bien los detalles porque son difusos y siempre olvido anotarlos porque nunca sé si los voy a utilizar en el futuro. El sueño es más o menos así: A veces, salgo de la estación naranja y termino en una plazoleta, pero no me recuerda a ninguna en específico. Tal vez, a veces, me recuerda a la estación Universidad en Guadalajara, Jalisco, puesto que entré y salí muchas veces de esa estación cuando allí vivía. Después, tomo camino hacia los andenes, y el problema es que nunca acierto al vagón o andén correcto. Tomo vagones muy pequeños, o en la dirección incorrecta, o simplemente, despierto *súbitamente*. Fin del sueño.

Saliendo de la estación de metro de Polanco, retumban todos los sonidos de los automóviles entremañándose y sonando la corneta en consonancias de tercera y sextas, cuando no cuartas y quintas disminuidas, pitando en distintos volúmenes, haciendo *un cagadero, a la verga...* ruido. Ruido por todos lados. Tomo camino por la avenida Horacio, pasando a través del parque América. No me acuerdo claramente de esos parques.



En algún entonces, cuando vivía en la ciudad, se le conocía todavía como Distrito Federal, de lo cual no recuerdo muchas cosas. Recuerdo Santa Fé. Recuerdo Taxqueña, porque ahí vivía un amigo que tenía en la escuela. Recuerdo Mosqueta, y recuerdo que las calles estuvieron abiertas mucho tiempo mientras construían las líneas del metro que pasarían por abajo de esos departamentos. Recuerdo a una vecina que se llamaba "Getsemaní", referenciando a la Biblia. Recuerdo Tepito, pero no como un lugar violento y peligroso: Solo una vez estuvimos en una redada policial, pero no pasó mucho. Simplemente nos escabullimos. Recuerdo las habas con verdura, y los tlacoyos. No recuerdo haber estado en Polanco. Varios gobiernos y estrategias de mercadeo después, el de-efe se convirtió en la ciudad de México solamente, para propios, extraños, extranjeros y el público en general. De allí no recuerdo, mucho.

Comparado con el ruido de la avenida Presidente Masaryk, por esta calle de Horacio hay mucho... *Silencio*. Me quito los audífonos para cerciorarme porque el diferencial de volumen era... espantoso. El silencio disonante de Polanco. Polanco. Un par de niños con sus rulitos lindos caminando por el centro del boulevard, acompañados

por sus judías<sup>8</sup> madres que hablan de cosas a las que no pongo atención, porque traigo los audífonos puestos. Pasan por los puestos de flores, junto a algunas ancianas que están completamente blindadas del cagadero que es el resto de la ciudad de México. Al fondo, se observa el edificio triangular del Palacio de hierro, diseñado por un tal Sordo Madaleno. Triangular, y enorme. Impresionante, por lo ¿icónico? del edi-

---

<sup>8</sup>La referencia es sin dolo o un guiño contra la comunidad semita. Sobrecabe mencionar, sobre todo, que dado que en México la religión dominante es la católica, apostólica y romana, esta colonia concentra varias sinagogas erigidas en la década de los sesentas<sup>9</sup>.

<sup>9</sup>Para encontrar este dato, se utilizaron dos fuentes primordiales: El artículo “Out of sight: The many faces of Jewish Mexico”, de Vivienne Stanton, publicado en 2010 en el sitio web [diarioaudio.com](http://diarioaudio.com), aunque fue publicado inicialmente en una revista (ahora perdida debido a la degradación de los datos, solo accesible vía una máquina del tiempo en [archive.org](http://archive.org), con publicación original en abril de 2009. Ambos textos comparten muchos elementos testimoniales, pero el anterior tiene 3 párrafos que proveen de un mayor contexto, además de ser una liga viva no-archivada del documento) donde se detalla algo de la comunidad judía moderna, así como el origen de la que posiblemente poblaría la colonia Condesa, Roma y Polanco en el siglo XX: Dos migraciones sustanciales, durante el colapso del imperio otomano y tras la persecución europea de mitad de siglo, estableciéndose a lo largo y ancho del territorio mexicano. Destaca una visita guiada que se hace por la zona centro de la ciudad de México, mencionando dos sinagogas contiguas, erigidas en 1918 y 1945, por inmigrantes Sephardi siriæs y y Ashkenazis de Europa del Este, posiblemente de Lituania, respectivamente. La autora menciona que la riqueza de los inmigrantes judíos no sucedió de la noche a la mañana, sino que fue un lento y tortuoso avance a través de varias generaciones, que se movieron lentamente del centro de la ciudad de México hacia Polanco. A pesar de que la visita guiada se centra en Tecamachalco, se destaca que, salvo por ser víctimas del hampa por cuestiones económicas más que ideológicas (a pesar de que en ciertos contextos ambos conceptos son intercambiables, recayendo en una seria falacia lógica), la comunidad judía vive en una relativa paz dentro del territorio mexicano. El artículo cierra con una cita de Mauricio Lulka, anotando sobre la integración de la comunidad judía en México, donde dice no tener servicios profesionales específicos para servir a la comunidad judía: “Solo tenemos abogadæs, solo tenemos doctoræs. No tiene nada que ver con ser judiæ. Somos parte de la sociedad mexicana en todas sus formas. Solamente no nos casamos con ellæs. Me salta a la vista porque, de cierta manera, mucho de lo que leí de la comunidad judía en México es algo que me recuerda a mi experiencia alemana: Las amistades hispanohablantes; las comidas picantes y exóticas; el cilantro siempre en la nevera. Pequeñas marcas del terruño que no se borran fácil. En contraparte sobresalen las profesionales que me rodean: El Hausarzt, el Zahnarzt, las Kollegen, provenientes en su mayoría de Alemania imposible. Solamente, no me casé con una de ellæs. Pero, me adelanto de nuevo.

ficio. De los excesos de la gente con dinero. Las fuentes de agua clara se escuchan a lo lejos. Agua clara de Polanco. Polanco. Antes por ahí pasaba un río, que le da nombre a la colonia. No, miento. Era el apellido de un jesuita, amigo de Ignacio de Loyola. Ya no quedan ríos en la ciudad, todo se entubó, porque era demasiado inconveniente tener agua llena de miados fluyendo por ahí. Todo ahora son tubos, pero la naturaleza encuentra sus maneras y ahora todo se está hundiendo en lo que antes era agua. Ahora, solo son calles. Y colonias. Colonias. Colonias. Como siempre, los audífonos me han evitado durante muchos años la monotonía del ruido - para evitar escuchar al mundo, para evitar el murmullo, para callar a las voces *en la noche* que no se callan sino hasta que se hace de día - de los taladros neumáticos que están haciendo reparaciones en las calles contiguas al consulado alemán por la avenida Presidente Masaryk, hasta que llego a la calle Horacio. Camino por el ahora *silencio* de la avenida Horacio, aislado del cagadero que es la ciudad de México. No llevaba muy apretado el tiempo, así que no iba a paso apresurado para llegar a las nueve de la mañana, así que llegué con varios minutos de anticipación, porque escuché que a los alemanes les gusta la gente que llega temprano a las citas. Me quedaban algunos días de vacaciones del trabajo que no iba a usar (porque siempre fuí muy trabajohólico<sup>10</sup> cuando estaba chambeando<sup>11</sup> en Guadalajara) en otra cosa, así que decidí ir y venir el mismo día. Adicionalmente, creo que - no apreciaría que desapareciera tanto tiempo del apartamento. Menos ahora que las cosas estaban mal, en declive, terminándose de a poco. En la mochila solo llevaba el pasaporte; mi acta de nacimiento (el caso de que se necesitara, aunque nadie la pidió); unos cuantos pesos en

<sup>10</sup>trabajohólico: port. “trabajo” + “alcohólico”: del lat. “-icos” en sust. “perteneiente a”: Int. del Ing. “Workaholic”, 1. adj: Término derogatorio para señalar a las personas con una insalubre obsesión con el trabajo, con connotación al alcoholismo por su percepción social negativa en la integridad humana.

<sup>11</sup>Chambear: intr. 1. v. C. Mex. Trabajar. El padre de Julio, un amigo mio de Guadalajara, decía "chambar" con la misma connotación.

la cartera porque temía ser asaltado en todo momento; los audífonos; y mi teléfono móvil. En el otro bolsillo, llevaba una extrema ansiedad de que algo saliera mal, y luego, ya no tendría manera de remediar mi error. Tanto que he escuchado sobre la extrema legalidad en Alemania: Sin espacio a sacarle la vuelta, a “*dame un chance, carnal, nomás voy aquí a la vuelta*”. Nein, sorry, leider gibt's gar keine chance, juelavergen, dirían, si supieran que la vergen es lo mismo que la ídem. Entonces, todo tendría que salir exactamente como lo planeado.

Pero bueno, Orlando, tranquetas las metralletas.

Las cosas, paso por paso.

El edificio de la embajada alemana era bastante disimilar a la embajada que hube visitado para obtener visas para ingresar a los Estados Unidos de Norteamérica: Un guardia armado en la entrada de un edificio lleno de cámaras, avisos, notas de las cosas que se pueden y que no se pueden ingresar, una fila de personas esperando pacientemente, y en este caso, yo al frente de la fila. Me acerco tímido al guardia de la entrada: “*Qué tal, vengo por una visa de estudio*”. – “*¿Trae todos sus documentos, a qué hora tiene la cita?*”, enquirió, chilangamente. “*Sí, aquí tengo todo, a las 9*”, “*Se tiene que esperar hasta que sea la hora joven, por favor retírese*” – señalando el reloj, que marcaba quince minutos para la hora. “*Ah, bueno pues, chingo mi madre entonces*” – autosugerí. Una mujer de entre 20 y 50 años que estaba afuera del edificio estaba un poco desconcertada por el procedimiento, revolviendo los documentos que tenía en una carpeta amarilla entre sobres y sellos y papeletas dobladas apenas, señalizadas con papelillos verdes, azules, y rojos, todos con sus debidas notas al pie.

Esperé a que se acercaran los quince minutos faltantes reclinado sobre la pared del consulado. “*Espero que esto sea permitido*” – pensaba, mientras le daba vuelta a los papeles que tenía en mi carpeta tamaño carta: Acta de nacimiento, traducida y certificada en alemán; carta de aceptación, sellada y firmada por una oficina impronunciable; estados de cuenta (*no traducidos, pero supongo que los números son universalmente entendibles*); carta de seguro médico en México, suficiente para el viaje de llegada (dado que el seguro médico alemán funcionaría a partir de mi registro en el país). Vueltas, y vueltas le daba, para pasar los minutos. *De - ni quería saber, entonces puse el teléfono móvil en modo “No molestar”*. Al fin, a las 8:59 de esa mañana, me acerqué al guardia de nuevo, para decirle que estaba listo. Me hizo pasar por una máquina detectora de metales, y me dejó quedarme con mis llaves y mi teléfono móvil. “*Vaya, qué civilizadas,*

no como los gringos culeros<sup>12</sup>” – repliqué. Debido a que el tamaño del consulado alemán en la ciudad de México es relativamente pequeño (comparado, por ejemplo, con el consulado norteamericano de los Estados Unidos de Norteamérica en la ciudad de Guadalajara, en Jalisco<sup>13</sup>), solo había unas seis sillas, suficientes para las personas que se presentarían en la antesala para hablar con los cónsules.

Ingresé al edificio después de pasar por un pequeño corredor, tras entregar mi mochila vacía en la entrada con el guardia.

Aquí, de nuevo, tenía que esperar unos minutos. Se me llamó a la ventanilla 2 para entregar la documentación. Nada ocurrió fuera de lo ordinario durante el proceso de las preguntas iniciales: Me preguntaron que cuánto dinero tenía en mis cuentas de banco. Saqué entonces todos los papeles que tenía, que demostraban que tenía dinero en mi cuenta bancaria. Ocho mil seiscientos cuarenta euros, necesitaba comprobar que tenía en alguna cuenta de banco. Tenía que tener, entonces, ciento cincuenta y tres mil, trescientos treinta y tres pesos, con veintidós centavos. Quitándole o poniéndole ceros, aproximadamente contaba con ciento cincuenta mil pesos mexicanos: Cien mil pesos en efectivo, contantes y sonantes, y una segunda cuenta con los otros cincuenta mil pesos, en otro banco. Quitándole o poniéndole ceros o unos a la izquierda o a

---

<sup>12</sup>En la mayoría de las embajadas y consulados de los estados unidos de norteamérica localizados a lo largo de américa latina, no permiten el acceso con llaves, teléfonos móviles, radiotransmisores, mochilas, agua, pasta dental, unas galletas para la hambruna, bolígrafos, objetos punzocortantes, explosivos, materiales químicos o radiactivos. Esto por su parte ha creado una microeconomía del cuidado de los objetos personales alrededor de las embajadas y consulados, donde por unos cuantos pesos, se puede rentar un armario para encerrar estos objetos personales. Vaya, el sueño americano: Dejar que el mercado se regule a sí mismo, y por qué no, permitir que el pequeño contribuyente aproveche la innecesaria burocracia de no dejar pasar a las individus e individuos y/o endevedues con sus objetos personales a un edificio innecesariamente sobreeguardado. El sueño de vivir por siempre encerrad@s detrás de una jaula de cristal, vaya.

<sup>13</sup>Este consulado tiene hasta un pequeño patio donde hay varias decenas de sillas en filas interminables, porque el mercado será muy hijuelaverga pero, de menos, uno no tiene que morirse de la pena sentada. Las aguas las venden a precios exorbitantes en máquinas expendedoras.

la derecha, las cuentas cerraban y la cantidad que tenía era la necesaria. Me provocaba un poco de miedo que no consideraran esas segunda cuenta como algo sospechoso, a pesar de que podían ser utilizada en cualquier momento. Esperaba entonces que le fallaran las cuentas al/a cónsul, por andar corto de feria<sup>14</sup> por unos veinte mil pesos. “*Chingada madre, Qrlando, ¡Por qué compraste tantos discos de vinil! ¡Ni siquiera tienes un reproductor de viniles en Guadalajara<sup>15</sup>, de seguro ahí había por lo menos unos quince mil pesos!*” – me repetía mientras le daba vueltas y vueltas a las hojas de papel que tenía en una carpetita azul que me había regalado mi padre hace años para guardar documentos y evitar dañar las páginas al derramarle agua mineral<sup>16</sup> que tenía guardada en la maleta. Quería que mis papeles estuvieran lo más prístinos posibles. A fin de cuentas, estaba aplicando al consulado de Alemania. “*¡Sie sollten alles vollständig ausfüllen! ¡Wieder nach Hause, kein Visum für Sie!*”, – Pensaba que me diría el/a cónsul, si había una sola arruga en algún papel de los que traía en mi carpeta que defendí celosamente de las impertinencias del resto de los habitantes de mi mochila.

---

<sup>14</sup> *Feria*: del Lat. “*feria*” 14. f. coloq. Sin. Conjunto o fracción de instrumentos monetarios, medido en pesos mexicanos (MXN).

<sup>15</sup> *Mentira. Mi novia en ese entonces, el justo recién pasado cumpleaños* mío, me regaló un reproductor de discos de vinil, que mi hermana envió a mis padres y ahora está junto al reproductor de viniles que ellos tenían cuando mi hermana y yo éramos niñas.

<sup>16</sup> En México, al agua gasificada (o con burbujas) se le denomina comúnmente como “agua mineral”. El origen de la terminología es incierto, debido a que “agua mineral” puede ser cualquier agua destilada que contenga cualquier mineral, por definición. Por consiguiente, la gasificación del agua se hace mediante la agregación de dióxido de carbono, no a través de mineralización. Mal ahí, palabras.

Esperando.

HE<sup>E</sup><sub>E</sub> sperando.

Esperando.

Puse por fin atención a la cónsul. No recuerdo la cara de esa mujer. Debió ser *Rubia?* *Peligüera?* Yo estaba con nervios. No podía contenerlo, dado todo lo que estaba en juego. “*¿Me hablará en alemán?* *¿Pero ni hablo alemán!* *¿Qué hago?* *¿Hallo, alles gut, sehr nice?*” – Pensaba, mientras jugaba nerviosa con la carpeta en mano. Tenía el corazón acelerado, en ese cuarto con ventanas pequeñas, donde de un lado estábamos las pendejas que no nacimos en el norte global, y del otro, las personas que pueden decidir si está bien o no que les crucemos las líneas imaginarias que trazaron la política, los intereses particulares, y en los mejores de los casos, trillones de mililitros de agua salada que nos separaron hace miles de años.

“Buenos días.”

*“Espegge, pogg favogg<sup>17</sup>”*

Uy, uy, uy... esta pinche vieja<sup>18</sup> está de mal humor. Bueno, ahí van, documentos. Chau, los espero del otro lado.

Hubo una pausa sumamente extendida después de pasar los documentos por la ventanilla de vidrio mientras la querida cónsul hacía lo suyo. Estaba sumamente nerviosa por la cuestión del dinero. Asumí que la señora doña cónsul me preguntaría de dónde salió esa feria, que si soy hijo de algún narcotraficante famoso, que por qué quiero ir a Alemania, que si

---

<sup>17</sup> Utilizar fonemas en la literatura es en general desfavorecido, por presentar una falsa narrativa interpretativa de la dislalia fonética aprendida. Adicionalmente, se considera de mal gusto hacer uso de estos fonemas modificados por considerarse una burla a las deficiencias lingüísticas de ciertas personas. Sin embargo, y debido a que el alemán tiene varios grados de privilegio sobre mi persona, que chingue su madre las deficiencias lingüísticas de su chingada madre. La "r" es pronunciada como fricativa uvular sonora, en comparación a la alveolar vibrante del español, probablemente por alguna separación de las raíces anglo-germanas y las romances, después de la pangea, causando un terrible rotacismo, que me vino a morder el año años después.

<sup>18</sup> La deconstrucción de género no era una cosa ese año corriente.

que va a pasar con -, que cómo será la separación de bienes, que si sé alemán (no sé absolutamente nada de alemán, señora, chingado, ¡Deje de hostigarme pues a la verga chingada madre!), que si me gusta el *Sauerkraut*, que a qué equipo de futbol le voy (a ninguno, señora, no me gusta el futbol, ¡Máteme pues mejor hijuesu perramadre!) ...

## [ S i l e n c i o ]

Aaaaaaar  
g  
h

Era de ese silencio agotador, que es solamente una pausa entre pensamientos porque no puedo llenarlo con gritos incessantes de una banda de punk con un nombre impronunciable. Solo le daba vueltas a los dedos<sup>19</sup>. La cónsul me observa y dice con un acento que a partir de ahora reconoceré como el **acento alemán**:

*"Señogg Tqgges, aquí hace falta una hoja de su aseguggadogga, donde expliquen la póliza del seguggo."*

La puta peluda madre. ¡Un maldito papel arruinó todo! – Pensaba, con los labios enroscados por dentro de mis dientes, mientras veía fijamente al infinito por la incertidumbre de mi falta de atención en la lectura de la letra pequeña de los documentos.

Me empecé a desvanecer por dentro. Pensé: “Puta madre. No sabía de ese chingado papel culero, no sé si disculparme... ¿Deberé arrodillarme? ¡Por favor, no me niegue la visa, por favor, no lo haga!” – pensaba, pensando. Mis ojos se abrieron como esas veces que algo en realidad me sorprende y en realidad no tengo absolutamente nada que decir. Estaba completa, absoluta, y totalmente atónita.

“Y... entonces... ¿Cómo le hacemos?”

Más silencio. La cónsul toma una hoja de papel, y anota sumamente lento. No entiendo que está pasando. **Por favor, señora, deje de torturarme, ¡YA DÍGAME QUE ESTÁ TODO CANCELADO Y QUE ME**

---

<sup>19</sup>Dar vuelta a los dedos me recuerda mucho a la muerte. Cuando falleció mi abuelo, Tranquilino, fuimos a Los Mochis, Sinaloa, en un avión, en noviembre. Estabamos sentados escuchando la misa. Mi padre le daba vueltas a los pulgares entre los párense-y-siéntense, puesto que en ese entonces no había teléfonos móviles para matar el tiempo. El tiempo, sobre todo el que no pasaba lo suficientemente rápido, seguía demasiado vivo. Diosito santo bendiga los teléfonos celulares, por dejarnos matar al silencio.

REGRESE A LOS MOCHIS A PISCAR<sup>20</sup> TOMATES, PERO POR FAVOR DIGA ALGO!...

*“Señogg Togges, pogg favogg envíeme esa hoja a este coggggeo, pggefeg-gentemente hoy pagga empezagg el pggoceso de su visa lo más pggonto posible, ¿Sí?”*

---

<sup>20</sup> *Piscar* del náhuatl *pixca*. 1. f. Méx. En la labor del campo, recolección o cosecha.

Alivio. Sentía alivio por primera vez en meses.

*¿Así se sentiría estar feliz?*

*Eso espero.*

No lo sé. No lo sabía.

Agradecí en ese momento, tomé mis documentos y mientras, ajustaba algunas cosas en mi carpeta, fallando miserablemente. Me acerqué a una silla donde puse mi carpeta, y con calma, volví a poner los documentos alineados con la carpeta mientras otra gente pasaba a su entrevista. Escuché a una familia fresona<sup>21</sup> completa que traía al niño fresón<sup>22</sup> a sacar su visa de estudios “para que el niño<sup>23</sup> aprenda alemán durante el verano”, mientras la otra cónsul explicaba que hacían falta más documentos del estado de cuenta del padre para poder hacer válida la visa. Lamentablemente, en este caso, el proceso se tendría que empezar de nuevo... y el semestre ya casi empieza. Escuchaba la discusión del padre con la cónsul, mientras yo seguía poniendo un poco de orden con los recibos de pago, y me encaminaba a recoger mis objetos con el guardia de la entrada, donde los dejé para pasar al consulado.

Pinches fresas vergos, qué bueno que se van secos, a la verga.

De ahí, fui a comprar un café (puesto que me estaba orinando, y no encontraba un orinario público para hacerlo), haciendo camino a través de Avenida Presidente Masaryk para ver a Javier por última vez<sup>24</sup>.

---

<sup>21</sup> *Fresón,-ona*, Del sust. “fresa”: **adj.** *Sin.:* Perteneciente a estratos socioeconómicos altos.

<sup>22</sup>ídем.

<sup>23</sup> El tipo se pudo haber llamado Tadeo, Santiago, Iñaki, igual, no importa. No interesa el nombre del individuo, con sus pantalones bien planchados y colorimétricamente armonizados con una polo azul claro adornada con el cocodrilo *Lacoste*; peinadito de lado, con su cabello rubio recién cortado por algún barbero de confianza; una cara de pendejo malcagado, con el hocico lleno de metal para detener lo chueco de los dientes, y un caló arrastrado como si trajera piedras hirviendo en el hocico; eso me hizo llegar a la conclusión que era un joven de clase media alta, si no bien alta. Igualmente, que chingue a su madre el pendejo verguero ese y que bueno que no le dieron nada.

<sup>24</sup>(en ese entonces, no sabía que pasarían cuatro años hasta que volvería a verlo, de nuevo).

## Javier

"Quita tu cara de pendejo,  
Salomín... cómo me cagas".

*"Orlandito, como siempre es un gusto escucharte.  
¿Tienes hambre, comemos algo?"*

"Como sea, me vale verga. Es más,  
sí, vamos por un pancito. Yo te lo wa  
pagar, pinche jodido".

Siempre es un placer hablar con uno de mis amigos más entrañables<sup>25</sup>.

Pero las cosas no siempre fueron así.

---

<sup>25</sup>El Salomón no lo puede saber, no le digan que escribí esto, por favor.

Javier y yo nos conocimos cuando estábamos en la preparatoria. En este entonces, yo no sabía quién era él, y él no sabía quién era yo (inesperadamente).

Los dos estudiábamos en la misma preparatoria en Los Mochis, Sinaloa, México, allá en el año dos mil seis. Cuando estaba siendo severamente agraviado por la adolescencia, logré conseguir una beca académica del veinticinco por ciento de descuento a fondo perdido para estudiar en la secundaria<sup>26</sup> y, a pesar del acné, continué el estudio en un instituto privado, que me hizo la vida sumamente miserable.

La primera vez que me di cuenta que disfrutar de las cosas es un error, fue precisamente cuando empecé la secundaria. En ese entonces, yo todavía conservaba mis intereses de la infancia<sup>27</sup>, y llegué a la escuela con una mochila de Pokémon a cuestas. Yo adoraba Pokémon desde que tenía diez años. Jugaba con mi *Game Boy* en el patio de la primaria y colecciónaba parafernalia, revistas, juegos y veía las series de televisión. En ese momento, todo marchaba relativamente bien con mis gustos, porque todos éramos niños. Sin embargo, y canónicamente importante, nadie me dijo que al alcanzar una cierta edad la infancia se tiene que dejar atrás, porque es socialmente inaceptable ser un niñote de trece años que todavía juega a los jueguitos de niñitos tontos<sup>28</sup>.

Llegué el primer día de clases a la secundaria, completamente llena de gente desconocida, orgullosamente portando mi mochila de Pokémon, con alguna libreta y lápices o plumas, porque durante la primaria

---

<sup>26</sup>En México, la educación básica consiste de seis años de educación primaria, tres años de educación secundaria y tres años de educación terciaria llamada preparatoria. Para qué se preparaba uno, en realidad no se sabía. En Alemania, por ejemplo, la educación terciaria se divide para los trabajos llamados vocacionales técnicos, como alfarería, electricidad o plomería. Esto también se promueve desde la secundaria con los llamados trabajos de collar azul. Mamadas pendejas para mantener a una parte sustancial de la población como esclavos del salario.

<sup>27</sup>Aún a los treinta y ~~cincuenta~~ seis, años, siete si no me pongo vergas y le pico a la verga pa'cabar pronto.

<sup>28</sup>Porque a veces no solo hay que esconder eso que amamos. A veces, ni siquiera vale la pena hacer iníridónicamente, y es mejor entremezclarse entre la multitud, para que no lo anden chingado a uno por ser. A escondidas.

solo se nos permitía usar lápices, supongo como un símbolo de la inpermanencia de la infancia, y cambiada súbitamente por la indelebilidad del bolígrafo que se queda marcado para siempre en hojas de papel que se apilan una y otra vez, como costras que tardan años en desaparecer y forman otra epidermis... como recordatorio que nos van a enterrar a todas juntas.

Llegué y por ahí escuché que alguno de los del grupo se burló de mi mochila: “*¡Ja, ja, ja! ¡Ira nomás al plebe<sup>29</sup> pendejo! ¡Pika, pika, pikachu, pícame la verga mejor jajaja!*”. En ese momento, la parálisis tomó las riendas y todo lo que era, de repente, no quería que fuere. Todo se convirtió en disgusto, rechazo, y pánico: “*¡Puta madre! ¿Para qué traje esta mochila de niñas chiquitas? ¡Si ya estoy grande!, Ya estoy en la secundaria... ¿Pero que le gusta a la gente de la secundaria?*” – Pensaba, mientras a toda prisa, sacaba los objetos de mi mochila y los ponía, ordenados, debajo del pupitre<sup>30</sup> para no causar mayor conmoción, y me fui a los sanitarios más alejados de los salones de clase después de la primera clase, donde volteé la mochila para no mostrar las figuras que adornaban la bolsa por el resto del día, para evitar más burlas.

Funcionó. *Por ahora.*

---

<sup>29</sup> *Plebe*, Del lat. “*plebs, plebis*”: 1. **m./f.** *Sin.*: Niño o niña. 2. **pl.** Conjunto de amigos cercanos.

<sup>30</sup> *Pupitre*, Del fr. *pupitre*, 2. **m.** *Méx.*: Mueble que consiste de una silla con una superficie plana integrada para la escritura, usado en salones de clase para reducir el espacio por metro cuadrado usado para la enseñanza. También se conocen como mesabancos, aquí y allá.

Esconderme. *Cacher, en français*, Lo hacen, los venados, y lo hice yo consciente por vez primera que *algo está mal*. No por que yo lo pensara. No, esta vez, era algo por fuera. Con mi mochila invertida para evitar las burlas, aprendí a montar unos muros altos, largos, indivisibles. Quedó *eso*. Detrás, un niño que ama pokémon sonriendo, esperemos que no fuese lastimado por la circunstancia; lo que quedó afuera, muros negros, impenetrables, desplazados más allá del cémit, llenos de incomprensible contradictoria memética, a no ser honesto. La-la-la-La-la...

¿Queda un jardín lleno de flores de todos colores?

No creo.

¿Un niño al centro, en medio del ruido?

¿Arena. Un árbol sin hojas? Viento caliente sin dirección.

No hay manera de saberlo.

Hay que hablar con la *caché* primero.

Volví a casa algo desanimada. Tomé la mochila vieja que tenía por ahí guardada en el armario, porque tampoco teníamos dinero para comprar otra mochila para evitar ser abusado verbalmente otra vez. Cambié los lápices, las libretas y una lista de libros que tenía que comprar pronto, y dejé todo sobre mi cama. La mochila vieja era de un color del que ni siquiera me acuerdo ahora. Pudo ser verde, o azul, o incolora. La mochila de Pokémon, sin embargo, la puse debajo de la alacena, escondida en un rincón, donde nadie pudiera verla.

*Ahí, un guijarro se cayó en el suelo. Pasaron los vientos y los guijarros se hicieron piedras; una pared; un monolito, hasta el cémit. Retumba solo el silencio y la tristeza. Parle au la ché, SVP. De aquí, no sale*<sup>nadie</sup><sub>nadie</sub>.

Esa mochila de Pokémon, después, mi padre la utilizó para poner equipo de pesca que usamos posiblemente dos o tres veces. Supongo que sigue por ahí, entre herramientas y cosas que no se usan tan a menudo. Así conservé el anonimato durante un mes, puesto que nadie se acordó del incidente, o se borró en la memoria colectiva. Todo parecía novedoso (salvo las personas que ya se conocían desde la primaria, en cuyo caso no hubo novedad) así que pude recobrar la relativa anonimidad, hasta que llegó el período de exámenes.

Lamentablemente<sup>31</sup> tengo la mala manía de comprender patrones<sup>32</sup> a veces llamada "inteligencia espacio-temporal y matemática" y para lo único que me ha servido es para memorizar información y plasmarla en tiempo limitado en hojas de papel, para ser evaluado periódicamente y ser evaluado y continuar así, ad

---

<sup>31</sup>En el pleno sentido de “dada la opción de no ser inteligente y solamente ser hermoso o tener mucho dinero, tomaría eso si eso significa no tener que vivir el suplicio de mi propia adolescencia de nuevo”.

<sup>32</sup>No estaría recobrando estas memorias de hace más de veinte años si este no fuera el caso.

*infinitum*, por los siglos de los siglos<sup>33</sup>. Desafortunadamente eso no me sirvió para ser respetado por las colegas adolescentes con quienes estudiaba, lo que me llevó a ser objeto de burlas y lenguaje despectivo intermitentemente durante algunos meses<sup>34</sup>. Durante la secundaria, tuve un accidente jugando basquetbol en el que tuve que usar una férula en mis rodillas para inmovilizarlas y permitir que sanaran y funcionaran como todas las demás rodillas, pero eso me hacía caminar torpemente, y uno de mis compañeros, el Ruelas, en alguna ocasión, me arrojó por las escaleras como parte de estos procesos de intimidación y arbitraje (de los que afortunadamente salí ilesos). A pesar de las vicisitudes lograba ser un adolescente relativamente normal y funcional, con amigos, y la verga, si bien siempre en problemas con los cuerpos de seguridad y buenas costumbres de la secundaria, habiendo un apartado de calificación de “conducta”.

Mi padre me decía, desde que tenía unos tres o cuatro años: “*Hijo, defiéndete si te molestan*”. Creo que de niño lo permitía por evitarme problemas. Lentamente, empecé a tomar cartas en el asunto. Mi primera memoria consciente es precisamente esas palabras: “*Hijo, defiéndete*”. Y la siguiente memoria es yo pelándome en un gimnasio infantil. No recuerdo nada después. Ahí tuve que hacer uso de los pleitos en los terrenos aledaños a la escuela para saldar físicamente diferencias de opinión con otros adolescentes tarados. Me debí haber peleado oficialmente, en los terrenos baldíos, tal vez unas dos veces. Los abusos verbales se reducen bastante una vez que una se agarra a vergazos en un terreno baldío.

Tuve, por mucho tiempo, que ir en las tardes a la secundaria a barrer pisos, o pintar pupitres, o lo que sea que se le ocurriera a la prefecta Minervita para corregir el ímpetu adolescente que nos llevaba a gol-

---

<sup>33</sup>Todas: Amén.

<sup>34</sup>Ahora que lo pienso no entiendo por qué todo mundo se tenía que enterar de las calificaciones.

pearnos incesantemente por razones poco aparentes (salvo, obviamente, hormonas y usar eficientemente la energía que conlleva este mar de testosterona fluyendo por nuestra sangre). Todo marchaba relativamente bien, en el relativo anonimato de no tener feria en Los Mochis, Sinaloa. Ponle, sí, me decían “*terrorista*” porque justo pasó el 9 de septiembre en los Estados Unidos de Norteamérica, y supongo que hacía comentarios de índole violenta que me hacía un *jihadista*. (Lo que yo quería es que me dejaran en paz sabiendo cosas y siendo *nerd*, pero supongo eso es demasiado pedir. Cuando menos cuando la vida te da limones, hay que pintar esa mierda dorada). Tristemente, y por ese chingado ímpetu de disfrutar cosas y no quedarme callado, a la verga, me causó otra vez problemas, y me hizo perder el anonimato indefinidamente.

### Caguama embarazada

En mil novecientos noventa y ocho, *Limp Bizkit*, banda liderada por Fred Durst, proveniente de Jacksonville, Florida, retumbaba en las televisiones por cable del canal de música MTV. Yo era joven e impresionable, y me llegaban a la espina las letras de *Re-arranged*.

*Lately I've been skeptical  
Silent when I would use to speak  
Distant from all around me  
Who witness me fail and become weak  
Life is overwhelming...*



Tuve que volver a escuchar el disco *Significant Other* para recordar qué era lo que me llamaba la atención de la música.

Descubrí esta música en la transición de escuchar música popular, como el Megamix de Eurodance 98, y los cassettes de las ardillitas de Lalo Guerrero. Todo comenzó posiblemente porque descubrí MTV, Music Television, un canal dedicado casi exclusivamente a la música (y lo que efectivamente se convirtió en los clavos del ataúd del canal, la *Reality TV*). En ese momento, hombre, hermano, me parecía lo más duro y real de la vida. Obviamente, las letras están algo pasadas, porque todos los temas son las perras; LOS SENTIMIENTOS QUE TENGO DE DESCONECTADO SOCIAL; que no me abrazaban de chiquito<sup>35</sup>; y romper cosas. Igual los sencillos estaban buenos, y Wes, John, Sam y hasta DJ Lethal son unos vatos pesados pa' sus instrumentos. Fred Durst, por otro lado, le pasaron los 30 por la pelona. Pasé 38 minutos viendo videos y comentarios en youtube.



Mi maestra de inglés de quinto grado de primaria, me regaló ese disco como parte del intercambio de regalos de navidad de 1999. Debido a que estaba marcado con la insignia de “contenido explícito”, ella muy preocupada tuvo que hablar con mi madre para explicarle, si bien recuerdo, “que la cosa es que estaba dudando si comprarle el disco... el problema es, por ejemplo, que la música es muy cruda, y “como es”, pero no se preocupe, Señora de Torres<sup>36</sup>, el disco no es preocupante porque digan muchas groserías”... já, ¡Qué va! Si un sólido 40% del disco son groserías y violencia. El disco comienza con un acorde

---

<sup>35</sup>A pesar de lo que aparente, mis problemas psicosociales no son por falta de abrazos, es por exceso de secundaria.

<sup>36</sup>El patriarcado se hacía presente antes del fin de siglo. Cuando era aún más niño, recuerdo que, por convención, se hacían las cartas referiéndose a las madres de familia como "Señora de X". Una vez, siendo niño, le dije a mi maestra que "por favor le pusiera a mi madre su apellido paterno, porque no le gusta que le digan que es de nadie". Mira nomás, estando a la vanguardia de la

arpegiado con Dm7 con un picante b9, y una voz distorsionada al fondo que dice "YOU ARE THE WORST, YOU ARE THE WORST, YOU ARE THE WORST" que alguna vez, cuando tenía unos once años, le marcaba por teléfono a la casa de la niña que me gustaba, Dulce María, y porque me dijo que no quería andar conmigo porque ya casi era verano, y por cobarde nunca lo hablé con ella, pero le marcaba a su casa y ponía la introducción del disco en el parlante para que se asustara<sup>37</sup>, y una de las canciones ("Nookie") es sobre sexo premarital<sup>38</sup>. Sin embargo, como cualquier otro ídolo infantil o adolescente, quería aparentar el estilo de Fred Durst, porque era malote, y tatuado, y *cool*. La vestimenta de Fred era una playera blanca, pantalones negros, y una gorra de color rojo brillante con la insignia del equipo de beisbol de los Yankees de Nueva York. Ahorré dinero, y a pesar de que no me gusta nada de beisbol<sup>40</sup>, fui a una tienda de ropa deportiva en plaza fiesta Las Palmas, y compré la gorra por 350 pesos. Me la ponía todo el tiempo, e intentaba lavarla poco para que no se despintara. Era prácticamente inseparable de la gorra.

Tan inseparable, que la usaba aún cuando no era necesario usar una gorra, por que no había sol. Por ejemplo, en las noches. Pero también la usaba de día. Un día como cualquier otro, durante las prácticas de educación física a las tres de la tarde en miércoles, haciendo ejercicios de salto en llantas, el Profesor Wilson<sup>41</sup>, que era un poco abusón, y sin afán de crearme un conflicto que duraría por casi cinco años de mi vida,

---

política de género desde la infancia.

<sup>37</sup>Dulce María, si lees esto, lo siento, siempre he sido muy cobarde y medio psicópata.

<sup>38</sup>En principio, pensaba mantener el texto amigable para lectura por todas las edades. Sin embargo, me da mucha, mucha hueva<sup>39</sup> a la verga, igual me va a salir más caro que la verga imprimir este libro. Entonces, como se llaman las cosas, sin Yolanda, Maricarmen: Cullear. Es una canción que se trata de culiar, a pelo. Perdón, madre; Perdón, padre, si sus enseñanzas se sienten insuficientes por esta afrenta. Les amo y me criaron bien, el que se echó a perder fui yo. Cinco por ciento fue por culpa del Salomón.

<sup>39</sup>Hueva, del lat. *ovum*, 1. f. Pereza, flojera.

<sup>40</sup>Hasta la fecha Ya mejoraron las cosas, ya disfruto del beis.

<sup>41</sup>Apellido real, y que creo que todavía trabaja en la misma escuela, si no es que falleció entre hace un año y el presente año. Si falleció, mis

gritó al verme batallando con el ejercicio con esa gorra roja vivo “¡’Ira nomás al plebe, parece caguama embarazada!”.

Los adolescentes son crueles, y pues, les vale verga eso de los efectos del abuso psicosomático y cuantas chingadas horas de terapia se requieren para sobrellevarlo. Por este tiempo de anonimato, yo carecía de un apodo que fuera, digamos, cruel, fácilmente memorizable, y algo degradante. Por lo tanto, supongo que fue una buena causa la que el<sup>42</sup> profe Wilson hizo en ese momento diciendo eso.



La caguama es una especie de tortuga marina endémica del pacífico mexicano, llamada científicamente *Caretta Caretta*. Como somos unos pinches salvajes, el animal se encuentra constantemente en peligro de extinción porque la gente se las come. Las personas comemos fauna, y eso no tiene nada de malo. Lo malo es que por la tradición oral, a ciertos animales se les atribuye la capacidad afrodisíaca: Alimentos que empoderan al macho, a ser más macho, poniéndosele, en palabras de los locales: “*La riata más dura que la verga*”. La magia y el imaginario colectivo que soportan cualesquier deficiencia que tienen los humanos son, de cierta manera, algo que tenemos engranado en el metaconsciente, y es perfectamente válido creer en fálgicas. Sin embargo, el querer resolver ser un verga guanga<sup>43</sup> comiendo animales en peligro de extinción me parece tonto.

Cuando las caguamas están en período de gestación, y al ser ovíparas, asientan sus huevos en la playa. No sé exactamente

---

condolencias a la familia, cero rencores, el vato pues era así como era, y ni modo, al a verga. Si no, pues tampoco hay rencores. Pero ps que chingue a su puta madre por hacerme sufrir.

<sup>42</sup>hijo de la chingada del

<sup>43</sup> *Riata*, coloq. “Reata”, cuerda, 1. f. *Sin.*: Miembro viril masculino. “Guango,-ga”,

qué parte del proceso era en el que este hombre participó, pero todos los vídeos que he encontrado que me dio una fiebre de sábado por la noche para buscar en youtube, no me dio para encontrar una sola fuente confiable que demostrara esta coloración roja intensa en la cloaca de la caguama en los órganos reproductores, ni en los huevos. Nada. Nada rojo. Aunque también pudo haber sido por mi manera torpe de moverme. Y yo echándole la culpa a la gorra. Pf.



El apodo me parecía particularmente cruel porque no soy un reptil, no soy mujer<sup>44</sup>, y el título completo: “Caguama embarazada”. Duro, difícil. Molesto. Obviamente, escuchaba el sobrenombre usado despectivamente más veces de lo que me gustaría admitir, y así, incontrolablemente, no podía escapar del apodo, porque los pinches plebes son unos culeros, y porque no podía súbitamente cambiar de escuela por aquel incidente. Así quedó, entonces, un apodo que por un lado me encabronaba<sup>45</sup> mucho, y por otro, intentaba borrar del consciente colectivo peleándome cada tanto. Frecuentemente me veía envuelto en peleas con otros estudiantes, para ¿Defender mi honor? No, no creo, realmente. Simplemente no tenía otra manera de defenderme. No sabía suficiente sobre estas otras personas para decirles algo equiparablemente horrible<sup>46</sup>, entonces solo me quedaba agarrarme a golpes, lo cual pagaba a plazos estando casi siempre en detención después de clases.

1. Adj., Méx. holgado.

<sup>44</sup>O bueno, en esta etapa tan difícil del desarrollo humano que es la adolescencia, uno prefiere pertenecer que ser un género-fluído como hoy es permitido. Hoy, me tiene sin cuidado mi género y especie.

<sup>45</sup>Encabronar, 1. v, Méx: Hacer enojar.

<sup>46</sup>Eventualmente me enteré que estos abusones tenían historias familiares muy culeras: Divorcios, padres abusivos y madres sobreprotectoras. Y muchas deudas porque la agricultura altamente tecnificada tiene un enemigo muy helado: El frío. Qué iban a saber ellos del frío.

Evidentemente, no existía la ley ni el orden, y el abuso emocional no era algo que importara en ese momento. “*¡No sea joto, cabrón! Hágase hombrecito y defiéndase*” – me decían. Pues bueno, no habiendo otro remedio, así tendría que resolver las cosas: A golpes.

Uno de tantos hijos de su reputísima madre que me decían caguama embarazada, fue Javier. En ese momento, obviamente, yo a él no lo conocía, y él a mí no me conocía tampoco. No recuerdo si fue que en la secundaria nos peleamos a golpes, o solamente fueron empujones, o solo le dije que su madre era una pinche puta restregada<sup>47</sup>. En todo caso, por muchos años, no fuimos amigos, ni enemigos: Fuimos desconocidos que en algún momento chocaron los puños por razones que nunca fueron esclarecidas.

Hasta la preparatoria fue que compartimos un grupo de amigos que, hasta la fecha, son las personas con las que más frecuentemente me comunico, cuando menos, para avisarles que todo está bien y que no he muerto (todavía). Ahí fue que nos conocimos y que conocimos su Golf 2001, un automóvil compacto de 4 puertas, al que le decíamos con cariño “La papaya”, por el abusivamente tono amarillo Rallye, específicamente el #F7C841, del laminado. Curiosamente, fue hasta pasado 2003 que nos enteramos Javier y yo que tanto mi padre como su madre se dedicaban al litigio, y que mi padre conocía al abuelo de Salomón por cuestiones del gremio. Nada de eso sabíamos nosotros cuando la testosterona empezaba a formarse en nuestros testículos, lamentablemente, entonces el trato era, por decirlo menos, distante. Posteriormente, fue de las personas que me acompañaron, junto con Heriberto, Rafael, Christian, Ernesto y Abel, y una serie de personajes en quien no vale mucho la pena empeñarse en conocer, con mi proceso de adolescencia compartida: Con ellos, me emborraché por primera vez hasta perder la conciencia del tiempo y del espacio, cuando vomité en el techo de la casa de mis

---

<sup>47</sup>Señora Isabel, perdóneme también usted, la quiero tanto como al tarado de su hijo, no se enoje por mi falta de tacto en la adolescencia, tenía problemas conductuales por la sociedad en la que me tocó vivir.

padres y esperaba que no se enteraran<sup>48</sup>; Por Abel, conocí a Alma, que fue mi primera novia, y luego pasó el tiempo y ellos se enamoraron, y se casaron, y hasta se le cayó una olla de menudo<sup>49</sup> en la pierna izquierda, y tuvo que someterse a una serie de tratamientos de recuperación, hasta que quedó un manchón indeleble, para recordarnos que somos débiles y que nos arrugamos aún cuando no queremos; Son de las pocas personas que, después de haber cambiado tantas veces y en tantas direcciones, todavía me causa un dejo de felicidad saber de ellos, aunque no sea tan frecuentemente como nos recuerdan las series de televisión americanas que deberíamos estar comunicándonos.

Así, fuí adolescente, y conocí a Javier, que lamentablemente, estuvo bastante lejos durante los últimos siete años que estuve en México antes de hacer un intercambio de palabras ilegibles y declinación prosaica en alemán. Sin embargo, estuvo constante, ahí, existiendo, cada año volviendo a Los Mochis, donde nos veíamos cada fin de año, para celebrar que otro año se termino y que nos hacíamos cada vez más viejos. Cambiamos, y bastante, durante esos años, pero siempre de cierta manera, lo suficientemente constantes e inmutables que podíamos alinearnos cada año, y después cada dos, para saber qué pasaba con nuestras vidas, gracias a la magia del Internet y las redes sociales, que se convirtieron en el portal más adecuado para vivir lo que vivían esas personas viviendo paralelas a nosotros, transformándose allá, a lo lejos, viviendo otras vidas. A veces,

---

<sup>48</sup>Supongo que el sol hizo su trabajo y mucha de esa materia orgánica se esfumó en el aire.

<sup>49</sup>El menudo es un platillo mexicano típico, hecho a base de panza de res. Esta tiene que ser lavada una cantidad indeterminada de ocasiones, hasta que “el agua quede clarita, m’ijo”, o eso recuerdo que decía alguna de mis tías, respecto a la preparación de la carne. Ya después, la olla se pone al fuego, ya sea en las hornillas o en brasas de leña, hasta que la carne se reblanzezca, y todo el tuétano de los huesos de la res estén esparcidos en el agua blanca turbia. Se agregan granos de maíz nixtamalizado, y especias a discreción, para darle un poco de violencia al caldo. Cuando niño, no me gustaba comer menudo “sin granito”, porque no me gustaba el sabor de la carne. Ya más viejo, alguna navidad, fui con Abel al mercado Independencia, ya salido el sol; como decíamos entonces, “andamos amanecidos, viejón”, y comimos menudo, pero con poquito grano, porque así sabe más bueno. Así cambia uno, a veces.

sabiendo más de lo que uno necesitaba (*¿Es necesario saber que ese amigo mío se fue de fiesta, y no me invitó, el muy infeliz?*), pero a fin de cuentas era bueno tener una ventana que reemplazaba la comunicación telefónica, y antes de eso, las cartas escritas a mano.

Nos tomamos un café con galletas, y hablamos de los últimos acontecimientos de vida: Hablamos sobre sus planes de hacer maestría en derecho, y sobre el trabajo, que siempre fue bastante precario. Me preguntó por mi padre y por mi madre, que en ese entonces estaban bien, recién de haberme visto cuando me visitaron por última vez al apartamento en Zapopan, Jalisco, México. Le dije que me iba dentro de poco por un largo tiempo, por lo menos dos años, y que me quería quedar en Alemania, indefinidamente. “*Pues haz lo que te haga feliz*” - me dijo Javier. “*¿Pues sí, ya qué chingados me queda, no?*” – repliqué yo. Pasó una de las camareras preguntando si queríamos otra cosa. Negué el servicio con la cabeza, sonriendo. “*¿Y Natalia?*” - inquirió Javier, mientras yo batía mi tacita de café con la cucharita metálica de adoquines sencillos, formando un flujo de espuma en la superficie del café que ya casi se terminaba. Por centenas de segundo, se me congeló la mano y dejé caer el azúcar de la galletita que tenía en la mano mientras me acordaba que, por fin, todo esto tenía una persona involucrada, que no era yo, y que saqué completamente de la decisión de irme para para siempre de Guadalajara. Miré a Javier, que me veía con esa pinche sonrisita pendeja que siempre hacía cuando me cachaba con los calzones abajo.

"Cómo dices mamadas, loco, a la verga".

Hablamos del tamal con café de olla matutinos del diario, porque tiene que salir muy temprano a trabajar a la notaría, y hablamos sobre qué tanto tarda en llegar al trabajo, pues me preocupaba un poco haberlo desviado de su rutina normal de trabajo. Javier no estaba tan lejos del metro que tenía que tomar normalmente, entonces no hubo pedo. Todo estaba en orden, excepto la situación con –

## Natalia

Qué necedad de escupir p'arriba, h'ambre<sup>50</sup>.

Quedaba inconclusa mi situación con Natalia, entonces pareja, porque la dejé abandonada después del evento con el autobús y el choque, y más importante aún, que ella ya sabía que yo me iba. De esto, no se enteró porque yo no le dije nada al respecto.

Pero me retracto, será mejor no hablar de Natalia.

A fin de cuentas, la memoria de nuestra relación prefiero dejarla exactamente donde y cómo está, como una casa de barajas en peligro de despedazarse ante la menor provocación; no porque haya sido una relación particularmente buena o mala, sino por que ella siempre decía “yo nunca me acuerdo de las cosas malas de mis relaciones, orli, yo siempre intento pasármela bien”. Eso me lo dijo aún la última vez que nos vimos, ya años después, en Los Mochis, Sinaloa, un día de diciembre<sup>51</sup>. Y me parece acertado lo que ella dijo: Así dejémoslo. Un capítulo que se queda cerrado, calificado a grandes rasgos como “buena experiencia, me la pasé bien”, y no se va a decir más, a la verga.

---

<sup>50</sup>Frase acuñada por Rosalino Sánchez Félix.

<sup>51</sup> Quedamos de vernos en un bar en la Plaza Paseo, recién inaugurada en la ciudad de Los Mochis, Sinaloa, México. Mi 'amá me dio raid hasta la plaza, y esperé unos minutos a que llegara, mirando cosas en Internet en el teléfono móvil. Llegó a los minutos, nos dimos un abrazo raro, y nos metimos al primer bar que vimos *a tomarnos una cheve*. Natalia habló mucho sobre su reciente llegada de Japón, que yo supe de antemano por Alexis, otro güey que va a salir más adelante en la historia. Me dijo: "No mames, a la verga, la cerveza estaba machín cara en Japón", mientras que en la versión de Alexis, "No mames, pinche vieja, solo quería tomar en restaurantes bien pinches caros, cuando la llevé a unas de 300 yen me dijo: "¿Qué? No mames, qué barato, por qué no sabía de esto", y pues, no sé, ¿porque no buscaste? Chale", y bueno, ahí me enteré lo mala que era para las finanzas. Ya no nos volvimos a ver después.



OK, *miento*, vamos a sacar el tema de lo de Natalia, a la verga. Igual si me mete una demanda, que me la meta, igual tengo abogados. Javier, ya te la sabes.



Para colmo de males, Javier también estuvo en el episodio que determinó mi decisión de largarme a la verga de esa relación, y ocurrió todo en un hostal en Mazatlán, el *Funky Monkey*, que encontré porque entre mis amistades era bien sabido que yo conocía a fondo la situación hostelera en México (y modestia aparte, en el mundo<sup>52</sup>), por lo que se me encargó a mí hacer la reservación de lo que no sabía serían mis últimas vacaciones con amistades que quería. Reservé una habitación con 6 camitas,

<sup>52</sup>Excepto la vez en la que me fui a Bangalore, en India, y estuve quedándome en un hotel bastante elegante porque iba pagado por el trabajo. Nunca he sido muy fanático de usar el dinero ajeno a discreción de no reparar en gastos, por lo que la última noche, en la que solo podía tomar el avión de vuelta a Alemania un poco tarde en la noche del sábado, decidí pagar por un hostal juvenil (que de juvenil yo no pertenecía nada, porque ya estaba peludo<sup>53</sup>en ese entonces para no pagar una noche completa en el hotel elegante. Decidí aventurarme solo por las calles de Bangalore, que comparado con Nueva Delhi o Mumbai es una ciudad bastante vainilla<sup>54</sup>, relativamente caminable, y no representaba demasiado peligro para mi seguridad. Visité un museo de historia del arte moderno en la ciudad, así como una sala de colección de estampillas de Mahatma Gandhi. Luego me perdí a la verga porque busqué un parque y no había parque nada, había venta de autopartes y me perdí entre vacas, basura, y señoritas que usaba como escudo humano para no ser atropellado por vehículos que se pasaban el alto del cruce entre Silver Jubilee Park Road y Kalasipalyam Main Road. Tuve un poco de paz y tranquilidad en el jardín botánico, un enorme oasis en medio del tumulto de la ciudad, lleno de flores y plantas desconocidas para mí hasta este momento, así como un lago pequeño y una colina donde me bebí una bebida efervescente sabor limón. Ya descansado y con los mapas recargados, pude escurrirme de vuelta a la ciudad, sabiendo a dónde dirigirme. Me harté de comer comida india sureña todos los días porque me daba chorro<sup>55</sup>, entonces fui a un Hard Rock Café a comerme una hamburguesa y a tomarme una cerveza fría porque estaba sudando mucho y tenía mucho calor. Una señora apenas unos años mayor que yo me preguntó muy amablemente si podía ayudarla compartiendo una liga en Internet para que mis amistades votaran por ella en un concurso para madres de familia, y como estaba corriosa<sup>56</sup>, así le brindé un "me gusta" en redes sociales, y compartí públicamente. Espero que haya ganado. Si no, pobre mujer: Estuve preguntando a demasiadas mesas. En

hicimos un grupo de *whatsapp*, y llegué en la noche del 17 de abril de 2014 a Mazatlán, encontrando a Javier ya sentado, a dos nalgas<sup>59</sup> bebiéndose una lata de tecate bien helada, en una mesa de fierro al lado de la piscina del hostal.

"Cómo me caes gordo, a la verga, Salomón".

"Cállate, tú bien sabes que me amas".

Y pues sí. Pero es de pendejos admitir el amor entre hombres.

Intenté ponerme a modo, y pisteamos ahí en ese hostal pinchurriento. Esa noche, salimos a la ciudad, nos metimos a un bar, y pisteamos, más. Me emborraché pero no vomité. Las cosas estaban bien y me sentía a gusto, porque estaba pisteando al 100 con las plebes. Conocimos unos australianos que la estaban pasando bien surfeando en Mazatlán, mientras gastaban poco y dormían menos.

La noche del viernes, planeamos ir a pistear<sup>60</sup> otra vez con esta bola de vergas. A eso de las seis de la tarde, tenía varias horas sin saber nada de Natalia, salvo que estaba con su padre y madre en una casa que tenían en Puerto Vallarta.

---

fin, me fui al hostal exclusivamente porque me quería bañar, pero cuando revisé, no había una toalla, por lo que pedí una y el de la entrada me dijo que no tenían cambio para un billete de 500 rupias. Usé la toalla de un pobre cristiano (o hindú, esto nunca lo sabremos pero lo intuiremos) que la dejó secándose, y me sequé las verijas<sup>57</sup> con la toalla de este pobre individuo (porque las tenía machín<sup>58</sup> mojadas y no quería viajar así).

<sup>59</sup>Cómodamente.

<sup>53</sup>Peludo, da, coloq. Sin. 6. **Adj.** Viejo o de edad avanzada.

<sup>54</sup>Vainilla, Del dim. de *vaina* coloq. Ang. 8. **f.** Versión más simplificada, segura y básica de otrora un tema o situación compleja, peligrosa o complicada.

<sup>55</sup>Chorro, Voz onomat. coloq. Méx. 4. **m.** Diarrea.

<sup>56</sup>Correoso, sa, Sin. 1. **Adj.** Persona de edad avanzada que se considera todavía atractiva, en el contexto de la sociedad heteropatriarcal, si usted es mujer y está leyendo esto.

<sup>57</sup>Verija, Sin. 1. **f.** Órgano sexual reproductivo.

<sup>58</sup>Machín, NO Méx. 1. **Adj.** En exceso.

Alternaba entre no contestarme por períodos largos, o lo hacía sumamente cortante, con respuestas monosilábicas y memes de gatos. Decidí marcarle por teléfono, para saber qué tal le iba, porque todo indicaba que algo le molestaba. La conversación fue más o menos así: “¡Hola! ¿Cómo estás?”, “*Bien*”.

[Silencio Largo]

“Y... ¿Cómo van las vacaciones, estás con tus papás, cómo está la gata, estás haciendo tarea, ya fuiste a la playa?”.

[Silencio Corto]

“Sí, ya fui”.

[Silencio Corto]

“Bueno, igual al rato vas y comes algo rico. ¿Tienes planes para hoy en la noche?”

[Silencio Largo]

“No sé Qrlando, no sé si me quedo a hacer tarea o si me voy con unos vatos a la playa, no sé”.

[El silencio más largo, hasta ahora.]

“Bueno, sí, me avisas si tienes tiempo pues, o me mandas mensaje”.

[Silencio Corto]

“ ’Ta bien”.

Tiempo después, le pregunté respecto a la llamada, porque yo estaba un poco preocupado por como fluyó la conversación

---

<sup>60</sup> *Pistear*, v. *Sin.* 1. Consumir bebidas alcohólicas.

entonces. No sabía si "ir con unos vatos a la playa" era una amenaza, o si literal- mente había un montón de hombres desconocidos, que la invitaron a la playa, en situaciones desconocidas, a hacer cosas des- conocidas. Igual, ¿A mí que me importaba?

Pues nunca lo sabré, supongo. Tiempo después, le pregunté a Natalia al respecto, y me dijo: “*Qrlando, ¿De qué hablas? Estaba hasta la verga de estresada y haciendo tarea, obviamente no iba a ir con ningún vato, no mames, estaba bromeando, cómo eres exagerado.*”

Pues sí, mucho siempre, muy exagerado y muy pensón.

Ese día, me quedé pensando bastante respecto al tema. No salí a pasear porque me amargué, y me quedé platicando con unas viejas del hostal, que estaban ahí de paso, porque me dijeron que estaba haciendo demasiado frío en Canadá. Había comprado una guitarra chiquita, y con esa señora, de cuyo nombre no me acuerdo, empecé a platicar del tema que me quería ir a Alemania. Hablamos algún detalle del dinero y de los estudios, pero me dijo si me sabía alguna canción. Empecé a tocar Do mayor, y luego Sol mayor, y luego seguí con F, Am, Dm, y resolví en Sol. Los acordes eran la introducción de “Anymore” de Frank Turner, que en su coro, dice:

*Not with a bang,  
but with a whimper,  
It wasn't hard,  
it was kind of simple.*

*Three short steps from your bed to your door,  
Darling I can't look you in the eyes now  
and tell you I'm sure*

*If I love you anymore,*

Y creo ahí fue que me di cuenta. Sentí ese ligero corte de aire que siente uno, cuando quiere empezar a llorar... un sollozo, creo, pero hacia adentro, porque como hombre, es mejor no sentir (esas cosas). Ese momento en el que uno sabe que las palabras se empiezan a acumular en la garganta, y no salen, pero se da cuenta uno muy tarde que no son palabras, que son sentimientos. Que son simplemente los sentimientos que me ahorcaban y me recordaron que ya las cosas estaban mal hace mucho, mucho... mucho tiempo. Respiré profundo por la nariz, tomé un trago corto de agua amarilla picante y efervescente, y dije "Ajá, pues... muy difícil". "*That's a sweet song*" – me dijo la señora canadiense.

Pero no todo era tristeza, también vi chichis. Conocí esa vez a Olga, una alemana que estaba de vacaciones en Mazatlán. La veía poco porque estaba ocupada trabajando en el hostal: De repente, aparecía aquí, y aparecía allá, limpiando un baño u otro, para no tener que pagar renta durante su estadía en el hostal. Un muy buen trato, todo siendo considerado, porque así uno puede usar ese dinero que uno tiene guardado en comida, o destinarlo a actividades más productivas. En distintas ocasiones, hablamos sobre el tema que me quería ir a Alemania, y le dije "*Yes, during my bachelor's I planned to go to Ulm, a bit funny because most people just want to live in Berlin or something. Recently I was looking into a city called Karlsruhe... something*". "*You mean Karlsruhe, ¿No?* – inquirió. Acerté con la cabeza, y un brillo legítimo, so escueto. "*Really? Actually I was born there!*". Me alegró un poco, y lo consideré como una señal, algo me decía que , tal vez, estaba haciendo lo correcto. Me alegró un poco, francamente, y me sentí ... *¿Feliz?* No lo sé, sentía como que *algo* estaba presente. No sabría si ese era el sentimiento correcto que tenía en ese momento. Otra tarde, en el segundo piso del hostal, las plebes estaban en la alberca, y yo me encontré a Olga después de haberse duchado y mientras comía atún con pan. Ella me hablaba un poco sobre lo

terrible que era la idea de irme a Alemania sin saber alemán, y yo estaba diciéndole que, no hay pedo, que “*I'll figure something out*”. Como estaba recién bañada, noté que la toalla estaba corriéndose *muy, pero exageradamente* lento, exponiéndole un seno, que yo luchaba por no observar atentamente (porque estabamos hablando de un tema serio, e importante, que después de todos estos años, no me acuerdo ni porque era serio ni importante), suprahumanamente intentando verla fijamente a los ojos. Lamentablemente, y porque soy un viejo cochino, le miraba las chichillas de reojo, intentando no alarmarle. Ahí estaba yo, luchando contra una chingada toalla mientras veía como el atún se terminaba en el plato y ponía nula atención al resto de la plática. Después, ella se fue a cambiar, y yo me fui también de Mazatlán, y quedamos de estar en contacto si me iba a Alemania.

Tenía años sin ver una teta distinta.

Seguimos en contacto por redes sociales, e intenté avisarle cuando llegué, para que me ayudara a buscar un apartamento para vivir en Karlsruhe. Lamentablemente, su ayuda fue poca (pues ya no vivía en la ciudad), y terminé de repente saludándola cada tanto, sobre todo en las temporadas navideñas, porque ahí es cuando uno se pone nostálgico respecto al pasado. Olga, tiempo después, se casó en Suiza y vivió feliz para siempre. Me enteré, porque su hermana publicó en su nombre, que Olga tenía cáncer y estaba intentando recolectar dinero para los caros tratamientos médicos requeridos para tratar su condición. Le mandé un poco de dinero, y le hice una nota, en alemán, que espero que algún día lea y aprecie. Volví a Guadalajara, y determinado, empecé a armar la carpeta con los documentos que necesitaba para irme a la verga a Alemania.

Así, lentamente, Natalia se empezó a borrar de mi vida, y Javier se quedó más tiempo, pero más tarde.



## **entiérrame**

Que chistoso es que le entierren a uno.

Le llamamos “la tierra” a los lugares que nos indentifican, nos pertenecen, nos reclaman; porque ahí nacimos.

Muchas veces, de ahí no salimos.

Yo nunca he estado.

Viví en Ciudad de México diez años y algo.  
La desprecio, y no la llamaría tierra.

Viví en Los Mochis ocho años y algo, y es lo más cercano a tierra que tengo.

Cuando yo me muera no quiero que lloren / *quiero que me entierren con la banda* / para que no me de *miedo* estar abajo / *ahora si ya estoy* solo en el mundo / que no me anden con lutitos / *quiero que sea con dulces y no con piedras*

Viví ocho años y tanto en la zona metropolitana de Guadalajara. Mi madre la ama.  
Yo no la llamaría tierra.

Vivo desde hace casi diez años en Karlsruhe, pero si me muero aquí, quedarme enterrado sería muy caro. Con el dinero que me cuesta que me entierren en Alemania, 10.000€, podría irme Los Mochis en avión de primera clase, comprarme muchas tostadas mitoteras, morirme en el hospital general del IMSS de causas indefinidas, y hecho polvo, que me esparzan en Topolobampo, gratuitamente.

¿Qué chingados es “la tierra”?



## 2 en Otoño

*“Wenn du dich allein fühlst, du baust dich selbst stärker wieder auf. Einzelkeit, wie die Traurigkeit, wird auf jeden Fall der einzelne Moment sein, dass du als Mensch aufwächst. Und weiter die Wurzeln kann sowohl in die Länge vergroßen werden, ansonsten die Hände begraben werden kann... im Kern der Erde, die Samen brechen nicht ab; in feuer geboren, die Seelen werden Drecken im Boden. Drecken im Boden. Drecken im Boden”.*

*“Alter... du redest wirklich total scheiße, du hasht zu viel gesoffen”.<sup>61</sup>*

---

<sup>61</sup> El día 12 de abril de 2022, al hacer una visita de control con mi mujer a la ginecóloga, intenté compilar y el segundo capítulo estaba corrupto y el trabajo desde el último commit al repositorio de git fue en enero. No sé qué tanto escribí desde enero hasta abril pero sí debió ser un chinguero porque decidí hacer esta nota al pie. Siempre hacer commit.

## GDL → STR

**0900GMT-0500 — 2130GMT+0100**

Entre lágrimas de mi madre y de mi hermana, una bolsa plástica para la basura llena de ropa que no me pude empacar porque ambas maletas que llevaba estaban al límite del sobrepeso, y no muchas ganas de hablar con Natalia de nuevo, volé un tres octubre de dos mil catorce a Stuttgart, porque supuestamente (y dado que mi investigación tampoco fue muy extensa al haber sido hecha a escondidas) era la ciudad más cercana a Karlsruhe en la que podía aterrizar.

Días antes de viajar estaba sumamente paranoico con el husmeo de Natalia, que hubo fisgado una vez en mis correos electrónicos personales cuando no puse atención. Hice la compra del boleto de avión en el trabajo que tenía entonces para dejar el menor número de huellas para que ella no pudiera saber en lo que estaba tramando en ese entonces. Por esa razón, no recuerdo exactamente los horarios en los que llegué o dejé ciertos aeropuertos. Recuerdo que salí de Guadalajara muy temprano. Debí de haber tomado el avión de las nueve de la mañana. íbamos en el taxi mi madre, mi hermana, y yo. Natalia no iba, porque esa vez, dormí por última vez en la cama maltrecha que intercambié por un cartón de medias de cerveza Victoria en el 2008.

La primera pierna del viaje llegaba a Los Ángeles, California, después de tres horas y cuarenta y ocho minutos, con un tiempo de espera de ocho horas en alguna sala de espera. No tendría Internet en este punto, salvo en el aeropuerto. Llegaría a ~~Stuttgart~~ Estambul a las 18:25<sup>62</sup> y después a Stuttgart, 09:30 PM GMT+1.

---

<sup>62</sup>En el entonces año corriente, el aeropuerto Atatürk de Estambul todavía se encontraba funcional. Estambul requería un aeropuerto más grande, al ser un punto importante de salidas, llegadas y tránsito en Europa, siendo en 2014 el cuarto aeropuerto más transitado, solo detrás de Frankfurt, en Alemania, Charles de Gaulle en París, y London-Heathrow en el Reino Unido. Por esta razón, todas las ope-

De todo lo anterior lo único que tengo por seguro es la hora de llegada a Stuttgart, porque envié un correo explicando a la recepción del hotel donde me quedaría que llegaría machín tarde, que perdón por la molestia. Las horas totales de vuelo serían varias decenas de horas, pero definitivamente no  
Qué chingados traía puesto el teléfono las 00:00???,  
sería el vuelo más largo que hubo experimentado hasta ese momento.

El primer vuelo me pareció bastante relajado. Mucho vato sombrerudo y bigotón con bota pitiada, y mucha señora escandalosa gritándole a sus plebitos en Español, porque íbamos a *Los Anyelis*. Pocas horas, cero quejas. No vi ninguna película.

Llegué a Los Ángeles e intenté comunicarme por última vez con ~~Ayudapárense~~, la de después, mucho tiempo antes de ese *¿enero?* Desafortunadamente no podía verme porque estaba “*hasta el culo de trabajo*”, pero “*igual pásala chilo*”, comentó. Creo que me dijo que la pasara chilo. Fue hace tanto que ya no me acuerdo. Como mis planes de compañía no se vieron fraguados, pensé en hacer otra cosa para pasar el tiempo dado que no quería estar ahí parado por ocho horas viendo los teleindicadores de paleta rotando incesantemente.

Ese día yo tenía las cuentas de banco llenas de dinero y los sueños llenos de ilusiones: Recién me había desecho de una bicicleta en la que “iba a hacer ciclismo de montaña”<sup>63</sup>, así que consideré que tenía fondos de

---

raciones comerciales del aeropuerto internacional Ataturk de Estambul se transfirieron en 2019, ingresando en la posición 7 de tránsito aéreo y llegando a la primera posición en 2020. El aeropuerto funge como un punto de transbordo excepcional entre los países de Asia y Europa (y por extensión, del continente americano), además de ofrecer precios sumamente competitivos (por los ya provistos volúmenes de viaje). El aeropuerto Ataturk de Estambul no tenía Internet gratuito en ese momento, así que tuve que pagar 6 ó 7 dólares para tener Internet unos minutos. Malditos cretinos.

<sup>63</sup>Solamente fui dos veces, una de las cuales fueron casi cincuenta kilómetros, y vi de cerca a un venado salvaje, para tener un cuadro cercano a la deshidratación por no ir preparado para el trayecto, y en otra ocasión me rendí antes y me fui a ver películas a la casa de Natalia, porque ya no quería volver a hacer el trayecto.

ingreso desechables<sup>64</sup>. Revisé cómo llegar a una tienda de electrónicos lo más cercana al aeropuerto (tras haber dejado las maletas grandes ya en el aeropuerto), y encontré un *Best Buy*, que además tenía una conexión a la línea verde del Metro, en *Redondo Beach*, por lo que posiblemente podría llegar fácilmente. El clima de ese caluroso día de octubre era bastante agresivo, y yo no estaba preparado para eso: Estaba preparado para el inclemente otoño alemán, que supuse sería lluvioso, o por lo menos, con un fresco céfiro templado del Cwa<sup>65</sup>. Idiota yo, pendeja yo, que no recordaba que en Los Ángeles, California nunca hace frío, tomándome por sorpresa los cuatro kilómetros que tendría que recorrer vestido con una gabardina sumamente caliente y unas botas de trabajo que me regaló mi tío Tranquilino hacía varios años, desde la estación Redondo Beach hasta la chingada tienda de electrónicos. Dicho sea esto, muchas ganas de gastar a lo tonto, pero nunca pagar por un taxi, ¿No, Qrlando? pinche mentiroso. Llegué a la línea verde con un *shuttle* gratuito, y compré una tarjeta con crédito para tomar el metro por algunas estaciones. Caminé y caminé a lo largo de una calle larga, interminable y sin sombra entre la estación de metro y la tienda de electrónicos que se veía mucho más cerca en el mapa de lo que había calculado. Llegué por el lado equivocado, el que no tenía puertas, así que además tuve que darle la pinche vuelta al edificio para encontrar la chingada entrada. Al entrar, me refresqué un poco con el aire acondicionado asentado a unos amigables dieciocho grados centígrados, mientras veía como el lugar estaba totalmente despoblado de compradores, y apenas unos tres o cuatro empleados esparcidos por el edificio. Empecé a ver las filas de electrónicos, decidiendo lo que pudiera llevar conmigo en el viaje. Terminé comprando una cámara de acción *GoPro*, pensando en todos los #momentos que documentaría en mi #proceso de mi #nueavida, y busqué el juego de *Super Smash Bros. for 3DS*, que esperaba ansiosamente puesto que ese día que sería

---

<sup>64</sup>Este modo de pensamiento terminó invariablemente metiéndome un balazo en el culo por razones que resultaran obvias rápidamente.

<sup>65</sup>Yo vengo del Bsh, pero vivía en otro Cwa.

publicado en los Estados Unidos de Norteamérica. Lamentablemente, no lo tenían disponible. Chale, a la verga – pensé. Pregunté y me dijeron que llegaría el fin de semana. Terminé comprando *Animal Crossing: New Leaf*, porque había leído mucho al respecto de su dinámica de juego.

Después de pagar, puse todas las cosas en mi mochila y volví a recorrer esos incesantes cuatro kilómetros de vuelta al puto metro.

Afortunadamente no tuve que cargar las dos maletas que empaqué en Guadalajara, puesto que la aerolínea se encargaría de llevarlas de entre aeropuertos, sin que yo tuviera que interferir en la transferencia.

Yo asumía que el frío sería imponente en el futuro, o al menos más imponente que los serenos inviernos mochitenses, y templados inviernos en Jalisco. Empaque mucha “ropa de invierno”, tales como la chingada gabardina, las sudaderas deportivas que tenía, un suéter de lana que picaba mucho, y varios pares de calcetas y calzoncillos, con el fin de gastar lo menos posible en ropa en años subsecuentes. Poco sabía del calor que haría en Los Ángeles esos días de octubre, porque terminé sudando una cantidad inimaginable de sudor, y todo por no gastar en un maldito taxi a la puta tienda. ¿Valió la pena? Para efectos de no parecer un cobarde estúpido, totalmente. Gracias a los beneficios del desarrollo humano y la cultura “*Do-it-yourself*”, tengo la oportunidad de documentar mi avaricia si así me complace, y hacerlo mal hecho, que me complace aún más. Regresé a la terminal internacional del aeropuerto de Los Ángeles, a esperar pacientemente a que dieran las cuatro de la tarde para por fin embarcarme en dirección este hacia ~~Stuttgart~~ Estambul, carajo. Estambul.

Con el paso de los años, posiblemente, esa pierna del viaje pudo o no ser agradable en el gran esquema de las cosas: No recuerdo si había una anciana horrible sentada a un lado mío que me hizo la vida imposible preguntándome cosas que no me

interesaban; no me acuerdo, por ejemplo, si había alguna persona que no me dejaba dormir al frente por haber puesto prioridad a su propio confort, o si las películas que vi estaban buenas. La única película que recuerdo de ese avión fue que “*The Five Year Engagement*”, una película de una muchacha que obtiene una posición de investigación de posdoctorado en la universidad de Michigan en los Estados Unidos de Norteamérica y su pareja sentimental, un chef con un trabajo bastante decente en un importante restaurante en la ciudad de San Francisco, que tiene que mudarse a esta ciudad pequeña<sup>66</sup> en el estado de Michigan a morirse por dentro. A veces, los sueños en pareja se desvanecen en el entretejido de “el futuro”, pero no son una trenza con patrones periódicos desplazados infinitamente, son más bien hilos de paja y hierba mojada, que no sirve para prender una lumbre, ni los gusanos crecen ahí dentro, y se conserva la incertidumbre de la negación de ¿lo que siempre quisimos, verdad, mi amor?

En fin, el chef cada vez muere más y más por dentro, y una de las pruebas que utiliza su mujer, siendo psicología el tema de su especialización académica, determina si su pareja está estancada en la vida, si se come unas donas que están viejas y rancias. Sí, un poco exagerado y medio pendejo, porque ¿Quién no se ha chingado un pancito malo? Una calentada en el microondas y queda al cien, pero no, todo barbón y maltrecho, se come las donas rancias (porque, de nuevo, está muerto por dentro), y ella tiene un amorío con el profesor con el que trabaja, en parte por la frustración que su pareja está cada vez con menos ganas de existir, en parte porque comparten ahora mucho tiempo juntos. Las cosas se ponen mal en una discusión, y al final, se separan. La historia continúa con ambos haciendo su vida aparte: Él empieza una relación con una muchacha en sus *early twenties*

---

<sup>66</sup>Tuv que investigar dónde está la universidad y está en la ciudad de Ann Arbor, que está a unos kilómetros de Detroit. Y mira, la ciudad ha visto mejores momentos pero la película hace ver la ciudad como un infierno deplorable lleno de nieve y gente que solo disfruta dispararle a animales.

que hace yoga, le gusta bailar, y le gusta pistear y culiar y fiestiar. **Cosas de tener veinte años.** Luego pasan más cosas: La posdoc se da cuenta que el profe es un cretino, se mueren a la verga todos los papás y mamás de todo mundo, la chavala del chef es demasiado voltaje y también se dejan porque se cansan, a la verga. Después de unos años, la posdoc tiene una revelación sobre la felicidad, busca al chef que estaba soltero, gracias a la trama, y tienen una boda feliz con una banda en San Francisco y la familia les canta “cucurrucucú Paloma”. Mla, bla, bla. Pinches historias pendejas para románticas pendejas.

Solo recuerdo que tenía ganas de llorar, pero no, porque eso es para jotos, y pensando que el amor verdadero tal vez existe. Luego vi otra película de caricaturas, y también lloraba por que no sabía en qué quedaron las cosas con Natalia. Me puse triste, pero también tenía sueño, y no podía dormir. Dormí unas dos horas antes de llegar a **Stuttgart** Estambul, chingada madre, y me bajé del avión.

En Estambul tendría que esperar solo unas dos o tres horas para la ultima parte del vuelo. No era tampoco una espera monstruosamente inabitual, pero tampoco tenía Internet, puesto que no había Internet disponible en la terminal. “¡Bah! Maldito aeropuerto vergüento” – me decía a mi mismo. Busqué y busqué, y solo encontré una opción: Acceso por una hora, por ocho dólares. Dado que quería avisar a mi padre y madre que todo iba bien, opté por esta opción, que afortunadamente fue fortuita dado que la página web aceptó mi tarjeta de débito mexicana. **Faltaba más que valiera mierda la tarjeta.** Miré que había unas cervezas *Efes*, pero no andaba con ganas de pistear, porque tenía más cansancio que sed de la mala. Solo esperé pacientemente. Coloqué algún pensamiento en redes sociales compartiendo que todo iba bien, y por fin, me embarqué, ahora sí, en la última pierna del viaje: Estambul - Stuttgart. **El vuelo, de nuevo, sin gran cosa de interés.** Debieron ser cuatro horas a lo

mucho. Ni me acuerdo si miré algo interesante en las películas del avión porque era un vuelo relativamente corto.

Aterricé a las nueve de la noche con treinta minutos, el día tres de octubre de dos mil catorce al aeropuerto de la ciudad de Stuttgart, en el estado de Baden-Württemberg, a lo que sería el resto de mi vida por un largo tiempo. Al llegar al aeropuerto, yo ya tenía anotado cada paso, en el siniestro que por X o Y razón no hubiese Internet en algún punto intermedio. Ya me hubo pasado en 2012 en Malasia, y seré pendejo pero no dos veces. El hotel estaba a unos kilómetros de la terminal de Stuttgart, pero igual tomé una captura de pantalla del mapa y del lugar. Hice fila para que revisaran mi documentación en una pequeñísima cabina de aduanas y extranjería.

Yo estaba algo nervioso, si he de ser franco. No sabía si me iban a analizar como lo hicieron tantas veces en los puertos de entrada de los Estados Unidos de Norteamérica, cuestionando qué hacía, y que a qué venía, y que son esas pinches botitas que traigo, que si trabajo para alguien, que si “*¿Haben Sie Rauchmittel oder so?*” ... o no sé. Algo. La fila era atípicamente corta y rápida. Llegué unos minutos después a la estación del oficial de policía, que solo revisó mi pasaporte por uno o dos minutos, me miró la carita preciosa, puso un sello, me dijo “*Danke schön*”. Y así, me dejó salir. Así, como si nada. Así sin ningún pinche problema.

Mi preocupación se convirtió rápidamente en alivio y el alivio en preocupación de vuelta cuando quise encontrar una manera de llegar al hotel.

Siendo una persona sumamente previsora<sup>67</sup> y al no gustarme mucho el peligro, tomé previsiones. Revisé y vi que arribaría al filo de las diez de

---

<sup>67</sup>En mi corazón siempre seré muy previsora, lo que otras personas opinen será más aproximado a la realidad histórica y social documentada por los siglos de los siglos.

Todos: Amén.

la noche, por lo que busqué un hotel cercano al aeropuerto, para poder descansar, tomar agua, ver tele un rato, posiblemente ver mujeres desnudas por Internet, y ya por la mañana poder salir en dirección a ese tal Karlsruhe que tanto se hubos platicado. Yo no sabía absolutamente nada. **Tonta, tonta Qrlanda sin conocimientos.**

Busqué Internet porque quería avisarle a padre, a madre, y por último, a la última persona que me interesaba contactar: Natalia. Porque las cosas no quedaron del todo claras. Pero no encontré nada directamente, y asumí que tendría en el hotel. **tonta, tonta Qrlanda que no previene nada.**

Las cosas no quedaron muy claras con Natalia.

## Re: Natalia

Yo le tenía un poco de miedo a Natalia.

No por algo que me pudiera hacer. Yo soy grande y fuertecito, y es difícil derribarme si no se tienen las técnicas adecuadas para vencerme en 柔術. Natalia era relativamente pequeña y relativamente inofensiva. Sus palabras, por otro lado, nunca fueron pequeñas ni inofensivas.

En alguna ocasión, mientras perdía el tiempo con una guitarra que tenía arrumbada en la sala, ella estaba en su comedor de 6 comensales, me dijo que “Para que tocas música si no te vas a dedicar a esa madre, para que pierdes tiempo en esas mamadas” – mientras hacía tarea para entregar al día siguiente de su maestría. Ese comentario me pesó bastante, en parte porque tenía razón, puesto que no tocaba guitarra profesionalmente, pero lo disfrutaba mucho. O bueno, disfrutaba la idea de hacerlo, mucho. Me gustaba tirarme por horas en la madrugada en la cama dándole vueltas a los tres círculos de acordes que conocía, tocando quedo para no molestar a los vecinos, tocando quedo para no molestar a mis viejos cuando era adolescente. A veces, ponía la música fuerte y la grababa con un karaoke viejo conectado a la computadora, y a veces, lo grababa directamente a la computadora, porque no sabía que existían las interfaces de audio. Nada interesante salía de esas noches grabando nada, pero lo disfrutaba bastante. Así nada más, dejé de tocar música, cuando menos frente a ella, y solo me dediqué a tocar controles de consolas de videojuegos mientras ella hacía tareas, en su pequeño salón de televisión, con su gata en mi panza haciendo “hshshshs”.

Para evitar tener “esa conversación” sobre mis planes a futuro, en caso de tener que *partir*, decidí aprender las lenguas que a ella le interesaban, o al menos, en las que demostraba tener un poco más de interés: El francés y japonés. Para el francés, el aprendizaje era relativamente fácil,

puesto que ya era posible aprenderlo usando aplicaciones de teléfono celular disponibles, como Duolingo o Babbel, y el aprendizaje era como jugar un videojuego, excepto con *un peu de français*. Nunca hablamos en francés. Solo sabía que ella estudió en el centro de idiomas en Los Mochis, Sinaloa, y que tenía alguna relación con la alianza francesa por Lopez Cotilla en Guadalajara.

Una vez pasamos por ahí y me lo dijo. Del japonés, nunca hablamos tampoco, y ella nunca compró el みんなの日本語, un libro de los fundamentos básicos de la gramática japonesa: Un libro básico para el fanático del manga que quiere ir un paso más allá y no solo decir “sugoooooi” cuando salen sus esposas chinas en la tele. Pero nunca lo compró, y yo nunca lo busqué tampoco. Luego entonces, solo hacía garabatos al principio de mis libretas y lo dejaba a las seis semanas de hacerlo cada día.

Los idiomas (y la idea de *partir*) quedaron de lado y nunca aprendimos nada juntos. El único dejo de idioma común que desarrollamos fue hablar en mochitense. Creo que es lo que más extrañé cuando el tiempo pasaba y no tenía con quién hablar como hablaba con Natalia, porque ella sabía a qué me refería con las nieves del Tío Sam, que muy buenas y la verga, o cuando me hablaba de no-sé-qué fiesta de noche de brujas en el Colegio Mochis al que ella fue y yo también, y decíamos que era como en esa serie de *cómo conocí a tu madre*. Pero ella nunca habló si quería ser madre. Entonces, no conocimos a nadie.

Más o menos a finales de abril, justo cuando volvía de mis vacaciones horribles en Mazatlán, decidí que iba a dejar de comer verga<sup>68</sup> y me puse “seriamente a aprender alemán”. Aprendí frases básicas: “Ich mag Apfel”, y que hay géneros y declinaciones: “Sie mochte deinen Apfel fressen”. Sí, sí, ya, comprendido, entendido. Todo perfecto, démosle átomos. Despues, empiezan a aparecer las conjugaciones, con los verbos

---

<sup>68</sup>Perdón, padre; perdón, madre. Me educaron bien, el que se echa a perder

irregulares, “Wir sind auf dem Geist verschreckt” que “sie” y “Sie” es la misma palabra, pero se usa para referirse a ella, y a usted, pero si me quiero referir a usted, pero en el acusativo, tiene que ser “Ihnen”.  
¡Qué? ¡Qué pinche confuso, a la verrrrrgaaaaaaa!

Seguí intentando aprender los resquicios del idioma alemán, pero todo esto a escondidas de Natalia. Hice muchas cosas a escondidas de Natalia, por miedo a que me juzgara bruscamente, porque ella no estaba de acuerdo con muchas cosas, y porque me daba mucho miedo contradecirla. Normalmente no estaba del todo de acuerdo con cosas que yo hacía, o relaciones que yo tenía con ciertas personas, o como funcionaban las relaciones en mis círculos cercanos. A fin de cuentas, terminé escondiéndome, como hice tantas veces antes, haciendo ahora un laberinto a través de los muros que alguna vez monté y que se fueron desquebrajando con el tiempo. Ahora, tenía que intervenirle algunas vueltas para dejar que Natalia pasara por algunas de las fisuras... pero ahora, se convertía, de repente, en una enemiga más de la infinita lista de enemistades que tengo, que me contradecía, y que a fin de cuentas, estaba entrometiéndose en algo que desde hacía días decidí que no le incumbía. Por mi vida misma. Dejé algunos trazos para no leventar sospechas, y fui lentamente construyendo otro muro, ahora adornado por dentro con miles de arbustos de lo que alguna vez fueron paredes desquebrajadas de intentos de comunicarme mejor con ella. Para entenderla mejor, a ella. Ahora, había que deshacerme de ella. Para por fin poderme largar para siempre de la vida de Natalia, entre mentiras y pretensiones, de que volvería me quedaría y que todo estaría bien.

Con *mentiras* fue que aprendí alemán, al menos, para pedir un taxi.

¡The frog! ¡It is in the frog!

Nah, mentiras,

*ich könnte leider nicht im Taxi einfach einsteigen.  
¿Spinnst du?*

Estaba ahí, con dos maletas que sumaban un total de cuarenta y seis kilogramos permitidos por la mayoría de las aerolíneas para transportar como equipaje consignado en viajes internacionales<sup>69</sup>, y una maleta un tanto más pequeña, de ocho kilogramos, como define la asociación internacional aeroportuaria, llenas de la ropa y calzones que pude incorporar antes de salir de Guadalajara; desodorantes que esperaba me durarían hasta la próxima era glacial; y una mochila con la computadora móvil y pertenencias varias; todas esas chingaderas tenía que transportar para llegar hasta Karlsruhe desde el aeropuerto de Stuttgart. En el área donde se encuentra el aeropuerto de Stuttgart, no hay absolutamente nada a varios kilómetros a la redonda. Absolutamente nada. Pero me adelanto, otra vez. Bueno, no. Digo, no es tampoco una desolación absoluta como en el aeropuerto internacional de Los Mochis, Sinaloa. Ahí sí que no hay más que esteros, terrenos baldíos, y un panteón muy exquisito para ser enterrados, supongo, con gran bombo y platillo. Eso está más vacío aún. Tampoco era el aeropuerto de la ciudad de México, que tiene casas-habitación merodeando el lugar, y algunos hoteles de bajo costo. Era una nada desconocida. Para evitarme mucho trabajo al momento de encontrar cómo llegar al hotel, hice una búsqueda exhaustiva de un lugar cercano al aeropuerto para pernoctar, y la opción por la que opté fue un hotel

es uno con el tiempo y las malas costumbres.

<sup>69</sup>Excepto Turkish Airlines. Turkish Airlines permite hasta treinta kilogramos por maleta, y dicho sea de paso, las azafatas siempre muy alegres, muy amables, muy sonrientes. Los azafatos también.

denominado “hotel-galería”, que esa noche me enteraría, es sinónimo en alemán de “*Entschuldigung, Herr Tqrres, ¿Spinnen Sie? Die Tür bleibt nicht über Nacht offen. Hier ist kein Zuhause, Herr Tqrres. Dorothy, we are not in Kansas Mochis anymore.*”. Bueno, eso yo no lo sabía, porque no me mandaron ningún correo al respecto. O tal vez si lo hicieron, pero ¿Qué iba a saber yo, que no hablo nada de alemán, salvo lo que aprendí a escondidas de Natalia? ¿Manzanas?

“*¿¿¿Darf ich mit Apfel bezahlen???*”

Pedí un taxi a la primera persona que me lo ofreció saliendo de las puertas del aeropuerto, en donde ahora sí tenía sentido estar vestido con una gabardina y botas de trabajo gruesas. El viento y los diez grados se sentían al momento de salir de la puerta del aeropuerto. El primer hombrezuelo que estaba frente a la puerta tomó mis maletas, las colocó en el portaequipaje de un automóvil Mercedes-Benz cuyo modelo desconozco, y me dejó subir al asiento trasero. “*n'Abend!*” me dijo. Se quedó en silencio cuando subí y mostré la dirección del hotel, que tenía guardada como una imagen en mi teléfono celular.

El taxista no hablaba español, y muy poco inglés. Llegaría a pensar que no hablaba inglés en absoluto. Dijo algo que no entendí, pero quiero pensar que era algo como “*sí, jefe, cómo no, usted tranquilo, yo nervioso, vamos pa'lla*”. Arrancó el vehículo y yo solo veía como íbamos por lo que suponía era la calle recta que había que tomar saliendo del aeropuerto para llegar al hotel. Pasamos una carretera desolada, y entramos a un barrio que se veía un poco más habitado por unidades habitaciones monofamiliares. Anduvimos unos diez, o doce minutos, mientras veía como incrementaba el precio del viaje en el taxímetro. “*A la verga, qué caro todo*”, murmuraba hacia mimismo, cuando de pronto, del lado derecho se alcanzaba a ver un edificio un poco más

grande que las casas que había por el lugar. Sin embargo, no veía luces, ni un *bell boy* en la puerta, vestido de rojo y con un pequeño sombrero de mimbre. No veía nada que asemejara a un hotel. Al fin, al llegar al lugar acordado, me dijo “*hier*”. El taxista no dijo absolutamente nada más. Bajó las maletas en ese lugar escabrosamente oscuro, en medio de la nada, en una casona vieja que no tenía ningún anuncio, ni una puerta iluminada.

Absolutamente *nada*.

Hacían esos diez grados centigrados, y ahí fue donde la carga de las botas en Los Ángeles, y la gabardina por fin, tuvieron sentido después del estúpido evento en Los Ángeles.

*Sentí verdaderamente frío por primera vez en mi vida.*

Bah, no mientas, Qrlando. Eso no pudo haber pasado así, lo del frío, que nunca hubo hecho. Recuerdo que en la ciudad de México, cuando era niño, hubo alguna u otra vez anuncios por el televisor que las temperaturas llegarían a los 2 grados centígrados, allá en los años noventa. No recuerdo específicamente cuantos grados, ni por qué hacía tanto frío. De esas veces, debimos de haber salido a las seis de la mañana, como acostumbrabamos salir para ir a la escuela, en el Shadow 86 de Chrysler que tenía mi padre en ese momento. No recuerdo si tenía más frío de lo habitual o no, solo recuerdo que nos abrigaron más de lo usual. No recuerdo que hubiera calefacción dentro los salones de estudio. No recuerdo muchos detalles al respecto. Algunas veces, también había alertas ambientales por el alto contenido de humo y niebla en el ambiente, y se cancelaban las actividades al aire libre. Siempre, acompañado de mucho frío. Otra vez, también hubo heladas en Los Mochis, Sinaloa, México, capital del mundo y de mi corazón, en el año 2005 o 2006. Fue tal la devastación de las heladas, que los cultivos de esa temporada se echaron completamente a perder y hubo consecuencias económicas sustanciales para la región.

No recuerdo haber tenido tanto frío en Guadalajara.

Era un frío de desolación porque no sabía que hacer. Estaba solo, en medio de la noche, sin saber decir en alemán: “*Compa're, ando valiendo verga, compa're*”, perdido en medio de la nada<sup>70</sup>, viendo para todos lados, en una penumbra que solo parecía crecer hacia los lados. Me acerqué a la puerta y vi que había una maraña de palabras que no podía traducir, porque la oración era demasiado larga, y ya era tarde, y ya no estaba en condiciones de traducir palabra por palabra. No entendía nada de lo que decía. Había un número al que había que marcar, pero yo no podía, porque no pensé que necesitaría marcarle a nadie, estando en esa soledad incipiente.

Una soledad real, que nunca había sentido, porque no tenía ni cómo hacer una llamada, porque estaba muy perdida.

Pensé un poco en Natalia en ese momento.

---

<sup>70</sup>Después me enteré por mi amiga Friederike que esta es una zona comercial relativamente poblada porque hay mucha industria y oficinas por el área, por lo que la desolación era solo porque el hotel estaba muy oscuro. Volví a ese lugar unos cuatro años después, y al por fin saber cómo se pregunta cómo llegar a la estación de tren... creo que estaba exagerando un poco. Pero muy, muy, muy poco<sup>71</sup>.

<sup>71</sup>Casi nada.

***Re: Re: Natalia***

**H**acía tiempo atrás, cuando apenas conocí a Natalia y nos embrollamos sin quererlo, ella me hizo una llamada después de que culiamos sin querer, acto seguido de haberme corrido de donde ella vivía porque “*tenía cosas que hacer*”. Justo cuando llegué a mi apartamento recibí una llamada de ella, y partió diciéndome que todo fue un error, que qué tontería, que es mejor no vernos, **que el novio, que patada, que porqué...** que si **no, no hagas nada**, porque **bueno, ya ni modo...** todo era muy confuso. Esa vez, confundido, colgué el teléfono y me acosté, en estado de choque. Le hice una llamada telefónica al Heriberto. **¿Por qué le marqué al Heriberto?** No lo sé. Necesitaba familiaridad, un amigo, alguien a quién relatarle lo que había pasado. En esa ocasión, me sentía... perdida. Ese sentimiento de perdición que uno tiene, cuando no sabe de dónde, ni cómo, ni... *nada*. Estaba tan perdido que no sabía exactamente qué decir. Usualmente, henchido de dominancia masculina, establecía: “*me pelan la verga todos, yo sé de qué lado masca la iguana, a la verga*”, y hacía todo lo posible por demostrar que no estaba perdida. Aún cuando la situación esté a contracorriente, yo encuentro la manera de escabullirme por las orillas, escapar de la justicia divina; estatal; y/o federal.



Previo a la llamada, Natalia y yo salimos a beber cervezas, de las primeras veces que salimos como amistades, fuimos a un bar de cervezas artesanales, El Depósito, en la glorieta de la Estampida, en Guadalajara. Ahí bebimos y hablamos de Los Mochis, Sinaloa, y nos reímos y jijiji, jajaja. Ella me había advertido que “**Cuando pisteo ni se me nota, a la verga**”, y sí, la verdad ni se le notaba, porque pisteó un chingo y seguía, pidiendo cervezas que yo jamás había bebido, unas

*Indian Pale Ale*, muy amargas, pero buenas, y yo pedía *Stout*, porque fui a Inglaterra hacia unos años, y era la única cerveza inusual que conocía. Teníamos veinticinco años y la cabeza llena de memorias y cabello. Terminamos por ahí a las once o doce de la noche, y me dijo: “¿Puedes manejar tú?, yo ando muy peda a la verga”. Yo no manejaba un automóvil de transmisión manual desde 1998, así que intenté hacer mi mejor esfuerzo para que no se apagara el vehículo.

Lamentablemente, el automotor se apagó en el arranque y me dijo: “Valiendo verga, ¡En serio no sabes manejar, jajaja!”. Y me rasqué<sup>72</sup>, anduve unas cuadras, después de intentarlo una segunda vez, hasta que tuve que cambiar de tercera a primera para volver a arrancar desde el punto de apagado del auto, y de nuevo, se me apagó el carro (a la verga). Natalia dijo: “Hey, ya en serio, a la verga, dame el carro”, e intentó forcejear para quitarme del asiento del conductor, mientras andaba a unos quince kilómetros por hora. Una patrulla se acercó del lado derecho, y encendió las sirenas. Valimos verga, pariente. Me detuve y me bajé a hablar con el policía de tránsito. “Qué tal joven, ¿Sabe porqué lo detuve?”. Y le dije que sí, porque veníamos haciendo malabares con el vehículo. “¿Venía de ingerir bebidas alcohólicas?” Y pues sí. Veníamos. Me dijo: “Uy colega, complicado: Vamos a tener que llevarnos el vehículo, y a su novia a los separos”. Natalia no dijo nada. Se quedó sentada en el automóvil. Le dije al policía: “¿Entonces, cómo nos arreglamos?”. El policía auxiliar se quedó callado. “Vaya a hablar con el comandante”. Fui con el comandante y le pregunté lo mismo. “¿CÓMO NOS ARREGLAMOS ENTONCES?” Me dijo: “¿Cuántro trae joven?”, “doscientos”. “Uy, no, no se arma. Lo siento”. No me podía rendir en este punto. Si ya estaba valiendo verga

<sup>72</sup>Rascar, Del lat. vulg. \*rasicare, der. del lat. *rasus*, part. pas. de *radere* 'raer', 'afeitar', 'raspar'. 8. tr. coloq. *Moch*. Ardor o molestia por un comentario o acción. U. t. c. prnl. Ej. “Asco a la verga el morro rascado”.

probando los límites de la corrupción, solo me quedaba seguir intentando. “¿No trae más?”, murmuró, viendo hacia la desolada calle. “Podemos ir al banco para que saque dinero”. “Ta bueno pues”, ¿Lo llevamos? - pero le dije que no, que podíamos ir en el auto. Recorrimos 5 cuadras hasta el siguiente cajero, un Santander a apenas una cuadra de la avenida La Calma, yendo por Avenida López Mateos. Me bajé del automóvil y llegué al cajero, asediado por los policías de tránsito. Saqué 1500 pesos, de los 3000 que tenía disponibles. Le dije al policía de tránsito: “Solo tengo mil quina, son para libros para la escuela”. Se me quedó viendo. “Ya, chale pues, pinche jodido, a la verga. ¡Uy! Carnal, se fue tu novia”, mientras veía como pasaba el automóvil de Natalia a toda velocidad.

“¿Necesita que lo llevemos, joven?”, y pues no, gracias, señor comandante. Ya aquí me voy a pie a la cantona. Caminé por la avenida La Calma, pensando: “Chale, a la verga, pinche peda cara”. Una cuadra después, vi el carro de Natalia estacionado del lado derecho de la avenida. “**Ya bueno, ni modo ¿Quieres que te lleve a tu casa?**”, accedí y me subí para andar unos trescientos metros hasta la entrada de los departamentos donde vivía en ese entonces. “**Pinches departamentos culeros, se parecen a los de...**” y se detuvo. No dijo nada más. Le dije si quería pasar un rato, pero no quiso. Le dije: “Bueno pues, entonces... ¿Me voy?” Dije, confundido. Nos quedamos ahí sentados al pie de la entrada de los departamentos, platicando tonterías. Ahí, por alguna razón, nos tomamos de la mano. Me dijo: “**No, no puedo**”. Y dije “ah, *ok*”. Y así quedaron las cosas. Intenté besarla, y tampoco quiso. Y pensé: “Bueno pues ya estuvo suave a la verga, ya me voy a dormir”. Pero no funcionó. Volvimos a sentarnos en su automóvil, durante otra hora, mientras repetía: “**No puedo, es que no puedo**”. Esa vez, se fue como a las 3 de la mañana, y ahí quedaron las

cosas, porque no culiamos ni nada.

Uno de tantos momentos de absoluto desconocimiento que tenían una luz al final del túnel... pues este túnel, este fue el que por primera vez, me hizo tener que preguntar directamente a alguien, por llamada telefónica... ¡Y ahora, qué chingados hago, güey?

*"pues tú tranquilo, we, ahí la que tiene que decir qué pasa, pues es ella, tú estate tranquilo. Si quiere, te va a marcar, y si no quiere, pues no. Tú tranquilo we, ahí me marcas si necesitas algo".*

Lo primero que pensé fue que no me dijo nada que no supiera. Sin embargo, esas palabras del Heriberto, en ese momento, eran exactamente lo que necesitaba escuchar, aunque ya lo supiera. **Porque yo siempre tengo que saber todo, a la verga.** Y no era el hecho de la repetición legitimando mi opinión... Solamente era el escuchar a alguien en quien confiaba con algo que me tenía con un sentimiento de vacío en el estómago, por haber roto algo que no sabía si se podría arreglar<sup>73</sup>, me daba un poco de... certeza. Esa certeza de que estaba haciendo algo mortalmente equivocado, en contra de una persona que no conocía, pero que a fin de cuentas... ya no existía. Me convertí en "el otro".

El otro.

Me convertí en otro.

---

<sup>73</sup>No se podía arreglar nada. Se rompió algo, para siempre.

**otro**

**Me convertí en el otro.**

**Me convertí entre otro.**

Me convertí en otro.

Desconocido / alarmado, desesperado, tal vez?  
ignorante cegado por las calenturas  
de pistear con agentes conocidas  
¿será que así fui siempre?

**Yo nunca he estado.**

**Los resquicios de las mentiras que nos  
dijimos**  
**para escaparnos de responsabilizarme**  
**¿Qué tiene, a la verga?**

``x, estamos chavas''  
``equis, güey, andabamos mal''.

**¿Cuando vendrá mi otro?**

Siempre que subo a un avión, tras un vaivén de señoritas y viejos horribles que no se pueden sentar quince chingados minutos A LA VERGA, SIÉNTESE SEÑOR CHINGADA MADRE YA VAMOS A DESPEGAR, los sobrecargos señalan, dentro de otras cosas: “Fasten your seatbelt during taxi and landing”. El mismo texto se encuentra desplegado en todos los asientos. Vaya, es tan importante saber que hay que mantener el cinturón durante taxi y aterrizaje, que hay un constante recordatorio en todos los asientos. Después de centenas de viajes en avión, ese anuncio se vuelve transparente. Supongo que las personas que viajamos mucho somos las que tenemos la culpa cuando no se siguen las instrucciones al pie de la letra.

En inglés, el término “taxi” indica el momento en el que el avión se mueve lentamente, antes de despegar y después de aterrizar, donde hace lo que este verbo “taxi” implica. La palabra está relacionada con el latín medieval “taxa”, que significa “cobrar”, y se usa como para describir el movimiento lento de un vehículo que puede ser rentado temporalmente para transportarse de un lado a otro mientras busca a quién llevar. Pero, ¿“Taxi”? Supongo. Supongo que tiene que ver con el “taxímetro”, que es el medidor de distancia o costo de un vehículo. Es curiosa la palabra, porque la usamos en español en su sentido más relacionado con su raíz latina, pero en inglés, es usado en una dualidad que está implicada en el movimiento lento para cobrar una cuota por moverse, pero no por la cobranza misma, sino por el movimiento. La cobranza del movimiento, o el movimiento lento.

El taxi que me dejó ahí no se alejó lentamente, sino a toda velocidad<sup>74</sup>. En esa oscuridad, en esa galería hotel. Sin señales de vida, sin luces, sin contactos. Solo. Por fin, me quedé absolutamente solo. En medio de la

---

<sup>74</sup>La velocidad permitida dentro de esta zona es de 30 km h<sup>-1</sup>

nada, en el silencio de lo que desconocía y que ya no era absolutamente nada de lo que conocía *hasta ese momento*. Las barras de la señal telefónica de mi móvil, completamente desaparecidas de la faz de la tierra, mientras yo intentaba entender qué sucedía.

Me acerqué a la puerta, y no había ninguna luz. Fui a la vuelta del edificio, y no había ninguna puerta abierta. Me acercaba, y me alejaba, y en mi cuerpo se empezaba a formar lo que después identifiqué como el miedo de estar sola en un lugar desconocido, sintiendo por primera vez frío, con esa gabardina que compré en los Estados Unidos de Norteamérica una vez que vi que había una rebaja de precios en una tienda de mercancía rebajada, y siempre quise tener una gabardina así. Lamentablemente, nunca hizo suficiente frío para usarla, y se quedó varios años en el armario, sin usarse, y supuse que iba a necesitar una chaqueta caliente algún día<sup>75</sup>. Me quedé pensando un rato, y volvía a la puerta a ver qué había que pudiera utilizar para resolver mi situación. Había en la puerta un anuncio, en alemán, que no decía nada que yo entendiera, porque había demasiadas palabras que yo no conocía. Tenía, en ese entonces, un diccionario digitizado para traducir de alemán a inglés, por lo que pude entender inciertamente, que tenía que llamar a un número telefónico, para saber cómo podría entrar al edificio. Al lado, había un número telefónico, que se convirtió en ese momento en la llave inalcanzable que me permitiría dormir por una noche, después de haber pasado por varios aeropuertos, unos nuevos, otros no tanto, pero todo estaba tan lejos, tan cerca, todo lo encontraría a una llamada de distancia. A una puta. Perra. Bomba. Verga. Vida. LLamada, a la verga, QUE NO PUEDO HACER. PORQUE NO TENGO CÓMO VERGAS MARCAR. A LA VERGA. Toda mi noche se convirtió entonces en ese número telefónico, esa primera

---

<sup>75</sup>En la indumentaria mexicana una ligera risa vendrá ante la idea de una "chaqueta caliente". En español mexicano, una chaqueta es una de tantas versiones del onanismo, y el hacer el acto caliente, lo hace todavía más onírico. Lo que no era cómico, era el pinchi perro frío que tenía aquella vez.

noche de octubre, y no sabría que ese solo sería el primero de un sinnúmero de códigos telefónicos a los que tendría que llamar, incesantemente, para intentar resolver problemas, que se convertirían en más problemas, porque no entiendo qué me están diciendo, porque *es tut mir Leid, ich'preche kein Deutsch, 'tchuldigun y tras pedir que se hable más lento, bitte, langsam, bitte, ich verstehe gar nichts* solo encontraría desesperación del otro lado de la línea. "*ICH VERSTEHE NICHT, ¡Scheiße Schurke!*", escuchaba yo siempre, mientras maldeciría mi ignorancia, mi irresolvible estupidez por embarcarme en un problema que no debía ser mío, y que no tendría que tener, si tan solo me quedara para siempre estancando en mi propia lengua. "*Maldito inmigrante, ¡Acaso no entiende que aquí se habla alemán!*", me traduciría en el oído, en códigos que reconocería después, como los índices de mi soledad escondidos detrás de silencios interminables que entendería como una patada en el hocico, cada vez que me recuerde que no pertenezco aquí. Que no importa qué tanto me esfuerce, qué tanto aprenda, qué tanto haga... Nunca nada será suficiente. "*Maldita...*"

Maldita sea, ¡A la verga! – pensaba.  
Tonta, tonta Qrlando sola.

Me acerqué a la calle, en donde miré a lo lejos a una pareja corriendo en mi dirección, con unas lámparas en la cabeza para iluminar su camino mientras hacían su ejercicio nocturno, quería pensar. Una luz literal y simbólica, en la absoluta oscuridad que me rondaba en esa calle desolada, esa (cada vez) más fría noche de octubre.

O: "Hi! Hello! Sorry, English? I need help, can you please call this number?"

O: 'Hola, disculpe, Inglés?  
Necesito ayuda, puede marcar este número?"

Le dije a los transeúntes con toda la posible calma que podía tener en ese momento, intentando evitar parecer un asesino criminal de la noche, al querer irrumpir en la rutina de ejercicio de estas pobres almas desconocidas. *Sin querer molestar, por existir.* Estas lucecitas hermosas, únicas, irrepetibles, que se me cruzaron en el camino para resolver mi problema ahora que no podía marcar a nadie (*porque no podía, y porque no conocía a nadie*), se detuvieron para apoyar a este idiota desconocido, en el auge de soledad en esa galería-hotel de noche. La mujer empezó a compartir palabras que iban y venían, en una lengua que en ese momento me parecía tan ajena, y solo escuchaba como una serie de pausas que no discriminaba mentalmente. *Ruido, era todo ruido.* La mujer termina la conversación: “*Alles klar, dann, vielen lieben dank und schönen Abend noch! Tschüss!*” Mientras presiona el botón de cierre de llamada, la mujer me observa y guarda su teléfono móvil. De repente, me vio con una cara que olvidé, pero con una frase en inglés que me quedó quemada en el cerebro hasta este día:

S: “*The key is under the frog.  
That is all she said.*”

D: ‘La llave está bajo la rana. Eso es todo lo que ella dijo.’

Pero... ¿Qué jijos de la chingada significa eso? ¿Rana, qué? No entiendo nada. ¿Cuál rana? ¿Se estará burlando de mí? Tenía demasiadas preguntas, y pocas respuestas, y ya no quería detener a estos... deportistas, de su camino. Siempre he querido evitar ser un lastre, en medida de lo posible, y moverme a un lado, si eso facilita las cosas. “*Thanks!*”, agradecí, y desaparecieron con estas lucecitas en las sombras de la calle, en ese lugar desconocido, que no entendía... y no sabía, y no entendía. Volví al punto cero: A las maletas, a pensar. A analizar la frase. “Las ranas”.



Las únicas ranas que me vinieron a la mente fueron el charco de las ranas, un restaurante de la ciudad de México, donde, el día de mi décimo segundo aniversario de vida, cuando mi madre me recogió de la escuela, con un calor normal de verano mochitense, mi madre me dijo: “*Hijo, que se murió Paco Stanley*”. No me dijo: “Lo mataron a sangre fría adentro del restaurante el charco de las ranas”. No, fue sutil, mi madre. Me enteré ya después cuando llegué a casa y encendí el televisor para ver la noticia más reciente. Pensaba: “Chale, ahora todo mundo relacionará mis cumpleaños con la muerte de Paco Stanley”. Y, la verdad, es que esto no fue el caso. De hecho, hasta el momento, creo que pocas personas saben la fecha exacta, a menos de que yo lo traiga a la conversación, como la comadreja necesitada de atención que soy, haciendo que la historia del entretenimiento mexicano se trate de mí. La otra relación que tengo con las ranas está en mi madre, que siempre nos dijo: “cuando yo era soltera, colecciónaba ranas”. No sé cuál sea el significado de las ranas y la soltería, pero es un rastro que siempre asocio con mi madre.

Ahí estaba pensando, viendo a mi alrededor, analizando la entrada del lugar. Vi por ahí algunas macetas... de distintas formas, y tipos... Una amplia y profunda con un árbol indescriptible. Varias plantas más pequeñas, que empezaban a marchitarse por el incipiente invierno. A un lado de la puerta, divisé una maceta con forma de rana. La MALDITA rana, estaba ahí. ¡A LA VERGA! Tomé la maceta y la levanté ligeramente, y debajo de ella, un par de llaves.

¡Éxito, primer éxito! – Pensaba, mientras tenía un momento de paz y serenidad, por primera vez, en ese paraje solitario en medio de la nada, que por fin podría acceder... y bueno, el pasillo. El pasillo más angosto que había visto... en mi vida, creo. Solamente cabíamos una maleta, y

posiblemente, yo, para subir al primer piso, donde se encontraba la recepción. Así, subí una maleta a la vez, lentamente, de a poco, de a maleta por subida, para llegar al cuarto que tenía una ducha angosta, al lado de la puerta, detrás de una puerta blanca; una cama que no rechinaba (afortunadamente), un televisor de cristal líquido pequeño en la ventana, y una pequeñísimo escritorio con toda la información necesaria para pasar una noche espectacular en medio de la nada. Abrí la puerta del sanitario y ducha, e hice el viejo y confiable cagada & ducha & cepillado de hocico. Hay algo infinitamente refrescante en ducharse después de veintitantas horas en aviones. Es como... empezar de nuevo. Llego, por fin, el momento de silencio que esperaba, así como las toallas con las que me sequé después de tomar la ducha más gloriosa de mi vida, después de veintifracción horas y que se sentía tan bien tras tantas horas de trastabillar. Intenté encontrar alguna referencia para poderme conectar a la red inalámbrica del hotel para comunicarme con los viejos, para decirles que estaba vivo, y que todo había salido bien. No había ninguna indicio de una contraseña para acceder al Internet inalámbrico entre los agradables papeles de "qué puede hacer por la zona", al menos no dentro del cuarto. Salí de la habitación a la recepción, vacía también, y tampoco había algo que se le pareciese a una contraseña de red inalámbrica, al menos no con los nombres que se mostraba en la lista de redes disponibles. No había absolutamente ninguna indicación que podría, por esa noche, comunicarme con nadie. Una soledad... única, y solitaria. Consideré, momentáneamente, si sería prudente preguntar a alguna otra persona inquilina del hotel si tenían la contraseña del inalámbrico. No tuve la osadía de hacerlo, y si lo hubiera hecho, tremenda patada en el hocico que me hubieran propiciado, puesto que después me enteraría, que en Alemania molestar al prójimo es considerado prácticamente un pecado capital, y el espacio personal es algo considerado sumamente privado, mientras no se violen las libertades personales ajenas. Luego entonces, tocar a la puerta en un hotel a un desconocido, por una contraseña, en

inglés... hubiera sido una afrenta terrible. Solo daba vueltas de vez en cuando a los cuartos contiguos al mío que escuchaba como ocupados, hasta que me rendí y decidí simplemente regresar al cuarto, vencido por las circunstancias. Encendí el televisor para ver que encontraba, y salvo noticias (que no entendía), el canal católico, y fútbol de la cuarta liga alemana, no había nada de interés. Merodeando los canales, encontré contenido sugerente en uno de ellos, una mujer semi-desnuda diciendo algo en alemán. “*Well. that was a freebie*” – analicé, tomé la decisión y llevarla adelante, y ya relevado de la soledad, me dormí unos minutos después.

Así, entonces, me dormí por primera vez, en el país que se convertiría, eventualmente, en mi *hogar temporal*.

Para las personas que estén interesadas en pasarlo mal en un hotel en Stuttgart cerca del aeropuerto, sobre todo siendo un fin de semana, recomiendo altamente el hotel donde me quedé. 10/10. Me volvería a quedar ahí y me llevaría un cuchillo a la verga para matarme mejor en lugar de que me dejen buscar mis propias putas llaves en la madrugada.

*Fritzis Art Hotel,  
Plieninger Straße 39 -41,  
70794 Filderstadt,  
Deutschland*



## *Eine Karte nach Karlsruhe, bitte*

04.10.2014.

Filderstadt, D.

10:30

Me gustaría pensar que todo estará bien, por siempre, y que lo de ayer solo fue un mal sueño.

De esas cosas que pasan, porque se tiene mala suerte, cuando se le cuelgan las "malas vibras" que viene cargando desde hace varios aeropuertos, y que se van soltando de a poco, como sin darse cuenta, hasta que a uno se le olvidan estas cosas, porque ya quedaron muy atrás en el tiempo.

### Karlsruhe Rezensionen und Bewertungen

Mannnnn Ich haße absolut Karlsruhe, morelike Kerlsruhe. Nur noch thirsty-nerd-baby Männer. Aber S-bahn läuft gut und spät. Keine Späxis! Kauf mal früh! Café Emaille, top Burgers!

- Lena, 22, aus Mecklenburg-Vorpommern

En eso estuve pensando en la mañana del cuatro de octubre de dos mil catorce, después de un muy ~~confuso~~ estuvo bien vuelo transatlántico y una muy incómoda conversación con unos correidores de barrio porque no sabía hablar alemán y me daba vergüenza admitirlo.

No me acuerdo si traía algunas galletas en alguna de mis bolsas para comer en la mañana, o si tenía un poco de refresco de cola en una botella de plástico que bebí de a poco en el avión. No recuerdo si comí algo, puesto que pensé que me habría quedado en un hotel “normal”, con una recepción, con una amable mujer que hablaría un poco de inglés, lo suficiente para no hacerme sentir mal por no poder hablar alemán, y un servicio de buffet con panquecas, huevo revuelto, tocino, y jugo de naranja altamente procesado. “*¡Alles in Ordnung, Herrr Tqggges, buenos días!*” – pensé que diría, con su poco español aprendido en algunas vacaciones a las playas españolas de Mallorca o Menorca, pidiendo una cerveza para aminorar el calor, gastando sus bienhabidos marcos. Esperaba un poco de iluminación divina, o por lo menos, que hubiera algo para comer en la cercanía del hotel. Esperaba demasiado, supongo, porque solo me asomé a la ventana, a eso de las diez de la mañana, para ver que solo había residencias a la redonda. Empecé entonces preparándome para el siguiente paso: Arribar a Karlsruhe, en el estado de Baden-Württemberg, en Alemania.

Tomé una ducha matutina, y preparé las dos maletas que llevaría como mi calvario hasta la estación de tren. Hasta este momento, no me pude comunicar con nadie: Ni con mi padre ni con mi madre, ni con mi ex-novia, ni con los amigos, ni con nadie, porque no pude obtener las credenciales para conectarme al Internet inalámbrico del hotel. Me rendí, al final, sin poder conectarme a ningún lado, y estando completamente incomunicado, utilicé los mapas pre-cargados que tenía en mi teléfono móvil para poder llegar a la estación de tren de Filderstadt, y de ahí llegar a Stuttgart, y luego llegar a la tan mencionada Karlsruhe. Dejé el

hotel, de nuevo, moviendo cada maleta de una por una, dejando las llaves de la rana en un pequeño tazón de vidrio transparente en la entrada, con una nota que decía: “*Bitte die Schlüssel hier lassen! Vielen dank!*”. Abandoné el edificio y cualquier posibilidad de regresar si algo salía mal un poco antes de las once de la mañana, la hora indicada de hacer *check-out*. De acuerdo con los mapas pre-cargados, si caminaba derecho por la calle donde estaba el hotel, encontraría la estación de tren directamente del lado izquierdo. Perfecto.

Caminé las primeras cuadras sin mucha complicación, andando a paso apresurado, y siendo violentado por un atípico y fuerte sol otoñal. La mala suerte, así como el excesivo peso que tenía en la maleta, y supongo que la mala postura con la que rodaba la maleta misma, llevó a que una de ellas, la que mi hermana me había regalado para poder traer más cosas, se le reventaran los tubos de la manija extensible.

¡Valiendo verga! – me dije a mi mismo.

Analicé la situación en silencio, parado en algún punto entre la estación de tren y el hotel. “Está todo bien, no hay pedo” – retromurmuré. Empecé a revisar la maleta, y revisando las dimensiones y las posibilidades que tenía en ese momento, reflexioné. La calle estaba vacía. “A ver, puedo alcanzar la manija de tela en la parte de arriba de la maleta... y tal vez si monto la maleta pequeña encima de una de las grandes... creo que la que no está completamente macaniada, puede ser...” – pensaba. Así, hice un reposicionamiento estratégico de las maletas, poniendo una encima de otra, de manera que con mis dos bracitos bellos, pudiese llevar tres maletas: Una gigante<sup>76</sup> y color azul cielo, y recientemente dañada, que fue la que me regaló mi hermana, y que se rompió a la verga; la otra maleta, un poco más pequeña pero no menos enorme, que le compré a la señora desconocida que encontré a través de anuncios

---

<sup>76</sup>Los objetos en el espejo están más cerca de lo que aparentan.

mexicanos en línea<sup>77</sup>; y una maleta pequeñita, pero que lamentablemente no recuerdo de donde salió; al hombro, una mochila Jansport color tierra que había comprado en una *Ross, dress for less* en los Estados Unidos de Norteamérica, hacía unos meses atrás. Ahí llevaba lo único que necesitaría por los siguientes tres años, dado que resultaba un poco complicado elegir cuando uno en realidad necesita un tomo de *Hitchhiker's Guide to the Galaxy* al momento de mudarse a Alemania. Muchas cosas quedaron en casa de mi madre, y que no

<sup>77</sup> Anuncios mexicanos era una plataforma de compra y venta de nuevos, seminuevos y [REDACTED]. En algún momento, me enteré que no era solo una plataforma para encontrar videojuegos usados, sino también como una plataforma “para encontrar amistades”, una astuta alegoría a la prostitución. Durante algunos meses, estaba obsesionado leyendo los anuncios de búsque de romance, ofreciéndose caricias por cualquier tiempo disponible, por una hora (o tres), en cualquier motel de la ciudad (con lugares preferenciales señalados). Escarbando un poco en el Internet, también era posible encontrar reseñas de hombres que en algún punto cedieron a las necesidades primarias, y sí hicieron uso de los servicios del amor financiado, con historias en las que las premisas de precio tenían una correlación con la realidad que ofrecían: “cualquier morra de menos de 1500 y que ser miren bien, están mintiendo a la verga pongansen truchas amigos no los vayan a botar en una zanja”, expresaban. Quién pensaría que todo era mentira. Nunca acudi al servicio, me parecía demasiado complicado de planear (puesto que no tenía vehículo automotor), y me daba miedo la situación de las zanjas<sup>78</sup>.

<sup>78</sup> Zanjas. Tengo, (des)afortunadamente, muchas historias con las zanjas del periférico en Guadalajara. En más de una ocasión, tuve que caminar por en anillo periférico de la ciudad de Guadalajara a horas no apropiadas porque no tenía dinero, pero tenía mucha ambición. Estudiaba en una universidad tecnológico privada en la ciudad de Guadalajara (técnicamente, Tlaquepaque, pero para propios y extraños, técnicamente, Guadalajara), de carácter tecnológico, y aún más, en la región del Occidente, y porque tuve suerte me dieron una beca por nerd que la Mirtha tomó una beca distinta. La situación económica, sin embargo, era precaria, y viví con mi tía, hermana de mi madre, que vivía en ese entonces en el barrio de Analco, en Guadalajara. Para llegar al instituto de estudios superiores, tenía que tomar el tren ligero, la línea 2, que me llevaba a la estación de Periférico Sur, y de ahí un autobús me llevaba de la estación de tren ligero hasta la puerta del instituto, a eso de las siete de la mañana, cuando tenía buena suerte. En más de una ocasión, con mala sorte, y en los casos en los que iba tarde y no quería perder una asistencia, caminaba rápido, en la oscuridad de la madrugada, para poder llegar al salón de clases de temas que al día de hoy, no recuerdo mucho. Una vez, caminando rápido, y debido a que no existe una ruta para los peatones, caí un poco en una zanja por un lado del camino, que me dio mucha risa en ese entonces, porque siempre pensé que tendría un accidente en una zanja, pero no sabía exactamente cuando sucedería.

recogería en los años subsecuentes, sino que se quedarían como una imagen congelada en el tiempo del que fui antes de irme de México a buscar... ¿Algo? No sé. Nunca supe. No lo sabré.



Algo de eso pensaba mientras cargaba todas esas maletas hacia Filderstadt, que solo estaba a unas cuadras del hotel (cinco, específicamente), pero las condiciones de traslado lo hicieron el tramo más eterno y más peliagudo de mi existencia pretereterna. Estaba por primera vez realmente solo, y sin los beneficios de, por lo menos, entender las señales de tráfico para llegar a donde sea que fuese que fuese. Estando en Guadalajara, hubiera simplemente tomado un taxi en dirección a la estación de tren... pero no hay tren en Guadalajara, salvo que el que lleva a Tequila, así que no tomé ningún taxi, puesto que dije: "Nah, vale verga, yo puedo. Yo puedo sola. Yo puedo chingadamadre". Y así, chingada madre, seguí pujando y empujando las maletas hasta la estación de tren, para luego subí las escaleras eléctricas de la estación de Filderstadt del S-Bahn Stuttgartero.

Llegué botando un poco de sudor y pujos, cual si estuviera corriendo una maratón, a la estación de tren de Filderstadt. Tenía treinta euros exactamente, en forma de un billete de veinte euros y uno de diez que intercambié en el aeropuerto de Guadalajara, por lo que pude comprar un boleto para poder llegar a la estación de trenes central de Stuttgart. Me monté al tren S2, en dirección a Schorndorf, tomando treinta y dos minutos para llegar a la estación central. Fueron doce paradas, en total. Cuando anunciaron: "Stuttgart Main Station" llegó mi gusano metálico de alta velocidad, y me pidieron que *bitte Rechts aufsteigen*. Salí entonces por la derecha.

Poco sabía sobre la infraestructura y taxonomía de la transportación colectiva en riel hasta este momento: Alguna vez, hacía cinco años ya, hube viajado al Reino Unido, conocido mundialmente por sus expansivas y complejas redes de locomotoras ~~que fueron privatizadas para la cultura del~~  
~~Mitmanagert Thüttchen an La weggang~~, expansivas, diría uno, las redes. Nunca tomé un tren en Reino Unido durante ese viaje. Tomé un autobús porque era más barato para transferirme de Londres a Edinburgo, pasando por muchas ciudades que al día de hoy, me evaden<sup>79</sup>. Supe, sin embargo, lo eficientes que resultan los medios de transporte colectivos de corto, medio y largo alcance. Existen en Alemania, por ejemplo, los trenes regionales, o *Regionalbahn*, que son relativamente lentos (con una velocidad promedio entre setenta y noventa kilómetros por hora) y pasan por varias estaciones pequeñas, normalmente conectando diversas villas en su camino. Para aquellas que forman una familia y no quieren vivir en el tumultuoso, acelerado, y sobrepreciado mundo urbano, existe la posibilidad de mudarse a estas pequeñas villas, que además ofrecen espacios más grandes para, no sé, tener un perro o un lugar para guardar basura innecesaria. Existen también los trenes regionales exprés, que conectan puntos más distantes, pueden llevar a más personas, y alcanzar velocidades en las centenas de kilómetros por hora. Hasta el día de hoy, he conocido mucha gente alemana que, cuando eran niños, tomaban los trenes regionales para ir a la escuela (algo impensando en México, o los Estados Unidos de Libertad Libertaria de Norteamérica, donde es más bien instrumentado el miedo a la colectividad transportativa por los padres y las madres para recordar a las hijas que antes, cuando todo

---

<sup>79</sup>London North, Sheffield, Leeds, Durham, Newcastle (Upon Thyne), Haggerston Castle y Dunbar. Solo recuerdo Newcastle por la cerveza.

esto era monte, tenían que caminar cincuenta kilómetros, de subida de ida y de subida de bajada, para llegar a estudiar). Me mudé a un pequeño departamento en las afueras de la ciudad en 2016, y en varias ocasiones quedé atónito el ver a niñas de apenas unos seis años yendo completamente solas, con sus chamarras rosas o azules fosforecentes que les hacían ver como bultos moviéndose a velocidades monstruosamente bajas entre la nieve, para llegar a la escuela. Atónito, digo, porque esto también era impensable para mí, porque el miedo de que un infante fuera raptado para ser vendido a organizaciones criminales por la calidad de sus órganos era un miedo constante de la impunidad criminal competente en el desarrollo psicomotor, sociopolítico y socieconómico de los infantes. En fin, estos trenes locales son lentos, pero relativamente económicos. Ya en la gama alta se encuentran los trenes interciudad o IC, y después se introdujeron los *Express*, o ICE, que viajan entre nodos de transporte masivos, a velocidades mucho más altas, llegando a varias centenas de kilómetros por hora en secciones selectas. Velocidades tan altas que en siete horas, pueden recorrer una distancia de ochocientos cincuenta y nueve kilómetros, entre la ciudad de Basel en la frontera con Suiza, y la capital alemana en Berlin. Una maravilla de la *transportación moderna*<sup>80</sup>.

Pero pues yo no sabía nada de estas mamadas y solo compré el primer boleto que vi que me llevaría a Karlsruhe, por diecisiete euros con noventa centavos<sup>81</sup> 22.50€. IC 2068, pista 11. Quedaban veinte minutos para que llegara el tren, caminé so lento, so tranquilo, sin prisa, a la pista asignada. Llegó el tren a tiempo y logré

---

<sup>80</sup>Sí, sí, ya sé, *Shinkansen*. Váyase a bañar, otaku mugroso, Shuh.

<sup>81</sup>Modificado en post, porque retengo el boleto. Véase, “Mira tu última sobre el sol”.

subir al tren con las maletas estratégicamente posicionadas para hacer la carga en apenas segundos, en la sección de las bicicletas. Acomodé todas mis pertenencias alrededor mío, y me senté en el piso a esperar pacientemente los cincuenta y tres minutos que tomaba el trayecto a Karlsruhe. Solo veía pasar los nombres y las personas, hablando aeroglifos alrededor mío, que carecían de sentido aparente porque no entendería alemán. Una voz, al fondo, exclamó: ~~Illiwillse Hellingmante, emeixdhem würr iim weenigem miimitem Karlsruhe Hauptbahnhof~~, y varios aeroglifos incomprendibles, que solo escuche como ~~mullo~~. Vaya, escuché palabras largas. Reconocía la ciudad a la que iba. Una vez que llegué a la estación principal, aproximadamente a las cuatro de la tarde, salí de la estación principal a la calle, y miré los tranvías y muchas bicicletas estacionadas afuera. Sonréí. Nunca había visto tantas bicicletas juntas. Empecé a buscar, a la izquierda y a la derecha, el lugar al que tenía que llegar para asentarme por primera vez en la ciudad. Era un hostal en una “localización central”, que alegaba estar cimentado en las cercanías de la estación central de trenes, por lo que me pareció prudente solamente imprimir la dirección y buscarla una vez que arribara a la estación central. Gran error. Terrible error, diría yo. Mi única referencia era una captura de pantalla que había hecho cuando tenía Internet en México, pero no decía gran cosa de cómo jijos de la rechingada monda<sup>82</sup> podía llegar al hostal. Bien, primer obstáculo. Nada que no haya hecho antes. Tú puedes, Qrlandoa pendeja, chingado. Con las últimas monedas que me quedaban en el bolsillo, alquilé un casillero en la estación principal de trenes<sup>83</sup> para poner al menos una de las maletas (la más bultosa), y al no caber la segunda, y ya no tener moneditas en el bolsito, pude empezar a buscar el hostal con mayor tranquilidad. Salí, pues, con esa referencia, en dirección a buscar

---

<sup>82</sup>Monda, Sin. coloq., 1. f. Aparato reproductor masculino/femenino/NB.

<sup>83</sup>A partir de este momento, me referiré a la *Hauptbahnhof* como Hbf. De repente, si se cruza un "jauba" en el texto subsecuente, es posible ignorar que se uso esta contracción de "Hauptbahnhof" al sonar muy largo. Se referirá eventualmente como recordatorio.

la Karlstraße, y en esa *Straße, ich dachte, die ich könnte das verdammte Bett und Frühstück finden, in dem ich die nächsten 4 Wochen übernachten würde.*

Fue un tanto confuso hacer la búsqueda, debido a que estaba pensando hacer una búsqueda cuadriculada del hostal: Partir de la calle enfrente de la estación principal de trenes, andar una o dos cuadras, volver si no encontraba el lugar, y así acto seguido, hasta llegar a algún lado.

Mi plan se fue a la mierda en el momento en el que intenté usar una calle que doblaba de repente y que terminaba de vuelta en el Hbf<sup>84</sup>, por lo que cualquier método de búsqueda se vio violentado, y yo, por otra parte, al verme de nuevo en el punto de partida, me harté a la verga.

En ese entonces, el acceso a internet a través de una red inalámbrica era bastante más complicado que en dos mil dieciséis, cuando se puso una red inalámbrica de relativo libre acceso en el Hbf, para poder hacer una búsqueda rápida de la localización geográfica . En aquel entonces, el acceso a Internet en Alemania tenía la peculiaridad que en el caso de que se hiciera una búsqueda o se accediera a un registro de Internet que fuera ilegal (tales como los *torrents*, que se usan para hacer intercambio de datos *peer-to-peer*, donde un nodo tiene la totalidad o parte de los archivos intercambiados, y funcionan como semillas que otros nuevos nodos pueden descargar simultáneamente), la persona que estuviese como contacto principal sería amonestado con una multa y/o un larguísimo proceso legal para levantar la infracción. Difícil. Por lo tanto, el acceso era limitado. Supongo que había otras opciones, como el McDonalds, pero intenté de varias maneras y no pude conectarme al Internet inalámbrico sin comprar una hamburguesa. Vaya cagada. Había en el Hbf una tienda pequeña de abarrotes<sup>85</sup> y un pequeño lugar de

---

<sup>84</sup>Estación central de trenes. Todo bien, ¿Ciento? Fácil, ¿Ciento?

<sup>85</sup>Hasta este entonces, toda mi vida estuve acostumbrada a que existieran, aún en los lugares más remotos de cualquier ciudad en la que había vivido, una tienda de conveniencia para hacer compras de emergencia. En ciudades grandes en Alemania, como Berlin, uno puede comprar algunas cosas básicas en los kioscos, que tienen precios un tanto más elevados que los productos en una miscelánea común y corriente, pero están abiertos 24 horas, 7 días de la semana, 365 días del año. Lamentablemente, la cosmopolita Karlsruhe no es tan cosmopolita como aparenta, por lo que me enteré, a peladientes, que uno no puede hacer una compra en domingo, por ser día del señor Jesus Cristo del Nazareno. Así es que termina uno haciendo compras del mandado<sup>86</sup>en sábado. En este caso, era un sábado común y corriente, por lo que técnicamente, todo estaba abierto.

<sup>86</sup>*Mandado*, Mex. coloq. 1. m. Compras hechas en el mercado o supermercado.

juegos de azar mecanizados, que tenía además computadoras con acceso al Internet. “Bueno, menos mal. Al menos algo podré imprimir” – Me dije, seriamente. Entré local, y la persona que atendía el local me vio con mala cara. “Bueno, menos mal, a ver si me entiende esta pinche vieja” – Me dije, cómicamente. “English?” – Pregunté, en mi mejor inglés disponible, a lo que me contestó la pinche vieja: “Little”. Bueno, igual, pedí una computadora, usando la menor cantidad de adverbios, verbos, artículos o señas particulares. La pinche vieja señaló en dirección a una computadora, que tenía una cómica ranura para insertar monedas. “Coins?” – Pregunté, con inocencia, pidiendo cambio del último billete de cinco euros que me quedaba en la cartera. “No coins. No hier. Shop”. – Digo la puta vieja cascarrabias, señalando en la otra dirección. Fui a la tienda de misceláneos de al lado, a pedir que me cambiaran el billete de cinco euros que me quedaba por monedas de a un euro, como pidió la vieja rancia.



Siempre he temido mucho a ser ignorante. Mi miedo más grande, es que una medición de quién tiene la verga más grande, quién mea más lejos, quién tiene los huevos más grandes<sup>87</sup>, yo no pudiera medirme, y tuviera que ceder y perder. Pero ¡No! Chingada madre. Qrlando vino a reventarle el culo a todo el y la que se le cruce<sup>88</sup>, por lo que cuando se me cruzó el desconocimiento del alemán como un obstáculo, no permití que fuera un impedimento para poder encontrar un puto hostal localizado a, por lo mucho, cien putos metros de donde yo puta madre estaba parado. La traducción literal de lo que necesitaba era “Münzen”, y lo que tenía que decir era

<sup>87</sup>Porque pa’ calificativo, la verga siempre es el más conveniente.

<sup>88</sup>En un sentido peyorativo, obviamente. Mi suerte con las mujeres en los aspectos sexuales, afectivos e interpersonales es, por bastante, reducida y hasta cierto punto, deplorable, por no más triste.

“*Entschuldigung, könnten Sie mir bitte Münzen wechseln?*”, lo cual, si no hubiera sido porque hube usado el traductor gratuito de Internet, hubiera sabido que también estaba mal traducido, puesto que nadie dice “*Geldmünzen*”, y solo tenía que decir “*Haben Sie Kleingeld?*”, que para efectos prácticos, es la misma pregunta: “*Doña, ¿Me ferea el billete, porfas?*”, que en español alto<sup>89</sup> diría “Señora, ¿Me puede cambiar este billete por la cantidad correspondiente de monedas, por favor?”. Ninguna de las frases funcionaría, porque estaba posiblemente pronunciando eso como “*Munsen*”, en lugar de “*Muuuntsen*”<sup>90</sup>.

Al final pinche ruca verguera no me entendió, y utilicé, entonces, la traducción del teléfono móvil, para que me hicieran el chingado cambio por chingadas monedas culas en el abarrote.

Volví al tugurio ese miado donde tenían las únicas computadoras disponibles en la cercanía, y accedí a los mapas de la ciudad, para encontrar el chingado hostal vergo. Encontré que estaba *más o menos* en la dirección correcta, pero estaba virando antes de lo necesario: Tenía

<sup>89</sup>En alemán, existen varios dialectos, que son variaciones locales del alemán que se usan en las distintas regiones de Alemania. Existe, sin embargo, el dialecto “Hochdeutsch”, o “alemán alto”, que es el alemán estándar que un aprende en los institutos de alemán. Este concepto, sin embargo, no existe en español, al no existir tal cosa como “español alto”. Existe, de nuevo, el reglamento establecido por la Real Academia Española, que más o menos tiene en cuenta la manera en la que el español muta y cambia, agregando los cambios que refleja la lengua en el mundo moderno. Un punto de contención fuerte es el uso de la “e” para intentar neutralizar el español, por ejemplo, en vez de decir “las niñas y los niños”, escribiría “les niñas” y se entendería. Otros usan la x para mudar el género de las palabras, es decir, lxs nifíxs, pero eso me parece un poco más ilegible. La Real Academia Española, sin embargo, en su rancia sabiduría, negó el uso de la e o la x o cualquiera de su puta perra bomba madre letra que se quisiera usar para neutralizar el idioma. Puntos de contención que, por respeto a la lengua, y porque posiblemente por no vivir en Latinoamérica o España me hacen un “maldito infiltrado del sistema opresor del hombre blanco”, prefiero no utilizar, al menos no conscientemente, para hacer mis descripciones. Para efectos de la trama, se utilizará en puntos indistintos de la lectura, pero el punto queda, por lo tanto, clarificado y en contención. Lea con cuidado.

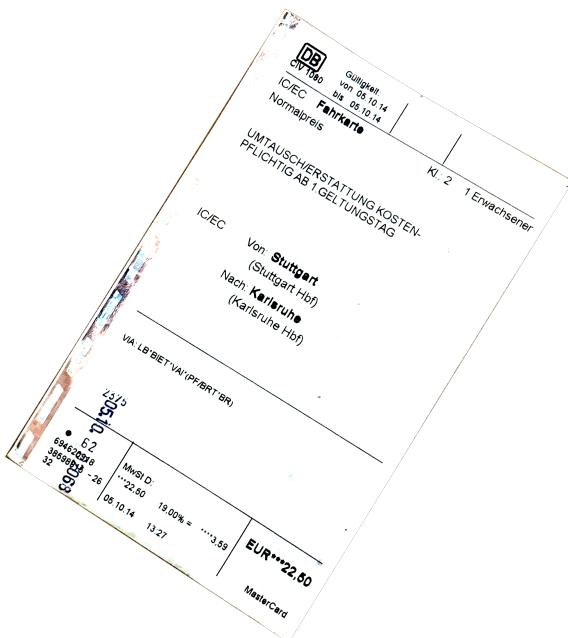
<sup>90</sup>Hay tres vocales “especiales” en alemán: La ä, la ö y la ü, que se tienen que pronunciar como si se le estuviera acabando el aire. Es difícil de explicar.

que continuar hasta la siguiente calle grande, y así hubiera podido encontrar el chingado hostal vergo. Le pedí a la mujer del personal del antro ese si tenía impresora, a lo que me dijo que no. Así, “No”. Pudo ser un “Nein”, no recuerdo bien. “Pues coma verga entonces, doña cula vieja jija de su reputísima madre. Dibujaré el chingado mapa entonces.” – Pensé, y ejecuté. Dibujé el mapa, con los nombres de las calles y el camino que tenía que tomar (caminar derecho 2 cuadras, dar vuelta donde diera vuelta el tranvía, seguir caminando derecho, y mirar del lado izquierdo de la calle). Con el mapa listo, me despedí de la vieja rancia, y salí, ¿Triunfante? de la chingada de la estación de trenes.

El día estaba un poco soleado. Había algunas nubes en el cielo, que llegado el crepúsculo, se desdibujaron en dispersión de Rayleigh, hermosa y colorada, como tal vez no volvería a verla en varios meses. Un poco de viento me acompañaba en el cierre de la tarde, recorriendo esas calles que se volverían lo más cercano a hogar que tendría por varios días.

Varios días, después, hasta que fue veinticinco de diciembre, y decidí salir a ver la nieve al parque, volví a ver el sol, pero ya no calentaba. Ahí, tomé una foto bastante linda, con unos árboles y una composición calculada, pero yo no sabía que la gente tiende a entrustecerse cuando no ve el sol por períodos extendidos.

Mira tu última sobre el sol.<sup>91</sup>



<sup>91</sup> La primera vez que leí esta línea fue en una remera de Opeth, banda sueca de metal progresivo, que escuché religiosamente durante muchos años, cuando aún descubría mi identidad musical individual. Esta frase era muy frecuente en la época de *Deliverance* y *Damnation*. Debí haber escuchado ese par de discos miles de minutos ese año. El parche lo debí de haber encontrado en el tianguis de música del parque agua azul, en Guadalajara, Jalisco, alguna vez que visité a mis tíos, cuando era aún adolescente. Sin embargo, nunca lo compré. La línea no es original de esta banda, sino de *Ivanhoe*, de Sir Walter Scott, escrito en 1820. La escena ocurre durante un torneo de justas, en la que el templario es afrontado por un contendiente misterioso, cuya marca principal era la palabra “el desheredado”, en español, en su escudo. Cuando el templario es afrontado a muerte, expresa:

Tome su lugar en las listas / Then take your place in the lists  
 y mire su última sobre el sol / And look your last upon the sun  
 pues esta noche dormiréis en el paraíso. / For this night thou shalt sleep in paradise.

### **3 Mientras**

*las desilusiones estén enmarcadas en rectángulos de plata y aluminio, no necesitamos recordatorios atemporales de lo mal que han ido las cosas, trescientas sesenta y cinco punto 25 pausas, cada tanto, y empezar otra vez. Otra vez.*

‘Θα σου περούκα ρεβιθόσουπα. Ας ζαχαρώνετε φτιάξουμε δώσω μαζί μια , μην τη . Θέλω ζαμπόν. Αυτό δεν πρέπει να έχει νόημα’.

“Yo te voy a salvar.  
Encontraremos un lugar juntos,  
no te apures”.

“*I will save you.*  
*We will find a place together,*  
*don't worry*”.

tanto,

*al menos eso pensaba cuando hablaba con Theo, esa vez que compré demasiadas cervezas en botellas de plástico que no sabía que podía cambiar por dinero una vez estando vacías.*

Pero, de nuevo, me adelanto *un poco* en la historia.

enía la maleta negra que compré de medio uso hace años, que jalaba incesantemente mientras pujaba para equilibrar, ya sin mucha estabilidad, y aún así logré por fin a medio camino al hostal en Karlsruhe lo que simplemente no pude llegando de Stuttgart: El bastón, que estaba tan dañado que prácticamente solo podía tomar la maleta por la orilla de la manija, se rompió por fin a la verga. Mientras tanto, la otra maleta que seguía guardada, esperando a que volviera por ella, yacía estática. Un cagadero. El trayecto eran ochocientos metros y en ese momento no sabía del tranvía en las cercanías, mucho menos tomar uno. “Chingada madre a la verga” – sudé, en murmullos quedos.

Divisé a lo lejos un posible anuncio que indicaría que había llegado a lo que podía ser un hostal, a pesar de que lo único que se veía muy a lo lejos era un local de venta de carnes frías. Llegué a un portón de madera azul adornado por un lado con una manta con el nombre del lugar. “*Bed and Breakfast Karlsruhe*”, adornado por unos dibujos medios feos, posiblemente hechos por un bebé, chiquito. “**Pinches dibujos culeros**” – pensaba. Busqué entre los nombres de los timbres uno que dijera “hostal”. Encontré varios nombres desconocidos, y al final, por fin, el nombre de un negocio. Ahí estaba, en el tercer piso. “*Bed and Breakfast Karlsruhe*”. En una inspección más cercana, la manta más bien era una marquesina, y los monos eran una representación abstracta de unas personas abrazándose. Dudé. Presioné el botón de la campanilla, esperé unos segundos y una voz distorsionada murmuró: “*Hello, ~~Bitte~~ Herr Sack*”. No entendí nada, pero esperé que alguna puerta estuviera abierta al subir. Subí esas escaleras, y me llamó la atención el olor. Oía a casa vieja de Guadalajara. La entrada del hostal me recordaba a las casonas viejas del centro de Guadalajara, México, con su portón de madera azulada con detalles que no me interesaba su origen,

escaleras sin fin hacia los cuartos en los pisos de arriba, y una salida a un patio lleno de plantas, tambos<sup>92</sup> para la basura, y algunas bicicletas propiedad de los inquilinos del lugar. Esas escaleras oscuras y crujientes de madera. Olía al videoclub donde rentaba juegos de Nintendo en la colonia Analco cuando tenía 7 años. Olía a la sala de la tía Maga. Olía a memorias. Esos olores no se olvidan. Subí, mientras olía, y en el tercer piso, tras una puerta abierta, me recibió una mujer de unos cuarenta-y-fracción de años llamada María.

De María ya sabía, porque había tenido una serie de correos electrónicos intercambiados para hacer la reservación del hostal. El costo por noche serían 22 euros, y le pedí 2 semanas, siendo un total de 286 euros por 13 días. Me dijo que estaba bien, que podía llegar en cualquier momento.

Muy amablemente (y en inglés) me dio la bienvenida, me dijo “*Please, come on in, I will show you the room and we can register you later*”. Me mostró un cuarto con cuatro camas, donde dejé la maleta más vergueada del universo, y bajamos un piso a registrarme en el segundo de cuatro pisos disponibles en el edificio en la calle Karlstraße 132, justo enfrente del restaurant que hacía la par de cata de vinos (que nunca visité) y cenas de viejos fufurufos, y que al lado tenía una panadería que también vendía carnes frías<sup>93</sup>. En el segundo piso de María, había una decoración bastante peculiar, llena de libros y un escritorio pequeño repleto de lapiceras, algunas plantas, y un armario bastante grande, que no estaba montado en el cuarto. Poco sabía yo, hasta ese momento, sobre cómo funcionan las habitaciones en Alemania, y poco yo sabía que las habitaciones nunca tienen su propio armario montado en el cuarto mismo. Me pareció curioso que fuera tan

---

<sup>92</sup> Tambo, m. Sin. 1. Recipiente.

<sup>93</sup> En México, se le llama "carnes frías" a las carnes de charcutería que son curados y preservados a bajas temperaturas. Supongo de ahí viene el nombre de frías. Luego me enteré que como están curadas, la charcutería puede estar todo bien ahí colgada, como lo hace en el museo del jamón, en Madrid, España.

rimbombante, pero supuse que la hostelería buen dinero dejaba, a pesar de que la puerta donde entré anteriormente estaba algo vergueada. Proseguimos con el registro al hostal, como había hecho ya en varias ocasiones en otros hostales. “*Can I pay with card?*” “*Yes, yes! Of course*” – discutimos cortamente, mientras me hacía preguntas sobre qué tanto alemán hablaba, de dónde venía... que una vez ella también viajó a México. Yo solamente asentía e intentaba contestar lo que sabía. Una vez hecho el pago, que escribió en una hoja de cálculo llena de celdas verdes y rojas, me atreví a preguntar sobre *el futuro*. “*I had a question, maybe I need to stay longer, can I maybe extend my stay with you, or should I book through the hostel page?*” – inquirí. “*Yes! Of course, better tell me in advance, because it is getting crowded now, you know? Maybe the week before, you let me know and we can arrange*” – contestó. Firmamos cosas, me mostró una hoja de cálculo en el computador con colores, y me indicó unos nombres. “*Your roommates arrive later*” – dijo. Salimos de lo que ahora sabía era la oficina de María, y mientras caminabamos en un pasillo angosto que tenía, del lado izquierdo, una máquina de lavado y una ducha bien cuidada. “*Please don't use this washing machine*” – dijo. “*This kitchen is also not allowed, but you can use the toilet here. The hostel kitchen is on the last floor*” – observó, mientras cerraba la puerta. Anoté con premura la directiva, simplemente pensando que la cocina era hermosa y que el refrigerador era de esos gigantescos que tienen todas las posibles combinaciones de temperatura e iluminación posible para mantener la comida a diferentes temperaturas y condiciones. Volvimos al cuarto donde dormiría, y me repitió que mis compañeros de habitación llegarían al día siguiente. Asentí mientras subíamos al último piso, donde había una pequeña cocina con una estufa un poco dañada por los años, y que se encendía utilizando un encendedor de esos largos que se usan en las cocinas viejas que no sirven muy bien. El refrigerador de la cocina era sustancialmente más pequeño que el de la cocina de abajo, para mucha más gente. “*Please separate the trash as shown in the labels,*

*and you can put your deposit bottles in that box. All your food, please label it*, “Yes, yes” – asentía. Me dio una llave de esas que pensé que ya no se utilizaban, sin combinación y que solo daban la vuelta al mecanismo de cerrado de la puerta. Me dio también otra llave, ya con más cortes y hendiduras, para abrir y cerrar la puerta del acceso principal. “*Please be careful with the keys, if you lose it, I am sorry but I will have to fully charge you for the replacement*”. Bueno, vaya pues. Si yo cuidadoso soy. ¿Me vio cara de pierde llaves o que vergas? Además, ¿Qué tanto puede costar una pinche llave? Recibí las llaves en mis manos, una página con decenas de instrucciones, y por fin, me dejó María en paz, pudiendo dejar mis cosas en la cama y descansar un segundo. Había todavía un poco de sol afuera, que ya se asentaba sobre el horizonte, en tonos rojizos y purpuráceos que no me llamaban tanto la atención, mientras intentaba conectarme a la red inalámbrica del hostal, recibiendo una oleada de mensajes<sup>94</sup> que aptamente leí y contesté, avisando que estaba viva, que todo bien. Que iba a ir a recoger las maletas a la estación de tren, y que volvía pronto. Dejé desperdigadas algunas cosas en la cama: La computadora portátil, unas monedas que no servían aquí, basura miscelánea de papelería, y puesto que tenía que traer la maleta olvidada, salí a la calle y regresé, con el universo a cuestas, unos treinta y cuatro minutos después.

Subí las escaleras intentando hacer poco ruido, recordando lo que me dijo María “*If you come late, please don't disturb the neighbors when you arrive, come up without making too much noise*”. Subí esos cuatro pisos de a uno para descansar un poco las patas, porque ya estaba medio baquetiado, y cuando al fin llegué al cuarto, alineé las maletas junto a mi camita temporal, metí las cosas de vuelta a la maleta y, por fin, me sentí temporalmente “en casa”.

Por fin, podía empezar mi vida nueva, bella y fugaz como siempre, con

---

<sup>94</sup>Possiblemente eran menos de los que pienso, pero para mí, centenas de mensajes

mi flequillo recién cortado significando una nueva etapa [#nuevasetapas](#) [#anustart](#), y las opciones estaban tan abiertas, y mis ánimos estaban altos y portentosos. Se acumuló un poco de hambre con tantas actividades en el día, así que busqué algo rápido y caliente que pudiera comer a estas horas de la tarde por Internet.

A unos cien metros, encontré lo que se convertiría en mi alimento callejero favorito por varios meses, hasta poder volver a comer tacos: El Kebap.



Hacía vidas, descubrí los llamados "tacos árabes", unos burritos que comí en mis borracheras, sola, en más de una ocasión volviendo a casa cuando vivía en el barrio de La Calma en ~~Guanajuato~~ Zapopan. Alguna vez, llegué cerca de las cuatro de la mañana, borracho hasta la verga, y me pedí un taco árabe. Los tacos de árabes tenían una cercanía al kebap, o durüm, dado que eran enrollados en tortilla de harina de trigo. La carne de los tacos árabes es normalmente carne de res tipo *bisteck?*, y el acompañamiento se encuentra en pequeñas tinas plásticas, llenas de las anteriormente mencionadas verduras en escabeche, y salsas sumamente picante, posiblemente, hechas con chiles habaneros, que en más de una ocasión me dejaron el hocico machín enchilado. Esa esquina de la calle Mariano Otero y Avenida Patria, siempre fue una salvación en esos años de miseria en las madrugadas que viví en Zapopan, Jalisco, México.

No volví a ver jalapeños y zanahorias en escabeche, o salsas picantes, en bandejas plásticas por un largo tiempo.

Me aventuré a pie, porque estaba cerca, y no quería pensar en cocinar de varios grupos de mensajería instantánea y personales, me parecía un mundo.

en este momento. Encontré el local que busqué en línea a escasos 240 m del hostal. “MASTAR DÖNER PIZZA KEBAPHAUS”, se leía, y supuse que sería de menos algo rico para comer después de solo comer galletas y refresco de cola. Traduje “Yufka, bitte”, puesto que me encontraba en *Baden-Württemberg*<sup>95</sup> y no en Berlin, donde se le conoce mejor como “Durüm”, “enrollado”, en turco. Yo pensé que me diría solamente “¿Alles?”, a lo que solo tendría que contestar “jap”. Era todo lo que esperaba. Sin embargo, dijo otras dos palabras ininteligibles de las que solo entendí la segunda: “Chicken”. Esperaba que no significara “veneno”, y recibí a cambio de cuatro euros, un rollo de carne con “toda la verdura”<sup>96</sup>. El hombre tardó apenas unos minutos cortando la carne del trompo, poniéndola magistralmente en la tortilla de harina sobaquera, poniéndole toda la verdura<sup>97</sup> en segundos. Me dio el taco árabe en una bolsita, tomé una coca-cola del refrigerador, y le dije “Danke”. Me fui de vuelta al hostal, armado con un tacón, que me comí en el cuarto porque había mucha gente en la cocina y no podía procesar gente en este momento. Comí en soledad en la ventana, viendo como pasaba un tranvía amarillo #e29d11, cada diez minutos, haciendo un poco de ruido al pasar por las vías. Poco de ruido que nunca detecté en la noche, porque tengo años durmiendo con audífonos, y no me daba cuenta que el tiempo pasaba tan cerca, mientras una cuenta regresiva que me sobre cogía, mientras yo no me enteraba, y el siguiente tranvía solamente pasaba para llegar a una parte de la ciudad llamada Tivoli, que todavía desconocía.

Contesté mensajes y miré los apartamentos disponibles en línea. No

<sup>95</sup>Estado federado donde se encuentra la ciudad de Karlsruhe.

<sup>96</sup>En México, la expresión “toda la verdura” es utilizada por los taqueros de la calle para preguntar si uno quiere cebolla y cilantro, que difícilmente se consideraría en cualquier otro lado del planeta como “toda” la verdura. Sin embargo, en el contexto de la Yufka, toda la verdura es lechuga, col morada y col blanca, cebolla, tomate y salsa de yogurt, con un poco de picante si así se desea.

<sup>97</sup>ídém.

había mucho que ver, puesto todo se veía lejos y caro. No supe cuando dormí, pero fue mucho tiempo. Desperté al día siguiente con barullo a lo lejos. Un hombre muy moreno y ojón, indio, supuse, entró por la puerta, y me saludó efusivamente.

*“Hi, I am Vijay.”* – Me decía Vijay, dándome un apretón de manos demasiado fuerte para ser las nueve de la mañana, y que se extendió por un período de tiempo más largo de lo que yo consideraría prudente para saludar a un desconocido.

### Vijayanand

Así desperté al día siguiente, con la cara de un individuo que, en ese entonces, yo no conocía, y que se convertiría en mi guía de vida los meses consecuentes. Vijay, un hombre indio de tez morena muy oscura, unos ojos gigantescos que se movían a la par de sus elocuentes palabras, que brotan sin cesar de sus dientes, sin preguntas por el entendimiento interlocutorio, y un bigote prominente y cano, que dejaba poco a la imaginación entre ráfagas de letras ~~despuestas~~. El objetivo de este hombre parecía ser hablar, y hablar BASTANTE. En mayúsculas, porque no podía entender mucho de lo que me decía. No porque me lo dijera en un acento indescriptible, al contrario, Vijay tenía un tono de voz atrabancado pero legible. No, no era eso, sino que olía mucho a sobaco sudado, y el hocico lo tenía también algo pútrido. Siempre he tenido una estúpida afección por los olores humanos (propios y extraños), particularmente los fuertes y ácridos. Mientras intentaba poner atención a lo que decía, pensaba “Ay, cabrón... que machín le huele todo a este hombre. Sí, sí. Esta bién, lo que diga, pero échese un baño antes, ¡Por favor!”, mientras ponía atención a su cara desesperada. Supuse que era el olor del día, y que yo también olía constantemente a sobaco después de largos días viajando por diferentes aeropuertos, por lo que supuse, estaba bien, y tenía que dejar de ser tan pinche fijado. Me dijo muchas cosas, pero este lunes bendito de Cristo misericordioso, me dijo de qué parte de India venía, pero no recuerdo de

dónde, porque de geografía India conozco poco, y me dijo que estaba casado y que trabajó antes (como yo lo hice). También replicó que tenía varios pendientes, entre los que se encontraban salir a hacer unas compras, a lo que contesté “*Ah, sure, sounds good, I would also like to come with, I need to buy a mobile phone, my mexican phone is not working here, and everything was closed yesterday*”.



Justo antes de comprar el enrollado ese con carne del día anterior, intente ir a un supermercado cercano a ver si compraba algo para comer, y me di cuenta que estaba cerrado el domingo. Así, tuve que hacerlo el lunes, en un supermercado llamado Penny, a unas tres cuadras del hostal donde me quedaba. Compré solo pasta de trigo de la más barata, puré de tomate, y queso del más barato, un Gouda previamente rallado, para comer durante la semana. También compré papas fritas y golosinas, un chocolate y un refresco de naranja. Los detalles me evaden siempre, pero me gustan demasiado los dulces para ignorarlos.



“*No, no, something must be wrong. You must be wrong, I don't think they closed on Sunday, ¡I'll be back soon!*” – insinuó, mientras pensaba “**¡Ándale pues, cabrón, vete a la verga entonces!**”. Y se fue, como llegó, azotando puertas detrás de una nube de desconocimiento. Al volver, me dijo que otros conocidos suyos se quedarían en el mismo hostal y que llegarían un poco más tarde, pues estaban en comunicación desde que partieron de India. Seguía yendo y viniendo, mientras yo regresaba de bañarme y lavarme el hocico, pues me apestaba mucho a mañana. En un momento partió y yo me quedé en la computadora

revisando correos electrónicos, puesto que sabía que no había mucho que hacer: Entré a buscar algún departamento disponible, trabajando en los correos electrónicos que mandaría durante días subsecuentes. Mientras estaba ahí, sentadito en el cuarto, pensé que sería buena idea socializar con la demás gente del hostal, así que tomé mi computador y fui a la cocina pobre del último piso, donde conocí al resto de las cohabitantes del hostal. Conocí a Theo, un griego de panza prominente, sonrisa impresionantemente completa, y un tono sarcástico en todo lo que decía en cada momento, que vivía en el hostal temporalmente, en lo que encontraba una vivienda para él y para su familia, pero por lo pronto, necesitaba algo para habitar temporalmente. Conocí a Doyeong, una coreana de cara muy redonda que también acababa de llegar a Alemania, y a Henry, un alemán que también buscaba dónde vivir, pero debido a que su familia no estaba en Alemania, sino en Suiza, solo necesitaba algo temporal en lo que encontraba un apartamento grande para toda su familia. Curiosamente, su esposa también era coreana, y siempre estaba hablando sobre las diferencias culturales de Corea<sup>98</sup> y Alemania. El otro par de indios que dormirían en el cuarto, Sagar y Manmeet<sup>99</sup>, que llegaron al día siguiente, y que hablamos un poco sobre qué hacíamos acá, tan lejos, y cómo tendríamos que hacer para encontrar dónde vivir. Henry, siendo el más pelón y experimentado, nos advirtió: “*Better get cracking with those applications, it is difficult to find a place in this city!*” - sonriendo a forma de mofa, porque ya sabía que todo mundo en esa cocina iba a valer verga eventualmente.

Discutíamos todas las noches al respecto, sobre todo los domingos, mientras los indios colectivamente me decían, con absurda paz en sus palabras “*it's OK, we will find something*”. Pues eso espero, yo también.

---

<sup>98</sup>Las referencias a Corea del Sur siempre las hizo simplemente como Corea, no por un supremacismo sureño implícito, simplemente supongo se entiende la orientación coreica por la alineación entre la república popular democrática y la república popular.

<sup>99</sup>Mentira, Manmeet llegó después, cosa que será evidente después porque ninguno de los dos tenía dónde vivir en enero.

A mediodía salí a buscar un teléfono móvil, puesto que el dispositivo que tenía en ese entonces no podía ser utilizado en las redes alemanas. Dado que no quería gastar mucho dinero, evité las tiendas de grandes electrodomésticos en Europaplatz, la estación más cercana al centro del tranvía, y me acerqué más bien a las tiendas de segunda mano que estaban desperdigadas por la calle comercial principal, cerca de una plaza del lado opuesto de la calle en dirección al hostal, en Kronenplatz. Me metí a la segunda tienda de electrónicos y joyas que vi, y me decidí por un Samsung Galaxy S4 GT I9505, un modelo que fue presentado en abril de 2013, pero debido a que me interesaba primordialmente que fuera un teléfono barato, elegí el modelo anterior al teléfono más reciente de la marca coreana. Vi que el precio eran trescientos ochenta euros en el mostrador de la calle principal, y sentí una pequeña victoria cuando le dije a la muchacha de la vitrina: “*¡Less! ¡Less!*”, haciendo gestos con la mano para reducir el precio. Cuando logré llegar a trescientos veinte euros, (**¡Con protector de silicona incluído!**) sentí el triunfo avecinándose. Salí de la tienda y me encontré a Vijay caminando apresurado, merodeando. Me uní a la comitiva de Vijay para buscar un número telefónico puesto que me daba mucha pena<sup>100</sup> no hablar alemán, o no entender cómo funcionaba la parte de conseguir un número telefónico, o ser amarrado a un contrato del que no podría salir nunca en mi vida. Así, Vijay me dijo “*Don't worry, come, come. Look, there is a shop I found*”. Entramos a la tienda señalada, y un caballero de camisa muy pulcramente planchada, con el pictograma de la tienda donde trabajaba, y una cabellera rubia y dientes amarillos, amablemente nos dio la bienvenida en alemán y nos platicó sobre una tarjeta SIM<sup>101</sup> en inglés, que solo costaba 10 euros por la compra inicial, y se podía recargar en prácticamente cualquier tienda que permitiera hacer la carga

---

<sup>100</sup>Tiempo después, me enteré que en España y gran parte de Latinoamérica, pena es una tristeza infinita, y no vergüenza, por lo que causó algunas controversias, en ciertos momentos, el decir que algo me dio “pena”, porque era más bien leído como “Ah, pobre diablo infeliz, que horror ser tú”.

<sup>101</sup>por sus siglas en inglés, Módulo de Identidad de Suscriptor.

electrónica del número celular. Parecía un intercambio legítimo, y permitían 500 MB de datos cada mes. No leí las letras pequeñas del contrato, por lo que jamás me enteré que esos 500 MB no se podían recargar una vez terminado el período de renta del mes, por lo que tendría que tener Internet a una velocidad monstruosamente baja por varios días hasta que el mes terminara. Bueno, nada de esto sabía, pero la conveniencia de que alguien más hiciera el proceso por mí, me daba bastante tranquilidad. Vijay firmó papeles aquí, papeles allá, y me puso como un subcontrato de su arriendo de línea telefónica. En ese entonces, esto no representaba un problema porque todo sería una nube de incertidumbre por los siguientes dos años, así que acepté, y obtuve un número telefónico sin mayores complicaciones. De esa manera quedé entonces con un subcontrato en el que mi nombre aparecía como Qrlando Viyayanand, recibiendo el primer favor de una lista interminable que le pedí a Vijay para que me guiaría a través de las dificultades de la burocracia alemana por la siguiente semana.

La tenacidad de Vijay me parecía, por decir lo menos, admirable, puesto que no se detenía ante detalles como “*Sir please don't do that*” o “*Sir that is not allowed*”. Para Vijay, los permisos era algo que se tendría que pedir postumamente, una vez que se haya eliminado la necesidad de los protocolos para “hacer las cosas”. En algún momento, tuvimos que tratar con un problema de dependencia circular, los *sogenannten Teufelkreise*, que no entendíamos muy bien, pero que a fin de cuentas pudimos resolver gracias a la obra, gracia y misericordia de María, la dueña del hostal: Para poder registrarnos antes de empezar con los cursos, necesitábamos la póliza del seguro público alemán que podíamos obtener en una oficina del centro de la ciudad. Perfecto, todo claro hasta aquí. Fuimos a la aseguradora pública alemana TK, y nos dijeron “*Yes, sure, we can register you. ¿Can you give us your city registration?*” – Atónitos, preguntamos qué era eso. Para poder registrarnos a la ciudad, necesitábamos una carta de nuestr@

arrendador(a), estipulando que ya deberíamos de tener un apartamento para vivir. Ninguno de nosotros tenía nada este documento. *“I am sorry, that is not allowed, please then get your city registration done before you register here”*, inspiró el rubio del escritorio.

Derrotados, salimos hacia la oficina de la ciudad. Llegamos, y pedimos un número para hablar con alguien. Solo Vijay entró, y dijo: *“We cannot get registered, we need to get our bank account sorted out first”*. En todas las citas que teníamos para mirar apartamentos, había por lo menos veinte personas en las entrevistas para obtener la renta del apartamento, y salíamos siempre pensando: “imposible que nos alquilen este apartamento”. Lamentablemente, no teníamos mucho conocimiento del alemán, y yo particularmente no tenía ganas de vivir con otras personas, por lo que buscaba alquileres de apartamentos un solo cuarto, mientras los indios buscaban algo “más barato”, un apartamento compartido. Así, marcábamos a todo número que se pusiera enfrente de nosotros, en general, sin éxito. Tardábamos, por lo menos, una hora en llegar de un lugar a otro, y siempre con la cola atorada entre las patas para encontrar a alguien que hablara inglés y seguir el ciclo infinito: Esperar pacientemente, que nos dieran un “no”, pero de menos un “no” que fuera útil y que nos permitiera encontrar el siguiente paso; esperar un día completo, debido a que las oficinas cerraban muy temprano, a las dos o tres de la tarde, y no había mucho que hacer si no teníamos los documentos necesarios; esperar pacientemente un turno en la oficina de registro de la ciudad, que no estaba muy llena, pero que tampoco era muy rápida, por lo que pasabamos varias horas esperando a que nos contestaran con algo definitivo para poder ir a la siguiente oficina, al día siguiente, que cerraría también temprano, pero ahora porque es martes, y porque los martes cierran temprano, y los jueves cierran tarde, pero abren tarde también. Medio día desperdiciado siempre.

Volvía al hostal, día de por medio, con un kebab enrollado, con toda la verdura, a cenar pegado a la ventana cuando no había nadie en el cuarto.

*Pasaba el tranvía amarillo cada diez minutos, exactos, afuera, por la ventana, cada hora, y después de las siete y media, cada veinte. Pasaba el cuatro, y luego el 3. Con minutos de diferencia. Las vías crujen, y cada tanto, algún tonto se cruza y suena una campanilla del conductor, pidiéndole amablemente, que se quite a la verga para que pueda pasar el tranvía.*

Al quinto día de búsqueda, un viernes, si no mal recuerdo, Vijay encontró un apartamento de dos cuartos en Internet. Dado que el decía que su familia llegaría pronto, no tenía planeado compartir el apartamento con nadie. “**¡Perfecto! Esto será fácil, si este pinche ojón feo pudo encontrar algo, no veo por qué yo no.**” – Pensaba. Intentamos infructíferamente hacer algún proceso. Nada funcionaba. Ya de vuelta en el hostal, y platicamos con Maria, la dueña del hostal, acerca del problema que teníamos, con los registros, y esas chingaderas. Ella entendió y nos dijo que nos escribiría una carta, que por acción divina, nos permitiría registrarnos a la ciudad al día siguiente “*But guys, really, please, as soon as you find your fixed accomodation, please deregister from my address, it happens often that I get a lot of mail here and we have to trash letters all the time because of this*” – compatrió, sentada en su ostentosa sala/oficina, llena de libros desleídos y plantas marchitas. Al día siguiente, intentamos hacer el papeleo para una cuenta de banco alemana. Vijay y Sagar tenían una cuenta

bloqueada que a mi no me pidieron, por lo que solamente necesitaban dar una dirección, que no tenían en ese momento, para acceder a su cuenta de banco. Yo, por el contrario, no tenía una cuenta, así que me pedían el registro a la ciudad, para así poder hacer los depósitos para la renta de apartamentos, que tampoco podíamos hacer, al no tener cuenta de banco, y tampoco tener registro a la ciudad. **Vaya complicación.** Al final teníamos que volver al hostal, a que Henry o Theo nos dijeran las mismas chingaderas de siempre, que qué horror no hablar alemán, que cómo valemos verga, que sigamos intentando; Theo haciendo algún comentario fuera de lugar, pero chistoso, y Henry contándonos algo de cómo todo era mejor en Corea, mientras Doyeong, sentada en una esquina de la mesa fea de la cocina de arriba, solamente observaba. Todo era esperar, esperar, esperar. Buscando vivienda, teníamos también que decir a los arrendadores que nos estaban ayudando a marcar, aquí y allá, “*Also, ich rede im Namen von Herr Tqrres und die Komillitone, ich wollte mal fragen, ob ein Problem gibt wenn niemandem Deutsch reden kann?*” y que nos respondieran que sí, o que no, que era un problema. Que mejor marcáramos otro día. Mi necesidad de vivir solo se reducía estrepitosamente conforme pasaba el tiempo y pasaba de querer vivir “en un apartamento amueblado cerca del centro de la ciudad” a “en un lugar, el que sea, con quien sea, como sea”. Unos días después, fui con Sagar y Manmeet, que encontraron un apartamento en Mühlburg, al oeste de la ciudad, con un costo de aproximadamente seiscientos euros, sin amueblar, sin cocina. Tomaron el apartamento inmediatamente. **Qué lío.** **Qué lío ser el último pendejo.**

*Obtuvimos un registro a la ciudad el lunes siguiente. Ya solo quedaba esperar para poder sacar la cuenta del banco, tener seguro, y registrarnos a la escuela. La solución se aproximaba. Lentamente.*

Afortunadamente, no todo era drama  
y problemas burocráticos  
y tristezas.

Yo por un lado, descubrí que vendían unas cervezas en botellas de plástico, cosa que me parecía sumamente cómico, y podía comprar seis cervezas de medio litro por un euro con sesenta y nueve centavos. Me parecía una fantástica transacción económica. Compraba en ese entonces seis cervezas que compartía con quien fuera que estuviera en el hostal, mientras esperaba en el comedor a que alguien contestara un correo electrónico o una llamada. *“Don’t send e-mails, nobody answers. Better call the Vermieter, that way you have more chance”* – Nos decía Theo. El proceso era largo y cansado, puesto que no podíamos hablar por teléfono con las personas que arrendaban los apartamentos, y de esa manera terminaba con un hartazgo al final del día porque no podía hacer absolutamente nada, tras abrir la cuenta de banco, pagar sabrá cristo qué tantas chingaderas en los bancos, obtener la póliza de seguro adecuada y esperar pacientemente a que lleguen las cartas que nos decían que las cosas avanzaban, lentamente, pero lo hacían. Todo esto sucedía mientras platicábamos en la mesa fea del último piso con la gente del hostal sobre temas variados: Hablábamos sobre la comida, sobre la pasta de trigo que comía con un poco de salsa de tomate que compré para dejar de comer enrollados de carne todos los días, porque los precios empezarían súbitamente a almacenarse y lastimar mi economía. Hablábamos sobre los utensilios de cocina de ese hostal, que eran terribles, y apenas sobrevivían cuando se hacía un platillo moderadamente complejo. Le dije a Doyeong que hacía un arroz muy bueno, y ella asentía nomás. Hablábamos sobre cuáles eran los siguientes pasos, y sobre qué tanto pensabamos que estaríamos en Alemania. Y nada de eso sabíamos. No podía enfocarme mucho

en el hecho que las cosas no estaban necesariamente "bien", puesto que tenía que encontrar un lugar para vivir, y pronto, pero al menos tenía este chingado hostal temporalmente.

Del total de las cuatro semanas en las que estuve viviendo en el hostal, debí haber enviado unos veinte correos cada día, justo al empezar la mañana, y al terminar la tarde, repartidos equitativamente el uno con el otro. De esas veinte inquisiciones, unas 2 ó 3 eran respondidas intermitentemente a lo largo de la semana, y de esas, por lo menos una de esas respuestas era un intento de timarme, contestando en inglés y diciéndome, "*I only have one problem I am not in Karlsruhe right now, but please deposit eight hundred euro to me by Paypal, and I can send you the keys by Fedex*". Y pues, no, señor, muchas gracias, ya marqué durante mi infancia a muchos programas de concursos y de lotería en la televisión.



Cuando era adolescente, y todavía no vivía permanentemente con mi abuela en Analco, en Guadalajara, Jalisco, pasaba los frescos veranos (en comparación con Los Mochis, Sinaloa, México) visitando a mi abuela y tíos en su casa, por un mes o dos, dependiendo de cuánto aguantaran teniéndome por ahí. En esos días, yo quería hacerme de algo de dinero, sobre todo para comprar juegos del Nintendo, o discos de música en la tienda *Mixup* cerca de Plaza Universidad, o alguna camiseta de Opeth en el tianguis cultural cerca del parque Agua Azul. Intenté pedir trabajo en un local de billar, el *Orage*. Llegué a la entrada del lugar con los ojitos llenos de ilusiones y mis aplicaciones de empleo rellenadas. Mis referencias eran mis tíos y mi madre, porque nunca antes había trabajado realmente. Los beneficios de "la clase media baja", decía mi

padre. Hice lo mismo en varios restaurantes, y me repetían que no tenía sentido que trabajara solo 1 ó 2 meses, que querían gente comprometida por largo tiempo con la empresa. Para sacarse la camiseta, por la empresa. Por el empresario. Y yo qué iba a saber de compromiso, si solamente quería dinero para comprar discos de música importados y juegos de Nintendo. En las noches, me quedaba pensativo viendo la televisión, donde después de la media noche, pasaban a la sección de las estafas telefónicas. Mostraban en pantalla alguna operación matemática sencilla, o llenar algunos bloques de palabras, o terminar alguna oración. El premio: de 5 a 10 mil pesos. “Podría comprar muchos discos con ese dinero” - pensaba. El costo de participación eran 15 ó 20 pesos por entrada, que se podía hacer con la carga de saldo telefónico del dispositivo móvil. Debi gastar poco menos de 100 pesos participando, y me emocionaba cuando sonaba el teléfono, mientras lo miraba, expectante. Nunca gané ni un pinche cinco con esas chingadas estafas.

El tiempo se acortaba bastante, pero ya tenía, de menos, algo de ocupación mental *mientras tanto*.

### Sinsheim Technik Museum

Los cursos de inducción empezaron el 13 de octubre de 2014. Ahí estaban Sagar y Vijay, pero no hablamos mucho el primer día, porque ya nos conocíamos. Yo merodeé para hacer migas con los locales.

Me pegué a unas gentes que no estaban habitando en el hostal: Un joven agradable y de aspecto chino<sup>102</sup> se acercó al grupo, y se presentó:

---

<sup>102</sup>Espero sea obvio que puedo diferenciar cuando una persona es procedente de la República Popular China. Sin embargo, es bien conocido que en México tendemos a llamar a cualquier persona con rasgos asiáticos “chinos”, ergo ese chiste de que veo muchas caricaturas de monas chinas porque miro muchas desas ツンデレ.

“Hi, I am Xilin”, y yo le dije “*your English is very good for a chinese person*”, y el contestó, refunfuñante: “*Well, I am German actually*”. “**Bueno, perdón, soy malo juzgando a simple vista los cuantos de sangre**<sup>103</sup>. Después de algo de yibidi-babidi, nos ofreció a un grupo pequeño visitar el museo técnico en Sinsheim, un pequeño pueblo en camino a Stuttgart. Acepté la visita porque, por un lado, nunca iría a ese lugar por iniciativa propia, y por otro lado, quería ver qué pedo, *ver que traen en la bolsa esta bola de vergas*.

Quedamos de vernos a las 7:30 de la madrugada, puesto que Xilin algo tenía que hacer al medio día, entonces quería estar de vuelta rápido.

**Vaya, bueno, qué pinche puta prisa**, pero está bien, yo no manejé. Nos vimos en una estación de autobuses céntrica, al sur de la estación de trenes, y nos dirigimos al museo unos cinco minutos después del momento acordado.

El camino no fue interesante y el museo tampoco lo fue, siendo casi tan absurdo como el callado viaje en automóvil que hicimos: En el museo había carros. Carros viejos y carros nuevos. Había aviones, pero no me gustan los aviones, y no me gustan los sistemas mecánicos. Entonces, no disfruté mucho. Quería saber más de esta gente desconocida alemana, pero no decían mucho. Describieron mucho las cosas de los aviones, y hasta algo dijeron de unos tornillos que había por ahí. “Qué horror con estos chingados *nerds*” – pensaba.

Vimos una máquina de futbolito, y me invitaron a jugar una partida.

---

<sup>103</sup> Los cuantos de sangre es un extraño y fascinante fenómeno de la sociedad norteamericana de los Estados Unidos, que tienen una casi obsesiva relación con la pertenencia étnica y racial, asumiendo la identidad de la persona más cercana que no haya nacido en los Estados Unidos de Norteamérica, partiendo con los cuantos directos, “*I am half-mexican*” – diría un(a) chicanø, para referirse a su pnadre en un intento de pertenencia. Las cosas se ponen un poco turbias en la segunda generación, puesto que empiezan las subdivisiones del cuanto de sangre, “*I am a quarter irish*” – escuchado de segunda mano en un bar irlandés, de una persona que nunca en su vida ha aprendido o hablado irlandés, mucho menos visitado el país por plena curiosidad. Ya más de eso las matemáticas se complican demasiado, o se simplifican a “*I am German*” – proveniendo de una persona que nunca ha salido de California, pero posee un apellido como Schumacher, bastardizado como “Chumaquer”. Qué complicados

Intenté despistar al portero haciendo una torsión fuerte del manubrio del central, rotando el eje a muy alta velocidad. El portero, un muchacho alemán llamado Christian, dijo seriamente, parando el juego: “*That is not allowed, please don't do that again*”. Tomó la bola, y siguió el juego.

Esta no sería la primera ni la última vez que me dijeron “*That is not allowed, please don't do that again*”. Generalmente me lo decía gente más anciana, y generalmente en el mismo tono de molestia, porque aquí vino este desconocido a mi tierra a hacer las cosas como no me gustan. Qué horror la inmigración – pensarán las ancianas alemanas. “*Ich finde diese... diese Neanderthalen so peinlich!*” – Pensarán, mirando como tiro la basura en el receptáculo inadecuado.

*¿Has leído el conde de Montecristo,  
de Alejandro Dumas?*

## Yanni

Siguió pasando el tiempo en el hostal por cuatro semanas más, de las cuales pasaba mucho tiempo con Theo y con Henry, pues éramos los últimos del grupo que quedamos rezagados en el hostal. Una tarde, estábamos bebiendo cervezas y hablando de las estupideces de siempre: Henry hablaba del trabajo, y de lo maravillosa que era su vida en Corea. Theo alguna frase burlona decía, mientras recogía su pequeña olla de las hornillas, llena de pasta con salsa de tomate. Tomé atención cuando Henry empezó a hablar *jazz* con sus amigos, y tenía un blog llamado “*you can trust your ears*”. Hablábamos seguido sobre los problemas de vivir fuera del país de uno, tema del que tenía exactamente 3 semanas viviendo y que ni siquiera empezaba a derivar, pero eso no me detenía

de dar mi opinión desinformada y completamente absurda. Muchas veces estábamos ahí sentados en la cocina los tres juntos. Con Theo, hablaba sobre lo difícil que es trabajar en Alemania sin saber mucho alemán, pero Theo tenía una confianza infinita en sí mismo y ponía mucha energía en sus comentarios, al no poder hablar mucho inglés tampoco. Así se convirtieron ambos en una especie de confidentes con quien hablaba de mi proceso de aprendizaje en Alemania, y cómo se verían las cosas en el futuro. Alguna velada, estábamos hablando Henry y yo sobre música, tal vez específicamente sobre jazz, y Theo dijo “*I want you to listen to this musician, best from Greece*” y puso a Yanni al fondo, en su pequeño teléfono móvil. La situación con Yanni es que es un músico griego muy reconocido en mundo, pero en ciertos círculos, sobre todo para la gente pedante que escucha jazz pedantemente, le consideran más como una burla al género porque consideran que hace jazz rebajado sin mucha sustancia. Palabras de los pedantes. A mí, en lo personal, Yanni me parece “OK”. No lo escucharía si tuviera tiempo libre, pero tampoco para decirle pendejo inútil miado pendejo. No, no. Henry, por su parte, hizo una mueca como riéndose y dijo, asertivamente “*Yes, well,. I think there must be better music than Yanni out there, ¿No?*”. Theo no tomó este comentario muy positivamente, y empezó a discutir con Henry, pidiéndole respeto por el músico, cosa que Henry no tomaba muy ligeramente, y terminaba su oración con un “*Well, to me, but that is me, I don't think he is a good musician, and I think you should not praise him so much*”. Uf, fuerte, Henry. Hay que bajarle a la actitud unas dos rayas, viejo, si el Theodoropoulos nomás está pisteando tranquilo y tú aquí acribillándole sin recelo, qué barbaridad. Está bien que no le pareciése, pero de eso a pensar o decirle al Theo que pinche pendejo, que te vas a morir de tonto por tonto y que te van a comer los gusanos... ¿Un poco duro, no? Yo mientras, estaba ahí, como un niño pequeño, intentando moderar la discusión entre figuras de autoridad que se están los cuantos.

sobrepasando. Theo ya estaba muy molesto, alzando la voz mientras Henry decía engreídamente “*Well, whatever, I am going to bed*”. Uf, Henry... qué falta de tacto, de menos un “y que chinguen a veinte los tercos”, nomás para ponerle un poco de corazón al asunto.

Ahí me quedé sentado, viendo como se reproducía Yanni en el fondo, con su pianito triste, y la orquesta siguiéndole la pista, y Theo se quedó sentado en ese banco improvisado en el que tanta gente que fue y vino en el hostal, un tanto cabizbajo y explicándome todo sobre Yanni. Yo no tenía ningún específico amor por Yanni ni por su música, pero aprecio que este cabrón encarecidamente idolatráse al pinche bigotón del Yiannisopoulos, sin mirar a los lados, porque está bien a veces estar conforme. Yo solo escuchaba cómo Theo me explicaba por qué Yanni era el mejor músico salido de Grecia (aunque más bien es el músico más conocido, pero bueno, detalles), y que era un orgullo nacional. Yo me sentía mal por él, y ya me había tomado muchas cervezas, casi las seis que había comprado el día anterior.

Encarecidamente, y envalentonado por el estupor alcohólico, le dije:

*“No, Theo. Just don’t worry about that. You are fine, we are fine, there is no need to get angry for stupid shit. Just, take it easy, Theo. Look, I get it, I think we are very alike. Everything will get better, don’t worry, Theo. It’s OK, you are angry, I get it, things will get better, don’t worry, Theo. Don’t be angry. Things don’t look great now, but we will find something. [I will save you] I am going to help you, and we will find a place to live together very soon. We will make it, don’t worry.”*

Se quedó un rato ahí sentado, pero me despedí y esa noche cada quien a su cama, fuimos a dormir. Yo, en un fervor alcohólico de que todo saldría bien y que resolvería el problema de vivienda de un griego y la mía, quedé encendido en las llamas de la justicia.

Nunca resolví el problema de Theo, pero he visto que todavía pone memes en facebook, por lo que supongo que todo está bien y consiguió dónde vivir con su mujer.

Escuchando a Yanni de fondo, espero.

### *la nieve*

Los días pasaban mientras se acumulaba la ropa que traía para no necesitar lavar inmediatamente, y yo no tenía casa en dónde lavarlas. Cada vez que me disponía a abrir algún libro y ponerme a pensar sobre lo que leía, entraba alguien al cuarto. Entraba Sagar, y me saludaba, y que ya se iba, porque algo tenía que hacer. Cerraba la puerta, y cuando volvía a enfocar la mirada en la primera línea, llegaba Theo, y alguna pendejada me preguntaba, “*Is cold tonight?*” o algún murmullo que no establecía nada, y se esfumaba, o se quedaba ahí preguntando sobre los papeles que tenía por ahí regados. Cerraba la puerta crujiente y por fin, tenía un segundo para volver a lo que estaba, y entraba Vijay, y salía, y no decía nada. Ahí seguía yo, sin decir nada porque no quería incomodarles, intentando volver a la lectura. Entendí entonces que sería prácticamente imposible pensar siquiera viviendo con tanta gente entrando y saliendo a la verga a su conveniencia.

*Las cosas, sin embargo, eran distintas afuera.*

Durante el primer mes que viví en ese hostal, conocí a tres alemanes que estudiaban conmigo: Johannes, Julian y Chris, el qu me regañó por lo del futbolito. Los tres, bastante amables, puesto que hablaban exclusivamente en inglés con los foráneos, y en alemán entre ellos. Lamentablemente, solo uno, Chris, era un poco más abierto y estaba dispuesto a pasar tiempo de calidad con las personas foráneas y se quedaba cada tanto a tomar una taza de té Earl Grey en la cafetería. El tenía un poco más de compasión a mi situación habitacional, aunque se mostraba reacio a ayudarme a marcar, por temer un poco a las consecuencias legales que pudiera tener marcar a un lugar sin ser el recipiente principal de los beneficios habitacionales. Siempre con un poco de reserva, tomaba mi teléfono y me decía, seriamente: “*I am sorry but I can't help that much, Orlando, they will find out eventually that, you know, you can't speak German, so it is not OK if I lie to them and speak in German on the phone*”. Me quedaba ahí, mirando,

soslayando a Chris diciendo esas chingaderas de culo de perro: “¡Pero pues que te valga verga compa! ¡Marca nada más, animal, yo haré mis propios juicios morales luego, a la vergaaaaa!” – anotaba mentalmente, mientras asentía solemnemente. Las dos o tres veces que efectivamente hizo las llamadas, mis aplicaciones no fueron tomadas en cuenta, puesto que siempre le contestaban a Chris, le decían que no querían tratar con gente que no hablara alemán. Su perra vida, tenía razón este pinche güero miado cara de perro.



El procedimiento para obtener una vivienda en Alemania no parecía nada distinto de los procedimientos para obtener un apartamento que tuve que sobrellevar buscando viviendo en México. Al menos, no en Guadalajara, específicamente. Solamente tuve que buscar apartamento una vez en la vida, y mentiría si dijera que batallé para encontrarlo: Tener palancas<sup>104</sup> de conocidos con propiedades inmobiliarias sirve de mucho. En Guadalajara, Jalisco, México, la tiranía de los alquileres reina suprema sobre la población que no puede comprar su propia vivienda, o por lo menos, arrejuntarse con el padre, la madre, o ambos, hasta que alguno cuelgue los zapatos, y la propiedad sea reposeída por la generación siguiente sin necesidad de un(a) abogad@ de por medio. En 2012, *apenas* 15.5% de la población mexicana habitaba en vivienda rentada<sup>105</sup>, sin embargo, la literatura hace una diferenciación entre hogares unipersonales, nucleares, ampliados, compuestos y corresidentes: Es decir, las

<sup>104</sup>Palanca del lat. *palanga*, y este del gr. φάλαγξ, -γγος ‘rodillo’, ‘tronco’. 12. f. Mex. Persona con influencias que se apiada de los compas para hacer paros.

<sup>105</sup>DOF, Diario Oficial de la Federación, 30 de abril de 2014. Cuarta sección, Secretaría de desarrollo agrario, territorial y urbano. III, Oferta de vivienda, c.

personas que viven solas, las que viven con sus parejas y su descendencia, las que viven con la suegra, todas las anteriores, y las personas que viven con *roomies*. Sin embargo, dado que en México no hay un marco legal vigente para dar protección a los arrendatarios, típicamente el poder de decisión sobre la suerte de las personas que rentan recae en el arrendador, luego entonces tienden a hacer esas mamadas pendejas de pedir una cantidad ridícula de documentación y un aval, que son personas que viven dentro de la misma ciudad, que ya tienen una propiedad y que fungen como una especie de seguro para el arrendador para evitar... ¿daños? No sé, o que les roben la casa, o se queden con ella, o se las dejen toda cagada y miada. Vaya uno a saber. Los arrendadores piden también un depósito, típicamente dos o tres meses del costo de renta mensual; así como referencias personales, referencias profesionales, y una lista interminable de requisitos que pueden o no ser suficientes para rentar la propiedad. Sin embargo ¿Un aval, quién vergas va a tener, sobre todo si es que uno llega cua milusos<sup>106</sup> a la gran ciudad, con los ojos llenos de esperanzas y los bolsillos atiborrados de ilusiones? Si solo soy yo y mi alma en esta pinche ciudad de verga, ¿de dónde voy a sacar un puto aval? En fin. En fin. En fin. Pinches arrendadores, los odio.

¡REFORMEN LAS CHINGADAS RENTAS! ¡ARGH!<sup>107</sup>

---

Vivienda de renta.

<sup>106</sup>Película de 1981 dirigida por Roberto Rivera. Una maravilla de la cinematografía de domingo por televisión mexicana abierta.

<sup>107</sup>No importa cuando sea leído esto, una reforma del arriendo es siempre necesaria, independientemente del clima político imperante.

Seguí enviando correos, mientras que escuchaba, izquierda y derecha, que la única manera de salir de este agujero era seguir cavando hasta encontrar el otro lado del planeta debajo. Chris me decía: “*It's crazy, when I take people that apply for rooms in my apartment, there is like a hundred e-mails in the first 30 minutes. It's crazy. I stop paying attention so fast, it is so crazy, seriously Qrlando*”. Adrián, un mexicano que vivía en Freiburgo de Brisgovia, también me decía que hay que enviar las aplicaciones en alemán. “*Para darle confianza al Vermieter, amigo Qrlando; hay que tener fe*”. Me decía. Eso intentaba, no perder la fe, aún cuando solo obtenía respuesta de dos o tres lugares cada semana.

Definitivamente, las pocas entrevistas que tuve no eran positivas ni me daban buena espina: Encontré un apartamento que estaba en un ático, pero estaba ocupado por una persona cuando entré y la cocina era sumamente pequeña, apenas un quemador, y tenía manchas amarillentas por toda la pared; además, el techo tenía un factor de forma muy extraño y no estaría amueblado. Decliné amablemente en el momento, aunque pensé que podía ser una buena mala opción. En otra ocasión, fui a un apartamento compartido<sup>108</sup> o WG, donde habitaban cinco mujeres de entre 20 y 22 años. Siempre que iba a una de estas citas, yo tenía la estúpida manía de no decir que no hablaba alemán, que solo inglés, que soy de México, y que tengo 27 años. Una situación que yo consideraba impensable, puesto que yo me sentía un anciano (a pesar de la diferencia de apenas cinco años), y la peor parte de toda la situación no era vivir con cinco desconocidas: El problema era que jamás podría hacer una popó en tranquilidad en ese sanitario. Estaría en un constante estado de constipación por la pena de vivir con cinco mujeres de entre 20 y 22 años, y que tendría que encontrar un método alternativo para defecar. Supuse que podría hacerlo en la escuela, pero ¿Qué tal que no hubiera

---

<sup>108</sup>En Alemania, estos son conocidos como *Wohngemeinschaft* o sociedad de vivienda. También es normal que estas palabras largas e incomprensibles se compacten en abreviaciones igualmente inentendibles, por lo que a partir de este momento, se les llamará “WG”. “Ve, gue”.

un lugar donde cagar en paz? Durante la entrevista, cual viejo decrepito empecé a decirles “no, si yo también tuve 20, jeje, me la pasaba bien con los cuates, salíamos a la disco y nos tomabamos unas malteadas en la fuente de sodas”. Un desastre. En fin, esa visita no procedió en mucho. Me enviaron un correo después que no era el mejor candidato, y resoplé, en señal de alivio/molestia. Tuve otra visita en la parte norte de la ciudad, pasando la clínica en la Moltkestraße, y se me hacía eterno el camino de ida. Durante la entrevista, estaba bastante segura que las personas se estaban burlando de mí porque no hablaba alemán, pero aún así hicieron la visita corta y, en su mayoría, indolora, y me preguntaron sobre qué me gustaba hacer en mi tiempo libre. “*Wohnung suchen*” – dije. No se rieron. Supongo que no es gracioso. Me fui después de 17 minutos, pensando: “*Creo que no di una muy buena impresión en esta visita*”. Tampoco fructiferó. Me contestaron a la semana, que ya habían encontrado a quién viviría ahí. Igual se me hacía lejos y caro. Algunos colegas me sugerían que escribiera las solicitudes en alemán, puesto que incrementaría nuestras posibilidades de obtener una cita. Sin embargo, esto terminaba pateándome el hocico después, porque solamente nos dábamos cuenta en conjunto que no podríamos comunicarnos y que era una tontería haber hecho esa cita. Por otro lado, el hacer esto sin hablar alemán era igualmente negativo, puesto que absolutamente nadie querría vivir con una *mentira* (aunque esto se clarificara en la entrevista), y por supuesto, crear la falsa expectativa era también un problema puesto que no se tenía una respuesta directa de lo que me preguntaban: “*Und was machen Sie dort, ohne Deutsch?*” – preguntaban. “*Bis wann sind Sie da?*” – inquirían, a veces.

La visita más memorable fue la del viejo que vivía muy lejos del centro de la ciudad, pero que tenía un cuarto en renta y disponible. El viejo me habló en alemán. Yo, asentía. Me mostró el cuarto, y me dijo que no se podía sacar nada de lo que había en el cuarto: Había algunos muebles viejos, cosas llenas de polvo, y una alfombra del año 1300. Las cortinas

eran viejas y blancas, pero un blanco que no era precisamente amarillamiento por los años o por el descuido, simplemente parecía que se estaban deshaciendo con el tiempo que les pasaba demasiado lento. No lo sé. Todo olía a viejo, pero no a viejo rancio y muerto: Olía a que no entraba el aire en ese hogar desde hacía décadas. Vimos el segundo piso y me mostró la cocina, junto con una hoja, que tenía un conjunto de reglas que me mandó por correo para corroborar que estaríamos de acuerdo con lo que serían las reglas básicas de vivienda conjunta: No visitas después de las ocho de la noche o antes de las nueve de la mañana; no visitas los fines de semana; los fines de semana, tendría que irme con algún amigo pues la persona necesitaba el espacio y la paz; no cocinar comida muy picante o con mucho vapor; no cocinar después de las diez de la noche; no usar el microondas al mismo tiempo que la estufa; marcar la comida con iniciales y fecha, y tirarla a las dos semanas del tiempo de compra; no muebles nuevos en el cuarto; no abrir las ventanas durante el invierno. Una lista así, interminable, casi, pero pensaba: “*Supongo que esto es mejor que el hostal*”. La renta eran muy barata, así que me entusiasmé a vivir mi propia comedia mexico-alemana con el viejo, pero al final, el hijo de la chingada me dijo que encontró a otro arrendatario.

En otra ocasión fui a una casa que tenía todo descrito en inglés, por lo que pronto supe que iba a ser un fiasco. La casa resultó ser una comuna de una señora muy agradable, que hablaba inglés, y que al llegar que me mostró un cuarto de 300 euros de renta por mes, pero sin muebles; me mostró unos cuartos aledaños, decubriendo que la casa estaba habitada por siete personas chinas, o al menos eso me hacían pensar los apellidos Yang, Zhu, Luo, Peng, Zhang, et al. y el cuarto que se iba a liberar era de un muchacho chino que se iría pronto de la ciudad. Me mostró más de la casa, y miré que la ducha y el sanitario eran una cosa muy curiosa, porque se podía pasar a la ducha después de entrar a la cocina, pero había un cuarto pequeño con unos lavabos mugrientos y llenos de marcas negras en todas las hendiduras. La cocina también era pequeña

y bastante maltrecha, con ollas sucias apilándose en el fregadero y un refrigerador demasiado pequeño para siete personas. La dueña era muy agradable, sí, y el cuarto era pequeño pero suficiente. Lo que no me parecía muy agradable era que el contrato tendría que ser a dos años, con penalización económica si me salía antes. “Ah, no, vieja pendeja, eso sí no, no se meta con mi poquito dinero” – pensé, y solo le contesté por correo electrónico que no era ella, que yo ya había encontrado otra cosa. Al final, le dije que “le avisaría si tomaba el apartamento”, y como me dijeron que las alemanas apreciaban la honestidad, le escribí un correo diciéndole que no me gustaba el cuarto.

De todos los lugares en los que obtuve citas para tener una vivienda, el que más coraje me dio fue el que estaba a algunas calles del hostal, en un tercer piso, que estaba completamente vacío. No entendía mucho de lo que pasaba. El apartamento obviamente estaba en bastantes malas condiciones: Unas paredes en ángulos bastante improbables separaban una pequeña habitación de una maltrecha cocina que no tenía estufa, ni refrigerador. Unas diez personas iban y venían del cuarto, murmurando sus opiniones del lugar, que supongo decían “*bueno, podría ser peor, podríamos estar en el hostal con Qrlando*”. Llevaba mi traductor electrónico para decirle a la señora, en mi peor alemán, que sería bueno si me pudiera tener un poco de paciencia. “*Bitte geduld*”, decía. De todo lo que dije (en mi mente), solo pude esbozar que “aquí”, dándole la aplicación para el apartamento. “*hier, hier*”. Decía. La señora vio la aplicación, y barriéndola ocularmente entre las líneas, me volteó a ver y dijo entre dientes: “*Hmmph, mexikaner*”. Alguna otra cosa dijo, pero no le entendí. Pensé: “Ay bueno pues, vaya y chingue mucho a su puta madre, vieja horrible”, y solo dejé mi aplicación como pleno trámite, puesto que me fui sabiendo que no obtendría el apartamento por el desdén que puso entre sus amarillentos dientes al decir mi nacionalidad. Sabía, en ese entonces, que el procesoería más complicado de lo que esperaba, y perdía un poco de esperanza cada vez que hablaba a un lugar y me rechazaban.

Estaba bastante cerca de darme por vencido después de intentar y fallar tantas veces, por lo que tendría que vivir para siempre en un hostal, como una serie de televisión en el episodio botella, excepto que absolutamente todo mundo se va. Y yo me quedo ahí para siempre. Para siempre. Para siempre.

# HP Parma

## A&O

Un lunes, 20 de octubre, me acuerdo bien, a la verga, de la nada, María me dijo:

*“Orlando, I am sorry but I cannot extend your stay this Thursday, we are fully booked. You need to find a room for Thursday evening”.*

Asentí y fui rápido a la computadora a buscar un cuarto de hostal. Cerca de la estación central, había un hostal, el A & O, que costaba 45 euros la noche. Pagué, y le dije a María si podía dejar mis maletas.

*“Sure, that’s no problem just put them on the side and don’t leave anything worth money, like your phone or computer”.*

En la tarde, como a las 6, fui al hostal, en el que compartía cuarto con otras 5 camas. Durante la tarde, llegaron algunos señores de camisa, algo cansados, sin hacer mucha plática. Todos estábamos pegados a la computadora, sin hablarnos. Me fui a dormir a las 9 de la noche, para no molestar a nadie.

Puta noche de mierda.

El 28 de octubre, ya un poco derrotado, y sin muchas ganas, mandé un correo electrónico para un apartamento de una persona que se veía bien, pequeño, pero estable. 432 euros por mes. “*Bueno, menos caro que el puto hostal*” – pensé. La persona contestó rápidamente, unos veinte minutos después de mi primer mensaje, diciéndome “*¡Sure! please come in the eve so you can do the Besichtigung. I live in Werderstraße*”. Bien, muchas gracias, muchacha, que me mandó su número telefónico, su nombre (Rania) y la dirección exacta. Emocionada, llegué al apartamento unos minutos antes de la hora acordada, y le mandé mensajes para decirle que no encontraba el lugar. Todo bien, pensaba, hasta que dejó de contestar justo a las ocho pasado meridiano, que era a la hora acordada de la cita, y me empesé a poner nerviosa. Cinco minutos después, decidí marcarle. En el traductor, leí que la traducción debía ser “*Ich stehe vor dem Gebäude*”. Posiblemente, lo que debí decir era algo más sobre la línea de “*Hello! Ich bin Qrlando, ich kann leider den Eingang des Gebäudes nicht finden, ich bin vor dem Sieben-und-Neunzig, wo genau ist den Eingang?*”, algo así como “Hey no encuentro la pinche entrada y estoy enfrente del número que dijimos, ¿Qué pedo?<sup>109</sup>”. Pero no. Salieron solo “*ich bin hier, vorne, in Gebäude*”. Rania, muy confundida, me dice: “*Wie bitte?*” y tras los tres segundos más largos de silencio, decidí salir del clóset y asincerarme, así que solamente le dije “*Hey, sorry, I am Qrlando I am in front of the building. I cannot find the entrance. How do I enter the apartment?*”. Rania solamente me dijo: “*Ah, sure, sorry, yes, I come out, you have to enter the garage*”. Colgué, expiré profundamente, derrotado, y caminé por el pasillo del garaje. Nos vimos justo en la entrada y me explicó que habla muy poco inglés, y que el apartamento lo tiene que ceder por tres meses porque se iba a hacer unas prácticas a Stuttgart. Me dijo que todo quedaría amueblado, y que solo había que pagar el depósito (de 800 euros) y 432 euros por mes,

---

<sup>109</sup> *Pedo* Del lat. *peditum*. **5.** m. *Méx.* Situación en la que una se encuentra involucrada.

todos los costos incluídos, como agua, Internet, calefacción, etcétera. Me dijo que había que hacer el depósito inicial y podría mudarme a principios de noviembre, la semana siguiente. Le dije que todo perfecto, aunque el apartamento me parecía un poco pequeño... pero suficiente por 3 meses, hasta febrero. Perfecto. Muchas gracias, muchacha. Nos despedimos y me fui, entusiasmada.

Al llegar al hostal, con un poco de reserva por depositarle tanto dinero a una completa desconocida, y después de buscarla en Internet por si había algún reporte de que todo esto era un muy mal diseñado esquema de robo de identidad, Rania me mandó un mensaje el 31 de octubre, para entregarme las llaves y decirme que alguien vendría a recoger unas cosas después, que había dado mi teléfono. “*Sure, that's fine*”. – Contesté. Nos vimos en la Werderstraße el 31 de octubre, me dio un papel para firmar, me entregó las llaves y por fin, después de un mes de vivir en el hostal, pude despedirme de Henry, de Theo, de María, y de estar constantemente siendo molestada por la presencia ajena. Tenía un cuarto mío, y silencio mío. Todo mío. Espacio mío que no tenía que compartir con ningún hijo de la chingada. Estaba sola, pero feliz, por fin.

*En soledad, por fin.*

Así empezaron a correr, de nuevo, 90 días con los que pude relajarme y sentirme *en casa*.

Los días pasaban lento, porque cuando todo se pone frío, pareciera que todo deja de moverse, como que todo es-tá-tico.

*Se mueven las cosas, pero a la velocidad del viento,  
que desprecia de a poco las nubes. Las hojas, ya caídas hace tiempo, siguen su curso, calle abajo, hasta que quedan únicamente ramas pintadas en los días claros, en azules; normalmente, en bambalinas grises.*

*Las noches llegan más pronto, menos de flechas en antiparalelos, ya no quedan luces, salvo vapor de sodio en 589.*

*A veces; amplio espectro.*

Los días se hicieron cada vez más fríos y yo empezaba a entender mejor cómo funcionaba esto de las bajas temperaturas: Cuando llegaba al apartamento, ponía la calefacción al nivel medio, y abría la ventana para fumar un cigarrillo y beberme una cerveza cuando llegaba en la noche, para no viciar el aire del apartamento, que ya tenía un *bouquet* chistoso que supuse era de Rania, un poco a perfume baratón y con un *bouquet* a Aramis. Tenía al principio las cervezas en el refrigerador, porque si hay algo que me caga más que la cerveza cara y mala, es la cerveza caliente. Luego entonces, me di cuenta que la temperatura afuera eran dígitos sencillos, temperatura ideal para enfriar las cervezas. Las ponía al borde de la ventana, que daba a un pequeño patio, al lado del conjunto departamental.

“No vaya a ser que un culero me robe mis chevechas” – pensaba.

Con el tiempo, me di cuenta que en el supermercado vendían unas cervezas más miserables que les de cincuenta centavos en botella de plástico: Las Rössel y las Oettinger de 29 centavos por medio litro, con depósito de 8 centavos por cada botella de vidrio. Este fue el descubrimiento más hermoso e importante de mi vida entera, y lo atesoré como único e irrepetible, por los siglos de los siglos, **Todos:** *Amén.*

Con mis cervezas baratas, veía por la ventana como a veces llovía, y a veces llegaba empapado a la escuela a las ocho de la mañana porque no tenía un paraguas que no se rompiera cada salida, y a veces, me tomaba una tacita de té con los desconocidos en la cafetería a una cuadra de donde estudiaba. Al principio, no hablaba mucho con nadie de la escuela. Solo hablaba con Sagar, que estudiaba donde mismo que yo, y con ~~Almadenes~~, que una vez se unió al grupo, junto con Wilson, un portugués que tenía poco tiempo en Karlsruhe, y se pusieron a hablar sobre Pink Floyd y sobre “*good music*”. Y yo ahí, haciendo caras por dentro, pero ¿Quién soy para decirles que hace tiempo que pasé Pink Floyd en las cosas interesantes que escuchar

esa mañana? No, Qrlando, no seas pedante, vergas. Asiente, y diles que sí, que muy suave, y no les digas que tu disco favorito es Meddle.

Un día, invité a Doyeong a comer al apartamento. Hice arroz blanco con ensalada de cangrejo.

### Gohan

Cuando vivía en Guadalajara, empecé a saber más sobre diferentes tipos de comidas. El sushi, o la versión que nos vendían en el Aka Sushi por la Río Fuerte, era mi favorito, sobre todo el frito de camarón. De sushi aprendí mucho con mi tío Pepe, casado con mi tía Ana, donde viví esos primeros años en Guadalajara, y aprendí que siempre hay que tener cuchillos buenos, y que hay que mantenerlos con cariño, y afilados para evitar accidentes. Ya después, me fui a vivir con el Loya, y ahí conocí mucha comida japonesa mexicanizada. Una de ellas era el arroz gohan especial. Tal vez, 混ぜ御飯. El arroz era arroz blanco simple con una llamada salsa Tampico, que eran barras de pescado triturado con salsa Sriracha. Se decora con cebollín y salsa de soya con chiles serranos rebanados. Una maravilla. Cuando volvía a Los Mochis, invitaba a comer a mis amigos una copia parecida a ese arroz, pero nunca me salía bien. A veces, el arroz no me quedaba, pero cuando salía bien, con camarones y atún del mercado, hacía una copia bastante fiel al arroz que consumía en Guadalajara. Al Abel le gustó, creo, y la Cinthia dijo que estaba bueno, también. Mi madre siempre me lo pedía. Mi madre me lo pide, a la fecha, pero se me complica cocinar con fuego de verdad y sin arrocera. Lo siento, madre. Te he fallado.

# 混ぜ御飯

por Orlando tqrres

★★☆☆☆

**Tiempo de preparación:** 35 minutos

**Tiempo de cocinado:** 18 minutos

**Porciones:** 3 platos rebozados

**Calorías:** 694 kcal

## Ingredientes

- 500 g de arroz, puede ser de sushi o de lo que encuentre
- 5 tallos de cebollín
- 250 g de barritas de pescado procesado (*crab sticks*)
- Sriracha, al gusto
- Queso crema, al gusto
- Pepino

## Preparación

1. Colocar el arroz en la estufa con tres cuartos de agua por cada taza de arroz. Encender a fuego alto hasta el primer hervor.
2. Bajar el calor al nivel más bajo, tapar el recipiente, y esperar 18-20 minutos
3. Retirar del fuego al pasar los 18-20 minutos para evitar quemado de la capa directamente en la olla
4. Cortar cebollín en *mirepoix*
5. Cortar pepino en juliana
6. Cortar bastones de pescado y triturar hasta formar una mezcla uniforme. Mezclar con queso crema y sriracha al gusto. Este es el llamado “Tampico”
7. Servir una taza de arroz con un cucharón de Tampico, adornar con pepino y cebollín

Doyeong llegó al apartamento, y yo había quemado el arroz, a la verga. Lo quemé porque no sabía cómo funcionaba la parrilla del apartamento, y lo puse en nivel 2, que era demasiada puta candela. Tampoco tenía salsa de soya, entonces quedó todo un poco insaboro. No tenía tampoco chiles serranos, porque no existen en Alemania, entonces tampoco le puse. Además, supuse que Doyeong no comería chiles enchilosos.

Le preparé un plato a Doyeong, y yo me preparé uno para mí. Empecé a comer, y tenía hambre, entonces comí bastante rápido, pero yo sabía que todo sabía raro y culero. “*Debí haber hecho la prueba antes de invitar gente a comer*” – pensé. En silencio estuvimos y Doyeong no hacía caras feas, pero tampoco me decía que no estaba malo. Sentí algo de inseguridad en ese momento. “*So, ¿What do you think?*” – pregunté. “*It's OK, don't worry. ¿You don't have rice cooker?*”, “*No, I don't believe in that bullshit*” – contesté, envalentonado. “*I see, maybe you buy one, then the rice is not burned. I have cuckoo rice cooker, from Korea, it's nice*”. Terminamos de comer, y ella me dijo que iría a practicar escalada.

Me quedé picado y gasté un kilo entero de arroz intentando no quemarlo. Me di cuenta que necesitaba poner el arroz exactamente 18 minutos para no quemarlo, no 20.

**Chale, a la verga, perdón, Doyeong. No vuelvo a hacer comida para las amistades.**

Tiempo después llegué a casa y hacía tanto frío que de repente, cuando la lluvia no era tan fuerte, cayeron las gotas de lluvia un poco más lentas, y un poco más frías. Después de dos o tres meses, volví a sonreír de nuevo, honestamente, cuando por primera vez en mi vida, a los veintisiete, vi la nieve por primera vez en mi vida.

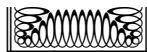
No estaba ahí, en 1990, cuando nevó en Guadalajara, pero sí unos años antes, en el barrio de Analco, cuando las explosiones donde murió mucha gente. No recuerdo haber visto a ningún muerto, a ninguna muerta, en ese entonces. Solo recuerdo mucho silencio. Solo recuerdo que, de repente, nos fuimos a la casa de mi tío Albino, porque era más seguro estar allá. No tenían videojuegos, y creo que mi primo estaba molesto conmigo por llegar a robarle su espacio y sus juguetes, pero sí recuerdo que me amenazó con lanzarme una piedra que estaba deteniendo la puerta. No sé. No recuerdo mucho.

Solo veía como unas hojuelas me caían en la mano y se derretían. Al día siguiente, llegué a la escuela y, con muchas emociones, dije en voz alta a un grupo que estaba ahí en la entrada “*It's snowing, nice!*” – *Qrlando, I don't think... is snow. Not snow. This is water snow, is different*” – me dijo Doyeong, con muchas pausas, para matarme la esperanza de haber visto nieve por primera vez en mi vida. Vaya cerote miado me fue a ocurrir por no conocer la nieve, chale a la verga. Entonces, no vi nieve. Solo fue aguanieve. Chingaderas, te digo.

Fue tiempo después que sí vi *la nieve*, pero fue en Frankfurt, en diciembre, cuando fui a ver a *Jaga Jazzist*. Esa vez, iba yo solo porque no conocía a mucha gente, pero a los conciertos me gustaba ir sobre todo sola. Rastros de mi relación con Natalia, tal vez. Hubo más conciertos arruinados por gente que invitaba, que conciertos a los que iba y la pasaba bien: Con Gisela, una mujer pequeñita que conocí en Guadalajara, me dijo que le gustaba la música y la chingada, entonces salimos dos o tres veces. Primero, fuimos a una cantina por Mariano Otero, y la pasamos bien, y comí frituras de harina con mucha salsa picante. La segunda vez que salimos llegó con su ex-pareja,

un tipo flaco y muy callado que no dijo nada mientras íbamos a un bar. No recuerdo si fuimos al bar, o no, es más, hasta pude haber pensado: "no chingues, Qrlando, qué andas haciendo según tu pedaliando bicicletas ajenas, ya deja morir esta relación en paz". La penúltima vez que nos vimos fue para ir a ver el concierto de Faith No More en el Auditorio Telmex, el 14 de noviembre de 2009. Gisela compró los boletos por unos quinientos ochenta pesos, en la sección baja del auditorio, e hizo la compra con su tarjeta de crédito, quedando en el entendido que nos veríamos antes del evento para entrar al concierto. Error, tonto error cometido, porque llegué al auditorio una hora antes, a las siete y media de la noche, enviándole un mensaje de texto a Gisela. "Ya estoy aquí", comenté. No tuve respuesta hasta 45 minutos pasada la hora del concierto, que se adjudicó a unas ganas increíbles de miar por haberme tomado unas Tecate light antes del evento, para no comprar la cerveza dentro del evento. Gisela llegó un tanto desubicada, pero al fin llegó. Pasamos rápido a nuestros lugares, suficiente para escuchar el principio de Faith No More. Gisela estuvo pegada a su asiento todo el concierto, y yo me paré a sobre-actuar lo bien que la estaba pasando, porque bueno, pinche vieja amarga, qué vergas le vamos a hacer. Así pasó el concierto, la pasé bien, canté la de *I am easy like Sunday mo-oh-orning*, y salimos del lugar, entre vendedores ambulantes de camisetas apócrifas y gritos de venta desesperada, en caso de que alguien no quisiera pagar los trescientos pesos que costaba una camiseta oficial, y para colmo de males, más fea que la verga. Gisela, todavía con un tono solemne y extraño, confesó al salir del estacionamiento: "*Güey, es que la neta, me chingué unas tachas antes de salir y no me da el bajón*". "Chale, a la verga", - pensé, pero pues ¿Qué le iba a hacer en este punto?

¿Bajarme? Gisela condujo a velocidades por encima del límite de velocidad en el anillo periférico, y fueron los minutos más estresantes de toda la noche, porque henos aquí, con la señorita "las drogas me la pelan y me la maman", conduciendo a velocidades ilegales, y bajo la influencia de estupefacientes<sup>110</sup>, así que en cuanto estuve lo suficientemente cerca del hogar, en Mariano Otero, le dije: "¡Aquí me bajo!", y me fui caminando al apartamento. Los quinientos ochenta pesos se los pagué una semana o dos después, y ya no volví a saber nada de ella.



Descubrí unos autobuses económicos que por unos diez euros me llevaron a Frankfurt. Para llegar a donde era el concierto en Offenbach, un pueblo cercano a Frankfurt, tomé un tren regional S2, y para llegar al lugar del concierto, Hafen 2, tuve que caminar unos metros. Nada terrible porque había ruta pedestre. El local estaba en el borde del río Meno y que tenía una terraza para fumar y cervezas a precios módicos. Me tomé una, porque no tenía tanto dinero, y volví a ver los discos de vinil de producción limitada que me daba una comezón profunda en el fundillo por tener. En particular tenían una colección de todos los discos que produjeron hasta esa fecha por 100 euros. "A la verga, qué chingón ha de ser tener dinero" – pensaba. Pero era mucho dinero, en ese entonces, que no tenía, entonces no compré nada. Vi el concierto en la primera fila, y me puse muy emocional cuando tocaron "*Oslo Skyline*". Lloré un poco cuando terminó la canción, y en ese momento,

---

<sup>110</sup> Esta parte no es para condonar o demonizar el uso de las drogas, au contraire, las drogas deberían ser todas legales y la drogadicción tratada y socialmente aceptada como una enfermedad, pero no podía evitar sentirme atacado por la falta de tacto de esta pinche vieja tarada pendeja que podía, sin mayor complicación, matarnos a los dos, y lamentablemente, no le pude ni ver las chichis, chingada madre.

lanzaron unas playeras, de las cuales una me cayó lo suficiente cerca para hacermela propia. Ahí dijeron que mucho gusto haber conocido a un muchacho brasileño que los visitó de muy lejos para verlos. **Me dio envidia.** Al terminar el concierto, me fui caminando de vuelta a la estación de trenes, algo apresurado, pero llegué a las 23:06, un minuto demasiado tarde para tomar el último tren ICE de vuelta a Karlsruhe. **Refunfuñé**, y busqué precios de boletos y todos eran prohibitivamente caros, y tarde. Busqué todas las posibilidades, pero no había nada pronto. Pude encontrar un boleto de autobús de vuelta a las 02:25, y ya con calma, di vueltas por la estación de tren, puesto que ya todo estaba cerrado, hasta las dos de la mañana. Me metía a la estación porque estaba un poco seco, pero había muchos vagos queriéndome sacar plática. Afuera, en lo frío, había menos vagos pero se me congelaban las manos. Cubierto de nieve (de verdad) y sintiendo mucho frío (de verdad), me subí al autobús que venía tarde. Llegué al apartamento a las cinco de la mañana, tan feliz como no había estado en meses, y algo cansado del viaje por lo que dormí hasta pasado el medio día. Era un miércoles, y los miércoles no tenía que ir a la escuela en la mañana.

Mi amor por la precipitación desapareció lentamente, conforme me daba cuenta que la nieve es sumamente inconveniente y más mojada de lo que pensaba. En la primera ocasión que me hartó la existencia de la nieve a pesar de conocerla poco, fue en la ocasión en la que tuve que sacar la basura al tambo grande, y que el piso estaba congelado. Nunca en la vida había experimentado que el suelo estuviera congelado y que caminar fuera tan difícil, salvo aquella ocasión en la que cuando era niño fui a patinar sobre hielo. Sin embargo, sin unas filosas navajas en mis pies, era muy difícil encontrar un punto de fijación en el hielo, y debido a que solo traía puestas unas chanclas<sup>111</sup> me resbalaba en el piso congelado. Me daba más risa que vergüenza por no entender el fenómeno que estaba experimentando, y solamente quería entender cómo

---

<sup>111</sup>“Chancla”, **f.** Mex. 1. Sandalia.

era que estaba resbalándose *tanto*. Menos risa me causó, años después, cuando en el apartamento en el que vivía no tenía *Winterdienst*, que esencialmente implica que los alquilinos tienen que encargarse de la limpieza de las áreas comunes de los apartamentos, y una de las tareas más difíciles era precisamente limpiar la nieve en los meses de invierno, porque se tenía que hacer antes de las siete de la mañana, y como me decía la señora Kastel: “*Señogg Togggges, es necesaggio que limpie la calle antes de las siete de la mañana, de lo contggaggio si alguna peggsona se lastima pogg el estado de la calle, podemos tenegg seggios pggoblemas*”. Pues nunca tuvimos problemas, pero tuve que limpiar la nieve en más de una ocasión, quitando lo que nevó el día anterior o esa misma mañana, poner un poco de sal en el piso para evitar que se colapse la nieve y cause nieve negra en la que alguien pudiera resbalar, y esto tenía que hacerse en dos calles, puesto que la casa en la que vivía se situaba en una esquina. Vaya horror de comienzo de día, a eso de las siete de la mañana.

## Amar

Noviembre fue un suspiro. Estaba agusto, jugando *Animal Crossing*, teniendo amigos digitales, y colecciónando campanas para dárselas a Tom Nook, el mapache, para que me dejara tener una casa grande. Jugar al *Animal Crossing* me dio algo de apoyo emocional en esos días solitarios, porque muchas veces no tenía con quién hablar, y la gente de México cada vez se quedaba más lejos. Yo buscaba hacer amigos, y por ahí cuando salía con los indios a pasear, de repente, se pegaban otros indios. Uno de ellos también tenía experiencia laboral, y como me gusta a la verga proyectarme en la gente se llamaba Amar. Estuvimos platicando unos minutos, a pesar de que él ya tenía algo de tiempo en la ciudad, le pareció agradable mi plática y nos intercambiamos números

telefónicos. Estuvimos conversando en linea algunas veces, y un viernes me invitó a su apartamento a cenar, de la nada. Me pareció agradable la idea, y fui. Amar preparó todo en el instante que llegamos: Sacó algunas palas de arroz de una arrocera, cortó cebolla, chile morrón verde y zanahoria haciendo una especie de *Mirepoix*, pero le puso comino y dudó con ponerle chile. “*¿You eat spicy, or?*”, “*Yes, sure, go for it*”. Cerró todo poniéndole cacahuates, una locura. Ese arroz me pareció excelente. Copié la receta mentalmente y la intenté replicar al día siguiente. El lunes, me dijo que si podíamos ir a tomar algo. Le dije que sí, que podíamos ir a un bar cerca de donde vivía, el carrousel. Ahora, no sé cuál sea la referencia que muchas personas tengan de “bar culero del centro de la ciudad”, pero el carrousel lo tenía todo: Cerveza fría (y barata), viejos horribles hablando mal de las personas que evidentemente no son *los de siempre*, un billar venido a menos, y música en las pantallas de televisores algo viejos pero que alguna vez fueron alta tecnología. Todo aderezado por música culera (no importa el país, siempre es música culera) y un vaho de cigarro que nunca se dispersa.

A la segunda cerveza, Amar se asinceró conmigo y me dijo: “*I wanted to ask you a favor, ¿Yes? I need somewhere to sleep temporarily, it will be very short, I am getting an apartment soon but I need maybe 3 days*”. Estando ligeramente alcoholizado y recordando el tiempo de mierda que tuve recientemente, tuve un corazón-a-corazón con Amar, y le dije: “*Sure, man, no problem, I have a small couch, you can sleep there for a few days, don't worry*”. Ahí me siguió platicando que era porque se iba a hacer unas prácticas, pero calculó mal, y terminó sus contratos a tiempos distintos. Nada terrible, y todo solucionable. Me dijo si podía quedarse desde ese sábado, y era hasta el lunes. Le dije que sí, que no había pedo. Ya hasta traía una mochilita con cosas para unos días.

Cuando llegamos al apartamento, encendí la calefacción un poco más cálido de lo que normalmente lo haría, porque Amar dijo: “*It's a bit cold*

*here*". Refunfuñé hacia adentro, pero está bien. Cambié la calefacción de un agradable 3 a un soporífero 4. Se cambió en el baño y yo me puse unos pantalones cómodos, porque no iba a andar por ahí en calzones como normalmente lo haría. Amar guardó sus cosas en un *nécessaire* pequeño, se despidió y empezó a dormir. Yo me quedé jugando Nintendo unos minutos. **La catastrofe empezó.**

Amar, dios lo tenga en su santa gloria, roncaba. Mucho. Demasiado. Y mira, yo quién soy para juzgar, a la verga, si también cuando ando crudo me tiro unos pedones machín asesinos, pero con esto, no podía. El ruido era tal que no me dejaba concentrarme en dormir. Puse música en los audífonos, y sus ronquidos transpasaban las barreras acústicas de los audífonos, tanto los de casco como los que van por dentro de la oreja. Intenté conciliar el sueño a las 10, a las 11. Medianochе, y este cabrón solo pausaba segundos para seguir roncando. *Este cabrón roncaba casi tanto como el Salas.* El Salas roncaba como motor de lancha, pero esto era por años de abuso del cigarrillo y porque estaba ya muy ancho. Pero igual, si el Salas roncaba, no era mi problema, porque no vivía con él. Y al Salas lo quiero, pues. Al Amar apenas lo conozco. Dieron las 2:30 de la madrugada, y yo no podía concentrarme. Tenía que hablar con él. Pude conciliar el sueño a las 3, despertando al otro día a las 8 de la mañana, porque tenía que ir a la escuela. Amar estaba acostadito, tapadito, así bien ricolino, porque él no tenía nada que hacer hasta el día que supuestamente se iría. "*How was your night? I rested quite well*" – me dijo, el hijo de la chingada. Murmuré que no tan bien, me bañé y le dije que tendríamos que salir pronto. "*Maybe I can stay a bit longer? I can close the apartment if you give me the keys*". Le dije que no, que lo sentía, que volvería bastante tarde ese día. Me dijo que iría a recoger unas cosas con un amigo, y le dije que hablaríamos luego. Vi que tomó su mochilita, y salimos a las 9 de la mañana. Estuve malhumorado todo el chingado día. Pasadas las dos de la tarde, me rendí y le dije que *I am really sorry but you can't stay any longer with me, I cannot stand the*

*snoring, I could barely sleep yesterday and it stresses me a little bit, I hope you can find somewhere else to stay.* Supongo que no fueron excelentes noticias, porque intentó refutarlo, pero ¿Cómo evita uno roncar? ¿Muriéndose? Ni idea. Se disculpó y me dijo que buscaría algún otro lugar para pernoctar los días que le faltaban.

Sentí algo de culpa por ser tan cretino. No volví a hablar con Amar desde ese entonces. Creo que vive en Stuttgart, casado, feliz y, espero, roncando en la noche como chingado motor de panga.

Con las sábanas que tuve que quitar, hice que la pila de ropa incrementara su tamaño, había entonces que

## **lavar ropa**

Por valeverga que soy, tener una lavadora siempre me pareció “cosa de adultos”. Con mi abuela, lavaba ropa gratis. Luego, cuando me mudé con el Heriberto a Ciudad Granja, Zapopan, lavaba en una lavandería donde atendía una señora agradable que doblaba la ropita también. Cuando me mudé solo, mi santa madre y mi santo padre me compraron una lavadora, posiblemente, porque viviría ahí mi hermana también, y nos querían hacer las cosas fáciles. Cuatro mil pesos pagaron por una lavadora de segunda mano por avenida Juárez, apenas a unas cuadras del mercado San Juan de Dios, con flete pagado. Me molestaba, sin embargo, no tener la ropita seca en temporada de lluvias, y la empecé a llevar a una lavandería por avenida La Calma, Zapopan a secarla mecánicamente en temporada de lluvias. Ya luego con Natalia lavaba mi ropa y la secaba. Secar ropa siempre me pareció algo tan burgués, porque mi tía Chemi, dios me la tenga cuidada, tenía una secadora de ropa a pesar de vivir en una región del país con un promedio de solo 32 días de precipitaciones de unos cuantos milímetros cúbicos. Luego entonces, un lugar con un pinche solazo, a la verga, todo el año. Pero mi tía tenía su secadora de ropa.

En el edificio de Werderstraße tenían lavadoras comunitarias. Por ser culo y no saber si mi situación habitacional era legal, nunca usé esas lavadoras. Iba a una lavandería por la misma calle, en Rupürer Straße, y la lavadora costaba 4 euros, la chiquita, y 50 centavos

costaba secar 8 minutos. Con tres ciclos la ropa quedaba bien seca. Y por vale verga que soy, siempre atascaba hasta el culo la lavadora chiquita, para no pagar la mediana. La viejita que cuidaba el local me regañó varias veces por llenar demasiado la lavadora. Pinche ruca verguenta. Seguí yendo a esa lavandería varios años después de haberme mudado, hasta avanzada mi estadía en Karlsruhe, el 9 de Mayo de 2018. Una lavadora AEG de 8 kilogramos, que me llevaron unos agradables muchachos con una maquinola para subir y bajar escaleras con equipo pesado. Una maravilla del mundo moderno.

“You are a real adult now!” -- me dijo Friederike, en el momento en el que supo que tenía una lavadora en casa. Seguí llevando ropa a secar excepto en Verano, que era cuando había suficiente sol para secar la ropa. La anciana culera decrepita que vivía en el piso arriba del mío me dejó una nota que decía:  
“Bitte Ihre Wasche nicht im Garten hinklassen” supongo porque era mucha violencia óptica ver mis calzones rotos secándose al sol.

La lavadora la vendí en Abril del 2020, porque ya teníamos una lavadora en el apartamento donde nos mudamos.

Se terminaba el año. La última clase que tuve fue un martes 23 de diciembre. “A la verga, a esta gente si le desagrada la navidad” – pensaba.

*cede; la pausa*

Qué horror, los juegos que me hace la mente cuando dejo de poner atención. Tuve que volver a las fotos que tomé ese diciembre, para poder recordar que no pasé esos días de navidad solas. En esos días, un compañero de la compañía donde trabajaba en Guadalajara, Adrián, ya tenía viviendo en Alemania aproximadamente tres años, y me invitó a pasar navidad en su casa, en Friburgo de Brisgovia, por lo que cuando empezaron a desaparecer personas por las fiestas navideñas, me hice el que no sabía lo que estaba pasando y me compré un boleto de autobús para el 23 de diciembre y llegué aproximadamente a las seis de la tarde, donde me recogió Adrián. Nos abrazamos como si no nos hubieramos visto hace años (que era cierto), y hablamos en el camino acerca del trabajo, de la vida y de las cosas, y dejamos mis cosas en su apartamento que compartía con otro individuo, que no se encontraba en la ciudad porque había vuelto a visitar a sus padres. Adrián estudiaba el doctorado después de haber terminado su maestría, pero no estaba muy contento con la situación en la que se encontraba, y tenía muchos

conflictos internos respecto a su rol en la organización. Muchas cosas que yo no entendía, y sobre todo, de lo que no tenía mucha experiencia. Por lo tanto, solo escuchaba y de repente, preguntaba. Cuando fuimos a hacer compras de navidad, aprendí el concepto de

# ALEMANIA

## *A P O C A L Í P T I C A*

...ahem, sí, apocalíptica. Un concepto apoteósico que me parecía sumamente extraño, porque nunca había experimentado algo así: El supermercado más cercano al apartamento de mi amigo se encontraba abierto el día 23 de diciembre de 2014, pero adentro todo estaba tan... desolado. Como si hubiera habido una catástrofe. Solo algunas verduras adornaban los cajones que debían estar repletos de colores verdes, rojos y amarillos vivos; apenas, unos tomates estaban en las esquinas, y muchas verduras que yo desconocía en otros cajones adyacentes terminaban el apocalíptico bodegón alemán del supermercado, el día anterior a la navidad<sup>112,113</sup>...

---

<sup>112</sup>Posteriormente, descubrí que el mercado al que fuimos era un mercado de descuentos, y ya se encontraba próximo al cierre. Estos dos factores contribuyeron a que ese día en particular, los insumos no fueran llenados “hasta el tope”. En otros mercados, sin embargo, el surtido se mantiene aún los días anteriores a navidad... a pesar de que en general, el fin del mundo siempre se avecina. Siempre está tan... cerca. Siempre el fin. Pero no lo sabemos. Jjjjjj. Jjjjjj. Jjj.

<sup>113</sup>Esa navidad, no recuerdo muy bien qué cenamos. Solo recuerdo que había cerveza y comimos algo rico... pudieron ser enchiladas, hasta donde yo recuerdo. Como me quería acordar de María Aida y su obsesión por las canciones de navidad de *Sufjan Stevens*, puse los discos de navidad del señor *Stevens* en *Spotify* como ruido de fondo mientras discutíamos sobre la existencia y la vida. Después de haber bebido muchas cervezas, empezamos a hablar de lo difícil que es vivir en Alemania. Pobre tonto de mí, siendo

En fin, la navidad, decía. Un día antes de navidad, fuimos al *Schmitz Katze*, un bar por el Dreisam al que llegamos en bicicleta, que me prestó Kenta, un amigo japonés del amigo Adrián. Tenía un pequeño e inútil candado de figuras geométricas que para nada servía para proteger a la bicicleta del hampa. Una maravilla, el Kenta. En el Schmitz Katze, solo nos miramos las caras y estabamos afuera, con algo de frío, y no nos metimos a bailar ni nada, supongo porque eramos muy cobardes para eso. Una muchacha turca me sacó plática, porque estaba fumando, pero le dije que Sorry, *kein Deutsch*. “¡Aber du sprichts gut Deutsch!”, y le dije, sonrojada, que gracias. Adrián intercedió, en alemán, diciéndole mi trágica historia y que yo ni vivía ahí. Le miré con resentimiento. Igual, estaba fumando y pisteando y ni vivía en ese pueblo verguero. Salimos como a las 2 de la mañana, a echar una dormida.



La navidad es una época del año que, por cruzarse con el año nuevo, me recuerda sobre mis aciertos y fallas a lo largo del año. Yo empezaba apenas con mi vida en Alemania, por lo que todo era nuevo y emocionante, hasta la parte de las fallas. Esa vez, o unos días antes, había hablado con Natalia, mi ex-novia, que ya tenía varios días de no comunicarse conmigo. Algunas veces, hacíamos videollamadas para hablar de la gata, del trabajo, y yo me la pasaba leyendo su cuenta de *Twitter* en secreto, para saber si hablaba

---

tan pedante, hablando de cosas que no entendía... yo decía, en inglés (la audacia con la que lo decía, me gustaría que me vieran hacerlo) “*If you don't like this country and its rules, then leave!*;*Following rules is the easiest thing to do!*”... La seguridad con la que decía esas cosas... El alcohol es una droga sumamente potente. Me hizo creer que yo ya me las sabía todas... y que entendía algo con tres meses de conocerlo. Qué ganas de cogerme el hocico a vergazos a veces. El día de navidad, nos asomamos al balcón en la mañana, y vimos a algunas personas haciendo ejercicio... “Vaya gente obsesiva”, dijimos. Llovía un poco y hacía algo de frío, pero al menos, no estábamos

de mí... o tal vez de su nuevo novio. Nunca leí nada específicamente comprometedor, pero sucede lo que siempre pasa con las relaciones que terminan mal a distancia: De repente, ella me hablaba menos, porque estaba pasando más tiempo con personas de la vida real. Yo empezaba a sentirme hecho a un lado, a pesar que no te puede hacer al lado alguien que ya no está en presencia, y de cierta manera, me intentaba acomodar al hoy, al ahora. Aún así, me dolía saber que Natalia ya estaba con otra persona, y que ella me dijera siempre lo fantástico que era esta otra persona, me azotaba y me ponía triste. Sus conversaciones y videollamadas quedaban cada vez más distantes, como quedaba la memoria de lo que eramos antes de irme , y así, caer en el remordimiento y la culpa por dejar algo relativamente bueno y seguro por un abismo desconocido y oscuro que cada vez, con cada cerveza que (h)abría hasta que fueran las tres de la mañana, a veces riendo, a veces viendo películas de un archivo que tenía, para olvidarme que era la víspera de navidad.

Nada que unas puñetas no curen. Sin embargo, y por lo pronto...

---

tan sotanas.

Adiós,

tristeza.

*Hello my air, goodbye Hope.  
Goodbye also to your ambushes.  
I say "goodbye Ghost"  
And watch it turn to wide air  
Where I shine and float.*

*Goodbye Hope*, décimonovena pista del álbum *Dawn*, lanzado por P.W. Elverum & Sons el uno de noviembre de 2008.

## Old Friends

*Old Friends*, es un disco que publicó la banda *Pygmy Lush* en 2011 en una disquera pequeñita, Lovitt Records, y que he escuchado infinidad de veces porque para mí es un disco perfecto. Una mezcla de la música *punk* feroz, al principio, pero con varios años encima que hacen difícil gritar y lanzarse del escenario. Ferocidad ¿de viejos? No lo sé. Lo que importa no es el disco y las armonías que hacían a dos guitarras.

En noviembre pude ver a una persona de mi pasado que estaban pasando (cerca) de Karlsruhe: A Jeff, un viejo colega del trabajo que tenía en México, que me vendió una guitarra *Stratocaster* mexicana construida en 1993 que él ya no tocaba. Esa guitarra terminó en Alemania 3 años después, pero cuando nos vimos, solo fuimos a comer algo al centro de la ciudad, y hablamos de las cosas de siempre: de por qué terminé en Alemania, sobre el idioma alemán, y sobre el contenido de azúcar de las bebidas refrescantes. “*Soda here is so weird, it tastes almost like water*” – comentó. Revisamos el contenido de azúcar y efectivamente, unos 3 g menos que los comparables mexicanos, dígase Sidral Mundet. “*Tal vez es porque el nombre es diferente, mira, aquí le llaman Apfelschorle*”, señalando la etiqueta. Fuimos a comer una hamburguesa por el centro, y hablamos de lo curioso que son las medidas. “*¿No te parece curioso que aquí vendan las bebidas en litros cerrados?*”, “*¿A qué te refieres?*” – inquirí. “*Sí, mira, normalmente uno pide una lata de bebida y contienen 355 mililitros, que son como 12 onzas líquido. En onzas, tiene todo el sentido del mundo, ¿Pero en mililitros? 16 onzas son 471 mililitros.*”. “*Ah, sí, en Mochis siempre comprabamos la leche en galones y medios galones, a pesar de ser 1.890 y 3.78 litros. Algo complicado porque todo se vende en unidades métricas*”. Pedimos unas cervezas de 400 mililitros

y un jugo de arándano con agua para beber cada quien. Jeff hablaba mucho español al haberse mudado tiempo atrás a México como parte de la subsidiaria americana donde trabajaba, porque alguien tenía que ponernos en cinta y estar de halcón para que no estuvieramos picándonos los ojos en lugar de trabajar más de las horas acordadas al ser casi todos “empleados de confianza”, eufemismo usado por las transnacionales para no pagar tiempo extra trabajado. Sin embargo, el Jeff nunca se me hizo “alzado por el título” ni nada por el estilo. Al contrario, siempre fue un caballero cordial, atento y respetuoso. Eso es algo que yo apreciaba bastante de Jeff, y me dio gusto verlo, cuando menos un día para tomar una cerveza, en el centro de la ciudad. Caminamos hasta su hotel y nos despedimos, para no volvemos a ver jamás en la vida. Supongo que debió mudarse de vuelta a Oregon, de donde el era originario. No lo sé, ya nunca lo volví a buscar. Su presencia fue un espurio de mi vida pasada que simplemente sucedió y me dio una sensación de familiaridad entre tanto desconocimiento.

Ya después, en diciembre, hablé con María Aída, una amistad que conocí en 2010 porque fuimos al mismo festival de música, y estudiaba en la misma universidad en Guadalajara que Loya. No supe si fue el norte que nos unió, o si simplemente teníamos afinidad como seres humanos, pero seguimos en contacto y me dijo que estaría en Bruselas en año nuevo. “¡Simón, a huevo! ¿Nos vemos o que pedo? Voy a buscar un boleto de camión para ir a Bruselas, supongo que no está tan lejos de acá”, “Sí we<sup>114</sup>, tú cáele, creo que por mi hermana no hay pedo, igual le digo que le vas a caer y te puedes quedar en su depa[rtamento]”. Pues bien, le creí. Solamente busqué un hostal por la noche del 30 de diciembre de 2014, el Hello Hostel, cerca de la estación Simonis. Esto planeé porque llegaría a las 21:45 a la estación norte de trenes, y al no conocer la ciudad, decidí correr pocos riesgos.

---

<sup>114</sup>“We”, alit. “Güey”, m. f. n. adj. 1. Manera informal de referirse a un o una tercero o tercera.

Caminé a la estación de metro, y en 15 minutos estaba frente a la puerta del hostal. Toqué la puerta, y una señora malencarada me contestó. Entré y le dije que tenía una reservación. Qrlando, tqrrres. La señora malencarada no hablaba español ni inglés y me dijo que si parlaba italiano, y le dije que no. Llegó otra muchacha después que hablaba español, revisando la computadora y me dijo: “*Mire, no encuentro su reservación, tal vez la hizo para el otro hostal. Pero, tenemos una cama disponible hoy, se puede quedar hasta las 8 de la mañana, pero no más, por favor, porque ya está el hostal completamente ocupado para la noche de mañana*”, “Claro, claro, no se apure, me largo a primera hora en la mañana” – le dije, categórico. Llegué al cuarto oscuro, subí a la litera, puse mi teléfono móvil a cargar y mandé un mensaje a María Aída:

wey ya llegué, nos vemos  
mañana por el centro!

Y me contestó que sí, que ahí nos veíamos.

Me levanté al día siguiente a las 7:45, tomé una ducha, y preparé las cosas para salir ese día, que poco sabía se convertiría en una prueba de dolor infinito que recordaré por varias décadas hasta el día que me muera.

Pero me adelanto bastante a la historia.



Me encontré con María Aída temprano, y aparte de un afable y cariñoso abrazo, me recordó que mi barba está muy fea: “*¡Córtate esas barbas de pelos de panocha, mamón!*” – dijo entusiásticamente, mientras platicábamos de la vida y las cosas nuevas: Alemania, que no hablo

alemán, y que si qué quería pistear (y si no era demasiado temprano, pero ¡Nunca! Es demasiado temprano para pistear) Caminamos mucho por el centro, y me dio la guía completa de cosas interesantes que ver por el centro, pero no entramos a ningún museo. Lo importante, sobre todo, no era tanto el paseo por la ciudad. Caminamos bastante y tomé muchas fotos del camino para que las viera mi madre por redes sociales. Terminamos un poco después de medio día tomando una cerveza fría en el *Delirium café*, que olía un poco a edificio viejo. Seguimos quejándonos de cómo todo olía a orines y que qué asco, a la verga, pero que rico, a la verga, al mismo tiempo. Reímos y recordamos y nos quejamos, como siempre lo hacíamos viviendo en el cuchitril en Guadalajara. Ya entrada la noche, a las 5 de la tarde, me dijo: “*Oye, hay una situación, un pedo:*” – Le dije que derecha la flecha, a la verga. “*Mi hermana me dijo que era noche de chicas, entonces no puedes estar durante la cena. Pero pues, ya que termine la cena, me dijo que puedes unirte a los drinks y a la party en el centro de la ciudad para ver el desmadre de año nuevo*”. Me pareció un trato razonable, puesto que no conocía a la hermana<sup>115</sup>, así que acepté, y como no podía cambiarme a otra ropa puesto que no tenía dónde dormir, pues me fui a un bar cercano al lugar donde vivía la hermana de María Aída, después de un corto merodeo, para tomar cervezas y comer algo mientras pasaba el rato. Estuve sentado en un bar tomándome fotos y poniéndole todas las notas inspiracionales en redes sociales, diciendo que los sueños se hacen realidad, que todo bien conmigo, que los caminos de la vida no son lo que yo pensaba... Largo etcétera. Estuve también viendo el desarrollo de un microdrama de unos adolescentes ninjas mutantes que estaban en el bar donde yo estaba tomando cervezas, en el cual algunos de los chicos se veían demasiado jóvenes, y le estaban poniendo demasiado vodka con singular alegría a sus tragos. Todo se desarrolló en un período de unas dos horas y media, en las que todo el grupo se embriagó, luego bailaron un poco, pero no

---

<sup>115</sup>Y no necesariamente hermana de la caridad o de la religión, sino que María Aída estudió un año en Bélgica, por lo que su familia europea era el conjunto familiar que la recibió durante un año como estudiante de intercambio.

intentándolo mucho, porque como que había algún problema ahí con los varones. Luego, las chicas salían a fumar, entraban de nuevo, y luego salían los chicos a fumar. De repente, los grupos se hicieron mixtos, y seguían entrando y saliendo, discutiendo afuera y a veces, discutiendo adentro. Repentinamente una de las chicas estaba acostada en uno de los sofás, y volvían a entrar y salir chicos y chicas, discutiendo y moviendo a la chica desvanecida, mientras un grupo discutía, y otro grupo contiguo discutía también. Todo esto pasó en cuestión de algunas decenas de minutos, mientras yo observaba con mi propia música de fondo, porque la verdad estaba media culera la música que tenían en el bar.

Cerca de las diez de la noche, María Aída me mandó mensaje que ya podía ir, que había terminado la cena. Cerré mi cuenta, y me acerqué al apartamento de la hermana de María Aída, donde toqué el timbre y subí por las escaleras. En el apartamento, había un grupo de cuatro muchachas (todas desconocidas, menos María Aída) que hablaban solo francés y no prestaban mucha atención a mi existencia, es más, ni me saludaron, a la verga, nomás una de ellas fue a preguntar a María Aída si yo quería un trago. Realmente yo solo estaba hablando con María Aída, porque me daba mucha vergüenza no poder hablar francés, así que nuestras conversaciones fueron bastante limitadas a lo largo de la noche. Las muchachas bailaron un rato mientras yo veía mi teléfono móvil, y no prestaba tampoco mucha atención a lo que hacían las muchachas porque, de nuevo, no las conocía. Estaba ahí, sentadito nomás sin chingar a nadie, mientras de vez en cuando, se acercaba María Aída a platicar conmigo. Salimos a eso de las once de la noche a ver las festividades de año nuevo, ver mucho trago, mucho espumoso, mucho *oui, oui*, mucho *la la*, todo bien, so lerdo porque yo pensé que iríamos a algún otro lado a pistear. Pero pistear en la calle está bien, también, entonces no me quejé mucho. Ya cuando daba cerca de la una de la mañana, una de las muchachas se quejaba mucho de los tacones, discutieron en círculo, y me dijo María Aída que se irían de vuelta al

apartamento, que ahí podíamos seguir pisteando. Accedí. Compré unas cervezas en un kiosco abierto, unas cuatro, para no ponerme tampoco tan eléctrico, y volvimos al apartamento, destaconad@s. Me pareció prudente (aunque un tanto atípico, pero bueno, no era mi fiesta) ahí las muchachas sacaron pisto, yo seguí pisteando, en lo mío, sin joder, mientras todo mundo se empezaba a desvanecer en lo desconocido del alcohol y la plática en francés se desvanecía, al fondo.

Ahora, empieza la parte buena. La parte sabrosa. El meollo, a la verga.

A las cuatro y algo de la mañana, ya se veía todo un poco borroso, pero yo estaba relativamente sobrio así que cuando vi que unas de las chicas se iban al cuarto, pensé que sería momento de preparar las cosas para dormir. María Aída se acerca a mí, y con una cara un poco de espanto, un poco de pena, me dice “*Wey, pasó algo. Me dijo mi hermana que no te puedes quedar. Que no se sienten cómodas las morras. Pero también me dijo que el autobús que te deja en la estación central viene en 30 minutos, entonces todavía lo puedes alcanzar*”.

La única frase que puede definir cómo me sentía en ese momento era “*Wey, no mames*”. No tenía otra cosa que decir, salvo que no mamara, que hubiera estado genial si me hubiera dicho unas horas antes, para de menos cepillarme el hocico, o para cargar el teléfono móvil, o algo, lo que sea. Lo que fuera, de menos, para haber buscado aunque sea un hostal a las afueras de la ciudad, o un hotel, o lo que fuera. Algo, lo que fuera. “*¿Y si me quedo dormido en el piso?*”, – inquirí. “*No wey, y la neta no la quiero hacer de pedo, porque yo pues también aquí me estoy quedando. Sorry we*”. Me parecía increíble que esto estuviera sucediendo justo en este momento, a las (casi) cinco de la mañana.

Afortunadamente, no estaba tan alcoholizado, por lo que no lo tomé tan mal (o sí, porque, no mames, a la verga, ¿Qué pedo?). La hermana de María Aída ya no se asomó ni para decir adiós, o gracias por venir, o una disculpa. Nada. Todo lo dejó en manos de María Aída,

que le tocó ser juez y verdugo del peor día primero de enero que hube vivido en toda mi vida. “*No sé qué decirte, wey. Perdón, en serio. No sé qué pasó*”. Yo repetía si le había avisado con tiempo, y que la hermana había dicho que sí. Que todo estaba en orden. Le dije que si podía de menos darme unos 30 minutos para cargar el teléfono, que no mamara. Me dijo que tampoco. Me tenía que ir en el siguiente autobús, sí o sí.

Tomé, entonces, un autobús lleno de borrachos que partía hacia Brussel Centraal, llegando poco antes de las seis de la madrugada.

Por un lado, yo estaba bastante devastad@ y desolad@. Mi camión salía 11 horas después, por lo que no solo tenía que mantenerme despierto hasta entonces, sino que me encontraba completamente abandonad@, en un país en el que no hablaba un idioma útil, sin un maldito lugar dónde descansar y pasar tranquilo ese tiempo, que bien pudo haber usado para dormir anteriormente... o prepararme y buscar un hostal barato. Algo, lo que fuera. No entendía nada, y solo veía a los borrachos pasarla bien, posiblemente, en camino a estar calientit@s y dormiditos. En ese momento, y hasta el día de hoy, no culpo a María Aída, ni a la hermana, ni a las amigas, ni a mí. Definitivamente, no ayudó el hecho que no interactué con la chingada hermana de la caridad de Cristo que proveería el techo donde potencialmente dormiría, sino que me quedé completamente mudo, y evidentemente eso es una cosa que es difícil de manejar, sobre todo si estás en un cuarto lleno de muchachas, y un hombre desconocido, con poco cabello y las barbas demasiado crecidas, con quien no hablaste en toda la noche, se encuentra “dormido” en la sala. Uno nunca sabe, pude resultar ser un violento asesino de personas. La hermana no lo pudo saber, y María Aída, por evitar tener una discusión, decidió no apelar la decisión de la hermana. Llegué a la estación central de Bruselas, a las seis de la mañana, con un viento muy fuerte soplando en todas direcciones (o al menos eso me parecía, por el frío encabronado que yo tenía), mientras veía pasar las horas lentamente,

y la carga de la batería de mi celular, en apenas 21%, desvaneciéndose lentamente hasta el punto nulo.

Mi conciencia también se desvanecía de a poco, porque no tenía idea de qué hacer durante diez horas, si no tenía absolutamente nada que hacer, porque todo estaba cerrado en Bruselas, por ser primero de enero.

**Bueno, ni pedo, a la verga, a esperar.** Estaba abierta una tienda de conveniencia, donde compré una bebida energética genérica con taurina para poderme mantener despierta, para andar al cien. Esto no ayudó mucho, puesto que tenía demasiado sueño y me sentía muy cansada. Entonces, más bien me empezó a dar como taquicardia, entonces dije: "**Oquei, nada de taurina mejor**". Para evitar esto, y poderme conectar a internet, me compré un café en el *Starbucks* contiguo, y me senté en un sillón reclinable muy cómodo de la estación de tren. Lamentablemente, no era la única persona que quería hacer eso, por lo que los empleados de la cafetería despertaron a las personas que estabamos dormidas en los sofás cómodos. **Bueno, ni modo, a la verga, habrá que caminar un poco.** Caminé y caminé, viendo como estaba el día soleado, iluminando ligeramente a un hombre que repartía propaganda política de algo que no entendía muy bien. Yo solo observaba, mientras intentaba distraerme por diez horas más, hasta que terminara por fin el día. Para tomar el autobús, tenía que ir a una estación de autobuses a unos 300 m de la estación principal de Bruselas. Caminaba hacia la estación, esperando encontrar un lugar donde pudiera cargar mi teléfono... pero no podía encontrar nada. Todo estaba cerrado, y apenas eran las siete de la mañana. Así fuí y vine, de allá para acá, de estación a estación, para entretenarme en lo que pasaba el tiempo. A las diez de la mañana, me estaba empezando a desesperar la comezón en los ojos, por lo que pensé en rentar un cuarto de un hotel. Cualquier hotel. No me importaba el dinero... hasta que vi que el costo era alrededor de ciento treinta euros. "**Bueno, bueno Qrlando, a la verga, el sueño no es tanto, no exageres, a la verga**" – Me decía a mi mismo, para mantener la cordura. Iba y venía de la estación

de autobuses a la estación de trenes, sin encontrar una manera de cerrar los ojos aunque fuera un segundo. A las once de la mañana, se me ocurrió una excelente idea: En la parte de acceso hacia los trenes, había tres pilares que tenían una parte detrás en la que apenas cabía una persona. Me acerqué para ver si mi teoría era correcta, y me encontré con la fabulosa sorpresa que había un espacio lo suficientemente escondido para sentirme seguro si cerraba un poco los ojos. No tenía muchas cosas de valor en la mochila, por lo que no era mucho problema si alguien se la robaba de mis manitas sagradas. Sin embargo, tenía miedo de perder el teléfono, y perder mi número, tener que empezar de nuevo con todos los procesos para registrarme a la ciudad, y un largo etcétera de cosas que me daba más flojera tener que empezar desde cero que la necesidad que tenía de descansar. Ahí pude, por unos minutos, cerrar los ojos y sentir un poco de alivio. Me daba miedo quedar profundamente dormida, entonces estaba siendo victimizada por las taquicardias de beber tanta taurina, la falta de sueño, y un poco la resaca del día anterior. Así, no dormía, pero tampoco descansaba, pero no me relajaba, y aún así, me quedaba un poco desvanecida, de a poco. Al medio día, empezaron a abrir algunos negocios con comida, por lo que pude comprarme unas papas fritas con salsa samurai<sup>116</sup>, que devoré en segundos porque tenía hambre y no podía quitármela solo bebiendo taurina, además de que empecé a sentir hormigueo en los dedos y me asustó tener un ataque cardíaco. Fui a ver algunas otras cosas en la ciudad que no había visto, como un museo interactivo donde pude sentarme un rato a ver cosas en internet mientras pasaban las horas lentamente. No podía ver mucho, porque me quedaba 15% de batería. Tenía que resguardar algo de carga, por si algo pasaba. A la una de la tarde, ya sentía que estaba del otro lado, y el dolor se hizo un poco menos. Creo que en ese momento, hablé con María Aída por mensajes, diciéndole que todo estaba bien, que ya casi salía mi autobús, y ella

---

<sup>116</sup>La salsa *samourai* es una salsa picante de mayonesa que venden en Bélgica que fue lo más hermoso y delicioso que descubrí en ese viaje. Te amé, salsa samourai.

seguía disculpándose por lo sucedido. No pasaba nada, realmente. Creo que pasadas las primeras siete horas, las siguientes en las que ya había cosas que hacer en la ciudad me mantuvieron cuerdo hasta las cuatro de la tarde, que llegó el autobús. Las últimas horas fueron mucho más relajadas, pues ya todo se sentía más cercano, y no hacía tanto frío, además de haber un poco más de gente andando por aquí, y por allá. Llegué a la estación de autobuses, de primero, y me senté, con 5% de batería en el teléfono. Al subir al autobús, solo recuerdo haber conectado el teléfono a la toma de corriente, puse mi cabecita hermosa en la ventana, y me desvanecí en sueños que no recuerdo. Llegué a Frankfurt a las 22:30, ya un poco descansado, a esperar el siguiente autobús, otras dos horas más. Llegué al apartamento el 2 de enero, hecho pedazos de cagada, y dormí muchas horas, pero no recuerdo qué más hice esa semana. Tal vez lamentarme y reírme de lo sucedido como si hubiera sido una terrible pesadilla.

Feliz 2015, a la verga.



mientras tanto,  
empezaba, lentamente, todo a ser diferente,  
a kilómetros y kilómetros de distancia.

Yo nunca (hube) estado.

En estados protomaníacos diferentes,  
que los cedros y los miedos -- te dio ansias.  
me sonaba, lentamentente, como hacer divergente

De los cerros y palabras que ya no  
significan ``nada''  
Tonto cabezón ¿Dejaste Omelas?  
¿O me las agarras?  
No seas cobarde, vergas.

``equis, güey, andabamos mal''.

## **Interludio**

### **Anosmia**

*Fueras tú  
insomnio común  
sueño así.*

09.03.2019

Me encontraba en un avión comercial en camino a ~~un país~~, de repente, tenía que hacer dos escalas, una en ~~un país~~, y cuando detuvimos ahí, teníamos dos asientos asignados: Uno a Orlando Torres, y el de al lado a Oscar Torres. Se reasignaron los asientos, y mi asiento fue reasignado a un grupo de 3 asientos, justo al frente de la aeronave. En mi asiento, estaba una persona con algún tipo de trastorno mental/actitud letárgica, por lo que hablé con el piloto para re-asignar mi asiento. El piloto, en español, me dijo: “*Pues yo te puedo asignar un asiento, pero van a ser 300*”, “*¿Pesos?*” – pregunté. En mi billetera, había billetes de 500 y 250 pesos, así como algunas monedas de unidades de euros, pero no podía completar los 300 pesos. Y no quería entregar los quinientos, a pesar de que el piloto tenía cambio para el billete más grande (~~un país~~). Un individuo, de cabello rizado y cicatrices de acné, subió al avión e hizo un comentario hiriente en mi contra. Me acerqué, y violentamente, lo golpeé en la cara, y lo ofendí por sus cicatrices de acné «Supongo que porque ese mismo día, estuve viendo en Internet el video de un muchacho joven que golpeó a su padrastro por haber ofendido racialmente a su amigo». El individuo intentó tomar su teléfono móvil, y yo se lo arrebataé. El me dijo que le quitara la batería, a lo que me negué pues asumí que tendría alguna especie de alarma o sonido para hacer una alerta. poiuygftrewq .,kjmhnfcvxdzs Ahem.

El avión despegaría pronto, por lo que no tomé el asiento que no tenía asignado. Me fui al empenaje del avión, y mientras ascendía, caminaba lentamente de vuelta a la cabina de manejo. La estructura del avión era muy extraña, puesto que tenía la configuración normal de un avión, salvo que tenía pantallas que mostraban los nombres de las pasajeras, y en la cabina de mando, había asientos "premium", quiero suponer, colocados en forma de círculo, dejando un pabellón al

centro para caminar. Una vez en el aire, volví a la sección donde estaba el tipo de quien tenía el teléfono móvil, que era un poco extraño pues se le podía quitar la batería, y era de color verde zafiro. Una mujer joven discutió conmigo porque ~~me~~, y le dije: "lee lo que está en mi bolso". En el bolso, tenía notas hechas a mano de dibujos que supongo que eran parte de la poesía que escribí para algún libro, pero todo estaba hecho en un estilo infantilizado, con trazos burdos pero un seguimiento lineal del texto. Al final, la mujer joven tomó un crayón y dibujó una mariposa en la última página. «Esa noche, platicué con mi pareja sobre el efecto mariposa en la detección de patrones para caracterización de materiales». Discutimos un momento, y ella me dijo que estudiaba filosofía, que podíamos discutir sobre el significado de lo que leí más a profundidad. Tercamente, quería respuestas en ese momento. Nos dirigíamos a Alemania, y le dije que dónde vivía. Alguien más en el cuarto se burlaba de la proximidad de las ciudades "München" y "Mochis". «Ese fin de semana, un grupo de conocidos se juntaron en la ciudad de München y se tomaron fotografías.»

*despertando...*

## Muerte

Recuerdo que, estando montado en ese avión, descubrí el concepto de la muerte, y que algún día, yo moriría y mi padre y mi madre también lo harían. Recuerdo que lloré. No mucho, solo por la realización de la muerte. Algunas noches, pensaba en eso: ¿Qué voy a hacer cuando mueran mi padre y mi madre? Y me quedaba ahí, en silencio.

Cinco años, tenía.

## **interludio**

### **los muertos**

Los muertos se suben, y te agarran las patas en la noche (si no los respetas). Las muertas, ídem. Los muertos convierten tierra en gusanos, algunos años después, todo es blanco y negro. Blanco, y negro. Blanco. Tal vez; negro.

Volví a saber de los muertos poco después, Albino, falleció. Y fuimos a Guadalajara, a un jardín muy bonito, donde todavía sigue ahí, enterrado. Sesenta y cuatro años. Mi viejo ya lo sobrevivió. Albino, sin embargo, no lo logró.

De Albino recuerdo, tal vez, un poco más, en la casa vieja de Analco, con el patio al centro, las escaleras que iban a un cuarto desocupado, y el primer piso. No recuerdo si es solamente en sueños que aparece, puede ser que no. Una entrada lúgubre, eso si recuerdo. Un cuarto amplio, una cama matrimonial, y Jesús cristo, y la virgen maría por ahí. Un cuarto grande que hace lo mismo de ducha que de sanitario. Me dice mi madre ``tu abuelo se acuerda mucho de tí, porque lo miabas cuando eras niño'' -- ingobernable por la autoridad patriarcal desde plebito. Qué barbaridad. Ya después no recuerdo mucho. Evicción de mi abuela, tiempo después, y ya lo demás se lo ha llevado la memoria, el tiempo, y la vez que me quedé atrapado en ese departamento y mi padre y mi madre fueron a comer menudo.

*los muertos, se suben*





## 5 Todavía

### Büchig

2015.

El año empezó conmigo necesitando dormir después de muchas horas de estar despierta, esperando un autobús para volver “*a casa*”; planes infraguados de pasar la noche; y, por qué no, un poco de coraje, pero nada serio; a la María Aída igual la quiero, porque *ya sé cómo es*, y eso es lo importante, que ya sé cómo es. En el autobús, intenté recuperar las muchas horas de sueño perdidas, a pesar de que todo empezaba a funcionar con normalidad hasta el seis de enero, conocido en México como el día de los reyes magos, en el que la gente come rosca de pan y frutas secas (que a nadie le gustan, **excepto a la gente contraria** que dice amar los frutos secos, pero todas las personas **palatonormativas sabemos que no, no es posible**, a menos que ya uno tenga 30 años y le encuentre cariño a esas chingaderas. Creo. No sé, me enteraré cuando sea un viejo infeliz de 30 años, dentro de dos años).

Dado que el sur de Alemania es muy católico, apostólico y romano, también se festeja que tres personajes bastante amato-incluyentes (para su tiempo) le llevaran oro, mirra e incienso al señor Jesús bebé. En esos días, sin embargo, todavía tenía que encontrar dónde vivir por el resto del año, y tuve que empezar el proceso, otra vez, desde cero, a ver si alguien se acomedía de mi capacidad de inmigrante y me dejase habitar

un cuarto compartido, dado que mis finanzas ya no eran lo mismo, pues estaban a un tercio de lo que traía originalmente para vivir, por lo menos, un año.

Sí, sí, ya sé, “en qué chingados te gastaste el dinero, Qrlando, bla, bla, blah, que le valga verga, Doña, yo sabré cómo me gasté el pinche dinero que tenía”.

Uno de los indios del hostal, Manmeet, me invitó a ver un apartamento muy lejos del centro de la ciudad, pero que era muy barato: doscientos veinte euros por mes, todo incluído, más aproximadamente veinte euros por el Internet. La cantidad era perfecta, pero no estaba muy convencido de la localización, puesto que era una casa que estaba algo retirada de la estación de tren más cercana (unos quince minutos caminando a paso apretado)<sup>117</sup>, además que se encontraba en un sótano, y solamente un cuarto estaba en renta (puesto que ya se había acordado algo con otra persona para el cuarto contiguo). Manmeet me dijo, en ese momento: “*It's OK, you can keep the room, if you want it. I prefer something closer to the city center and cheaper*”. No sabía en ese momento que tan más barato que eso pudiese encontrar, pero bueno, “pues allá tú compa, no creo que haya algo más barato que este pedazo de verga” – Murmuré a mis adentros, mientras un señor de cabeza cana y un acento que no podía determinar (porque tampoco le podía entender), que se dedicaba a hacer el proceso de la entrega del apartamento, nos veía con impaciencia, pues quería deshacerse del problema de tener que encontrar un arrendador lo más pronto posible. Le dije que sí, que le daría el depósito acto seguido, y que me podía entregar las llaves el 31 de enero.

---

<sup>117</sup>En el *lore mexicano*, es bien conocido que las personas que han tenido la desgracia de vivir en la ciudad de México dirán: “¡Cha! ¡No mames, pinche güey fresa! quince minutos caminando, ¡Cha! ¡No mames, valedor! Yo eso tengo que caminar para salir de Tlatelolco nomás, güey, y luego es una hora en combi, veinte minutos en el pesero, y si bien me va, otros veinte pa’ llegar a la chamba nomás, cabrón. ¡Revisa tu privilegio, carnal!”; y pues, sí, ajá, pero no vivo en la ciudad de México, entonces la situación me es inherentemente ajena. Sht. Cállese del hocico hijuelaverga.

Unos diez días antes de entregar el apartamento en la calle Werderstraße, noté que había una pequeña fuga de agua en el sanitario. "Me lleva la verga, no puedo estar tan pinche salado" – Me dije, mientras intentaba determinar de dónde provenía la fuga de agua. Podía ver que alrededor de la base, que no estaba sellada con silicona al piso, salía un poco de agua, pero en condiciones sumamente extrañas, puesto que no era un flujo continuo, y tampoco era aleatorio: Solamente ocurría cuando tenía que sentarme a hacer la segunda necesidad vital de desague corporal, y se detenía por varias horas, hasta que de repente, volvía a suceder sin que yo moviera el sanitario. Intenté buscar en la Internet cómo solucionar el problema, pero el Internet solo arrojaba resultados muy complicados (y en alemán) de la situación en la que estaba involucrado, sobre todo diciendo que tenía que cambiar completamente el sanitario para resolver el problema definitivamente. Debido a que no sabía cómo solucionar el problema por mi mismo, y el costo por que alguien arreglara el problema era demasiado alto, decidí que justo en el momento en el que dejara de salir agua del sanitario, dejaría de utilizarlo (salvo para orinar), y hacer el proceso de echar una cagada<sup>118</sup> en la escuela y rezarle a la virgen María, madre de todos los perdidos, porque no tuviera que hacerlo en casa, salvo en situaciones de emergencia.

Por fin, llegó el día de hacer la entrega del apartamento en Werderstraße, el 31 de enero, y esperaba que el problema de plomería no surgiese justo en el momento de la entrega. Rezaba, hasta cierto punto, puesto que era una situación que solamente un ser imaginario omnipresente podría evitar. Hice una limpieza generalizada del apartamento, y llegó Rania a eso de las diez de la mañana. Le entregué las llaves. Vimos que todo estuviera en orden... me dió mis 800 euros contantes y sonantes, y eso fue todo.

---

<sup>118</sup> *echar una cagada*. ??? coloq. v. 1. descomer (???), una calaca, una calavera de tamarindo.

Salí a la calle a tomar el tranvía que me llevaría a Durlacher Tor, y ahí me transferí al tranvía S2 en dirección a Spöck. Me subí con mis maletas y...

### *Sehr geehrter Herr Ruf*

A continuación, se presentan todas las anomalías vividas con este verga apestosa del señor Ruf. La historia no está conforme al resto de los eventos ocurridos ese año, solamente se puse todo en conjunto porque me da hueva volver a hablar de este hijo de la verga, entonces se abre el ciclo, y se cierra el ciclo. Que chinguesumadre ese puto panzón jediondo.

...me llevé de a poco las maletas en el tranvía que llevaba a la estación *Büchig*, y de ahí, a darle a paso apretado por quince pinches minutotes. Los primeros días pasaron sin mucho drama en el apartamento, puesto que sabía que estaría viviendo con dos personas que, hasta este momento, desconocía totalmente. El que tenía ya tiempo viviendo ahí, cuyo nombre no recuerdo, pero sí su apellido (Ruf, que en alemán significa “llamar”, o “llamada”), tenía la conexión a Internet en su alcoba<sup>119</sup>, por lo que tuve que presentarme y decirle si podía por favor dejarme conectar un ruteador para poder tener red inalámbrica en mi cuarto. Me dijo dónde estaba el cable, sin decir mucho más que eso, y creo que me preguntó cómo me llamaba y más nada. Se volvió a meter a su alcoba después de intercambiar tres oraciones. No pensé mucho al respecto, y vi qué cosas estaban en el refrigerador, y cuáles herramientas había en la cocina para hacer comida. No había mucho, así que solo utilicé las ollas que estaban ahí, para cocinar algo de pasta, y al terminar, las lavé y las dejé secando.

---

<sup>119</sup>Del ár. hisp. *cupula*, este del ár. clás. *κύπολα*, *cúpula* [de un templo del fuego].

Este fue el primer error que cometí en nuestra inexistente relación de cohabitantes: Usé sus ollas culeras para cocinar pasta. Ni siquiera eran ollas que uno pensara “*Bueno, costaron bastante*”, o “*La calidad es bastante notable, deben de ser una herencia familiar*”. No, no, no, nada de eso. Eran unas pinches ollas culeras. Tampoco había cuchillos japoneses de acero inoxidable traídos de Osaka: Nada en la cocina especialmente útil o importante que tuviera que cuidar al hacer comida, salvo al terminar, lavar y regresar a su lugar. A mi nadie me dijo que las cosas que estaban en el área común no podían utilizarse, o cuando menos no se podían usar por todas las personas de un apartamento compartido, mientras estas se mantuvieran limpias. Algo que consideré que era asumido (asumir que las herramientas de cocina se pueden utilizar mientras esto se haya discutido anteriormente) no lo era: Tenía que pedir permiso explícito para utilizar algo en este hogar de Jesucristo, o más bien, debía tener mis propias ollas y cuchillos para hacer comida, en caso de que me diese hambre. La solución de el señor Ruf no fue decirme “*Heeey, Alter, also, ich habe nicht mit dir über die Hausregeln gesprochen, aber ist total unkool, wenn du meine Töpfe benutzt. Also, ich finde es unangenehm, ¿ja? Weil ich denke, das ist nicht in Ordnung.*

*Bitte schafft das nicht mehr. Also. Oder. Also*”, por supuesto que no. La solución de este afable caballero fue llevarse todas sus ollas a su habitación, siendo un total de tres ollas, y un colador... posiblemente un cuchillo, no lo recuerdo bien, y decidió no decirme absolutamente nada al respecto.

Ahh...rre pues, culero, nomás dime que no me las prestas y ya, cerote mal cagado.

Este fue el inicio de una rocosa relación que se deterioró durante meses y meses por la falta de comunicación, debido a que yo no hablaba alemán bien, y este hijo de su reputísima madre no era capaz de explicarme qué era lo que estaba mal desde el principio, así que solo dejamos ambos que nuestra relación se deteriorara de a poco pero constantemente. Hay, sin

embargo, algo que explicar de los WGs<sup>120</sup> alemanes que es un tanto complicado: Cuando se llega a la fragil edad de dieciocho años, y el padre y la madre de familia evocan “*A ver cabrón(a) ’ámonos a la verga, que el gobierno te mantenga*”, provoca una separación que puede ocurrir de dos maneras: Vivir con amistades de la infancia, o bien, encontrar una buena conexión con otras personas desconocidas que ya viven en algún apartamento ya rentado en la ciudad, en una cita de 30 minutos. En tan corto tiempo se tiene que encontrar la mayor parte de puntos en común con un grupo de completas desconocidas para saber si se va a vivir en paz con ellas o todo será un absoluto fracaso *mejor conocido como un reverendo cagadero*. Un gravísimo problema con algunas personas que viven en Alemania, *encuentro yo*, al menos con las que he convivido<sup>121</sup> es que tienden a tener dificultad de empatizar con una situación que no entienden y pierden la paciencia muy fácilmente ante la ignorancia ajena: Si una persona que no habla su lengua o tiene poca experiencia con algunas convenciones sociales, tienden a perder los estribos muy rápido y preguntar “*¿Verstehen Sie nicht?*”, y empiezan a vocalizar exageradamente y a hacer muchas señas corporales. *Exagerados vergos hijos de su puta madre, ya van a ver cuando pueda pelearme en alemán, culeros*. Tal vez es una reacción humana, y mucha más gente tiende a hacer esto mismo, pero creo que en la cultura mexicana, uno tiende más a barrer los problemas debajo de la alfombra y evitar discutirlos, hasta que son tantos que la presión es insostenible y se resuelve el problema por sí solo, *o alguien le mete un balazo en el pecho a alguien más, norteño style* (*o apelando a la venganza como móvil de solución de un problema, que es*

---

<sup>120</sup>Véase pie de página 108.

<sup>121</sup>El silogismo categórico me inclina a mencionar que la premisa "ALGUNAS PERSONAS ALEMANAS", no implica que "TODOS LOS ALEMANES" o "TODAS LAS ALEMANAS". Queda entonces la advertencia, para que no vaya a tener un ataque de pánico si, por alguna razón que descnozco, usted es alemán(a) y lo discutido en este ápice no le embona. Es más, si le embona, perfecto, si no, a escribir su experiencia con mexicanas latosos e ingobernables pues, a chingarsumadre también.

más o menos la misma idea, pues, pero sin balazos). El problema con el señor Ruf era que él no entendía que yo, por ignorancia, no entendía que hay que poner en claro lo que se utilizaba en este apartamento, y que las cosas no eran para compartir, sino que tenía que tener todo propio. Bueno pues, este temita se solucionó teniendo cada uno nuestras ollas y cuchillos, pero yo no era hijo de puta y dejé todo en la cocina.

Durante los nueve meses que viví en ese apartamento, constantemente a las dos o tres de la mañana, el hijo de su puta madre del señor Ruf abría la puerta de su habitación para calentar pan, y dejaba el horno de microondas funcionando mientras el hacía *cosas* en su habitación, y cuando volvía a la misma, azotaba la puerta para cerrarla. El problema no sucedía tan frecuentemente para que me molestara tanto para resolverlo (no sabía cómo decir en alemán “*a ver, hijo de tu puta madre, no te enseñaron que no hay que azotar las chingadas puertas ¿o qué vergas te pasa por la cabeza, cabrón? ¿Qué no ves que son las tres de la puta mañana?*”, y mucho menos encontrar la manera de comunicarle a esta persona la situación que me molestaba: Siendo totalmente mexicano, barrí bajo la alfombra estos problemas, porque tenía problemas más grandes que estos, y los dejé escurrirse de a poco. En otras ocasiones, mientras yo estaba haciéndome algo de comer en la cocina, el cabrón del señor Ruf dejaba la ducha y el sanitario completamente mojados cuando tomaba un baño, y salía desnudo mientras yo partía zanahorias y pepinos. Ahora, no tengo problema con la desnudez ajena, y luego aprendí que esto no es un gran problema en Alemania tampoco, entonces solamente me dio risa en su momento. Porque pues lo malo no era verle la verguilla ni el culillo mojado, pero ¿Para qué? ¿Por qué? ¿POR QUÉ CHINGADOS, PUES? En otra ocasión, uno de los aros para la ducha se rompió, y esto hacía que hubiera mucha agua en la ducha y el sanitario al tomar una ducha. Yo tenía algunos pedazos de cable de cobre que utilicé para arreglar el

problema temporalmente, pero a este cabrón no le gustó la idea, y volvió a romper el cable con el que temporalmente evitaba que se mojara el sanitario, y esto me hizo encabronar mucho: El problema, de nuevo, no solo era que se mojara el cuarto de la ducha, sino que se mojaba la lavadora, el sanitario, el papel y todo lo que estuviera en la cercanía de la tina. La cortina de baño se quedaba dañada, y nadie intentaba resolver el problema. En un ataque de ira, una vez rompí toda la cortina de la ducha **a la verga** y la puse en la basura, y me fui a la escuela, encabronado. Al volver, había una nota que decía “*Please buy a new one if you break it*”. *¿If YOU break IT*, hijo de tu *motherfucking* puta verga bomba vida? AAAGGHHHHHH QUE PUTO CORAJE. Ese día, o al siguiente, puse la cortina de ducha en la bañera y me fui a la escuela, y en la pausa de medio día, fui a una tienda de descuentos y encontré los famosos ganchos de repuesto para poner a la cortina. Me encabronó que, si yo podía hacer este cambio, ¿Por qué este vergacorta hijo de su puta madre no podía hacer lo mismo? **Pero bueno, ni modo. Tranquilo, y ya.** Cambiar la chingadera esa, que fue solo un euro para comprar los repuestos, y ya, problema solucionado. El tema nunca se volvió a tocar. Otro problema molesto era el manejo de la basura y limpieza de la cocina en general. Yo me encargaba, cada tanto tiempo, de limpiar las superficies de la cocina (tras cocinar y cada tanto por lo que dejaban los demás), de barrer la basura que quedaba en el piso, y quitar el polvo que se hacía en general por el uso diario. En julio, aproximadamente, salí de viaje y cuando volví, había basura recolectada dentro del apartamento de todo ese tiempo que no estuve. Estas tareas menores no me molestaban, pero sí me molestaba que este vergaseca mierda embarrada no limpiara su cagadero cuando hacía unas papas cocidas que comía frecuentemente, y dejara una espuma que se formaba en los quemadores de la estufa cuando hacía esto. Yo pasaba varios minutos limpiando esta superficie, pues si había algo que me reventaba los órganos internos era que hubiera cagadero que yo no había hecho, sobre todo en los quemadores, puesto que siempre me ha gustado

trabajar en una cocina limpia. Pues bien, esto quedaba así, sucio, por varios días, hasta que a este cabrón se le ocurría hacer limpieza de su desvergue.

Como de costumbre, creo que el problema era yo, no él: Debí de marcar la línea cuando el problema sucedía, y no barrer las cosas bajo la alfombra. Si hubiera dicho, en su momento: “*Oye, vergas, limpia tu desvergue, no soy tu pinche mamá*”, el hubiera limpiado, y problema solucionado. Sin embargo, yo dejé que hiciera las cosas mal, y luego yo iba y solucionaba, como si fuera su madre, y esto se convirtió en su nuevo normal. De igual manera, salir de repente a las tres o cuatro de la mañana, con música sonando demasiado alto, que no me dejaba dormir. Normalmente no me molestaba, salvo cuando me molestaba, y esto se convirtió en el nuevo normal que me tenía hasta la verga, sobre todo cuando necesitaba dormir porque tenía que empezar temprano la escuela y me quedaba en la noche pensando en situaciones misceláneas, por ejemplo, los grandes éxitos: *¿Por qué soy como soy?* y *¿Tendré una maldición satánica por maldecir tanto?*, y de vez en cuando, a las tres de la mañana, sentía que necesitaba dormir. En agosto, ya encabronado y borracho de alcohol y amargura, llegué al apartamento con una piedra grande y un leño<sup>122</sup> y como no había sacado sus putas cajas de los pancitos que se comía, le llené el horno de microondas con sus cartones del pan, y desconecté el horno y lo escondí a la verga. En otro

<sup>122</sup>Durante mi adulterio temprana, tenía una manía de recoger piedras y leños cuando me emborrachaba y los traía a casa. Cuando vivía en Guadalajara, traje una piedra bastante grande, de una vez que salí con el Cedillo y el pelos a un rancho alejado de la civilización, y debido a que teníamos un automóvil bastante inadecuado para rebasar un camión doble remolque, tuvimos un susto bastante peludo a medio camino. Nos detuvimos a fumar un cigarrillo y a pensar en las cosas que uno piensa cuando está a punto de morir, y yo recogí un tótem del evento: Una piedra bastante grande, de unos siete u ocho kilogramos, que llevé al apartamento. Ese día, también, A-~~rechazó~~ me cacheteó y me golpeó, creo porque estaba molesta porque estaba en secreto enamorada de mí, y yo la ignoraba, en cierta medida, porque el pelos estaba enamorado de ella, y por otro lado, porque no quería cagar donde comía, siendo amistad de uno de sus hermanos. Muy complicado, pero igual me llevé ese día unos cuantos chingadazos y una piedra grande.

momento, borracho y envergado, llegué a las tres de la mañana y le pateé la puerta cuando vi que tenía la luz apagada por ojete y por despertarme tantas veces con su pinche horno y su música culera.

Cuánta pinche maldad, güey.

En varias ocasiones, el Internet no funcionaba en mi cuarto porque como este cabrón azotaba la puerta, el cable que iba a mi cuarto se desconectaba. Yo solo le dejaba notas “*Bitte das Kabel wieder einstecken*” – por respeto, y bueno, este cabrón solucionaba el problema unos minutos después. Sin embargo, como no era SU problema, él no lo veía como un problema, y en algún punto, le mencioné que era por azotar la puerta. “*No, I don't think so, it does not happen to me, so it is not problem*”. Bueno, demasiado sutil lo que mencioné, entonces. Lo cansado no era hacer las notas, si no que no tenía Internet cuando lo necesitaba, y tenía que depender en un cabrón cochino inútil que controlaba mi acceso a la única salida que me mantenía cuerdo en ese lugar de mierda. Sí, claro, la renta estaba muy barata... Pero aún así, qué puto cansancio de mierda vivir con un cabrón inútil así. Y bueno, yo cabrón inútil que por miedo a la comunicación, no hacía más que dejar notitas pendejas para arreglar el cable y acciones pasivo-agresivas para sacarme el coraje en lo inmediato.

En algún momento, a este vergas se le llenó el jarro, y fue a reclamarme lo de la basura. A eso de las diez de la noche, un martes o miércoles. Ese día yo estaba listo para una ronda de mandadas de verga y decirle a este hijo de su perra vida que parara de mamar, y que se fuera a la verga, con todas sus letras. Le dije lo del cagadero, y le dije lo de los azotes de las puertas, y sobre todo lo de los panes. Esto a uno o dos meses de mudarme de ese apartamento. El, con toda la audacia del mundo, me dijo “*Claggo que no, si yo siempge limpio la cocina.*” – Y yo, exasperado, le dije que no mamara. Que yo tenía que limpiar su puta

espuma de papas todo el tiempo. A las diez de la noche, se puso a querer limpiar. Le dije “No te pongas a limpiar a esta hora, no mames.”, a lo que él respondió “*Well that is my schedule, I work better that way, I am always cleaning, man, I always clean*”, y así me fui a mi cuarto. No limpió gran cosa, y como yo casí me iba, también me dejó de molestar sus horarios extraños y azotes de puerta.

El otro inquilino era un italiano que nunca estaba en el apartamento. Creo que hablamos unas dos veces, y una de ellas fue para decirme que podía usar su lavadora. Excelente sujeto, jamás lo volví a ver.

**Excelente servicio, diez de diez, volvería a vivir con un mueble<sup>123</sup>.**

Así fue que llegué ese barrio lejano, *Büchig*, donde tardé varios meses en registrarme en la ciudad, porque me daba demasiada vergüenza hacer cosas, por miedo a hacerlo incorrectamente. Así duré mucho tiempo teniendo miedo. Miedo de existir y de hacer las cosas mal. Por ese miedo a hacer las cosas mal, terminé haciendo las cosas peor y teniendo más problemas generados por mi inacción, y así, acumulé problemas que no debía tener, pero que así llegaban y así se me hacían un problema cada vez más y más grande. En fin, me registré nueve meses después y salvo un regaño fuerte y la cara de decepción de una señora de varios años de edad, solo tuve que pagar dieciocho euros por los problemas recibidos por el registro de ciudadanos. Perdón, señora, no lo vuelvo a hacer.

---

<sup>123</sup>Natalia siempre decía eso de su ex-novio, que “era como un mueble”, porque

## Sloterdijk

En enero, mi única actividad era estar encerrado, leyendo libros que difícilmente entendía, y que yo juraba que entendía. Encontré un libro gratuito en alemán, “*Kaltblütig*”, de Truman Capote, y me pareció irónico leer algo originalmente en inglés, en alemán. Encontraba entretenido hacer notas a los lados. Aquella vez, que pasé la navidad con Adrián, yo hablaba muchas pendejadas: Decía: “*No, hombre... si la cosa es que nomás tengo que estudiar mucho, todo es memorizar, y solo memorizar las cosas importantes. Cosa de nada, así me va a ir bien en la chamba*”. Bueno, las cosas no salieron como esperaba, y bueno. La ignorancia y el miedo me vencieron... y pues ya. Me fue mal en los primeros exámenes. No reprobé, nomás saqué calificación *ausreichend*. Blergh. Llegó febrero. Terminó peor de lo que yo pensaba, ¿Está bien? No quiero hablar al respecto. No quiero escribir al respecto. Pasé todo febrero enclaustrado, así que no hice nada interesante, porque tampoco ~~Adrián~~ estaba para platicar o tomar un té, entonces, no hice nada. Solo leer.

En marzo, justo el día primero, y debido a que había algo de tranquilidad en la escuela, quedamos Doyeong, Chris, Chia-Wei y ~~Adrián~~, compañeras de la escuela, y yo, de ir a Ámsterdam, *la ciudad de la perdición*.

Bueno, no del todo, no todo es perdición, también hay queso. Para ir a Ámsterdam, tomamos un autobús nocturno.

Los autobuses siempre me han entretenido sobr...

---

estaba en las reuniones solamente ahí, sentadito, en una esquina, sin decir nada. Solamente murmuraba algo de vez en cuando y ya, *estaba*.

*¿Dije esto antes?*

En fin. Los autobuses *de acá*, en aquel entonces, eran un concepto relativamente novedoso y poco popular, sobre todo para las personas acostumbradas a viajar en tren, de aquí para allá. Los autobuses que yo conocí, los *Meinfernbus*, empezaron en 2012 de Friburgo a Múnich, y expandieron sus operaciones exponencialmente en los primeros 2 años de operación. Primordialmente, hasta donde yo entendía, el transporte entre ciudades era llevado acabo prácticamente solo en automóvil o en tren. Sin embargo, nuestros bolsillos llanos no permitían muchos lujos, entre los cuales no estaba viajar cómodos, en transporte público masivo de alta velocidad, o en privado. Una cosa interesante de los autobuses alemanes es que no tienen asientos asignados. Este hecho me parecía sumamente extraño, al estar tan acostumbrado a los camiones mexicanos que tienen asientos asignados en taquilla. Es de conocimiento general que los espacios públicos compartidos siempre tienen que ser ocupados empezando por los asiento sin compartir; posteriormente, se llenan los asientos que están ocupados por la ventanilla, y ya luego, hasta el final, los asientos que son ocupados por personas que ponen sus bolsos en los asientos del pasillo, para evitar que otras personas se sienten en ellos. Afortunadamente en ese viaje, si no mal recuerdo, viajamos en asientos separados, al no haber asientos contiguos disponibles.

En esa ocasión, viajamos en el autobús Chris, y yo, en un asiento; ~~Ayudantes~~; y Doyeong detrás nuestro; y Chia-Wei, que se fue por ahí, al fondo del autobús, y no supimos de él hasta en la mañana. Tras cuatro horas y fracción, paramos brevemente en Colonia a las cinco de la mañana, y hacía un poco de frío esa mañana. Nos tomamos unas fotos en Colonia, para celebrar el evento de nuestro primer gran viaje juntos, y caminamos alrededor de la catedral, porque a mi me daba miedo perder el siguiente autobús, que salía en menos de dos horas. Comimos algún panecillo duro y seco antes de abordar el autobús, que estaba marcado en la parte externa como “Amsterdam Sloterdijk”. De Colonia a Ámsterdam fueron unas cuatro horas de trayecto, en las que...

debo admitir, que los autobuses me entretienen sobremanera.

En este autobús no había gran cosa que mencionar: me dio la impresión que a alguien le apetaban mucho las patas, pero eso es normal, porque las patas a todos nos apestan. Un olor a pedo, de vez en cuando, en la madrugada, sonando quedo en el camino. Alguna persona por allá, al fondo, que va platicando toda la noche por teléfono, haciendo imposible conciliar el sueño. Algunas que van usando el teléfono toda la noche, enviando mensajes de aquí, para allá. También es bastante incómodo viajar de noche, porque la temperatura que se elige para el viaje es tropical (unos 27 °C, aproximadamente), lo suficiente para hacer el viaje trágicamente incómodo, trágicamente doloroso... trágicamente inútil quejarse. Qué fastidio. Qué fastidio esperar.

Por ahí a medio camino nos hicimos plática con una pareja que salía a fumar un cigarrillo en las paradas. Muy agradables, un alemán y una alemana que iban a visitar a unas amistades. No supe ni su nombre ni de dónde venían, pero me prestaron su encendedor en una de las paradas.

La mañana trajo cosas buenas, y llegamos por fin a la estación de *Sloterdijk*, al norte de Ámsterdam. Desafortunadamente para mí, mi teléfono móvil no tenía Internet en países de la Unión Europea... qué porquería de contrato tenía, maldita sea, ¡Vijay! Tomamos el tram 19 a Oostpoort, y anduvimos unas cuantas decenas de minutos viendo como travesamos la ciudad, llena de gente sonriendo un poco porque empezaba a solear un poco con la llegada de marzo. Arribamos al Hostal Amigo en un edificio desquebrajado y con un acceso demasiado angosto para pasar dos personas, donde nos quedamos esa semana un poco alejado del centro de la ciudad, cerca de Oosterpark. La conexión al hostal parecía bastante aceptable, por el camino que tomamos.

Habíamos alquilado un cuarto de cuatro camas, y en el *check-in* un muchacho relajado y de cabello corto nos dijo que podíamos tomar una habitación completa. Accedimos, y que nos quedamos todos juntos en el

mismo cuarto. Las habitaciones eran igualmente muy pequeñas y angostas, y el muchacho de la entrada nos advirtió que, por ningún motivo, se podía fumar dentro de las habitaciones. Vimos que había poco espacio en las ventanas, y las ventanas en sí eran muy pequeñas, cabiendo apenas una cabeza para echar humo. “*You can smoke in the staircase if you like*” – observó. Intentamos encontrar algunas alternativas para fumar en el cuarto, pero tras un penoso intento donde apenas cabía una cara asomándose por una pequeña ventana inclinada que daba a la calle, para ver como algunos rayos de sol adornaban el tranvía que pasaba lentamente, haciendo un ruido quedo a lo lejos, como si no quisiera molestar a los vecinos, nos dimos por vencidos. En el cuarto, había la decoración habitual de un hostal *de chavos modernos*: Las sábanas “blancas” que no pasarían ninguna prueba de rayos ultravioleta; las almohadas que son apenas un cúmulo de fibras que no sirven para acomodar la cabeza y descansar en la noche; las toallas blancas que no sirven mucho para secarse el cuerpo después de tomar una ducha; las literas de madera que hacen demasiado ruido cuando uno se monta para dormir un poco en la noche, después de haber salido de juerga la noche anterior, y al intentar evitar hacer ruido, se hace más ruido del que se planea (~~afortunadamente en ese cuarto, todas nos conocíamos, pero no lo suficiente para tirarnos un pedo en lo público~~); la ducha mínima, junto a un sanitario escueto, con apenas espacio para acomodar el culillo y hacer las necesidades de defecación y micción haciendo espacio con las piernas; las escaleras internas, que apenas *bajan*. Una maravilla todo. Dejamos nuestras cosas en nuestras respectivas camas, y yo tomé un bolígrafo y me anoté mi nombre, teléfono y dirección (del hostal) en el brazo. “Linnaeusstraat 199-201”. Chris se rió de esta acción, y me dijo algo como “*Wow, ¿Do you forget stuffs often?*”, a lo que respondí: “*Qrlando from the future will be grateful*”. Salimos a aventurarnos en el tranvía 19, de vuelta, para llegar a *la gran ciudad*. Estuvimos dando vueltas por ahí, viendo las calles y los canales y la gente que venía e iba. Nos fuimos a un café

pequeño a comer un *waffle*<sup>124</sup> con salsa de cereza y nieve de vainilla por Beursplein, con un nombre muy descriptivo: “Crepes & Waffles - Freshly baked”. En el camino, platicabamos mucho sobre todo lo que veíamos alrededor. Comimos un sandwich por la estación central de trenes, y todo era maravilloso y dulce. Cayó la noche, y nos encontrábamos en la calle de la zona roja; la *zona de tolerancia*; las calles repletas de mujeres detrás de paneles de vidrio, bailando lentamente y señalando a las personas en la calle; hombres lujuriosos riéndose con los amigos. Es, por demás, una experiencia distinta. Nos dio una sed de fumar mota, y decidimos ir a buscar dónde fumar mota. En la seguridad de las sombras, llegó el momento del embrutecimiento; llegó el momento de quemarle las patas a San Judas Tadeo; el momento, de prenderle a la mierda de cotorra; el pasto sagrado; el repollo del *jazz*; llegó el momento de entrar a un café, para comprar algo de mota.

Me sentí un completo adolescente, guiando a estas tres personas adultas a un cafecito por alguna calle cuyo nombre no podía pronunciar, y nos quedamos ahí viendo una hoja de papel plastificada con un montón de nombres de hierbas de las que nunca había escuchado hablar<sup>125</sup>, y pretendiendo saber de qué estaba hablando, señalé la pieza que no era la más cara, pero tampoco la más barata. Algo término medio. Pedí dos

---

<sup>124</sup>Tengo muchas problemas con la traducción española *gofre*. Suena demasiado equivocado.

<sup>125</sup>Cuando vivía en Guadalajara, una vez, para intentar impresionar a una mujer, tuve que preguntar a un amigo mío si conocía a alguien que vendiera de esas marijuanas. Me dio un número telefónico, y lo marqué. La conversación fue más o menos así: “Hola... este, ¿De cuál tiene?”, “¿Qué? ¿Estás pendejo, o qué, a la verga? ¿Cuánto quieres y a dónde?”, “Este... pues de cuánto, no sé, a un tostón”<sup>126</sup>, “Ah, qué la verga... son 100, ¿A dónde vergas lo llevo pues?”, “Ah, es al ~~ENTRENAMIENTO~~ de ~~UNIFORME~~”, “Llego en 15”. En otra ocasión, quise impresionar a esa misma persona y fuimos a buscar a un tipo en una motocicleta en un callejón peligroso. Yo salí y chiflé, “donde estaba la moto”, una motocicleta donde supuestamente encontraríamos a dos de estas personas peligrosas. Un sujeto, a lo lejos, chifló de vuelta, y detrás de un muro, brincó y me habló muy rápido, ofreciendo un sinfín de cosas que no me interesaba comprar. Pregunté “¿De cuál es?”, y me contestó, despectivamente “Pues es de cerro, ¡Vergas!”... bueno pues... perdón, señor peligroso... es que yo no sé de estas cosas.

<sup>126</sup>Tostón, m. Sin. 1. Cincuenta. 2. Manera despectiva de referirse a areolas de diámetros prominentes.

gramos, por 20 pelucas. Como adolescentes, nos sentamos en la esquina del café, saqué una pipa que compré en el local, y la prendimos en orden contrario a las manecillas de reloj en el grupo. Empezamos la ronda de preguntas: *¿Sientes algo?* mientras veía fijamente a ~~Ayudadientes~~, y empezaba a ver que perdía compostura. En unos instantes, mi cara se tornó en una distorsión de gemidos y una risa explosiva que acompañó la de ~~Ayudadientes~~, mientras Doyeong y Chris nos observaban y reían con un poco de vergüenza. En algún momento, Doyeong nos preguntó... o dijo, más bien: “*¿De qué nos estamos riendo?*”.

No sé, creo que en ese momento, conocí lo que era la alegría. Reímos tan fuerte y tan irracionalmente, como si nunca jamás hubieramos reído antes. Nos señalamos y pasamos un momento tan íntimo y tan bello, porque simplemente estabamos tan perdidos en la mota, que terminamos olvidando que teníamos que volver al viento incesante y a lo que sería el resto de nuestras vidas en esta tierra desconocida, con gente desconocida. En ese momento, la alegría de estar compartiendo algo completamente nuevo, con gente que no sabía que llegarían en ese momento a ser parte esencial de mi redescubrimiento de la alegría, me sobrecogió.



En algún momento, se me perdió alguien. Un sentimiento de pesadumbre me sobrellevaba en ese momento, mientras veía que estas sombras enfrente de mi no entendían qué me pasaba. Me quedaba viendo una pantalla de televisor a lo lejos con un juego deportivo reproduciéndose, así como otra pantalla con un video musical mudo al fondo. Volteaba un poco para todos lados, intentando no hacer que las sombras se percataran que estaba un poco asustado. De repente, me di

cuenta del problema: Me faltaba Chris. Volteé hacia la calle, y entré en absoluto pánico cuando vi a Chris observando el canal justo frente a nosotros, llegándome un poco el *terror*, que no determinaba bien, pero que por fin se sentía más como preocupación. “*Este vergas se puso suicida y se quiere tirar al agua, a la verga*” – orienté. Me levanté suave, pero firmemente, y me acerqué lentamente a Chris, como un gato, intentando no sobresalirlo, al no saber qué le estaba pasando. Me coloqué por un lado de él, observando el flujo del agua y viendo pasar a algunas personas en bicicletas, de fondo. Volteé lentamente para verlo, y le pregunté: “*All good?*”, “*Yeah, sure, you know, a bit tired*” – murmuró Chris, con su curioso acento de alemán intentando sonar británico. Me dio bastante calma saber que todo estaba en orden, mientras seguía observando como la luz a través de las olas se dispersaba lentamente entre la oscuridad de lo profundo: La refracción de las luces de neon del club nocturno que se encontraba frente a nosotros, chocando sus ondas ópticas en óndas acústicas trasponiéndose en el campo visual de la noche. Chris volvió al café, y yo pude respirar, pensando “*Bueno, de menos este hijo de su chingada madre no se vino a querer tirar al chingado canal*”. Volvimos y ya no fumamos nada, salvo ~~Ayudapies~~ que fumó un cigarrillo y yo con ella, y salimos a eso de las siete de la tarde a buscar un bar para beber una cerveza antes de volver al cuarto del hostal. Bebimos una cerveza en el bar contiguo, pero no hablamos mucho porque había demasiado ruido, y estabamos completamente fundidos de cansancio (y de las hierbas esas también). Salimos del bar y nos subimos al tranvía que nos llevaba de vuelta al hostal. En ese momento, estaba un poco nublado por el cansancio (y las hierbas esas), por lo que me tomaba un poco de esfuerzo comunicarme con la persona que conducía el tranvía. En este momento, me arremangué la sudadera que traía puesta, y solo esbocé “*here*”. Aquí. Aquí quiero ir, señora. La señora me señaló algo, y me cobró una cantidad de dinero que pagué por estas cuatro personas que no podían ni siquiera buscarse dinero en los bolsillos, y nos sentamos en

asientos que estaban situados en direcciones contrarias. Por esta situación, yo estaba volteando constantemente para ver la dirección en la que estábamos viajando, y observando las estaciones que pasábamos. Estaba muy perdido, pero esta señora angelical, la que me pidió dinero hacía minutos, que me leyó el brazo y no dijo nada en ese momento, señaló la puerta y me dijo “*Here!*”. Aquí, cuarteto de inútiles. Aquí, señora tonta, aquí bájese, aquí es que van. “*Muchísimas gracias!*”, – le dije. La amabilidad ajena es tan bella, cuando es inesperada.

Llegamos al hostal, y me recosté en la litera de abajo, del lado derecha entrando al cuarto. Le dije al grupo: “*¡Siento como si me estuviera derritiendo en las sábanas!*”. Reímos al respecto, y nos desvanecimos en la calina de un día agotador.



Al día siguiente salimos temprano de nuevo caminar por las calles de Ámsterdam, de nuevo a buscar esos waffles divinos con café. Yo me pedí uno de caramelo con banana. Decidimos entrar al museo de Van Gogh, a ver la historia, obra y payola que hizo su mujer cuando falleció para hacer famoso al cara de taza<sup>127</sup>. Fue una bonita experiencia, aunque no lo haría frecuentemente, porque 20 euros por entrar me pareció excesivo. Comimos algún tentempié, y fumamos mota en el parque. Con ~~Ayudapiesa~~ fumamos muchos cigarrillos, una cajetilla entre el día anterior y hoy, y me empezaron a picar un poco los pulmones y sentía raro. Saben, raro. Intentamos ver qué cosas podíamos accesar gratuitamente. En estos momentos, me estuve comunicando con Juan Luis, un viejo amigo del Internet que estaba en La Haya en esos días, y Misael, otro individuo que conocí en Guadalajara, que vivía en Delft. No podían mirarme el martes, pero dijero que *si, a huevo* el miércoles. Nos aventuramos con el grupo de Ámsterdam a probar unas costillas

---

<sup>127</sup>Por faltarle una oreja. Chiste del Bombe, ¿Qué será de ese güey?

todo-lo-que-pueda-comer por Leidseplein, y comimos maravillosamente. En la tarde fuimos al museo BODY WORLDS, que costaba caro también, pero pues fue idea de Chris, y pues es muy nerd y lindo para decirle que no. No me interesaba mucho ver tripas y venas y músculos, pero al final había un cuarto con muchas luces y nos acostamos a pensar en la vida y las cosas. En la noche, fumamos algo de mota y volvimos a descansar. El miércoles, como previamente acordado, fue que nos separamos, cada quién por su lado, y yo me fui para La Haya a ver a estos güeyes. Salí tempranón, a medio día, y me quedé pasadas las ocho de la noche. Nos encontramos en un bar y hablamos un poco de las viejas historias del Internet y cosas chistosas de inmigración, como no hablar alemán/holandés, y recordabamos otra gente que estaba por las cercanías. Cerramos la tarde yendo a un café a fumar uno de esos cigarrones de mota, pero yo no pude terminarme el mío porque me empecé a marear, y no quería volver muy tarde a Ámsterdam. Ahí nos despedimos como a las 7 y regresé al hostal. Llegué cuando estaba oscuro, y ya todo mundo estaba de vuelta en el hostal. Justo cuando llegué al cuarto, ~~Ayudapies~~ me mandó mensaje que quería comprar unos hongos alucinógenos, y me dijo si quería comerme unas, para cotorrear. Accedí, y le dije que fueramos cuando llegara. Nos encontramos cerca de la estación central de Ámsterdam, y llegamos a una de las tantas tiendas a pedir hongos. Tenían un surtido diverso, unos que supuestamente lo mandan a uno a la orbita sideral del inconsciente, pero pedimos los hongos más ligeros, pues no queríamos entrar en un episodio psicótico sin salida, o más bien, yo no quería que ~~Ayudapies~~ entrara a un lugar del que no sabíamos si tendríamos la llave para salir. Llegamos al hostal a eso de las nueve de la noche. Preparamos algo en un supermercado contiguo, adquiriendo chocolates, galletas y un refresco de naranja.

Nos comimos medio gramo de hongo cada quien en ese hostal lejos del centro de la ciudad.

[i n t e r l i o]

soló tomé las riendas durante unos 15 minutos. Aquél cerró los ojos unos... ¿5 cinco 5 minutos, tal vez? Algunos colores vistos, alguna distorsión ahí de la mente, que sabremos yo, posiblemente por algunas neuronas fundidas por ahí, y por ahí, otravez, claro. Chau, querides, fue bueno conoc...

[pausa]

~~Almudena~~ empezó a hacerse un nahual lentamente y me tocó ser, en ese momento, control a tierra, y decirle al comandante Tom, *now it's time to leave the capsule / if you dare.* Estuve escuchando mucho de lo que decía, y mucho de lo que decía no tenía mucho sentido: Ella estaba experimentando mucha confusión mental, pero al mismo tiempo, teniendo mucha claridad mental. Muchas palabras que no tenían sentido, pero también muchas preguntas y respuestas que se solapaban entre sí en su mente. Mi único rol, en ese momento, era evitar que las cosas se torcieran demasiado y la realidad perdiera sentido. Control a tierra. En algún momento, me dijo que quería un chocolate, pero este chocolate no fue comida, sino una esfinge de control a tierra que le permitió mantener la cordura en ciertos momentos difíciles. Empezó a hablarme del chocolate, viéndolo con unos ojos gigantescos, que el chocolate emitía sonidos. Yo le decía: “*And what does HE say?*” - Intentaba, de cierta manera, guiar lentamente el tren de pensamiento de ~~Almudena~~, para evitar que se desbocara y hubiera un accidente ferroviario mental en ese cuarto pequeño en Ámsterdam. ~~Almudena~~ hablaba y hablaba, y describía los sonidos que salían de ese chocolate, que no podía comerse, y se convirtió en un punto de discusión durante varios minutos. En algún momento, dijo que quería escuchar música, pero no traía, entonces me dijo que si le podía prestar la mía. Busqué la música que fuera lo más sutil posible y con el menor ruido o cambios drásticos posibles, le puse mis audífonos, y veía su reacción. En algunos momentos, ella podía decirme “*No, no, I don't like it, it's too... red*”. Cosas de ese estilo. Terminó escuchando Tycho, porque pensé que algo de música de ambiente le haría las cosas más azules, y eso funcionó, hasta que ~~Almudena~~ se hartó y se puso a hacer otra cosa. Ella se puso creativa de

repente y se puso a escribir lo que estaba pensando, pero solamente estaba haciendo garabatos sin significado. Alguna cosa intentó escribir, tal vez, pero se le escapaban las ideas. Así estuvimos una hora y fracción, hasta que me entraron las ganas de miar, por lo que yo decidí salir al sanitario por dos minutos, a miar. Oriné, intentando mantener en orden el volumen que contenía el sanitario, y exitosamente, terminé. Cuando volví al cuarto, Doyeong estaba sosteniendo a ~~Ayudante~~, y me dijo “*don't know what happen, she say you were lost*”. Pues no, creo que no me perdí, pero sí tuve que explicar lentamente a ~~Ayudante~~ que no me había pasado nada, que la puerta no me comió, que no salí a la oscuridad, que estuve ahí, cerca, todo el tiempo. Afortunadamente, olvidó pronto la situación y volvió al tema del chocolate. Aproximadamente a las once de la noche, toda la neblina se esfumó y ~~Ayudante~~ volvió a sus cabales, salvo un poco de distorsión mental difuminada, que ella esclareció, puesto que se rió del tema del chocolate que ya estaba en su estómago a eso de la medianoche. Salimos a fumar un cigarrillo mientras se quejaba del dolor de quijada, pero todo muy quedo porque ya se sentía muy cansada.

Al día siguiente, ya nuestra última noche juntas, Chris y Doyeong se aventuraron con las trufas, pero ahí realmente yo no participé mucho, puesto que solo decían “*I feel nothing, I don't feel anything, I feel nada*”, por lo que solo escuchaba música, salía a fumar con ~~Ayudante~~, en lo que debieron ser en total dos cajetillas de cigarrillos en cuatro días, y un gramo de mota que compré al final para cerrar la velada. Al final, terminé con un dolor bronquial muy fuerte, que no desapareció sino hasta que dejé de fumar por un período bastante extendido, casi cuatro años después.

El último día que estuvimos en Ámsterdam, nos quedaba todavía una bola de mota, que supuse no podríamos llevar de vuelta al terruño, porque temíamos ser revisados por la policía municipal de la frontera.

Antes de dejar la ciudad, en un bote de basura de Sloterdijk, dejamos una bola de mota en una bolsa plástica pequeñita, y nos fuimos a un restaurante cercano a tomar una cerveza, puesto que nos quedaban una hora y veinte minutos antes de que saliera el autobús de vuelta al pueblo. El silencio reinaba en ese pequeño restaurant de pueblo, donde prácticamente nadie hablaba inglés, porque no había turistas de mierda merodeando por ahí y fumando marihuana. Este, por fin, marcaba la conclusión de nuestro viaje.

Volvimos en autobús a Karlsruhe, ya bastante cansados, y como siempre, el camino de vuelta a casa es siempre más aburrido que el camino de ida. Pero nada fuera de lo ordinario ocurrió. Llegamos a las cinco de la mañana a la estación de autobuses de Karlsruhe, nos despedimos con un abrazo cada quién, y volvimos a nuestra programación normal, estando un tanto cercanos, un tanto alejados.

En ese momento, yo sentía una conexión con ~~Alejandro Pérez~~ que sentía distinta, pero no sabía cómo determinarla. La primera vez que estuvimos borrosos, fue en diciembre del año pasado, cuando yo solo la veía con su cuerpo boca arriba, su cara volteada, y me daba un poco de risa como se veían sus ojos en la parte inferior de su cara, como una marioneta, mientras nos platicaba algo sobre *You know, man, feelings are so strange*. La cosa con ~~Alejandro Pérez~~ es que el alcohol siempre la ponía en una situación un poco vulnerable, y yo no sabía qué hacer, porque yo por mi parte, todavía estaba llorando la falta de Natalia, que todavía de repente me buscaba y me mandaba mensajes, y me decía que estaba mejor, que ya todo estaba en orden con ella... una vez, me dijo que me extrañaba la gata. Una vez, le dije que yo creía que la extrañaba a ella. Aún no lo sé, tal vez era la falta de un culito que abrazar en la noche, en vez de unas puñetas furiosas. Tal vez, era que ella se estaba borrando

lentamente de mi vida, y solo me estaba quedando con las pelusas, y confundiéndolas con las pelusas de ~~Alegria~~<sup>Algo</sup> que estaba en ese confuso tercer estado de no saber si uno siente “*algo*”, por alguien, o solamente son las ganas de una culeadita triste.

No lo sé, tal vez me sentía solo  
y quería un poco de atención de una muchacha.

## *The First Days of Spring*

No me acuerdo exactamente cuando fue que descubrí *The First Days of Spring* de *Noah and the Whale*, puesto que vi a la banda en vivo en 2011 en el Teatro Estudio Cavaret, en Guadalajara, pero no recuerdo mucho haber puesto atención a su música, salvo que me gustaba “5 Years Time”, y no me causó más impresión que eso.

El significado de los primeros días de primavera empezaron a tomar sentido, el día que por fin pude experimentar la primavera como un fenómeno meteorológico, y que en la parte trasera de mi mente, se repetía la última parte de la primera canción del álbum:

*If I'm still here hoping that one day you may  
come back*

*If I'm still here hoping that one day you may  
come back*

Eso pensaba de Natalia, en ese entonces, porque todavía me sentía *sola*. Me tardé mucho tiempo en aceptar el hecho que estaba soltero de vuelta, así que no salí de vuelta a la culiasanga inmediatamente. En ~~Alquiler~~ veía más que nada a una amiga, y obviamente tenía *Tinder*, la aplicación de citas en línea, para intentar encontrar una pareja. Sin embargo, aunque tenía corazoncitos mutuos con algunas personas menstruantes en la aplicación, me tomó mucho tiempo tener el valor de hablar con alguna, por miedo al rechazo: Salí de mi última relación sintiéndome viejo, feo, panzón y dejado, y con unas barbas que en retrospectiva daban pena ajena. Me

costaba muchísimo pensar que alguien podía encontrarme atractivo, y cada vez que conocía a una mujer, lo primero que emitía mi boca eran memorias de mi ex-novia, y humor de auto-desprecio que, aún cinco años después, sigo sin ver que es lo más anti-climático para una potencial pareja. La otra persona no necesita saber que no me quiero, para saber que todo va a ser empujar una piedra colina arriba, sobre todo si lo tienen que hacer en un segundo idioma, o Dios padre todo poderoso (creador del cielo y de la tierra) perdón, en español.

Nadie, absolutamente NADIE necesita esa auto-depreciación a cambio de una culeadita triste<sup>128</sup>, y tampoco conocí a mucha gente de todos modos.

En marzo, hubo un eclipse parcial de sol. Ese día, no tenía nada que hacer en la escuela, si bien recuerdo, pero igual salí del hogar más o menos a la hora que ocurrió el eclipse. En su apogeo, me encontraba cerca de casa, y solo recuerdo que el día era muy extraño. Sentía como si todo tuviera un velo un tanto oscuro, como un día nublado, pero no hay absolutamente nada cubriendo el suelo. Se siente el ambiente... pesado. **Como si pisaran todas las teclas del piano al mismo tiempo.** No lo sé, era un sentimiento extraño, más que algo que pueda definir como “*las sombras se ven extrañas*”. Unos días antes, vi a unas borregas siendo pastoreadas por alguien afuera del sótano. Un espectáculo extraño, pero bastante intrigante a la vez.

En abril, llegó un grupo que venía de Francia, que estaba haciendo una estadía por el verano en nuestra ciudad.

---

<sup>128</sup>Un cariñito en la oscuridad.

En este grupo de personas, había dos personas mexicanas: Carlos, un muchacho muy cristiano que hizo una pasantía en la empresa donde yo trabajaba en Guadalajara; y Alexis, un carismático muchacho peludo, pequeño y con cara de bonachón, que se convertiría en la primer persona con quien hablaría en español en Alemania, arrancando mi proceso de reencontrarme con la *ñ*.

### Alexis

La llegada de Alexis fue un punto pivotal en esta travesía por varias razones: Fue la primera persona mexicana ~~con quien establecí una amistad duradera bien dicen que digo "amigos los huevos, y no se hablan", frase robada de Alejandro Haro.~~

Con él también sucedió la primera vez en la que tuve que despedir de la estación de tren de Karlsruhe, en lo que se convertiría en un interminable proceso de dar la bienvenida y despedida después de cada tanto; fue una de tantas historias enmarañadas de gente que conocí en el futuro, y que se fueron esfumando de a poco, hasta que todo se convirtió en polvo que pisaba y no me daba cuenta que ya no estaba en mi zapato, aún después de enjuagarlo con agua de lluvia...

Pero me adelanto a los hechos. Bastante.

Como el pendejo maltrecho que soy y siempre he sido, sentía una cierta responsabilidad de evitar que otra gente se tropezara con las piedras que me he encontrado en el camino cuando recién empecé, como la cuestión de *die Teufelkreise* con Vijay, y todo eso. Me parecía una forma de justicia *en mi mente*, dejar que en la tierra arada se siembren nuevas semillas para que no se le atoren a uno las chingadas matas en el camino<sup>129</sup>. Así comencé a apoyar las desgracias de un grupo de desconocidos que pudiesen aprovechar mis desgracias y evitarse estos problemitas pendejos que no aprietañ, pero de a poco ahorcan a la verga, los hijos de la chingada.

Empecé mi carrera disipando el vaho de la *bureaucratie* contestando en foros públicos como “Mexicanos en Alemania”, donde siempre había preguntas a tema que ya dominaba: Preguntas sobre cómo sacar el seguro de salud pública y cuál elegir; preguntas sobre cómo hacer cierto tipo de comidas, y cómo buscarlas en los supermercados; preguntas sobre el proceso de la visa para entrar a Alemania; preguntas sobre cómo llegar y qué vuelos tomar: Una infinidad de preguntas que contestaba con una certeza casi endémica, y cuando no podía, buscaba en Internet y traducía lo que necesitaba. Ahí estaba yo, intentando resolver los problemas ajenos como si fueran míos. En alguna de las ocasiones, conocí digitalmente a una paisana; una muchacha de Culiacán que vivía en Berlin, por lo que nos hicimos amigos digitalmente y, de repente, nos saludábamos al estilo sinaloense: “*¡Fierro por la 300!*”, – Decíamos, como referencia a una canción del cantante Valentín Elizalde, el gallo de oro, que trágicamente falleció en 2006 en circunstancias trágicas<sup>130</sup>, o con alguna variación de “pariente”, manera en la que uno

---

<sup>129</sup>No sé nada de agricultura.

<sup>130</sup>No me acordaba que eso sucedió en 2006. Curiosamente, en esos tiempos, yo tenía unos amigos con los que, si no mal recuerdo, fuimos a una feria donde Valentín Elizalde se presentó. Esa vez, fuimos al concierto y estuvimos hablando idioteces, hasta que en algún momento, el alcohol proveyó de valor para intentar pedir a una mujer que, a nuestro parecer, era muy fea, por lo que pedirle que bailara una canción, sería fácil.

se refiere al otro en Sinaloa, de cierta manera, para encontrar familiaridad en un ambiente tan hostil y extraño tras un *sorry kann kein Deutsch [reden]*.

No, no. No fue la primera vez que cometí esta atrocidad. En Guadalajara hice la misma chingadera: Mis amistades eran todas de Los Mochis, Sinaloa. Y la María Aída, de Ensenada, pues. Bueno, ponle, que el pelos y el bigotón que son de Guadalajara, pero de ahí en fuera, no hacía mucha migaja ahí afuera. ¿Qué necesidad de la pertenencia? Pues todo, aparentemente. El primer año mucho tiempo pasé con el Marcial y con el Brutal, más que nada porque ellos tenían amistades y yo no. Ahí me enteré de la gente que salía entre semana, algo impensado para mí ¿Porque yo tenía que estudiar entre semana? Al Chess. Recuerdo el Chess porque era un club nocturno que tenía un alfil como escudo, y lo abrían los miércoles. La promoción era: Cinco mujeres *solas*, una botella. Una locura. Para los hombres, el acceso estaba limitado en varias capas: Por un lado, dependiendo de la vestimenta, por lo que había que tener una buena camisa y zapatos, preferentemente, que parecieran caros, aunque no lo fueran. Llegar temprano, preferentemente, para evitar las largas filas, aunque las filas siempre estaban presentes. Había que pagar hasta doscientos cincuenta pesos para ingresar, siendo el ingreso siempre limitado (para hombres). Nunca llegué a ir, desafortunadamente, porque (de nuevo) tenía cosas que estudiar entre semana, y no quería llegar cansado a estudiar<sup>131</sup>, y luego no entender nada, no, gracias, no se me antoja. Una vez ibamos a ir, alguna vez que no tenía mucho que hacer un fin de semana, y fuimos con unos güeyes que

---

La chica en cuestión se negó, y volví al grupo donde fui abucheado y se burlaron de mi falla. Acto seguido, el gallo de oro interpretó “*Cómo me duele*”, que dado el contexto, hizo la situación aún más humillante y cómica.

<sup>131</sup>Ya sé, ya sé, pinche nerdito, chinguensumadre igual, culeros.

conocí por el Marcial. Nos dijeron: “Vamos a hacer una pedota en los depas por el Chess, y de ahí precopa y nos vamos, ahí va a haber morras, nomás traigan chelas, y en la mañana after en la alberquita”. Y ahí vamos, con chelas, compramos un doce de *Gallo Draft*, Una cerveza cuyo paquete de seis costaba 35 pesos, excelente precio para estudiantes, pero sabía un poco a pura pinche agua. En fin, fuimos con las cervezas, y nos metimos ahí a un departamento donde vivía un tipo que tenía un colchón en el piso, y no tenían amigas, MENTIRAS TODAS, nos pusimos ahí a ver la tele, y en la pared, había un póster enorme de *Scarface*, una película muy popular entre personas que querían dedicarse al narcotráfico. Tomamos unas dos, o tres cervezas, y uno de los tipos se quedaron dormidos. Nos dijeron que si queríamos, nos podíamos quedar ahí a dormir. No recuerdo si fue que me dormí ahí en el piso con el Marcial en el otro cuarto y salimos en la mañana, o si nos fuimos en la madrugada. Pudo haber ocurrido una u otra cosa. Nunca conocimos la puta alberca.



A pesar de todo, mucho de mi contexto en ese entonces rondaba alrededor de México, de las plebes y de ver todo de lejos, y dado que *Facebook*, comenzaba a convertirse en la red social primordial de contenido en línea, siendo así usada ampliamente por propios y extraños: podía, por ende, casi estar en la vida de mis amistades, pero lejos, dando “me gusta” a todo lo que ponían por aquí y por allá, intentando sentirme parte todavía de algo que, en realidad, me estaba dejando atrás poco a poco, y que yo solo lo veía a la distancia, intentando pertenecer.

Solamente me convertía cada vez más y más en un desconocido que vivía en la inestabilidad de no pertenecer a ningún lado.

Pero de eso, me di cuenta mucho tiempo después.

Por lo pronto, estábamos bien estando un poco lejos.

Quedaba por ahí un dejo de posibilidad que fuera posible volver a México. Volver a Los Mochis, capital del universo conocido. “*¡Wey, cuando vengas a Mochis salimos y pisteamos hasta que amanezca!*”, me decían las plebes, y eso era suficiente para mantenerme esperanzado en que el futuro llegáse.

Que llegara el día de pistar unos botes con las plebes, y salir, como salíamos antes, en la noche; aunque lo hiciera muchas veces, de poca gana. Haciendo caras y diciendo que no la estaba pasando bien. Supongo que no quería que me robaran la felicidad de tenerles cerca. De ir por una tostada de ceviches, con mi ‘apá y con mi ‘amá, de ir a la casa, y marcarle a alguno de los plebes por la línea fija. 150702, ya ni tenemos ese número telefónico. Ya nadie tiene número telefónico de casa. “*¿Entonces qué pedo, qué vamos a hacer en la noche?*”, diría. “No sé we, voy a ir al beis. *¿Quieres ir?*”, “Nah we, pinche beis culero, mátame mejor en lugar de ofrecerme esas chingaderas”, diría. Y luego, saldríamos a casa de alguien. De la Alma, del Abel. A alguna fiesta de alguna de sus amistades, y yo por ahí, al fondo, tomando Tecate light y diciéndo alguna sacadez. O ya pedo, diciendo incoherencias y poniéndome malacopa, violentando el contrato social. Mucho antes, no maldecía en contra del estado: Maldecía contra otras cosas, pero mi enemigo no era el estado entonces. Mi enemigo era mi soledad.

Que triste estar tan lejos. *Que sola estar triste.*

Así me auto-asigné la tarea de salvador de las causas perdidas, queriéndole ahcer ed abogado de todas las almas Pérdidas de la ciudad<sup>132</sup> un día de abril, un grupo de gente llegaría más o menos como yo, pensaba, y me puse a planear eventos para llevarles de aquí para allá, a conocer la ciudad, a hacer amistades.

Lamentablemente, no les interesaba mucho la ayuda.



Lamentablemente (*¿Afortunadamente, para aquellas?*), esta gente ya tenía dónde vivir, ya tenían amistades, ya tenían un conjunto, un grupillo. En mi terca necesidad de buscar dónde pertenecer, porque sentía no pertenecer a ningún lado en ese momento, me quedé ahí, sola, mirando como no era parte de *eso*. Me gritaban, por dentro, las voces:

## NO PERTENECES, Qrlando

~~Y eso me dolió mucho.~~ Nah, qué mamón, cuál pinche dolor. A ver, un momento. No era que les valiera verga, era simplemente que no me decían exactamente lo que yo quería, como que “*Muchas gracias POR SALVARNOS LA VIDA, ¡Oh! ¡Señor Tqrres!*” Porque a) es innecesario, ¿Quién me creo? y b) Exactamente. Todo era porque lo que quería era atención. Yo quería atención, y no me la dieron. Eso fue lo que me pesó, pinche viejo ridículo. Eso fue algo que me ~~dolió~~ chingó el ego tanto en su momento, y no supe cómo expresarlo, me sentía aislada, sola. Era un *ningunlado*.

---

<sup>132</sup>¡No! Al país, ¡Chingue su madre! MI MEGALOMANÍA NO TIENE LÍMITES.

Cosas curiosas, alguna vez, siendo más joven, cuando apenas estaba conociendo a Ana Gabriela, solté una monólogo masturbatorio de los que me encanta hacer a las 3 de la mañana sobre cómo las personas muchas veces son trenes y estaciones; nosotras somos los trenes, y pasamos por muchos lugares, algunas veces, más tiempo en unas estaciones que en otras. Muchas personas en nuestras vidas son esas estaciones que parecen las últimas, las que parecían el punto final de nuestra vida. Sin embargo, esto no es el caso, y vivimos siempre con la angustia de no habernos quedado en ciertas estaciones para toda la vida. Algo así dije, y hubo lágrimas.



Uno de los amigos de Alexis, el Fadi, era un sirio que estaba estudiando en no sé qué programa de intercambio, decía que realmente no le interesaba mucho eso de la ciencia y esas mamadas pendejas. Fadi solo quería salir de Siria. Eso también me molestaba. De igual manera, ~~Alejandrieta~~ alguna vez me dijo que Fadi “*seems like a nice guy, also he reads a lot of cool stuff*”, porque el era un ávido lector y filósofo de almohada, lo cual me causaba muchos celos. ¿En qué momento convertiste este libro sobre el Español en una novela romántica, Qrlando? No lo sé. Momento. Esto no es una novela romántica. Solo estaba experimentando celos porque un vato que leía más que yo y tenía una vida más interesante que yo, le parecía interesante a ~~Alejandrieta~~. Y pues, pinche Fadi, o sea, todo bien, pero yo le valía verga, y está bien también. Una vez fuimos a un concierto de Crippled Black Phoenix, y nomás me dijo que “*It was OK*”. Agh, pinche vato *too cool to be cool*. Ya luego le hice un berrinche porque un día me platicó que culió, y yo como no culié, me encabroné y me fuí haciendo

pataletas. Me estaba derrumbando cada vez más, y yo seguía terco queriendo ser a huevo amigo de esta gente, pero no. Eran una estación, como las que le dije a Ana. Sin embargo, ahora al que le tocó que lo chingaran fue a mí. Y eso era lo que me tenía bruto: Tener que observar que la gente se tenía que ir y ahora el que tenía que sufrir era yo... Me sentí perdida. De repente, no pude ser el chingoncito que todo lo sabía. *Here comes the short end of the stick.* Me sentí perdida. Me sentí... inútil.

Me sentí herido, por fin, por algo que no tenía nada que ver con Natalia.

Vaya cura para el dolor.

*Someday*

*There'll be a cure for pain*

*That's the day*

*I throw my drugs away*

*When they find a cure for pain*<sup>133</sup>

A lo largo de estos meses no supe mucho de mis amistades de Karlsruhe; tenía a Sagar, y tenía a ~~Ana y sus amigas~~, pero ellas estaban ocupadas. Estaba, efectivamente, sola. Pero ¿Querías estar sola, no culera? Me sentía, después de mucho tiempo, frustrada por algo que no entendía

---

<sup>133</sup>“Cure for Pain”, de Morphine, es la novena pista del disco homónimo, lanzado el 14 de septiembre de 1993, por la disquera Rykodisc. El disco fue grabado en Cambridge, MA, en el estudio Hi-N-Dry.

y sobrepasada por no tener cercanía en ninguna dirección. No tenía grupo, era un mexicano insular que no compartía absolutamente nada con las personas con las que convivía, salvo la mala suerte de estar espacio-temporalmente donde mismo por, al menos, dos años de nuestras vidas. Bueno, había un vato, Andrei, que es ecuatoriano pero no hablabamos mucho porque el había estudiado antes en Alemania y tenía sus amistades. Chale, a la verga.

Entra, por el lado izquierdo del escenario, Alexis.

A Alexis lo conocí porque llegó con este grupo jediondo que llegó en Abril. Alexis, sin embargo, no es jediondo, y provenía de la gran Aztlán, *de la capirucha*. Alexis es un chaparrito chistoso, con carita cuadrada y unos lentes gruesos, que uno pensaría que la vida le va más de lo que le viene. Llevaba siempre una mochilita demasiado pequeña para cargar un libro grueso, y siempre iba con una sonrisa por la vida. Platicamos esporádicamente aquí, y allá, pero nunca muy largo, ni muy tendido. Empezamos nuestra relación de a poco, cuando nos veíamos saliendo de la escuela pero jamás se formalizó gran cosa de nuestra amistad. Cuando sale el sol por primera vez en el año, es tradición en Alemania sacar un asador y prenderle fuego.

Un día que parecía sería soleado intentamos hacer una carneasada<sup>134</sup> en una residencia de estudiantes. Llevamos un asador pequeño y dos o tres paquetes de carne marinada, unas tiras de pan, y algunas cervezas tibias, porque ese día supuestamente estaría soleado. Llegué al asado con Alexis, y ahí estaba la Fátima, una iraní que ya había conocido de antes, pero que realmente no consideraba mi amiga, porque normalmente no

---

<sup>134</sup>Se comenta que la gente de Sinaloa normalmente habla sin indicar dónde empiezan y dónde terminan las palabras: Carneasada, Semanasanta, Hijuelachingada.

estaba mucho a la interperie: Estaba casada, pero su marido estaba en Irán. Me parecía una muchacha agradable pero no eramos *amistades*. Ahí estuvimos en el asado, riendo y hablando pendejadas, cuando de pronto yo notaba que Alexis se acercaba mucho a la Fátima. Demasiado. Demasiado para mi gusto. **Demasiado acercamiento físico para una mujer casada y un chaparrito agradable que tiene buena plática.** Yo miraba conspicuo. De repente, el sol empezó a ceder, y una súbita lluvia nos arruinó el día, a pesar de que salvaguardamos el asador en un lugar estratégico debajo de un árbol, infructíferamente. Buscamos otro lugar donde pudiésemos terminar de asar lo que teníamos de carne, para no sentir que habíamos desperdiciado el “buen clima” del día. Seguía viendo furtivamente a Alexis acercándose demasiado a la Fátima, y pensaba “**Este pinche güey tiene ganas de culiar, ¡Y con una mujer casada!, faltaba menos**”. Cuando vi que le dio un amistoso empujón de amigos, pensé: “**¡Suficiente, esto solo puede salir mal!**” y en algún punto, le dije: “**Güey, por favor, deja en paz a la Fátima. Está borracha y está casada. Por favor, respétala. ¡Por favor!**” – le dije, haciendo énfasis en el pecado en advenimiento. Discutimos ahí, o bueno, yo discutía y Alexis se reía, más bien, mientras la Fátima se dispersaba en el fondo y nos dejaba ahí, a mí balbuceando pendejadas en Español, y a Alexis con una cara de sorpresa por lo que le estaba pasando con este chingado viejo borrachón.

Pero qué mamadas haces, Qrlando Tqrres.

El temor que tenía era infundado por Natalia, por los últimos días.

Los primeros días, también.

Nuestra relación empezó rocosa, con mentiras y decepción, y una culeada triste que ni tan buena estuvo, ni pa' ella ni pa' mí, pero ahí seguimos, como burra dándole al chingado oloote. Ya que nos descubrieron porque no arrojé los condones al miadero, sino que, como una persona que quería salvar al planeta sin ahorcar caguamas en el mar por dejar condones botados, los ponía en la basura. Así nos cacharon, por unos condones mequiodos en el bote de basura.

Ya cuando me iba, yo tenía sospechas de Natalia, que ya estaba viendo pastos más verdes, porque esa muchacha no da paso sin huarache. Pero no tenía pruebas, solamente llamadas y citas inesperadas cada tanto que me hacían dudar. Pero eso no lo sabré.

No, Qrlando Tqrres. A ti no te importa la Fátima, y menos te importa “el sagrado vínculo del matrimonio”. Lo que tú tienes, mi amigo, es que estás rascado<sup>135</sup> porque te sientes atacado porque Natalia ya continuó con su vida, y tú aquí sigues masturbándote pensando que las cosas van a volver a como estaban cuando te fuiste. Piensas, tontamente, que estabas feliz y que arruinaste todo, y te dan ganas de llorar cada vez que Natalia te dice que quiere platicar, y solamente quiere platicarte que ella está bien con su nuevo novio, que es diferente a tí, y lo baña en halagos que nunca escuchaste sobre tí. Admítelo, Qrlando. Esto no tiene nada que ver con la pinche Fátima.

---

<sup>135</sup> *Rascado,da*, 1. adj. Sin. iracundo o furioso. Véase también “ardido, da”.

Fátima, por su lado, se había ido hace horas, y yo seguía chingando al pobre cabrón del Alexis con que la dejara en paz, a la verga.

Le dije de todo: Que “no se pasara de verga”, y Alexis me decía “*Güey, güey, tranquilo, ¿De qué hablas?*” y yo hablaba más y más y más, intentando “defender a Fatemeh porque estaba ebria”. Ay, Qrlando. *Ya, deja la cerveza. Mira, ya hasta dejó de llover.* Y así, se fue Alexis, confundido, ~~y yo me fui al sótano de Büchig, y dormí~~ No sé si fue la vez que terminé dormido en el apartamento de Dasha. Puede ser, no me acuerdo, igual sí fue, y me quedé dormido en un cubo hecho con cajas de cartón. *¿O eso fue después?*

Al día siguiente, desperté y sentía una terrible culpa (y un crudón pasado de verga) por haberle gritado a Alexis (y una pinche cruda que a la verga no sé para qué tomé tanto). La única persona con la que podía hablar y sentirme conectado, y lo estaba arruinando con mis problemas que ni tenían que ver con él. *¿Qué te pasa, Qrlando? ¿Por qué haces esas cosas? Eres un pendejazo, Qrlando. Anda, ve y pide disculpas.*

Y eso hice.

Después de despertar con un dolor de cabeza intenso y una sed, de esas que solo se quitan con una cerveza fría pasado el medio día quitan; otras veces, esa sed es algo que se va quitando con un poco de refresco de naranja; en tiempos, agua gasificada con un poco de limón y un toque de azúcar y sal; entonces, me quité las cobijas y abrí la persiana para permitir que un poco de sol pasara por mi ventana, y empecé a presionar la pantalla de vidrio para buscar a Alexis en el servicio de mensajería instantánea, empezando por un “*Güey, disculpa por ponerme tan intenso*”, un “*jajaja*”, entre esas frases, aunque no me estuviera riendo, para indicar que todo es una broma, a fin de cuentas, y

una larga explicación de la situación con Natalia, que tengo muchos esqueletos en el ático, y que muchas veces dejo que tomen las riendas, y otro tanto suelto salivero de mentiras y sinsentidos entremezclados con verdades y sentidos comentarios de las cosas que me pasaban por la mente en ese momento. Alexis solo dijo “*Si, hombre, no te apures, jaja, pero sí me sacó de pedo lo que dijiste*”. Pues qué maneras, Qrlando. Para la otra, no tomes tanto. O guárdate tus problemas con tu ex-novia que a nadie le importan<sup>136</sup>.

Lo único bueno de que se acabe la primavera es que se acaban los días raros en los que a veces llueve, a veces no, y el sol es más frecuente.

En junio, cuando cumplí 28 años, llegó el

---

<sup>136</sup>El alcohol y los problemas continuaron hasta fines de la década. No espere nada de este individuo a partir de este punto.

## Verasno

El webo le decía verasno. Jé.

Del vera<sup>s</sup>no supe muy poco porque hacía mucho pinche calor. No estaba preparad<sup>a</sup> para tanto pinche calor. Hacía calor estilo Mochis. Lo positivo de vivir en un apartamento subterráneo es que, si se cierran las persianas y ventanas, es posible estar más fresco que en el exterior. Por lo menos, unos 5 ó 6 grados centígrados de diferencia. Para dormir, cerraba las persianas, una maravilla de invento el que tienen estos alemanes, que se cierran por fuera y hacen que el cuarto quede completamente en oscuridad. No sé por qué no se implementa en otros lados del mundo. Lo único bueno del calor karlsruheño es que solamente es unos días, luego llueve, y ya no hace tanto pinche calor. Por otro lado, tenía las dificultades de tener al señor Ruf haciendo ruido para poner pan en su pinche hornito y dejándolo pitar por horas, cuando su puto pan estaba listo, y reproduciendo música épica a las 5 de la mañana, haciendo ruido, ruido. Ruido siempre. Pero bueno: Dormir con audífonos nunca fue un gran problema para mi.

El calor es algo que tuve también que reaprender como un fenómeno meteorológico estacional.



Desde que tenía unos quince años, recuerdo haber pasado veranos en Guadalajara sin mi padre y madre porque hacía décadas, no hacía tanto calor en la ciudad. Muchas veces nos jactabamos del pinche calorón a la verga que hace en Los Mochis, Sinaloa, capital del mundo y única ciudad de México con aeropuerto internacional, tren, puerto de altura y carretera internacional conectando con los Estados Unidos de Norteamérica. No, nada que ver. En Guadalajara no hacía

calor. Llovía cada tanto, y si se dejaba la ventana abierta, entraba un poco de aire en la noche. Las noches eran bastante frescas, siempre. Eso me gustaba de Guadalajara. Me gustaba ir y pasar los veranos pintando, merodear por el tianguis cultural a buscar música de bandas que conocía por Internet, y buscar videojuegos viejos, aunque nunca tenía dinero para comprarlos. Ya cuando tenía 19 años volvía al tianguis cultural a comprar cigarrillos de clavo y a mirar las camisetas de bandas de metal a precios amigables. En 2013, ya hacía mucho calor en la ciudad, incluso en el verano. A veces, llegaba a eso de las 6 a casa de Natalia, y ella estaba en calzoncillos en su cama tirada, diciéndome: “*No mames, a la verga, qué pinche calorón*”. Y pues sí, hacía un chingo.

El vaivén de los días cálidos y la cerveza fría fueron lentamente cobijados con memorias distantes de conversaciones con Natalia que ya se esparcían cada vez más lejos entre ellas, por lo que la vida real tomaba cada vez mayor presencia, y no tanto la inexistencia de su carita que me quedaba cada vez más lejos que *ayer*. Seguía, sin embargo, hablando con Natalia, de vez en cuando.

Desde que llegué a Alemania, a veces, Natalia me mandaba mensajes y me preguntaba cómo estaba. Debimos de haber tenido una o dos videollamadas, pero siempre se terminaban en: “*¿Cuándo vuelves? La gata te extraña*”. Y yo sabía que no era la gata. A veces, un poco, era ella. Y yo la extrañaba, a veces también. Por tener a alguien con quien hablar de mamadas de Mochis, porque ya todo era nuevo, y yo no entendía mucho de lo que pasaba a diario. Quería nostalgia.

Las conversaciones con mis amigos de Los Mochis se hacían menos frecuentes, de repente aderezadas por historias de fines de semana que terminaban conmigo bajándome en una estación de tranvía demasiado alejada de donde yo vivía, por lo que tenía que esperar pacientemente a que volviera un tranvía, por lo menos una hora, o caminar en la penumbra o en medio del bosque hasta encontrar una calle iluminada donde pudiese dormir todo el fin de semana hasta que llegara otro fin de semana, con más cerveza que me hiciera terminar sentado en un tranvía... Ya se entiende más o menos cómo funcionaba la cosa. Sin embargo, ese verano la rienda empezó a acercarse a mis manos y sentí, después de bastante tiempo, el falso sentido del control.

## Vollversammlung

En otro falso intento de integración, yo iba a cuento evento era invitado: Uno de esos lugares fue una asociación civil de integración social, porque me gustaba eso de integrarme y esas chingaderas. Empecé a participar en las pláticas porque ofrecían cerveza y pizza, a cambio de cargar cajas de cerveza para acá y para allá, lo cual me parecía un intercambio razonable. Intentaba entender un poco la política interna de la asociación: En las juntas semanales, se daba un avance de lo que se había hecho durante los últimos meses, y yo estaba ahí, sentadito, poniendo atención a los temas sobre los que hablaban, pero pisteando. No entendía mucho del *nitty gritty* porque había mucho *Denglish*, que es una crusa de alemán e inglés cuando las cosas no estaban claras, o como decían los locales, “*Sorry aber gibt's kein Wort auf Englisch für Feuerzangenbowle*”. Ah bueno pues, pinches mamones, en lugar de tener un chingado diccionario a la mano, pues. Decidí al fin pagar la membresía para poder ser un miembro activo de la comunidad, y recibí mi credencial unos días después, con mi nombre mal escrito, porque le faltaba una R al TQR ES, pero pues estaba bien, la tarjeta tenía una fotito de mi carita preciosa incluída, de cuando recién llegué a

Karlsruhe (todo barbudo y sin sueños ni expectativas).

En enero empezaron la planeación de una gran conferencia con otros grupos vocacionales en lo que llamaban la *Vollversammlung*, palabra alegadamente intraducible, así que me uní a un grupo que se encargaba de la logística del evento que se llevaría a cabo en el mes de julio. Las tareas principales era procurar que los invitados fueran notificados sobre transporte, hospedaje y comunicación general con las participantes, y al final, que se fueran de vuelta a sus casas sin perder sus cosas. Eso era todo lo que tenía que hacer. En mi grupo, estaba Roman, un polaco que estudió en Inglaterra, por lo que desarrolló un pesado acento inglés yorkino en ese tiempo, y tenía una tendencia a ser un poco pedante. Vaya, le aprendió a los gringos isleños algo, pues. Pero bueno, qué hacerle, así ~~semos~~ semamos los mamonchitos. Se suponía que él tenía que encargarse del grupo de logística, pero por circunstancias ajenas a sus deseos, poco a poco perdió interés y aparecía cuando le daba su chingada gana, así que a los demás pendejos nos tocó hacer lo que este cabrón no hizo. De a poco encontré algo de confianza con los otros grupos de planeación y terminé tomando algunas responsabilidades adicionales: Encontré, mandando correos mal traducidos de inglés a alemán, un hostal cercano a la estación de trenes, con precios bastante amigables, pero que no podían ser cancelados fácilmente, por lo que necesitábamos un depósito para poder apartar los cuartos para usarlos para nuestras inquilinas e inquilinos temporales. El hostal, donde me quedé en octubre una noche por un mal cálculo de María, terminó aceptando que se pagara 10 % del costo total de las estancias y pagar al llegar las invitadas.

Por andar mandando correos, conocí a ~~Alejandríkensia~~.

Una de ellas.

~~Alejandríkensia~~ me envió un correo preguntando cómo era el asunto de los hostales, porque estaba absoluta y totalmente confundida con el tema. Contesté amablemente que había que hacer un depósito y bla, me dijo

que gracias, y bla. No le puse mucha atención.

Llegó el evento y llegaron los pinches problemas.

Esos tres días fueron de los más exhaustivos del verano, teniendo que despertar a las siete de la mañana (puesto que el programa empezaba a las ocho de la mañana), y terminaba hasta pasada la media noche, de nuevo, por pinche insaciable borracho vergo y en lugar de irme a dormir me quedaba pisteando con vatos hasta las 2 ó 3 de la mañana. Por un lado, porque me gusta pisteear y hablar mamadas. Por otro lado, no conozco el autocontrol y pienso que puedo dormir cuatro horas y estar al 100. La primera noche, para romper el hielo, fuimos a la *Badische Brauhaus*, una cervecería típica estilo alemán, que también vendía comida estilo alemán. Muy alemana toda la situación, pero resultó ser un rompehielos divertido porque tienen un tobogán para ir a los servicios sanitarios. Un desquicio. Bebimos algunas cervezas patrocinadas, y platicamos un poco del evento. Martha, una chavala proveniente de Latvia<sup>137</sup>, se acercó a donde yo estaba sentado, y efusivamente (o eso fue a mi parecer) me preguntó si yo era Qrlando, que qué ondas, que qué suave ponerle cara a los correos. Me preguntó que de dónde venía, que qué hacía: Minucias de los grupos internacionales que apenas se conocen. Después de muchos meses, por primera vez me sentía... ¿Importante?

*Me sentía... ¿Bien conmigo misma?*

¿Eso quería, que me reconocieran?

---

<sup>137</sup> ¿Latvieña? Desconozco el gentilicio de las personas provenientes de Latvia.

Lamentablemente había dos situaciones que me hacían la vida difícil: Había que tomar un autobús de reemplazo que daba una vuelta gigantesca a través del bosque que hacía un trayecto de 15 minutos en cuarenta y dos, y no eran tan frecuentes, haciendo el día un absoluto y total viacrucis de sufrimiento interminable.

Y, encima, agh, el horrrrror, estaba Johannes involucrado en todo esto.

Johannes es, por falta de palabras, el arquetípico hombre alemán que uno ve en las revistas de chismes con enfoque al interés de las damas, y vele causaba un furor en los corazones de propias y ajenes. Alto, más alto que yo, obviamente, ba caselle, siempre bien pensado y bien

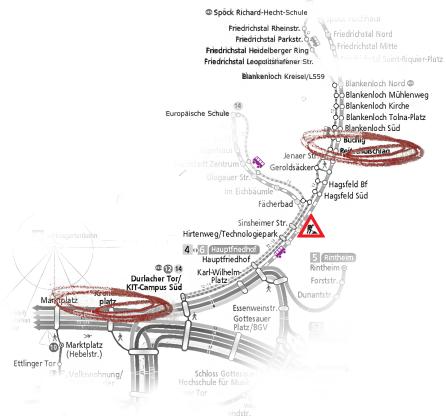
[REDACTED] los rayos del sol de vuelta al universo, iluminando todo a su paso; ojos de un tono verde olivo, que es [REDACTED] fulgor diurno;

~~levantado de pesas, eran amplias y suaves, pero firmes al tacto.~~

Johannes y yo hablábamos un poco porque íbamos al gimnasio<sup>139</sup> y

<sup>138</sup>Dediqué una cantidad no-trivial en una diatriba homoerótica que no agrega nada a la trama. Lo siento.

<sup>139</sup>Nota curiosa, en Alemania, al gimnasio no se le llama "Gymnasium", como una falsamente asumiría, sino "Fitness-Studio", o centro de .... ¿Deporte?, bueno. El *Gymnasium*, sin embargo, es el centro educativo terciario, equivalente a la preparatoria mexicana, pero que está enfocada a los estudios preparatorios (valga la redundancia) para carreras más académicas. Me pareció bastante complicado cuando leí por primera vez al respecto.



hablábamos un poco acerca de las pesas, de qué ejercicios hacer, un poco sobre alimentación y sobre salud, en general<sup>140</sup>.

Una situación que me preocupaba bastante (y que me sigue preocupando, hasta el día de hoy) es ser juzgado fuera de contexto en situaciones ninguna relevancia. Explico: Cuando trabajaba en Guadalajara, me metí en varias ocasiones en problemas laborales por pisteear mucho, porque me pongo demasiado efusivo y lengua suelta, y digo groserías y chistes soeces. Una vez, por eso mismo, quebré una ventana porque había unas morras y les dije que si bailabamos pero ya estaba pedo y dijeron que no y me encabroné y me corrieron y me enojé y quebré una ventana a golpes. Ciertamente yo estaba demasiado agitado siendo grosero con las morras, y con debida razón me sacaron de ahí, puesto que no era conocido de nadie ahí, y solo estaba causando problemas. En fin, ventana quebrada a la verga, el gordo que me sacó casi me rompe el hocico a golpes, y me sacaron en un Chevy verde que manchó de sangre y tuve que pedir disculpas al día siguiente al que nos invitó, y ya por eso no volví a salir con gente del trabajo. Y nomás por pedero y porque no me pelaron las morras, pues, “por qué a tí te ponen atención las morras y a mí no”, y ya pues eso de de cansón a la verga era la razón para mandarme a la verga, y por qué no, por andar pedo y ajeroso, no porque, ve tu a saber, ese particular día no planché mi camisa. En ese entonces, decidí que ya a la verga eso de salir con esas pinches comadrejas sapas y mejor ya nomás pisteear con gente con la que no trabaja. Igual también por andar con esas mamadas cagué donde comí, léase, ahí andaba de culión con mi ex del trabajo, y por eso estamos donde estamos.

La presencia de Johannes me daba escozor porque siempre que salía con los chiles, alguien preguntaba “*where are the girls?*” y algún desvalagado decía “*They are with Johannes*”. Y mira, mire, schau mal, nada de malo con eso. No me quejo de lo bien que la pasé pisteando con

---

<sup>140</sup> Intento en medida de lo posible no suspirar mientras escribo esto.

vatos todos esos días<sup>141</sup>. Miro con nostalgia esos días en los que tomaba cerveza al tiempo en un día caluroso. Pero en ese momento, pensaba: “*hijo de la chingada culión, ¡Deja una viva para la banda, culero!*”. El miércoles tal vez fuimos a un festival de música local y Ulus, un turco medio pelón pero simpático me ofreció fumar un poco de mota. Decliné amablemente y escuché *ska* maltrecho a la sombra de un árbol en la noche.

A riesgo de sonar sapo, yo lo que quería eran culos, pues.

Terminé durmiendo a las dos de la mañana esa noche y desperté a las seis, más cansado que la verga, con suficiente tiempo para llegar a las siete de la mañana para ayudar a poner el café, las galletas, abrir las puertas, y dejar todo listo para las ocho de la mañana. Algo a lo que yo no pretendía ponerle atención, era que lentamente estaba creando un rencor hacia Roman, que llegaba tarde, claro, y encima llegaba a quejarse a la verga, a decir que todo estaba mal, que *what the fuck is all this bullshit misorganized conference*, y luego se iba, sin aportar un ápice de apoyo. Pero yo no. Claro que no, yo tenía que pretender poder hacer todo, a todas horas, en todo momento, terminando haciendo de todero, todos los putos días. En lugar de hacer lo que me tocaba, fumar mota con los turcos, tomar cerveza, e irme a mi casa a jalármela y dormir tranquilo, y no involucrarme tanto en resolverle la vida a todo mundo, tomé la decisión contraria. El problema, luego entonces, era que yo quería sentirme importante, y sentirme responsable de todo mundo, porque quería llenar un agujero que tenía en mi mismo (de la manera menos sexual posible), que no podía rectificar de ninguna otra manera, si tenía algo ahí que quisiera ver dos veces antes de intentar enterrar para siempre entre significados invisibles de la aceptación de extrañños en una situación difícil. O difícil para mí, puesto que todo mundo la estaba

---

<sup>141</sup>Literalmente me estoy quejando.

pasando genial, y solo era yo la que estaba entrando en una fase de desesperación insensata porque no podía estar haciendo todo en todos lados simultáneamente.

Por las noches, cenábamos con un vuelto de hijuesputa madre de gente que comían tranquilos, y a mí me dieron<sup>142</sup> la tarea de poner música de fondo para evitar escuchar el rechinido de los tenedores de otros comensales. Debido a que tenía una colección musical archivada bastante grande, recopilé algunas pistas de música electrónica relajada: *The Knife*, *Four Tet*, *Antoni Maiovvi*, las menos densas de *Aphex Twin*, *Apparat*, *Boards of Canada*, *The Books*, *Gold Panda*, *Miike Snow*, *Modeselektor*, *Neon Indian*; me puse retro con *OMD*, y *Spandau Ballet*, *Stereolab*, et al. Sin embargo esta “música relajada” no fue suficientemente relajada, y en más de dos ocasiones fui acordonado por Dasha, una rusa grande y de cabello rojo incandescente, para decirme que si por favor podía quitar “*that crazy music it's making people anxious*”, por algo “*something nicer please, do you have like classical music or something*”. Eso me decía Dasha, y yo obedecía, porque las jerarquías todavía me pesan en la espalda y yo no quería causar problemas. Sin embargo, me molestaba un poco que me quisieran hacer cambiar la música. Sin embargo, y a mi parecer, la música nunca fue específicamente terrible. Al final me rendí a la verga y puse Johann Sebastian Bach, *Goldberg Variationen*, Op. 4, BWV 988, y dejé el tema en paz. Dasha me echó una mirada de aprobación, y yo resoplé. ~~Ariadna~~ se acercó y me dijo: “*I liked the other songs better, you know*”, y nada. Comí y volví a salir con la gente a pasear, ya con menos energía. Volví a llegar pasada la media noche a dormir.

El tercer día, durante la hora del almuerzo, estaba afuera, fumando un cigarrillo, cuando vi a ~~Ariadna~~. No sabía nada de ella desde que nos escribimos esa correspondencia electrónica, varios meses atrás, y el microintercambio del día anterior. El primer día del evento, ella llevaba

---

<sup>142</sup>(\*me autoimpuse)

un vestido blanco, nada ostentoso, y unas zapatillas que hacían juego con sus aretes pequeños, metálicos, unos botones apenas, y su carita redonda chistosa que parecía tener mucho interés en lo que sea que estabamos haciendo en esa conferencia. No cruzamos muchas más palabras ese día, salvo “*Hi, how are you doing. Here is the hostel, please don't get lost, have some tram tickets, let me know if you need anything*”. Vaya momento para conocernos. El tercer día, el vestido ese que llevaba se le llenó de salsa de tomate, mostrando una mancha prominente por encima de la cintura. La situación le causaba mucha pena y me dijo, con un tono apesadumbrado: “*you know, these things always happen to me, I should stop wearing these white dresses*” – Asentí y sonréi y no dije nada más al respecto, porque yo miraba como que ella estaba siempre buscando a Johannes, y yo no quería interferir con sus interacciones románticas, porque Johannes es demasiado hermoso, y a mí qué más me da si se va para donde estaba ese pinche hermoso alto vergo. Ese día, sin embargo, me dio un poco de ternura su carita redonda y hoyuelos prominentes, alrededor de sus mejillas sonrojadas por tener salsa de tomate vertida en el vestido. No hablamos más mucho después, y no quería interferir con los *fanfics* que escribiría eventualmente respecto a su relación con *desu* Johannes. El día se acabó, y ya harto, salí apenas unas horas, pero ya estaba hasta la verga. Llegué a dormir antes de la media noche. Llegó, por fin, el día domingo. ¡Grande sea el día de Jesús Cristo! Por fin, última vez que me desperté a las 7 de la mañana, para estar listo en la sala de conferencias a las nueve. *Ese fue el día, en el que el enculamiento, mi necesidad de compañía, olvidar mi cargador del teléfono, y tomar demasiada cerveza, se convirtieron en mis enemigos más íntimos: Así fue que ocurrió el Domingo.*

## Domingo

Domingo.

Ese domingo se entregaron certificados, se tomaron fotos, se dió la despedida oficial y a eso de las 3 de la tarde, ya hartos de todo, se armó una carneasada, se compraron cervezas al por mayor (que podría por fin beber con calma), y a eso de las cuatro de la tarde, con el sol iluminando incoherentemente un asador gigantesco, se dio por terminado este fin de semana infernal. Hubo, al final, muchas auto-palmadas de espalda de los líderes de grupo, muchos diplomas, mucha paja, mucha masturbación en círculo. Un espectáculo de felación grupal. Un poco la situación me dio algo de coraje, porque a mí no me dieron premios, pero nada que no pudiera hablar después. Lo importante es que este infierno de siete meses terminaría por fin, y al fin podría relajarme, y tomarme una cerveza en paz sabiendo que ya, se acabó, a la verga. Hice una lista de reproducción donde puse el orden de la música, que estuve curando por lo menos una hora, y que mencioné “*Hey guys it's fine if you want to play music, but my music player is dumb so please don't double click on music, just add to the queue or ask me and I add the songs*”, carita feliz. Asintieron, las personas que estaban cerca, y asentimos todos. A eso de las cinco, la canción de *Bubble Butt* de *Major Lazer* empezó a reproducirse, que yo sabía que era una canción que le gustaba a Roman. El se emocionó, y dijo “*¡Man, play it again!*”, le dije “*Yeah sure just let the current queue to finish and then I play it, just let the next 5 songs to finish*”. Roman, extrañado, me dijo: “*But I want to hear it now!*” Roman se acercó a la computadora, y buscó la canción, y borró la cola de música. Por una canción. Ahora, analizando la situación, vaya. En condiciones normales, solamente me reiría de la situación, y diría “*Oh,*

vaya, ¡Tú! Qué tonto, por favor no lo hagas de nuevo, jeje, jojo". Eso es lo que debí decir. Sin embargo, una ira me invadió en ese momento; una ira alimentada por el capricho de una persona que, en mi corazón, había estado durante los días anteriores solamente quejándose y haciendo el mínimo posible, y hablando basura de todo. Pero no, yo quería que todos hicieran lo mismo que yo, y eso me causó una ira tremenda: Porque si yo no pude dormir, que nadie más pueda pasarla bien, a la verga.

Pero así fue. Me acerqué a la mesa donde estaba, tomé la botella de cerveza *Rothaus* estilo *Hefeweizen*, la azoté contra la mesa contigua a mi computadora, y le dije: "WHAT IN THE SERIOUS FUCK DID I TELL YOU NOT DO?", o algo así. El silencio se hizo abrumador, y varias personas voltearon pero no hicieron nada, salvo acercarse, mientras yo veía con una ira incontrolable a Roman, que se acercó a su novia, le dijo algo, y solo dijo "*I am going to bounce, see you*". Tomó sus cosas, y desapareció. Yo fui a buscar mis cosas, y me senté en una banca a pensar en lo que había sucedido. Patrik, uno de los organizadores, se acercó y me dijo: "¿All good?". Le expliqué la situación, como yo la percibí, y me dijo: "Hey man, we are all a little tired. Let's just try to finish here, and we can all go rest. Take it easy". Me tranquilicé un poco, y de a poco, me reintegré a las conversaciones que andaban por ahí, en el patio del salón de eventos, y me fui relajando. Pero posiblemente, me relajé demasiado. Al final, a eso de las ocho de la noche, Patrik y Dasha dijeron "We are super tired, ¿CAN YOU CLOSE AND COME BACK AT EIGHT TOMORROW TO PICK UP EVERYTHING ELSE MISSING?". Yo dije "Sure, I got it". Tomé las llaves, y seguí poniendo música, algunas cumbias para "enseñar a las muchachonas a bailar", y ~~Ayudadme~~ puso música folclórica rusa, que bailó el присядка y casi destruyó sus rodillas. Yo me puse a platicar con Can, otro turco con el que hablé sobre música y política, por lo que salió, lamentablemente, el

tema de lo sucedido con el golpe en la mesa. Segundo yo, solo mencioné: “*Oh, well you know, some people were just really complaining and not helping much, and I got frustrated*”. Mencioné algunas de las irregularidades, y lamentablemente, ~~Alejandrina~~, me escuchó. Escuchó esta parte, me apartó de Can, y me dijo “*Orlando, I think you should not talk about this, just stop*”. Sin embargo, no me detuve. Empecé a quejarme con ella, de toda la situación con Roman, y me dijo “*OK let's leave for a second, you need to calm down, man*”. Yo entiendo que, desde su perspectiva, salvar nuestra imagen como un equipo era lo más importante. Sin embargo, consideré que no era su problema, que yo lo que quería era soltar el veneno y por eso me exalté tanto cuando ella preguntó. Me exalté y grité, y por eso me apartó. Quedaban unas cuantas personas todavía bebiendo cervezas, pero yo estaba con ~~Alejandrina~~ hablando afuera, recostados en el pasto, yo postrado sobre su regazo, y por un momento, me sentí bien. Me sentí acompañada. Me sentí... no sola. Y me dejé llevar por la debilidad de querer sentirme querida por un segundo. En ese momento, me perdí -- Me perdí en el regazo de ~~Alejandrina~~, me quedé perdido en no sentirme triste, y que extrañaba estar en el regazo de alguien. Nos quedamos tal vez una hora así, hasta que todo mundo se fue. ~~Alejandrina~~ me dijo: “*Let's go to sleep, it's late.*”. En ese momento, nos levantamos del pasto y fuimos a la sala de las habitaciones donde ella vivía, cerca de donde fue el evento, a unos 2 minutos caminando. Me dio una manta, y le pregunté si tenía un cargador de teléfono móvil. Me dijo que solo tenía el suyo, por lo que no podía prestármelo puesto que ya no tenía batería. Yo le dije que tenía un poco, suficiente para despertar al día siguiente.

Mi teléfono se apagó en las siguientes 3 horas.

**Lunes, 9:30:00 AM**

Lunes.

Desperté el Lunes y pregunté a ~~Ariadna~~<sup>143</sup> qué hora era. Ella tampoco sabía, pero me dijo que me estaban buscando. **Las llaves, puta madre.** Yo tenía las llaves, y llegarían a las 8 de la mañana a recoger cajas, mobiliario... cosas. Cosas que estaban encerradas, porque yo tenía las llaves y no estaba en el lugar que debía, a las ocho de la mañana. Había una serie de mensajes, correos electrónicos, conversaciones de segunda mano y llamadas perdidas: “WHERE THE FUCK IS QRLANDO”, era la pregunta. Carajo, no me acordaba que nadie sabía dónde estaba. No sabía ni siquiera yo si estaba. Estaba muy confundido. Bajé aprisa, todavía con la ropa del día anterior, y estaban llevándose algunas cosas, vi a Pascal<sup>143</sup>, que saludó quedo, y le pregunté por Dasha. Me dijo “*She is downstairs*”. Bajé, y al fondo, estaba Dasha. Sentada, escribiendo algo. Me acerqué y le dije “*Hey, I am...*” y me dijo “*Please leave*”. No dije nada. Dejé las llaves, subí las escaleras, y vi que ya no había ninguna pieza de mobiliario en el salón. El siguiente tranvía se iba a las 10 de la mañana. Me subí al tranvía, ese Lunes, y pensaba: “I am sorry.” Porque sí, lo sentía. Después de hacer todo exactamente como me lo pidieron, el último día, el día que decidí dejar que el culo de perro que tenía por ~~Ariadna~~<sup>143</sup> me venciera, aunque no hubiera nada ahí, y me dejé llevar. Me dejé llevar porque alguien se preocupara por mi. Vaya **mamadas pendejas me pasan por andarme enredando por culos ajenos.** En el viaje a Büchig, me sentía sumamente cansado, y se me cerraban los ojos. Como pocas veces, estuve despierto en la estación en la que me tenía que bajar, y caminé hacia el apartamento, desganado.

---

<sup>143</sup>Pascal no es relevante en ninguna parte de la historia, solo era parte de otro de los equipos pero nunca interactuamos mucho. Es alemán. Bastante normal. No dijo mucho.

Pude, por fin, dormir unas cuatro horas corridas, sin horarios, sin problemas, con sueño. Cerré las persianas, puse mi teléfono a cargar, y en la oscuridad leí todo el drama que se desencadenó mientras estaba dormido, en el computador. Decidí solo leer las partes donde decían que soy un hijo de puta irresponsable, y no contesté nada. No dije nada. Simplemente, cerré mi computadora, me volteé al otro lado, y dormí en una relativa paz, porque estaba harta. Estaba harta de las responsabilidades que no eran mías. Estaba cansada de despertar diario en la madrugada, de no saber que estaba haciendo, de la pinche gente inútil a mi alrededor, y de mi falta de límites, y de dejarme pisotear, nomás para sentir pertenencia. Estaba harta, y cansada, y sobre todo, estaba hasta la verga de fallar, de ser irresponsable en el último minuto, cuando ya todo había terminado, y todo por encularme y dejarme acariciar la cabeza. Por extrañar los regazos. Por no ser más culero a decirle a ~~Ayudapiesan~~ que no me estuviera chingado, que no era su problema, *a la verga*. Desperté a las cuatro de la tarde, y solo tenía un mensaje de texto, de Can. Me dijo: “*Hey, I am meeting with some guys to have dinner, if you want, you can come by, I wanted to say good bye before I leave tomorrow*”. Miré el mensaje unos minutos, y pensé las cosas. Me voltee a ver el techo, respiré profundo, y cerré los ojos. Pensé que estaría bien hacer un último esfuerzo, puesto que ya todo estaba arruinado de todos modos. Me duché, me lavé el hocico y me fui a buscar a Can al centro de la ciudad. Quedamos de vernos afuera de su hotel cerca de la estación central. Llegando, vi a ~~Ayudapiesan~~, y la saludé. Me dijo: “*Can is checking out*”. Salió unos minutos después y nos saludamos. Fuimos en tranvía al restaurant Stövchen a comer algo, y beber una cerveza. Les platiqué toda la travesía. “Igual me vale verga ya, está todo mal hecho y pues ya nimodo, chingue a su madre igual”. Estábamos ahí, hablando en el grupo y bebiendo cerveza, hasta que ~~Ayudapiesan~~ habló de música. Empezó a hablar de cosas que no me gustan, como *Arctic Monkeys* y *Oasis*, y pensé: “Bueno, podría ser peor esta situación”. Seguimos hablando y seguimos hablando de música, a

pesar de que no estaba plenamente interesado en las bandas de las que hablaba, pero me dio risa las tonterías que decía sobre sus eslávicas rodillas haciendo la *присядка*, y le dije que tal vez tenía que practicar más. ~~Tal vez eso la hizo pensar que sería buena idea que compartísemos números telefónicos para platicar más sobre la música que escuchábamos, y nos despedimos esa noche, y cada quien se fue por su lado.~~

A la verrrrrga, Qrlando. Qué mentiroso eres. Ahí no terminó la tarde. No, claro que no. ~~Alejandrita~~ tenía que salir hasta la noche, y como Can tenía que irse a tomar su tren y avión, nos quedamos nada más ~~Alejandrita~~ y yo, y le dije si quería ir a tomarse un té helado con perlas de tapioca. Accedió, y como hacía calor, nos fuimos a caminar en dirección al parque frente al museo de historia natural. Yo tenía muy atravesada a Natalia, y lo único sobre lo que me interesaba hablar, en ese momento, era sobre lo horrible que es estar en una relación y extrañar a alguien. Ella me dijo que estaba en una situación similar, que había terminado con el novio, de hacía muchísimos años, y que estaba un poco desolada al respecto. Ahí hablamos de extrañar, y de sentirse en soledad porque las cosas a veces no son como uno quiere, porque la gente simplemente a uno lo deja, y uno se queda ahí, en medio de la nada. Nos sentamos en una banca del lado este del museo, mirando hacia la calle. Me compartió sobre el tema del novio, y honestamente, estaba más interesado en ventilar mis propios problemas con la soledad que en realidad fungir como un pseudo-terapeuta. Pero resonaban las soledades, y ella empezó a llorar un poco. Yo estaba volteadæ, mirando hacia el cielo, viendo todo un poco al revés, como la vez aquella que otrora ~~Alejandrita~~ estaba hasta el culo de peda, también, quejándose de amores

viejos. Qué maña la mía de poner a llorar a mujeres rusas a llorar por pinches vatos. Una avispa nos rondaba, y en un momento, mientras ella sollozaba un poco, yo estaba ahí, mirando a la avispa, sobrevolando los vasos plásticos con dos cubos de apenas hielo. Le debí ofrecer un ligero abrazo, pero nada sentido, ¡Qué va! si esto es terapia gratis para mí. Ahí sí, intercambiamos números, en dirección a la estación de trenes, y nos despedimos con un abrazo, ahora sí, después de ser paños mutuos de lágrimas por unos quince minutos.



Las repercusiones de la estupidez de querer culiar y no poder se reflejaron, como toda mi vida en Alemania hasta este momento (y en el futuro, por qué chingados no), los meses siguientes: Tres días después, Patrik recibió un correo electrónico y una carta del salón de eventos, donde la presidenta del comité (o alguien así de importante) señala el “absoluto repudio” a las “condiciones deplorables” en las que los patios del salón de eventos fueron dejados tras el evento: Comida tirada en los pasillos; cajetillas de cigarrillos y botellas de vidrio rotas por doquier; no agregaron gente con disparos en el cuerpo porque, posiblemente, no hubo crímenes violentos esa noche en la ciudad. Una catástrofe absoluta. Patrik fue citado para explicar la situación la siguiente semana, y me pidió por mensaje de texto que asistiera a la cita. En la oficina, Patrik dijo varias cosas que no entendí (en alemán), y la señora del comité de no sé que chingados solo escuchaba atenta. Llegó el momento de que expusiera mi explicación, y Patrik y la señora se me quedaron viendo. “*you can say it in English*” – dijo Patrik. Expliqué, en *English*, que terminamos tarde el evento, y que

limpiamos en la mejor de nuestra impresión el lugar, pero que no fue suficiente y lo entendíamos, y al finalizar el evento, solamente cerramos las puertas y pensábamos que no había gran cosa que hacer, y que me disculpaba personalmente por la situación. Ofrecí ayudar como voluntario en los eventos subsecuentes del salón de eventos, como una forma de compensación por los daños incurridos. La señora dijo algo en alemán, y Patrik se veía bastante desalentado. Salimos de la sala de juntas, y Patrik, con un severo coraje en el corazón, me dijo “*So much effort... for ¡Nothing! It sucks, man*”. Le dije que lo lamentaba, pero que eso no hacía que el evento valiera menos, y sin decir más grande cosa se fue hacia el castillo, supongo en dirección al parque a recapacitar sobre la vida y porqué le dio las llaves a un mexicano que evidentemente no estaba poniendo atención a lo que estaba haciendo. Recibimos un correo electrónico después donde un señor fufurufo con el que hablamos durante el evento decía que todo había salido perfecto, y que muy profesionales los muchachos del evento. Sin embargo, el daño ya estaba hecho: Circularon algunos correos para ver si todavía se me permitiría ir como funcionario de la organización en agosto, para un evento en los Estados Unidos de Norteamérica. Afortunadamente, nadie quería ir a los Estados Unidos de Norteamérica en agosto, así que en marzo mandé una aplicación para una beca para asistir como representante de la sociedad de Karlsruhe, y todo estaba bien, hasta que la cagué con lo de las llaves. Discutieron quitarme la capacidad de representante, pero como nadie quería ir porque tenían otras cosas que hacer, y porque ya estaba registrado y con la condición de ya tener los boletos reservados, y porque definitivamente nadie más tenía ganas de ir, podía ser el representante este año, a regañadientes. **Me salvó la reservada manera de vida de estos hijos de la chingada que podían decidir sobre la mía en este momento, y de esta manera, pude ir a México ese verano.** Temporalmente.

Léase, pues, les hice un desmadre y aún así me pelaron la verga a dos manos.

Ah, ¿Para que me urgía ir a México? Excelente tema de conversación. Yo tenía en este momento una tarjeta bancaria alemana, y una tarjeta bancaria mexicana con unos treinta mil pesos guardados, porque había transferido unos 3 ó 4 mil euros que saqué del cajero automático al llegar a Alemania. Estos treinta mil pesos estaban ahí congelados, y me harían falta para poder terminar el año. Un día de tantos, en mayo o junio, no me bastó la pornografía regular de Internet de bajo costo, y quise comprar una suscripción de una página de pornografía picante y costosa. Mi tarjeta de banco mexicana, sin embargo, no estaba de acuerdo con mis métodos de masturbación de paga, y fue bloqueada por el banco. La tarjeta no pudo ser desbloqueada automáticamente, y solamente me permitieron obtener una nueva tarjeta de banco, que podría desbloquear en cualquier banco Banamex. La tarjeta le llegó a mi padre, quien me la envió a través del servicio de paquetería Fedex. Le dije que no activara la tarjeta, porque pensé que sería más seguro de esta manera. Estúpida idea. Durante el tránsito de la tarjeta, estaba dudoso si se podría activar en España, al haber bancos de la red de Banamex. Llamé a los servicios telefónicos internacionales. Me atendieron después de varios intentos fallidos durante toda una semana, y al final, pregunté: “*Disculpe, no tengo bancos Banamex cerca mío, ¿Será posible desbloquear la tarjeta en un banco de su red de cajeros automáticos en Europa?*” “Por supuesto, jóven, su tarjeta puede ser activada en cualquier banco de la red Banamex o por teléfono”. “Excelente” – me dije. Unos días después, me enviaron la tarjeta, marqué de nuevo al teléfono, y me dijo una agradable muchacha: “*Lo sentimos jóven, su tarjeta no puede ser activada porque es una tarjeta de débito, y esas solo se puede activar en sucursal*” – y vaya, pues, “que pinches mamadas pendejas de esta rucaleta verguera”, pensé, pero pues ya, equis, ni modo. El

plan alterno era encontrar la manera de viajar a México gratis a hacer la activación de la tarjeta, o pedir de nuevo el favor a mi padre de cancelar la tarjeta, pedir una nueva, activarla en México y enviarla, pero como soy un pinche culón que no le gusta pedir favores, tomé la ruta difícil, la que involucraba hacer una rebuscada red de eventos que requerirían una serie de toma de decisiones sobre las que no tenía agencia.

“*Que chingue a su madre, que dios decida*” – diría la gente *que cree*.

En julio, se me atravesó ~~Alejandra~~ sin querer, y un poco de mí se esfumó un poco, en dirección a Moscú.

## Pausas

Durante los cursos en pleno verano, con el sol ardiendo afuera y pocas ganas de aprender, conocí a Alina, una muchacha rusa que compartía unos cursos conmigo. Estudiaba algo de química, creo. En una ocasión, llegué a la última clase que tomamos ese tumultuoso verano, y Alina me preguntó: “*¿Hey can I borrow your notes?*”, y pues sí, le dije que simón: Yo tenía anotado absolutamente todo lo que habíamos revisado ese cálido verano de 2015. Me pidió mis notas para sacarles copias, y me dijo que me las devolvería *pronto*. Nos agregamos a redes sociales, y después de dos o tres semanas, me devolvió mis notas, mas me invitó un

café por la tardanza. Agradecido de que no me robó mi cuaderno, accedí y tomamos algo. Unas semanas después ella me mandó un mensaje de texto invitándome a una pequeña reunión en su apartamento. No entendía exactamente por qué me invitó, me pareció extraño, pero supongo que lo hizo porque le daba vergüenza haber pedido mis notas y tardarse en regresarlas. Ella vivía en la Weechstraße en un hostal estudiantil, que no sabía bien qué tan lejos quedaba. Le dije que sí, que con gusto. El día de la fiesta me duché, me puse un poco de ese perfume que ponía cuando pensaba que iba a conocer unas polluelas lindas, y me encaminé a su apartamento en tranvía. Llevaba seis cervezas empaquetadas, y justo cuando llegué, como no sabía muy bien dónde era que ella vivía, por lo que tuve que mandarle mensaje y esperar que contestara. Me dijo “*Come upstairs and at the end of the corridor, the door is open*”. Subí esas escaleras metálicas, apenas unos tres pisos, y al final del pasillo encontré la puerta abierta. Saludé y entré, y justo fue en ese momento que me di cuenta de mi absoluto error: No conocía a nadie. Un sentimiento de vergüenza se apoderó de mí, pero pude aplastarlo un poco utilizando el brebaje mágico combinado con lúpulo que llamamos cerveza. Noté, en ese momento, que todo mundo estaba hablando en alemán, por lo que solo me quedé en una esquina, bebiendo cerveza, y observando las conversaciones. Había muchas muchachas en esa fiesta (cosa poco común en Karlsruhe), por lo que me puse aún más nervioso y bebí más rápido. Alina se debió dar cuenta que no estaba interactuando con nadie, por lo que se acercó a mí y me preguntó que qué tal todo. Empecé a hablar y me presentó a una de sus amigas, que con un poco de inglés quebrado y mucha distancia, me preguntó “*where do you know her?*”. Pocas palabras después, me preguntó lo que más temía: “*And what about your German?*”. Esa pregunta me tenía bastante preocupado, porque ya tenía casi un año en Alemania, y no podía decir muchas cosas, por lo que solo le dije que apenas iba empezando, llegando al país. Ella refunfuñó un poco, y me dijo “*Well, my friend she arrived for 3*

*months<sup>144</sup>! and she speaks perfect German*”. Bueno, pues bien por la amiga, pensé. Esta misma conversación ocurrió otras 2 veces con dos amigas diferentes de Alina, por lo que me empecé a sentir cada vez más avergonzado, así que decidí evitarme la vergüenza de seguir siendo cuestionado por mi ignorancia, y me quedé ahí parado sin hablar más. Un muchacho que estaba ahí en la fiesta, pero con el que no había platicado, me dijo: “*Oh hey, don't worry, I was also like this, you know, I could only speak Arabic and French, but you know, with time, it gets better, ¿Right?*”. – Pues cierto, sí, era cierto. Gracias, amable desconocido de ascendencia árabe, por hacerme sentir un poco mejor sobre mi falta de voces, en este momento. Hablamos un poco más de lo difícil que es vivir en Alemania, lo difícil del idioma, que una no puede hacer amigos porque requieren un perfecto alemán para hablar con una... terminó la plática porque el muchacho se fue, y yo con la sexta cerveza del empaque, me harté a la verga de que me dijeran que el pendejo soy yo. la fiesta ya estaba extremadamente ploma<sup>145</sup>, le dije a Alina que adiós, que era mejor irme a mi casa, a pesar de que Alina me dijo “*¿So early? I hope you had fun*”. Pues intenté, pero las culeras de tus amigas no dejaban de estar chingando con que debería hablar perfecto alemán en cuanto aterricé en Stuttgart. Agh. Bueno, pues ya, como sea. Tomé el tranvía a casa, y frustrada, me hice una puñeta y me fui a dormir pensando en el gran error que cometí por no saber alemán aún.

---

<sup>144</sup> Auf Deutsch, man sagt “Vor 3 Monaten” und das fiehlt, du scheißekopf mother-fucker.

<sup>145</sup> Plomo Del lat. *plumbum*, voz de or. hisp. 7. m. Sin. Aburrido.

## Madrugada / puercoespin

Siempre he vivido mejor de madrugada.

Una vez fuimos al apartamento de Chris, el alemán, porque el siempre estaba chingado que quería hacer fiesta, pero en su casa. El hijo de la chingada vivía excesivamente lejos, muy lejos de Neureut, al noroeste de la ciudad. Fuimos a su fiesta, y estaba Fátima, que invitó a su hermana Tahira que estaba de visita en la ciudad. Estaba Manmeet también, y Sagar. Estaba algo frío pero igual pasamos la noche en el apartamento de Chris. A las 2 de la mañana, todo mundo se quería ir, y les dije:

*¡No, hold on guys! We will never experience this night, this energy, this thing ever again, let's stay until it's morning again. Hay que quedarnos hasta la madrugada.*

Me hicieron caso, y salimos hasta que empezó a clarear. Nos metimos a un cementerio y yo me moría de la risa. El resto de la gente, sobre todo la fátima, no lo encontró tan cómico. Supongo que le dan miedo los muertos.

Seguí viviendo de madrugada, hasta que se convirtió en un problema porque, en estado de ebriedad, me quedaba con los ojos cerrados en el tranvía, y amanecía algunas estaciones más allá de Büchig. Para volver al apartamento de madrugada, había un tramo largo y ~~escuro~~, y tenía dos opciones: Llegar directo por el

bosque, o llegar por una calle ~~oscuro~~, vacía, y por demás, con frío. Algunas veces, tenía una lampara pequeña de la bicicleta y me podía alumbrar el camino. Muchas veces, no era el caso. Solo una vez me aventuré por el bosque, pero me dieron miedo los sonidos, y ya no lo volví a intentar. En primavera y otoño, es común mirar puercoespines caminando tranquilos, por ahí, por las calles, y haciéndose bolita cuando uno les pasa por el lado. Yo no sabía que eran una especie protegida y es un delito lastimarles.

Una vez, borracho y amargo, me quedé en Blankenloch Nord, que estaba bastante más lejos de donde yo vivía, a 3.4 km de distancia. Encabronado, y alcoholizado, vi un pobre puercoespín tratando sus propios asuntos, agusto, sin chingar a nadie. Pero como yo estaba encabronado, y lo vi muy agusto, pensé que no lo permitiría. Me acerqué a donde estaba, entre las vías del tren, y arrojé una patada, intentando lastimarlo. Porque estaba ebrio, y porque soy muy torpe, pateé una piedra enorme, y el puercoespín huyó a la más alta velocidad que sus patas le permitían. Me quedé ahí, herido, borracho, ajerado, y sin esperanzas. Preferí esperar 25 minutos a que llegara el tranvía de vuelta. La uña quedó ennegrecida y estropeada, y una uña nueva salió por debajo. No me la quité porque no sabía cómo acudir a un médico.

Nunca volví a molestar puercoespines.

## Москва – Baden-Baden

~~Ariadna~~ me mandó un mensaje de texto al día siguiente, que ya había llegado y que, afortunadamente, no se vació un tarro de salsa catsup en el vestido, por nonedécima ocasión consecutiva.

Hablábamos muy seguido, y hablábamos de cosas muy tontas: como todo el proceso era por mensajería instantánea, pero me dijo que utilizáramos VK, una red social rusa, porque la usaba más y podía ver mis mensajes más rápido. Me hice mi cuenta y empezamos a hablar prácticamente a diario, compartiendo todo tipo de pormenores, mientras el ralentizado porvenir de los días que se esfumaban en Moscú y Karlsruhe en paralelo.

Me di cuenta rápidamente también que VK no solo servía para mensajería con ~~Ariadna~~, si no que encontré también que era un excelente repositorio de música ilegalmente cargada que no era constantemente monitoreada por los pinches policías, entonces encontré una cantidad no-despreciable de música descargable directamente de la página web. Una maravilla de la piratería moderna.

30 de junio de 2015.

El primer día que escribíamos no entendía muy bien cómo tenía que recibir las notificaciones de la aplicación, por lo que la conversación se enfocó en cómo recibir mensajes, y cómo funcionaba la aplicación. Para hacer la plática más fluida, ella me mandó esa vez una canción ucraniana, me dijo “*it’s extremely romantic in a personal way*”, de Океан Ельзи, titulada Така, як ти. Las letras, dicen:

Чи знаєш ти, як сильно душу б'є безжалінний дощ?  
 Так ніби він завжди чекав лише мене.  
 А як болить зимовий спокій нашого вікна,  
 Ніжно пастельний, як твій улюблений Моне.

Така як ти  
 Буває раз на все життя  
 I to iз неба.  
 Така як ти  
 Один лиш раз на все життя  
 Не вистачає каяття,  
 Коли без тебе я...

Забути все здається я б ніколи не зумів  
 Новий дзвінок скидає відлік волі на нули  
 I погляд твій — він вартий більше ніж мільйони слів  
 Вічно далекий, як і твій улюблений Далі.

Така як ти  
 Буває раз на все життя  
 I to iз неба.  
 Така як ти  
 Один лиш раз на все життя  
 Не вистачає каяття,  
 Коли без тебе я...

Sabes lo inclemente que llueve sobre mi alma?  
 Como si la lluvia estuviera esperando mas que a mi.  
 Y como la calma del invierno duele en las ventanas,  
 Pastel gentil, como tu Monet favorito.

Alguien como tú  
 Sucede una vez en la vida  
 desde el cielo.  
 Alguien como tú  
 Solo sucede una vez en la vida.  
 No hay suficiente remordimiento,  
 Cuando estoy sin tí...

Parece, como si nunca podido olvidarlo en absoluto  
 Una nueva llamada lleva la voluntad a cero  
 Y tu mirada — vale más que mil palabras  
 Eternamente distante, como tu amado Dalí.

Alguien como tú  
 Sucede una vez en la vida  
 desde el cielo.  
 Alguien como tú  
 Solo sucede una vez en la vida.  
 No hay suficiente remordimiento,  
 Cuando estoy sin tí...

Viejo, yo que sé, la canción está en Dm, la más triste de las claves, pero ahí clavó un A y un B que no están en la clave, entonces me quedé "qué pedo a la verga", entonces pensé "igual son acordes prestados" porque solo están en el coro, pero luego pensé, "tal vez estoy considerando mal la clave porque la canción empieza en Dm, pero sigue con un Gm, entonces puede ser en Gm" pero quedo como payasa pendeja porque:

Dm - Gm, F, Em7-5, Gm - B A, A7

Salvo en el coro donde pasa un C antes de volver a cerrar con B y A, pero dije: No, no mames, campeona, porque el coro cierra con un Bm-5, entonces algo ahí hay, entonces:

D-A-F, G-Bb-D, F-A-C, E-G-B-D, B-Eb-Gb, A-Db-E-Ab, C-E-G

Que me parece una locura porque le vale verga a mi compa, porque el Em7-5 no tiene el tono perfecto en bemol, entonces

tenemos tanto Bb como B en el mismo círculo de acordes, y luego A, ¿Porqué A? Puta madre, si ibamos tan bien con D como tono... pinche desmadre que tiene este vergas.



Como siempre, nuestras conversaciones se tornaron en bromas que no tenían mucho sentido salvo en el idioma secreto de dos personas que se están tirando el sablazo, pero no quieren aceptarlo (todavía): Escribí mal el nombre de Михаил Сергеевич Горбачёв, porque lo escribí como “Gorbachov”, porque soy un huevón fonético y no me arrepiento de mis errores como ser humano. Ella no lo encontró cómico. Nos compartíamos música para escuchar, ~~y porque estaba interesado en ella~~, proto-románticamente (pero no quería ~~demostrarlo, y esperaba~~ que el interés romántico no fuera mutuo), escuchaba todo lo que me mandaba religiosamente: Discutimos sobre *Songs for the Deaf*, y me envió un video de la banda tocando con la mejor alineación de *Queens of the Stone Age* cuando tocaron en 2005 con Joey Castillo en 2015, pero yo lo negué, y le dije que la mejor era la de 2003<sup>146</sup>. Me enfocaba demasiado en dar evidencia de un punto que intentaba justificar con cosas que a nadie le importan... pero sí un poco a ~~Ariadna~~, porque quería platicar conmigo, supongo. Yo compartía lo que sea que me emocionara escuchar de música, porque me emociona mucho hablar sobre música con alguien. Hablamos un tanto sobre la aceptación de la homosexualidad socialmente, y de como yo ví la película de “*Magic Mike*” al menos dos veces, una en un avión, y una segunda vez por interés genuino en ver hombres musculosos y aceitados; hablamos sobre *David Bowie* y *Bob Dylan*, de *All Along the Watchtower*, aunque me valiese un poco verga el disco. Hablamos de cómo me gustaba más el

---

<sup>146</sup>La obvia selección fuera del fanboyismo sobre Dave Grohl ocurrió después de *Like Clockwork* con Jon Theodore, afamado baterista conocido por tocar la batería en los primeros discos de *The Mars Volta*.

Udon que el Ramen a pesar de que solamente era la nostalgia de lo que extrañaba de Natalia en esos momentos. Hablé de otra ~~Alejandriense~~, sobre una conversación que tuvimos sobre tatuajes enojados, en 2012<sup>147</sup>. Me recordó, en algún momento, que me había regalado una porción de *spaghetti* con queso que me comí. Le dije que está bien documentar nuestra vida<sup>148</sup>, porque ella se sentía juzgada porque tomaba demasiadas fotografías de todo. Me dijo “*Maybe you should never marry a woman, you know, or that will be the end of your literary life*”. Y hablaba mucho sobre Natalia. Pero a ella no le importaba demasiado. Escuchaba religiosamente toda la música que me enviaba, aunque yo no estuviera muy interesad@, porque la neta eran muchas mamadas que ya conocía y cosas repetidas.



Siempre que ~~Alejandriense~~ se me atraviesa en la vida, tiendo a asociarle con la música que escucho la primera vez que le conozco. En el caso de esta ~~Alejandriense~~, la música de *The Weeknd* fue la que quedó quemada en el anterior. La primera canción que me envió, *House of Balloons / Glass Table Girls*, es una canción sobre fiestas, drogas, y mujeres, que hacían parecer celebraciones por los globos, que supongo, era una alegoría a los condones. Una tontería. Sobre ella, sin embargo, fue que hablamos mucho sobre dos canciones: *Anna Begins*, una reinterpretación de *Counting Crows* de *Frank Turner*, y *First Day of My Life*, de *Bright Eyes*, que ciertamente había escuchado con otras personas, pero no tomó significado hasta que ~~Alejandriense~~ llegó a mi vida, tiempo después. Esto porque empezamos a hablar más, porque antes de irse de la ciudad, escuchamos eso, y hablamos sobre cómo dejar ir. Creo que así

<sup>147</sup>Tiempo después hablé con esa ~~Alejandriense~~ y resulta que no recuerda ese comentario. Como se acuerda uno de cosas que a otros les vale verga.

<sup>148</sup>Ahora, más que nunca. Sorpresas que da la vida.

fue, que hablamos mucho sobre cómo dejar ir, cuando una quiere dejar de estar enamorada. De las otras, qué decir. Algunas veces fue *Knights*, de *Minus the Bear*, alguna vez fue *The Blower's Daughter* de *Damien Rice*, alguna vez fue *Wolf Like Me* de *TV on the Radio*, y ya luego desapareció mucho tiempo la música, pero ahí estaba Frank Turner, afortunadamente. Lo vi en 2013, cuando recién sacó *Tape Deck Heart*. Qué álbum, qué recuerdos<sup>149</sup>.

---

<sup>149</sup> 16 de octubre de 2013, lo recuerdo porque fueron las primeras vacaciones que tuve con Natalia que no fuera ir a la playa a casa de sus progenitores. Esa vez, fuimos a San Francisco, California, donde miré a Neutral Milk Hotel anteriormente, pero esta vez el plan era mirar otras cosas, y así. Esta experiencia sería diferente. Busqué un hotel barato (y céntrico) en la ciudad, encontrando el hotel Astoria de pura chingadera, que tenía una página web bastante inadecuada para su tiempo, en 2013. Pero bueno, el sitio permitía hacer la reservación de un cuarto por una semana. Dos adultos, con precio de descuento de quinientos ochenta dólares, una absoluta ganga para la época y la localización, en el 510 de la calle Bush, a una cuadra de la entrada del barrio chino. Llegamos al hotel muy tarde a eso de la media noche, a un hotel que no se veía del todo... hotelesco. No sé cómo describirlo. Había un hombre de apariencia china<sup>150</sup> fumando un cigarrillo en el pórtico. Tocamos un pequeño timbre y salió otro hombre, chino, tallándose los ojos a abrirnos la puerta, sin decir nada. Llegamos a la recepción, que era una mesa de madera contrachapada bastante dañada por los años y los chingadazos con las carretillas. Una señora, china, tomó nuestros pasaportes, y el hombre desganado (chino) nos dio unas llaves atadas a un enorme pedestal metálico para evitar perderlas: "Lost keys are eighty dollar, don't lose" – recriminó el chino de los ojos tallados. Llegamos al cuarto desparpajado de viejo, con unas sábanas salidas de 1980, sobre un colchón bastante mekiado. Buscamos evidencia evidente de tal semen, de sangre o de cagada, infructiferamente. Busqué señales de garrapatas o ácaros, igual sin eventos. Pasamos unas agradables vacaciones en San Francisco comiendo ramen, yendo a las atracciones de turistas, y culeando, a veces. El 16 de octubre de 2013, Natalia me dijo que yo qué quería hacer. Yo quería ir a un concierto, pero como a ella no le interesaba mucho la música que a mí me gustaba, lo escondí, porque solo tenía ese disco de MP3 en su automóvil con canciones de *The Knife* y siempre hablaba de *Front Line Assembly* y *Orbital*. Nunca me interesó la música de los últimos. En fin, me desvictimicé, compré los boletos y fuimos a *The Fillmore*, un local en el barrio del mismo nombre, prominente después de un terremoto de 7.9 en la escala Richter. El local era viejo y maloliente, pero fantástico de ver y apreciar, como muchos lugares de conciertos históricos en los Estados Unidos de Norteamérica. Compré un vinil de Frank, y una camiseta que ya en ese entonces me quedaba bastante pequeña. Esa camiseta nunca me quedó. A la salida, regalaban pósters hechos por artistas locales, así que tomamos dos. Uno de ellos quedó en la casa de playa de los prógenes de Natalia, el otro se perdió en alguna mudanza mía en Guadalajara.

<sup>150</sup>Sí, sí, ya sé, todo tendrá sentido eventualmente.

Hablamos de música de soledad, más que nada, como *Exit Music for a Film* de Radiohead. En ese entonces, yo todavía maullaba mucho en las conversaciones en texto, como *Ah, mira, es que esa película ya la conozco, miau, porque tenía mucho de Natalia en mí todavía.* Hablábamos mucho de música. De Damien Rice y de Kasabian, y de The Last Shadow Puppets. Vaya que esa mujer sí disfrutaba de la música de Alex Turner. Me gustaba hablar con ella de música, aunque ya conociera casi todo lo que me pasaba. Me gustaba hablar con ella de que bebía vino, aunque yo lo despreciaba porque me daba agruras, y yo me quejaba de que estaba ocupado escribiendo cosas. Hablábamos de recomendaciones de películas que ya había visto, pero no me molestaba mucho porque era bonito hablar con alguien, aunque fuera a la distancia. Siempre me hablaba sobre Arctic Monkeys porque ella los adoraba. Hablábamos dia y noche, aunque ella estuviera de fiesta viviendo su mejor vida, mientras yo me la pasaba encerrado, porque hacía mucho pinche calor afuera y en el sótano donde vivía no hacía tanto calor.

Un viernes de julio, ~~Ayudadme~~ estaba aburrida porque le cancelaron un evento y se quedó en casa. Me dijo que deberíamos de ver la película “*Fifty Shades of Grey*”, basada en el libro de E.L. James que, desde mi perspectiva, era lectura de señoritas *horny* que les gusta la literatura erótica y las fantasías de dominación, pero que son demasiado católicas para aceptarlo. Me envió dónde podía encontrar la película disponible en línea, en VK también, así que no tenía razones para decirle “*Ah, lo siento, no puedo encontrar la película, lo siento, al menos no por medios legales*”. Cedí a ver la película y fue una experiencia extraña, ver una película con otra persona, pero lejos, como ¿teniendo una cita? ¿Qué es esto, que está pasando? – me preguntaba. Nunca terminamos de ver la película. Ahí se quedó vista casi para finalizar, porque ya era tarde para ella y tenía sueño. Yo me quedé leyendo jalándomela hasta las tres de la madrugada.

La idea de “la cita que tuve” quedó ahí volando en mi cabeza, mientras

me describía paso a paso la travesía que cruzó para encontrar zapatos para una boda. Tenía meses que no hablaba de tacones con una persona. Cada tanto, ella me mandaba mensajes desde su patio, bebiendo vino y compartiendo la velada con gatos de dueños desconocidos. Yo, que seguía referenciando a Natalia a cada rato, no me detenía de hablar sobre ella, porque no tenía otra referencia en la mente, porque pasé casi dos años siendo el llavero que llevaba para acá y para allá. Simplemente no podía dejar de referenciarla sin tambalearme porque ya no podía volverlo a intentar sin referenciarla, como un fantasma que me perseguía a todos lados... O simplemente eso quería pensar, para sentirme menos sola.

A mediados de julio, sugirió la idea de “*go to Karlsruhe because the city is so nice*”. El aeropuerto de Karlsruhe realmente se encuentra en Baden-Baden, una ciudad a unos 40 minutos en una combinación de tren y autobús. Regensburg queda a unas 3 horas en tren de Karlsruhe.

you know, can I stay at your place for a couple of days?

Ajá. “*Stay at your place for a couple of days*”. Mira, estoy saliendo de una relación un poco complicada, pero hey, mira, está bien, entiendo que quieras pasar algo de tu tiempo libre viajando, pero ¿Quién repetiría visitar Karlsruhe? “*You realize that this city is really fucking boring*” – le respondí. Me dijo que *doesn't matter, I had a really good time there*. Y bueno, quién vergas soy para estarle negando a alguien aburrirse hasta la muerte en mi pinche pueblo culero. “*I want to have a beer in a Biergarten and wear a controversial summer dress*”. **Controversial**. “*Be my guest*” – le dije. Tenía unos catorce días para preparar el cuarto donde vivía para recibir a una visitante que estaba 50% seguro en ese momento que nunca había

visitado un apartamento bajo tierra. “*Please be aware that I live underground, like a proper goblin, so no take backs when you realize it is dangerous* en que pinche pedo te metiste por andar queriendo pasar unos días en Karlsruhe” – reiteré.

it's ok :)

Tomó algo de tiempo para que llegara a Karlsruhe, así que tuve tiempo para preparar mi agujero infernal de *goblin* medieval para que una persona pudiera dormir cómoda. Las comodidades en mi cuarto consistían, hasta este momento, de un colchón (**sin base**, porque *¿Quién necesita madera cuando existe el piso perfectamente frío? ¿Y puedo ser perfectamente irresponsable?*); cuatro cuadros de madera<sup>151</sup> para poner cosas dobladas que me encontré en la calle; Un tubo para colgar chaquetas y pantalones, que compré por 10 euros en una tienda que se llamaba Roller y que tuve que rodar hasta el tranvía, a 900 metros que me parecieron eternos; Un sofá cuadrado y de piel sintética que me encontré estando borracho una madrugada llegando al cementerio; Una silla pintada de un color rosáceo enfermizo y muy fea; y una guitarra. Espacios de vivienda masculinos *vergas*. Mi plan era sencillo: ~~Alemania~~ dormiría en el colchón en el piso, mientras yo dormiría en el sofá gratuito<sup>152</sup>. Trapeé el piso un día antes y me deshice de la basura miscelánea del piso, y anduve a la estación de tren a esperar a que llegara ~~Alemania~~, el 28 de julio.

Llegué a la estación retrasado, y ella ya estaba ahí, con su maletita muy mona esperando a que llegara. “*jLook, no tomato sauce on me this*

<sup>151</sup> ¿Cubos huecos? *Kallax*, de Ikea. Pero de pobres.

<sup>152</sup> Una cosa muy curiosa que sucede en Alemania es que cada barrio puede pedir una vez al año que se recojan todos los muebles y cosas que no quiere la gente, el llamado *Sperrmüll* y esto da una oportunidad, por ejemplo, de obtener muebles gratis, que no están en condiciones excelentes, pero de repente, se encuentran cosas decentes, como algunos estantes para poner cosas, o bien, este sofá de piel sintética con patas de aluminio que era bastante incómodo para sentarse, y no muy cómodo para dormir.

time!”. Nos abrazamos y le pregunté que qué tal estuvo el viaje. “Nothing interesting, really”. Bueno, pues *nothing interesting*, supongo. Le dije que tenía un examen de la vocacional pronto, así que tal vez no tendríamos tanto tiempo para pasar juntas. “Don’t worry, you know, I also have to prepare for Regensburg”. Fuimos a dejar las cosas a mi apartamento, ya para de una vez terminar con la ilusión que vivía en un apartamento normal y cercano al centro de la ciudad. Ella se tomó con humor la situación, supongo, porque pues ya estabamos muy embarrados a la verga y supongo también que pudo haber huido cuando vio que vivía en un sótano maloliente (aunque con un ligero olor a limpiador de limón, porque lo trapeé), pero no lo hizo. Llegamos a mi habitación, le expliqué la logística y se rió, nada más. “It’s OK”, y sonrió, como su último mensaje, cuando le expliqué todo la primera vez. Miró entre mis cosas una Матрёшка que compré cuando pasé por el aeropuerto de Домодедово, tres años atrás. De su maleta, sacó una botella de Столичная, un vodka ruso muy popular<sup>153</sup> y una bolsa plástica con unos cinco o seis puñados de dulces rusos misceláneos. Ninguno de los dulces era particularmente delicioso o fuera de lo común. Lo siento, no lo siento. Supongo que siempre el azúcar es un sabor que nos remite a un lugar conocido desde hace mucho tiempo. Dejamos sus cosas en una esquina y decidimos salir a ~~pasear y cenar algo~~ cual cenar señor, nos fuimos a pistear. Antes de salir, me pidió la contraseña del Internet, para poder comunicar a amigos y familia que estaba bien, y que no había sido secuestrada por un goblin mexicano que vivía en un sótano. Al no poderse conectar a la red de redes en ese momento, me di cuenta que tenía problemas con la conexión de Internet porque el maldito hijo de la chingada señor Ruf no conectaba bien el cable al módem (y encima azotaba la pura puerta cuando entraba y salía haciéndolo todo más incómodo a la verga). Toqué a la puerta de este cabrón y

---

<sup>153</sup>Supuestamente, a mi el vodka me da dolor de cabeza pero ¡HEY! Bonito gesto. El vodka más popular en el extranjero (de Rusia) es el стандарт.

no abrió, posiblemente porque no estaba en el apartamento.

*Well, I suppose that you are actually being held against your will in this basement –* bromeé, para hacer el momento algo cómico, aunque me daba un poco de vergüenza la situación. Salimos y le dije que encontraríamos Internet en el centro de la ciudad.

Eso hicimos por lo menos dos días: Yendo y viniendo, bebimos cerveza en el centro, y platicando de música y de la gente que habíamos conocido hacía ni dos semanas. Era un poco extraño todo, porque estuvimos hablando tanto y de tantas cosas, que no parecía que éramos dos personas completamente desconocidas que se pegaron una lloradita amigable afuera del museo de historia natural. Las conversaciones también empezaron de cero, aprendiendo el uno de la otra. Aprendí, por ejemplo, cómo decir algunas cosas en ruso, como привет у Пожалуйста, mientras intentaba evitar que nos vieran personas que conocíamos mutuamente, porque no sabía como explicar que ella estaba de vuelta, a menos de un mes de estar acá. Ni siquiera yo sabía qué era lo que estaba haciendo acá, de vuelta, puesto que su visita era en Regensberga<sup>154</sup>, que está bastante retirada de Karlsruhe. En fin, qué complicado, igual, me vale verga, porque yo no pagué ningún boleto de tren. Volvimos temprano ese primer día, porque ella estaba cansada del viaje.

Para dormir el primer día, le dije a ~~Alyona~~ que podía pernoctar en ~~la cama~~ el colchón en el piso, y que yo dormiría en el incómodo sofá. Ella me decía que era una tontería, que era muy incómodo. “**Para nada, no es nada incómodo**”, – inquiría, mientras me hacía el valiente que acostado en ese sofá donde era bastante evidente que no cabía, porque me colgaban las piernas. Me las recogí y me puse audífonos para dormir esa noche, porque ~~Alyona~~ me dijo: “*I snore when I sleep, so watch out*”, y pues sí. Buenos los ronquidos de mi comadre. Intentaba dormir, pero no podía porque la longitud del sofá era demasiado más pequeña que la longitud de mi torso y piernas. Fue realmente incómodo dormir

---

<sup>154</sup> Je.

esa noche, puesto que nunca probé si funcionaría el sofá como una cama. Sin embargo, estaba ya bastante acostumbrado a dormir en condiciones menos que óptimas en mis vidas pasadas. **Qué es una noche más valiendo verga.**

### Llega la madrugada.

El 31 de julio tenía *algo* importante que hacer. Debió ser una presentación que tenía que hacer donde estudiaba, y no querí a aburrir a ~~Ariadna~~<sup>155</sup> con interminables listas de hojas de cálculo de Excel sin final ni principio, y mis soliloquios repitiendo incesantemente el contenido de 20 filminas que no le importaban mucho a ella. **Pero, me escuchaba.** Nos despertamos relativamente temprano el martes, a las nueve, tal vez, y ella algo tenía que hacer de su presentación en Bamberg. **Bamberg, no... Regensburg?** — Estuvimos el martes sentados en posiciones contrarias del cuarto estudiando en nuestras computadoras portátiles, echando miradas cada tanto para saber que estábamos *en orden*.

Igual salimos ese día a tomar cervezas, ella una cidra de manzana, porque se hartó un poco de la cerveza, y a crear lenguaje mutuo<sup>155</sup>. Volvimos a dormir en esa configuración pendeja ese día.

Pasó el siguiente día, igual con muchas pláticas trascendentales<sup>156</sup>, de a dónde va el universo<sup>157</sup> mientras nosotrəs estábamos estancadas en el proceso de aprender “*cómo funcionan las cosas*”, riendo de las insensatas irregularidades de la vida diaria, y pasando las horas bebiendo cerveza y fumando cigarrillos rusos. Ya era casi jueves, y yo tenía el “examen importante”. Antes de que oscureciera, después de

---

<sup>155</sup>Ver, “lenguaje mutuo”.

<sup>156</sup>Pláticas de los exes del mal.

<sup>157</sup>Quejas sobre exes, no hay que perder la vista de las tonteras petulantes de las que hablamos.

haber bebido más cervezas de las que me gustaría aceptar, volvimos a Büchig en el tranvía, y dejamos unas cosas en mi habitación “*Smoke?*” – me dijo. “*Sure, why not*” – repliqué. Ahí cerca de donde vivía, había un escaño de piedra en medio de un camino que no llevaba a ninguna parte, y nos acercamos a sentarnos. Me acordé de todas las veces que viví momentos que no se repiten, y los atardeceres son de esos. Las madrugadas, y los atardeceres. Ahí estuvimos sentados, y, no sé, fueron las cervezas, el momento, lo naranja del cielo. Exclamé:

“*You know, how things only happen once?  
These times when*”

Y puso su carita en mi hombro. La sien, supongo, no la cara, si no, se hubiera ahogado, a la verga. Y seguí:

“*These moments, they don't repeat, you know?  
They are... unique, much like the stars and the  
skies and...*”

“*Do you mind if I kiss you?*” – porque, seré muchas cosas, pero el consentimiento ante todo, y lo importante era saber que estabamos de acuerdo con la situación imperante.

Nos besamos.

Lo demás fue una vorágine de eventos que creo que he olvidado en su mayoría: Me fui a medio día al examen, y escribí todo a la mala y rápido, y todo mundo se me quedó viendo extraño. ~~Ayudadme~~, la otra, me dijo si quería ir a tomar algo, un té *or whatever*, pero pues, ya saben, los culos. Salí recatado y evitando las miradas de las conocidas porque iba en camino a echar una culeadilla amigable.

Me vi con ~~Ayudadme~~ en el centro para ir a tomar, darnos besos en el parque, seguir tomando, tomarnos las manos debajo de la mesa, como adolescentes, por si alguien nos viera y estuvieramos haciendo algo prohibido. Nos debimos de haber encontrado con Julian, un alemán conocido mutuo, y el sonrojamiento era evidente. “*Oh, so you are here... again*” – inquirió. “*Yes, yes, the city is so nice*”, dijo ~~Ayudadme~~. Nos quedamos en silencio. Pero pues, qué le hace uno a esos momentos incómodos. Nos despedimos.

En algún momento, me preguntó: “*Why didn't you say anything before, you silly?*” – Y pues, no sé. ¿Vergüenza? Yo que voy a saber. “*Hard to tell what your intentions were, and you know, I am a very polite young man*”. Pero pues, patrañas. Ya que cayó y se dejó culiar, pues culiamos cuanto se pudo, antes de que se fuera, con pausas para ir a comer al centro cada tanto porque de amor tampoco se puede vivir.

Frank Turner ya lo dijo en su canción “Redemption”, al cierre:

*If each can be redeemed with the courage by which he confesses,  
So darling I miss you, your music and your musk and your kisses,  
I don't think I can do this.*

Qué línea. ~~Ayudadme~~ olía a sobaco, bastante, y no sé si era algo cultural, y fue algo que me dejó atónita en su momento, pero realmente fue lo que se me quedó, después del tiempo, de las horas que estuvimos compartiendo en ese colchón en el piso porque no tengo una cama. El primer día que volvimos me preguntó “*Where are your house clotheses?*” – un concepto absolutamente foráneo para mí. Tengo ropa – y punto.

No hay más. Todavía pienso al respecto sobre tener “ropa de casa”. Una vez, acostados ahí en la oscuridad, empezó a cantar:

*About as subtle as an earthquake, I know  
My mistakes were made for you  
And in the back room of a bad dream she came  
And whisked me away, enthused*

Pero muy desafinada. Y está bien, yo qué voy a decir de eso. Era lindo. No estaba poniendo atención a la letra, pero supongo que así son los errores que se cometan, ¿Ciento? ¿Ciento?

La siguiente tarde, fuimos a comer a un restaurante vietnamita que me gusta por Europaplatz. Estabamos ahí platicando y mirándonos con picardía, cuando ~~Adrián~~ me preguntó: “*¿What I am to you, Orlando?*”. “*The first russian girl I kissed?*” – contesté, sin pensar mucho. No, para que me hago pendejo. Le dije: “La quinta persona que me culié”. Y se me quedó viendo. “La primera rusa, no sé si eso te sirva” y... hermano. Hermano. Hermano de la caridad de Jesús cristo redentor, creo que de las peores tonteras que le pude decir a una persona, esa debió ser de las peores<sup>158</sup> Se quedó estática, porque ahora solo era un número, y una nacionalidad. Vaya esencialismo que me fui a encontrar con este pendejo virgen idiota, debió pensar. Pedimos un té de jazmín con perlas de tapioca, y de comer yo me pedí el pato con verduras salteadas y arroz, y ella pidió lo mismo, pero con pollo. Ella apenas tocaba su plato, y tenía una cara triste, triste, triste, y respondía monosiládicamente. Le pregunté que qué pasaba, y me dijo que le daba tristeza lo fugaz que era todo, y que solo era un número. Me dijo que el tiempo simplemente se nos va de las manos tan pronto, porque ya se iba mañana. La tomé con la mano derecha, porque en la izquierda tenía los palillos para comer, y le dije con toda sinceridad: “I mean, sure, but one day we will meet

---

<sup>158</sup>Faltan capítulos, tranquilein.

each other, ¿No?”. Y me dijo: “It’s OK”, y sonrió. Volvimos esa noche y nos besamos mucho. Tenía mucho que no dormía abrazada de otra persona, y sentí, después de meses de soledad y masturbación crónica, lo rico de un abrazo (y no dormir en el sofá duro).

Acostadas, me decía: Кartoшка, Кartoшка. Y yo no entendía nada. Me acariciaba la cara, y se volteaba, y reía. Sudamos mucho, porque hacía calor, pero está bien, porque le olía mucho el sobaco.

El 2 de agosto la encaminé a la estación de trenes, pues se iba, por fin, en un tren a Regensburg, por tres horas. Ella me dijo que, si todo salía bien, tal vez volvería a Karlsruhe, a estudiar, posiblemente, que no sabía. Que ya veríamos. Se fue y seguimos platicando por mensajes, mientras me decía la absoluta locura que fueron esos días. “*I miss you already, baby*”. *Baf, I miss you too*. Porque pues, quién soy para negarle el cariño a una persona.

Se fue, y me quedé ahí, por primera vez consecutiva. Una de tantas, pero yo no sabía que me volvería a pasar. Me fui al apartamento, y estuvimos mandándonos mensajes.

i love you, and hope to see  
you soon

Tenía mucho que no recibía un honesto mensaje así. Las costras definitivamente se curan, con el tiempo. ¿Cuánto van a durar estas costras?

Nunca nos volvimos a encontrar.

## Epílogo

Nos seguimos hablando durante varios días, en esos días que me fui a San Diego, a ver el sol por mucho tiempo, y volver a *casa* a saludar a mi ‘apá y a mi ‘amá.

Seguíamos mandándonos mensajes de “*love you*” y “*miss you*”, pero la distancia pesa, y cada vez se hacían más lejanos entre sí. De repente, se convirtieron en monólogos que no eran contestados, posiblemente porque nos dolía más saber que todo eran **mentiras** y que ya no nos ibamos a volver a ver jamás, porque la vida se nos atravesó y ella jamás volvería a ningún sótano. En algún momento, me dijo que me iba a mandar canciones el 6 de agosto, pero el día seis jamás llegó. Ya después, hablabamos tan poco, que solo le mandaba mensajes cuando quería buscar música pirata en VK. El 24 de febrero de 2016, me dijo que se iría a los Estados Unidos de América, y ahí fue que nos pseudodespedimos, porque ya después casi todo fueron monólogos, porque a ella ya no le interesaba mucho saber de mí, pero apenas ella sabrá por qué sucedió eso.

Solamente quedaron un montón de pistas de *Jeff Buckley* que siempre escuchó cuando se me rompe el corazón de nuevo, y la última canción que ella recibió, el día de su cumpleaños en junio, fue *I felt your shape* de *The Microphones*, que entre otras cosas, dice:

*I hung around your neck independently,  
And my loss was overwhelmed,  
By this new depth  
I don't think I ever felt  
But I don't know, my nights are cold  
And I remember warmth  
I could have sworn I wasn't alone.*

Así, Обожаю y Картошка, se perdieron en la memoria de una lengua que jamás entendería.

## 92101

Pasado todo el drama anterior, de cualquier modo me tenía que ir a Estados Unidos para lo de la chingada conferencia a representar a los hijos de la chingada que conspiraron en mi contra a través de correos electrónicos en ese momento. Bueno, ya fue, hombre, ni modo. Los boletos de avión estaban particularmente caros. Debido a que no tenía una tarjeta de crédito, tuve que pedirle a mi amigo Adrián el favor de hacer la compra del boleto. El problema residía en que necesitaba pagar inmediatamente para que el costo fuera pequeño, y dado todo el drama en el que me vi envuelto en esos momentos, quise evitar, en medida de lo posible, gastar mucho dinero para poder llegar a Estados Unidos, tomar transporte público para dormir en Tijuana una noche, volver en el día ya que me pudieran hospedar en un hotel decente, y darme una semana para visitar a mis padres en Los Mochis, Sinaloa, viajando en autobús desde Tijuana. Intenté lograr esto con un vuelo de último minuto en una página de Internet de nombre sospechosamente adecuado a mi problema, “lastminute”, y bueno, encontré un vuelo via Stuttgart, a través de Düsseldorf, por Chicago O’Hare y hasta San Diego con un tiempo de vuelo total de unas 23 horas. Pero bueno, *a caballo regalado, no se le miran los dientes*, dicen por ahí. En ese momento, yo no estaba del todo educado en la mejor ruta para poder llegar a Estados Unidos, y desconocía que era mejor volar a través de Frankfurt, via Los Ángeles, puesto que el aeropuerto cuenta con una terminal de trenes de alta velocidad, no en cambio Stuttgart, pueblo globero/bicicletero del estado de Baden-Württemberg, que ni siquiera tiene un chingado tren tempranero, a eso de las tres de la madrugada entre semana, porque es imposible que exista transporte a esa hora.

Válgame, así la situación entonces: Tomo el último tren a la estación de

trenes de Stuttgart que me permita llegar de manera sencilla y económica al aeropuerto de Stuttgart. Esto es tomando el tren de las 10:30 de la noche, llegando a las 11:31 PM a la estación central de Stuttgart. De ahí, tomé el U-Bahn 6, el tren subterráneo, para llegar a la estación Stuttgart Messe, y de ahí nomás faltaba caminar un tramo al aeropuerto.

Sencillo, todo sencillo.

Bueno, hasta la parte en la que salí a *Messe* y solamente vi oscuridad y todo cerrado. Me tardé un poco en orientarme, y como no había más señalizaciones para llegar al aeropuerto, estuve divagando y a la deriva unos cinco u ocho minutos. Al fin, encontré señalética que me llevaría a la puerta principal del aeropuerto.

Decidí estar despierto cuatro horas hasta el momento del *check-in*, por lo que por fin vi una película de Hayao Miyazaki que nunca vi con Natalia: Miré *La princesa Mononoke*, que hube visto incompleta en ocasiones pasadas, y 風の谷のナウシカ!, que tenía por ahí resguardada en un disco duro externo y que nunca había visto anteriormente.

Excelentes películas, las mejores cuatro horas con diez minutos que haya pasado en un aeropuerto. A las cuatro de la mañana, ingresé a la zona de entrega de maletas, y me acerqué a la puerta de abordaje. El avión salió a las seis con cuarenta minutos de la madrugada. Una avioneta De Havilland DHC-8 me llevó a Düsseldorf, donde me comí un panecillo mientras esperaba el siguiente transbordo. De ahí, tomé un Boeing 767-300 a Chicago O'Hare, con un retraso de 35 minutos. El vuelo sin eventos ni contratiempos: Solamente tuvo la peculiaridad que el avión debió de haber volado una de sus últimas veces transatlánticamente, porque todavía poseía pantallas tipo CRT (o alguna tecnología equivalente para aviones) así que no pude ver películas nuevas en el avión. Ni siquiera recuerdo qué pusieron. Cero de diez, pinche avión vergüento viejo pasado de verga.

Llegué poco antes de las 5 de la tarde a San Diego, por lo que pude

tomar un autobús a la estación de Trolley, que me llevó a la frontera con México, una hora y minutos después.

Llegué a la frontera de San Ysidro con Tijuana, México, cuando ya estaba oscuro y había mucho vato en los puentes peatonales mirando feo. **Vaya desperdicio de tiempo por 1085.76 euros.**

### Tia Juana

**La etimología de esta ciudad fronteriza me evade.**

Llegué al cruce fronterizo más voluminoso del planeta, con centenas de millones de cruces por año, a pata, y sola a la verga. Saliendo del *trolley*, hay solamente dos opciones: Ir al *outlet* de las Américas, a comprar ropa miscelánea, zapatos, y otras monerías que se consiguen *en el otro lado*; la otra opción, ya de vuelta del calor de las compras y de dejar un agujero financiero en la billetera por comprar cosas “baratas”, pero *del gabacho*, es tomar el *trolley* de vuelta a San Diego, la ciudad, para ver las monerías de la ciudad demi-fronteriza.

Para cruzar a México, hay que tomar un camino marcado del lado izquierdo de las vías, saliendo. Ahí se encuentran dos casas de cambio, con la conversión de dólares a pesos en una marquesina luminosa poniendo el precio del día, una ventanilla de McDonalds atendida por paisanos, y una cantidad innombrable de gente sentada, *mirando*.

Mirándolas a una. Me acerqué a una casa de cambio que tenía el dólar a 16.30, un poco menos que la tasa de cambio oficial ese día. Le dije a la señora mexicana amable “**¿Hola, cambias euros también?**” - “**¿Cuántos son?**” – inquirió. Traía 20 euros, que la muchacha metió en una calculadora, y me mostró a través del vidrio templado. “**¿Así?**” - “**Simón, échalos**”. con veintidós dólares y unos centavillos, me aventuré a la frontera, que son solamente unas escaleras, un cuarto amplio, venido a menos por años de descuido institucional, algunas flechas marcando el camino para accesar, algunos milicos portando armas largas, y carteles

mencionando lo sumamente ilegal que es ingresar con armas de cualquier tipo a México. Unas estacas marcando el camino para mexicanos y extranjeros dividiendo el acceso al país se encuentran doblando la esquina. Para mexicanos, solamente hay que cruzar el cuarto, poner las maletas en un detector de rayos X, y listo, sale uno del lado de la frontera de Tijuana, llena de tiendas *Duty Free*, anuncios del PRI y gente mirando. Al fondo se divisa un puesto de frutas y licuados, adornado por decenas de taxis de colores varios: Blancos con verde, blancos con amarillo, negros y todo lo que queda en medio. Un viejo me grita: “*¿Pa’ donde, jefe?*” – “*Al centro, compadre, cuanto me cobras?*” – “*Quince bolas*<sup>159</sup>” – “*Sale.*” El camino del taxi fue echar *mentiras* de dónde venía, que solamente era “*para comprarle unas cosas a mi ‘amá en el otro lado*”. El taxista me dijo, como siempre, que Tijuana era un desmadre, que mucho pinche inmigrante, que vinieron a arruinar todo. Que a ver quién viene a aplacarlos. Llegando a la avenida revolución, le dije que me esperara en lo que sacaba feria del Banamex. Me bajé, activé la tarjeta, saqué 5000 pesos y dije “*So’s todo, a la verga, ¡Ua!*”. Volví al taxi y le dije que si conocía un hotel bueno. Me dijo que simón, que aquí a la vuelta. Se estacionó enfrente a un portón negro que tenía una cartulina amarillo fosforescente que decía “Hotel 200 pesos”, y me dijo que eran conocidos de él. Le dije que en pesos cuanto, por el viaje, y calculó a una tasa de cambio de 15 pesos, para hacer las cosas sencillas. “Ciento ochenta, jefe”. Le di 200 y me dio el vuelto. Nos despedimos y pensé “*pura verga me voy a quedar aquí*”. Volví a la calle revolución y caminando me encontré el Hotel Quinta, que esperaba por las apariencias no cobraran tan caro. “*Setecientos la noche, m’ijo*” – me dijo una señora chiquita, morena y cachetona, con unas uñas acrílicas que tenía meses sin ver en la vida real. “*Sale y vale*” – le contesté. Me dió unas llaves y me metí a un cuarto del segundo piso que se veía que podía entrar cualquier

---

<sup>159</sup>Bola Del occit. *bola*, y este del lat. *bulla*, “burbuja”. 17. f. pl. N. Méx. Unidad transaccional financiera. Pesos.

persona con suficientes ganas de chingarme. No tenía mucho, salvo una laptop y calzones cagados. Salí a la calle y enfrente, en el restaurante Caesars, me comí unos tacos y me pedí una tecate, roja. Los tacos estaban particularmente malos, pero tenía nostalgia de mi México, así que me los comí y luego pedí una michelada de tecate, light. Enfrente del local, se escuchaba música de banda y automóviles con reggaetón andando de prisa. Como ya era noche, no había burros pintados de zebras, tristemente. “Estoy en casa” - pensé, mientras tomaba un sorbo de michelada aguada. Me fui a dormir temprano porque me sentía demasiado cansad@.

En la mañana siguiente me fui a caminar por las desvalijadas calles del centro, que estaban vacías tras la vorágine nocturna del centro. No había ni vagos por la calle, supongo porque estaba un poco frío, y caminé seis cuadras a buscar el Mercado Hidalgo. Ahí cerca estan los tacos del Rio, una birria calientita con tortillas recién hechas y salsa enchilosa. Estaba en el cielo, literalmente. Fotografié algo y devoré todo. Me regresé a pie y me metí a una panadería para comprarme una concha de vainilla. La vida me parecía espectacular. En el hotel les pregunté si me podían pedir un taxi, que llegó a los minutos. Le dije que me dejara en la línea. “Ciento veinte varos, compa” – me dijo el taxista, con un prominente acento que no provenía del noroeste geográfico. Ahí le eché ~~mentiras~~ 20 minutos y me dejó en el cruce de San Ysidro / Tijuana. El cruce me tomó unos 45 minutos, pero al fin, llegué al *trolley* y de ahí, a donde me tenía que registrar en San Diego para quedarme el resto de la semana.



La última vez que estuve en este cruce fue el 1 de septiembre de 2012. Llegué a Tijuana temprano, porque el festival empezaba temprano, y yo no quería gastar vacaciones;

luego entonces, volé de madrugada a Tijuana, y quedé con ~~Ayudantes~~ de vernos en la frontera del lado de San Ysidro, y de ahí ella iba a manejar a Los Ángeles, una hora más o menos. Compré un servicio de autobús en la frontera de Tijuana que supuestamente me llevaría a San Diego a la terminal de trenes de Amtrak. El cruce fue por Otay Mesa, por tener un volumen de transeuntes, haciendo el proceso menos tardado. Por ser un as en vale verga, a mi me retuvieron varios minutos en el cruce fronterizo, por haber tenido un permiso I-94 inválido al hacer un segundo cruce por Estados Unidos de Norteamérica, al olvidar entregar una papeleta en un viaje anterior. El tiempo me pareció eterno, pero no hubo penalizaciones, salvo que salí del lado de Otay, y no encontré nada.

Las ciudades de Tijuana y San Diego, o específicamente, San Ysidro y Otay Mesa, son dos cruces fronterizos entre el aeropuerto de la ciudad de Tijuana y el centro de la ciudad de Tijuana. Al ser mucho más concurrido, algunas personas cruzando la frontera prefieren hacerlo a través de la frontera de Otay Mesa, por tener un menor flujo vehicular y pedestre, a pesar de no tener las facilidades de tráfico disponibles en San Ysidro, específicamente, autobuses y el trolley, o tranvía, que lleva a la ciudad de San Diego.

Yo no sabía y pues, pendeja, en ese entonces, las facilidades de comunicación de los diez no existían. O no, hermanas en Cristo Redentor, tenía solamente disponible a mi mano un teléfono móvil con servicio de mensajería y llamadas, y existían los teléfonos fijos, no más. Tenía entonces el teléfono móvil de ~~Ayudantes~~, y cuando crucé no vi nada de lo que me dijo que vería. Me dijo que al lado del trolley nos podíamos ir, pero solamente vi un desierto que no acababa, restaurantes de comida rápida, y tiendas de cambio de moneda. Me quedé con cara de pendeja, porque no reconocía nada, y no

tenía como localizar a esta chingada vieja. Camine un poco para ver si podía encontrar señal Telcel de México, pero no encontré ni vergas. No pude mandar mensajes ni hacer llamadas, entonces pasé a comer un kilo de verga. Como no encontraba algo, me metí a un 7/11 y cambié un billete de 5 dólares por *coras*<sup>160</sup>, y me acerqué a un teléfono público para intentar hacer una llamada, sin éxito. Ahí que me quedé, acalorad@, azorad@, y confundid@. A las 11 de la mañana y minutos, me marcó ~~Ayudadme~~, mi salvación. Me dijo: “¡Güey, es tardísimo, dónde chingados estás!”, y le dije que no sabía. “Veo un Ihop... y un Jack in the Box”. Me dijo: “¡Ay güey! Si eres pendejo, ya sé dónde estás. ¡No te muevas de ahí!”. ~~Ayudadme~~ llegó a la media hora en un Toyota Camry venido a menos. Nos reímos del tema y fuimos en camino al festival.



Llegué a la habitación a hacer mi *Check-in* y me dijeron una tarjeta, y me dijeron “*Your friend arrived earlier*”. Ahí, conocí a mi compañero de alcoba: Un alemán de no sé qué parte, al que me dio muchísima vergüenza tener que decirle la verdad: No hablo alemán. Esto, después de que nos saludamos con un seco “*¿Hallo, wie heißt du?*”, y empezó a decir un montón de cosas que yo no entendía. Nos miramos fijamente, y le dije: “*Sorry, I don't speak German. But I am learning*”, Con un poco de desdén, el tipo cambió a inglés para podernos comunicar. Me dijo que “*It's OK*” y alguna otra formalidad, pero nada más. Tuvimos un evento de rompehielos pero ahí no conocí a nadie. Al día siguiente, estuve en unos talleres de cómo ser buen líder, de un señor muy belga muy ojón y chistoso. Tuve varios momentos para hablar de los problemas que tuve con la situación en nuestro grupo de trabajo en Alemania (*siendo*

---

<sup>160</sup>Quarters, pa' los chicanos, monedas de 25 centavos

bastante inteligente y quitando la parte en la que estaba sumamente ebrio y teniendo problemas con las figuras de autoridad), y me reía y mucho jiji, mucho jaja. Al terminar el taller, no había hecho muchas migas con nadie en específico. Pero como yo quería conocer gente, porque con el chingado alemán ya no quería hablar, caminamos de vuelta al hotel en racimos de gente de todos lados, y yo sugerí ir a beber cervezas, por que... ¿Por qué carajo no? El alemán dijo que estaba cansado, que adiós. Un grupo pequeño dijo que sí iría, y ahí fue que conocí a Alex y Paulina. Alex era un canadiense algo serio pero simpático, y Paulina, una polaca muy agradable que venía con todos sus amigos polacos a los eventos. Después de las cervezas, fuimos al malecón a ver *Unconditional Surrender*, una estatua gigante que conmemora el fin de la segunda guerra mundial, y de ahí, volvimos al hotel. Cada quién se fue a su cuarto, y yo no le pedí el número telefónico a ninguna de las dos personas, porque me daba vergüenza, y porque soy un pendejo bien hecho. Fui a mi cuarto de hotel, y el alemán ya estaba dormido. Así fue que me dormí, y pensé: “*Maldita sea, Qrlando... tal vez ya nunca los veas, ahora vas a estar sola*”.

A la mañana siguiente, me fui al salón de conferencias, sola. Le daba muchas vueltas a lo que hice mal, por vergüenza, y me azoté, por güey, que cómo se me ocurría. En el centro de convenciones de San Diego mientras subía las escaleras eléctricas, vi a Paulina bajando, y les hice señas que los vería abajo, que me esperacen. Saludé a Paulina, y conocí a Piotr, uno de sus amigos polacos, un gordito barbón y sonrión con una cámara. Me dijeron que irían a *walk around the city and see what's good*, y porque realmente no tenía mucho que hacer, me fui con ellos dos, y otros dos polacos del grupo: Jakub (que apodaban Kuba), Krzysztof y Michail, que llamaban Micha. Había otra polaca, pero ni me acuerdo cómo se llamaba, además la pinche vieja culera no me sacaba mucha plática y me miraba con desdén; entonces ni modo, tocó mandarla a la verga. Bueno, ni modo. Ese día, les había dicho que en algún momento estaría genial ir a comer algo, porque yo no había comido nada desde la

mañana. Debido a que no quería perderlos, seguí al grupo a hacer turismo por la ciudad, mientras me moría de hambre y solamente reducía las molestias tomando un chingo de agua, mucha fuerza de voluntad, y pensando todo el camino en mi deseo incontrolable de comer *waffles*. Como estos cabrones tenían muy reducido el presupuesto, hicieron lo que yo en el futuro hice mucho que era ignorar el hambre hasta que fuera realmente necesario comer. Todos en el grupo (salvo Paulina, que fungió como mi traductora oficial) hablaban en polaco entre ellos, con algunas traducciones aquí y allá. A mí no me molestaba en lo absoluto, porque pues igual la estaba pasando bien, no estaba comiendo verga sola, y pues algo se aprende de gente desconocida.

Volvimos a los eventos nocturnos del centro de convenciones porque la comida era gratis, y a quién no le gustan las patadas en el hocico. Piotr sugirió ir al hotel “*to have some drinks*”, les dije que “*sure why not*”: Como buenos polacos, fuimos a un supermercado y compraron un botellón de vodka Smirnoff y jugos de piña. A mí no me gusta el vodka, pero pues, ni modo, a la verga, patadas en el hocico. Llegamos al cuarto de los muchachos y pisteamos, escuchamos música polaca culera, y yo ya borracho me pongo muy cómico y agradable. ~~Alejandra~~ me mandó mensajes mientras estaba pisteando, pero ya se desvanecían en la longitud de nuestras presencias, puesto que ella notaba que yo estaba ya ocupado con la vida real. Supongo que la distancia si daña, y como todas, empezó a apartarse, de a poco, al ver que ya no nos volveríamos a ver.

Pero bueno, no importaba eso ¡CARAJO! Ya estaba pedo y tomándome selfies con esta bola de haraganes. La vida era buena, y llegué hasta el culo al cuarto donde el alemán estaba dormido. Pretendía no hacer ruido, pero igual estoy seguro que hice un cagadero y medio. Esos días simplemente se convirtieron en un torbellino de noches con mucho vodka, vómito en el cuarto lo más cercano al agua del escusado para “no hacer ruido”, bailar con una silla para demostrar mis habilidades en la

salsa y la cumbia, y aprender a decir para todo *Kurwa*<sup>161</sup>. Pasé toda la conferencia alrededor de los polacos, bebiendo y riendo mucho. Me llamaban “Ola”, porque, hermana, ya eres polaca para nosotros, y yo insistía mucho que era una “*strong, independent mexican woman who needs no man*”, y esto les causaba mucha risa. Bueno, todo sea por la *disforia*.

Nos despedimos un viernes, con la promesa que nos veríamos en el futuro. “*Sure guys, I will come to Poland, soon, I promise*”.

Promesas vacías que uno hace cuando conoce a alguien tan profundamente en algunos pocos días.

Me fui el 14 de agosto de 2015 de vuelta a Los Mochis, Sinaloa, puesto que no sabía si volvería pronto, y tenía que aprovechar el aventón del otro lado del Atlántico, hasta nuevo aviso. Esa vez, me enteré que Paulina y los otros pinches polacos irían a *Seaworld*, mundialmente famoso por tener orcas asesinas, ser parte de una película que marco el antes y después de muchos niños y niñas durante los años 90s, y porque era carísimo como la mierda misma.

## Mochicahui, 1

Esta fue la primera vez que viajé en autobús de Tijuana a Los Mochis. El costo del boleto era de alrededor de mil doscientos cuarenta y ocho pesos, cero centavos, por lo que me parecía una ganga absoluta. Perdería entonces bastantes horas estando sentado, recorriendo la rumorosa y gran parte de la geografía sonorense, pero cuando menos podría disfrutar de unas vacaciones miniatura en casa. *En casa*.

~~¿Casa de quién, Orlando? No tienes casa.~~ Dormí gran parte del camino a casa, y afortunadamente el autobús tenía Internet, películas malas en un monitor pequeño, y aire acondicionado. Cuánta

---

<sup>161</sup> Prostituta, en polaco.

comodidad. Gran parte del camino no la recuerdo. Pasamos de noche por Mexicali, San Luis Río Colorado, y creo que desperté cerca de Hermosillo, Sonora, a eso de las seis de la mañana, cuando empieza a clarear en el desierto. El resto del camino era ya conocido: Ciudad Obregón, Guaymas, Navojoa, y por fin, Los Mochis, Sinaloa, tras veinticuatro horas de viaje de autobús. Se puede ver a unos 25 kilómetros de distancia el cerro de la memoria, aproximadamente desde Juan José Ríos. “*Márcanos cuando estés en Ché Ríos*” – me decía mi madre por mensaje de texto. Le avise a mi ‘apá y a mi ‘amá que estaba llegando cuando podía más o menos divisar el cerro de la memoria. Llegué más o menos a medio día, y me fueron a recoger a la central de autobuses nueva de Tufesa<sup>162</sup>, muy lejos de la que ya conocía bien por el centro de la ciudad, cerca del Mercado Independencia, lo que daba un total de quince minutos en automóvil para llegar a casa. Pero no, no fue así esta vez. Todo estaba muy cambiado. Había una gran plaza comercial cerca de la estación de autobuses que no conocía, pero afortunadamente las cosas en casa estaban exactamente iguales: Mi madre y mi padre en su carro Neon Chrysler 1996, con la pintura relativamente bien conservada, y un peluche de la telenovela Serafín protegiendo de noche (y de día) los viajes de mi madre y mi padre. Hablamos sobre que todo estaba bien, y que tenía algo de tiempo antes de que empezara la temporada de prácticas profesionales, y además tuve oportunidad de recoger papeles que potencialmente necesitaría en el futuro cercano: Acta de nacimiento, licencia de conducir, y cartilla militar. Esa vez, no tuve mucha oportunidad de ver a los plebes<sup>163</sup>, solamente al Loya y al Salas. Esa vez, salimos a pasear poco, porque no había muchas cosas que hacer, pero sí recuerdo haberme comido un *hot dog*<sup>164</sup> y lo disfruté bastante, a pesar de que solamente me había ido

<sup>162</sup>Vaya chinga encontrar que TUFESA es un acrónimo que significa Transportes Urbanos y Foráneos de Empalme Sociedad Anónima. Estos autobuses se hicieron populares en los ceros por tener una flotilla moderna y precios accesibles.

<sup>163</sup>Plebe, Del lat. *plebs*, *plebis*. 4. f. Sin. Niña, o amistad. Para referirse a las amistades, en género neutro. ej. “Vamos por una uvolita con las plebes”.

<sup>164</sup>Perro caliente, o “jogdog”, salchicha de ¿puerco? envuelta en pan y aderezada

hace menos de un año. Pisteamos<sup>165</sup> tecate blanca, porque la roja me pone muy intransigente, y no visité a ninguno de mis tíos y tías que viven en Los Mochis. Pasamos, sin embargo, por Mochicahui, que es un pueblo predominantemente habitado por personas oriundas de la región, cahítas de todos tipos, y que venden “pan de mujer”, que es pan con harina integral de trigo, rellena de piloncillo, que es una especie de azúcar remanente del proceso de la caña de azúcar, y que realmente nunca aprecié porque no me parecía buen pan, pero tampoco me parecía nada particularmente bueno. Esa vez, solamente compramos unas bolsas de coricos, que son una especie de *Brezeln*<sup>166</sup> pero hechos con azúcar y harina de maíz. Esos si me gustaban, pero son sumamente secos, entonces se acompañan con un refresco de Coca Cola muy fría. Pasé tan pocos días en casa, que se sintió prácticamente como una visita normal de cuando vivía en Guadalajara.

Volví a salir en autobús en dirección a Tijuana 3 días después. No sabía si volvería pronto, pero disfruté esos días como si fueran los últimos.

*Look your last upon the sun.*

## 500 West

Llegué a Tijuana, otra vez, 25 horas después de estar sufriendo en un camión que olía un poco a pedo y a burritas de frijol con machaca.

El vuelo de vuelta tendría que tomarlo el 19 de agosto de 2015, y dado que naturalmente soy un culo para eso de que me dejen los aviones, crucé la frontera el 18 de agosto. En preparación a mi llegada a los Estados Unidos de Norteamérica, busqué un hotel barato en la

---

da con guacamole, salsa cátsup, mayonesa, cebolla caramelizada, queso cotija y papas fritas. Despues descubrí un primo extraviado del jogdog mochitense en la república de Chile. Allá, les llaman completos, y al aguacate le llaman *paltata*.

<sup>165</sup>Pistear, De *pisto*, -ear. 4. tr. Sin. Beber alcohol.

<sup>166</sup>Futa madre no vaya a ser que un/a alemán(a) lea este libro y entienda la referencia cruzada.

aplicaciones de hoteles, sabiendo que el concepto de hostales es completamente ajeno a la cultura y solamente me llevaría una amarga experiencia. Determiné quedarme en un hotel llamado “500 West” por el *downtown*, a un costo de 59 dólares, más impuestos. Como necesitaba algo de tiempo para poder ir a Tijuana, y porque me daba un poco de miedo dormir *del otro lado de la frontera*, alquilé un cuarto en este hotel que se veía relativamente bien en las fotografías.

**Error número 1: Pensar que un hotel norteamericano de menos de cien dólares no será un absurdo agujero del infierno.**

Llegué a la entrada y todo se veía normal por fuera: Un edificio histórico con gente pasando dentro y fuera. Todo bien, hasta el momento. Llegué al vestíbulo del hotel, y las cosas se veían progresivamente peor: La puerta no abría del todo, un ligero olor a humedad y cloro, como de escena del crimen, y en la recepción, un hombre desaliñado viendo su teléfono móvil sin poner mucha atención a la entrada. Llegué con la maleta y me presenté, presenté mi pasaporte, y el desaliñado, prolijamente atendiendo me dio una llave, y me dijo que el piso 3. Una pareja de personas excesivamente delgadas y con camisetas rotas salieron del elevador, también en un estado bastante deplorable: Botones pegajosos y manchas de un color grisáceo indescriptiblemente mezclado de años y años, y un poco de olor a mota saliendo del piso tercero. Una mujer negra con sobrepeso salió rápidamente de uno de los cuartos al final del corredor, en ropa demasiado ajustada, y un hombre negro, con ropa ajustada también, se asomó del mismo cuarto, me miró, y volvió a su cuarto. Los pasillos se veían descuidados, pero definitivamente no ha sido el peor lugar en el que he dormido.

Ese lugar se lo ganaba, hasta entonces, el hostal *Arsenal Tavern Backpackers*, cerca de *Finsbury Park* en Londres. Yo necesitaba un hostal que estuviera cerca de *Finsbury Park* puesto que atendería a un festival en ese parque, el *All Tomorrow's Parties*, que funcionó hasta 2016. Yo estaba muy

emocionado en ese entonces porque era un festival en Inglaterra, y ese sería mi primer viaje internacional de mi vida. El hostal donde me quedé era, por decirlo de la mejor manera, un absoluto y total chiquero<sup>167</sup>, pero era lo suficientemente barato, y solo me quedaría ahí 4 días. Al final, terminé con muchas mordidas de chinches, y sufri un dolor de cabeza deshabilitante la primera noche. Yo pensé que sería una experiencia "de hostal", como las que uno ve en las películas norteamericanas, pero mi experiencia de hostal se redujo a compartir el sofá con un tipo que no podía dormir, esa noche que me dolía la cabeza como nunca pensé que me dolería, viendo un juego de cricket en la televisión del cuarto común. Ese día, el 24 de mayo de 2012, fue el día más cálido de la temporada en Londres, por lo que la gente estaba vuelta loca en los parques disfrutando del sol, mientras que yo, amargado con la vida porque lo que quería era lluvia, sufri de calor toda la noche porque uno de los tipos del hostal, que supongo que era australiano, estuvo tosiendo toda la noche como si fuera a morir pronto.

Entré a mi cuarto asignado y las peores de mis pesadillas se hicieron presentes: Colcha vieja de tela brillosa salida directo de los ochentas adornando la cama; una ventana con un marco bastante derruido y adornado por nombres escritos con cuchillo en una esquina, "J+D"; un armario destartalado y descolorido en una esquina; en la otra, arriba de la cama, una ventana de marco blanco y un ventilador de piso conectado a una extensión fabricada hace algunas décadas. Miré alrededor, y no divisé ninguna ducha o sanitario dentro del cuarto. [Respiro]. "Puta madre, terminé en un hostal caro, a la verga", – pensé. Puse mi maleta y me acosté y la cama no era dura, pero parecía que los resortes estaban bastante verguiados, y pensé "La puta madre, no voy a

---

<sup>167</sup> **Chiquero:** Quizá del mozár. y ár. **رِيزْنَخ**, y este del lat. vulg. \*circarium, der. del lat. circus 'circo', 'cercado'. 3. m. coloq. Lugar jediondo y a<sup>h</sup>queroso.

poder dormir esta noche". Me conecté a la red inalámbrica del hotel, que tampoco funcionaba muy bien, mientras sudaba mirando al techo. "Que putiza si me quiero bañar al rato" – pensé, al ver que no había una ducha dentro del cuarto. Escuchaba barullo afuera, y un ligero olor a mota. Todavía tenía suficiente carga en el teléfono móvil y suficiente Internet para cargar algunas páginas, muy lentamente, así que busqué reseñas en el Internet para ver qué encontraba.

Это хостел. В номерах холодно, отопление не работает. – un hombre dijo. "Bueno, pues no es invierno, afortunadamente, pero sí está haciendo algo de pinche calor" – recolecté de una rápida búsqueda en un traductor en línea. No me inmuté tanto, porque recordé que en la noche refresca, entonces estaría solamente enbochornado hasta las seis de la tarde. Me tranquilicé mientras pensaba. "¡RATAS! si está haciendo calor puede haber chinches". Apresurado, revisé las esquinas de la cama... y vi lo que más temía *en ese momento*: Cadáveres de insectos. Pensé: "Oh, no..." y empecé a buscar en Internet alguna referencia. Encontré una página en Internet llamada *Bed Bug Report* en línea... y ¡Tómala, a la verga! 12 reportes hasta el 2015. En la noche es que salen los chingados bichos, y dije: "No, a la verga, esto no puede ser posible".

En ese momento, mi memoria recurrente trajo de vuelta la memoria de las chinches asesinas, y efectivamente: El borde del colchón estaba lleno de sangre y despojos de chinches. Dado que ese día estaba haciendo mucho calor, me di cuenta que era muy posible que en la noche sería atacado por estos malditos parásitos del infierno, por lo que fui a la recepción, les dije "no maman", en mi mejor inglés posible, "Hey, sorry, I would like to recall my reservation, I don't want to stay here anymore because I found bedbugs". El flaco, mirando de lado, me dijo: "Well, tough shit, sorry, we cannot refund anything because you already checked in. We can find you a different room, maybe?". Le dije "I guess then, I am leaving". Porque así no funcionan las infestaciones de bichos, pero

bueno, qué vergas le vamos a hacer. Volví al cuarto, recogí mi maleta y regresé las llaves a la recepción. Refunfuñando, me fui caminando por la calle hasta llegar cerca de donde estaba el primer hotel.

Recordé haber visto un Motel 6 que podía estar cerca de donde me estaba quedando hasta hacía unos días. No cargué el mapa porque sabía que tendría que caminar unas tres o cuatro cuadras para llegar al hotel. Realmente eran 12 cuadras, aproximadamente un kilómetro a paso ligero. Emprendí camino y sudé. Sudé mucho a la verga.

El Motel 6 será muchas cosas, por ejemplo, un pinche lugar todo verguiado al que llega la gente muy cansada en momentos poco apropiados viajando por la carretera en los Estados Unidos de Norteamérica, pero en esta ocasión, fue un lugar maravilloso y todo estaba bien. Fui recibido por una viejita negra muy agradable que me dijo que serían 90 dólares por quedarme esa noche, y que sí había lugar disponible. Pensé “**pues ni pedo, a la verga**”, pero dije: “*Sure, I'll take the room*”. Pagué con mi tarjeta Banamex pensando que ese dinero me podría faltar en el futuro, pero mi necesidad de comodidad podía más que Qrlando, del futuro. Pude haber sido violentado por las chingadas chinches gringas, o podía, en este momento, posiblemente, dormir a gusto por una vez en este viaje, aunque no supiera como iba a pagar en el futuro este pinche detallazo. “De haber sabido esto antes no hubiera pagado los 60 del otro pinche lugar miado”. Subí en el ascensor, y miré el pasillo estéril, iluminado fluorescentemente. Abrí la puerta, y me encontré con algo inesperado, y positivo: El cuarto estaba decorado muy *minimalista*, mucho cuadrado, mucho *art pop* y colores sólidos CYMK; mucha figura geométrica; a Jesucristo gracias, agradezco, que había aire acondicionado y ducha propia.

[ ¿esto es estar bien? ]

Esa noche dormí agusto. Al día siguiente, tomé un taxi que me llevaría al aeropuerto, a 8 minutos recorriendo 2.1 millas para el amante de las *freedom units*; 3.37 kilómetros, para el resto del planeta.

El vuelo de vuelta tampoco fue muy interesante: Volé de San Diego a Dallas Fort Worth, en Texas, abordo de un Boeing 757-200, abordando a las 12:25 y llegué a tiempo, poco antes de las seis de la tarde. Esperé dos horas ahí, me debí comprar un refresco de cereza, y volé a Londres, Heathrow, llegando al día siguiente a las 11 de la mañana, a bordo de un Boeing 777. Nada interesante pasó en medio, ni me acuerdo que películas vi. Medio vergüiado, ya en aeropuerto principal de Londres, me compré un sangüich en el Boots, y un refresco de Irn Bru, como hice tres años atrás para ahorrar pesos. La última sección del viaje constaba de dos horas, nada fuera de lo ordinario, y aterricé en Stuttgart poco después de las seis de la tarde, por segunda ocasión desde aquel fatídico octubre.

Estuve esperando varios minutos para que llegara mi maleta, pero no llegó nada. Me fui a preguntar qué chingados había pasado, y parecía que me habían perdido la maleta. Un agradable empleado de la aerolínea American Airlines me dijo esto, pero me dijo también que me llevarían la maleta a mi hogar sin costo adicional. Pensé “Bueno, lo bueno es que tengo calzones en la casa”. Y tomé un tren de vuelta a Karlsruhe de la estación central de Stuttgart, ya recorrida la tarde.

Las cosas eran un poco distintas de la primera vez que viajé en tren a Karlsruhe. Esta vez, por lo menos, ya sabía que tenía que tomar un tren regional para ahorrar dinero en el camino de vuelta. También sabía que el tren iba cada hora, aproximadamente, así que no tuve que esperar mucho tiempo cuando llegué a la estación de tren. En el camino de vuelta, en Stuttgart podía ver que había nubes negras y mucha lluvia.

*“Qué ominioso, ¿Por qué siempre me recibe Stuttgart con malas noticias?”* – pensé.



## 7 Otoño II

### Incubación

*en fómites se dispersan las peores cosas; aparatos que  
dejan de funcionar con el tiempo; cartas borradas por  
sentir menos; estampillas, usadas.*

*en fómites se convierten las memorias en basura;  
eventualmente, todo se pierde y se vuelven trizas  
trazas, en lo que dejastes— tablecimos que no habla-  
ríamos de nuevo.*

Así se quedan divididas las tierras.



omo parte de mi reintegración a la sociedad alemana en mi primer año como inmigrante, volé de vuelta a Stuttgart, otra vez, como aquella mañana *linda* de octubre *casi* un año atrás y llegué también como aquella vez, sola pero sin maletas, sin embargo ya sabía de menos *algo*.

Alguna cosa.

En mi maleta pedida, tenía un chingo de comida embolsada y enlatada, calzoncillos nuevos de supermercado gringo, y parafernalia mexicana que no me pertenecía: Roman, el polaco hijo de la *chingada* que me hizo encabronar hacía menos de dos meses, me pidió amistosamente que le trajera “*one of those clothes mexicans wear when they are sleeping under the cactus*”, entiéndase por un sombrero y unas maracas. Nada imposible de conseguir, pero debido a que tampoco le eché muchas ganas para conseguir *authentic mexican curios*, compré el sombrero en el mercado Independencia de Los Mochis, Sinaloa, que decía “MÉXICO”, en letras grandes y flacas tejidas con estambre, y unos patos feos cosidos con estambre amarillo: Un trazo increíblemente lúcido, para ser un sombrero de paja, y un pato que podría ser también una paloma, o cualquier otro objeto del estudio semiótico-ornitológico de los pueblos originarios; un poco de estambre azul, a modo de lago; dos rayas, verdes, por el pequeño costo de 80 pesos, siendo un *mexican curios* de precio módico, dado que los vendedoras no saben que se irán del otro lado del mundo. Cuando estaba cruzando la frontera de Tijuana en dirección a San Diego, me crucé a pie a unos puestos de *mexican curios* cerca de la línea del lado de Tijuana donde compré las maracas y el poncho por 500 pesos. Me pareció caro, porque normalmente en esa parte compran los gringos que vuelven a la salubridad de San Diego, California, después de atascarse todos los hoyos con coca rebajada del *Hong Kong*. Los pinches careros vergos de Tijuana saben que se les va a comprar chingaderas para adornar su casa en Malibú para impresionar a

sus amigos gringos blancos que les da miedo caminar y existir, a pesar de estar constantemente en peligro de ser víctimas del uso de armas de fuego que son vendidas sin ton ni son a cualquier individuo que así lo desee<sup>168</sup>.

Unos días después, le llevé sus *mexican curios* a Roman, y nos tomamos una cerveza y comimos quesos viejos que le fascinaban a su novia. Esa vez, ellos tomaron un té, porque no consideraron apropiado tomarse las cervezas que llevé para matar el aburrimiento. Tuve solamente algunos días para volver a la vorágine del diario, acercándose peligrosamente mi primer aniversario estando (suficientemente) lejos de casa.

Cada año nos pedían amablemente fungir como *buddies* de una persona de nuestro país de origen, como una especie de “servicio a la comunidad”. Eso mismo me pasó a mí justo cuando llegué a Alemania, con un jóvenzuelo de nombre César Eduardo, cuya única solicitud cuando venía de México fue “*un paquete de cecina*<sup>169</sup>, *de la que encuentres*”.

Antes de irme de Los Mochis, Sinaloa, en 2014, fui al Oxxo que está cerca de la casa de mis viejass e hice las últimas compras: Dos paquetes de cecina y una bolsa de Rancheritos, del amigo Adrián, que son bastante populares en México. *A mí los chingados rancheritos ni me vienen, ni me van.* A César Eduardo lo conocí en la entrada de la estación de trenes principal de Karlsruhe, y cruzamos apenas palabras y medias. Me dijo que él tendría que mudarse pronto a Friburgo de Brisgovia, por lo que no podría ser de gran ayuda en estos momentos de gran tensión. Me dio el teléfono móvil de otro mexicano que vivía en ese entonces en Karlsruhe, y me dijo que lo buscara si tenía problemas. *Hasta la fecha, nunca busqué al individuo, y no por mamón ni nada, simplemente no tenía nada*

---

<sup>168</sup> In select states with the laxest gun laws, in no particular order: New Hampshire, South Carolina, Georgia, Louisiana, Maine, Texas, Montana, West Virginia, Alabama, North Dakota, Oklahoma, Arkansas, Alaska, Kansas, South Dakota, Arizona, Kentucky, Missouri, Idaho, Wyoming, and Mississippi.

<sup>169</sup> La cecina es carne salada y secada de distintas maneras de modo que se mantuviera la carne obtenida de reses en tiempos en los que no existía la refrigeración.

que preguntar en ese momento. Se fue y me dijo que nos mantuvieramos en contacto. A Adrián le entregué sus Rancheritos en Friburgo de Brisgovia, aunque nunca entendí exactamente cuál era la parte que el tanto extrañaba de esas frituras de maíz. Ya no tuve contacto con más gente mexicana por el resto de 2014.

Un año después, y ahora siendo yo el todasmías experimentado en todo lo que tenía que ver con Alemania y cómo sobrevivir a los apocalipsis navideños y otras peculiaridades de la vida inmigrante, me sentía la coca-cola más pinche helada del desierto, *a la verga*. Con todas las peripecias que me pasaron durante 2014, me sentía en capacidad de ser un referente para otros hispanohablantes. El contacto que recibí fue un joven de nombre Juan Carlos<sup>170</sup>, a quien contacté en cuanto pude a través de un correo electrónico, y lo cité el primer día de septiembre, para conspirar en su contra y lograr, de alguna manera, dejarle mi cuarto en el apartamento del hijo de su puta madre Herr Ruf.

Debido a que en ese momento ya casi se cumplía un año desde que vivía en Büchig, se acercaba peligrosamente el momento en el que tendría que renovar el contrato de arrendamiento, o salir huyendo despavorido del lugar y evitar saber más del hijo de su puta madre del señor Ruf, que para este momento ya odiaba con todo mi corazón. Lo que yo fragué implicaba deshacerme de ese departamento lo antes posible, así que pensé en ofrecérselo a Juan Carlos, a pesar de que yo sabía que era un lugar terrible. Sin embargo, constantemente tenía sentimientos de culpa por ser tan infeliz hijo de la chingada para dejarle ese pedazo de mierda viviente que era el señor Ruf... o bueno, no es que fuera un pedazo de mierda viviente, era simplemente una persona peculiar, so hosco, so inmutado, que salía desnudo después de tomar una ducha y

---

<sup>170</sup>A Juan Carlos: *mk lo siento, ahora tendrás que ser famoso en contra de tu*

tenía dificultad entendiendo que es molesto azotar la puerta a media noche. Bueno, todo fuera tan simple como patearle la puerta cuando llegaba borracho en la noche *ad infinitum*.

Entonces, estaba en una eterna *disforia*<sup>171</sup> de querer dejar ese sótano del infierno.

Nos escribimos con suma cordialidad para acordar vernos, mientras yo fraguaba entre las sombras la renta de la habitación. Yo, por mi lado, estaba buscando alternativamente lugares de vivienda, infructíferamente. Sin embargo, la situación era tremadamente mejor que el año pasado: Al menos ahora podía decir que medio entendía lo que decían los arrendatarios, en un estira-y-afloja por obtener la vivienda discutida. Sin embargo, durante el mes de agosto no encontré nada útil.

Cité a Juan en Europaplatz. Esa vez, no hacía tanto frío por lo que solo traía puesta una sudadera ligera, y hacía algo de sol. Esperaba con el teléfono móvil a la mano, esperando que Juan no tuviera teléfono, o no tuviera señal. En ese momento, me mandó un mensaje de texto diciéndome que ya estaba en la plaza, pero yo no lo veía. Mandé otro mensaje. Y me dijo “No, si yo aquí estoy”. Todavía, no lo veía. Seguí esperando, y del lado opuesto de donde yo esperaba, vi venir a Juan, un muchacho alto y con paso desgarbado, vestido con una colorida sudadera y un bolsito colorido tejido. Se acercó a mí y me saludó: “*jQué más, parce! ¿Todo bien o qué?*”, “*¡Sí! Sí, todo bien*” – Contesté, un poco intentando copiar su acento, fallidamente.<sup>172</sup>. Caminamos un poco, mientras le preguntaba si había logrado terminar la infinita papelería gubernamental. “*Ush, sí, marica, pues ahí de a poco, esa mierda pues que tin, que tan, y ¿Qué? pues, que no se mueve, ¿Sabes? Ahorita creo que ya encontré aparta con una parcería ahí en la...¿la qué? Kaiser*

---

*voluntad en esta historia.*

<sup>171</sup> ἀπόκρυφος: No era disforia, nomás me sentía un cretino.

<sup>172</sup> Marcela, carajo, siempre se me olvida Marcela. Marcela era una colombiana que también llegó con Alexis, pero realmente hablamos poco ese verano, y nuestra amistad se fraguó después. Luego entonces, no la tomo en cuenta para esta parte historia. *Shta*. Todo va para el ἀπόκρυφος.

*estrase. Pero, pues, creo que me va a rentar ahí el apartacho nomás el mes, ya luego tengo que buscar otra habitación*”. En ese momento, me dio un poco de pena<sup>173</sup> querer deshacerme de mi apartamento con este pobre individuo, así que ya decidí mejor no mencionar absolutamente nada. Hablamos un poco de dónde veníamos, que qué hacíamos. Que ya tenía un año aquí. “*jUsh, marica, resto! Bueno, no tanto, pero sí, más que yo, jaja*” Después de unos veinte minutos, de los cuales ya no quedaba mucho que discutir puesto que, por un lado, Juan ya había resuelto el problema de la habitación temporalmente, y por otro, no me atreví a ser un absoluto pedazo de mierda. Ya no habiendo mucho más que decir, salvo adiós, nos despedimos y fuimos cada quien para su lado. A mí, por lo pronto, me tocaba remar otros chingados meses con el sehr geehrter Herr Ruf.

Afortunadamente, Manmeet estaba presente para hacer las cosas más fáciles.

---

<sup>173</sup>En México, la pena es la vergüenza, mientras que en España, o en el resto de latinoamerica, la pena es la tristeza. A mí, me dio vergüenza mi falta de pena por deshacerme de mi apartamento.

## Manmeet

Una gran parte de lo que hacía a Manmeet un personaje peculiar era la moderación que presentaba, sobre todo comparado con los otros amigos indios del hostal: Por un lado, estaba Vijay, el de los ojos locos y temperamento caliente, a los meses de haber llegado, simplemente dijo “*A la mierda con esto, muchachos, yo me voy a buscar praderas más verdes*<sup>174</sup>”, y se desapareció de la escuela, y se encontró un empleo en una empresa en medio de la nada, porque tenía una familia que mantener. También estaba Sagar, también moderado, pero siempre con un aire de misterio, casi como escondiendo información todo el tiempo, y siempre haciendo sus cosas, con mucho misterio. Por último, estaba Manmeet, que era distinto a los otros, y esto no solo era porque eran de partes completamente distintas de India, sino que eran polarmente distintos en su personalidad: Mientras que Sagar era más mesurado en su comportamiento y tenía a no ser sumamente arriesgado con su desempeño social, Manmeet era, en palabras mías, “*un reverendo y catastrófico desastre andante*”. Sin embargo, por su edad, también tenía más experiencia con “cosas de la vida”, por lo que tenía a ser más cínico con las experiencias que vivía en Alemania.

Y no digo que sea un desmadre por soberbia, ni nada. Lo frecuentaba en su piso compartido porque hacía algo de almorzar cada tanto, o para tomar una cerveza fría en los días calurosos. Salíamos de vez en cuando a la gran ciudad, y cuando pisteaba, se botaba a la verga, y se quedaba dormido por doquier. Desvalagado a veces, pero mesurado en otras, era

---

<sup>174</sup> ἀπόκρυφος: Maltraducción de “Where the grass is greener”. La primera vez que escuché esta expresión fue en la serie *As Told by Ginger*, de Nickelodeon, un canal televisivo de paga popular entre las niñas de los noventas. La canción titular era interpretada por Macy Gray, y la última frase de la canción dice: *Someone once told me/ the grass is much greener on the other side*. No sabía que significaba exactamente, pero lo intuía, por la connotación. Nunca tuvimos pasto en la casa en Los Mochis, Sinaloa. Del otro lado, mientras crecía, había solamente un terreno baldío y mucha arena. La referencia es a la tercera necesidad norteamericana de tener pasto alrededor de las casas habitación, y que los pinches gringos envidiosos siempre piensan que está más vergas y verde el pasto del vecino.

difícil describir a Manmeet en términos simples.

Manmeet fue también quien me ayudó en un principio a obtener el apartamento donde viví en Büchig, a pesar de que él consiguió el contacto y la cita, puesto que quería un lugar un poco más cercano a la ciudad, y preferente, mucho más económico. La paciencia le resultó bastante efectiva, consiguiendo una habitación en Hans-Dickmann-Kolleg, un conjunto habitacional de edificios residenciales para estudiantes, con cocinas compartidas, eventos semanales, y hasta ese momento para mí, el centro de eventos más interesante en la ciudad. Manmeet ponía mucho énfasis en “*hanging out*”; descubrirse a sí mismo; y experimentar con nuevas experiencias, personas y costumbres. En uno de tantos infortunios socioeconómicos, fue que conoció a un grupo de desconocidos que apodaba “los *couchsurfings*”. Esta página web de Internet corresponde a personas que buscan un lugar para dormir en algún lugar donde no habitan comúnmente, a cambio de también permitir a otras personas cohabitar su propio espacio. Estando en México experimenté un poco con la idea creando mi perfil y ofreciendo mi apartamento, pero no me involucré demasiado en el tema, así que el perfil quedó congelado en el tiempo durante varios años. Un día de septiembre, Manmeet me invitó a uno de los eventos de los *couchsurfings*. “*C'mon, there will be beer and music, you like both, no? There will also be some mexican friends you should meet*”. Claro, claro, no creo que sea la música que me gusta pero, *hey*, nada que mucha cerveza no resuelva. Invité a Alexis a unirse puesto que ya no teníamos más tareas pendientes esa semana, así que no había más que hacer que relajarnos hasta que empezara el segundo año de estudio. Nos vimos en la parada de *Marktplatz*, que se encuentra prácticamente en línea recta a la entrada del castillo de Karlsruhe, que está justamente al centro de la ciudad. Caminamos y mientras encontraba a Manmeet, divisé al fondo que había un kiosco de venta de cerveza. Nos hicimos señas a lo lejos y vi a Manmeet acompañando a un anillo de personas a quienes nos presentó al llegar:

Lukas, un polaco gordito y con lentes, y Nora, una mexicana petiza y agradable, y estaban ahí solamente esperando a *alguien*. Había otra mexicana pero no me acuerdo si era Yadira. Pudo ser Yadira. Con Nora hablé un poco de las nimiedades de la localidad “¡Qué tal! ¡Cómo te llamas! ¿De qué parte eres?” – Preguntas típicas de los hispanohablantes que uno no conoce, y por temor a parecer muy basurón, solamente intenté no demostrar mi absoluto desprecio por el chilango. Nora me pareció agradable, y pues también Alexis es del defectuoso. Y les aprecio. Ahí estuvimos hablando un poco, unas tres o cuatro frases más, hasta que desapareció el grupo entre la multitud, y nos separamos temporalmente. “*Me voy con los demás, ¡Se nos perdió Valentina!*”. Debido a que se me prometió la chingada cerveza, fui al kiosco divisado que coronaba al castillo ese día de pre-celebración del tricentenario de la ciudad, y en la fila de la compra de cerveza, conocí a la mentada Valentina, Elizabeth para la familia, que me había dicho Nora. Valentina, para los *cuates*<sup>175</sup>.

Pero en ese momento, no éramos amigos.

Eramos dos desconocidos en la fila para comprar cerveza.

---

<sup>175</sup> **Cuatae:** 3. m. f. *El Salv., Guat., Hond. y Méx.* Camarada, amigo íntimo. U. t. c. adj.

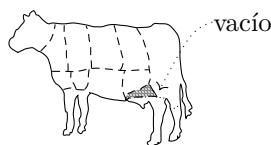
## Valentina

Nos miramos y, debido a que la mayoría de las introducciones en ese momento se hicieron en inglés, Valentina asumió que yo hablaría inglés y, por lo menos, alemán. Nos seguimos mirando, y debido a que yo no hablaba alemán, solamente asentí con la cabeza, como se hace normalmente en Alemania, para señalizar que, en teoría, nos conocemos y estamos en el mismo grupo, pero no hablamos la misma lengua. Ella esbozó un tibio “*Hello*”, tras lo que compartimos espacio en absoluto silencio, mientras obteníamos servicio del mozo que, como en toda Alemania profunda, está diseñado para hacer una sola tarea, por una instrucción, por cada cliente. Esperamos pacientemente, mientras que Valentina jugaba un poco con el vaso de la cerveza, y yo golpeteaba rítmicamente la mesa de la carpa, esperando impacientemente a que esta tortura de desconocidos que se deberían de hablar terminara. En algún momento, mientras balanceaba el vaso con las manos, torpemente dejó caer su vaso en una caja que irónicamente, contenía todos los vasos que entregó la gente en algún momento, por lo que hubiese parecido que entregó el vaso, pero no pudo obtener el depósito de vuelta. En típica respuesta albiceleste a la crisis, Valentina enunció, molesta: “[¡La concha de la Lora, el vaso!](#)”, y yo reí un poco por dentro, pero solamente sonréí ligeramente porque no quería parecer un cretino. Valentina volteó en mi dirección, y esbozando ligeramente preocupación, me dijo albicelestemente: “[¡Entschuldigun, konen Sie mir helfen!](#)”, en un so quebrado alemán, diciendo lo suficientemente necesario para rescatar el vaso de la caja. No dije nada, y solamente esperé a que el mozo se volteara (de manera que no viera lo que estaba haciendo), y por sobre la mesa de la carpa, tomé uno de los vasos que estaban ahí. Mientras tanto, Valentina me explicaba, creo, cuál era la situación que transcurría, y que no era su intención, y una densa nube de palabras que no pretenderé que entendía, salvo “*Becher*”, que es usada para describir un vaso de plástico, y “*Pfand*”, que es el nombre del depósito pagado por uno de

estos vasos. Pues ya, le di el vaso, y Valentina seguía diciendo palabras mal en alemán mal declinado y mal conjugado: “¡Danke chon, danke für helfe... also, ich heise Valentina! ¿Un du?”, me quedé mirando un poco y esbocé “Qrlando, me llamo Qrlando, y también hablo español”. Valentina explotó en risa y me dijo, albicelestemente, “¡Boludo de verdad sos un hijo de puta! ¿Por qué no decis nada si viste que estaba peleando con el alemán? ¡La reputa madre!” – Ah, no, nomás por chingar, clarifiqué, riendo un poco entre colmillos.



En un principio, no estaba del todo seguro cuál era la respuesta correcta. En toda mi vida, habré hablado con una persona argentina, y no fue una plática directa. Simplemente habrá sido una interacción en el restaurán "Las pampas argentinas", cerca de Plaza del sol.



De Argentina, no sabía absolutamente nada: La gente del trabajo, cuando aún estaba en Guadalajara, siempre hablaba de un corte que llaman "vacío", que hasta donde entiendo es uno de los mejores cortes de carne argentina.

Siendo mexicano sinaloense, mi único conocimiento de "carne buena" era que la carne de Sonora reinaba suprema, y sobre todo, el corte denominado "cabrería" era el bueno. Ya después me enteré que el mundo no es Los Mochis, y que las argentinas se jactan de la gran calidad de su carne, y sus asados. Sus asados infinitos. Sus asados que empiezan a las 4 de la tarde y terminan en la madrugada, cuando apenas se empieza a preparar el asador. Mientras, un gordo, bigotón,

sosteniendo un vaso de plástico lleno de *Fernet con coca*, se queja del *River* y de Perón. Esos son los asados argentinos. Los cortes de carne, sin embargo, son todos distintos en todos lados, entonces nada es equivalente y todo es un chingado desastre. Por ejemplo, los diagramas de cortes de res no están alineados internacionalmente, entonces no es posible simplemente traducir cortes, porque no existen en otros lados. Parecidos, sí, pero no iguales. Pues si, sabía solamente eso: Que en Argentina se comía carne, que en Argentina no se pronuncia el dígrafo “ll” o el perdidio yeísmo “y” (en la pronunciación suave del idioma inglés, parecida a la “y” o “ll”) sino que se cambia por un fricativa alveolar sorda, la “ʃ”, y por los chistes de argentinos, que se hacen llamar “*Sensijitos y cari<sup>h</sup>máticos! Vi<sup>h</sup>te?*”. Fuera de eso, no conocía más de Argentina, salvo que se les reconoce en México como personas un poco arrogantes, y aparentemente, que muchos mesoneros en una de las colonias de ~~ingreso medio~~ gentrificación voraz, la colonia Roma en la ciudad de México, provienen de *la Argentina*.



Seguimos bebiendo cerveza y platicando las nimiedades de las quejas de no hablar alemán en Alemania, hasta pasadas las once de la noche, cuando el kiosco de cerveza cerró y nos dijeron que nos fueramos a la verga ya cada quién a su casa, pero no, no hicimos eso. Fuimos a un club nocturno llamado “*Marktlücke*”, que significa “La brecha del mercado”. Y oh, por Jesús Cristo íntimo amigo de Dios que se sienta a su derecha, el lugar era, por decirlo de una manera sencilla, una plena brecha de vagos y borrachales en el corazón de la ciudad.

El lugar parece como cualquier otro club nocturno al que hubiese asistido anteriormente en mi vida, con luces estrambóticas, música

estridente y un portero (o cadenero, como se le conoce en México), resguardando la entrada de *los indeseables*. En toda mi experiencia en clubes nocturnos en México, *indeseable* era solamente un eufemismo para decir “*pinche pobre, no puedes entra a este club nocturno si no aparentas riqueza*”, por lo que en mi armario, siempre había de menos una camisa que pudiese planchar y ponerme, si alguno de mis amigos quisiera ir a un club nocturno. Sobre todo en Guadalajara, fue que asistí a estos clubes nocturnos, en donde tras ser aceptado como un aparente “niño bien”<sup>176</sup>, se le da la bienvenida a un lugar con un costo por entrada de entre 80 y 250 pesos, esto dependiendo del día de la semana y el lugar: Cuando estudiaba mi licenciatura, recuerdo que siempre había personas en mis clases que hablaban del “miércoles de *Chess*”, que era un club nocturno por alguna parte de Zapopan, en el que si no mal recuerdo, los miércoles eran de “chicas gratis” y en grupos de 5 se les daba una botella al ingresar. Creo, no estoy seguro puesto que nunca fui en miércoles porque no tenía dinero para la entrada, que eran 200 pesos, y siempre tenía clases los jueves. En fin, nunca fui a ese lugar. Sin embargo, siempre me hubiera gustado al menos experimentar eso una vez, pero debido a que vivía con mis tíos los primeros semestres de la licenciatura, y ya después estaba demasiado ocupado trabajando, terminé nunca yendo un miércoles (o cualquier día entre semana) a un club nocturno. Estaban también los que estaban disponibles el fin de semana, de los que más me acuerdo era uno que se llamaba *Cherry*, y que también tenía un costo de entrada de 50 ú 80 pesos, y el costo por una botella “con servicio” era de alrededor de 1500 pesos. Dado que todo el tiempo que fui estudiante no

---

<sup>176</sup>Tener una camisa planchada, zapatos limpios y preferentemente no ser moreno basta como boleto de entrada.

tenía mucho dinero, gastar 200 en una botella de la que solo bebería unos 2 vasos (y ya al final sin agua ni hielo ni un poco de bebida azucarada) me parecía inadecuado. Habré ido unas 10 veces en total, y siempre a costa de otros, o diciendo “yo no voy a poner para la botella”, considerado un pecado mortal entre la gente que pretende tener dinero, así este les fuera dado por sus padres “para los libros”, o lo hubiesen obtenido de la mesada mensual que se les daba como estudiantes foráneos. En fin, lo único importante e interesante aquí es que los clubes nocturnos siempre fueron para mí una congregación de pretensión y exageración, con el fin de “bailar reggaetón con alguna morra”, pero como era muy cobarde, me daba pena bailar con una mujer reggaetón, por lo que lo evitaba y mejor solo me emborrachaba (si se podía) y fin de la aventura. De repente, habré intentado bailar con una mujer, pero siempre me aterraba el hecho que me consideraba feo y gordo, y el peor pecado, mal vestido y pobre, por lo que no tenía oportunidad en estos lugares. Tal aberración me causaba, que dejé de ir a clubes nocturnos y solo dedicaba mi dinero a ir a conciertos de música, donde tampoco hablé con ninguna mujer para intentar conquistarla con todo lo que sabía de la banda, y solo lo usaba como una excusa para beber cerveza y escuchar música en vivo.



Nos acercamos a la entrada del “*Marktlücke*”, y en el pórtico, me pareció espectacular que vi muy pocos individuos vestidos como si fueran a ir a la fiesta de quince años de su prima: Muchas personas con sudaderas, mujeres con pantalón de mezclilla, zapatos deportivos y el cabello recogido. Lejos quedaban esas malas experiencias de ver mujeres

que evidentemente se prepararon durante horas para entrar a un club nocturno, y me pareció espectacular esta vista. Para entrar, solo nos pidieron nuestra tarjeta de identidad, y no había mayor pregunta.

Solamente pasamos, subimos unos peldaños que estaban decorados con botellas de cerveza de vidrio vacías, vasos con popotes<sup>177</sup>, el piso un poco pegajoso por las bebidas que se habían caído durante la velada, y una puerta giratoria de madera bastante demacrada por la vida.

Pedimos una cerveza en la barra, y subimos al primer piso<sup>178</sup> donde sonaba música pop estridente que no permitía hablar mucho. En ese momento, ya borracho y ya valiente, estuve bailando y perreando hasta el suelo con Valentina hasta eso de las 2 ó 3 de la mañana, riendo y hablando estupideces de las que ya no me acuerdo muy bien. En algún momento, ella me preguntó albicelestemente: “¡Che! no te pregunté ¿De dónde es que sos vos?”. Ya borrach@ y desinhibida@, me quito la camiseta que traía puesta, y le digo: “¡De Los Mochis, Sinaloa, pariente!” – golpeando un tatuaje que me hice meses antes del estado de sinaloa en la teta derecha. Esto obviamente no tendría sentido para ninguna persona que no fuese de Sinaloa, y tal vez un poco por alguien de, digamos, la ciudad de México. Pero para mi, fue lo más normal y natural decir eso, en ese momento, lleno de orgullo (*porque recién fue que fui tatuada*), encontrado en la reacción de Valentina con un poco de duda por mi reacción y más risas solemnes. “¡Che, boludo ponete la remera la concha del sorete!”, decía Valentina, mientras seguíamos apretados en un mar de gente desconocida. En algún momento, y cada tres canciones, el pinchadiscos cambió la canción por una de *Backstreet Boys*, acto seguido por una canción en alemán que no conozco, y *Last Resort* de la banda *Papa Roach*, que era muy popular cuando yo era adolescente. La terca eclecticidad de la selección musical me pareció

---

<sup>177</sup>**Popote:** Del náhuatl *popotl*, 2. m. Méx. Pajilla para sorber líquidos.

<sup>178</sup>Cosa curiosa sobre los pisos: En México, el “primer piso” se considera el nivel que se encuentra a nivel de suelo. En Alemania, este es llamado “Erdgeschoss” o nivel cero, por así decirlo, y los niveles subsecuentes empiezan de 1 apartir de lo que se llamaría en México “segundo piso”.

increíble y salvaje, lo cual me causó mucha alegría. Bailamos muchas horas y luego terminamos la noche a eso de las tres dos de la madrugada, pues ya venía el tren de las tres dos y media para ir cada quién a su vivienda.

Salimos a la calle, y yo hablaba con Valentina sobre el asterisco. Porque me parece un divertimento tocar las sensibilidades de la sexualidad diversa, y cómo el sexo anal es una parte importante en la exploración sexual masculina, la traigo a la conversación para hacer nota que mi sexualidad es muchas cosas. Valentina, fascinada por tantas *mamadas* que hablaba sobre ese tema empezó a mostrar un poco de disgusto (si bien un destello de comicidad por mi fascinación anal), mientras comíamos una salchicha con pan en Marktplatz, esperando que se estacionaran los tranvías. Tuvimos que esperar otra hora, hasta las 4:30 puesto que salimos demasiado tarde para tomar el tren de las 3:30, así que seguimos hablando de la vida, de los viajes, y cómo chingados es que llegamos hasta aquí, en este momento.

En mi borrachera, le expresé a Valentina que “Ah sí, yo quiero ir a Paris pronto”. “¡Che, qué copado! decíme cuándo y me sumo, ¡Posta!”.

Lamentablemente, ese viaje nunca sucedió, pero igual nos despedimos con promesas y yo me fui ese día a dormir a Büchig, pero no sin antes patearle la puerta al señor Ruf, porque me cagaba el hijo de su puta madre y que se despierte a la verga, si es necesario. Pft.

Lentamente, las temperaturas se hacen menos. La noche se acerca, se nubla más seguido. Vientos cálidos quedan lejos. A veces, hay que encontrarse con el mismísimo, para encontrar la tierra.

*Que caliente la tierra el diablo.*

## ~~diablo~~

*Perfecto como un plan de acción  
comienza la celebración  
Gastaste más de la mitad  
después te vas a confesar.*

*Una memoria sin sufrimiento  
El diablo hoy viene por ti.*

*Diablo*, segunda pista del álbum *Judas*, lanzado por Tercer Piso Records / Pistolero Records el diez de junio de 2007.

Le dije al Alexis, ahora mi (temporal) fiel escudero; el dueño de mis mensualidades; *el padrino de mis bautizos; el chambelán de mis quinceañeras; el cura de mis últimas unciones;* que si quería ir a este lugar desconocido para nosotros hasta entonces, un tal “Enchilada”, un restaurante mexicano en la ciudad de Karlsruhe, a una supuesta fiesta del 16 de septiembre, fecha de la independencia de México y día festivo en el país. El evento fue planeado por el so llamado personaje primicio, que por efectos de *copyright*, y porque partes de la historia contienen elementos que no lo iluminan de la mejor manera, tendrá que ser conocido a partir de este momento como El diablo. En ese momento, sin embargo, su nombre no era El diablo. El tenía un nombre como usted, como yo, y era un miembro de la

comunidad que tenía ya bastantes años viviendo en la emerita ciudad de Karlsruhe. Sin embargo, con los años, se formó un mal demoníaco en su persona, y culminó en la ruptura de nuestra relación, unos dos años después.

Cabe también anotar que tampoco es que yo no me haya pasado de verga en algún punto de la historia con mis chingaderas, nadie en esta historia es buena o mala gente, pero ¿Para que mientes, cabrón? ¿Para que chingados me mientes a mí?

Pero me adelanto, demasiado.

Quince de septiembre de dos mil quince. Aniversario de la independencia mexicana. Evento planeado y llevado a cabo por un muchacho muy... mexicano. Tan mexicano, que provenía de la mismísima ciudad de México. “*¡De Iztapalacra, carnal!*” – se presentaba. El diablo era tan mexicano como un esquite con un chingo de crema, chile chiltepín y epazote afuera del metro Balderas. El diablo eran esos tacos de canasta de a peso del centro; tan mexicano que comparte origen de exportación con el *Taco Bell* y los *trokitroks*. Cuando llegamos al restaurante, vimos a un grupo grande que estaba en una mesa, algo al medio del lugar, entre el bar y los servicios sanitarios. El lugar estaba decorado con muchas banderas mexicanas de todo tipo, unas so originales, otras so bastante piratas (porque, quién chingados va a tener una bandera de México de regulación salvo para llevarla a magnos eventos, como las olimpiadas o para hacer un eurotrip) y había un gentío gritándose mutuamente, para comunicarse. “Sí, deben ser estos”, le dije a Alexis. Debido a que no sabíamos cómo era la dinámica, nos acercamos a unos del grupo y preguntamos por El diablo (en ese entonces, por su nombre real, que para colmo de males no era el mismo que su perfil de redes sociales) y nos apuntaron a un muchacho en la mesa más grande. Llegamos a dar nuestras ofrendas de respeto, un saludo amistoso y un apretón de mano suave, pero firme. El diablo, en su eterna sabiduría tacubeña, contestó solamente: ”*¡Qué pedo carnal!*”

Siéntense donde les quepan, pídanse una chelita, ¡Aquí se va a armar el desmadre, broder! – supuraba por el hocico. Eso me dio una buena impresión, puesto que tenía mucho que no convivía con mexicanas (y Alexis no cuenta porque es mexicano pero no tanto que uno diría “Vaya, qué hombre tan más representativo del folclór mexicano<sup>179</sup>”. así que nos sentamos y platicamos con algunas personas del grupo, nada interesante que merezca reproducirse de manera permanente. Ahí no pudimos hablar tanto con El diablo, pero se acercó y en algún momento, chocamos cristales con delicadeza, dijo algún comentario sobre culos y tetas, nos agregamos a redes sociales, y nos despedimos unas dos horas después de llegar. Ya habiendo pasado la celebración magna, unos días después, El mismísimo demónico me contactó por mensajería instantánea, y avisó que tendría otra fiesta, de proporciones épicas *y con las chichis de fuera*<sup>180</sup> en su vivienda, con tequila y muchos otros mexicanas, otra vez. **Pues bueno, vamos a ver cómo se pone, simón, gracias.**

Otra vez la cita fue, como en ocasiones anteriores, en el Hans-Dickmann-Kolleg, *HaDiKo*, para los compas. Ya parecía un residente permanente de ese lugar (desde mi perspectiva) en este punto, a pesar de nunca repetir comensales (o edificios) más de una vez cada otra semana. El dormitorio estudiantil quedaba a unos kilómetros del centro de la ciudad, y comparte sus muros de concreto con una arbolada espectacular. Los edificios, codificados con letras y números, se separan por distintos pisos, y cada piso es manejado independientemente por grupos de estudiantes. Para obtener una habitación del conjunto, se tiene que discutir directamente con los arrendatarios, por lo que se tiene que tener carisma, un poco de suerte, y bastante paciencia. Sin embargo,

---

<sup>179</sup> Imaginemos un mundo en el que Alexis, un mexicano que estudió japonés prácticamente toda su vida, y sí, pónle que era medio mexican curios, emanando frases coloridas de vez en cuando, pero ¿representativo? Difícilmente. Y yo, narizón, algo cobarde y demasiado descolorido para pasar por la raza de bronce, aún en condiciones de iluminación óptimas.

<sup>180</sup> Palabras mías.

se puede adquirir una habitación por unos doscientos euros por mes, más algunas decenas que se pagan adicionalmente por conceptos como Internet. Manmeet vivía en un piso distinto, por ejemplo, y la cerveza de su piso, que es manejada por los estudiantes colectivamente, permite módicos precios estudiantiles para cuando hace calor y uno no quiere pagar cuatro euros por una cerveza de barril en un restaurante.

En algún momento indeterminado de octubre, fui a la primera fiesta de El diablo en su piso compartido. En ese momento, llevé algunas cervezas a la reunión porque creí que sería prudente traer unas cervezas para el grupo, para evitar las potenciales calumnias en mi contra, de *pinche gorrón, a la verga, invítate algo, culero*. Llegué al piso correcto y al pasar, me encontré en una cocina repleta de gente hablando español, desconocida hasta ese momento, así que las presentaciones estándar se hicieron presentes con sus otros amigos mexicanos, todos con su mote de pila como asignado por el noticiero de las nueve a un grupo delictivo de alto impacto: Había un tal Aladín, un tal Pichón, un tal Alex, más pelón que la verga, que nunca puede faltar el que no tiene apodo, y otros dos cabrones que no me acuerdo cómo se llaman pero que tampoco me cayeron muy bien, entonces mejor decidiré ignorarles.

Había un pequeñísimo asador encendido y carnes varias puestas sobre la parrilla, pero al no haber llevado nada para asar, no me acerqué a la parrilla, para evitar de nuevo las calumnias. Ahí platiqué con algunos de los tipos de la fiesta, nada documentable, y en general, puras mamadas, pero la parte esencial aquí no es la bola de cabrones que me cayeron mal, sino la parte en la que empecé a hablar con un colombiano que aparentemente también se le conocía como “el diablo<sup>181</sup>”, o eso al menos me dijo El diablo<sup>182</sup> en ese momento. En fin, cosas imprudentes de la falta de memoria de largo plazo, ahí estuvimos platicando un largo rato, y yo empecé a beber cervezas y a ponerme imprudente. **En algún momento, uno de los botones de mi camisa no estaba**

---

<sup>181</sup>en minúsculas.

<sup>182</sup>En Mayúsculas, importante es mantener la coherencia literaria.

abrochando correctamente, por lo que estuve abrochándolo continuamente durante toda la velada sin éxito. En otro momento, hablé con este tal diablo, en minúsculas, y estuvimos hablando de cine, y la verga, y aparentemente la discusión en algún punto empezó a ponerse álgida sobre películas que solamente la gente enferma mira. Salió al tema “*A serbian film*”. Esta película trata de un actor pornográfico que está retirado, pero tiene problemas de dinero, entonces vuelve a las películas pornográficas, pero las cosas empiezan a salir mal y la temática se empieza a poner cada vez peor y muy gráfica y muy violenta. La película es de aquellas que simplemente se tienen que agregar a una limitada de “no arruine ~~la película~~ su vida aquí, siga adelante y nunca referencíe esto en una plática a las once de la madrugada, borracho”. En fin, si quiere verla, pues véala. La conversación se calentó porque, en mi borrachera le dije: “A ver, compadre, no viste ~~la película~~, está bien, admítelo”, porque había partes de la película que había detalles importantes (como cuáles escenas ocurren, en qué orden, ~~qué tipo de lente se usó para las escenas feas~~ No, esto no lo pregunté, igual no lo sabía, para qué me hago el vergas), por lo que empezamos, entre El diablo y yo mismo, a indagar sobre qué cortes conocía el otrora diablo y aparentemente, él no se acordaba de ciertas escenas de la película. Tras varias burlas y controversias, el diablo se molestó porque yo estaba como cuchillo de palo, chingue y chingue, diciéndole que era un ignorante, que no sabía de lo que hablaba, y un montón de otras groserías que posiblemente no debí de haber dicho. El diablo se molestó, y me dijo ”**Bueno hijueputa se va a calmar o lo voy a tener que cascarr, pirobo malparido!**”, a lo cual yo respondí, chascando los labios y mirándolo lascivamente a El diablo, con uno tono relativamente calmo: ”**A mi me vale verga, diablo, nos rompemos el hocico aquí afuera siquieres**”, y como mi camisa no se abrochaba correctamente, se empezó a soltar, me harté de

los chingados botones, y me quité la camisa y empecé a bailar agitando los brazos y moviendo el posterior arrítmicamente. Esto aparentemente fue muy cómico (pero no lo fue tanto para mí), y solamente recuerdo que en algún momento, me fui a mi apartamento y desperté con un dolor de cabeza terrible y sin mis audífonos (y obviamente, sin varios botones de la camisa). El diablo me dijo que estaría en su habitación después para comer algo o para recoger mi camisa, así que fuí y supuse que podría recoger mis audífonos. Nos vimos en su cocina mientras hacía una pasta con salsa de tomate, pero recogímos primero mi camisa de su cuarto. Me llamó la atención que El diablo tenía unos audífonos agresivamente similares a los que había perdido, y lo sé porque los compré de emergencia en una tienda de descuentos porque me salieron baratos, pero eran particularmente de baja calidad... no quise hacer alarde por eso, porque además los audífonos no valían tanto, y así fue que recuperé mi camisa, y el afecto de El diablo por semejante escena de desnudez inrequerida.

En esa segunda visita, también conocí Sofía, una mujer de ~~Latvia~~ Letonia<sup>183</sup> que vivía en el mismo piso que El diablo, y que era dueña de un perro culazo, adornado con un severo narizón que le quedaba bien a su carita ~~latviense~~ letona. Encima de eso, era muy agradable porque hablaba conmigo en inglés (a pesar de hablar excelentemente alemán con El Diablo), y lo mejor de todo, era que no me jodía con que debía hablar más alemán.

---

<sup>183</sup> ¿~~Latvien~~? letona.

Así fue que me hice de un enemigo nuevo en la ciudad. Me hacía falta hacerme enemigos por mi falta de tacto.



## Krua Thai

El grupo de *couchsurfing* se reunía cada miércoles de la semana, a intercambiar historias, beber cerveza, y en medida de lo posible, encontrar a alguien con quién fornicar en el futuro, si las cosas se daban en orden. Conocí a Liene esa misma semana, una letona pelirroja pelipintada que solo hablaba inglés, con quien compartí las cosas comunes de vivir en Alemania: Que muy difícil el idioma, que la cerveza muy barata; que la alimentación complicada porque es vegana. Ahí compartía y deconstruía todo lo que me pasaba, y lo usaba más como una sesión de terapia gratuita con personas que no conocía, más que un simple quiebre de semana cuando las cosas estaban un tanto álgidas con ~~los cursos~~ la vida. En ese entonces, Lukas era el miembro más activo de la comunidad, planeando actividades de fin de semana (a las cuales yo no iba frecuentemente), y como ya estaba yendo a estos eventos los miércoles, lo convertí en un evento periódico bi-semanal de pisteadera.

Así fue que empezó mi larga relación con la gente del *couchsurfing*, que siguió por otros cinco años.

Lukas me invitó a un *International Potluck* en la que podría compartir algún alimento que yo cocinara algo que preferentemente fuera oriundo de mi país de origen. En esta fiesta me fue un poco mejor que en la otra horrible que me invitó Alina: Aquí al menos podía platicar con las

personas porque no me estaban chingue y chingue con que *warum kannst du kein Deutsch, ¡Alter! Du bist hier ganz lang, ¿oder? ich erinnere mich viel auf diesen Typ, großartiger Mann, netter Mann und er könnte Deutsch vom ersten Tag an...*  
Quatsch.

Rheinstraße 21. O veintidós. No me acuerdo dónde pero por ahí debió ser, entre dos tiendas que venden baratijas y ropa de la que uno se pregunta *¿Quién chingados compra ropa aquí?*: Negocios que se mantienen abiertos a pesar de que evidentemente, el tiempo no les ha favorecido para nada. Antes de llegar, tomé algo de tiempo para preparar mis famosos nachos estilo Mochis.

Para la gente de Mochis, naturalmente, los famosos nachos estilo Mochis no parecerán estilo Mochis: Las frituras de maíz, una compra bastante típica de la tienda de la esquina<sup>184</sup> o de los totopos de los Arao, tienen que tener un tamaño de grano muy particular, de manera que no absorban mucha grasa, pero queden crocantes. El proceso a través del cual descubrí esta información fue buscando en Internet "*¿Cuál es la diferencia entre una tostada y un dorito?*", y ninguna puta página me dio la razón hasta muy tarde, que mi pareja, mi novia querida, me acompañó leyendo sobre propiedades del tamaño de grano y nixtamalización. *Gracias, Angélica, te amo de aquí al infinito por la ayuda.* En fin, las frituras que usé no tenían muy buen sostenimiento a largo plazo, así que solo las puse por un lado, y algo de salsa picante para demostrar que tenía chiles picantes en casa.

---

<sup>184</sup>Las tiendas de la esquina fueron lentamente reemplazadas por los Oxxos, tiendas de conveniencia con precios sobreinflados y servicios de conveniencia, como pago del teléfono y energía eléctrica, así como depósitos bancarios y pasajes de autobus. Una locura.

# Nachos estilo ~~Mochis~~

por Qrlando tqrres

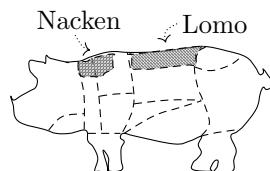


**Tiempo de preparación:** 5 minutos

**Tiempo de cocinado:** 24 horas

**Porciones:** 8 platos rebozados

**Calorías:** 1,416+ kcal



## Ingredientes

- 500 g de lomo o ¿cuello? (Schweinerücke oder Schweinenacken, este último si se quiere con más grasa. Para grasa plus, Schweinebauch, wenn möglich gerne mit Schwarze für einen herzhaften Geschmack).
- 1 L Refresco de cola
- 2 naranjas
- sal, pimienta, paprika, polvos aromáticos varios en cantidades, irrelevantes para la salsicha: canela, clavo, vainilla, cebolla en polvo
- 500 g de manteca de cerdo (Schweineschmalz)

Para el pico de gallo:

- 2 tomates
- cilantro, al gusto
- ~~1 cebolla~~ ⇒ Reducir cantidad de cebolla, hocico apestoso!!!!
- 1 jalapeño

## Preparación

1. Preparar cuchillo afilado, y 3 tazones grandes para poner todo
2. Corte el tomate en concassé, y remover el agua agregando sal en este punto.<sup>185</sup> Retire el agua que salga del tomate, en 10-15 minutos.
3. Corte la cebolla en brunoise, y agregue limón a la cebolla. Si usted es millonaria, o vive en latinomérica, vuélvase loco con el chingado limón. Si no, como yo, va a tener que comprar la pequeña canasta de limones chiquita sin semilla que no son tan ácidos y cuestan 1 euro con 99 centavos. Agregue al tomate tras 10-15 minutos.
4. Corte el jalapeño en brunoise, agregue. Si tiene invitados europeos, evítese preguntas incómodas y sáltese esta parte.
  - Si tiene invitados españoles, retire este paso, que es agregar cilantro. Se evitará hablar sobre aldehidos por una o dos horas.
5. Cortar el cochino en porciones manejables (cubos de 3 cm de arista, o lo que considere un bocado para una persona normal)
6. Poner el cochino en una olla grande, unos 3 litros, para poner el refresco de cola, jugo de las naranjas, y las especias que tenga. Si desea más sabor, póngale más polvos. Como básicos, paprika, sal y pimienta. Lo demás, vanidad.
7. Esperar a que los líquidos empiecen a ebullir, reduzca a la posición 1-2, si tiene hornillas eléctricas. De lo contrario, fuego bajo.
8. Esperar pacientemente hasta que toda el agua se evapore. Esto puede ser entre 2 ó 3 horas. El indicativo principal es la reducción de vapor de agua, tasa de ebullición distinta (al tomar precedencia

---

<sup>185</sup>Truco aprendido en 2022.

la manteca del cerdo), y cambio del color de la superficie de la carne de un color grisáceo a un dorado afritado.

9. Probar un pedazo de cochino hasta que este weno weno
4. Poner una cama de triángulos de maíz fritos como base<sup>186</sup>
5. Adornar las orillas con el pico de gallo
6. adornar la cama de triángulos con los cubos de cerdo
7. Venden un queso amarillo para comer con estos triángulos.

Una vez compré uno, marca Chio, que se me hizo bueno, y parecido al de Mochis. Igual estaba equivocado, igual estaba medio pedo. No comre el de Edeka, ese está bien culero con C de “*Chingada madre porque gasté tanto en esta basura*”.

---

<sup>186</sup>La cuenta empieza otra vez porque se tiene que hacer todo en paralelo.

Cuando llegué me di cuenta que no conocía a nadie, así que me coloqué estratégicamente cerca de la cocina e intenté hacer plática con algunas personas, pero no tuve mucho éxito. Bebí y bebí cerveza, y en algún momento, ya estaba algo borracho y un poco platicador, por lo que intenté platicar con algunas de las mujeres presentes, sin mucho éxito. Para no sentir que estaba fallando miserablemente en la tarea, me puse a platicar con los caballeros, uno de ellos alguien que se hacía llamar Rob, un chico sirio que, igual que yo, no hablaba mucho alemán, por lo que me hacía sentir acompañado en mi innecesariamente compleja explicación de por qué no hablaba alemán con el resto de la gente. Me unía a los grupos que escuchaba hablando en inglés, e ignoraba tajantemente a los que hablaban alemán. En algún punto de la noche, el alcohol hizo de las suyas, y empecé a lavar platos. Por un lado, alguien debió mencionar que hacían falta platos, por lo que me puse a lavarlos con mi mandil puesto para no mojar mi ropa, mientras la gente hacía comentarios como “*Orlando, there is a dishwasher here, leave the plates!*”, pero no. Yo estaba empeñado en terminar mi tarea, aún si esto hiciera que me perdiera de la fiesta. Viendo la referencia de las fotografías, Sagar y Manmeet estaban en la fiesta, pero debieron de haber llegado más tarde. En algún momento de la lavandería de platos, se acercó Christiane a platicar con este individuo desquiciado que estaba lavando platos sin razón aparente. Debí de haber esbozado algo como “*It is my duty to wash the dishes, ¡I must do it!*”, evidentemente quedé herido por la situación ocurrida en julio en la *Vollversammlung*, y sentía que tenía que resarcirlo a la gente desconocida. Christiane no entendía absolutamente nada de lo que pasaba, pero le debió parecer cómica mi incesante necesidad de lavar platos, así que se quedó a platicar algunos minutos más. Me parecía una chavalona agradable, carismática, linda y, por qué no, bonita, así, grandota. Sin embargo, era imposible para mí enfocarme en que esta atractiva muchacha que me estaba sacando plática, porque tenía que lavar platos. Christiane me ayudó a secar los platos, porque

había personas que necesitaban platos para comer algo. No recuerdo muy bien de qué hablamos, pero debió ser algo sobre por qué estaba lavando obsesivamente los platos. La fiesta siguió en el apartamento y me debí de haber ido algo tarde, porque no me llevé un recipiente donde llevé comida, de color amarillo, que no recuerdo por qué tenía, pero debió ser uno de esos recipientes que cuestan un euro y que no tienen un sello muy apropiado para evitar que la comida, sobre todo con líquido, se derramara e hiciera un desastre en el bolso que la transportaba. Me la debí de haber pasado bien, porque aparentemente dejé una buena impresión en bastantes personas de la fiesta, por aquella situación de lavar los platos. Desde ese momento, me invitaron a más eventos y cuando menos, no estaba desocupado pensando en por qué estaba tan solo y por qué mi ex-novia ya tenía novio nuevo.

*Las cosas empezaron a mejorar, en lo que dejó de ser un otoño como el primero que pasé acá lejos, y un poco se invirtió mi experiencia en Alemania, porque ya disfrutaba más de la oscuridad de las nubes que para mí eran pasajeras (antes), y se convirtieron en más de la mitad del año que vivía.*



Tres miércoles después de la fiesta de Lukas en una de las reuniones de estos del *couchsurfing*, “conocí” a Monika. La vez que nos “conocimos”, fue una de tantas veces que salí con un grupo de desconocidos, bebí demasiadas cervezas, el plan se expandió monstruosamente a altas horas de la madrugada, y surgió la idea de ir al Monk. Vamos al Monk. –

Dijeron. No sabía qué era, dónde estaba, qué carajo se hacía en Monk. Yo solo seguí al grupo a este “mentado Monk”, cerca de Europaplatz, donde había música de *Disc Jockey* electrónica y variada, pero no me acuerdo mucho de los detalles, porque ya estaba borracho, y la estaba pasando bien, pero no demasiado. No suficiente, porque me estaba aburriendo, a la verga. En la penumbra, vi a una flacucha güera de cabello corto y botas grandes parada cerca de la cabina de la música. Envalentonado por todo ese alcohol fluyendo por mi sangre, me acerqué. Intenté sacarle plática, y como ocurrió en Friburgo hacía unos meses atrás, enuncié palabras abrazadas del ruido de bocinas gigantes que enmascaraban mi nulo alemán. La chica se acercaba para platicarme algo, pero no escuchaba nada. Yo seguía balbuceando y sonriendo, y ella hacía lo mismo. En un momento, pensé que ella no estaba poniendo atención. En ese momento, pensé “**bueno, bueno, puto desperdicio verguero de tiempo**”, y me alejé y me fui a buscar el tranvía que me llevaría a casa.

Una (o dos) semanas después, Lukas me preguntó “*Why did you not make out with her, Qrlando?*”, y realmente, no tenía una buena o mala razón para hacerlo (o no hacerlo). Pregunté: “Wait, ¿That was an option?” Soy muchas cosas, pero una de las cosas que no soy, es un hombre seguro de que está leyendo la situación correctamente. Pero eso no lo supe sino hasta tiempo después. Por fin, me dijo quién era en la siguiente junta del *couchsurfing*, que se llamaba Monika, pero estaba muy callada, o hablando en alemán con Lukas. Nos agregamos en Facebook y creo que hablamos un poco sobre hacer un tandem. “¿Un qué?”, y tuve que preguntar a Lukas, porque no entendía la situación.



Aparentemente, el método de aprendizaje de lenguajes más efectivo es juntarse con una persona que sea sumamente

proficiente en un lenguaje objetivo, y se comparten los idiomas conocidos. De cierta manera es, en teoría, un buen plan siempre cuando haya un mínimo entendimiento del lenguaje objetivo, de manera que pueda haber una conversación mínima. En un análisis más profundo, la idea es un poco estúpida, porque se requiere un mínimo de lenguaje compartido para que la conversación sea exitosa, y por otro lado ¿Qué tanto va a aprender uno hablando en una cita? No, no, esto es Tinder de idiomas, a mi no me van hacer pendejo.

Me arriesgué, y debido a que no entendía el objetivo de la junta, y porque sabía que ella estaba interesada en aprender español, y yo sabía mucho español<sup>187</sup>. Quedamos de comer comida thai, con algunas líneas de texto en mensajería instantánea: “magst du thai essen?”, pregunté rudimentariamente, y busqué un restaurante thai. El Krua Thai sería, cerca de Europaplatz, así que por allá de las cinco de la tarde, me acerqué al lugar, y me encontré con Monika. Nos saludamos, y entramos al lugar. Pregunté, someramente, *wie geht's?*, pero desafortunadamente el alemán es un idioma sumamente complicado, entonces es inválido preguntar “cómo van (las cosas)”, hay que también decir “cómo te va a ti, mi interlocutor(a)”<sup>188</sup>. Al principio, permití que Monika dijera una serie de palabras que yo no entendía, solo entendía palabras sueltas, algo sobre un viaje a latinoamérica en unos años, que ella era enfermera, que recién empezaba con el español. Nos encontramos rápidamente con un severo obstáculo, puesto que ella no podía utilizar el español de una manera conversacional (o le daba vergüenza utilizarlo), y mi lenguaje salvaguarda, el inglés, resultó infructífero en ser entendido por Monika. Entré en pánico un poco, y le dije que tenía un... sí, le tuve que preguntar al traductor varias veces por el diccionario. “Worterbuch”, decía. Era un diccionario cómicamente

---

<sup>187</sup>Alegadamente.

<sup>188</sup>También es posible preguntar ¿Cómo va?, pero siempre he tenido problemas con los artículos definidos.

pequeño que compré en una librería en la esquina de Kronenplatz, porque se veía sumamente lindo (y pequeño) y siempre he sido un gran fanático de las cosas cómicamente pequeñas (o gigantes). Llevé ese enano diccionario a la junta con Monika, y en un intento desesperado por mostrarle mi buena fe, le dije que tomara mi diccionario cómicamente pequeño. Ella dijo que no lo necesitaba, pero yo insistí. Intenté hacer más oraciones con mi limitado vocabulario (apenas algunas centenas de palabras), y hablaba sobre tonteras como *ich kann kein Deutsch*, o *hmm, mein Curry is nice* o *Hast du Mexiko gegangen?*, pero afortunadamente porque no tenía las palabras, no hablé de que todavía estaba obsesionada con mi ex. La conversación se hizo monstruosamente incómoda, porque ninguna de las dos podía comunicarse con el/la otra, y terminamos de comer con un silencio un tanto largo. Intenté ser un caballero (latinoamericano) e insistí en pagar la cuenta (a pesar de que tenía fondos nulos y en realidad quería compensar el mal momento que le hice pasar al no hablar suficiente alemán), pero Monika se rehusó y pagó su propia cuenta, algo que con algo de tiempo me di cuenta que no funcionaba “*en este lado del charco*”, como dirían mis tíos.

Esa vez, nos despedimos y le mentí a Monika y le dije que hablariamos después. Jamás lo hicimos. Me daba vergüenza mi ignorancia, y ya no intenté hablar con ella más. Semanas después, Monika se apareció en una de las tantas juntas de los del *couchsurfing*, y traía mi diccionario risiblemente pequeño. Me lo devolvió, y me dijo que muchas gracias. Me dio un poco de vergüenza que no se haya quedado con el diccionario. Lo vi como una especie de afrenta, porque Monika no aceptó la poca dignidad que me quedaba por mi ignorancia. Después de eso, Monika desapareció para siempre en la neblina de las personas desconocidas de mi vida diaria, hasta que vi que efectivamente, Monika se había ido a algún lugar lleno de árboles, montañas, fotos de espalda viendo

hacia el horizonte, y pocas de su rostro. El rostro de Monika todavía me evade. No la recuerdo mucho. Creo que no la recuerdo en absoluto. Recuerdo exactamente nada.

## Warszawa

Diecinueve de noviembre. Los boletos de avión quedaron perdidos entre tantos papeles que he acumulado y perdido con el tiempo, que ni siquiera recuerdo de qué aeropuerto salí, y cómo regresé. La ruta debió ser un tanto turbia, porque salí en un avión del aeropuerto de Colonia. El plan era ir y volver por Bonn, pero de vuelta, busqué un hostal porque llegaría tarde. Meses antes, me puse de acuerdo con Paulina, mi amiga polaca, para que me recogiera en el aeropuerto de Modlin puesto que el avión aterrizaría algo tarde. Intenté adelantarme a cualquier eventualidad, por lo que adquirí un boleto de autobús para salir del aeropuerto al que hube arribado en Varsovia al centro de la ciudad, porque si algo aprendí de viajar a Bruselas, es que lo que sea que implique confiar en que una persona me va a ayudar y evitar mi desgracia, sobre todo en un lugar donde no hablo el idioma, me va a llevar a tener que estar despierto durante horas, maldiciendo en contra del sistema, y pensando: “*Está bien, Orlando. No es culpa de nadie. No es culpa de nadie. No. Es culpa. De nadie*”. Salí en uno de esos aviones ultra-económicos con asientos ultra-pequeños, pero que cumplen su objetivo, que es transportar personas de un lugar a otro sin desperdiciar horas sentados en un autobús viendo el camino a través de un panel de vidrio, como hube hecho durante tantos años viajando de Los Mochis a Guadalajara. A pesar de la inclemente incomodidad de compartir ese espacio cerrado con tantos desconocidos, el viaje fue aburrido y terminó justo como debía, sin grandes turbulencias o golpes a los costados de las personas que viajaban a mi lado. Llegué muy cerca de la media noche, así que no estaba del todo segura que hayan llegado por mí. Afortunadamente, tenía un poco de crédito en mi teléfono móvil, así que le envié un mensaje a Paulina, para saber si estaba en el aeropuerto,

puesto que no la había visto en la salida de los arribos del aeropuerto, así que salí y busqué. Vi, un poco alejado, el autobús que potencialmente me pudiese llevar al centro de Varsovia, y de alguna manera, pudiera llegar al apartamento de mi amigo Kuba, que me iba a dejar dormir tranquilo las siguientes noches. Unos segundos después, vi a Paulina acercarse y nos dimos un abrazo, mientras yo en gran medida, sentía una cantidad increíble de alivio porque no me sentí abandonado por una ocasión. Nos acercamos al automóvil del padre de Paulina, un hombre polaco de cuyo rostro no puedo recordar mucho, pero asumimos que tenía un bigote prominente y un poco canoso, y un rostro amigable que solamente observaba el camino y nos llevaba de vuelta a Varsovia. En el camino, hablaba solo con Paulina debido a que su padre no hablaba mucho inglés, así que yo solamente iba platicando sobre las últimas situaciones en las que me vi involucrado, desde la última vez que nos vimos, así como preguntar por la gente que conocimos en aquél fatídico encuentro en San Diego. Desafortunadamente, no iba a venir Michał, que me cayó muy bien, por pelón y por cómico. Lástima. Paulina me preguntó que qué opinaba de Varsovia, a pesar de que solo habíamos andado por la carretera en camino de vuelta a la ciudad, pero me llamó la atención la gran cantidad de anuncios espectaculares en las carreteras, así como los negocios a lo largo del camino. “I don’t know, it reminds me a little bit of Mexico.” – contesté. Paulina se disculpó en por lo menos dos ocasiones por cómo estaba todo un poco feo en la ciudad. “It’s like this because of the war” – murmuró. No puse mucha atención al respecto, y solo le dije que estaba bien, que no había problema. Pensé un poco sobre el tema, pero sin darle demasiado espacio a la idea. Supongo que había un poco de la memoria de la Ciudad de México, con su majestuosa plaza de las tres culturas, ahí donde los distintos períodos de México, incluso antes de ser México, se erigían imponentes en medio del caos de la quinta ciudad más grande del mundo, si no la más grande de Norteamérica...

contrastada con la jovialidad de Los Mochis, Sinaloa, apenas cien años existiendo, apenas... apenas al norte, cerca del mar. Plana y cuadriculada. Podía empatizar con el sentimiento, pero no entendía del todo por qué pensar en el estado de la ciudad como hermosa o no, y por qué sería algo que a mí me importaría, siendo que por primera vez visitaba esta ciudad me parecía novedosa... pero no pensé mucho al respecto, claramente. Intenté no indagar más en el tema. Seguimos hablando sobre los planes de esa noche, y que me llevaría con Kuba para trasnochar y que esto sería muy cerca de la universidad, por lo que no tendría que preocuparme por perderme. Que todo estaría bien.

Después de unos cuarenta y cinco minutos, llegamos a un conjunto de apartamentos y me dijo Paulina “*It think it is here, let's go*”. Intenté, sin éxito, comunicarme con el bigotón padre de Paulina, que solamente me veía con su redonda y rosada cara adornada con su bigote prominente, mientras asentía y me hacía entender que todo estaba bien, que ya me fuera al apartamento de Kuba. Le pregunté a Paulina cómo podía agradecerle, y me dijo que “*Dobranoc i bardzo dziękuję*”, más o menos “Buenas noches y muchas gracias”, pero solo me sonó a una maraña impronunciable a pesar de que intenté repetirlo dos veces. El buen hombre solo se rió y dijo “Thank you, bye” y se fue en su automóvil a su casa. Paulina esperó pacientemente a que Kuba contestara, pero no lo hacía por razones que no eran del todo claras para ninguno de los dos. Unos cinco minutos después, Paulina dijo “*OK let's go up, the bell is here*”, pero solo abrió la puerta y entramos. Bueno, no mucha seguridad en el edificio... pero en fin. Qué le vamos a hacer. Entramos al apartamento donde vivía Kuba con otro individuo. El apartamento era pequeño y estaba lleno de platos sucios en la cocina, como es normal entre caballeros que viven juntos. Entramos al cuarto de Kuba, que ya me tenía la ropa de cama lista, y evidentemente, una botella de vodka preparada con un jugo de piña de un litro. Yo pregunté si era posible comprar cerveza mejor, por que me pongo muy intransigente con el

vodka, pero me dijeron que me dejara de mamadas y que tomara vodka. Después me dijo que s  había un lugar para comprar cerveza, pero que estaba algo lejos. *Chale, a la verga.* Me sent  en el sofá y me invitaron a jugar algo en la computadora parecido a un juego de rol masivo, y me explicaron más o menos la idea del juego, pero no lo entendía muy bien y no me estaba divirtiendo (al menos no de una manera que me hiciera pensar que era una excelente idea jugar algo a las 2 de la mañana), así que no nos bebimos toda la botella de vodka (afortunadamente), y me fui a dormir porque al d a siguiente empezarían las actividades aproximadamente a las once de la mañana (entonces habría tiempo de descansar, por lo menos, ocho horas). Me llevaron al palacio de no s  qué, y a un parque, de no s  qué también. Fuimos a la ciudad vieja y me comí unos pierogi con una salsa de tocino muy buena. Otro día me llevaron a un bar con *Mario Kart*, pero afortunadamente habría cerveza. No habl  con nadie, en esa ocasión. Me entr  un súbito golpe de autismo y me desvanecí entre tanta gente que no conocía, por lo que el resto del tiempo solo tomaba foto de las calles, e intentaba no quejarme mucho. El día antes de volver a Karlsruhe, me emborrach  a la verga y me salí a buscar un kebab después de un evento. Tuve éxito sin hablar polaco. Genial.

Compr  un parche de Varsovia, que le puse a mi entonces mochila junto con otros parches que coleccionaba entonces. Ya después dej  de coleccionar parches, porque ya no hice viajes interesantes, entonces se veían muy pendejos mis tres parches de viaje.



De vuelta a Alemania llegué en Colonia, y tengo un vago recuerdo de haber llegado en la madrugada a un hostal, con mucho cansancio y haber cargado mi teléfono en la camita. Esto porque llegué muy tarde y

no había trenes de vuelta, y me dio culo (de perro) no alcanzar un autobús que me llevara de vuelta a Karlsruhe. A los días, se fue Alexis, y ya no lo volví a ver en muchos años.

## さよなら、アレクシス！

Alexis se fue el 25 de noviembre de 2015. Ese día, estuvimos solo Ashish, otro amigo de Alexis, y yo en la estación de tren.

Este se convirtió, por segunda vez consecutiva, en una serie de tristes despedidas en la misma estación de tren, diciendo las mismas tristes palabras: "Nos vamos a ver pronto", que se convierten en "Nos vamos a ver algún día", que se convierten en "A ver si nos vemos", y terminan, como siempre, en desconectarse porque ya cada quién va por un tramo de vida al que no pertenecemos y nos cansamos de vivir en *caché* infinitamente replicado. En esta estación de tren, vi a mucha gente ir y venir. Quedamos, en varios ocasiones, de vernos unos minutos antes de la partida, y así podíamos platicar un poco acerca de la vida, las cosas, y todo en medio.

En ese momento, Alexis regresaba a Francia a terminar papeleos, mientras que otra vez me quedaba sola en este pueblo. Perdí en Alexis un compañero y, al mismo tiempo, un puerto temporal en quien podía dejar un significado ajeno en tiempos extraños, porque fuera de nuestra experiencia juntos, entendí un poco que la lengua es tan importante como la circunstancia en la que estaba envuelta y que llevo a apreciarla más. Nunca había tenido el problema de comunicar cómo me sentía respecto a la situación presente, porque siempre tuve una manera de

expresarlo, con alguien que pudiera entenderlo. De repente, en más de una ocasión, me sentía perdida o me sentía frustrada por alguna situación que ocurría a mi alrededor, como la vez que ~~Ayudó a~~ estaba recostada en el suelo, ligeramente entristecida por algo de un novio que tenía. Esa vez, estabamos Chris, Sagar, Doyeong y yo. Todos sentados en esa sala común en la que vivió casi todo ese año, cuando aún no nos conocíamos tan bien. Ese día fue su cumpleaños, y estuvimos ahí bebiendo cervezas y hablando mierda y media. En algún punto de la noche, ~~Ayudó a~~ dejó que la soledad cabalgara hacia el medio de la noche, y se tumbó en el piso... a dejarse llevar por los recuerdos que tenía de una vida que ya no le pertenecía. Como yo ya estaba borracho, pero como siempre, triste, la escuché y puse atención a su rostro que solo dibujaba tristeza. Sin embargo, yo estaba también tumbado en el piso, por lo que su rostro estaba al revés: Sus cejas bajo sus ojos con los lentes que odiaba (porque parecían cortados de la parte inferior de una botella de vidrio), y su boca haciendo movimientos invertidos a lo que parecían los sonidos que generaban sus labios y dientes. Me dio un poco de risa (pero risa interna, porque era un momento solemne), y ese es creo el momento que más recuerdo de esa ~~Ayudó a~~: Su cara volteada destruida por la incertidumbre de estar acompañada, pero no por las personas que ella quería... y mucho menos en el idioma en el que quería hacerlo. Nos dijo: “*You know, it I cannot say it in English, I don't know how*”, y siguió tristeando, con su cara boca arriba y yo mirándola como si lo que sea que estuviera pensando en ruso en ese momento.

Así nos perdimos definitivamente pensando en otros idiomas que nadie entendía. *Qué tragedia.*

De Alexis ya no volví a saber mucho, porque estuvo en Francia bastante tiempo, pero luego volvió a Stuttgart a hacer no sé que cosas, pero no recuerdo si nos vimos en algún punto durante este tiempo. Lo que sí pasó fue que, en el F U T U R O, seguí hablando con Alexis mientras, por razones ajenas a los destinos a los que nos tenían expuestos los hilos del destino, él terminó yéndose a Japón por varios años, y por razones que también son ajenas a los destinos que nos tenían amarrados, conoció a Natalia, en los últimos días que pasó en Japón después de hacer no-sé-que-cosas... en fin, se conocieron en Tokyo o tal vez Kyoto, no tengo idea exactamente quién o qué o cómo, solamente recuerdo que en algún momento hablé al respecto con Alexis, y me dijo “**no manches, tu ex está bien pinche loca XD**”. No sé qué le dio esa impresión, solamente me platicó que fueron a beber algo en Kyoto (o Tokyo) y fueron a un bar de mala muerte donde las cervezas estaban a apenas unas cuantas centenas de yenes. Natalia, completamente anonadada por el precio, le dijo: “**¡Ah, la verga! ¡Qué barato, güey! ¡Yo normalmente me gasto 1000 yenes por cerveza y se me hacía bien!**” – “**Sí, suena a algo que diría Natalia sobre la cerveza... y sobre el dinero**”, le escribí por mensaje de texto.

El último eslabón de esta cadena interminable de desconocidos unidos por la mala vida es Paula, que conocí por David, un tico que conocí por Marcela. Pero esa historia, es una historia distinta.

## Paula

*Paula, no me olvides  
 Paula, para siempre  
 Paula, en el alma  
 Me falta tu mirada*

...

*¿Dónde estás?, ¿dónde estás?, ¿dónde vas?*

*Paula*, novena pista del álbum *Memo Rex Commander y el Corazón Atómico de la Vía Láctea*, lanzado por Noiselab Records el doce de julio de 2006.

No recuerdo que día ocurrió exactamente, posiblemente algún día de ~~2006~~ noviembre<sup>189</sup>, fui invitado por David a una cena por su cumpleaños, pero me daba un poco de vergüenza porque no conocía a nadie en el lugar, pero como de tristeza no vive el hombre, me armé de cervezas y me fui al lugar de la fiesta, en un edificio de departamentos cerca del centro de la ciudad. Al llegar, le envié un mensaje de texto a

---

<sup>189</sup>El cumpleaños de David y de Arvind es en noviembre.

David que estaba abajo, a través de Facebook, pero no sabía si estaría atento a la red social. En fin, esperé unos minutos, y David respondió que abriría la puerta, por lo que pude pasar al traspatio a dejar la bicicleta, abriendo la puerta de acceso del primer piso, pero lamentablemente tuve la brillante idea de no dejar la puerta abierta, por lo que estaba encerrado, afuera, pero adentro, y me dije “puta madre, Qrlando, por qué eres así” – me dije, mientras que intentaba desesperadamente lograr que David me contestara y resolviera mi problema. Los mensajes llegaban - y yo, por otro lado, pensando en todos los posibles universos paralelos en los que yo sí ponía atención a la puerta y no estaba en esta calamitosa situación. Noté, sin embargo, que soy un pendejo bien hecho y que la puerta de al lado estaba sin seguro y que podía simplemente empujarla, así que pude acceder al edificio, y mientras subía las escaleras, iba riendo y dándome palmadas en la espalda, “¡Ah, Qrlando, com haces pendejadas!” – Me decía al oído suavemente mientras subía las escaleras hasta el penúltimo piso de ese edificio.

A pesar de todas las maneras positivas en las que se puede tener a la lógica alemana, hay algo que nunca he entendido y que nunca entenderé sobre la manera en la que los timbres de los edificios están acomodados afuera de los mismos. Desde que tengo memoria (alemana), es necesario (o al menos, para evitar confusiones al acceder a un edificio) determinar al sonar un timbre en qué piso se encuentra el apartamento que uno busca. "Primer piso, izquierda", "Tercer piso, derecha", "Hasta arriba". Toda mi vida (alemana) me ha dado miedo estar equivocado al escuchar mal una instrucción porque me da temor que me regañen por sordo o por tonto. Esto nunca me pasaba antes. Antes. Antes. Antes. Lo único que quisiera es seguir viviendo *antes* y que los putas timbres de los putas apartamentos de los putas edificios que siempre me confunden.

Llegué a la puerta y me metí a la cocina, porque no conocía a nadie en la sala y me daba pena pasar así, como Juan por su casa<sup>190</sup>, por lo que primero intenté encontrar a David para hacer saber que no era un total desconocido en este apartamento. “¡Buenas!” – emití, mientras dejaba mis cervezuelas en el mostrador de la cocina, y además de David, otra persona contestó “¡Buenas!” - Esta persona era Elena, quien se convertirá eventualmente en un evento desafortunado que fue el viacrucis eterno que me hizo la vida imposible por un tiempo bastante largo. **Pero me adelanto. Me adelanto, bastante.** Por lo menos, un año. Siendo el sediento infeliz que siempre he sido, noté que había entre las invitadas una mujer húngara, pero no platicamos nada, Elena y Paula. Debido a que no estaba tan sediento ese día, solo bebí cerveza y platicué tonteras de la vida cotidiana. De Paula solo supe que era de México, que estaba estudiando en la ciudad, igual que Elena, y por ahí de las once de la noche, como es costumbre en las cenas que son preámbulo para las borracheras, nos preparamos para salir del edificio e ir a algún club nocturno a pretender que nos gusta la música estridente y los lugares concurridos, a lo que Paula dijo: “no mamen, yo ya me voy a dormir a mi camita, ya estoy vieja para estar chingaderas”. Yo le dije que no mamara, que no fuera cula, que una cerveza y ya. Pero Paula se quedó renuente en su idea y nos fuimos a un club nocturno y no pasó nada más interesante.

Unos días después, y porque coarté a Paula a que me diera su número telefónico “para ponernos en contacto” Debo mencionar en este punto que “ponernos en contacto” es siempre una alegoría para desarrollar una relación parasocial (porque los encuentros son esporádicos y siempre vividos a través de historietas que realmente están pasando al mismo tiempo o en momentos idiosincráticos ortogonales entre sí). La primera vez que hablamos debió ser ese mismo fin de semana o el fin de semana

---

<sup>190</sup>No conozco el origen de la frase. Solamente indica que uno pasa como si uno fuera el dueño del lugar, sin chistar.

próximo, porque tenía una cruda<sup>191</sup> increíble y se me antojaron unos camaroncitos en ceviche. Compré todos los ingredientes, los mezclé en casa, y le dije a Paula que si quería comer conmigo. En ese momento, yo estaba más desesperado por encontrar con quién tener una amistad que por las ganas de no estar ahí encerrada pensando en todo el tiempo que me estaba perdiendo. Tomé mi bicicletita y me acerqué a la parte de la ciudad en la que Paula vivía en ese momento: La Marienstraße. Llegué al edificio y timbré en el único apartamento con un apellido en español. En estos viejos edificios, siempre hay un olor a guardado que no puedo descifrar exactamente qué es, ni de dónde proviene, pero que me recuerda mucho al tiempo que viví en Guadalajara en el barrio de Analco. Los viejos cuartos en desuso de mi tío tenían ese olor peculiar a algo húmedo, acartonado, pero que estuvo durante mucho tiempo a la sombra. Olor como a hace muchos años. Ese olor me recuerda a tacos de cinco pesos. Llegué a su apartamento y ese se convirtió, con el tiempo, en un lugar en el que ocurrió todo en un futuro distante. Le llamaremos, de ahora en adelante, **el pinchi cuchitril culero de Paula.** “*¿Por qué el desprecio?*” - preguntará usted. “Excelente pregunta” – diré yo, especulativamente. En fin, le llamaremos cuchitril culero porque las condiciones en las que estaba eran, por decirlo de una manera amable, subhumanas<sup>192</sup>. Lo primero que pensé cuando lo visité por primera vez fue “Bueno, nada que un poco de pintura no resuelva.” Pero no, lamentablemente, la solución no era “un poco de pintura”, lamentablemente. La habitación/apartamento de Paula se encontraba en el sótano de un edificio de departamentos. No es raro encontrar habitaciones completas en las que personas viven en Alemania (yo viví en habitaciones que se encontraban en el sótano en dos ocasiones, después de todo). Sin embargo, este cuarto en particular

---

<sup>191</sup>Resaca.

<sup>192</sup>Lo siento Paula, tú lo sabías en su momento y no hiciste nada para remediarlo.

era especialmente marginal, porque justo afuera de la puerta, que era metálica (al más puro estilo de la colonia Guerrero<sup>193</sup>), había una colección irreparable de botellas vacías de cerveza, electrodomésticos, paraguas rotos, tubos no utilizados en distintos procesos de renovación, y basura miscelánea. La puerta metálica, poco común en la mayoría de los apartamentos que había visitado hasta el momento, pero que supuse que esto era porque estaba directamente en un acceso a la interperie, por lo que tenía algo de sentido que fuese una puerta metálica (supongo, para combatir las inclemencias del tiempo). Al entrar, había una percha pequeña pegada a la pared contigua a la puerta, siempre llena de pequeñas chaquetas y cosas que nunca fueron utilizadas mas que una o dos veces (entre ellas, un sombrero de copa que obviamente no tiene otro uso más que humor irónico, o disfraces de día de todos los muertos). A la izquierda, un pequeño sanitario (que desde la primera vez que visité tenía dañada la cubierta del escusado y el asiento), y una ducha con una cortina de baño llena de hongos y manchas marrón, que también plagan los azulejos de la ducha y las esquinas del sanitario. Una lavadora pequeña ocupa la esquina del ya de por sí hacinado cuarto, coronada con papel sanitario y productos varios de lavado de prendas. A un lado del sanitario/ducha, había una cocina pequeña con dos hornillas metálicas, un horno que no servía muy bien, y distintos tipos de envases, ollas, vasos y cuchillos que no son parte de ningún juego de cubiertos en particular, pero que en conjunto forman un conjunto sincrético (si no aleatorio) que, extrañamente, lo hace parecer completo. La sala y alcoba terminaba de pintar la pieza central del cuarto, con un agujero en la contraesquina del sanitario/ducha, con una pintura de un árbol cubriendo el agujero, y varias botellas de vidrio adornando la vista de madera que decoraba las paredes del cuarto. El techo, igual que el baño, estaba lleno de agujeros y humedad, y debido a que no había calefacción integrada al cuarto, había solamente un calefactor eléctrico, además de

---

<sup>193</sup>La colonia Guerrero, al menos cuando vivía por allá de los años noventa, era un barrio popular de la ciudad de México.

un sofá despeinado debajo de la ventana, lleno de agujeros y vacíos de relleno de sillón, y un camastro con algunas almohadas y unas cobijas que olían a humedad. “¡Qué pedo, pinche Paula!” – Le dije, cuando llegué ese día a *la pocilga*, como la llamaba ella cariñosamente<sup>194</sup>, con un *tupperware*<sup>195</sup> cuadrado lleno de ceviche de camarón con pulpo, unas frituras de maíz triangulares, y unas cervezas que tenía en el refrigerador. Las frituras eran de queso, pero no importaba mucho. Había suficiente ceviche para que ambas pudieramos comer sin problema y quedar atiborradas de comida. Sin embargo, Paula apenas tocó algunos triángulos de fritura de maíz, mientras que yo me lancé en un monólogo de dónde era, qué hacía en Karlsruhe, hacia dónde iba, de qué se trataba todo esto, mientras me quejaba y comía. Notaba, sin embargo, que Paula no comía al mismo paso que yo. Seguí platicando y dando mi versión de la historia, hasta que en algún momento, me detuve a preguntar qué era lo que estaba sucediendo: “Entonces no vas a comer, ¿O qué chingados?”, – dije, exasperado. Paula se me quedó mirando, y me dijo: “Es que me da pena”. Exasperado, continué: “Pena robar, a la verga, Paula. Come.” “Pero...”, “Pero ¡Nada! Chingada madre. ¡Come, carajo!”.

De esta manera, empezó con el pie derecho nuestra amistad: Yo forcejeando para que dejara el falso pudor social, y ella, reteniendo el miedo de que las cosas salieran mal por razones que no entenderíamos nunca, en el futuro, a pesar de nuestros intentos de mantenernos unidos a pesar de la vorágine de cosas ocurriendo a nuestro alrededor.

---

<sup>194</sup>Tenemos un concepto muy extraño del cariño, en México.

<sup>195</sup>Me pregunté en repetidas ocasiones si tenía sentido en este momento hacer una excepción a lo que, hasta este momento, era un concepto que tengo tan engranado en la mente como “un tupperware”, o “topergüer”, por su pronunciación latinizada, es simplemente un recipiente plástico semi-hermético para conservar comida dentro de un refrigerador o nevera. Esto es interesante porque, como muchos otros objetos de la vida cotidiana, la marca registrada del objeto se convirtió en su denominador social común: Un “kleenex”, es un pañuelo desechable, pero si uno dice “necesito un pañuelo desechable”, muy probablemente obtenga como respuesta burlas, faltas de respeto y, en contadas ocasiones, violencia.

Así entró Paula en mi vida (y por extensión, Elena), sin embargo, la manera en la que ellas entraron, fue a través de Marcela.

A veces quisiera no ~~pero tenemos que~~ hablar sobre Marcela.

## Costa (R)ica

En las periódicas juntas de los *couchsurfers* conocí a gente diferente cada tanto y, a veces, iban muchachas que no me la hacían de pedo por el inglés. Debido a que necesitaba un espacio seguro para expresar mi sufrimiento cada vez que una persona desconocida (alemana o lo que fuese) me repetía incesantemente WARUM KANNST DU KEIN DEUTSCH, DU MUSS DEUTSCH LERNEN. LERNEN. LERNEN.

LERNEN.

En fin, no hablaba. Mucho. Pero en inglés, todo era bastante sencillo, porque me podía comunicar, y era de cierta manera una *lingua franca*, para nosotros, las perdidas en este sueño imposible de irnos lejos. En las reuniones de los *couchsurfings*, había un cierto entendido tácito que la *lingua franca* sería, en la mayoría de los casos, el inglés. En algunas ocasiones, sin embargo, esta podía cambiar al alemán si la masa crítica así lo requería, pero esto no sucedió mucho, por lo que yo podía estar tranquilo cada tanto. En una de tantas reuniones, por vía de Valentina, me reencontré con Nora, la mexicana que ya tenía viviendo varios años en Karlsruhe y que conocí el mismo día que Valentina. Nora es una muchacha super agradable, y en ese entonces estaba en el proceso de búsqueda de trabajo (como todas, en algún punto, del futuro, supongo).

Como en todas las reuniones donde había una cantidad portentosa de hispanoparlantes, mi oído agudo para los acentos hispanoparlantes en inglés (o en alemán, en el futuro, supongo) me daba pie a empezar una conversación. Marcela estaba en una de estas (r)euniones y le pregunté si hablaba español, intentando dentro de lo posible no ser un viejo (r)abo verde (como todos los viejos (r)abo verde que rondan el planeta tierra). Empezamos a hablar, diciendo qué cómo te llamas, qué de dónde vienes. "De Los Mochis, Sinaloa" – como siempre, con un acento exagerado para denotar que sí provengo de la tierra caliente de Los Mochis, Sinaloa, México. "Yo soy de Costa (R)ica" - replicó Marcela. Ahora, no tengo manera de describir textualmente la manera en la que pronunció Costa (R)ica, pero en términos técnicos, Marcela no hacía **vibrante múltiple alveolar sonora** para decir (R)ica. Solo hacía la **aproximante alveolar sonora**, o "r" inglesa, para decir (R)ica<sup>196</sup>. No sé si eran mis intentos de parecer más afable de lo que en (r)ealidad era, pero no comenté nada acerca de la pronunciación (cosa que muchas otras connacionales hubieron hecho tiempo después), y acepté esa pre(rr)ogativa sin chistar, porque ya para el momento en el que todas estas ideas estaban andando a caballo en la discusión, yo ya estaba bastante i(rr)everente, y la acompañante de Marcela esa noche, una mujer escocesa de cuyo rostro no podría hacer memoria, aún si pusiera todo mi esfuerzo por delante para encontrarla entre tantas marañas mentales que he tenido tras años de enmarañamiento profesional, estaba bastante confundida por las diatribas sin sentido en las que me veía involucrado, todo para llamar la atención. Esa vez, para intentar hacerme el interesante, y porque había leído en *Twitter* algo sobre teoría feminista, empecé a hablar sobre el feminismo. A explicar, como hombre, cómo es qué funciona el feminismo, y que estaba bastante conforme con su posición feminista. Debí de haber dicho la palabra unas veinte veces, por lo menos, en camino a *Carambolage*.

---

<sup>196</sup> *ergo*, la manera en la que está marcada esta letra a lo largo del texto y cuando sea que esté "hablando Marcela" se usará como significador de la aproximante alveolar sonora.



El *Carambolage* era un club nocturno “de mala muerte”, aunque esto era más bien un club nocturno que estaba abierto a horas poco socialmente aceptables, en días en los que era poco aceptable estar afuera *de noche*. Siempre después de una reunión del *couchsurfing*, nos íbamos a este “club nocturno de mala muerte” que estaba abierto hasta las 2 ó 3 de la mañana. Para entrar se cobraban cinco euros por persona, y la cerveza tenía precios amigables (para ser un club nocturno), y estaba adornado por dentro con un un papel tapiz bastante dañado por los años, y gente amable (y tatuada) detrás del mostrador. Sobre estas amables (y tatuadas) personas, una fila de muñecas *Barbie* con sus cabelleras despeinadas al fondo, y la lista de precios en un piza(rr)ón negro al fondo, así como una copia de papel puesta en el mostrador, pegajosa por todas las cervezas derramadas desde tiempos ancestrales, e iluminación colorada y pobre a lo largo de un pasillo tenebroso, que tras una pared escondía siempre a un DJ detrás de una ba(rr)a tocando música electrónica variada, en contraesquina de los sanitarios que tenían las puertas oxidadas y todos los azulejos pinta(rr)ajeados de palabras altisonantes en alemán e inglés, penes de distintos tipos: Venudos y circuncidados; pequeños y encapuchados; deformes y tan largos como permitían los azulejos quebrados sellando los urinales amarillentos de tantos años de pésima puntería; y pósters de eventos próximos.

Como todas las (r)elaciones amistosas del siglo XXI, nos agregamos a (r)edes sociales y platicábamos de vez en cuando, casi siempre en el contexto de los del *couchsurfing*, pero intenté de alguna manera tener una (r)elación amistosa con Marcela fuera de ese contexto. Cuando hacía algo de comer en casa la invitaba a comer algo y hablar estupideces de la vida diaria y de lo difícil que es no hablar alemán, pero sí español, pero suficiente inglés para poder trabajar y que nuestras

capacidades no sean tan ignoradas. Una de esas veces me disculpé por despotricar sobre el feminismo aquella vez que nos conocimos, pero Marcela me dijo “*No mae, ya ni me acordaba de eso*”. Y que le dio (r)isa cuánta tontería decía. Esa vez, me llevó una salsa costa(rr)icense muy popular, la salsa Lizano, que para ella era como (r)egalarme lo máspreciado que tenía en su casa, porque era difícil encontrarla en Alemania, y solo la obtenía cuando viajaba de vuelta a Costa (R)ica. Esa salsa, que venía en una botella que ya había sido abierta, se quedó en mi refrigerador por varios años y solamente la usaba esporádicamente, porque sabía que era una salsa muypreciada. De igual manera, las salsas picantes que yo tenía eran muypreciadas, pero debido a que no las usaba mucho, también muchas de ellas se echaron a perder y las tuve que tirar a la basura. *Las salsas Lizano que me regaló Marcela también las tuve que tirar después, porque llegaron a la fecha de caducidad y yo no las había consumido.* Supongo que son una buenaanalogía de nuestra (r)elación en el futuro.

En una de tantas veces de nuestros abu(rr)imientos compartidos, salimos alguna vez a estas (r)euniones de los del *couchsurfing* y debido a que nos quedamos con sed esa noche, salimos ya bastante ebri@s las dos, vimos que había un bar abierto, el PRINZs, justo afuera de donde habíamos estado bebiendo cerveza ese día, y decidimos entrar.

En este momento, nosotr@s no sabíamos que tipo de club nocturno sería. Nos dimos cuenta, pronto, que era un bar gay-amigable. Me pareció maravilloso, como macho cis-género y estandarte de todo lo bueno, pulcro y santo de mi género. Creo que siempre he encontrado los bares gay-amigables bastante cómodos, y amigables: Buenas bebidas, buena música, y se puede bailar como si no hubiera mañana. *Como cuando salía con Daniela... pero esa es otrora.* Esta vez en particular, nos escabullimos al bar y nos dieron unos *shots* de colores fosforilocos (a mí me tocó una bebida azul) y compramos más cerveza y nos pusimos a bailar. Un muchacho del bar le dijo a Marcela “*Dance, ¡Dance! ¡Shake it*

*like Shakira!"* y, en nuestras mentes, fuimos las (r)einas de la noche, esa noche. En (r)ealidad no podría decir si nos la pasamos excelente esa noche o no. Estabamos bailando de lo más lindo y un muchacho se acercó a bailarme y me tomó por la cintura. Me volteé y le dije que *no, ;thanks!* y el muchacho se alejó. Creo que me fui muy bo(rr)ach@ a mi casa y llegué y me dormí, o pudo haber sido una de tantas noches en las que me quedé dormida en el tren y desperté a varias estaciones de donde yo vivía, entonces tenía que irme caminando de vuelta a mi apartamento. En mi mente, me la pasé bastante bien. Me acuerdo de la parte positiva de esa noche, y de la bebida azul que tomé y que me puse intransigente con alguien en la entrada del bar, y por eso tuvimos que dejar el lugar. *Nice.*

Así conocí a Marcela.

Técnicamente, en mi mente, yo pensaba que Marcela y yo eramos amigos. Amistades de verdad, *¿Sabes?*, porque creo que no tenía una relación saludable con una mujer desde... desde hace bastante tiempo. Solamente porque compartíamos lenguas, y no era necesario más. Era bonito tener con quién compartir ideas, a pesar de que no surgieron propiamente del mismo lugar. Alguna vez, de segunda mano, escuché que dijo que su sueño era ser astronauta. Astronauta.

## Mercedes Verde

Hubo un período en ese fatídico segundo otoño que viví en Karlsruhe en el que conocí a una ~~Ariadna~~<sup>197</sup>. En esta ocasión, ella hablaba un poco de español, pero no lo suficiente para poder llevar una conversación más allá de “*¿En dónde está la biblioteca?*”. Si, sí. Claggo. ~~Ariadna~~ y yo nos conocimos por el trabajo, y porque yo hablaba español, y le pareció picante, me invitó a su fiesta de despedida de Alemania a través de redes sociales, que por aquellos días estaban inundadas de videos cómicos de gatos, videos motivacionales, grupos de generación de memes chistosos, grupos de compra/venta de bienes y servicios, ese tipo de redes sociales. El día de su fiesta, no conocía a muchas personas asistentes, pero todo se solucionó cuando me pusieron a bailar, y debido a que mi miedo sobre la aceptación social me lleva en su espalda a todo momento, bailé con la gente de la fiesta (que realmente no era una fiesta, eramos 5 personas tomando algunas cervezas y comiendo hummus y con iluminación limitada). Después de esta fiesta, ~~Ariadna~~ se fue a Tailandia por un año a hacer unas prácticas, por lo que nuestra comunicación fue inexistente, así que olvidé que existía.

En el segundo otoño, ~~Ariadna~~ volvió, y empezó a buscarme, avisándome que estaba en la ciudad. En este momento, me agradaba la idea porque seguía viviendo en Büchig, y esa noche en particular, no tenía mucho que hacer, entonces contesté rápido que sí, quería ir a dar una vuelta. “*¿Do you want me to pick you up in my car?*”, me dijo. Debido a que no sabía cuál era su plan, o por qué me había invitado, pensé que podríamos beber algo (alcohólico) porque soy muy irresponsable, y por que como era un domingo, no había comprado

---

<sup>197</sup> Aquí hace tal vez falta un pequeño adendo a la historia porque no sé si poner a esta ~~Ariadna~~ en la pila de mujeres que trascendieron mi desarrollo emocional a través del tiempo. Supongo que sí, porque terminamos teniendo muchas peleas que cambiaron algunas actitudes que tengo sobre mi relación con mis parejas. Bueno. Pongámosla.

cervezas, así que solamente tenía un vino que no recuerdo muy bien por qué estaba en mi alcoba. Tomé la botella de vino, que estaba cerrada, y un destapacorchos que teníamos en la cocina, para poder abrir la botella a donde sea que me fueran a llevar. “*We can stay in my room if you just want to chat*”, dije, mañosamente, para no tener que salir del sótano. Sin embargo, esta ~~Ariadna~~<sup>198</sup> estaba bastante empecinada en salir “a ver qué había por ahí”. Siendo domingo, no podía pensar en qué podría estar abierto (o si se podría comprar cerveza a tan altas horas de la noche), así que decidí seguirle el rollo<sup>198</sup> y salí para ver a ~~Ariadna~~<sup>198</sup>, después de casi un año de no saber nada el uno<sup>a</sup> de la otra. Al salir, pude ver su automóvil estacionado afuera, un Mercedes Benz A150 color verde de dos puertas, un poco viejo, posiblemente del 2004, y nada parecido a ningún Mercedes Benz que había conocido hasta ese momento, casi siempre siendo automóviles lujosos de gente con bastante más dinero que yo. “*Sorry, my car sucks, I want to change it soon for a new one*”, me dijo. Sin embargo, no había mucho que pensar al respecto, salvo que para mí, los automóviles siempre han sido solamente herramientas de transporte, por lo que hice prácticamente caso omiso a esa observación. ~~Ariadna~~<sup>198</sup> notó que había traído una bolsa de supermercado con algo que hacía ruido como de una botella golpeando como de un destapacorchos, a lo que preguntó: “*¿What do you have there?*”. A mi me daba pena aceptar que tenía una botella de alcohol cuando evidentemente íbamos a ir a un lugar manejando el vehículo automotor, y yo sabía que estaba mal ofreciéndolo como una opción para beber. Afortunadamente, también había traído una manzana, así que saqué la manzana y empecé a morderla, escondiendo la vergüenza que me daba ser tan intransigente con el alcohol. ~~Ariadna~~<sup>198</sup> encendió el automóvil, y empezamos a andar en camino a las orillas del río Rin.

El río Rin.

---

<sup>198</sup> **Rollo, seguir:** 1. **m+v loc. verb. coloq.** Estar de acuerdo y proseguir con la idea de.

### *Life is alright on the Rhine*

Henry, el viejo lesbiano del hostal, era un tipo bastante agradable. Hablábamos mucho sobre música, puesto que él es músico de *jazz* y toca el saxofón, y durante una mudanza que organizó me enteré que también tenía un piano en su nuevo apartamento donde vivía con su esposa. También trabajaba para una compañía de *Software*, por lo que teníamos bastante tema de conversación, a pesar de que a veces parecía un poco intolerante a las opiniones ajena (como cualquier persona que está de acuerdo con su propio espíritu infranqueable). Aquella vez que nos separamos y nos fuimos por caminos separados, mantuvimos contacto y, en algún momento de la historia, me preguntó si conocía el río Rin. Le dije que no.

Pero sabía algo del río.

Tiempo atrás, en 2012, cuando ~~Ariadna~~ era, estabamos  
hacinados en su carrito blanco lleno de basurita, y ella  
tarareaba *Nantes*, de Beirut. A partir de ese momento, empecé a  
escuchar mucho *Gulag Orkestar*, de 2006, y había entre tantas  
canciones, la canción de *Rheinland (Heartland)*:

*Life, life is all right on the Rhine  
No, but I know, but I know  
I would have no where to go  
No but there's nowhere to go, to go.*

Vida, la vida está fina en el Rin  
No, pero sé, pero sé  
No tendría a dónde ir  
No pero no hay a dónde ir, ir.

Y así, ad infinitum. No me acuerdo si escuché esto en ese viaje, pero esa canción se me quedó pegada y esa vez, estaba pensando en esa canción porque estaba justo en el río, justo donde estuve con Henry el invierno pasado. Un poco antes de llegar, pasamos por una represa que, aparentemente, unas semanas antes tuvo que ser activada porque el nivel de agua del Rin había subido

bastante, y estas represas se usaban para evitar que el nivel del agua pasara a la ciudad. Me pareció interesante el dato, so apocalíptico.

“*¿Have you ever been?*” “No, never”. Esa vez, nos estacionamos junto con varios otros vehículos que iban a disfrutar de uno de los pocos días soleados al lado del río de ese fatídico primer otoño en Alemania. Esa vez, solamente aprecié que se me hacía muy extraño que la gente considerara un paseo comprar pan, algo de beber y se fuesen a un río a ver la vida pasar. Pero así era. En ese mundo estaba ahora. La vida está fina en el Rin. Y sí, no sé a dónde ir.

Nunca supe a dónde ir.

## Mercedes Verde (bis)

Llegamos al Rin bastante tarde. Yo seguía comiendo una manzana, pero la botella de vino nunca la saqué. Esa vez, estabamos estacionados más o menos en el mismo lugar en el que estuve estacionado con Henry, pero era aún más tarde. Esa vez, empezamos a platicar de cosas tibias, de la vida diaria. En algún momento, la conversación se volvió turbia y me preguntó: “*¿Orlando, how do you forget, everything?*” En retrospectiva, si pudiera olvidar, no estaríamos en este momento recontando todo. Lástima. “I don't know, if I did, I may have done it. *¿What bothers you?*”. Algo le aquejaba de su novio de un año, y que ella se había ido, pero que todavía lo amaba demasiado. “But you can't stop loving, that is not a thing. You love and then it is, and as much as you try, it is not possible to let go, until you eventually, let. And letting is the hard part, so things get fixed, with time” La poesía del momento. Otros autos estaban dando vueltas y solo se veían a lo lejos las lámparas que daban vueltas y gente que no conocíamos, viendo también la oscuridad a lo lejos del río pasar. “But I don't think it is how you say, *¿You know? Look, the thing is, I miss him, but I think it is best not to forget. ¿Why would we need to forget? ¡I think what you say, is*

*nonsense! ¿Why can't men understand these things?" "Well, then I have no fucking idea what you want to know"* A partir de ese momento, la naturaleza de la relación que tendría con ~~Alemania~~ se definió inmediatamente sin gran oportunidad de cambiar en el tiempo futuro: Ella poniendo un tema de conversación en la mesa y pidiéndome una opinión al respecto; yo proveyendo una retroalimentación desde mi perspectiva (aderezada con palabrejas que hacían parecer que yo estaba en la absoluta y total verdad, porque la tenía que hacer de pedo por todo y para sentirme en comodidad mi sensibilidad depende de que yo sepa todo, en todo momento); ella contradiciéndome, y muriendo en la colina que decidió tomar una postura; yo intentando hacerle ver que el que está correcto, soy yo; ella, segura de que lo que ella estaba pensando desde el principio, era lo correcto. Esa vez, la conversación fue lo suficientemente vainilla que yo no pensé mucho al respecto de las contradicciones, pero aún así, intenté poner en la mesa que el que estaba en lo correcto era yo (**no lo estaba, pero aún así, quería ponerlo en la mesa**).

Esa vez, me llevó de vuelta a mi apartamento (junto con el vino que no abrí) y me fui a dormir, y ya no supe nada de ~~Alemania~~.

**Hasta la siguiente semana, tal vez.**

En esos días, ~~Alemania~~ me invitó en algunas ocasiones a salir. No encontraba mal que ella tomara la iniciativa, además de que nunca había ido al cine en Alemania, por lo que las expectativas eran relativamente altas. Le dije que sí, entonces le dije que nos encontráramos en el centro de la ciudad. En esos días, fui a la estación de tren en la bicicleta que me vendió El diablo, así que solamente la aseguré a uno de los postes para bicicletas en la parada de Büchig, y debido a que asumí que volvería temprano, porque solamente iba a ir al cine a ver, esperaba, una película que pudiera entender.

Lamentablemente, no fue así y la vida es una absoluta pérdida de tiempo.

No tanto. Pero bueno. No tanto.

Nos vimos cerca del *Zentrum für Kunst und Medien*, yo había llegado tarde, y nos vimos cerca de donde estaba estacionado el Mercedes Benz verde, y nos saludamos, y le dije que si podíamos, por favor, ver una película en inglés, para poder de menos entender qué es lo que estaba pasando. Ella tomó de su bolso una botella transparente, y antes de contestar mi pregunta, me dijo que este era un licor casero que su padre le había regalado ahora que volvió a casa. Me ofreció un trago, y yo acepté. Bebimos directamente de la tapa de plástico de la botella, por lo que un poco del licor cayó en los asientos del automóvil. Tras el efecto nublador del licor casero de su padre, me dijo con mucha seguridad (que yo siempre desprecié, porque me molestaba su excesiva seguridad al decir cosas que yo consideraba que estaban equivocadas): “*No, Orlando, you need to learn German too, ¿you know? It would be a good experience for you*” – me dijo, y me dijo también que ya había comprado los boletos. En este punto yo no estaba muy de acuerdo con la decisión que se tomó por mí, pero dije “**bueno, de menos no tengo que pagar el boleto del cine**”, mientras que ~~Ariadna~~ me decía: “*That was eight euro for the ticket, but you can get the popcorn and the drinks*”. Yo estaba en desacuerdo, y la contradije. Sin embargo, no tenía mucho espacio para decir “**;No, estás pendeja, yo no voy a pagar eso!**”, pero en fin. Una sorpresa positiva que tuve en este momento es que podía comprar cerveza para entrar a la sala. Esto me dio bastante alegría, y ~~Ariadna~~ me dijo: “*I want two*”, y bueno. Pues dos compremos. Al final fueron unos ocho euros de todo lo que compré, entonces asumí el costo de mis errores, y fuimos a la sala. Ella me dijo que nos sentáramos en la parte trasera de la sala, así que pensé que podría haber besos, si todo salía bien. Lamentablemente las cosas nunca salen bien y nunca hay besos, menos cuando quisiera recibirllos. La película empezó y, honestamente, en retrospectiva, no me acuerdo muy bien de qué se trataba, o quién actuaba, o cual era la idea detrás de la película. Solo

recuerdo que había muchos actores y muchas actrices turcas, y que era una comedia romántica que no entendía muy bien, pero como cualquier otra comedia romántica, había muchas conversaciones con música romántica, caras graciosas para situaciones inesperadas, y aparentemente, los actores y actrices principales terminan relacionadas las unas con los otros. Mientras yo luchaba por entender qué estaba pasando en las pantallas, ~~Ayudadme~~ bebía sus cervezas con singular alegría e impresionante velocidad, mientras yo (atípicamente) lo hacía lentamente, porque intentaba (infructíferamente) comportarme adecuadamente para la ocasión (e intentar entender qué sucedía en la película). Pero ese no era el punto de la cita (*Me enteré después que esto podía ser o no una cita, estaba confundida.*), ella salió por otra cerveza, mientras yo intentaba encontrar palomitas de maíz en la bolsa que estaba ya casi vacía. Cuando ella volvió, antes de tomar asiento, empezó una canción en la película y ella empezó a bailar frenéticamente, mientras yo observaba anonadado. No quise preguntar más al respecto, pero en este punto pensé que la película no tenía sentido alguno, y la plática empezó a tratarse sobre lo que estaba sucediendo en pantalla. Al final de la película, salimos del edificio y le dije: “I think I’m leaving, I am sleepy”. ~~Ayudadme~~ me dijo: “*Should I bring you home? My car is parked near here*”. Le dije que no, que podía llegar a casa en transporte público. Después de un breve (e incómodo) silencio sostenido, me dijo: “*OK, let’s drink then*”. Quisiera aparentar que soy una persona seria y recatada y que insistí en irme a casa, pero no fue así. Soy un fácil, y se nota en todas mis acciones que mi sed ese día era particularmente perceptible. Nos dirigimos a su automóvil y en el camino, le dije en por lo menos dos ocasiones: “*Are you sure you can drive?*”, “*Sure, I can, I haven’t drunk so much, ¿you know?*” – Replicó. Con el tiempo, me di cuenta que esto era un mentira, y cualquier cantidad de alcohol que sobrepase las 2 unidades de alcohol es considerado demasiado alcohol. Debimos ser más prudentes. Subimos al automóvil, y manejó a una

imprudente velocidad en dirección a lo que pensé que era mi casa, hasta que me dijo que no se sentía en condiciones de llevarme a mi casa, pero que podía pernoctar en su sofá. Yo accedí, y llegamos al estacionamiento designado para su automóvil, que era muy cercano al centro de la ciudad. Debido a que ya era bastante tarde (cerca de la una de la madrugada), ya no pude tomar un tranvía a casa, por lo que me vi forzado a dormir en ese sofá desconocido. En camino a su apartamento, me dijo que compráramos algo más de beber, así que fuimos por unas cervezas a un local de *kebab* que estaba abierto en ese momento. De regreso a su apartamento, con botellas de cerveza en mano y la botella de licor destilada por su padre, que ella bebía como si fuera agua, caminamos y platicamos en tranquilidad. Yo ya no me sentía con la energía de beber más licor, así que me denegué una oferta de beber licor. Cerca de la librería de la ciudad, ~~Ariadna~~ me dijo que no se sentía del todo bien, y empezó a caminar lento. Lento. Más lento. Le dije que si estaba bien, y me dijo que todo estaba bien. Que estaba cansada. A las dos de la mañana, después de ver una película que no entendía, empezamos a discutir sobre alguna estupidez de la que teníamos opiniones encontradas. Por un lado, discutíamos frenéticamente que ella estaba equivocada, y que yo estaba en lo correcto. Alguna tontería. Yo solo quería discutir. Nos vimos a los ojos, y en contraesquina del parque donde estuve sentado escuchando la tristeza de ~~Ariadna~~ por no saber cómo dejar ir, aquél verano que dimití lo poco de dignidad que me quedaba por mi falta de control al beber alcohol, estaba yo en relativo control del alcohol que había bebido, y nos besamos ligeramente. Treinta y cuatro microsegundos después, ~~Ariadna~~ vomitó una cantidad indescriptible de alcohol casero, cerveza y palomitas de maíz. Le dije que todo estaba bien, mientras sostenía su cabello con una mano (para evitar que lo vomitara), y mi otro brazo era pintado en todos los colores que componían la nada del alcohol consumido esa tarde. Me pedía disculpas mientras la arcada sobrellevaba los “*sorry*” entre espacios para respirar. Le ofrecí que llegaramos a su apartamento, apenas a 200

metros de donde nos encontrábamos vomitando la vía pública. Las disculpas proseguían mientras caminabamos, pero lamentablemente ninguna disculpa limpiaría mis manos llenas de palomitas de maíz recién expedidas del vientre ajeno. Llegamos al apartamento de ~~Ariadna~~, y recuerdo solo iluminación escueta; Un librero, y mucha parafernalia de todo el mundo: botellas de todo tipo de licores (vacías), y móviles rotando libremente mientras ella se refrescaba en el lavabo. Me senté al borde del sofá, y cuando salió, me dijo: “*You can sleep in that couch*”. Y se fué a dormir. Yo busqué un cargador (que afortunadamente había en un multicontactos que estaba justo en la sala de estar), puse mi teléfono a cargarse, y tomé algunas de las almohadas que estaban regadas por todo el sofá para intentar dormir a gusto.

Esa vez, dormí relativamente cómodo.

Al día siguiente, ella se despertó mucho antes que yo, mientras yo miraba como iba y venía. Me levanté un tanto despeinada, y confundida por el incidente del día anterior, mientras ella me decía desde la cocineta: “*I made breakfast, it's almost ready*”. En este momento, yo estaba con bastante hambre, por lo que agradecí que hubiera algo de desayunar. En este momento, tuve una ilusión de huevos fritos (pero no olí nada), con un poco de tocino (que tampoco olía), unas tortillas de harina de maíz frescas (**Siempre se puede soñar**), y una rebanada de queso amarillo, como los desayunos que hacía mi madre cuando éramos niños (**Curiosas fantasías de nostalgia que una sufre estando a tantos kilómetros de distancia**). Me acerqué a la mesa por curiosidad al no haber oido nada, y curioseé por la mesa, merodeando un poco para saber qué sería el desayuno. Y lamentablemente (y desde ese momento) me di cuenta que mi ilusión solo se quedaría en una triste fantasía, porque solamente vi latas. Muchas latas. Muchos tipos de panes (Esto ya me lo había advertido Adrián, entonces no use mucha atención a que solo hubiera pan en la mesa. A caballo regalado, no se le miran los dientes, decían), algo de pimiento

morrón<sup>199</sup>, unas rebanadas de queso con olor a patas, y más nada.

~~Ayudante~~ seguía en la cocineta y volvió con un recipiente de vidrio que contenía filetes de pescado en salmuera. “*¡I hope you like it, I made a big effort putting it together!*” – Me dijo ella, con una inocencia que realmente en ese momento yo no sentí como una mirada inocente a una oferta de desayuno, y que tampoco veía que era un honesto intento de ser buena anfitriona después de haberme vomitado la mano el día anterior... pero bueno. Para ser un desgraciado infeliz, no se estudiaba, un honesto intento por hacerme sentir apreciado, y yo solo observaba. Tomé un poco de jugo de naranja (Que evidentemente también veía con desprecio porque venía de un cartón y no de una naranja real, y tomé un pedazo de pan, una rodaja de pimiento morrón, y un poco de queso. Después de dar una mordida, anonada, se quedó observando mis patrones de comportamiento, mientras ponía piezas de todas las latas presentes. Me preguntó, inocentemente: “*¿What is it, are you OK?*”, y como soy un desgraciado infeliz que no puede controlar la necesidad de hacerle ver a alguien mi honesta opinión, le dije: “Sí... mira, muchas gracias. Te agradezco, pero yo esperaba otra cosa. Esto no es un desayuno. Esto es abrir latas. Entiendo el esfuerzo, pero esto no es “hacer desayuno” de ninguna manera”. Un poco apenada, y deteniéndose de comer un emparedado pequeño, me dijo: “*Well that is what I normally eat for breakfast*”. Acto seguido, con un tanto de molestia en sus ojos, me dijo: “*But I mean, ¿Are you sure you don't want some?*”, “No, it's OK, I will get something on the way. See you around though.” – repliqué, mientras terminaba de beber el jugo de naranja (falso). Le dije que me iría pronto, así que tomé mis cosas, busqué mis calcetines (que había perdido en la noche porque me dio calor en los pies), y salí a buscar el transporte público para llegar a Büchig.

---

<sup>199</sup> o pimientón.

Cuando llegué a la estación de tranvía, estaba solamente la cadena de mi bicicleta tirada en las rejas de la estación.

Mi bicicleta, en ningúñ lado.

“¡Hijo de su reputísima madre!” – Dije.

La relación que sostuve con esta ~~Ariadna~~ fue portentosamente combativa, puesto que compartíamos un sentido inmamable de estar siempre en lo correcto, lo cual llevó a muchos encuentros desafortunados y constante conflicto. En algún punto, y a lo largo de este período de otoño, ella me buscó frecuentemente, en parte porque estaba aburrida y mucha de la gente con la que compartió el año anterior se habían ido de la ciudad, y por otro lado, porque encontraba un poco de “desafío” en mi incansable necesidad necia de estar en lo correcto. Unos fines de semana después, me volvió a invitar a salir, pero esa noche habíamos cenado algo (no recuerdo que era) y eso motivó a mis entrañas a empezar a moverse de maneras poco éticas cuando llegamos a su apartamento. Estuvimos hablando un rato, pero en algún punto, quise utilizar “los servicios sanitarios”, para encontrar que no había papel sanitario, y estaba haciendo una cantidad indescriptible de ruido al intentar descomer lo que se que hayamos comido esa noche. Me rendí, porque me daba una vergüenza infinita la situación, y salí de los servicios sanitarios, pedí una disculpa, y me retiré. Llegué a mi apartamento a destruir mis sueños a través de la defecación, mientras ~~Ariadna~~ me preguntaba por mensajería instantánea qué fue lo que sucedió. Le expliqué que no tenía nada que ver con ella, que todo estaba

bien, y que por favor dejara el tema.

Sin embargo, no dejó el tema, y le tuve que decir la verdad: “Hey I left your apartment because you did not have toilet paper and I needed to poop”. Ella agradeció la honestidad, y me dijo que entendía. En una ocasión futura, me volvió a invitar a su apartamento, y lo primero que me mostró fue un paquete de diez rollos de papel sanitario. Me dio bastante ternura que lo haya hecho de esta manera. Entendí de cierta manera que el interés por mi felicidad era genuino, a pesar de que todas nuestras constantes peleas me hicieran sentir lo contrario. Sin embargo, siempre acompañado de estos momentos tangiblemente encantadores, siempre estaba acechando el hecho que teníamos una seria incompatibilidad emocional, al yo no estar disponible para aceptar a esta persona de la manera que era, y ella intentando en todo momento hacerme saber que ELLA tenía la razón, y que ella sabía algo que yo no sabía.

Meses después, hubo un evento con música latina y mucha gente desconocida. Yo sabía que amigos míos irían a este lugar, pero no me dijeron que irían con ~~Ayudapiesa~~. De igual forma, yo no estaba muy interesado en ir con ella, así que fuí solo (en principio) y me comuniqué con mis amigos estando en uno de los techos que rodean el salón de eventos donde sería la fiesta. Juan, uno de los acompañantes de ~~Ayudapiesa~~, me dijo: “Mariquis, mira que vamos a ir con la ~~Ayudapiesa~~ al AKK, ¿Allá nos miramos o qué?”, “Simón, allá nos vemos, dale pues” – respondí. Bajaba solo para comprar cervezas y estar platicando con otra gente que estaba en el evento. En algún punto de la noche, ~~Ayudapiesa~~ me dijo que si estaba en el lugar. “Simón”, le contesté. Nos encontramos en la pista de baile en alguna ocasión, pero no hice mucho caso de lo que sea que me quería platicar esa vez, y yo solo volvía al techo que funcionaba como terraza, para seguir bebiendo cerveza y pensar en lo bonito que se veía la iluminación inconsistente de las mesas que se encontraban abajo de esta terraza improvisada. Por allá de la

media noche, ~~Ariadna~~ llegó a donde yo estaba sentado, y molesta, me dijo: “*I was looking for you, ¿Why are you ignoring me?*”, y le dije que porque ella estaba ocupada con los otros muchachos, no creí necesario que hubiera una intervención mía. Ella se sentó en mis piernas, y me dijo: “*I don't understand why you always attract me to you*”. Y yo pensando: “hermana, no sé qué es lo que te atrae porque soy una terrible persona” Le dije que no entendía por qué, puesto que no había nada específicamente atractivo acerca de mí. Me dijo algo sobre el desafío, y algo sobre las peleas. Nos besamos en ese sofá, con esas luces improvisadas, en esa noche en la que había salsa reproduciéndose en el fondo. Lamentablemente, y porque esa noche mi objetivo no era desnudarme enfrente de otra persona, no tomé cuidado de no beber demasiado, así que ya ebrio, me dijo: ““*Let's go to my flat*””. Y yo, que soy un fácil, accedí. Afortunadamente, sin vehículos automotores de por medio, en esta ocasión. Llegamos a su apartamento que estaba pobramente iluminado, y sobre la mesa vi una botella de ron Havana Club, y varias latas de cervezas. En algún momento, pensé: “Vaya, me la emborracharon y aparentemente, el que se la va a besuequear seré yo”. Terrible manera de pensar, lo sé. Sin embargo, me aseguré que estuviera dentro de sus cabales en todo momento, y pedí consentimiento a cada paso. Intenté, infructíferamente, hacer que se rindiera y me mandara al sofá, pero nada funcionó. Nos besuqueamos y en varios momentos, ella me mordió los labios, que es algo que siempre he odiado. Le pedí que no lo hiciera, pero pareciera que le decía “HÁZLO DOBLEMENTE FUERTE”. En el calor de las chupetadas, me preguntó si estaba enfermo (asumo que estaba preocupada por alguna enfermedad de transmisión sexual, pero yo bromeé que solo tenía un poco de resfriado. Ja. Ja. Je). Nunca he sido particularmente explícito en situaciones picantes de adultos, por lo que digamos que al final de una infructífera noche de pasión, solo recuerdo haberme quedado dormido en una posición comprometedora con ~~Ariadna~~. No recordaba por qué. Solo recuerdo haber despertado en la madrugada y,

de nuevo, fui enviado al sofá esa noche (porque ella no estaba acostumbrada a dormir con personas en su cama). Salí como criminal en la mañana, sin despedirme ni nada. Algún mensaje mandé ya que estaba en el transporte público. Seguimos platicando después de esa desafortunada situación.

A finales de noviembre, necesitaba dejar mi apartamento en Büchig, debido a que había encontrado un apartamento mucho mejor, y no quería renovar contrato con el grandísimo hijueputa tonto del señor Ruf. Hice todo lo posible por ocupar ese apartamento lo más pronto posible, y uno de los nuevos estudiantes del curso requería un lugar para vivir. Le ofrecí el cuarto, y el accedió. Debido a que no iba a necesitar nada de lo que compré (el colchón y un mueble), decidí dejarlos a este individuo, todo con tal que ocupara el cuarto a la brevedad. Lamentablemente, el necesitaba cambiarse para noviembre, y mi contrato empezaba en enero del siguiente año. Esto hacía la situación un tanto complicada, pero logramos concertar una cita con el dueño del apartamento (en una parte remota de la ciudad que solo se podía acceder por medio de un autobús que iba por una serie interminable de curvas en una carretera sinuosa), a la cual atendimos cerca de las siete de la noche, para poder firmar los contratos necesarios y liberarme de la maldición de vivir con el señor Ruf. Firmamos todo y, fungiendo como un terrible traductor de inglés a alemán, expliqué la situación (mal) y obtuvimos las firmas sin gran dificultad. Victoria pequeña para un hombre pequeño. ~~Alquiler~~, en su automóvil Mercedes Benz verde y pequeño, demostró ser un elemento importante en el movimiento de mis pertenencias de Büchig al centro de la ciudad, donde encontré una renta temporal (de un mes), por lo que era importante tener cómo mover todas mis cosas. Debido a que no solo soy un desgraciado, sino un horrible utilitario despreciable, le pedí ayuda a ~~Alquiler~~ para mover las cosas de mi apartamento. Ella accedió, y llegó el 30 de noviembre a ayudarme a llevar las cosas.

En mi tremenda terquedad inamovible, cuando ella llegó y entró a mi

apartamento, me dijo: “*¿Do you have any boxes?*”. Para evitar verme como un ignorante, le dije que no había cajas, pero tenía bolsas de basura. “*Oh no, that is so wrong, when people move, you need to put everything in boxes, that makes moving so much easier, ¿You know?*”. Le dije que le valiera madre cómo hacía mi mudanza, a lo que ella solo asintió y, supongo, pensó que soy un pendejo ególatra. Y tendría razón, en ese momento. Sin embargo, tuvo la paciencia de ayuarme a mover las cosas a su automóvil, en lo que se convirtieron en una cantidad incontable de bolsas y cosas que habría recolectado en apenas un año de vivir en ese apartamento. “**No sé de dónde salieron tantas cosas**”, le dije, y creo que es algo que siempre que me he mudado, he pensado, sin una respuesta satisfactoria. **¿De dónde saca una tanta mierda inútil, con el pasar de los años?** Pues quién sabe. Eran definitivamente más que las maletas que yo traía de cuando salí por primera vez de casa, y muy seguramente eran papeles y cosas que jamás volvería a utilizar. Llenábamos el automóvil Mercedes Benz verde con más y más cosas, y ella solo veía pacientemente el proceso, platicándome sobre qué es lo que haría el siguiente año, y cómo es que podría conseguir unas prácticas de estudiante. Intentaba (insatisfactoriamente) cambiar de tema, puesto que estaba seguro que el procedimiento sería lento y doloroso, y no quería pensar mucho al respecto. Mientras poníamos algunas bolsas en el portaequipajes del Mercedes Benz verde, una anciana decrepita pasó por un lado del automóvil, y despectivamente, dijo con desdén señalando las placas del automóvil: “Rumänen”. Y siguió caminando desafectada. Vi la cara de ~~Ariadna~~ desvanecerse un poco, con esa sorpresa y coraje que solo emerge cuando una sabe que la acusación es una terrible generalización de lo que una es. ““*But not all*” – emergía de su rostro, mientras sus labios se apretaban y formaban arrugas y su cara se sonrojaba, en un sentimiento cercano a la vergüenza y la molestia. Le dije: “*Fuck that old witch, let her go eat a bag of cocks*” Esperaba que no se lo tomara muy a pecho, y después me disculpé: “*Well, I think this is mostly my fault*

because I put all these bags together, sorry". Uno de los pocos "lo siento" sinceros que compartimos, porque creo que por vez primera, estuvimos completamente vulnerables a algo que no podíamos defender porque no era nuestra culpa. Bueno, tal vez yo sí, pero mientras el escudo de la ignorancia me permita repeler los vergazos que me arrojen las viejas desconocidas en el planeta... creo que estaré remotamente a salvo. A salvo de las piedras.

*El 24 de febrero de 1815, el vigía de Notre-Dame de la Garde avistó el buque de tres palos, el Pharaon, que venía de Esmirna, Trieste y Nápoles.*

Ese día, alojé todas mis cosas en el nuevo cuarto, que olía a estudiante sudado, cerveza seca y malas decisiones. La cama era un pequeño colchón individual sin sábanas, y el armario parecía estar ahí desde hace bastantes décadas. La ventana miraba hacia la calle de la tolerancia, y se podía ver justo la entrada a la calle, que está señalada por un portón metálico bastante prominente que siempre está abierto (**nunca he entendido la función del portón gigante**), unos contenedores grandes para depositar vidrio, y tres árboles en un triángulo isósceles adornado con unas barras sin uso aparente (salvo para permitir que los dueños de la noche se sienten un segundo a pensar sobre la vida). "**Sí, esto es mi vida ahora**", – pensé. Subí las bolsas llenas de toda mi historia reciente, y me recosté a pensar sobre el orden de las cosas. Tenía todavía que terminar algunos cursos, pero después de 15 días, la gente empezó a no estar, porque todo mundo tenía planes para navidad... pero yo no tenía ningún plan. No tenía como plan, definitivamente, pasar un año nuevo perdido completamente, y tampoco tenía planeado hundirme en la tristeza eterna. No señor. Todo estaba un poco en orden después de un año sumamente insípido. Pero diciembre. Ese diciembre fue un buen diciembre.

## Saviors of Jazz Ballet

Fear me, December<sup>200</sup>

*noviembre diciembre sin ti,  
Es sentir que la lluvia  
me dice llorando que todo acabó,  
noviembre diciembre sin ti,  
Es pedirle a la luna  
que brille en la noche de mi corazón,  
Otra vez, otra vez (otra vez).*

---

<sup>200</sup>Originalmente, esta sección se llamaría "Noviembre (Sin tí) de Reik, una banda que era popular allá cuando empezó el milenio. Esto me llevó a hacer una visita a las canciones de esta banda, que a pesar de que por cuestiones estéticas esta no será recordada 20 años después con el cariño que otros intérpretes que hicieron el salto a la música folkórica, como Natalia Lafourcade, pero que no tenían canciones terribles. La música de Reik, a pesar de ser engañosamente simple, tiene buenas armonías y progresiones de acordes interesantes. Luego empecé a escuchar a QBO, otra banda de los mismos años pero que más bien tocaban "*nu metal*", muy popular en la época pero que tampoco ha envejecido con mucha gracia. El cantante ahora está usando delineador de ojos, algo que nunca he entendido de los "rockeros" que se empiezan a hacer viejos y empiezan a usar delineador para... ¿Esconder las líneas de la edad? No lo sé, no lo entenderé. En fin. La introducción queda igual, pero cambio noviembre por diciembre, porque técnicamente tienen el mismo número de sílabas y funcionan exactamente igual si una no pone atención.



Así comenzó un diciembre que terminaría conmigo escabulléndome a dejar mis pertenencias a un departamento nuevo (que hasta este momento no podía empezar a usar, sino hasta el 1 de enero de 2016), y físicamente con un *tinitus* ocasionado por una interminable explosión de fuegos artificiales como no había experimentando hasta entonces.

Pero, como ya es costumbre, me adelanto *un poco* en la historia.

Este diciembre también terminó la historia entre ~~Ayamadíkenn~~ y su Mercedes Benz verde porque ella se hartó de mi actitud hosca y horrible cuando estábamos juntas, y yo me harté de que ella me estuviera constantemente soslayando con sus vacíos intentos de mejorar mis prospectos profesionales de carrera.

Me explico.

Una vez que me mudó, ~~Ayamadíkenn~~ me visitó por última vez porque andaba con ganas de platicar. Solo para platicar, entendía yo, o más bien no tanto, porque yo lo que quería hacer en la visita era más bien convertirla en una visita física, de esas en las que hay besos y tragos. Sin embargo, ella no tenía ese específico plan en mente, entonces cuando le quise dar un besillo en el hociquillo, me puso la mano en el pecho y me dijo que no. Intenté otra vez porque podía ser que ella no estaba del todo convencida de no querer unos besillos, pero me detuve de intentarlo una tercera vez. Ella empezó a preguntarme acerca de los planes que tenía. “*Qrlando, you know, you have to start searching for a new job*” – me dijo. “Sí, sí, está bien” – repliqué, mientras buscaba entre mis cosas algunos documentos impresos. En eso, mi teléfono móvil sonó, y era otra ~~Ayamadíkenn~~, buscándome para ver si nos veíamos porque estaba en el centro de la ciudad, y que si se me antojaba tomarme algún café. Yo estaba sentado al borde de la cama y ~~Ayamadíkenn~~, la presente, del

Mercedes Benz verde, estaba sentada a un lado mío, habiendo visto anteriormente que recibí una llamada telefónica de alguien. En este momento, ~~Ayudante~~ la presente, me miró con lascivia, alevosía y ventaja, y empezó a besarme la oreja y a tocarme los muslos. Anonadada (y ligeramente emocionada, porque me dije “ah, mira cabrona, lo que querías era que una pinche vieja te pisara al gallo para querer besos”) lo único que le pude decir en ese momento, mientras me mordía los labios vorazmente, fue vociferar “WHAT THE FUCK ARE YOU DOING”, mientras seguía con la llamada intentando hacer casual la situación, resolviendo lo del café (porque habiendo una posibilidad de un culillo, el café queda en segundo término porque ni me gusta el café a la verga). Terminé la llamada apresuradamente, aunque la última pregunta fue “Are you OK? You sound weird” dije que “No, all good, just a bit busy, call you soon”. En cuanto colgué, intenté seguir con los besos ahora que se habían liberado... pero ya no había. Los besos se esfumaron y se precipitó en una fría indiferencia que inundaba el cuarto. Le pregunté “Bueno pues, ya colgué, ¿ya nos podemos besuquear?” mientras intentaba violentamente tocar su muslo, pero ella se negó, y yo dejé de intentarlo. Estaba confundido (y emocionado), así que le dije que ahí lo dejaramos, que hablasemos de otra cosa. Ella accedió, y me preguntó si podía ver mi *currículum vitae*, o que si necesitaba ayuda con él. Saqué mi laptop y abrí el documento con la información de lo que tenía hasta el momento, y al verlo unos cuantos segundos, me dijo: “*Qrlando, I don't think this is good. This is so bad. I don't think you will get calls from the jobs, you know? It is not as you should be thinking about where to apply, you know if you wanted to work at [REDACTED], you need to change some things, but as it is, I think this is a very bad CV*”.

“Y mira, soy muy pendeja y lo que quieras a la verga, pero a pendejearme a mi casa, no va a venir ninguna vieja pendeja.”

Esto es algo que yo me tomé de la peor manera posible, como si me hubiera dicho que soy un pinche pendejo comecagada, o que jamás iba a lograr nada en la vida, y que moriría siendo una plasta de cagada en el suelo. Enervado, le dije: “*Pues que te valga verga lo qe haga o no, a mi lo que tu consideres que está bien o que está mal me vale verga también, y si no te gusta, pues chinga a tu madre entonces*”. Ella no lo tomó muy bien (y con bastante razón), se ofendió y sin decirme nada, salió del cuarto y yo tampoco le dije nada. Le debí de haber mandado un mensaje de texto para disculparme (infructíferamente, puesto que obviamente no era un mensaje honesto, solo quería hacerme sentir mejor), y este fue el último momento en el que supe de ella por bastantes meses.

La ~~Alemania~~ que me llamó para tomar café toma precedencia.

Durante estos días, como el trabajo estaba bastante flojo, tuve tiempo entre semana para ponerme hasta el culo pisteando en la calle. Un singular jueves, pistié y volví al apartamento, y estaba un tanto pedo y valiente, por lo que llegando al edificio de departamentos en los que conseguimos hachís con los muchachos impertinentes que estaban por horas afuera de mi entonces departamento, en una situación que era improablemente exitosa, sobre todo porque eran aproximadamente las dos de la madrugada, y yo regresaba recién de beber algunas cervezas. Esto fue, supongo, en parte lo que me hizo perder el miedo e ir a preguntar, inocentemente, si el señor ese desconocido que estaba por un lado de los depósitos de vidrio que adornan la calle de la fornicación. Antes de salir de mi cuarto, investigué cual era el “nombre de calle” del pasto sagrado de Satanás, con el fin de no sonar como un polizón ignorante con el señor de la calle. Encontré que “*Gras*” funcionaba, entonces pensé: “bueno, eso fue muy sencillo”. Tomé valor y me dirigí al señor solitario cerca de los depósitos de vidrio. El individuo me vio pero no se movió ni un milímetro, y me dijo: “*Servus*”, que es un saludo muy sureño de Alemania. Dije: “*Servus*”, automáticamente, sin pensar

mucho y solo actuando como espejo de este desconocido a punto de llevar una transacción bastante ilegal (y peligrosa). Le dije: “*Hast du Gras?*”, y el respondió: “*Gras? Gras? blah bleh bleinst du Kief?*”, “*¿Kief?*”, pensé, pero no demasiado porque quería salir del peligro. “*Kief!*” - le dije. “*Blih viel?*”, dijo. Debido a que no sabía cuál era el valor del mercado actual (y técnicamente, solo estaba haciendo la prueba del mercado), le dije que diez. Deme un diez, caballero. En este momento, el hombre no estaba muy conforme con lo que pedí, y alguna otra cosa ininteligible me dijo, que no entendí, pero por su lenguaje corporal, entendí que algo había hecho mal. El hombre desconocido tomó un rollo de papel aluminio que estaba detrás de una localización desconocida detrás de la basura, y partió el contenido en una pieza pequeña que puso en mi mano. La pieza pequeña que puso en mi mano era hachís, que no era específicamente lo que pedí, pero tuve total confianza en este hombre desconocido que me había dado lo que me había pedido. Tomó mis diez euros y empezó a caminar a una localización desconocida, y jamás le volví a ver. Ahí quedé parado, a las dos de la mañana, por solo un segundo, y reaccioné finalmente a la situación, por lo que me escabullí de vuelta a mi cuarto tras haber conseguido una pieza de material desconocido que no sabía si era lo que pedí, porque nunca había visto algo parecido. Entré a mi cuarto y abrí la ventana, desde la que vi a un grupo de jóvenes caminando en círculos dentro del triángulo de árboles que decoraban la calle en la que terminaba este cuarto que ocupé por algunas semanas, antes de dejar la vida de estudiante alocado y convertirme en una versión más cerca a la edad adulta. Esa vez, le envié un mensaje a ~~Ayudapáren~~, y le dije que “*I got the funnies*”, y para ver si lo que había comprado era precisamente lo que buscaba, tomé uno de mis cigarillos de una cajetilla que ya no tenía el plástico que las recubre (porque nunca fui del tipo de personas que cuida mucho las cajetillas), quité la parte superior del tabaco del cigarrillo, tomé un pedazo de esta cera marrón desconocida del individuo desconocido de la entrada a la calle de la fornicación, y por

primera vez en mi vida moderna, le recé a alguna deidad que estuviera desocupada a las dos y media de la mañana, para que no muriera si todo salía mal. Encendí el cigarrillo y el olor tan característico del pasto de Satán supuró de esta masa marrón recubriendo el cigarillo; lo tomé como una buena señal, tomé un buen sorbo de aire a través del filtro, y me sentí mareado.

“I am dizzy, I think it worked”, le escribí.

Me quedé dormido y amanecí con dolor de cabeza.



Tiempo después, ~~Ayudante~~ me visitó con interés para fumar algo de esta masa marrón desconocida que, hasta donde sabíamos, causaba mareos. Esa vez, habíamos quedado de vernos en mi apartamento, puesto que ella seguía viviendo cerca del centro de la ciudad, por lo que mi habitación era relativamente más permisiva que la suya. Esa vez, bebimos algo de té y vimos alguna serie de caricaturas en mi computador portátil. Fumamos un poco, y nos mareamos. En algún punto, me pareció una excelente idea apagar las luces, porque le dije a ~~Ayudante~~: “Let’s turn off the lights and get lost in the darkness”. Cerré las ventanas y estuvimos sentadas ahí, al borde de mi cama, platicando de la *oscuridad*, y que no hay que temerle. “Tell me when you fall asleep”, le dije, y seguí diciendo tonterías sobre sobre el universo y sobre la oscuridad. Estaba obsesionado con la oscuridad en ese momento, y seguí hablando, hasta que me desvanecí y me olvidé de dónde estaba. Me quedé dormido de repente, y no supe más sobre mí, hasta el día siguiente que amanecí, y ella no estaba más en el cuarto. No sabía que había sucedido, por lo que le mandé un mensaje de texto, y le dije que qué sucedió. Me dijo que podíamos hablar al respecto, pero que todo estaba bien, que solo se escabulló en la mañana porque estaba

cansada. Nos vimos después a tomar té y yo, a preguntar qué tontería había hecho, para hacerla escabullirse tan repentinamente.

La situación fue que seguí hablando y, de repente, empecé a balbucear y a perder el hilo de lo que estaba discutiendo. Debido a que soy un hombre grande, y la cama en la que estabamos sentados era monstruosamente pequeña, de repente simplemente rodé la parte superior de mi cuerpo y pateé a ~~Ariadna~~. Intentó, infructiferamente, acostarse por un lado mío, pero debido a que estaba ocupando todos los cuadrantes de la cama, no se pudo recostar en ningún lado (cómodamente) por lo que me movió en repetidas ocasiones para que me moviera, infructíferamente. Se recostó en el suelo mientras yo roncaba como un animal, por lo que ~~Ariadna~~ dormió incómodamente, y atacada por los incessantes ronquidos, hasta que se hartó a tempranas horas de la mañana y se escabulló para irse a su cuarto, puesto que había dormido con sus lentes de contacto, y tenía los ojos bastante enrojecidos.

Le pedí disculpas, y me dijo que no pasaba nada.

Ya no volvimos a fumar juntas.

## Cartera / Guten Rutsch!

### Preámbulo

La cartera no forma parte del cúmulo de ~~Alejandria~~ por varias razones: Nunca tuvimos ningún tipo de relación emocional, física o espiritual; apareció y se desvaneció casi igual que como llegó, y sobre todo, salvo el final del capítulo del año 2015, con ella me despedí del año, y no volvimos a saber el una de la otra.

Bueno, le mandé un mensaje de texto como 2 años después, pero fue más que nada por sediento. Perdón, madre, soy tu hijo.

Diciembre es una época bastante extraña en las llamadas “ciudades de estudiantes” porque literalmente, salvo la población en riesgo de ser despedida arbitrariamente de sus trabajos, no hay mucho movimiento en las regiones donde, normalmente, los estudiantes de la ciudad se reúnen a ser jóvenes y perder el tiempo entre temporadas de exámenes. De esta manera, la última reunión de *couchsurfing* quedó indicada a mi nombre, pues Lukas no estaba y quedé como única persona en la ciudad, y por lo tanto, había una lista sumamente corta de gente que atendería el evento. Solamente yo, y El diablo. En este momento, lo acepté como tal, y supuse que sería una reunión cómica, porque podríamos hablar idioteces en español, y por otro lado, la posibilidad de conocer personas en la reunión se vería reducida de manera importante. Pero no importa, la pasaremos bien, me dije. Y así, entusiasmadamente, un 16 de diciembre, tomé un tranvía al MAPA, un bar latinoamericano en el centro de la ciudad con tragos basados en pisco peruano y, aparentemente, buen mezcal.



Francamente, las únicas ocasiones en las que bebí mezcal (y me sentí conforme con la decisión) fue en la mezcalería “El Rey”, en la calle Balbuena 124 en la colonia Lafayette en Guadalajara, y en el “Pare de Sufrir”, en Argentina 66, en la colonia Americana, también en Guadalajara. Cuando era una jovencita, el trago de mezcal con una cerveza de trescientos treinta mililitros, mejor conocida como “una media” de la cervecería del ahora conocido como Grupo Modelo, costaba cincuenta pesos. ¡Ah, qué bien me la pasé en esos callejones oscuros! Después de eso, ya no tomé mezcal, porque antes tomé mucho tequila de 50 pesos por 700 mililitros y desarrollé un desprecio por el tequila (y los licores fuertes en general) que me persigue hasta este momento.

Llegué cuasi-puntual a las ocho y doce minutos a la reunión, por lo que ya había, como de costumbre, dos personas en la mesa. Dos mujeres, una de ellas, la cartera. La otra, una muchacha muy chichona pero la neta no me acuerdo nada más de ella.

~~Ahora, el nombre de la cartera no era la cartera, pudo llamarse estefi, o alguna otra cosa similar. Francamente, desde que borré su número telefónico hace varios años atrás, no recuerdo su nombre. Pudo ser también Sofía.~~

~~Nunca lo recordaremos ni lo sabremos. ¿Por qué habría de recordar el nombre de una fantasma?~~<sup>201</sup> Llegamos a la mesa, y saludamos. Yo, en inglés. Hablamos un poco sobre “qué carajo hace usted a menos de seis días de Navidad en una reunión de *couchsurfing*”. Preguntamos, y no había mucho que cuestionar, porque la cartera no decía mucho sobre su vida. Solamente decía que “ji ji ji” y “ja ja ja”, pero nada concreto de lo que hacía. Lo único que nos enteramos esa noche, es que la cartera, era una mujer que entregaba correo (*ergo*, la cartera) como su trabajo. *Ergo*, la cartera. Eso era lo único que yo sabía de ella en ese momento. El diablo, como buen hombre sediento, me dijo:

**¡Güey, no mames, invítalas a la fiesta de navidad!** Ah, importante paréntesis: Juan, El diablo, Jhon y yo hablamos sobre hacer una fiesta de navidad en el apartamento de alguno porque la soledad mata, y era mejor morir en conjunto que en la soledad de nuestros apartamentos, sobre todo, porque no planeamos pasar navidad en ninguna otra ciudad cosmopolita donde pudiésemos encontrar algo que hacer en navidad mientras las familias en latinoamérica la pasaban bomba, publicando fotos vestidas de largo, con corbatas satinadas para días especiales, atendiendo a la iglesia o con la familia extendida. ¡Ah, qué días! Qué días aquellos. Las invité. La amiga de la cartera, la chichona, se negó, porque ya tenía

---

<sup>201</sup> Samantha. Se llamaba Samantha. Me llegó la iluminación divina un día de febrero durante la edición de esta mamada.

planes familiares. La cartera me dijo que no sabía, que por favor le enviara un mensaje de texto el día de navidad, y que ella decidiría si viene a la fiesta o no.

¡Güey, ojalá vaya la amiga pechugona, estaba bien buena! – Me confesó El satanás mismo.

Yo, por mi lado, tomé esa respuesta como un “no” definitivo.

Porque si algo hube aprendido hasta ese punto, es que la sutileza y los matices no era algo que las personas alemanas dominaban, aún en el caso de un bastante amigable “No sé, veré el mismo día”. No había nada que me hiciera pensar que esto sería exitoso, puesto que:

- El día veinticuatro de diciembre, día de Nochebuena, es una celebración nacional, y todas las personas se encuentran en familia celebrando que el niño Jesús Cristo Chiquito ha descendido a la cuna de José y María (*domicilio conocido*), y la celebración ocurre.
- Me dio su número telefónico, y yo pensé que este estaría equivocado o que, por lo menos, sería falso y no se recibiría nunca jamás un mensaje de texto.
- Otros (misc.)

La cartera, sin embargo, me dijo antes de irse: “*Please just call or send me texts, I don't have a smartphone*”.

Lo tomé como lo que era: Una sugerencia de que mi mensaje podría no ser recibido.

## Estrasburgo

Mi relación con El demonio en esos días era relativamente estable y bienaventurada, y ese fin de semana del 20 de diciembre de 2015, me

dijo: “¡Güey, qué pedo, vamos con el Richi a Estrasburgo, al barco latino, carnal!”. Como no sabía qué era el barco latino, ni dónde estaba Estrasburgo, ni quién chingados era *Richi*, accedí, porque nunca se le puede decir que no a una aventura con El demonio, y mucho menos, cuando la persona que acompaña se hace llamar *Richi*.

Esa vez, debimos de haber quedado de vernos en la estación de autobuses de la central de trenes, por ahí de las ocho, tal vez nueve de la noche. El ambiente era exuberante. El demonio me había platicado en este lugar, Estrasburgo, que es una ciudad francesa en la frontera con Alemania. De la historia del lugar no supe mucho (menos todas las implicaciones geopolíticas del lugar), pero supe que había el afamado “barco latino”, y que había muchas mujeres para bailar. Suena bien, vamos pues, a la verga. Cuando me dijeron del tal “Richi”, yo no sabía quién se presentaría, y mientras el angel caído me platicaba más sobre sus conquistas amorosas en el susodicho navío, llegó un tipo petiso, con una barba escueta en el mentón, y unos lentes negros y gruesos. *Richi*, Ricardito, el Rich, llegó y nos saludó efusivamente: **¡Ey, cómo están, listas las chelas! ¿O qué?** – nos preguntó. Me agradó su energía. La sombra demoníaca hizo las debidas presentaciones, y debido a que el Richi tenía que manejar, no bebió cerveza en el camino hacia Estrasburgo. Para nada, lo que tuvimos que hacer fue comprar cervezas, porque el diablo me advirtió: “**¡Carnalito, las chelas están cariñas en Francia, eh! ¡Hay que llevar las chelas de a peso de acá para ponernos bien insoportables, mano!**” Hice caso, y compramos unas cervezas que guardamos en una bolsa, las famosas camineras. Tomamos la carretera A5 hasta un poco antes de Offenburg, que es un punto intermedio para llegar a Friburgo de Brisgovia. Ibamos hablando tonteras en el camino, sobre todo chistes de carácter sexual y otras tantas barbaridades que no recuerdo específicamente, en lo que fueron aproximadamente una hora de trayecto, con una distancia cubierta de 82.5 kilómetros. Las carreteras alemanas no son sumamente interesantes, son como cualquier otra carretera grande: Muchas indicaciones de color azul y amarillo,

unas que dicen qué tanto falta para el destino, y otros indicadores de velocidad a lo largo del camino. Una de las historias que rondaron fueron las de un tipo turco que conocieron tiempo atrás, que los invitó a una borrachera, y luego por azares del destino, les permitió seguir la fiesta con él, y ellos confundidos le siguieron el juego. La bebida alcanzó niveles peligrosos, al punto en el que el tipo que los invitó perdió el conocimiento, y estos barabajanes le tomaron las llaves del auto, y manejaron sin licencia de conducir, bajo los efectos del alcohol. Pasaron por varios puntos de control de velocidad, y no recuerdo específicamente cuál fue la situación que terminó ocurriendo, pero algo así como que el tipo tuvo que pagar unas multas estratosféricas, y el Richi junto con El demonio guardaron la historia para la posteridad. La otra historia era de una señora que vieron en la carretera hacía días que se estaba sacando los mocos y la grabaron con el celular. El Richi dijo que eso era sumamente ilegal y El diablo debía borrar el contenido.

La plática de Ricardito era animada y entretenida, con todo tipo de palabreas desconocidas para mi hasta este momento, como “¡Qué lechero, tigre!” o “¡Pucha, qué mal, loco!”, y otras tantas que mi memoria no absorbió en su momento. Yo estaba en el asiento trasero, riendo con las historias descabelladas, mientras bebía una cerveza y reía fuerte. Tenía mucho que no me subía a un vehículo automotor.

Llegamos a Estrasburgo, y me sorprendió lo diferente que era la ciudad: Muchos canales, mucha arquitectura vieja... mucha oscuridad. Honestamente, no “paré mucha bola”, como diría Ricardito, porque llegamos bastante tarde y no había mucho que ver, salvo el agua de uno de los canales contiguos a donde estaba varado el barco latino, y de ahí dejamos el “coche”, como diría Ricardito, aparcado cerca de la catedral de Nuestra Señora de Estrasburgo (o de la universidad, no podría definir exactamente dónde era que estábamos en ese momento), a escasos metros del barco latino. “**No, huevón, si es muy temprano, ¡No va a haber nadie en la pista!**”, pero no puse mucha atención porque tampoco

era como que sabía muy bien que estaba pasando.

En el camino, Ricardito notó mis zapatos, que eran los únicos zapatos buenos que tenía: Unos zapatos tipo *Oxford* cafés que compré en Estados Unidos de Norteamérica antes de mudarme a Alemania, y llevaba una camisa de cuadros (porque no tenía muchas camisas) para verme “decente”, porque supuse que los clubes nocturnos, en comparación a como funcionaban en Karlsruhe, tendrían algún requerimiento de vestimenta. Ricardito exclamó: ”**¡Qué buenos papos, broder! ¡Y que patón, calzás grande! ¿No?**”, – Y pues sí, 45 en talla europea (en ese momento no sabía y tuve que buscar, pero sí, eso), y empezaron a molestarme con la talla de mis pies, y la aparente correlación que tiene con mi inexistentemente monstruoso miembro viril. Reímos y nos burlamos al respecto, y de parte de Ricardo, surgió la idea de tomarnos una fotografía. ”**¡Pa'l recuerdo, loco!**”. En el camino, El diablo molestó a una de las transeúntes que iban por ahí, en francés, posiblemente diciéndole una barbaridad. No puse atención a lo dicho.

Una de las cosas que más admiraba Del satánico impío era su capacidad de hablar idiomas. Hasta donde yo sabía, podía hablar español, inglés, alemán y francés, pero en alguna u otra ocasión lo atrapé hablando ruso, y en algún momento me mostró sus libros de aprendizaje de polaco. En algún punto, mostró interés por el sueco, también. Un oportunista de la lengua hablada, este hombre.

Llegamos al barco latino y nos paramos frente a la puerta. Ocho euros por persona para entrar. Hmm, bueno. Habrá que pagar, pensé que sería más caro. El demonio bromeó con el cadenero a la entrada, pero eso no significó un problema serio: Pudimos pasar sin problema alguno, tras una revisión que asegurara que teníamos armas (o drogas duras). Pasamos al lugar y... bueno, sí. Pues no sé qué esperaba de un lugar que se llamaba “barco latino”. Era un barco, con muchas imágenes de Cuba, de hombres bajo palmeras, de aves y cielos azules, y botellas de todos

los tequilas, rones y aguardientes que uno pudiera pensar. Los precios, a mi parecer, eran groseramente altos: ¡Seis euros por una cerveza! Menos mal bebimos algo antes. ¡Qué robo! Pero bueno, supongo que así son las cosas en Francia: Finísimo de París, como decía Natalia. En los camarotes, se encontraba el reproductor de música y los servicios sanitarios, y había una cantidad no despreciable de hombres negros<sup>202</sup>, y unas tres o cuatro mujeres a lo largo del navío.

“¡Chale, puro pinche tornillo hoy!” – Exclamó el demonio. ”¡Tranquilo, Tigre, la noche es joven!”. Y pues sí, la noche era joven y exuberante, y ya nos habíamos gastado varios euros por entrar. Yo no me puse a intentar bailar con alguien. Tal vez, ya entrado en alcoholes, le pedí a alguna mujer por ahí que si quería bailar conmigo, pero la mayoría no quería hacerlo, así que dejé que el oscuro y Richi hicieran lo suyo, pero aparentemente mi mala suerte es tóxica, y ninguno pudo bailar.

Hablamos, y hablamos, y hablamos mierda. Ricardo... Ricardito, para este punto, hablaba de sus travesías sexuales, y de cosas que me interesaba saber, porque siempre pensé que era algo improbable que me sucediese, dadas las circunstancias.

Sin embargo, todo por servir se acababa... Y yo ya no tenía dinero para seguir comprando tragos para sentirme borracho y que me dejara de dar vergüenza que me batearan cuando le pedía a alguna dama “que me cediera esta pieza”... usaba la palabra en francés. “*¿dansez-tu?*” – preguntaba, y no me respondían. Entonces, volvía al trío de idiotas a escuchar historias y mover los pies rítmicamente. En algún momento, como Ricardito y Satanás-mismo se encontraban bailando con absolutas desconocidas, yo me puse a bailar sola.

---

<sup>202</sup>Nada en contra de ninguna raza en particular, no esperaba que estuviera específicamente populada la sala de baile de un cierto tipo de persona, me sorprendió entonces, supongo porque nunca había pasado tiempo con mucha gente de color hasta ese momento.

Siempre preferí bailar sola. Desde que conocí a Aldo, un amigo que conocí en Guadalajara, que me invitaba frecuentemente a ir a bailar, por allá en 2008. Me gustaba escuchar a Aldo porque también tenía muchas historias de fornicación que, debido a que yo no las vivía, me hacía pensar que, dadas las circunstancias, algún día podría fornicar con alguna desconocida, como el hacía, pero no consideraba que era importante bailar. ¡No, por supuesto que no! Todo estaba en ponerme borrachas y esperar a que mi encanto natural y mis pláticas de corriente eléctrica hiciera que las pantaletas de alguna se humedecieran como única posible resolución. Una vez fuimos a “Las Camelias”, un bar de banda muy cerca de donde yo vivía, por la avenida Chapalita, en Zapopan. Me puse una camisa (la única que tenía para salir) y fui, pero como siempre me dijeron mis tíos que era muy malo para bailar banda y que no tenía ritmo, decidí apartarme completamente de la idea de que podría aprender a bailar. Esa vez, no recuerdo si nos encontramos en el lugar, o si fue de las veces que pasé a su casa, donde vivía con su hermana, Nitza, y su madre. Esa vez, nos acompañó Nitza (ni siquiera me acuerdo si así se llamaba) y debido a mi absoluto terror de pedirle a alguien que bailara conmigo, pero la memoria de mis pinches tíos diciéndome que no valgo verga para bailar me regresara a la mente, me quedé en la mesa, sobando la cubeta llena de cervezas de doscientos diez mililitros, mientras miraba como Aldo bailaba con una hilera interminable de mujeres hermosas vestidas en pantalones blancos ajustados, cabelleras largas y bien planchadas, y tacones impresionantemente delgados (y qué decir de cómo se les veía ese culo) En fin, Nitza me vió mi cara de imbécil y debió pensar “este pobre diablo pagó 80 pesos y 50 por entrar, y no ha bailado ni una puta canción, hay que sacarlo a bailar” -

y dicho y hecho, me sacó a bailar. No me dijo nada de lo mal que bailé, y eso me hizo sentir marginalmente bien. Pero, también sabía que no había bailado ni remotamente bien, pero agradecí el esfuerzo de la muchacha en hacer que un pobre se sintiera millonario, sin necesidad de ir a Mazatlán<sup>203</sup>.



Me harté y salí a la popa del barco a fumarme uno de los últimos 5 cigarros que me quedaban esa noche. Afuera estaba Ricardo, y no hablamos de las mierdas banales sexuales que hablamos cuando estaba con Samael. No, en ese momento, me pidió un cigarrillo y hablamos sobre lo difícil que es aprender alemán, pero Ricardo me dijo que todo está bien. Que solo es cuestión de ajustarse. “**¡Hay que darles con todo, broder, el país ya es nuestro!**” Nos reímos y me quedaban 3 cigarros.

Volvimos adentro y, de nuevo, yo me quedé por un lado de la pista, disfrutando (dentro de la medida de lo posible), la música que se reproducía: Mucho de los grandes; Blades, Colón, Lavoe, Rivera, Arroyo; Las parejas iban y venían, y los servicios sanitarios se mantenían dando vueltas y vueltas, en la proa del barco. Fui unas tres o cuatro veces, hasta que dejé de hacerlo porque dejé de beber, porque ya estaba harto, a eso de las 2 de la mañana. Una media hora después, cuando ya se dispersaba la gente de la pista, Ricardo perdió la necesidad de mantenerse alerta (y sobrio), y pensé: “**Bueno, ni modo, lo intentamos, como siempre, a masturbase de vuelta al departamento**”. Salí a fumarme el último cigarrillo, al que me alcanzó Ricardito y nos fumamos el casi último. “**¡Mala noche, tigre!**”, y bueno. No había más que decir. Mala noche, Ricardito. Una mujer de cabellera

---

<sup>203</sup>En alguna borrachera post-scriptum, me acerqué a Aldo y le confesé que no estaba interesado en su hermana. Que me parecía muy linda, pero que lo respetaba mucho como amigo y que solo le miraba las nalgas respetuosamente. Perdón, Aldo. Perdón, Nitza.

rubia muy enredada y chaqueta de cuero que estaba por un lado nuestro, nos escuchó hablar y nos pidió un encendedor... **en español**. La cara de Ricardo y la mía se encendieron en ese momento, cual si nos hubieramos encontrado a un duende culo arriba atorado en su cazuella. Hablamos poco: Solo que veníamos de Alemania, que somos de México y Perú, y que nos encanta la música del barco. Habló más Ricardito que yo, supongo porque la sed es mayor que mi necesidad de dejar en claro mis intenciones, y una vez fumado su cigarrillo, se despidió amablemente, y desapareció en un mar de gente. "**Pos no estuvo tan mal, ¿No?**", "**¡Que dices, ya mejor vámonos!**" – replicó el buen hombre. Encontramos a Satanás en una mesa acariciando un vaso de vidrio, y nos dijo: "**¡Güey, ya vámonos a la burger mejor, queda puro pinche tornillo!**". Reímos, y mientras hablabamos idioteces, vimos a la rubia de la cabellera enredada. La vimos, o la vi, no recuerdo. Le señalé a Ricardo: "**¡Güey, la güera!**" – enuncié. "**¡No mames, a huevo, y viene con un chingo de viejas bien buenas!**", dijo el diablo, "**¡Y vienen con un puñal pa' ti, carnal!**" – Esto porque venían con un caballero de evidente orientación homosexual, porque traía una camiseta blanca muy reveladora (y ajustada) y hacía muchos manerismos sumamente exagerados, y pues se miraba muy jotón la verdad. Ricardo se acercó al grupo testicularmente, y para nuestro absoluto deleite, todas las muchachas hablaban español. Todas. Y todas estaban de buen humor y querían bailar, ge ah de. A las tres de la mañana, sí, pero bueno. Fuimos de vuelta a la pista y yo bailé con una de ellas, así como cada uno de los tres amigos restantes, hasta que encendieron las luces a las cuatro de la mañana.

El sueño, ha terminado.

"**¡Una pena, pero nos estamos viendo por acá!**" – Me dijo una de las hermosas mujeres francesas, la que estaba bailando conmigo, que hacía poco se había mudado a estudiar a Estrasburgo. No le pedí su teléfono, porque obviamente nos íbamos a ver pronto<sup>204</sup>, y al salir, preguntamos

---

<sup>204</sup>Nunca nos vimos.

cuál era el plan. “*No hay plan, ya nos vamos a dormir*” – dijeron las chicas en armonía casi uniosa, y desaparecieron entre las calles que circundan el río donde estaba varado el barco latino, mientras un trío de desconocidos me sacaban plática si les podía conseguir un poco de yerba (mala). “*Si, sí, yo conozco a un tipo afuera de mi departamento en unos basureros que tiene*”, – apunté, mientras me pasaban su número telefónico. Nicolas, ¿Tal vez? No recuerdo, pero nunca lo busqué. Nos metimos a un barco contiguo que tenía música electrónica, a seguir bebiendo y ver si encontrabamos más mujeres francesas desesperadas por bailar salsa. Lamentablemente, no sucedió y nuestro encanto latino no funcionó en este caso particular. Salimos unos cuarenta o cincuenta minutos después, derrotados porque “nadie mojó la brocha”. Sin embargo, la pasamos bien, pero Ricardo la pasó tan bien, que se quedó sin ganas de manejar esa noche.

Entramos al auto y Ricardo dijo: “*Bueno, muchachos, apriétense pues, que toca dormir acá*”, encendió la calefacción para no morir de frío, y nos dijo que nos explayaramos en el asiento trasero y el del copiloto. Dormí unas 3 horas, hasta que salió el sol y pudimos ver que, efectivamente, estabamos afuera de la catedral de nuestra dama de Estrasburgo.

“Hola”, pensé.

Ricardo se paró, revitalizado, y dijo: “*Bueno, colegas, vamos por un café y de vuelta a la casa*”, con una cara plenamente devastada por la falta de sueño. Paramos a tomar un café, pero debido a que solo era una hora de viaje, no nos enfocamos mucho en parar en la carretera. Unos kilómetros antes de llegar a Karlsruhe, el satánico venía platicando esporádicamente con Ricardo, pero definitivamente iba distraído cuando, por no avisar adecuadamente, se perdió de la salida B3 a Ettlingen... y como Ricardo vivía en Stuttgart... pues nos tocó ir a Pforzheim, el siguiente pueblo saliendo de la carretera, y tendríamos que tomar un tren de vuelta a la ciudad. “*Pues ni modo, carnal. Dios da, y Dios*

quita”, haciendo referencia al hecho de que perdimos algunas horas volviendo a casa.

Yo llegué al apartamento y me quedé dormido prácticamente al tocar la almohada.

Excelente noche, volvería a Estrasburgo con este par de vagos.

## F - Dm7(♭5) - C

El día veinticuatro de diciembre de 2015, recibí de parte de mi amiga Doyeong, una “olla a presión coreana” que, supuestamente, podría cocinar frijoles y carne en cuestión de minutos. Yo lo creí, como el idiota que soy, y la traje a la vivienda de Juan, que en ese entonces, compartía un piso con otras 6 personas, que ese día en particular hubieran visitado amistades fuera de la ciudad. Traje la “olla a presión coreana” a su apartamento, y empecé desde temprano, aproximadamente las dos de la tarde, a preparar los artilugios para preparar un platillo llamado “carne en su jugo”, que realmente solamente eran cubos de carne de *Gulash*, la carne más barata que encontré, algunas especias, agua y frijoles.

Lamentablemente, la “olla a presión coreana” era un artefacto que solamente hablaba coreano, por lo que fue algo difícil lograr hacerla operar correctamente. En algún punto, y después de acertados forcejeos, logramos hacer que hiciera vacío, encendiera algunas luces, y un temporizador empezara. Nunca supimos que hacía, pero después de una hora aproximadamente, la “olla a presión coreana” dijo algo en coreano, por lo que abrimos la olla... y encontramos frijoles duros. Duramente duros. Duros como nuestros corazones. No nos rendimos, y un grupo de indios, que también estaban solitarios y aburridos, nos prestaron una olla a presión (real) con la que pudimos echar a andar el cocimiento de carne y frijoles. Tras unos minutos en operación, yo escuché que la olla liberaba una cantidad violenta de vapor y sonidos, por lo que pensé que todos moriríamos esa vez. Resultó, sin embargo, que estas ollas a presión liberan la presión súbitamente, y no “lentamente” como estaba yo

acostumbrado. Preparé algunos chiles picantes con cebolla, ajo, cilantro, sal y pimienta, y unas “tortillas” hechas con harina de maíz no nixtamalizada que tuvo resultados cuestionables, pero deliciosos.

A las seis de la tarde, mandé un mensaje a la cartera: “*Hi, I am Qrlando, from Couchsurfing. We are in [REDACTED], if you wanna come to our Christmas party, you are welcome*”. No esperaba respuesta, porque estaba acostumbrado a las fantasmas que desaparecen en el limbo de no querer volver a hablar conmigo.

“*Hey, ¿Can you send me the address? I am on my way*”

Replicó a las ocho de la noche. Emocionado, le dije a los demás muchachos de cómo estaba la situación, pero obviamente, intenté actuar tranquilo. Demasiado tranquilo, me dijeron posteriormente.

La cartera llegó aproximadamente a las diez de la noche, sola. Yo juraba que llegaría con algún amigo o amiga... por aquello de la seguridad. Pero no, simplemente llegó sola. La recibí con un abrazo y un *¿Hi, how are you doing?*, y le dije que estaba un poco ocupado, ya saben, preparando la cocina. Le presenté a mis amigos, que la saludaron y le ofrecieron algo de beber. Ella tomó una cerveza y empezó a hacer migas con mis amistades. Yo terminé de preparar la cena a eso de las diez y media, y le envié un mensaje a *Ayudaplease*, que vivía en el mismo edificio de departamentos, si quería acompañarnos. Me dijo: “*No, I don't like Christmas*”. Insistí, porque soy un idiota, y de nuevo, declinó. Tal vez por el hartazgo, a eso de las once de la noche llegó a la puerta. Ofrecí a todas nuestras invitadas algo de comer, y seguimos bebiendo cerveza y hablando idioteces hasta pasada la media noche. Yo seguí bebiendo cerveza, estando la cartera y *Ayudaplease*, y me emborraché bastante, porque mis amigos, siendo buenos camaradas, no intentaron nada con la cartera<sup>205</sup>, pero yo ni estaba poniéndole

---

<sup>205</sup> Existe una especie de “código de hombres” entre amigos, en el que si uno invita a una mujer a una fiesta, es porque uno tiene planes de cortejarla. Yo, lamentable-

atención. Es más, corrijo. Estaba activamente no poniéndole atención a la cartera, porque mi intención con ella no era ni siquiera el cortejo vil. Mi intención con ella era inexistente, o solamente admirarle y no ponerle atención hasta el próximo ciclo solar. Tengo recuerdos invívidos de la noche aquella, pero recuerdo un poco que, en algún momento de la noche, me dijeron: "¡Qrlando, quita tu música de mierda y pon reggaetón!", y dije, "¡Memento, yo tengo reggaetón en mi disco duro!". Tomé mi computadora que estaban posados en una mesa muy baja, y el disco duro cayó apenas algunos centímetros, mientras este estaba en operación. Hubo un silencio quedo, porque nadie sabía si entraría en estado de choque cuando viera lo que le sucedió a mi disco duro, que para este punto ya no servía. Unos momentos después, llegó El diablo, con un papel aluminio arrugado lleno de mota, que fue bienvenido un grupo de muchachos provenientes de la República de la India llegaron al cuarto, pues estaban un poco distraídos por el ruido, y preguntaron qué hacíamos. Les invitamos a beber algo, pero declinaron la invitación. Sin embargo, se vieron atraídos por la salsa picante que había preparado anteriormente, y se comieron todo el tazón, acompañado de arepas que hicieron Juan y Jhon mientras yo seguía de allá, para acá, fumando cigarrillos e ignorando activamente a la cartera. Pero no todo dura por siempre. En un momento de sobriedad, salí a fumar un cigarrillo y vi a la cartera, que estaba viendo las estrellas (o el cielo nublado) y le pregunté que qué tal estaba todo, que que decía, que qué pensaba. Platicamos apenas algunos segundos, cuando de repente, me distraje y dejamos de hablar porque me hablaron adentro para cambiar algo de la música. Perdí el rastro de la cartera por un largo rato, hasta que en algún momento se acercó a

---

mente, no tenía planes de hacer eso, porque la cartera era demasiado linda, y yo creía que ella solamente estaba aburrida y no tenía nada que hacer en Navidad. Luego entonces, no le tiré el sablazo nunca.

donde estabamos y me dijo: “*There is a weird guy there, in the darkness*”. Hice caso omiso, hasta que divisé a un individuo del lado opuesto del pasillo en el que estabamos platicando. Ella dijo: “*¡Be careful!*”, pero yo cuidado nunca tengo, y solamente me dirigí a donde estaba tremendo sujeto, a las dos de la mañana, observando a un grupo de desconocidos. Me presenté y me dijo su nombre, pero no puse atención. Llamémosle, ~~Ainsley~~. Me dijo que era un fantasma que había muerto hacía años, y no sabía qué pensar al respecto, solo asentí y seguí la corriente de la plática. “*Yeah, yeah, sure, man, all good, deadman. Come on, have a beer with us, deadman*”. Le dije. Se acercó al grupo y platicó la historia, y nos dio bastante risa su insolencia. Nos cagamos (~~iliteralmente~~) de risa, pero a la cartera no lo dio mucha risa lo móbido de la historia. Ella dijo: “*I think I should leave*”. Le pregunté por qué, si apenas se iba a poner bueno con la presencia de tantos muertos), pero de nuevo, no lo tomó de la manera más cómica. Acabamos por ahí de las cuatro de la mañana, y me regresé al apartamento en el tranvía de las 5. Me dolía un chingo la cabeza al día siguiente.

FELIZ

NAVIDAD

A TODAS.

El 28 de diciembre fue cumpleaños de Juan. Lamentablemente, yo tenía que preparar el cuarto que estaba alquilando para entregarlo el día 29 de diciembre de 2015, a las nueve de la mañana. Debido a que se me pidió por favor pintar el cuarto para hacer la entrega a la dueña, y debido a que el Mercedes Benz verde ya no estaba disponible para hacer ninguna amistosa entrega exprés de objetos directamente a la puerta de mi nueva vivienda, tuve que disculparme con Juan, puesto que no podría asistir a su cumpleaños, debido a que tenía que terminar esta entrega de departamento, para convertirme por fin en un adulto joven, tomando la decisión más sensata y solamente fui al proveedor de materiales de construcción más cercano, compré una cubeta pequeñita de pintura blanca, que consideré suficiente para pintar menos de 32 m<sup>2</sup>, y me fui al cuarto, a recoger algunas cosas que tenía regadas por ahí, y para poder ganarle un poco de tiempo al tiempo, tomé la silla y empecé con un cuadro pequeño para hacer control de que el color que había comprado era el que necesitaba para pintar el cuarto. Resultó que solo existe un color para las paredes en Alemania: *Polarweiß*. Pinté un pequeñísimo, insignificante cuadrado en el cuarto. Me harté rápidamente de la tarea en mano, y le hablé a Juan a ver qué plan tenían: “[Nada, mariquis, aquí en la molke, ¿Vienes a echar pola o qué?](#)”.

Este es el momento decisivo. El momento en el que la toma de decisiones simplemente se convierte en una pregunta, una duda, un segundo. Decir, “*No, ¡Gracias!, tengo que pintar las paredes del cuarto*”, para evitar la sed de vivir, la sed de cerveza, y la sed de no querer trabajar este 28 de diciembre.

Ya qué, a la verga, chingue a su madre trabajar.

Me bañé y salí a la habitación de Juan, el mismo lugar donde hubimos pasado días antes la navidad. De esa noche, no recuerdo mucho, porque

no pasó nada interesante. Bebimos cerveza, hablamos estupideces y mamada y media, nos burlamos de lo increíblemente triste que se pone la ciudad durante el Apocalipsis decembrino. *Fear me, December*, me repetía, aunque noviembre (sin tí, es sentir que la lluvia me dice llorando que todo acabó) ya estaba bastante detrás... ¡Qué digo! Es momento de emborracharse, damas y damos y dames. La vida es demasiado corta para estar pensando en pintar paredes.

[PAUSA]

Mi siguiente memoria consciente me tiene a mí a las dos de la mañana llegando bastante alcoholizado al apartamento ese que se suponía que tuve que pintar el veintiocho de diciembre de dos mil quince... pero se me olvidó. Para no despertar sospechas, dejé las luches apagadas y empecé a pintar las paredes, o cuando menos, una sección pequeña en la que dibujé algo parecido a un cuadrado, pero me cansé, porque eran ya las tres de la madrugada, y al día siguiente, tenía que levantarme a las siete de la mañana para seguir con mi trabajo.

[PAUSA]

Me levanté a las ocho y media de la mañana con una sed terrible, dos recipientes de pintura en el piso, el teléfono descargado y muchísima hambre. Debido a que ya tenía algunas cosas en mi nuevo apartamento, solo quedaban “algunas cosas” en el cuarto: Una mochila Jansport color mostaza echada a perder que utilicé hasta que se dañaron los cierres; mi computadora; ropa miscelánea que hube utilizado la semana pasada; objetos varios que tenía que llevarme al nuevo apartamento, como botellas de depósito; audífonos de varios tamaños; y ropa de cama regalada del hostal; y una chaqueta debido a que estaba haciendo frío ese diciembre y tuve que ponerme para no tener frío yendo a mi nuevo apartamento. Junté todo en una pila cerca de la puerta, e intenté pintar a alta velocidad el cuarto, que todavía se veía amarillento en las esquinas. Intenté cubrir el mayor espacio posible, pero también había mucho polvo acumulado en el piso, y las ventanas se veían bastante polvorrientas. A las nueve de la mañana con cero segundos, tocaron a la puerta. Una mujer de cuyas dimensiones solo recuerdo “ancha”, empezó a despotricular sin siquiera decir “*guten Morgen*”:

“Scheiße, Mann! Unglaublich! Das  
Terrarium ist komplett unputzt!  
Ich komme wieder um vierzehn Uhr!”

La mujer solo gritoneó esas palabras ininteligibles, salvo la parte que tenía un cagadero en el cuarto, que qué mierda, que increíble, y que volvía a las 14.

Tiempo de mover el culo.

### [PAUSA MEDIA]

Después de haber tenido que ir de nuevo a la tienda de construcción por más pintura, puesto que me hube acabado el tarro de pintura en menos de dos paredes, un pincel de tamaño medio, a remedio que ya tenía suficientes áreas de la pared pintadas, salvo algunas esquinas, que debido a la morfología del tarro de pintura me permitieron hacerlo sin requerir de un pincel fino (hasta este momento), de llevar algunas cosas al apartamento nuevo, incluidas las botellas vacías y demás objetos innecesarios para pasar una noche en un cuarto que debí de haber entregado en la mañana, pero por circunstancias ajenas **sí, sí, ya sé, soy un pinche desobligado verguero, ya estuvo suave**, ya, a mi control, tuve que dejarlo pasar y tener que estar a las carreras al mediodía del 29 de diciembre de 2015, para pintar todo, dejar impecable el cuarto... y así se fueron las horas, hasta la una y media. Tenía la frente con una mezcla de sudor y cebo maloliente por todo el alcohol etílico consumido el día anterior, mientras pasaban los minutos. Tenía todavía Internet en el teléfono, por lo que el tiempo no corría tan lento como quisiera aparentarlo. A las catorce horas, con cero minutos y tres segundos, volvieron a tocar la puerta del cuarto.

Era la señora desconocida, pero ahora, con un semblante completamente distinto. Me saludó con una sonrisa, y dijo de nuevo una serie de palabras ininteligibles, señalando algunas cosas en las paredes, que yo solo contestaba diciendo “**ja, ja**”. Ya. Pero ya, ¡Deja de estar jodiendo, carajo! ¿Me puedo ir, por favor? Le dije solamente “**OK**”, y me fui.

Por fin, libertad.

Libertad de tener que escuchar al señor Ruf salir de su cuarto a las dos de la mañana, azotando la puerta, y poniendo pan congelado en el microondas, por horas, y dejándolo resonar con un periódico "bip, beep... biiiiiiiiip", sincronizado con las interminables noches en las que no podía dormir, pensando en que las cosas no estaban yendo del todo bien. Ahí, en la oscuridad de las noches en las que solamente veía la oscuridad de las cortinas que daban a un jardín de piedras, donde en el invierno ponía mis botellas de cerveza para poderlas beber frías, las noches que no tenía nada que hacer el fin de semana. Se terminaron también las noches en las que volvía a casa, subiendo al tranvía S2 en dirección a Spöck, que siempre me causó un poco de gracia, porque sonaba con el capitán de la serie *Star Trek*, aunque creo que no había tal relación. Se acabaron las veces que recorría el vecindario donde se encontraba mi entonces cuarto, Büchig, que a veces estaba lleno de basura de las casas colindantes, que dejaban muebles perfectamente funcionales que tomé en dos o tres ocasiones para amueblar mi cuarto, para sentir menos que solamente estaba viviendo en un cubo donde solo ocupaba espacio y en el que no podía sentir que pertenecía del todo, puesto que siempre pensaba: "Esto es temporal, Qrlando. Todo es temporal". Las veces que mi vecino, el agradable italiano, me ofreció utilizar la lavadora pero que temía arruinar, por lo que nunca la utilicé, y siempre acudía a la lavandería en la Werderstraße, donde estaba mi tía, una vieja pequeña, amarga y canosa que se molestaba conmigo (aunque con el tiempo me di cuenta que no era personal, y su amargura y canosidad era con todos los usuarios de la lavandería), porque hube cargado demasiado una lavadora por encima de la carga permisible. Me gritó y tuve que tomar una lavadora

pequeña para aminorar la carga de la lavadora mediana, pero ya no tuvimos ningún altercado por varias semanas, hasta que tardé demasiado tiempo en recoger una carga de una secadora y había una fila atípicamente larga para usar la secadora. Se acabaron las veces que volvía a casa en la madrugada borracha, buscando la ruta más rápida de la estación al apartamento. Se acabó ese momento de alegría cuando encontré ese pasillo pequeño al final de la estación, por el que podía llegar más rápidamente a la casa donde se encontraba mi cuarto, solo para descubrir que vivía detrás de un cementerio. Un cementerio pequeño, hasta aburrido, puesto que solo estaba lleno de candelas rojas, algunas flores, y ancianas que lo visitaban en las mañanas y las tardes, a recordar un mausoleo de lo que alguna vez existió y ahora solo es piedras sobre tierra y flores muertas cada semana. Desde esa vez, en la madrugada, cuando llegaba borracha de la calle, tomaba la ruta más larga, alrededor del cementerio, por miedo a despertar a las que descansan; a los que descansan... hasta que una vez, harta de mi temor a los fantasmas, me atreví a cruzar el cementerio de madrugada. Unos días después, mi computadora se apagó de repente, en la madrugada, y en otra ocasión, se activó de la nada en la madrugada. Asumí, entonces, que eran los fantasmas que querían ver que estaba vivo, y solo estaban saludando. Decidí ir a pedir disculpas a las muertas, por si acaso, y dejaron de suceder eventos desafortunados en la madrugada. Se acabaron las maldiciones, se acabaron los días de olor a campo en la mañana. Se acabó el vaho denso de la madrugada sobre el pasto raso. Se acabaron las calabazas de los infantes de mis vecinos en noche de brujas, que dejaron fallecer hasta que se convirtió en una cara deformada, ennegrecida y maloliente, para recibir el frío invierno de

2015. Se acabaron las peleas con el señor Ruf, y ver su culo desnudo mientras preparaba ensalada. Se acabaron las cajas interminables de pan congelado, y se acabó tener que sentirme culpable por el simple hecho de existir y hacer las cosas mal, aunque no supiera por qué. Se acabaron las desconexiones a Internet en medio de la madrugada. Se acabaron muchas cosas.

Por fin, soledad.

Esa noche, dormí “de trampa” en mi nuevo apartamento, debido a que mi contrato empezaba hasta enero de 2016, pero como no tenía dónde dormir, y la dueña del apartamento no estaba en esos días, consideré prudente usar el apartamento 2 días antes del comienzo del contrato. **Lo siento señora de la renta, intenté, pero fallé miserablemente.** No me pareció imprudente, e intenté no hacer ruido esos dos días, para evitar causar una falta administrativa en el nuevo apartamento. El 30 de diciembre de 2015, fue un día como cualquier otro, compré algo de comida para tener en el refrigerador, compré algo de cerveza y bebidas azucaradas para pasar los días, y Juan y Jhon se habían ido a Praga a pasar el año nuevo, por lo que no tenía plan de ningún tipo. Afortunadamente Lukas, mi amigo polaco/alemán de la fiesta esa en la que me puse a lavar los platos, me invitó a una fiesta de año nuevo en un apartamento donde habría mucha fiesta, mucha gente, y muchas personas desconocidas. Tenía el número de la cartera en los mensajes recientes, y me pareció prudente, de nuevo, invitarla a la fiesta de año nuevo, asumiendo que me diría “*no, sorry, I have another party to go to*”, por lo que le envié un mensaje de texto a las ocho de la noche, previo haber preparado algunas bebidas para llevar a la fiesta esa desconocida, y no esperé que me contestara, ni mucho menos: ¿Quién está libre un día antes de año nuevo? Pero no, al parecer, la cartera no

tenía nada que hacer, o al menos eso quiso decir en su mensaje de texto, que decía (más o menos): “*Now I am with some friends in Neureut, I think we will hang out here and we will then see what we do later*”. Lo tomé como una señal que ya tendría algo que hacer, y le envié un mensaje a Lukas que llegaría al lugar de la fiesta directamente. La hora de encuentro serían las diez y media de la noche, puesto que estaríamos ahí para los fuegos artificiales que se incendian a eso de las doce de la noche, para celebrar que el año viejo se ha ido, y que empieza el año 2016, con bombo y platillo.



Típicamente, cuando eran estas fechas de celebración en México, en casa nunca fuimos mucho de usar fuegos artificiales. Al contrario, mi padre aborrece absolutamente los fuegos artificiales. Cuando era niño, mis primos eran muy fanáticos de los fuegos artificiales que truenan fuertemente, que llamabamos “triques”, o barrilitos, para comprarlos en el mercado. Recuerdo que, debido a que la venta de fuegos artificiales de este tipo es prohibida en México, teníamos que ir a una florería cercana al bar 444, en contra esquina del entonces ingenio azucarero de Los Mochis, por la avenida Gabriel Leyva. Al entrar a la florería, se entraba por un cuarto trasero, detrás del cual se veía una amplia selección de fuegos artificiales de todo tipo: Los zumbadores que solamente emitían chispas pero ningún sonido y rotaban en la tierra hasta apagarse; Los triques pequeños, que apenas esbozaban algún crujido al explotar; Las cebollitas, mis personales favoritas, que también solo emitían chispas y tenían una mecha bastante larga, por lo que era difícil quemarse al encenderla; las palomitas, que eran simplemente pólvora envuelta en papel

periódico en formas triangulares, y cuyo poder explosivo estaba en proporción al tamaño de las palomitas; y finalmente, los barrilitos, unos cilindros de color gris metálico con una mecha muy pequeña, por lo que encenderlos era más una proeza de habilidad, desarrollada solo con los años (y el miedo de perder una mano si este explotaba en un momento indeseado). Yo nunca fui muy fanático de los explosivos estridentes, pero siempre me fascinaba pasar tiempo con mis primos más viejos, que encontraban fascinantes estos objetos explosivos. Mi padre, por otro lado, siempre fue enemigo asiduo de este tipo de explosivos, y se convirtió con los años en una especie de juego entre los primos por hacer encabronar a los tíos, encendiéndoles barrilitos o palomitas debajo de las sillas, haciendo carcajear a las otras hermanas cuando la víctima brincaba por el sobresalto de la explosión. Mi padre, sin embargo, nunca quiso ser partícipe de este tipo de juegos, y se molestaba bastante con mis primos que prendían fuegos artificiales debajo de su silla. Por esto y algunas otras cosas, mi padre siempre fue el hermano "serio", al que no se le podían jugar muchas bromas. En fin, yo nunca fui fanático de los objetos estremecedores, en parte por miedo a encender uno equivocadamente y perder una mano. Por otro, nunca he sido fanático de los sonidos sumamente estridentes. Sin embargo, los fuegos artificiales me recuerdan a esos días simples en lo que estábamos en navidad o año nuevo afuera de la casa de mi abuela paterna, Doña Adela, jugando en la calle hasta tarde, mientras mis tíos bebían cerveza o algún otro licor fuerte para celebrar la temporada. En la madrugada, se prendía una olla grande de menudo o de barbacoa, pero nunca fui muy fanático de una o de otra. A veces, quisiera comer menudo en la madrugada.



Llegué al lugar de la fiesta, cerca de la estación Karlstor, en la bicicleta que me vendió El diablo hacía algunos meses. La cartera me hubo enviado un mensaje mientas andaba en la bicicleta, pidiéndome la dirección de la fiesta. Asombrado, le envié la dirección y le dije que me avisara cuando estuviese en la puerta, para ir a recogerla, puesto que había una fila bastante larga de gente desconocida que, hasta ese punto, los y las organizadores de la fiesta no estaban poniendo atención en dejar pasar, pero aparentemente las cosas se pusieron peludas en la madrugada y tuvieron que detener el paso de gente desconocida al apartamento. Un poco antes de la medianoche, la cartera apareció, vestida con un conjunto de falda y blusa negra, una chaqueta de piel negra un poco dañada por el uso de varios años, y unas botas altas por encima de los talones. Nos saludamos y entramos a la fiesta, donde me encontré con Lukas y tomamos unas cervezas del refrigerador. A la media noche, salimos a ver los fuegos artificiales, que me sorprendieron por la longitud temporal que la gente los utilizó: Los fuegos artificiales no se detuvieron hasta pasadas las dos de la mañana, intermitentemente después de la una, pero bastante frecuentes alrededor de la media noche. En algún momento, un desconocido soltó uno de los fuegos artificiales cerca de mi oído, logrando un tinnitus súbito (que no despareció sino después de algunos meses), y que me causó una sordera temporal ese primero de enero de 2016. El año, entonces, había terminado, y entramos de nuevo a la fiesta, pero yo no hablé con la cartera. Solamente la miraba, de repente, pero no hablaba con ella. Yo solamente desaparecía por ahí en la fiesta, a ver qué veía o si fumaba un cigarrillo afuera, porque yo no pensaba mucho de que ella haya aceptado la invitación. En mi mente, solamente estaba ahí porque estaba aburrida, porque no

conocía a otras personas, porque no tenía nada que hacer esa noche de año nuevo. Yo pensaba que ella no quería estar sola, y yo solo quería que ella la pasara bien, y suponía que solo me estaba utilizando porque no conocía a nadie más. Hablamos dos o tres veces, solamente.

A las 2 de la mañana, la cartera me dijo que ya se iba, que ya estaba cansada. Le dije que adiós, que me avisara cuando llegara a casa. La cartera ya nunca volvió a comunicarse conmigo. Posteriormente, ese año, intenté mandarle mensajes para saber cómo estaba, pero ella ya no me contestó. Supongo que estábamos pensando cosas distintas, cuando la invité para una fiesta en año nuevo, y luego la abandoné toda la noche, pensando que yo solo era una herramienta para su entretenimiento, en lugar de el entretenimiento de esa noche.

Me quedé unos minutos después de que se fue la cartera de la fiesta, porque ya no había cerveza en ninguno de los refrigeradores, había solo tipos fumando y hablando en alemán, y me sentía muy fuera de lugar en esa fiesta donde no conocía a nadie. En algún momento, vi a Julia, besuqueándose con un tipo en uno de los sofás de la fiesta. Vi esto, y me fui. Tomé mi bicicleta y revisé mi teléfono.

Über Beiertheimer Alle

3,6 Km

Perfecto. Francamente, no sabía cómo llegar a casa, salvo por un puente que consideraba que estaba demasiado lejos, así que busqué un camino más corto. Para llegar a mi nuevo apartamento, tenía que andar a través de Bulach, un barrio que está al sur de la ciudad, más o menos en dirección de mi nuevo apartamento, y parecía una manera sencilla de llegar. El puente por el que pasé tenía unos gatos decorando el barandal, por lo que lo tomé como una buena señal. Anduve por una calle que, supuestamente, cruzaría por las vías del tren, pero al llegar a estas, noté que no había camino a través de ellas. Bajé de la bicicleta y crucé las

vías hasta el otro lado, donde supuestamente llegaría a Im Weiherwald, un camino rural que me llevaría a mi hogar. Anduve y noté como había bastante neblina, y hacía mucho frío también. Pasé por un camino rural que iba hacia un bosque, pero me dio miedo porque la luz de mi bicicleta no era muy fuerte, y temía perderme en el bosque en medio de la noche. Di la media vuelta y seguí por un camino sinuoso que me llevó a la parte trasera de donde estaba mi hogar, y sentí calma cuando noté que había un puente, y postes de luz... y por fin, una calle que reconocía. LLegué a las tres y minutos de la madrugada, bastante sobria, y con sueño. Encendí la calefacción al llegar, puesto que por fin, podía legalmente utilizar mi nuevo apartamento. Mi nuevo hogar. Un espacio que, después de tantos años, podía considerar mío.

Lo último que recuerdo de la cartera es que ella fumaba *Lucky Strikes*, y en algún momento, no recuerdo si cuando recién nos conocimos o en Navidad, le ofrecí uno de mis cigarrillos, una cajetilla de Marlboro blancos que había comprado hace unos días. Le ofrecí uno de los míos, y me dijo: "No, thanks, I don't like those", y puse atención a la cajetilla, que era café y parecía de cartón que no había sido tratado. Al día siguiente, busqué la razón por la que me dijo que "one of mine, the ones you don't like", y vi que la cajetilla decía "Ohne Zusätze", que difícilmente se traduce como "sin químicos añadidos". Supuse entonces que la cartera era del tipo de persona que no ve la ironía de no querer morirse por los químicos agregados... pero sí por fumar cigarrillos con desconocidos. Ay, Samantha<sup>206</sup>.

Los siguientes tres o cuatro meses, fumé exclusivamente cigarrillos sin agregados, en caso de que nos volvieramos a ver.

---

<sup>206</sup> Me acordé un día de febrero durante la segunda corrida de copy edit que se llamaba Samantha la chingada cartera. Sabe que fué de ella.

No nos volvimos a ver.

Bienvenido, dos mil dieciséis.



## Disforia

δύσφορος

Siempre hay algo en la definición epistemológica de los términos que usamos a diario que resulta un tanto incómodo cuando uno no entiende el contexto en el que estos objetos existen.

Para encontrar significado en las palabras, existen dos alternativas: El Diccionario de la Real Academia Española que dictamina la dirección de un lenguaje, a través de viejos y viejas rancias que sujetan el diccionario en sus bracitos flacos y venosos cuando leen *Twitter*, el servicio de micro-registros acotado a 140 caracteres (luego incrementado a 280 y aderezado con hilos subsecuentes, eliminando el propósito original de “micro-registros”, pero bueno...)

Encontrar significado por las raíces

δυσ - φέρειν  
difícil - de soportar

## **Interludio**

**Muerte**

Mi relación con la muerte ha sido, por de menos, inexistente.

La primera vez que supe que la muerte existía, fue un día de noviembre, porque había fallecido Don Tranquilino, padre de mi padre. Fue en 1992, si no mal recuerdo, porque justamente cuando fuimos notificados del evento, viajamos en un avión de Mexicana, una ahora difunta (je) aerolínea de México, y lo recuerdo muy fijamente porque en la revista que ponen junto con las instrucciones en caso de emergencia, había un artículo sobre el día de los muertos. Empecé a leer, a mis cinco años, y empecé a llorar. Lloré mucho, porque por primera vez me enfrenté con el concepto de la muerte, y que las cosas se acaban, con el tiempo.

Ese día, llegamos a la casa de mi tío Roberto, en la colonia doce de octubre, y solo recuerdo que el evento era como navidad, porque estaban todas mis primos y primas, y mis tíos, pero todo mundo estaba triste. Y no entendía por qué. Esa vez, solo recuerdo que estaba más que nada afuera de la casa de mi tío, en la plazoleta, con otros niños y niñas pero no recuerdo específicamente cuáles o quienes. Solo recuerdo que, ya entrada la madrugada, había menudo para cenar. El menudo es un platillo típico de la cocina sinaloense mexicana, hecho con panza de res, que es lavada copiosamente para eliminar los malos olores, y cocida a fuego lento por varias horas hasta dejar un caldo blanquecino, con un olor y sabor fuerte, como a culo lavado. A mí solo me gustaba comer los granos nixtamalizados de maíz, sin comer la carne, porque no me gustaba la textura.

No necesariamente relacionado con la muerte, la otra memoria que tengo con menudo fue en Guadalajara, en la casa donde vivía mi abuela Leticia, cerca de la casa de mi tía Ana. Un día que estabamos de vacaciones ahí, mi padre y mi madre fueron a hacer compras al mercado, y nos dejaron dormidos. Cuando desperté, no había nadie en la casa. Caminé de arriba a abajo, y salí del cuarto donde dormíamos mi hermana y yo. El cuarto era sumamente oscuro, apenas iluminado con unas velas. A veces, tenía pesadillas con ese cuarto, pero que tenía una estructura algo distinta, y realmente ya no me acuerdo muy bien de cómo estaba acomodado el cuarto por el que se salía al patio, que daba hacia la cocina.

Subí a un cuartucho en la parte superior de la casa, pero tampoco encontraba a nadie. Me empecé a preocupar, y debido a que no sabía que estaba pasando, entré un poco en pánico y busqué las llaves para salir a buscar a mi tía Anita, que vivía a solo unas casas de distancia. Esto, sin embargo, posaba un desafío bastante fuerte, pues tendría que salir de la casa, caminar algunos pasos, y tocar a la puerta de la casa de mi tía. Me asomaba en caso de que mi tía estuviera por ahí y me viera, pero lamentablemente, no había nadie en la calle. Decidí, en ese momento, mejor cerrar la puerta, y buscar la alternativa más sensata: Marcar al servicio telefónico de información al cliente, donde uno podía preguntar por números telefónicos. Debido a que estaba en pánico total, creo que recuerdo haberle platicado toda la historia a la persona del otro lado del teléfono: Que mis papás se habían ido hace a bastante tiempo, y que no sabía dónde estaban, que si podían por favor buscar el teléfono de mi tía Anita. La persona me preguntó si sabía cómo se llamaba mi tía, y le dije "Creo que se llama Ana Luz". Vaya, bueno, no mucha información y definitivamente no era

información útil. Creo que la persona me dio un número telefónico, y yo marqué este número, pero del otro lado no contestó mi tía Ana. En ese momento, empecé a llorar más y más. En algún momento, me harté de llorar y no me acuerdo si fue que me llevé a mi hermana, o simplemente me armé de valor y me puse unos pantaloncitos de mezclilla, una sudadera de las tortugas ninja adolescentes y mutantes, y me aventuré a caminar esas peligrosas y desconocidas partes de laa ciudad que no conocía, a ver si encontraba a mi tía Ana en su casa. Me encontré, sin embargo, con un problema sumamente difícil: Que no alcanzaba el timbre. En ese momento, no me acuerdo si utilicé alguna herramienta o si alguien me ayudó a presionar el botón del timbre, pero sí recuerdo que alguien me abrió, y que llegué a la seguridad de la casa de mi tia Ana. Me refugié jugando Nintendo en lo que llegaban mi padre y mi madre, y solo recuerdo que me dijeron que habían ido a comer un plato de menudo y al mercado. Pero ese viaje me pareció el viaje más largo por abarrotes de mi corta vida.

Pero había más que solo menudo en esa memoria. Ahí también tengo una leve memoria de las explosiones en Guadalajara en el barrio de Analco. Esto ocurrió en abril de 1992, y de nuevo, no recuerdo mucho. Solo recuerdo que había mucho revuelo en las calles, pero no recuerdo específicamente ningún sonido estridente. Solo recuerdo mucho silencio. Nosotros estábamos en casa de mi tia Ana esa vez también, pero afortunadamente no se vio afectada por las explosiones, o al menos no que yo recuerde. Cuando salimos, recuerdo que mi madre decía: ``No miren, no miren''. Y no miré, solo recuerdo que había muchas piedras en el piso, como rotas, y que nos fuimos a casa de mi tío Albino que vivía bastante más lejos del centro del barrio de Analco.

Ya después me enteré que fue una situación peligrosa y horrible para mucha gente. Pero yo solo me recuerdo que pasó. Y silencio. Y no mirar. E irnos a otra casa.

Cosas que el menudo trae a la mente.

**La siguiente experiencia de muerte que tuve fue la muerte de mi abuela Adela, que ya tenía las últimas unciones desde hacía bastantes años. En ese entonces, yo tenía 13 años, y estaba en plena adolescencia. En ese momento, no estaban ni mi padre ni mi madre en casa, y recuerdo que recibí una llamada telefónica de mi madre, que me dijo:**

“Orli, falleció tu abuela. Avísale a tu tía Sandra, que estamos en la funeraria Robles”. No recordaba la funeraria, tuve que buscar la funeraria que estaba justo enfrente del Colegio Niños Héroes.

**En ese momento, anoté todo en una hoja de papel, y me aventuré a casa de mi tía Sandra, que vivía a una cuadra de nuestra casa, y le di las malas nuevas, verbatim. Me dijo que gracias, y regresé a casa. Esos días, en la cúspide de la adolescencia, también me daba un poco de molestia no poder hacer \*algo\* que supuestamente tenía pendiente de hacer. No me acuerdo si era que tenía una cita con una chica, o qué estupidez de adolescente me estaba modificando en la vida el funeral. Así fue que también varios amigos y amigas mías fueron a darme el pésame a la funeraria, pero tampoco había mucho que hacer, salvo estar sentados a lo largo de la funeraria, ver familiares y desconocidos ir y venir a la funeraria, mientras yo me caía de aburrimiento y veía el desfile de llanto de tantos tíos y tías mías que extrañarían a su madre, en este su último momento compartido en la tierra. En la madrugada, también había café y té, y yo bebí algún té con leche, porque no me gustaba el café. Luego, fuimos al cementerio municipal y ahora sí, se le dio el último adiós a doña Adela. Yo, por mi parte, nunca tuve el coraje de ver su cadáver en el féretro. Me daba un poco de miedo ver la cara estática de doña Adela, por última vez. Me daba miedo lo estático de su cara.**

Mi siguiente punto de encuentro con la muerte fue a través del libro tibetano de la vida y la muerte, de Sogyal Lakar.

Este libro me fue recomendado por un maestro en la universidad mientras hacía mis estudios de licenciatura, y realmente solo me interesaba la parte de la muerte, más que la parte de la vida, porque bueno, ya estaba vivo. No necesitaba más punteros para existir y vivir. En fin, así fue que empecé leyendo sobre la muerte. En la teoría, la muerte solamente me quedó como un sobrepensamiento, a pesar de que pasé varias noches del final de mi niñez, pensando: ¿Qué voy a hacer cuando mi padre y madre fallezcan? ¿Qué voy a hacer? Una noche en particular, no recuerdo por qué exactamente, me puse a pensar al respecto, luego de que mi madre nos acurrucara en la cama, y pensé que quería mucho a mis padres... y ahí empezó el vacío existencial, en el que me sobrellevó la tristeza por no saber qué haría en el caso de que mi padre y mi madre me faltaran. No recuerdo si fue que me cansé de llorar en ese momento y me quedé dormido, o si simplemente me quedé pasmado en la ignorancia de lo oscuro que me sobrellevaba en ese momento...

... Desde entonces, la muerte no me ha visitado lo suficientemente cerca. Hasta entonces, no creo que pueda decir mucho al respecto, puesto que la muerte es solamente un concepto que no entiendo porque no lo he tenido cerca del corazón. Algún día lo entenderé.



## 16 Dieciséis

Frio

Hacía frio. Esos principios de año son sumamente fríos, porque el invierno está en *ascenso*.

Ascenso.

Extraña decisión descriptiva para un decrecimiento súbito de la temperatura.

La señora que me rentaba el cuarto en este punto, a quien calurosamente llamaremos “*doña Iris*”. No porque sea una señora con secreciones post-parto particularmente profusas, o porque le tuviese algún tipo de ira vitriólica<sup>207</sup>... simplemente es por mamar y, eventualmente, para pasar una prueba de Bechdel en una subsecuente adaptación a filme de esta historia.

Doña Iris me dijo que “*Hier gibt's ein Putzdienst, bitte lies mal hier und geben Sie mir Bescheid, wenn Sie Fragen habe*” en su casa, y lo que decía la nota era que cada que haya nieve, hay que barrerla. Debido a que la señora que vive en el primer piso, Doña Cucaracha, para propósitos amistosos, está viejita y ya no da para más, entonces tenemos que hacer un poco de trabajo adicional para evitar que la señora tenga problemas de salud o coordinación. Hay también en este plan de limpieza<sup>208</sup>, había que limpiar las escaleras, el patio de las bicicletas, y el patio de acceso a la casa. Todo esto no lo entendí de inmediato, tuve que buscarlo en Internet para saber qué estaba sucediendo. Accedí y no pregunté más cosas al respecto.

En enero, alguna *madrugada* que puse atención a los pronósticos del clima, noté que nevaría esa noche. Dormí normalmente, pero desperté entusiasmado. Miré por la ventana y vi la capa fina de nieve sobre el pasto, todavía verde por las lluvias repentina de fin de año. Salí con la bolsa de sales que dejó Doña Iris en la antesala del sótano, así como la pala y la escoba de servicio que se encontraban puestas bajo la escalera. Salí para ver el efecto de los daños, y solo vi una capa blanca fina de nieve en el piso. Empecé a barrer la calle transversa al acceso de la casa, y a esparcir las sales que evitan que el piso se congele. Después de unos quince minutos, me di cuenta que la nieve seguía acumulándose en la calle, por lo que no sabía si tenía que seguir barriendo, o si solo tenía que dejar las sales hacer lo suyo. Barrí y barrí, y esparcí sales hasta que

<sup>207</sup>El sobrenombre era distinto en abd501e, Lo cambié para evitar sonar muy juvenil. Era “*doña calostros*”, así le decía mi ‘apá a las viejas ancianas.

<sup>208</sup>Busqué posteriormente el significado de lo que me dijo la señora Doña Iris, porque solo entendí algunas palabras.

se acabó la pequeña bolsa, intentando hacer una mezcla homogénea a lo largo de toda la banqueta. No sabía si había algún protocolo de barrido que seguir, así que hice mi mejor esfuerzo en mantenerlo barrido, hasta eso de las siete de la mañana con cuarenta y cinco minutos. Regresé las herramientas de trabajo a su lugar, y volví a la cama, porque era demasiado temprano para estarme preocupando por estar despierta. Así pasó también el día de reyes, que también pasó sin mayores eventos, porque todo estaba cerrado por ser día festivo, y yo seguía encerrada, haciendo sopa y esperando que los días pasaran.

Una señora llegó a la puerta y me preguntó algo que no entendí. Empezó a decirme cosas en alemán, que no entendí tampoco, pero que eran 20+C+M+B+16. Pensé que me estaban embrujando la casa, a la verga, y venía con unos niños, entonces no supe qué pedo. Vi que tenían bolsas con dulces, y yo solo tenía paletas con chile, y dulces con chile. Le mostré las paletas a la señora y le dije *Ich habe nur dies*. La señora dijo que Nein, aber danke y se fue a la verga. Debió haber previsto que eso era una bomba de chile y que sus niños se le podían morir a la verga.

En esos días, obtuve una invitación para una entrevista de trabajo, el once de enero en Friburgo de Brisgovia, y me sentí muy entusiasmada. Tomé un tren temprano y llegué temprano a la hora de la entrevista, a eso del mediodía. Yo sabía que la entrevista sería con un señor alemán, por lo que llegué increíblemente temprano, y caminé increíblemente despacio al lugar de la entrevista. Caminé y di vueltas, y esperé algunos minutos en el vestíbulo del edificio donde me entrevistarían. Salió un hombre rubio, un tanto calvo y con cabello alocado y lentes ópticamente densos. Junto con un señor muy colorado, me invitó a pasar a un cuarto

de entrevistas pequeño, donde cabíamos apenas los tres, y había unos dispositivos electro-ópticos en la mesa de trabajo. El hombre calvo y de cabello alocado empezó a hablar sobre muchas cosas que yo no entendía muy bien, y hacía algunas notas mentales de qué palabras tenía que recordar y traducir estando en el tren. Desafortunadamente, no recordé muchas después de por lo menos una hora de incesante texto mental, así que dejé de pensar al respecto. Hablé un poco sobre mi mismo, lo de siempre: Ich bin Qrlando, ich komme aus Mexiko, ich lerne Deutsch seit einer~~en~~ Jahr, ich habe mit Elektronik gearbeitet, las cosas de siempre: Cosas curiosas que son agradables de escuchar. Terminamos la plática, tomé el último trago de agua, y antes de irme, pensé en pedir los servicios sanitarios, pero supuse que podría usar los del tren, porque ya había pasado muchas vergüenzas al no entender como 70 % de la entrevista.

Salí lo más rápido que pude, sin saber muy bien si habría un tren que me llevara de vuelta a Friburgo. Como llegué con premura, solo vi que estaba un tren esperando, y me subí. No revisé la dirección, mucho menos si traía boleto. Nada. Estaba apresurado y tenía que hacer la secuencia de legalización posteriormente: No hay tiempo, Qrlando. Bum, bum, bum. Me subo al tren y ¡Hijuesuputamadre! Estaba yendo en dirección opuesta, de acuerdo con mi mapa electrónico. Bueno, ni modo. Terminal: *Niederwinden*. Debajo de los caminos sinuosos que bajan de la montaña, creo. No lo sé, ni lo entenderé, ni pregunté. En ese momento, intenté encontrar servicios sanitarios para orinar, pero no había. Había algunos arbustos detrás de la estación de trenes... así que tuve que hacer lo que la gente tiene que hacer cuando algo se tiene que hacer. No es lo más desagradable que he tenido que hacer, (es decir, orinar en público), pero no estaba del todo seguro sobre las condiciones legales en las que me podría ver involucrado por orinado en público, pero en fin. Ahí tuve que esperar, en *Niederwinden*, por unos treinta o cuarenta minutos, hasta que llegara el siguiente tren. Caminé un poco y esperé pacientemente, pero no tenía gran cosa por hacer porque tampoco tenía

muchos datos de Internet para, no sé, ver redes sociales. Al llegar, subí y me senté en el fondo del vagón. Desafortunadamente, no había manera de comprar un boleto de tren estando arriba del mismo, porque la máquina no estaba funcionando. Me senté e hice lo más cercano que tenía a rezarle a la virgen de Guadalupe porque no vinieran a controlar este tren, y para mi mala suerte, esto llevaría a consecuencias legales que, por el momento, no podría sobrellevar. Así pasaron los treinta y seis minutos que necesitaba para dejar de lado la tortura de estar observando las ventanas cada que un grupo entraba al tren, pensando que todas las personas que entraban eran controladores. Me cambié de vagón en Denzlingen, un pueblo semi-anónimo en el camino... pero en el vagón continuo tampoco había cómo comprar boletos. “Bueno, pues, a la verga, entonces, si no se puede tampoco voy a martirizarme todo el camino”, – suspiré a mi mismo, pero esto no ayudó con el sentimiento de culpa que tenía. Pude sentir calma cuando llegué a la estación de Friburgo, compré el boleto que legalmente tuve que haber comprado originalmente, y el boleto de tren de vuelta a casa: Una hora y seis minutos para llegar.



Bueno, solo quedaría esperar.

Me llamaron para ofrecerme las prácticas y empezaría a trabajar el primero de marzo.

Ganando, lentamente.

## Plötzlich...

El resto del primer cuarto del año no pasó nada interesante.

Pistié, probablemente. Pero no me herí. Ni herí a nadie.

### Cetrería

La cetrería es la actividad de cazar con aves rapaces entrenadas, especialmente con halcones, azores y otras aves de presa para la captura de especies de volatería (aves) o de tierra.

## Friburgo de Brisgovia

El primer día de marzo de 2016 fue un martes. Lo sé porque el lunes estaba bastante emocionado por ser la primera vez que empezaría a viajar diariamente por una hora para poder llegar a mi lugar de trabajo, y dormí poco. El día anterior, víctima de mi emoción, dormí menos, pero preparé diez panquecas con leche agria<sup>209</sup> y té verde que compré antes de irme de México, estando con Natalia... hacía ya casi dos años. Había comprado un poco de leche condensada, y les puse mucha mantequilla porque me gusta comer panquecas con gusto grasoso, y con mucha azúcar para poder aguantar el viaje de ida, hasta el mediodía que pudiera almorzar. Esas panquecas verdes las preparé por lo menos el primer mes, cuando mi emoción desbordante por la aventura y mi ánimo se mantenían altos.

Esa mañana del primero de marzo de 2016, desperté a tiempo, a las 6 de la mañana, desayuné en la cocina con un poco de queso untable sobre las panquecas de té verde, y tomé el autobús para llegar a la estación de tren. Me di cuenta que gran parte de la gente que vivía en mi barrio que tomaba trenes en la mañana, tomaban el mismo autobús que yo. Había una señora en particular, de unos cincuenta o sesenta años, muy delgada y con un peculiar cabello rizado y muy pomposo, como salido de los años sesenta. Una señora que tenía un aspecto de una persona muy agradable... pero lamentablemente nunca lo sabré por que nunca hablamos. Sin embargo, su aspecto era de una señora muy agradable<sup>210</sup>. El camino de ida y regreso eran aproximadamente dos horas, salvo un trayecto de tren que llevaba al pueblo al norte de Freiburgo de Brisgovia donde estaba trabajando. La conexión normalmente era prácticamente indolora: Bajar la escaleras desde el carril 2 (a veces, el carril 3), caminar 38 metros a la escalera del carril 11, y subir al tren local que llevaba a Waldkirch. Este proceso eran aproximadamente 28 minutos de

---

<sup>209</sup>Leche agria a propósito, no leche agria por falta de atención al frigorífico.

<sup>210</sup>Después me enteré que la culera vota por el AfD. Hija de la chingada.

trayecto, empezando a las 7 de la mañana en Karlsruhe, llegando a las 8 de la mañana a Friburgo de Brisgovia, y llegando a la silla de mi oficina a las 8:45 de la mañana. El camino de la estación de tren a la oficina era bastante pintoresco, con un riachuelo corriendo paralelo a las vías del tren, y algunos jardines miniatura llenos de ancianos por el cauce tomando café en la mañana y mirándome pasar, mientras intentaba no tener contacto visual para no causarles molestias. La estación de trenes, sin embargo, me causaba algunos estragos emocionales por la pendejada que hice en la entrevista de llegar a Niederwinden. Jamás volví a ir en esa dirección. En algunos días malos, había retrasos en los trenes en dirección opuesta. Esto hacía que, debido a que solo había una vía de tren en esta sección de la ruta, un retraso provocaba que hubiera un retraso en el tren en dirección a Friburgo, y eso lograba que hubiera un retraso de una hora para el tren que me llevaba de vuelta a casa. Los viernes, principalmente, esto era un problema bastante molesto, porque el viaje de regreso era típicamente otras casi dos horas de trayecto, por lo que terminaba en casa aproximadamente a las ocho y minutos de la noche. Afortunadamente, esto quería decir también que el calor había cedido a este punto de la noche.

Así empecé las prácticas en este pueblo lejano que me tomaba alcanzar aproximadamente 2 horas llegar. Con el tiempo, aprendí algunas cosas útiles: Hacer panquecas y comerlas TODOS LOS MALDÍTOS DÍAS es muy cansado, por lo que me di cuenta que uno podía comprar un emparedado con huevo frito, jamón y queso, el *Hammerfrühstück* por míseros dos euros con noventa y nueve centavos, justo al pie de donde estaba el acceso para salir en el tren. Bueno, así podría evitarme la monserga de hacer putas panquecas todos los pinches fines de semana. También me di cuenta que podía bajar una estación antes de la principal en Waldkirch, y de esta manera ahorraría aproximadamente 15 minutos de camino, logrando efectivamente evitarme salir más tarde (a las 6 de la tarde y minutos, que terminarían siendo varias horas adicionales),

pero nunca logrando, sobre todo los viernes, llegar antes de las ocho de la noche a casa. De todas formas, no tenía muchas actividades entre semana: Ir con los del *couchsurfing*, cada dos miércoles, y conocer gente nueva aquí y allá: Conocí a Stephanie, una señora alemana sumamente agradable, que en el futuro me invitará a una fiesta en un jardín en el que no conocía a nadie y terminé observando una fogata por horas porque me daba vergüenza hablar con los adultos, salvo con Shirin, pero se me quitó un poco la vergüenza porque Svenja y Alexandra me sacaron plática, a pesar de mi evidente falta de lenguaje en alemán. Dios bendiga a esas personas que me tuvieron tanta paciencia.

Uno de esos días se casaron el Abel y la Alma.

### *Caché*

Hay una película francesa de nombre “*Caché*”, dirigida por Michael Haneke<sup>211</sup> que empieza con una vista de un edificio de apartamentos del que salen y entran personas. Una toma sumamente serena y escabrosamente larga, que de repente, se ve interrumpida por una reversión de la cinta, en pantalla, donde la cinta que se está viendo fue reproducida, rompiendo la experiencia de observación de la escena, y el comentario de los que están viendo, en pantalla, el video en cuestión:

00:02:28,047 ->00:02:29,526

Alors?

00:02:31,551 ->00:02:33,030

Rien.

---

<sup>211</sup>Recomiendo ampliamente también mirar *Funny Games*, la del 97 y la del 07, aunque la última la vi primero, y tengo una debilidad por las bandas sonoras que incluyan, pero no se limiten a incluir a John Zorn.

00:02:38,224 ->00:02:40,465

Et c'était où?

00:02:40,527 ->00:02:42,529

Dans un sac plastique, devant la porte.

*¿De dónde nos miran?*

*Este sentimiento de estar escondido viendo las vidas ajenas, de estar oculto viendo todo suceder a mi alrededor, era algo que no podía alejar de mi mente. De repente, todo lo que yo creía respecto a mi vida se derrumbaba a mi alrededor, porque empezaron a ocurrir eventos en los que yo no estaba presente, de vuelta en México, y simplemente no existía una señal que me hiciera pensar que era parte de eso que había dejado.*

Natalia me dejó de hablar tan seguido, por lo que cualquier señal de que nuestra señal seguía existiendo se convirtió simplemente en una promesa que ninguno de los dos tenía intención de mantener. Esto quiso decir que, por otro lado, yo ya tenía libertad de acostarme “con quien me plazca” (cosa que no hacía, por cobarde), y también de cierta manera de despegarme de la idea que tendría que volver a México en algún punto del futuro. Así quedó el pedo.

También fue el momento en el que me di cuenta que la vida seguía sin que yo estuviera presente. Mi grupo de amigos de Los Mochis, Sinaloa, se veían cada tanto de vuelta en la ciudad, mientras que yo solo observaba desde la lejanía, queriendo estar unas horas solamente ahí, compartiendo y quejándome. Pero no, no podía hacerlo, porque estaba acá atrapado, lejos. En algún día de noviembre, mi amigo José María se casó, y en algún momento, tuve la discusión con mis amigos de Los Mochis: “No puedo creer que *el chema*, que vimos emborracharse y

botarse<sup>212</sup> ya es un señor de bien y está casado”. Pues increíble pero cierto. Esa boda, la tuve que vivir de lejos, porque tampoco pude estar. Y creo que fue el momento en el que me di cuenta que estaba lejos y que cada vez, me estaba alejando mucho de la realidad que me hacía pensar que todavía pertenecía a algo que me había dejado hace ya bastante tiempo.

Las sombras solo se acumulaban en la tristeza que me causaba tener que estar perdido en una promesa de vida que todavía no sabía si podía celebrar como propia.

No solamente vi su vida a través de los ojos de mis amigos, o a través de fotografías en redes sociales. Recordé, de a poco, entre tantas otras caras que conocía, y tantos momentos que me estaba perdiendo, y risas que no estaba teniendo con mis viejos amigos, mientras veía como se empezaban a quedar marrones los árboles en las veredas ceranas al sótano ese de Büchig. Intentaba de alguna manera compensar esa disociación de la realidad con fotografías mías pasando las distintas temporadas del año, con hojas decoloradas en la cara, y gorritos de colores porque hace un poco de frío.

La vida, *continúa*.

En uno de esos días de marzo de 2016, se casaron el Abel y la Alma. Por Abel conocí a Alma, un frío diciembre de 2006, y nos quedamos platicando afuera de casa de Abel, hablamos de las estrellas (creo), y me gustó su agradable tesisura, y unos días después, nos hicimos noviecas, y fue mi primera novia. Estuvimos “juntas” durante casi dos años, pero la distancia pesa, y los celos son terribles. Yo en ese entonces hablaba de una tal “Belinda”, que es el mismo nombre de una cuñada de Alma, que era amiga de unos amigos, pero a un conocido mío le gustaba Belinda, y yo la encontraba linda, aunque un poco flaca y larga y escuálida, y un poco jorobada porque, por ser alta, tenía que jorobarse para no

---

<sup>212</sup>Cortar Del germ. \**botan* ‘golpear’. 16. v. intr. coloq. Sin. Dormir tras una sesión de ingestión de bebida alcohólica.

establecer dominancia con los machos chaparros, escondiéndole un poco las chichis, pero tenía ojos de color verdoso, y le gustaba el metal, y eso era suficiente para decir “*Sí, está buenona*”. En ese entonces, pensaba que si a una persona le gusta música similar a la que me gusta a mí, es un buen comienzo para tener una bonita y saludable relación. **Tonta.**  
**Tonta Qrlando.** Sin embargo, eso no llevó a absolutamente nada, porque ya luego ni veía a Belinda, pero como cumple años exactamente el mismo día que mi padre, la felicitaba de paso cuando lo felicitaba. El día que Alma se hartó de nuestra deteriorada relación, me dijo que tal vez no era tan buena idea seguir juntas, y que teníamos que cortar<sup>213</sup> Esa vez, no dije mucho, pero como todavía vivía con mi abuela en el tercer piso de esa casona vieja de Analco, y era Domingo, no tenía dónde esconderme a llorar, y me metí al baño a berrear unos minutos. El baño del cuarto de mi abuela tenía unos azulejos muy viejos, que cuando tenía 7 años me recordaba que estaba de vacaciones, porque olía tan distinto a mi casa, que sabía que estaba en un lugar distinto: Una mezcla extraña de humedad y reptiles. Me tiré en el piso unos diez minutos, y mi abuela fue a tocar la puerta. Me preguntó: “*¿Estás bien, hijo?*”, por lo que para no preocuparla con mis problemas de adolescente pendejo, me repuse como pude, salí, y le dije: “*Sí, abue, todo bien*”. Y pues todo bien, más o menos. Estuve triste unos días, pero lo bueno es que Alma visitó a mi amigo Heriberto unos meses después, y pudimos vernos y saludarnos. Esa vez, salió con mis amistades de Guadalajara, fuimos a jugar billar en un segundo piso cerca de la estatua a la Minerva. Me la pasé bien ese día. Eso. Con el tiempo, Alma y Abel, que siempre fueron buenos amigos, desarrollaron una bonita y saludable relación, que culminó en una boda a la que me hubiera gustado ir. “

---

<sup>213</sup> **Cortar** Del lat. *curtare* ‘cercenar’, ‘acortar’. 34. v. intr. coloq. *Sin.* 2000. Terminar una relación.

*Ay, no, Orlando... es muy raro que tengas una relación con tus exes, eso es de gente que no supera sus traumas*” – me decía Natalia siempre. Sin embargo, creo que siempre me dio gusto que Abel y Alma terminaran juntos, porque tenían un lenguaje tácito que encontraba encantador, y que siempre me dio gusto ver, a la distancia, y más que nada saber que serían felices juntos era algo bueno, y me daba gusto no interponerme en la felicidad ajena, sobre todo de gente que en verdad aprecio.

Y bueno, total, se casaron, y yo no estuve ahí. De repente, entendí que mi vida estaba desgarrándose por completo de un pasado al que no pertenecía, porque solamente miraba las cosas de lejos, como observador. No. Como *voyeur*, escondido. *Cacher*, en francés. *Peeping Tom*, en inglés. Estaba, lentamente, viendo como todo pasaba a lo lejos, fuera de mi vista, mientras todo lo que consideraba *mi vida*, se estaba escapando lentamente entre fotos y recuerdos que ya no me pertenecían.

En este momento, creo yo, empecé un divorcio de lo que era antes, porque ya no había vuelta atrás. Las placas se separan estaba por demás separada, y ya no había mucho que hacer viendo dentro de la reciente fractura en la tierra.

**La tierra. Se separa.**

## *Ebenso Plötzlich...*

Las cosas no estaban tan miserables de este lado de la fractura.

Entendía mejor la manera de hablar de los colombianos, sobre todo de Juan, que se convirtió lentamente en lo más cercano que tenía a un amigo de verdad en Alemania. En esos días también conocí a Diego, un *vato* de Monterrey, muy alto y bien parecido, y amigo Del diablo.

Cuando visitaba a ~~Al diablo~~, veía a Shane, un muchacho de Sudáfrica con quien fumaba cigarrillos y hablaba de los nuevos aconteceres esporádicamente, invitándome a fumar un cigarrillo cada tanto. Conocí a Ángel, que me dijo que haría una *fiesta mexicana*. Ángel tenía acento español muy cómico porque vivió en Madrid, y si uno puede contar con algo de un mexicano fuera de México, sobre todo en España, es que **tomará ese aθento, vale, que es un poco, como deθirlo... ¡Cutre? ¡Es cutre?** En la fiesta, fuera de hablar puras mamadas, debí haber visto a Luis. A Luis, un colombiano de Bogotá que estudiaba en Karlsruhe, lo conocí en condiciones desconocidas para los dos, porque nos debimos de conocer en un bar, el AKK, y nos debimos de haber puesto a hablar porque hablábamos español, y me agarró débil, y nos pusimos a platicar. Varias veces. Yo iba al AKK a conocer gente, y porque tenían cervezas groseramente económicas: Un euro con cincuenta centavos por cerveza; una absoluta ganga, comparada con los tres o cuatro que costaba en un bar para adultos. Nos veíamos cada tanto pero nunca intercambiábamos números telefónicos, porque igual, nos veíamos siempre ahí en ese bar. A quien sí frecuentaba bastante en ese entonces, era Al diablo.

Una vez, El demonio me preguntó si podría ayudarlo a conseguir un lugar para que pudiera hacer su fiesta de cumpleaños. El había planeado hacer la fiesta en su piso, pero me dijo que quería hacer una fiesta “**¡épica, pasada de burger, carnal!**”. En palabras Del diablo, quería “invitar a todo mundo, incluso chiles<sup>214</sup>”, y unos días antes de la fiesta, ¡Pum! A la verga, los borramos a todos a la verga, y que queden puras

---

<sup>214</sup> Güeyes, vatos, compadres

viejas". Me daba risa, pues no entendía específicamente la lógica: ¿La idea es que solo haya mujeres para besarnos con todas? No lo creo, digo, tampoco le sobra a uno tanto pinche hocico. A la final, en la fiesta del demonio había una cantidad moderada de caballeros y damas, que estaban distribuidas relativa-espaciosamente. A la fiesta se invitó a Sofía, la latvieña<sup>215</sup> narizona culilinda, que pronunciaba las H mudas en inglés de manera curiosa<sup>216</sup>. El demonio la mamasiaba<sup>217</sup> siempre me hablaba de que la veía salir de ducharse en calzoncillos, y bien para el tipo de persona que le gusta lo mirón morbosón, pero ¿A mi qué me agregaba eso? Porque encontraba ese culillo suyo encantador, por eso. En la fiesta, platicamos dos o tres veces, mucho "ji, ji, ji", mucho "ja, ja, ja". Tuve el *privilegio* de conocer a otros mexicanos, los mismos de la carne asada del Diablo: el pelón de chihuahua, un güey de Monterrey que no me acuerdo cómo se llama, "El Aladín", que le decían así porque se llamaba Alaín, y "el pichón", que sabrá la verga por qué le decían así. Estos güeyes, que llegaron a Alemania por cuestiones de trabajo, eran relativamente agradables, pero también muy pinches mamones a la verga, porque siempre estaban jodiendo con que "*pinches estudiantes vergueros, jaja*", y la infaltable "*saquen morras, we, SAQUEN MORRASSS*". Ellos eran los más vergas del pueblo, y uno, que estaba acá "*de arrimado estudiando*", porque ni pagando impuestos, pues se les toleraba. Una, dos veces con los comentarios uno dice: "Si, já. Así eso de la escuela". Batiendo un poco la cerveza para cambiar de tópico. Yo sabía que lo hacían por mamar, por las bromas... Pero francamente, en dos o tres veces que los vi, me hartó un poco la dinámica de tener que aguantar a "*los norteños siendo norteños*", ya saben, ¡CARNE ASADA! ¡PUTAS! ¡PERICO! ¡QUESADILLAS SIN QUESO! ¡UA UA!" , y estas cosas. Noté, sin embargo, que ellos eran un círculo cerrado de

---

<sup>215</sup>Letona.

<sup>216</sup>No recordaba exactamente cómo pronunciaba la palabra que encontraba tierno. Busqué mentalmente mucho cuál era la palabra, y era que lo hacía como J. *Jonestly*, decía a veces. Y lo decía jonestamente porque el inglés is really fucking annoyingly inconsistent.

<sup>217</sup>mamasear 1. v. Méx. Alabanzar de manera soez e impropia.

amigos, y Al diablo solo lo buscaban... porque como estudiaba, conocía más morras, y no solo las viejas panzonas de recursos humanos, por lo tanto, a mi parecer, usaban Al demonio para que los invitara a fiestas, “para conocer morrrras”. Sin embargo, estos culeros no invitaban Al diablo a sus viajes, por ejemplo, que ponían en redes sociales cada otra semana, yendo que a Praga, que a Budapesht, que a Berlín. Vaya, los beneficios de que el capital le pague a uno los pesos. Esa fiesta, me asinceré con El diablo y le dije que me parecían mamadas de estos güeyes.

“Güey, pues pon atención con estos pendejos.

La neta, se me hace una mamada que solamente tú los invitas a tus desmadres, y los culeros no fueron para invitarte a su viaje a Budapest. Solo digo”.

“Nah, no hay pedo carnal, así son estos güeyes”.

Pues bueno, Demónico. Tú sabrás. Igual no eres pendejo, porque más sabe el diablo por viejo que por Diablo, pero igual. Uno se preocupa por los amigos, aunque sean unos Demonios.



Yo seguía conociendo gente prioritariamente angloparlante, pero con algo de alemanes entremezclados. Unos tantos fueron conocidos a través del *couchsurfing*, la mayoría con sus parejas: Yoko y Sebastian, pareja japo(australiana)-alemana; Arnaud y Susanne, pareja franco-alemana;

Alexis y Teresa, pareja franco-irlandesa; y una serie de personajes solitarios, como Elisa, una italiana muy agradable<sup>218</sup>; Niels, un franco-alemán muy agradable y cómico<sup>219</sup>; Simon, un francés<sup>220</sup> que se emborrachaba y se ponía MUY cómico<sup>221</sup>. Para el cumpleaños de Sebastian y Teresa, me invitaron a la fiesta y me puse hasta la verga de borracho, y me dió hueva irme al apartamento. Me dejaron dormir en su apartamento en unos colchones improvisados con cojines, por lo que aproveché para dormir después de la borrachera. Fui bienvenido a la cocina en la mañana siguiente con un plato irlandés de desayuno, con tomates, huevos fritos y salchichas. 10/10, me pondría hasta la verga otra vez con esta gente.

El invierno se iba lentamente y a finales de marzo, las calles recobraban color, conforme la temperatura remontaba en los dobles dígitos, y la nieve solamente se divisaba a lo lejos en las montañas. Las flores brotan en algunos árboles que encontraba en camino a la estación de tren, y el flujo del riachuelo que cruzaba todos los días adornados por rayos interestelares que hacían ver todo tan claro... Tomé una fotografía porque no creo haber visto esto tan de cerca, y sentir que era parte de algo que siempre veía vicariamente a través de la televisión, y me sentí inspirado por todos esos colores interesantes. Tomé otra fotografía de un árbol que hace menos de un mes había tomado llena de nieve, y escribí: “allzu plötzliche; Frühling”, que está mal escrito. Quería decir “All of a sudden; Spring”. Quería denotar lo súbito del cambio. Sin embargo, solo debí escribir “Und plötzlich; Frühling”. Mal uso ahí del punto y coma, pero igual, me vale verga eso. Con el tiempo, me di cuenta que había cometido un error.

---

<sup>218</sup>“¡Unas chichotas, carnal!” – En palabras Del diablo.

<sup>219</sup>Sin aliteraciones, no me parecía chichón.

<sup>220</sup>Sin chichis.

<sup>221</sup>Un poco homoerótico.

Pero los errores se hacen y se aprenden hasta que están funcionando correctamente, en el cerebro. De repente, las ideas empezaron a dejar de ser traducciones de una máquina que no entiende contexto; de repente, las cosas dejaron de ser solamente copiar y pegar ideas que no eran mías. De repente, Primavera, hacia comenzar a echar brotes por todos lados, en palabras que no eran mías.

De repente, Primavera.

## 剩男

En uno de tantos videos misceláneos que veía en la madrugada entre sesiones de pornografía, encontré uno sobre *shèngnǚ*, las mujeres chinas que son consideradas dejadas, porque ya están viejas y es socialmente inaceptable que estén solas.

Me recordaba mucho a Natalia, que tenía una obsesión con hacer las cosas igual que su madre, que a sus sesenta-y-tantos años, tenían el dinero de una pensión privada de la empresa *DuPont*, y vivían viajando entre una de tres propiedades que tenían por el territorio nacional: Una casa cerca de la playa, la casa donde creció en Los Mochis, Sinaloa, y donde viví de Okupa por casi dos años. Los viejos se dedicaban a disfrutar el dinero que tan duro trabajaron por obtener, para pasar el resto de sus días viajando entre sus propiedades, pisteando y contando historias para que Natalia se encabronara escuchándolas. Eso es lo que Natalia quería. *Pasar el resto de sus días viajando entre sus propiedades.* Y yo

no le podía ofrecer nada de eso, porque no tenía propiedades a mi nombre.

Viendo esos videos, en la oscuridad del subsuelo donde vivía, me quedé pensando. Como, si las cosas tuvieran sentido. En algún momento, mi lógica me hizo llegar al pensamiento que a mis 28 años, el camino estaba encaminado al desastre: Me sentía sumamente identificado con el hecho de que, a mi avanzada edad, y a pesar de mis múltiples intentos por sobresalir como un especímen digno de ser una pareja para, en el peor de los casos, copular (o intentarlo) o de menos, ¿Para que me den un poco de cariño? no lo sé, a pesar de todo eso, seguía fallando. Y ahí estaba, con la verga en la mano, pensando. “**Yo soy una de esas personas**”. Busqué la traducción.

### 菜鸟男

Eso me apareció en el traductor, cuando el término propio en chino era 剩女, pero lo quería hacer mío, entonces busqué “hombre dejado” en chino. 剩菜男, apareció. La primera parte se repetía, entonces asumí, iba por bueno camino. *Sobrante. De más.* Luego con la parte de 菜男, quedé volando, porque pues chino, no hablo. Creo que ahí dice que *Cài*, ¿Según el Internet? La implicación era, ¿Que daba hambre? Ni idea. Lo publiqué en redes sociales, errores y todo. El término para hombres debe ser 光棍, según el Internet. No pienso contratar editoras chinas.

Pengfei, un compañero chino, me preguntó:

*¿Do you know what that means? ¡It's really heavy!*

Bueno, sé que son un dejado, y que no pertenezco. Y tengo que sufrir en público para que lo sepan. Para que lo sepan todos. Porque sufrir, es lo mío, y no solo sufrir para adentro. Tengo que sufrir y que se sepa que estoy sufriendo.

Ahora me tienes que escuchar.

Pero no, al menos, en ciertas ocasiones, usar lenguajes ajenos para describir cómo estoy ese día es la única manera de navegar el ir-y-venir incluído en el diario. **Pero bueno, estaría bien que te azotes menos en público.**

Así pasaban las semanas hasta que Lukas me invitó a un asado, porque el clima estaba bastante bien, y que nos vieramos por Neureut. Me dio la dirección, y le pregunté a qué hora llegaría. Me dijo que a las nueve, porque estaba ocupado. “**Bueno, pues llego y a ver si lo encuentro**”.

Así, sufriendo hacia afuera y siendo la persona más dramática, llegó Rike a mi vida.

## Friederike

Una noche de esa primavera, Lukas me mandó mensaje que había una carne asada por el norte de la ciudad. Le dije si iría, y me dijo que “*Sure, see you there*”. Salí del apartamento armado con seis cervezas tibias, unos limones, una carne de mala calidad del supermercado *Lidl* que no parecía cabrería, y unas tortillas que me compré en una tienda turca. Todo envuelto en un mandil<sup>222</sup> con un cuchillo al centro, porque la gente que hube conocido en Alemania tenían, en general, cuchillos terriblemente mantenidos, así que me quise evitar un coraje y llevé mis propias herramientas (además de ser un excelente tópico de conversación, si hubiese damas solteras con quiénes platicar). Llegué al apartamento y no encontré a Lukas. “*Mierda, no conozco a nadie*”, me dije a mi mismo, mientras entraba al apartamento esperando que nadie me preguntara nada. Un hombre calvo y grande me dijo: “*¡Hallo!*” y yo le dije: “*Ist Lukas hier?*”. El tipo calvo y grande se me quedó mirando como si fuera un desquiciado y me dijo: “*Hier gibt's kein*

---

<sup>222</sup>**Mandil**, del ár. hisp. *mandil*, este del ár. clás. *mandil* o *mindil*, este del arameo *mandila*, y este del lat. *mantile* o *mantele* ‘*toalla*’, ‘*pañuelo de manos*’. **1.** m. Delantal, prenda para proteger la ropa.

*Lukas*”. Me quedé anonadado, porque pensé que tal vez me equivoqué de apartamento, o de dirección, o de planeta: Le dije: “Sorry, English only. He invited me to the grill, but maybe he is not here yet?”, quedé en silencio un segundo y vi al fondo a Zdenek, un muchacho checo que conocí a través de Lukas, y le dije: “¡Aber ich kenne him, ¡Hi!”, y me acerqué y me saludó, y soy tan increíblemente idiota que no sabía cómo se llamaba, pero igual se entendió que sí estaba en el lugar adecuado, por lo que la discusión con el hombre se vio suplantada por la situación que ocurría en el trasfondo. A fin de cuentas, ya nadie cuestionó qué hacía ahí. Pedí una bolsa para poner mi carne y hacer una especie de marinado con cerveza y limón, que me recordaba mucho a las carnes asadas en México.



Esa técnica se la robé al Silver, un güey con el que trabajaba en México. *Un crack – como les dicen los que ven el fut. Una verga pa’ la chamba, pues. Además, siempre agradable y rión.* Esa se la robé en una carne asada, que puso con una cerveza caliente, limón, sal y pimienta. Una carne buena queda perfectamente marinada así. Una carne culera, a dios habrá que rezarle para que funcione.

La técnica le pareció algo rara para el gusto de los alemanes en general, pero se aceptaba, supongo, porque solo hablaron entre dientes del tema. Así yo también aceptaba que las “carnes asadas” en Alemania no son “carnes asadas”. Eso en específico me reventaba el culo demasiado cuando llegué: Las “carnes asadas” es poner filetes de cerdo marinados en una salsa roja insabora culera; salchichas rojas y blancas, de res y de cerdo, para asador; Cátsup, mayonesa, mostaza, y panes. No se divisaba ni una cebollita asada, o una salsa enchilosa para acompañar la comida. Bastante salsa cátsup, bastante mayonesa, y bastante mostaza para la gente que se siente salvaje ese día. Ni una salsa picante a la vista. ¡Agh!

Qué desastre. Eventualmente, empecé llevando mis propias salsas picantes a las “carnes asadas”, pero tampoco podía llevar mis propias cebollitas, porque las cebollitas en Alemania son flacas y no son cabezonas. El sabor es igual, pero no sé, mecánicamente las cosas no eran iguales, y eso me ponía triste. Y la peor parte, la parte que más coraje me daba, era comer “carne asada” con pan. ¡Con pan! Qué asco y horror.

Sin embargo, me gustaba mucho ser el asador, o *Grillmeister*. Me daba un sentido de utilidad, así que me ofrecía cuando fuera posible a hacer el control del proceso de asado como me fuera posible. Vestido con mi mandil, que usaba para tener una razón para discutir con alguien, y me ponía en una esquina... para no molestar a nadie y si a alguien le parecía interesante el mandil, o quería carne... pues que se acerquen.

Pasé algunos minutos volteando la carne, hablando una o dos cosas con las personas que recogerían algo de comer de la parrilla, y en lo general, siendo relativamente invisible para evitarme problemas. Unas cuatro o cinco cervezas, una chica en el balcón me dijo, en inglés: “¡Hallo!” y le respondí en alemán, que “¡Hallo!”. Debí cometer muchos errores gramaticales o en algún momento, posiblemente en la segunda frase, titubeé y pregunté cómo se decía: ‘Slice of meat’ en alemán, a lo que la chica me detuvo y me dijo: “*Sorry, I don't understand what you are saying, English, maybe?*”. Esto en general es algo que una persona normal simplemente aceptaría y seguiría la conversación, pero para mí era algo terrible porque denotaba que mi esfuerzo en este último año y medio en alemán estaba tirado a la basura, porque era incapaz de comunicarme. “*I am Rike*” – me dijo. Abreviatura de Friederike, el nombre más alemán que me hube cruzado hasta entonces. Me dio tirria no hablar en alemán, sin embargo, con cerveza adentro, no me quedaban muchas opciones salvo doblar la rodilla y aceptar que soy un simio ignorante que no puede hablar alemán. Le platicué sobre mi vida, que vengo de México, que estaba estudiando. Cosas estándar, para este

punto.

Estuvimos hablando nimiedades y nos agregamos en redes sociales al día siguiente, y estuvimos en contacto por algunos meses, sobre todo porque al parecer a ella le parecía entretenido invitarme a hacer cosas, y yo estaba desesperado por tener una amistad fuera de las personas con las que convivía todos los días, por la escuela. Esto porque la mayoría de mis compañeros tenían veintidós años en promedio, por lo que teníamos una brecha generacional que muchas veces era difícil ignorar, además que mucha gente no estaba ya en la ciudad, al haberse ido a buscar prácticas profesionales, como yo debí de haber hecho, pero no lo hice para evitarme el proceso de tener que buscar nuevas personas para conocer y tener amistades, y sobre todo, encontrar otro apartamento o subrentar el propio. Pero afortunadamente, Friederike estaba ahí para apoyar el procedimiento.

Debimos de salir unas dos veces ese año: La primera vez, Friederike me llevó a Stuttgart “al Wasen”. Yo pregunté: “*What the hell is Wasen?*”, y me explicó que era como el Oktoberfest, el famoso festival de cerveza alemán, pero en su versión primaveral. Me pareció una excelente idea, y tomamos un tren para llegar a Stuttgart. En el camino, platicamos de nuevo sobre una variedad de tópicos, porque todo era novedoso y nuestra amistad estaba determinada por los límites de nuestra propia paciencia. En el festival, me di cuenta que el festival de primavera (o el de otoño en octubre, a pesar de que 90 % del festival ocurre en septiembre) no era solamente una reunión de viejos borrachones que se quieren poner intransigentes: El festival es más bien una celebración del cambio de estacional entrante, por lo que se celebra con caramelos; juegos mecánicos de todo tipo; frituras y salchichas de varias longitudes; corazones de galleta gigante que dicen: “*Ich liebe dich*”, apenas traducido como “te amo”<sup>223</sup>; y cerveza. Mucha cerveza. Un litro de cerveza en un tarro gigante costaba alrededor de diez euros,

---

<sup>223</sup>El amor no existe.

que es mucho más caro que el precio típico de una cerveza. “*Last year this costed nine euro!*”, se quejaba Friederike constantemente. Y pues sí, bastante caro. Creo que no lo haría de nuevo, sobre todo porque cincuenta euros apenas era suficiente para ponerse un poco intransigente, pero la situación era suficientemente entretenida por si misma y me la estaba pasando bien. A las horas nos alcanzó una amiga de Friederike casada con un griego muy agradable, que se unieron a las celebraciones nocturnas, adornadas por gente encima de mesas endebles de madera, cantando y gritando canciones de los grandes éxitos populares alemanes de los 90s y 00s. Yo no conocía ninguna, pero me hacía sentir un poco alegre ver a este grupo de gente, típicamente conocida por su falta de alegría y caras duras, en un grupo bastante alegre y picarón cantando cosas.

*“Ein Prosit! Ein Pro-osit,  
auf gemüt-lich-keit!”*

Sonaba cada 3 ó 4 canciones, que es el grito de batalla de los viejos borrachones: Hacer un brindis por los buenos tiempos. ¡Qué belle-za!

*Stutt-gar-ter Hof-bräu!*

Cinco aplausos.

*Stutt-gar-ter Hof-bräu!*

Cinco aplausos. La amiga de Friederike le dijo que si yo era homosexual. Empiezo a ver un patrón aquí.

Terminamos cerca de la media noche y volvimos en tren a Karlsruhe.

Unos minutos después de que estabamos saliendo, Friederike me dijo, muy seriamente:

“*Qrlando, you need to know something*”. Y yo “:O ¿What should I know?”

“I am married, to a man from Georgia, but I am getting divorced”.

Yo pensé que era algo más serio. De todas formas, le dije que no estaba interesado de esa manera en ella, que todo bien, que saludos al marido. Para este punto, se estaba convirtiendo en lenguaje memético el hecho que conociera mujeres que tanto pensaran que soy homosexual, como que estuviesen casadas y me lo confesaran en el camino. No supe cómo interpretar esa interesante buena suerte que tenía últimamente, supongo es mi aura fabulosa actuando seriamente sobre la gente a mi alrededor.

Salimos tiempo después a algún lugar a beber cervezas, y Friederike estaba muy cansada y le daba hueva irse a su casa manejando. Me dijo: “*This will sound weird, ¿But can I sleep at your place? This is not meant to be anything, I just want to sleep, man*”. Yo accedí, y solamente dormimos. Fue un poco incómodo, por los pedos, pero a fin de cuentas, se hizo lo que se pudo porque no me estallaran las tripas a media noche y poder dormir tranquilo.

Al día siguiente, hice mis famosas panquecas con leche agria, y Friederike quería café. Le ofrecí café soluble, y me dijo: “*¡What! You are crazy, this is terrible coffee. Why don't you have real coffee?*”. Desayunamos y reímos pero me quedé con su horror por mi falta de café *de verdad*.

Al día siguiente, fui a una tienda de descuentos por una prensa francesa y café de grano pulverizado.

Hay gente venezolana/colombiana/chiapaneca que se ofendería si le ofreciése ese café pulverizado.

## Afuera

Mi relación con alemanas nativas mejoraba a pasos mesurados.

A finales de abril me invitaron unas muchachas alemanas que trabajaban en la oficina a tomar algo en la noche, y a mí me daba vergüenza decir “no”. Por un lado, me pareció una buena oportunidad para socializar y hacerme de amigos gente conocida nueva, así que acepté y les acompañé. Al salir del trabajo, nos dirigimos a un bar en el centro de Friburgo de Brisgovia, y descubrí varias cosas.

Por un lado, estaba Albrecht, un alemán bávaro que hablaba increíblemente rápido, por lo que cada vez que decía algo, yo solo me le quedaba viendo con cara de venado a punto de ser atropellado, mientras escuchaba olas y olas de cosas que no entendía. En algún punto de la historia, y porque me empezó a tener lástima, quiero pensar, porque me traducía algunas cosas mientras platicaba su historia.

Singular, sí. La historia. En repetidas ocasiones, platicaba la historia de la vez que fue a no-sé-qué-isla en no-sé-que-fecha, total que pasó algo de tiempo explicando la vez que nadó y nadó, y en algún punto se le atravesó un TIBURÓN. El tiburón no le hizo nada, pero igual se espantó y le dio miedo, pero salió vivo, y le dio material para platicarle a un grupo de desconocidas la misma historia, por lo menos tres veces. Sin embargo, era un hombre bastante agradable. Había otro alemán, más pequeño pero doblemente agradable, que me tenía más lástima y me platicaba en inglés. De él saqué lo mejor de mi relación con toda esta gente, el disco *Jazz Auf Gleich* de eloQuent y Wun Two: Un disco de fusión *jazz rap* en alemán. Un disco muy bonito, y que le agarré especial cariño por estar en la intersección de las cosas que me interesaban (por extensión) en esos días. Estaban también dos muchachas alemanas (de ellas no me acuerdo el nombre, perdón chavalas) que eran en general muy serias y decían cosas demasiado rápido para entenderles (supongo que no hablaban mucho inglés), por lo que a veces solo iban a preguntarme “*Kommst du mit?*”, y al pasar le decían a la gente

“*Mahlzeit!*”, que es como el “¡Provechito!” del godinez<sup>224</sup>, pero sin tanta reverencia. Fuimos a tomar cervezas a un bar, y una cosa que me pareció sumamente curiosa era que las muchachas se fueron muy emperifolladas<sup>225</sup> al bar, mientras que yo traía la misma camisa del día, e igual el Albrecht y el otro muchacho que venía con nosotros. Para pretender que me estaba divirtiendo, me pedí tres medios litros de cerveza, y me los tomé en verguiza (porque me quería ir a las 10 para llegar a las 11 a Karlsruhe), por lo que la situación fue: Pedí una cerveza, y callado en la esquina, sonreía cada tanto, me la acabé en 5 minutos, pedí otra, no hice plática ni contacto visual con nadie en la mesa, tomé rápido, me quedé callado, fui a miar, pedí una tercera cerveza, y como a la hora después, dejando un resquicio de espuma, dije diciendo: “*Also, ich gehe, Tschüss!*”, y abandoné el bar despavorido, habiendo así dejado en claro que les acompañé, que me la pasé bien, (porque, obviamente, ¡Me tomé tres cervezas de medio litro en su presencia!) y que gracias, que muy suave todo.

Jamás volví a salir con ese grupo.

Por otro lado, y porque soy un viejo sinquehacer, maquiné en mi mente una secuencia de días pseudo-aleatoria para nunca comer en con el grupo en días que fueran de alguna manera predecibles: Intenté que fuera, por ejemplo, en una semana el lunes y el martes, pero no el resto de la semana. Luego cambié por miércoles y viernes, y la siguiente semana el lunes, y el miércoles. Dado que solo había una cantidad  $n!$  de combinaciones (siendo  $n$  los días laborales, por lo tanto  $5! = 120$ , supuse

---

<sup>224</sup>En México, durante la década de los ceros y principios los diez, a las personas que trabajaban en la oficina se les conocía como Godinez en Twitter, un apellido común pero que denota el tipo de oficinista que come su comida calentada en microondas de su tarro de yoghurt, en contraste con el trabajador freelance, por la aparente libertad financiera que da el no tener que trabajar en una oficina. Tiempo después esta gente vergüenza se dio cuenta que hay que hacer el doble de trabajo porque hay que reportar los impuestos al fisco y eso es una retroputiza que dan ganas de pegarse un balazo mejor.

<sup>225</sup>véase emperejilar, 1. v. tr. coloq. Adornar a alguien con profusión y esmero. U. m. c. prnl.

que dado que solo trabajaría en ese lugar 26 semanas, tenía una probabilidad de  $21.66\bar{6}$  de que alguien supiera que hijos de puta estaba haciendo con esas mamadas pendejas de sacar probabilidades para algo tan sencillo como ir a comer como personas normales.

Con el tiempo, y gracias a que Ying, una muchacha china que estuvo viviendo en Karlsruhe y que también consiguió unas prácticas en la misma empresa, tuvimos el beneficio de no usar una de esas 26 semanas para comer con las personas de mi edificio, y salí los últimos dos meses con ella almorzar con Adrien, un muchacho belga muy chistoso, y con Aurélie, una muchacha francesa que también le daba risa las cosas que decía, y que gracias a jesús cristus, hablábamos en inglés. Luego entonces, nos hicimos amistades para el futuro.

Sin embargo, para eso falta, y tuve que seguir escuchando las historias del tiburón cada tanto y seguir sintiéndome incómodo con las pláticas que no entendía.



Stephanie me invitó a un *grill* en Berghausen, en una casa de descanso un poco a las afueras de la ciudad. Para llegar, decidí irme gran parte del trayecto en transporte público, y debido a que el lugar era relativamente desconocido para mí, me llevé mi bicicleta en caso de que hubiera algún tramo que requiriera llegar a pie. Llegué a la estación de tranvía, y tomé la bicicleta, subiendo por unos sinuosos caminos rurales, que tenía tiempo que no veía, al haberme convertido estos últimos días en una rata citadina de drenaje, por lo que disfruté mucho de ver a las vaquitas y los caballitos cagando en el camino. Les tomé fotos y seguí mi camino, hasta encontrar lo que normalmente llamaría “el rancho de quien-sea-que-viva-ahí”, pero más bien era una especie de casa de descanso, sin muchas facilidades salvo una cocineta pequeña, una camita individual, algunos platos, y otras cosas sencillas. Me enteré, ese día, que

estos lugares se llaman *Kleingarten*, y uno puede comprar un pedazo de tierra y armar su propia casita, pero no se puede vivir ahí, pero sí se puede tener algo para pasar la noche, y hacer una carne asada, en caso de que uno viva en un apartamento multifamiliar. Fuera de eso, llegué con mis cervezas y salchichas a la carne asada esta, en la que había un señor canoso muy agradable a cargo del asador. Como todas las personas eran algunos años mayores que yo, no me sentí en confianza de tomar el control del asador, por lo que solo me senté a beber cerveza y a veces, asentir cuando alguien me preguntaba algo. Stephanie, la señora que me invitó, estaba ocupada con sus niñas y su marido, entonces no me quedó mucha opción salvo mirar al horizonte y rezar porque nadie notara que no estaba platicando con nadie para que no me tuvieran lástima, así que pasé algo de tiempo cambiando de silla, yendo a la parte del jardín donde estaban los infantes (Afortunadamente los niños y las niñas estaban demasiado ocupadas para notar que un señor estaba ahí sin hablarle a nadie), en la parte del jardín donde otro señor canoso encendió un fuego. Me quedé mirándolo, todavía a mitad del rosario que ya llegaba al cuarto misterio de la virgen de Guadalupe, a través del cual pude evitar que me sacaran plática. Unas horas después, llegó Shirin, una muchacha iraní que llegó a salvarme la vida, porque yo sabía que ella no hablaba mucho alemán, entonces tenía a alguien con quién hablar de las mismas cosas que siempre hablo: Que qué difícil el alemán, que la integración. Las mismas mamadas pendejas de siempre que no me canso de hablar<sup>226</sup>. A la conversación se agregaron Svenja y Alexandra, unas alemanas que también nos sacaron plática e intentaron, infructíferamente, ayudarnos con el alemán. Lo bueno de esto fue que no estaban corrigiendo a cada minuto, por lo que era relativamente agradable hablar un poco. “*Don't worry, I know it is hard to speak German*”, dijo Svenja.

Esta fue una de las primeras ocasiones en las que alguien me

---

<sup>226</sup>Y en este caso a escribirlo, chingado libro puro relleno.

confirmaba esta terrible inconformidad que vivía a diario, y me hizo sentir que es normal sentirse incómoda en estas situaciones. Sentir ese alivio, por primera vez en varios meses, me hizo sentir marginalmente mejor sobre mi condición de inmigrante mudosa, y que las cosas podrán estar bien, algún día. Algún día. Algún día.

Como era domingo, los tranvías no pasaban muy seguido, y cuando decidí irme, Shirin me dijo que ella vendría también. Veníamos hablando en el tranvía de vuelta a Karlsruhe, y me agradeció por la plática, creo, y se fue de vuelta a no-sé-qué-ciudad en la que vivía.

En esos días, también empecé mis proyectos personales para aprender alemán: Ahora sí me puse a leer meticulosamente el libro *Kaltblutig*, o “*In Cold Blood*” de Truman Capote, para aprender palabras en alemán mientras viajaba cerca de 2 horas todos los días de Friburgo de Brisgovia a Karlsruhe. El libro terminó con unas 75 páginas marcadas con lápiz en los bordes (me harté de leer y estar cansadísima todos los días y no terminé de leer el libro, nunca mataron a nadie.).

Funcionó en el mediano plazo para reducir el miedo que le tenía a errar con hablar alemán, y en más de una ocasión, sobre todo cuando tenía juntas con mi entonces jefe y nos disponíamos a hablar en alemán para explicar lo que estaba haciendo, y llegaba con un dolor de cabeza muy extraño en el lóbulo frontal. Platiqué de esto con muchas personas y me dijeron que era normal, “de tanto pensar en otra lengua”. Pues que bien que todo duele y que el cerebro se me va a salir por la nariz algún día. Pero la incomodidad continuaba.

La disforia.

## Lenguaje mutuo

---

Ese que se forma cuando al pasar tanto tiempo con una persona, se convierten lentamente palabras, situaciones, momentos, el pasar de lo inevitable que es simplemente estar tanto tiempo en el mismo espacio, que las vidas pasadas (del Tio Boonmee) simplemente se entrelazan y ya no tienen sentido en su contexto original.

Todo comienza cuando las historias se acaban. Las historias se quedan en eso, capítulos pasados que ya nos sabemos de memoria. Ya se quedan atrás los besos escondidos porque alguna amistad no está de acuerdo con que estemos juntas en este momento; se quedan atrás los besos anticipados porque no queremos desvestirnos, no aún. La luz penetra apenas por la persiana y se ven todavía los colores de las nubes del otoño aterránte. Todo eso, descubrir que no te gustan los champiñones, y por eso siempre los dejas en el plato. Qué

bobo que sos, si a mi me encantan<sup>227</sup>.

Cuando las historias se acaban, y cuando salimos del armario para decir lo mucho que despreciamos el brócoli con res del restaurante chino, es que se forman las historias nuevas. Qué se yo, lo despreciaba porque mi ex decía que no era comida de verdad, que para qué gastar en esas chingaderas de comida fea. Pero no sé, tú amas el brócoli, démosle una oportunidad.

Mi brocolita (¿?).

Nadie se ha llamado así, no que yo sepa. Pero así empiezan. Los nombrecitos de tontitos amados que se van degenerando y terminan siendo un murmullo. El Enrique. El Rique. El ric. El kic. Kick. El patada.

Natalia me decía Orli, porque creo que le sonaba ridículo. Empecé siendo ``El dude'', porque había otro antes que yo. Era, por muchos propósitos, un desconocido que a veces le mandaba mensajes de texto. Luego fui el Orli, porque era un nombre ridículo (en su mente). Ya al final no sé ni como me decía. Tal vez ¿Orli? pero ya no como algo ridículo. Tal vez era ``La gata te extraña, Orli''. Y pues, no sé. No creo que hayan sido palabras de la gata, en su momento.

227-----  
no realmente, pero mi madre decía siempre que no hay que desperdiciar la comida.



## 8 Perdida/Pérdida

### **“Innominate! Anatomical!”**

Perhaps these hands  
held children's hands  
*But what do they hold now?*  
What love lay in this heart  
now silent  
*Empty, a broken vessel (bis)*  
I've searched and searched  
from crown to toe  
**BUT THERE'S NO TRACE OF  
YOU**  
No history in histology  
*Innominate! Anatomical!*  
No biography in biology  
*Innominate! Anatomical! (bis)*  
I won't believe  
I can't believe  
That we're just a sum of parts

*Cadaveric de Off Minor*, primera pista del álbum *Cadaveric*, lanzado en Alemania por la disquera *EarthWaterSky Connection*, en abril de 2004.

En primavera, se me enredó una ~~Aladíllex~~ sin querer.

Y digo sin querer, porque yo andaba tan agusto nomás fumándome un cigarro, tomando una chevecha, y haciendo carne en el asador. Era mayo, y empezaba a hacer un poco de sol. Me empecé a acostumbrar a disfrutar del sol, que nunca hube hecho antes, y viviendo la alegría en la que la mayoría de la gente subsiste el incremento de la endorfina cuando les pega la radiación subvioleta en la jeta. Aditya me dijo que podíamos ir a su residencia a asar, y puse un evento para los compas conmemorando que habría sol y que se alabaría a la estrella más cercana al planeta tierra poniendo unas carnes en unos carbones calientes. Yo lo que quería era pistear y asar, y terminé culiando. Qué horror.

Ese día, fui al mercado a comprar verdura y carne, y llegando al apartamento, previo al mediodía, piqué finamente tomates, cebollas, chiles verdes de la tienda turca que no enhilan y cilantro para hacer un picuegallo. Aprovechando el viaje, compré también pan de dürüm, mejor conocido como tortillas de harina (de trigo), al no tener acceso a tortillas de maíz, y también varias cervezas que puse a helar para disfrutar mientras el viento soplaba en la terraza del edificio K2 donde vivía aquél cabrón. Llegué pasado el medio día e *ipso facto* armé el asador, limpié las rejillas y monté unos pocos de carbones para prender la lumbre. De postre, me puse a pistear y hablar mamada y media, diciendo que *pinche sol, y la verga*. Había invitado a algunos otros amigos ajenos a este grupo, a la Teresa y al Alexis y al Lukas, pero ninguno fue, luego entonces, me tocó remarla en soledad. Me amargué porque no fueron, pero no me amargué lo suficiente que arruinara mi amor por el *Grillmeisterung*. Llevaba tres dos litros de cerveza divididos equidistantemente en 64 porciones consumidas, y en este punto me estaba fastidiando que estuvieran constantemente chingándome con que me apurara haciendo la comida asada. “*Alright motherfuckers, take it easy, it will take as long as it needs for as long as it has to. Espérense a la verga*” – exasperadamente por las putas prisas, esbocé. Me encontraba suficientemente enfocada en mi tarea presente: Poner salchichas, que se hacen rápido y no tienen tanta pinche ciencia, seguido de filetes de cerdo, que no tienen tampoco ciencia porque ya vienen con una salsa culera y mala, darles vuelta a los minutos, dependiendo de cómo se vea, y no quemar nada. No quemar nada. No quemar nada. Isabel, una amistad que tenía, se acercó y me dijo: “*Mira, ella es ~~Argentinian~~, es de [PAÍS CONVENCIONALMENTE HISPANOHABLANTE]*”. Le dije: “*Ah, sí. Hola*”. Con una cara de culo de perro en la que mostraba desinterés, pero también, pues, que está bien. *Shit-eating grin, the gringos call it*. Estaba en ese momento prioritariamente embelesado con el fuego y tener una fina capa dorada en la superficie de los filetes.



Me pasa que cuando estoy en un asador, las ganas de culiar y la sed violenta por panocha se me borran del imaginario. Encuentro sumamente tranquilizante el calor del fuego, observar la temperatura vía la Fata Morgana temporal. Ser presente y participe de la desnaturalización de las proteínas, cuando se despliegan y cambiar su color por uno más marrón, más terso, y más comestible. Nada como el color de una carnita asándose, especialmente si es de esas carnes finas de sonora, quedando tostadas y sabiendo a yerba de monte. Eso cuesta mucho en Alemania, si no que es inexistente, pero puedo conseguirme unos cortes de falda, y de eso a nada, pues *algo* es mejor. Nada como comerse unos tacos de esquina del güero, o de los de Los Socios, allá cerca de donde vivían el Salo y el Abel. Ah, sí. Nada como unos buenos tacos cuerudos. Nada como comer tacos malos, para sentir que las cosas est(*ar*)án bien. Me acuerdo de los tacos estilo Sinaloa por la calle que vivía Natalia. íbamos a esos tacos cada dos o tres semanas, “*a comer nostalgia*”, decía Natalia. Los tacos estaban bien. Los tacos estaban normales. Tacos de carne asada, mesas de plástico de la coca-cola con manteles de plástico adornados con flores, entrelazados con sillas plegables metálicas de distintas procedencias entre piedras que hacen el piso inestable. Para pedir una orden, había que ir a decirle a una señora sentada al lado del asador, como una procesión eclesiástica donde las acólitas llevan la batuta. Frecuentemente cuando íbamos no tenían taquitos de frijol. Los taquitos de frijol son y serán un componente angular de la carne asada en Sinaloa, porque son

tacos con tortillas cómicamente pequeñas, rellenos de frijoles machacados y bañados en aceite. Nada fuera de lo ordinario, son unos pinches tacos culeros, pero tienen algo de la nostalgia que los arrebata de la indiferencia.

Pedíamos tacos de cabrería, que es un corte del lomo de la res, muy específico de Sonora. Honestamente no sé porque era una carne tan suave si tiene tan poca grasa intramuscular. Sin embargo, la cabrería es sumamente popular en el noroeste de México, así que las taquerías que querían sacar dinero de la nostalgia norteña vendían este corte en tacos. De repente, cambiábamos si pedíamos con tortilla de harina (de trigo) o de maíz. Para aderezar los tacos, había salsas rojas y verdes, cebolla curtida en limón y vinagre, pepinos cortados en rodajas, y salsa pico de gallo. Comer tacos con salsa pico de gallo de carne fibrosa y mala me recuerda a esas cosas, siempre. Por un tiempo, estuvimos ahincados, Natalia y yo, en hacer una dieta, por gordas que estabamos, pero no llegabamos muy lejos, porque seguíamos comiendo cantidades insalubres de alas de pollo fritas y tacos del taquero ese cerca de su casa. Pero pues, así es la historia de estar en una relación: Engordar juntas, pero felices. ¿No?

Terminé de asar para todo mundo, y con el fuego ya debilitado por el viento y el tiempo, puse mi carne a que se asara lentamente, como me gusta.

Como me gusta. Esperar pacientemente ya que todo mundo está comiendo o está a punto de terminar es mi parte favorita de las carnes asadas. Así, puedo cocinar a mi conveniencia, sin prisas. Esperar que la carne esté casi quemada, a pesar de que las personas conocedoras del asado de carne digan: “*Eso está mal, Qrlando, a la verga, no mames, quién quema su carne, puras mamadas pendejas contigo, loco, te pasas de verga, por qué no aprendes*

a comer bien, la carne es término medio, la carne es termino medio, la carne es término rare-medium". Bueno pues, que les valga verga si no se la van a comer ustedes, pues. Ansío esperar pacientemente y girar los filetes de carne culera. Sin prisas, todo bien. El color marrón con las marcas de la parrilla transversalmente a las fibras de la carne se desarrolla lentamente. Tal como me gusta. El ruido alrededor mío se pierde entre las memorias de lo que me gustaba tanto de las carnes asadas con ruidos que no me interesa absorber porque no me interesa mucho la plática. Qué hueva. Qué hueva esto de no tener con quién platicar de estas mamadas.

Por fin tenía todo listo: La carne asada y cortada transversalmente en dirección de las fibras, las tortillas de harina (de trigo) calientes y un poco quemadas y marrón en patrones de parrilla, la salsa servida... Ah. Gloria. Gloria a Jesús chiquito bebé. Puedo comerme un taquito después de tantos meses. El plato que tomo fue usado por alguien, manchado de salsa cátsup, pero lo dejo rebozante de carne y pico de gallo, porque nunca me ha interesado mucho que me de una infección gastrointestinal por consumir alimentos potencialmente peligrosos. Que chingue a su madre el IMSS. Igual nos vamos a morir tod@s.



Estaba preparado para encajar los colmillos en el primer taco, cuando Isabel se me acerca, y me dice: "*Qrlando, invítale un taco a Agustín*". Me detuve un segundo. La miré, a Isabel, y me torno hacia *Agustín*, pero no me acuerdo de su cara en ese momento. Estaba borracho de cerveza y tenía hambre. No sé si recuerdo en retrospectiva sus gafas, o si fue después que me di cuenta que las tenía

puestas. No recuerdo si noté que era pequeñita. No recuerdo mucho. No recuerdo *nada*.

La miré, y dije, seriamente: “*No, ¿estás demente? Ahí hay salchichas*”.

Y me alejé.

[REDACTED]

*¿Había alguna necesidad de ser tan cretino? Para nada. No había una razón específica para ser tan cretino. Estoy seguro que esta... persona, debe ser muy agradable, habla español también, sí, eso, sí. Francamente, no me interesa. Francamente, me vale verga eso que hablemos en español, hermana. Me viene valiendo verga que podamos hablar sin traducciones. Qué hueva esto de no tener con quién platicar de estas mamadas.*



Hola, a ver, señor. *¿No cree usted, señor Tqrres, que está siendo desagradable con Alquiler por misógino? O qué* *¿Los traumas de preterantes, de chingado incel, que trae cargando, será que no los ha dejado ir?* *¿No será eso, mi cabrón, que andas de mamón y desagradable, a propósito? Bájese dos rayas, hermano. Ande, pida disculpas a la muchacha y ofrézcale un taco, a la verga, por favor.*



Hmm.

Hola. Sí, puede ser.

Es probable. Desarrollé una aversión a las mujeres porque veía mi relación con las mujeres como transaccionales e innecesarias. Tal vez es consecuencia de la sed (de panocha) que mostraba, como me decían mis compas, los que sí culeaban seguido. Nunca lo asignaría a depender que mi personalidad se basara enteramente en eso de que

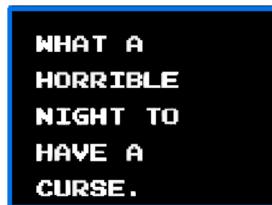
los ingenieros son el futuro del país, y por ende, mi decisión de desarrollo profesional debía hacerme, *ab nihilo*, una persona valiosa, interesante y agradable. No, nada que ver, sería imposible que fuera una imperante frustración por la conciencia de clase. No, no creo que sea tantos años de haber vivido siendo instrumental en la filosofía *baby boomer* donde la educación (privada) es la llave para ~~el escalamiento social~~ ser gente bien. Pensar que los techos de vidrio se quiebran, aventándoles suficientes monedas. No. no, no creo que sea eso. Era que era inculeable, porque estoy feo. Sí, debe ser eso. “Pinches viejas, la tienen siempre fácil, y uno aquí, chingándose, y ellas, puro pasarla agusto” Pensaba yo, porque veía todo desde mi inculeable inculeabilidad como que todo es culpa de las muchachas, y no de que tengo el cerebro podrido de tanto escuchar Jeff Buckley. Porque quiero dominación a través de la violencia, física o psicológica. Si tuviése dinero, tendriése mujeres, fama, culear a pelo. Tal vez había algo que no veía. Lo único que veía es que las pinches viejas culeras solo la pasaban bien, y uno, ahí sufriendo. Sufrir. Solo conozco sufrir. Nunca podré saberlo, porque sufro mucho, y porque ni soy amigo de ninguna pinches vieja cula, y tampoco me interesaba mucho hacerme la mujercita para que me entiendan y me quieran. Las mujeres son un peligro, un enemigo suscitado esperando acuchillarme por la espalda, queriendo acabar con todo lo que he construído, con todo mi trabajo. Con mi existencia pretereterna en el campo sempiterno. Todas arpías que solo quieren atención. Como yo. Yo quiero esa atención. Y no podemos estar las dos en el mismo espacio.

~~Relaje la raja pues, hermanastro de la caridad.~~



Unos minutos después, y tras tener una plática conmigo mismo, del presente, del *pasado* y del *futuro*, me quedé mirando el taquito que tanto tiempo me tomó preparar, y pensé: “Bueno pues mucho diálogo

interno, le voy a dar un taquito a la muchacha". Me quedé pensando porque también pensé que podía fácilmente mandarme a la verga en ese momento, y decirme "No, gracias, cómase un kilo de verga ahora, coñoelama're", o podría recibir la mitad del taco. Pues como ya estaba medio pedo, corté la mitad del taco, lo puse en un plato limpio, me acerqué a donde estaba ~~Aditya~~ y le dije: "**Ten, pues, perdón**". Me alejé y debido a que ya nadie estaba comiendo, me senté a seguir platicando con el Aditya sobre mi ridículo mandil de caricaturas, y alguna otra cosa de Batman, yo que sé, no me gusta Batman, y porque las cervezas se me subieron al cerebro, o que francamente ya no estaba muy interesado en hacer otra cosa que no fuera platicar, cayó la noche.



~~Aditya~~ estaba lejos, y ya no platicamos en ese momento. A eso de las once de la noche, se acabó la cerveza, y como vivimos en la tierra de la puritanidad jesucristiana badenwürttembergeña, no había mercados ni kioscos para comprar más cerveza. "*¿Adi, wanna go get another beer?*" – le pregunté.

"*Sure, let's go*". ~~Aditya~~ nos dijo "*I wanna go too*", y un alemán sediento, que llamaremos Tobias por efectos prácticos (y por razones logísticas que serán esclarecidas en el futuro), también dijo que iba. De ese mentado Tobias sabía poco. Sabía que él hablaba un poco de español, porque en varias ocasiones nos mencionó a los hispanoparlantes del grupo que el tenía estas discusiones con parejas de tandem y no sé qué tanta verga. Como a mi me falló miserablemente lo del tandem, nomás pensaba que qué bien, qué pinche suerte, y pues el muchacho no me caía mal, se me hacía medio pendejón, pero normal, vaya, tal vez un

poco pesado, por eso de que muy bueno con el *espanisch* y no sé qué, pero a mi me parece pesado todo mundo, entonces no es precisamente una métrica muy confiable. Andaba peda y carismática, entonces le dije que *alles klar*. El cabrón se unió evidentemente porque ~~Aditya~~ iba también, más que por el gusto de estar con el Adi y commigo. Les dije que había un bar ahí cerca de donde estábamos, el Phono, y que podíamos bebernos algo ahí y seguir hablando mamadas. Caminamos al bar y en el camino yo iba caminando con Aditya, mientras Tobias iba detrás nuestro, hablando con ~~Aditya~~, diciéndole que “pego que bueno que tenga con quien habla *Espa(g)ñol*”. Y pues, sí, we, ya sabemos que hablas *Espa(g)ñol*, ya, que no se te vaya viva. Llegamos al Phono y como había pocas mesas disponibles, nos sentamos en pares en mesas distintas: Yo con el Aditya, y Tobias con ~~Aditya~~ por allá en una mesa romántica. Seguimos platicando el Aditya y yo de la vida, yo sobre Friburgo, que todo medio valía verga por allá y cómo notaba que había algo raro con Sagar. Sentía que las cosas se estaban desvaneciendo y como que no conectábamos tanto como el año pasado. Le confesé, de corazón a corazón, que *he is getting a bit weird with all the money thing*. *Like, sure, man, I know you are earning all that money in Switzerland, but it is so weird that every time we meet you are talking about how much business you are making, and that lunch in Karlsruhe is so cheap*. *Like, ¿Why do that?* Me dijo que pues sí, a veces pasa cuando uno se embeleza con el dinero. Hasta las doce de la noche el de la barra anunció “*Letzte Runde, Leute!*”. Pedimos la última y nos la tomamos. Pagamos y le dije a Aditya: “*I don't know man, maybe one more, there must be something open*”. Nos quedamos unos minutos hablando y fumando afuera del Phono, mientras ~~Aditya~~ hablaba con el Tobias, sediento hasta la verga, ofreció su apartamento, que estaba justo al lado del Phono, para seguir bebiendo vino. “*Sorry, I don't drink wine, but have a good evening you two*”, le dije, y Aditya me dijo que vendría commigo. “Yo también voy”, ~~nos~~ me dijo ~~Aditya~~. Le advertí que si seguíamos bebiendo, tendría que ser en la calle de las mujeres

aventureras que venden caro su amor. “Sí, no importa” – dijo, con seguridad en sus palabras.

Bueno, pues, cáigale hermana, yo quién soy para forzarla a no pasarla mal. – refunfuñé, en silencio.

Caminamos unos metrillos y llegamos al Karlsruher Altstadt: Abierto de 5 de la tarde a 3 de la mañana, esto porque era entre semana, el bar está justo a la entrada de la zona de tolerancia. También por ser entre semana, los tranvías pasaban hasta la una de la mañana, y hasta las cinco del día siguiente. Hice caso omiso de esto, porque tenía mi bicicleta a la mano. Entramos al bar, y era uno de esos bares pequeños con iluminación tenue, con algunos viejos borrachos bebiendo cerveza y jugando al póker electrónico por un lado, y una señora bastante desgastada por los años sirviendo las heladas. Después de varias horas de darle la vuelta, tuve que hablar con Aditya. Y no fue desagradable. Al contrario. No me acuerdo de qué chingados hablamos, tal vez, de que qué difícil vivir en Alemania, o de Batman, otra vez. Estuvimos ahí hasta las dos y media de la mañana, que Aditya se cansó, y dijo: “*Guys, I am leaving, I have been drinking too much and I am really tired*”, Nos despedimos y quedamos solamente Aditya y yo. Salimos para ver que, efectivamente, no había tranvías pasando, los anuncios solo mostrando que eran las tres y pasadas.

En general, y más que nada como un gesto de amabilidad, consideré apropiado acompañar a una amistad para ir de vuelta a su hogar para asegurarme que llegaría bien. En Karlsruhe, es poco probable que suceda algún siniestro peligroso, pero no soy muy fanático de dejar que la gente ande sola por ahí a las 3 de la mañana, sobre todo después de forzarles a beber alcohol, posiblemente en contra de su voluntad. Le pregunté: “¿Pero dónde vives? ¿Quieres que te acompañe caminando o vas sola?”. Ella se me quedó mirando y me dijo: “*No, para nada, yo tengo que ser una caballera y acompañarte a tu apartamento*”.

Debimos de haber repetido esas líneas unas tres veces más, exasperando un poco el tono cada vez que escalaba una posición. En un momento (y porque ya me estaba hartando y me quería ir a dormir), le dije: “*No tiene sentido que me acompañes. Vivo muy lejos de aquí, entonces si quieres solamente te dejo a medio camino y ya tu resuelves cómo te vas, pero yo tengo que ir por este lado*”.

La distancia a mi apartamento eran 4.5 km. Nada incaminable, pero sí sería por lo menos una hora, a paso apretado. ~~Ayudóme~~, con sus patas cortas, haría el camino por lo menos treinta minutos más largo. “*No importa*”, – me dijo, “*lo importante es tu seguridad*”.

Estuve intentando disuadirla por lo menos en el trayecto por Rupürrerstraße hasta el zoológico, donde repetí incesantemente que no era necesario, que soy un niño grande y que me puedo cuidar solo. “*No, para nada, es importante cuidar a los niños grandes también*”. Andando hablamos del camino, que tomé como si fuera en bicicleta, por el lado iluminado. Le recordé que era lejos. “*No, no importa*”, me decía.

Caminamos por el puente de Weiherfeld, donde le platicué de la vez de los borrachos con los que me fumé un poco de mota, y la vez de la fiesta clandestina de música electrónica donde me tomé una cerveza. Cuando bajamos del puente, le dije: “Vamos por aquí, me gusta cómo se mira de noche”. Aunque no se ve ni un culo, por un parque contiguo al Alb, una de las tantas vertientes del río Rin, hay un riachuelo corriendo y, normalmente, gente. En este punto, ~~Ayudóme~~ estaba a punto de rendirse. Me dijo: “*Oye, pero sí vives lejos. ¿Podemos descansar un segundo?*”, y nos sentamos a escuchar el lento pasar del riachuelo en una banca cerca de la orilla del tributario. ~~Ayudóme~~ posó su cabeza en mi brazo, y la dejé porque supuse que estaba cansada. A lo lejos, se veía como empezaba a clarear un poco, y le dije: “*Bueno, supongo que ya casi llegamos. Falta como un kilómetro*”, seiscientos cincuenta metros, pero nadie estaba contando realmente.

**THE MORNING  
SUN HAS  
VANQUISHED  
THE HORRIBLE  
NIGHT.**

Llegamos a mi apartamento y me dijo: “*Debes estar loco si piensas que me voy a regresar, ¿Te molesta si me quedo acá hasta que amanezca?*”. “**No, para nada, seguro. Tengo cepillos de dientes y puedes usar una de mis camisetas viejas para dormir, si quieres**”.

Vaya tipa descuidada. Sin embargo, ¿Qué podría hacer al respecto? Ya estaba ahí y francamente sería sumamente mordaz de mi parte mandarla a su casa. “**Lo siento, no tengo cuarto de visitas, pero si quieres puedo dormir en la cocina o en la alfombra**”. “*No, qué dices, acuéstate en la cama nada más*”. Bueno, pues. Lo que quería sobre todas las cosas es no hacerla sentir incómoda en esta ya de por sí incomoda situación. ~~Ayudaplexus~~ se cambió en el baño, y volvió y puso sus lentes en el piso. Le di uno de los cepillos de dientes que había comprado hacía unas semanas, porque tengo la tendencia a destruirlos rápidamente porque aparentemente tengo sierras por dientes, o me cepillo demasiado fuerte, y me fui a acostar, afortunadamente, sin pedillos en la alacena rectal.

Tampoco tenía una lámpara en ese entonces, así que puse la luz de mi computador portátil para alumbrar un poco, y abrí la ventana un poco, porque ya estaba clareando y no quería incomodar más. Cuando estaba listo para dormir, volteé para ver a ~~Ayudaplexus~~, que estaba mirándome.

Mirándome con una mirada.

¿Sabía usted que existe una mirada? No sabía yo, hasta este momento. Le llamaremos: “*Mirada de vamos a culear ¿O qué pedo?*” Si me pasó antes, pft, gracias, ni enterad@. Debió ser la

oscuridad del cuarto, el ligero olor a humedad de la cama de mimbre que tenía doña Iris, la borrachera o la falta de contacto, por qué no. Ni siquiera Natalia me miraba así. O tal vez sí, pero cuando me miró así fue en septiembre de 2012, ese fatídico año en el que arrastré a María Aída a ir a la fiesta de Natalia de día de la independencia, en la que Natalia la trató horriblemente, muy posiblemente porque pensaba que yo la había llevado como mi cita romántica. Sin embargo, no la llevé como mi cita, la llevé porque me daban mucho miedo las mujeres y estaba confundido respecto a otra situación peluda que hubo anteriormente donde Natalia repitió incesantemente algo sobre su novio y que "no podía", pero no podía "¿Qué?" era algo que francamente no entendía, o no quería hacerme entender, hasta que en esa fiesta de día de la independencia, cuando los colegas del trabajo salieron a comprar algo de cenar, fui a ayudarla a recoger cervezas de una hielera cerca de la lavadora, donde me vio con esos ojos que (según yo) desconocía, donde apresuradamente nos besamos porque ya venían sus conocidos, y no quería que nadie se enterara de la situación de los besos. Volvimos a la fiesta y había una tensión palpable, que se esfumó lentamente hasta que todo mundo en la fiesta se fue, y obstinada y borracha, se sentó en la escalera a las dos de la mañana a acariciar a su gata. Le pregunté que qué pasaba, y me dijo que nada. Uno de sus colegas, que estaba perdidamente enamorado de ella, se quedó jugando *Mario Kart* mientras esto sucedía, hasta que me dijo: "Si quieres venir a la cama puedes hacerlo". Y dicho y hecho, fui a la cama, una camita individual donde cabía apenas una persona, se desmaquilló rápidamente mientras yo planeaba la logística para caber en ese lugar. Natalia se acostó en pijama y me dijo: "Pues acuéstate si quieres, no sé, haz lo que quieras", mientras

se tomaba sus píldoras anticonceptivas, y caía en su cama como un saco de papas, lleno de papas. Le pregunté que qué eran las pastillas que tomó, y me dijo que qué me importaba... y pues, me dio vergüenza, me acosté en el piso a dormir, porque intenté dormir en la camita individual pero estoy muy ancho, así que tomé una almohada y dormí en el suelo. Natalia despertó espantada y me dijo que qué hacía allí. Le dije que ella me invitó arriba. Me preguntó si hicimos algo, y le dije que no, porque solamente la vi en pijama y tomar unas píldoras misteriosas. Se percató que su colega ya no estaba en su casa, y me dijo que estaba muy cruda y que fueramos a comer algo. Fuimos a desayunar chilaquiles en un restaurante de esos a los que van las parejas a tomarse fotografías, muy coquetamente decorado con flores y plantas, como para una cita matutina de dos personas que se quieren, se gustan, se quieren dar besos. Ese día, Natalia me dijo: "No podemos seguir viéndonos, Orlando, por favor". Sin embargo, nos vimos todos los días desde ese día, hasta que me fui de Guadalajara, el 2 de octubre de 2014.



En ese momento, tuve posiblemente una certeza de 99.9% que ~~Alondra~~ quería unos besos, y me atreví, y nos besamos. Le dije: "Lo siento, estoy muy cansado, ¿podemos continuar esto en la mañana?". Se rió y me dijo que sí. Le dije:

*"¿No vas a desaparecer en la mañana,  
cierto?"*

Y pues no, *en la mañana*, no.

Despertamos e hicimos un desastre con las sábanas. Le hice de desayunar, huevos con café (**de verdad**) y jugo de naranja, y le dije que si quería, se podía ir, o se podía acostar otro rato... ya sabes. Por la digestión.

Seguimos acostados entre las sábanas, aquí y allá, hablando de quiénes somos, a dónde íbamos. Nos enteramos que tenemos el mismo apellido. “*Vaya, primo, ¡Vamos a tener hijos con cola de cochino!*”. Y nos besamos y nos reímos de esa tontería. Nos exploramos los tatuajes. Ella me preguntó qué significaba el mío, y le dije que era el mapa de Sinaloa con el patrón de una banda, Ceremony, pero no le dije que vi a la banda con ~~Ayamolieras~~ (otra), y que me gustaba mucho el patrón y la música. Me preguntó si podríamos escuchar a la banda, y como el absoluto idiota que soy, puse *Violence, Violence*, que es el disco donde salió el patrón, pero sin tomar en cuenta que no se debe de reproducir música *punk rock* a una total desconocida que posiblemente no sabe qué es el *punk rock* para empezar. Pero igual, se quedó perpleja, viéndome con sus ojos grandes demarcados por unos gruesos lentes de pasta, con una cara que solo puedo resumir como la expresión humana de “OK”. QUITÉ la música a los pocos segundos de empezar, y noté su tatuaje. Un baobab. Le pregunté que qué era eso, fingiendo demencia, y me dijo: “*No importa. No es de tu incumbencia*”. Ignoré el detalle porque tenía razón, a mi qué chingados me importan las historias de la tinta. Seguimos platicando nimiedades por algunas horas más, con pocas horas de sueño, y **en algún momento, sentía que estaba con Natalia otra vez**. Hablando tonterías y siendo feliz. Feliz como era ignorando todo lo malo de nuestra relación. Feliz de estar acompañada. No sé qué cara hice en algún punto, alguna cara de tonto enamorada, porque ~~Ayamolieras~~ me dijo: “*Oh, no. No me veas con esos googly eyes*”. Aparentemente, estaba proyectando “algo” que no le gustó,

así que llegó el momento de hablar. Me dijo: “*Qrlando, por favor, te tengo que pedir un favor: No le digas a nadie sobre esto. A nadie*”.

Bueno, está bien, si tanta vergüenza te da, está bien. Quedamos en que no compartiríamos teléfonos, redes sociales... nada. Solo sabía su nombre, nuestros apellidos (el mismo), y que a las cinco de la tarde, ella tenía algo que hacer y que tenía que bañarse porque olía a culo sin lavar. Se lo lavó, y la encaminé a tomar el autobús y se fue.

Un olor tenue quedó en las sábanas unos días, como a sobaco con culo ajeno, y poco a poco, se desvaneció con las pocas memorias que tuve de ella. Pasó tan rápido, pero quedé enganchada. Y la busqué. Santo cielo si la busqué. Busqué en el evento, y busqué en otras redes sociales. Pregunté a personas que fueron a la carne asada. Nada. ~~Alejandrita~~ no existía. ~~Alejandrita~~ era un fantasma.

Busqué y busqué, de la corona a los pies. Sin trazos de ella.

Busqué y busqué, de la corona a los pies. Sin trazos de ella.

Busqué y busqué, de la corona a los pies. Sin trazos de ella<sup>228</sup>.

---

<sup>228</sup>De *Cadaveric*, véase este capítulo. “*Searched and searched from crown to toe, /No trace of you!*” – ad infinitum.

## Epílogo

Así estuve, en silencio por algo que pareció tan repentino e inexistente, que el simple hecho que ella me dijo “*no puedes decirle nada de esto a nadie*”, lo tomé a conciencia y no le dije nada a nadie. Se quedó guardada en un espacio que no podía determinar y que tampoco podía encontrar, por más que buscáse, solo encontraba sombras. Aditya “sabía”, pero sabía de la manera que uno sabe que hay “algo” (*cosa que yo no sabía, así que ya sabemos qué clase de pendejazo soy para esas cosas*), así que quedó, por mucho tiempo. Sin más descripciones. Hasta el 30 de julio, en la fiesta de inauguración de un apartamento de unos compillas por el centro.

Llegué a la fiesta, llevé cervezas y subí a mirar que había exactamente nada en la cocina, así que estuve rondando solamente la fiesta, platicando aquí y allá. A eso de las once de la noche, llegó Tobias, y lo saludé de lejos... y de su mano, detrás de él, venía ~~Aditya~~. Me dijo: “*¡Hola, primo, cómo estás!*”. Me congelé. La saludé y me congelé. Con esos ojos de venado espantado, como si hubiera visto un fantasma.

Busqué y busqué, de la corona a los pies. Sin trazos de ella.

Busqué y busqué, de la corona a los pies. Sin trazos de ella.

Busqué y busqué, de la corona a los pies. Sin trazos de ella.

Busqué y busqué. Y la fui a encontrar con Tobias.

*¿Por qué? ¿Qué pasó?*

## postmortem

~~Alejandra~~ desapareció y apareció repentinamente. No la buscaba, y llegó. Me dijo: “*No puedes decirle a nadie sobre esto*”. Luego, me obsesioné queriéndola encontrar. Porque podíamos hablar, y porque me obsesioné a la verga, aunque la situación no lo ameritaba. Porque a veces, no es que una llega y una tiene que estar amarrado a una relación para culiar. A veces, uno quiere solamente quitarse la espina de algo, y yo resulté ser una espina, de algo. Por muchos días, me preguntaba si fue que algo hice mal, y me estaban huyendo por alguna situación ulterior que la hizo querer desaparecer. Quería encontrarla.

*Busqué y busqué, de la corona a los pies. Sin trazos de ti.*

*Busqué y busqué, de la corona a los pies. Sin trazos de ti.*

*Busqué y busqué, de la corona a los pies. Sin trazos de ti.*

Tiempo después, empecé a armar la historia porque, me dije: Seis meses. Me quedaré callada seis meses, y ya después le dije a la Isabel. Ya en octubre hablamos y completé la historia. Después que ~~Alejandra~~ salió de mi apartamento, se fue a tener una cita con Tobias. Una cita de verdad. Tobias tenía otra novia en ese momento, pero la dejó, y en el momento de la fiesta ya tenían algunos meses juntos. Felices. Y yo me quedé atónita, y medio sin saber qué estaba pasando. Tal vez nada. Estoy bastante seguro que no fue nada. Nunca supe qué pasó.

*Qué horror sentir.*

*(Hay que salir más a que le pegue el aire, hermano).*

## Porto

Antes de irse, una ~~Adiós~~ me dejó una botella de Столичная que tuve guardada por mucho tiempo, hasta que me mudé al sótano, donde la puse en el congelador, como queriendo dejar congelado en el tiempo ese momento, hacía un año. No la quise tomar porque, en primer lugar, el vodka me da mucho dolor de cabeza y me reprime las ganas de pasármela bien. Un día caluroso de verano, me encontré con Enrique por la calle, un mexicano que vivía en unas residencias por el este, y me dijo que tendría una fiesta en su edificio de apartamentos. Esa tarde, llegué particularmente temprano a casa, porque quería ducharme para irme a pistear, pero relajada, puesto que viajaría pronto. Antes de salir, tomé la botella del congelador y escribí en redes “*Goodbye, sweet lionness*” (posiblemente alguna referencia pendeja que me saqué de la manga<sup>229</sup>). Tomé la botella y un refresco y salí, buscando al Aditya en su edificio, de donde salimos al lugar de la fiesta, aún iluminado afuera.

Antes de llegar, Aditya me advirtió: “*Qrlando, ¿Are you sure about the vodka?*”, y yo dije que *of course*, que *no problem, my friend*. Que no pasaba nada. Que yo sabía lo que estaba haciendo. Obviamente, no sabía lo que estaba haciendo, porque evidentemente, terminé escribiendo este capítulo al respecto. Llegamos a la fiesta y estaba todo relativamente tranquilo, porque todavía era bastante temprano. Ese día, tenía pocos cigarrillos en el bolsillo (pero no hay pedo, ni tengo tantas ganas de fumar hoy). Ya en la fiesta conocí

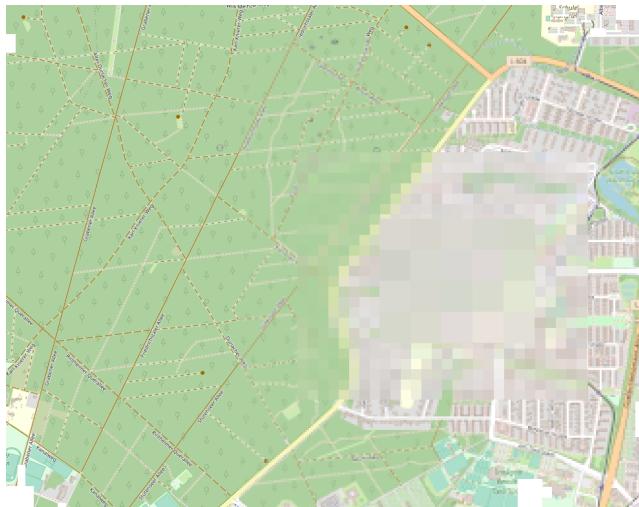
---

<sup>229</sup> ¿Será que porque nació en julio?

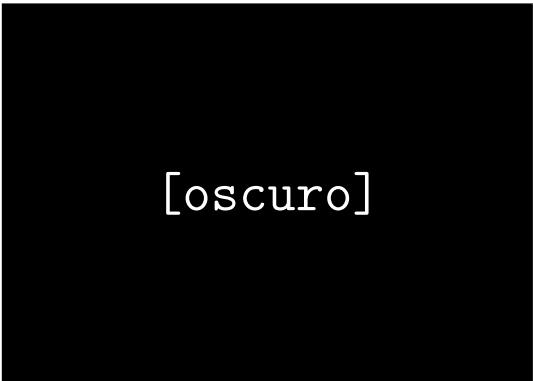
a un amigo de Aditya de que también era de Mangalore, que fue algo muy sorprendente para ambos, porque no todo mundo habla Kannada, y ellos lo estuvieron haciendo en la fiesta. Ahí todo se volvió lentamente nebuloso, por el puto vodka, hasta un poco antes de la medianoche, cuando Aditya borrosamente aspiró: “*Qrlando, I am really tired, I am leaving, ¿Do you want to stay?*”. En este momento, debí de hacer lo más apropiado e irme a casa, porque ya estaba borrachοa. Pero no lo hice. “No, it’s OK, I will hang out for a bit, I think I know some people here”. Pero mentira. **Gran mentira.** Me debí de haber ido, ¡Maldita sea! Pero no me fui, y el vodka se siguió desvaneciendo entre litros de agua azucarada, envenenándome el cerebro. Las cosas se pusieron turbias. No perdí el conocimiento, pero el vodka se empezó a concentrar en mi sangre, y en algún momento, según recuentos de las personas que estaban en el evento, empecé a bailar lascivamente con unas mujeres. Yo ni me acuerdo, a la verga.

Ya noche, me dio calor y salí a fumar un cigarrillo. Debido que no tenía cigarrillos, porque se me acabaron, pregunté a una persona que estaba afuera si sabía dónde había una máquina de cigarrillos. Me dijo: “*Yeah, sure, man, right around the corner here*”. La respuesta pudo no haber sido de esta manera, y muy posiblemente, no puse atención a la dirección que me dijo esta persona. Salí del lugar en dirección a la calle, y luego en dirección a un bosque que estaba directamente enfrente del edificio de apartamentos de Enrique. Caminé un poco, y por razones que no recuerdo ni intento descifrar, seguí caminando. Y caminé más, buscando la máquina de cigarrillos. Seguí caminando, y en algún punto, dejé de recordar dónde estaba, y a dónde iba. **Después de este momento, no recuerdo por qué estaba tan empeñado en seguir caminando. En algún punto, debí de haber cruzado una carretera, pero no recuerdo cómo lo hice ni por dónde fue que crucé. Seguí caminando. Seguí caminando. Seguí. Caminando.**

[oscuro]



Más o menos por ahí fue que me perdí. Debí de haber caminado, por lo menos, cinco kilómetros en un período de entre 4 ó 5 horas. No recuerdo ningún detalle de la caminata, por qué la empecé, ni cómo la terminé. En algún punto de la madrugada, me sentí perdida. Recobré la cordura en otro punto de la madrugada, pero estaba, efectivamente, **perdida** y no sabía dónde estaba, por lo que vi un paraje en medio del bosque, y caminé a través de él. Seguía perdida, pero con la súbita necesidad de ir por un lugar que me pareció en ese momento, importante. **En algún momento, pensé que si seguí caminando sin rumbo encontraría unas brujas en medio del bosque.** Para que me tragaran vivo.



[oscuro]



Desperté cuando ya había un poco de sol, pero aún me sentía sumamente confundida. Mi primer instinto tras despertar fue “*Puta madre, ¡Las llaves!*” – Porque perder unas llaves es lo peor que puede sucederle a una en Alemania, o eso me han dicho, puesto que no se puede solo llamar a un<sup>a</sup> cerrajero. Oh, ¡Claro que no! Hay que avisar a la persona que sea dueña del edificio donde una vive (o bien, la administración del edificio), y hay que avisar a todos los inquilinos. Una vez todas avisadas, se cambian las llaves de todas las personas del edificio (**afortunadamente yo solo vivía con otras tres familias**: Una pareja en el último piso, la dueña del edificio y una anciana que en más de una ocasión me vio en calzones por la ventana de la cocina), y para hacer el reemplazo, hay que pagar el enllavado de todas las cohabitantes. En total, me hubiera tenido que gastar unos ochocientos euros, baja la mano. Ochocientos euros porque se me hizo fácil, a la verga, y por dormir en medio del bosque **hasta que las brujas me llevaran viva**. Afortunadamente, toqué mi bolsillo derecho, y ahí estaban las llaves. Estaba también mi billetera, en el bolso siniestro del culillo, por lo que me ahorré tener que avisarle al banco, al estado, al gobernador y a mi madre que había sucedido todo esto... pero no encontré mi teléfono móvil. “*Bueno*” – pensé, “*Podría ser peor*”. Porque todo podría ser peor, supongo. Tenía además los nudillos ensangrentados y los pantalones cortos rotos. En un enésimo punto de la madrugada, debí de haberme tropezado, y debí de haber golpeado un árbol, porque estaba frustrado porque estaba **perdida**. En fin. Lo importante es que estaba viva y cojeando... porque me había lastimado ligeramente en las caídas. Pero bien, gracias a dios. Caminé un poco entre las ramas y vi, detrás de unos arbustos, una estación de tranvía. “*Vaya suerte*”, pensé. **Aunque hago parecer como si**

hubiera estado tranquila, no lo estaba del todo. Estaba paniqueada, y medio con susto. Estaba muy asustada porque no tenía el teléfono, así que asumí que lo debí de haber tirado por ahí. Dónde exactamente, y por qué, es una duda que tendré por el resto de mi vida. Subí al tranvía y, debido a que todavía estaba muy alcoholizada (y asustada) pregunté cómo llegar al lugar donde era la fiesta. Una señora mayors, un poco asustada, me dijo que “*hier ist richtig nach Stadtzentrum, genau*”, y se sentó lo más lejos que pudo. “*¡Agh, maldita vieja, ayúdeme bien!*” – pensaba, mientras mi ropa rota denotaba que algo no andaba bien. Supongo que no es del todo normal a las seis de la mañana ver aun hombre ensangrentado, con los ojos rojos y los pantalones rotos.

Llegué al lugar de la fiesta y no encontré el apellido de Enrique, pero sí el del amigo de Aditya que hablaba Kannada. “**Esto será suficiente para encontrar mi camino**” – Me dije. El tipo abrió completamente atónito, preguntando qué había sucedido, que me perdí de repente. “**Long story**” – repliqué. Le dije más o menos algunos datos - todos irrelevantes para la historia - y le pregunté si podía buscar mi teléfono móvil en el edificio. Lamentablemente, no había mucho que buscar, puesto que no había gran cosa donde pudiera encontrar algo. Le di las gracias y salí del edificio, en busca de mi amigo Aditya. Este proceso debió de haber ocurrido a eso de las diez de la mañana, así que todo mundo estaba completamente adormilado, y mi amigo Aditya, doblemente atónito, estaba sorprendido de verme en ese estado. “*¿Do you want some clothes, maybe?*”, “*No time, it will get dark soon*”, – dije completamente exaltado. “*I need your computer and your bike to find my phone*”, esto tras de pasar por la historia por segunda ocasión en el transcurso de la mañana. “*I don't think I understand what you are trying to do here, but sure, man, here you go*”. Tomé la bicicleta y empecé a pedalear en lo que me imaginé era el trayecto que tomé esa madrugada, pero... la verdad es que no tenía idea de lo que estaba haciendo. Solo pedaleé, sin rumbo, a lo largo de una

vereda de bicicletas, mientras los insectos se me pegaban en las pestañas y yo cada vez me sentía más desesperado. En algún momento, vi un anuncio que decía: "EGGENSTEIN". Esto estaba en dirección contraria a donde desperté.

Creo que en este momento fue que ya, lo afronté, la cagué a la verga, y grité en desesperación, y me puse a llorar como pendejo. Sí, estaba vivo y tenía dos terceras partes de las cosas importantes que uno no debe perder cuando se pierde en un bosque: Sin embargo, hubiera preferido no perder nada, y menos la paciencia, porque así fue que me fui gritando y berreando todo el camino de vuelta a la casa de mi amigo Aditya. Al llegar de vuelta a su departamento, ya el viento había secado mi inútil intento de hacerme sentir mejor, y mi amigo Aditya seguía sin entender muy bien que era lo que estaba pasando. A este punto, él ya había almorcado y supongo que estaba hartándose un poco de mis pendejadas, así que se ofreció a acompañarme al lugar donde desperté. Para este momento, ya eran aproximadamente las cuatro o cinco de la tarde, y yo seguía con el pantalón roto. Llegamos a un lugar cerca al lugar de los hechos, pero no había nada. Había hojas húmedas en el suelo, y había muchos mosquitos rondando el follaje muerto. Pero mi teléfono... ni rastros. Nada. Mi amigo Aditya sabía que no lo encontraríamos, pero no me podía dejar seguir con mi locura, así que hizo su mejor esfuerzo para seguirme la corriente e intentar ayudarme. Aprecio, en retrospectiva, la paciencia que tuvo en ese momento, aunque también quiero pensar que mucho de esto tenía que ver con la lástima que le producía verme derrotado. Al final, a eso de las cinco de la tarde, decidimos rendirnos, y yo llegué a casa bastante tarde, y sin muchas ganas de existir. Había perdido tantas buenas memorias, conversaciones que nunca pasaron... perdí tantas cosas. Pero no me podía quedar con los brazos cruzados, puesto que saldría para Portugal en unos cinco días. Me apresuré a buscar un teléfono móvil a un precio módico, lo pedí en línea, y me acosté pensando si llegaría a tiempo.

El teléfono móvil llegó a tiempo. Suertudo animal, no te mereces esta vida.

Lamentablemente no llegó mi tarjeta SIM con mi número telefónico, pero dado que mi proveedor de servicios en ese entonces era completamente inútil fuera de Alemania, no hubo gran diferencia (y un gran porcentaje de mi información estaba contenida en la nube informática, así que... ¿Gracias, Google?). Imprimí mis boletos en el trabajo, y me fui a Portugal a hacer memorias nuevas.

### “¡Oi Galera!”

El nueve de junio de 2016 tomé un autobús en dirección a Fráncfort Hahn, un aeropuerto que, a pesar de lo que uno pensaría por el nombre, no se encuentra en Fráncfort, y tampoco está poblado exclusivamente por gallos<sup>230</sup>, pero sí está muy lejos de cualquier ciudad aledaña, y debido a que el acceso es limitado, el costo de llegada es relativamente alto. A pesar de que el costo del boleto de avión era apenas cuarenta y cinco euros con 38 centavos, que una pensaría que es un excelente precio, a pesar de que esto requería no elegir un asiento o llevar una maleta grande documentada. En su lugar, tuve que buscar cómo llegar a este maldito aeropuerto en medio de la nada, y había algunas opciones disponibles: Viajar en autobús, pero debido al horario del avión que tomaría, tendría que tomarlo desde Heidelberg, apenas 40 minutos de distancia de Karlsruhe, pero esto requeriría comprar un boleto de tren adicional con un costo de 14 euros con 30 centavos. Bueno, está bien, serán 28 euros con 60 centavos ida y vuelta, además de adicionales 30 euros del boleto del autobús que me llevaría a ambos puntos. Hmmrph. Esto se empieza a ver innecesariamente caro comparado al supuesto costo total dado por la aerolínea.

Aún así, me emocionaba ir a conocer Portugal.

---

<sup>230</sup>Hahn es gallo en alemán. El animal, no el enrollado de marihuana. Sht.

Mi única relación con Portugal era el doctor, un señor que trabajaba conmigo en México, que hizo su doctorado en robótica en Portugal (no recuerdo haber preguntado en dónde exactamente), y siempre saludaba en los correos diciendo “*¡Oi, Galera!*”, y de repente, cuando se le trepaba el diablo por alguna razón, enviaba correos escritos completamente en portugués. Una vez, cuando fueron los juegos panamericanos en la ciudad de Guadalajara, fuimos a un juego de futbol femenil de la selección brasileña al estadio de las chivas con otra gente del trabajo. Al calor de las cervezas, y para mantener el candor y la idiosincrasia del deporte más bonito del mundo, uno de los compañeros preguntó: “*¡Doctor! ¿Cómo se dice puta en portugués?*”<sup>231</sup> “*Rapariga.*”, – Dijo el doctor. El grupo, enardecido, usó la expresión, pero no puedo decir si la palabra en efecto se usa para decir “puta”, en el sentido de “cobarda”, como se usa típicamente en el contexto del futbol. Esa vez, pues sí, nos dio mucha risa. Creo que en estos tiempos, esas cosas ya no dan tanta risa. Espero que, pensando en eso, el decir “rapariga” solo haya sido como uno se refiere a una mujer joven. En el peor caso, aparentemente, decir “puta” hubiera sido entendido, pero no el contexto en el que me gustaría pensar, que no consideramos cómo se siente que te griten que eres una puta, en un lugar que no conoces, mientras intentas patear una pelota a un rectángulo. No sé qué se sienta. Creo que nunca voy a tener que pensarlo. La otra ocasión que supe sobre Portugal fue ulteriormente escuchando a Mark Kozelek, con su banda *Sun Kil Moon*, en sus canciones “*I Love Portugal*” y “*Soap for Joyful Hands*”. Eso era lo único que sabía sobre Portugal... y bueno. De Isabel.

---

<sup>231</sup>En México, decirle “Eh, ¡Puto!” al portero es considerado una muestra de dominancia para intimidar al equipo contrario. Los equipos mexicanos de futbol han sido amonestados en repetidas ocasiones en años recientes por este tipo de siniestros.

A Isabel la “conocí” en la escuela, y se sentaba casi siempre detrás de donde yo me sentaba, y usualmente cerca de una pareja muy curiosa de alemanes, porque el chavalo tenía cabello muy largo y oscuro, y la muchacha tenía cabello rubio muy corto. Los llamaba, cariñosamente, “lxs no binarixs”, y siempre se sentaban juntitxs, estudiando de una misma libretita. Sabía que Isabel *existía*, pero nunca hablamos, hasta aproximadamente julio de 2015, porque ella era amiga de una persona que conocíamos en común, y su primera línea fue: “*Yes, I know you, from school*”. Y obviamente, yo volad@ porque una muchacha desconocida me reconocía, pero ya luego hablamos más y me enteré que tenía novio, y que el novio conocía a la hermana de Mariana, una muchacha de Guadalajara, pequeña y de ojos muy verdes, que siempre me pareció linda (*pero que se fue a Estados Unidos a estudiar y se casó con un muchacho*). Igual, nos hicimos amistades. Unos meses atrás le dije que quería ir a Porto, en verano, porque hay un festival de música al que quería ir, y me ofreció amablemente un apartamento propiedad de su madre, al que podría llegar y descansar de noche, y debido a que estaba intentando no gastar mucho dinero, accedí inmediatamente y así no tuve que gastar dinero en estancia. Llegué al aeropuerto Francisco Sá Carneiro de Porto en la tardecilla, ya oscurillo afuera. Debido a que no tendría Internet, encontré que solo tendría que tomar el metro, hacer un cambio en una línea, y bajar en Matosinhos o en la estación Mercado. A partir de ahí, tendría que cruzar el puente de un río, y encontraría los apartamentos de la madre de Isabel cerca de la calle principal, y para pedir las llaves, tendría que abrir una pequeña caja en la puerta con un código que me pasaron por mensaje de texto instantáneo. Entré al apartamento y fue muy curioso ver las fotos de niña de Isabel, porque es bonito ver como hay cosas congeladas en el tiempo por donde sea que pasamos.

El festival empezaba el día siguiente a las seis de la tarde dándome suficiente tiempo para explorar la ciudad.

Lo primero que comí fue una Francesinha, que es una especie de emparedado con papas fritas, suficientemente rico y extraño. Caminé y caminé por los cerros y las calles de Porto, llenas de entrecallejuelas y techo rojos; barcos viejos y peces grises en aguas verdosas; ancianos tomando el sol en parques, y yo tomándoles fotos porque me parecían encantadores (y ancianos). Esa tarde, caminando por las calles de Porto, un tipo me dijo... ¿Mariguana? ¿Mariguana? Y yo, que nunca le he dicho que no a una buena oportunidad para cometer delitos contra la salud, le dije: “*¡Sure!*”. Me dijo que lo siguiera, y cerca de una calle desolada, me mostró una bolsa gigantesca de lo que parecía mariguana, rebozante de un color verde vivo que tenía mucho que no veía. “200 euro”. Retrocedí un poco la cabeza, y le dije “*Uy, no, señor. Too much.*”. Y pues sí. Mis ganas de tener varios gramos de mariguana en un viaje de menos de cinco días me pareció, por demás, una exageración. Igual no tenía tantas ganas de quemarle las patas al diablo, solo quería quemárselas poquito, entonces mi interés fue demasiado bajo, en ese momento. Le dije “*It's OK*”. El tipo me siguió y me dijo “OK, OK. 100”. “*Nah*”, y continué. Siguió bajando hasta que llegó a 20. “*20 puedo trabajar con*”, le dije. Me dijo que nos fueramos caminando un poco lejos, en camino hacia una calle vacía, y me entregó una bolsa de celofán con muchas hierbas verdes. Le entregué un billete azul, y caminé. Y caminé y caminé, hasta llegar al puente. Como adolescente asustado, y como si hubiera un halo de sacrilegio introduciendo estas hierbas desconocidas a una casa ajena, tomé algunas en una bolsa pequeña que tenía suficiente para loquear unas horas en el concierto, y lo demás pensaba tirarlo de todas maneras, porque no había mucho que hacer con todas esas hierbas. El olor no era uno que recordara mucho de mis experiencias pasadas, pero supuse que era de esas hierbas modernas que no se pueden detectar por métodos tradicionales.

Dormí Agustín Lara esa noche.

Al día siguiente, llegué al lugar del concierto, el parque de la ciudad, y en un prado, con ¡Mueran Humanos! (una banda de punk) tocando de fondo. Preparé un cigarrillo con un poco de esa hierba misteriosa, y fumé un poco.

Pero no sentí nada.

Nope. Nada. Bueno, seguí intentando fumar pero no sentía nada. Supuse que no estaba fumando lo suficiente, entonces seguí fumando, pero nada. Revisé la bolsa y noté que había una flor adentro de la bolsa. Una flor pequeña, parecida a la manzanilla. “**Hijo de su puta madre, me vendieron ¡Manzanilla!**”. Agh. Bueno. Ni modo. Me vieron la cara de pendejo, y tuve que tirar esas hierbas misteriosas entre tantas hierbas en el prado del parque de la ciudad.

Esa vez, vi a varias bandas que tenía interés de ver desde hace varios años. La pasé bien viendo a *Wild Nothing*, y estuvo bien el espectáculo de *Deerhunter*, pero estaba un poco desilusionado porque no era el mar de psicodelia que estaba pensando. Sin embargo, en la noche, empezó el espectáculo de *s*, que tenía muchísimos años esperando ver... porque la anterior ocasión en la que pude verlos, fue en Guadalajara, en el Teatro Degollado, pero no fui porque en ese entonces, tenía 21 años y no conocía a personas en Guadalajara con quienes ir a los conciertos. Antes de eso, en 2007, fui en Los Mochis, Ahome, Sinaloa, México, a un concierto de Jumbo y una banda de rock pop que se llama(ba) Inbox, y después de eso, fui con el Neto y el Loya a ver a los ganadores del Rockampeonato 2007 a León, junto con Jumbo

y Kinky. Esa vez, si no mal recuerdo, fuimos al centro Educare y teníamos boletos, y estuvo suave, porque no sabía que me gustaba Jumbo. Después de eso, fui con la Lilia al Coca-Cola Zero Fest en el Rancho Los Alamitos, y fui con ella porque era la única persona que conocía que le interesaba ver algunas de las bandas que tocaron en ese festival: Vimos a Metric, porque ella quería ver a *Metric*, y yo quería ver a *The Mars Volta* y antes de eso a *Bright Eyes*, pero no la pasé tan bien porque solo tocaron cosas de *Cassadaga*, que es un disco que no me gustaba mucho porque me parecía un disco muy tonto. En el concierto, había una tipa cerca de mí que dijo, en voz alta, en su teléfono: “¡*Güey!* ¡*Hay un piano!*”, Y me sentía tan impresionantemente y moralmente más alto que esa desconocida que le parecía sorprendente ver un piano... Esa vez, recuerdo que nos fuimos temprano, porque a Lilia le dolían los pies y ella tenía el automóvil, así que no podía pelearme al respecto. De todos modos, los actos que cerraron ese concierto fueron Fatboy Slim y Groove Armada, grupos que no me interesaban en ese momento porque yo era una florecita rockera de corazón y esa mierda de los blips y los bloop no me interesaban en absoluto.



Estando paradito ahí sin molestar a nadie, un muchacho me sacó plática. Se llamaba Diogo, un portugués que vivía cerca de Lisboa y creo que me sacó plática porque nos parecimos agradables, y fue una bonita experiencia compartida. Quedamos de vernos al día siguiente para ver a *Explosions in the Sky*, y también fue una bonita experiencia, aún tomando

en cuenta a un español gritón que estaba muy borracho y muy jodón en la fila de la cerveza, pero no me molestó mucho porque hasta lo seguí al grupo de personas con las que el estaba, gritando como desquiciado mientras PJ Harvey tocaba al fondo. Esa vez también vi a *Destroyer*, pero de nuevo, solo era por la experiencia, y vi a *Tortoise*, que recién los había visto en Alemania hacía menos de 3 meses. Vi a *Savages* y estaba cantando como desquiciad@, y no canté nada de *Dinosaur Jr.* porque las canciones eran todas iguales, pero había una rubia muy linda que hablaba inglés, supongo que de algún lugar del Reino Unido, pero no le saqué plática porque soy un cobarde. Vi también a *Drive Like Jehu*, que quería ver. En la noche no me quedaba hasta muy tarde, porque en la noche solo había música electrónica y eso me parecía aburrido para verlo por mi cuenta, y como no había transporte público de noche, solo me restaba caminar al apartamento, con unos cuantos cigarillos de los que me quedaban del día, escuchando música para no aburrirme, y ver cómo pasaban los barcos por debajo del puente, ya bastante noche, a eso de las 3 AM.

El doce de junio de 2016 caminé, de nuevo, por las calles de Porto: Fui a ver las torres, y la playa, a pesar de que este día en particular estaba especialmente nublado, por lo que solo caminé cerca de la arena de la playa, pero no me metí al agua. Me daba bastante miedo dejar mis cosas por ahí, y que alguien se las robara, así que no fui a disfrutar los rayos celestiales y solo tomé fotografías a unas anémonas gigantes que adornaban el malecón junto al parque de la ciudad. Fui al concierto y vi a *Shellac*, y todavía me sentía dolido por Natalia. Ah, qué terror, que todavía estuviera tan obsesionado con una mujer que no pensaba para nada en mí. Estando a unos metros de Steve Albini, grité en un momento en el que dejaron de tocar: “*Play Letters to God!*”. Tarde, me di cuenta, que la canción se llama “*Prayer to God*”, y que la que pedí

era una canción de *Box Car Racer*, un proyecto de 2002 de Tom DeLonge, guitarrista de *Blink 182*, antes de que dejara su imaginación volar con teorías de conspiración sobre alienígenas, en su otra banda *Angels and Airwaves*. *Letters to God*, sin embargo, también me gustaba, porque la canción era más que nada guitarra acústica, pero a mis escasos 15 años, me parecía exuberante, porque la construcción de la pista es fantástica: Guitarra acústica, voces, y en el segundo verso, entra un piano a acompañar con la armonía, que se construye a partir del coro, que empieza a construir bajo la misma base armónica, y explota en el coro en coda con acompañamiento de guitarra eléctrica, batería de Travis Barker, y termina con distorsión de la guitarra... simplemente fantástico. Y las letras, ¿Qué más puede pedir un adolescente?

*And I, I won't lie  
I won't sin  
Maybe I don't want to go  
Can't you wait? Maybe I don't  
want to go*

Poco sabía que esto cimentaría las bases de la música que escucharía bastante entrado a mis treinta años, exceptuando por supuesto, que las letras serían un poquito (casi nada) menos azotadas, pero en fin, esas son las cosas que escucharé siempre, porque me encanta azotarme y sentirme adolorido del corazón, performativamente.

La grité, y la cantaron, y la canté, y me metí a golpear y empujar desconocidos hasta que no podía gritar más. Dieron las dos de la mañana, y de nuevo, se me acabó el dinero en efectivo, y no tenía

amistades drogadictas que siguieran escuchando música electrónica conmigo. Decidí, entonces, irme al apartamento para dejar al día siguiente la ciudad. Esta vez, sin embargo, caminé por una calle distinta, porque quería cambiar un poco las cosas, en parte porque quería evitar ser víctima del hampa (imaginaria, no creo que alguien me haya seguido por varios días para asesinarme), y por otro lado porque había mucho borrachal platicón en el camino conocido. En el camino, me encontré con un comiquísimo club nocturno, de nombre ‘¡De Puta Madre!’, con la silueta en neón de un una mujer curvilínea. No tomé ninguna fotografía. Esa memoria la sentí más para el momento. Y porque no quería que me asaltaran y me quitaran el teléfono celular que recién compré. ¡Bah! Criminales escorias.

Antes de la catársis con *Shellac*, vi a *Moderat*, que me recordará constantemente la vez que fui al foro alterno en Guadalajara<sup>232</sup> con la Maída, aunque ella tenía ya tiempo en su relación con... ¿Diego? ¿Carlos? Tal vez Carlos, porque en algún momento puso en redes sociales una imagen que decía "C&A", como la marca de ropa barata, y le dije que "qué pinche oso güey tu imagen de perfil", "¡Déjame!" - repudió. pero supongo que era más envidia porque yo no tenía con quién fumar yerba y jugar Contra (y tomar mezcal, porque le encantaba el mezcal a ese individuo). Esa vez, yo pensé que me podría regresar con ellos (Con Roberto, o como se llame, y Aída), pero se pelearon y me tuve que regresar con otra gente, creo que con Alfonso, el dos veces y otra gente, pero no me invitaron a seguir la fiesta, los culeros, o tal vez sí, y yo no le seguí, porque las fiestas post-concierto eran muy exclusivas... y luego vi a *Explosions in the Sky*, en compañía de Diogo, y me acordé de lo que había dejado atrás, de la gente amable que me acogió en lo terrible que es Guadalajara, y todas las amarguras y

---

<sup>232</sup>Técnicamente Zapopan, pero *sht*.

buenos tiempos que pasé.

No lo sé. *The Birth and Death of the Day*, y el título del disco tienen algo que siempre me causará nostalgia: *Suddenly, I miss everyone*. Pues sí, súbitamente, todo me duele y no sé qué hago acá. **No sé que hago acá.** Bueno, sí sé. **Siempre quise estar solo. Solo. Sola.**

El último día, caminando por la vereda tropical, me cansé y me senté en cualquier restaurant. Comí también un pulpo delicioso en aceite de oliva a la orilla del río con una cerveza helada.

Te amo, Portugal. Espero volver algún día<sup>233</sup>.

*I'm gonna return some day,  
I know it (some day)  
I'm gonna buy me a home looking over the  
river in Oporto (river in Oporto)  
Gonna get me a plate of melon and prosciutto  
and grilled sardines, a cup of coffee, and a  
bowl of gazpacho (bowl of gazpacho)*



*I Love Portugal* de Sun Kil Moon, doceava pista del álbum *Common as Light and Love Are Red Valleys of Blood*, lanzado por la disquera Caldo Verde Records, el 17 de febrero de 2017.

---

<sup>233</sup> Jamás volví.

## Fráncfort (en el Meno)

Días después tuve que ir a Fráncfort (en el Meno) a una congreso de estudiantes internacionales sufriendo en Alemania.

Bueno, técnicamente tenía que ir a Dresde, porque se suponía que tenía que estar con grupos con los que compartiera afinidades laborales, entonces lo más natural era estar con personas con mi capacitación técnica. Sin embargo, y debido a que andaba de (y siempre andaré, no voy a negar la cruz de mi parroquia<sup>234</sup>) un sediento asqueroso, decidí mejor ir a la conferencia de ciencias sociales, donde habría muchachillas para conocer, y no un mar de vatos, güeyes y compadres, jugando ajedrez o *Starcraft* o alguna otra cosa que francamente no quería experimentar en ese momento. Llegaron por mí y por otros cuatro o cinco individuos en un autobús a la estación de autobuses de Karlsruhe, y nos llevaron a Fráncfort (en el Meno, **esto es importante señalarlo porque es relevante pronto**) y escuché a algunas personas hablando en español, pero no platicué con nadie porque me daba miedo ser demasiado y no quería hacer demasiadas <sup>235</sup>olas. Nos hospedaron en un hotel nalga<sup>236</sup>, el *Maritime*, cerca de la estación de tren, pero no tan cerca para que los drogadictos y borrachones que me molestaron cuando el concierto de *Jaga Jazzist* representásen un problema. Llegando al hotel, me di cuenta que la persona que se supone dormiría en mi cuarto no estaba, por lo que dormí solitaria en esos tres días. Nada como poder orinar y defecar sin estar pensando varias veces si se está molestando al *mitbewohner*.

---

<sup>234</sup>Esta nota al pie es difícil. Esto tiene un subtono eclesiástico, porque las cruces están relacionadas con las iglesias, y las parroquias son iglesias pero pequeñitas. Entonces, negar la cruz de la parroquia es negar la naturaleza de uno mismo, como cuando Judas negó a Jesús. Ah, bueno, para las personas que no saben quién es Judas y quién es Jesús, Judas traicionó a Jesús y luego se colgó. La biblia está llena de historias maravillosas.

<sup>235</sup>ondas

<sup>236</sup>Un hotel fino, finísimo de... ¿Fráncfort? Natalia decía “*finísimo de Paris*” cuando nos enfrentábamos a situaciones fuera de nuestras entonces capacidades económicas, léase la vida de jubilados que tenían su padre y madre.

Al día siguiente, llegamos a un edificio histórico con paredes adoquinadas con mucho mármol y fuimos separados por zonas geográficas: Había señalizaciones por unas escaleras, y en los primeros pisos estaban las personas de Europa, en el siguiente piso Asia, en el tercer piso África... y en el cuarto piso... Latinoamérica.



Uno sabe que vale verga cuando la cumbia, la bachata, las cornetas de la banda suenan a lo lejos. El güiro haciendo chic-chiqui-chic-chiqui-chic, la percusión haciendo pun-chaca-pun-chaca-pun, el acordeón haciendo turi-ruri-ru. Ahí ya se sabe que las cosas solo van a ir de mal en mejor, que de menos una se va a reír, que las cosas no van a estar tan mal, estando tan lejos. Cuando se escucha que alguien trajo un altoparlante, conectado a la energía eléctrica, y por razones ajenas al señor Jesús Cristo, alguien más trajo líquidos de los que atarantan, y por alguna razón inconcebible, botanas varias: Una bolsa de Paketaxo, unos cacahuates, pistaches, papitas<sup>237</sup>. A lo lejos, se escuchaba el español sonando a todo volumen en el cuarto donde encontraría al resto de mis connacionales y personajes varios de otras regiones de latinoamérica, hablando mamadas pendejas de todo tipo. Entré al cuarto y como colegiala recién llegada a la preparatoria de monas chinas<sup>238</sup>, me senté lo más lejos que podía de la mesa del centro. A un lado mío, había un caballero hablando con otro en español (obviamente), y escuché un acento anorteñado (mexicano), por lo que me sentí en

---

<sup>237</sup>¡A diez la bolsita!

<sup>238</sup>Se referirá a partir de este momento y retroactivamente a las monas chinas a cualquier Anime y Manga, o animación japonesa e historias gráficas, porque para muchos adultos lationamericanos nacidos en los 50s, todas las caricaturas de personas de ojos grandes, cabello de distintos colores y animación japonesa en general, se le conoce como "monas chinas"

confianza de saludar. El tipo se llama Polo, de (Sh)ihuahua, y su amigo era Ricardito, de Panamá. De Panamá no sabía nada, salvo que los *Panama Papers*, un escándalo de corrupción publicados en abril del 2016, por lo que la noticia estaba fresca en el imaginario colectivo. Por esos días, le conocí a Ricardo como “el Panama Peipers”, porque la otra cosa que sabía de Panamá es que se utiliza el dólar como unidad monetaria de intercambio financiero, que las cosas son muy baratas cuando se va de *shopping*, y que hay un canal que pasa por ahí que conecta el pacífico con el atlántico<sup>239</sup>. Ah, y que está cerca de Costa Rica, de donde es Marcela. Hablamos unos minutos, y luego llegaron a decirnos mil cosas de la logística del evento, y largo etcétera. Mucho bli, bli, bli, mucho bla, bla, bla, pero nada interesante para efectos de la trama, porque el congreso eran realmente puras mamadas que no me importaban.

En uno de tantos coloquios, un señor de esos caciques grandes preguntó qué qué era lo que pensábamos de Alemania, y dejaron que se pusieran hashtags para denotar que estabamos en ese congreso en línea, así que un grupo de indios puso algo como “the cologne mafia”, y debido a que se dieron cuenta que las cosas estaban poniéndose “No Seguras para el Trabajo”<sup>240</sup> se dejaron de proyectar los mensajes en la pantalla, y un señor bigotón, rubio y panzón empezó a discutir sobre el proceso de integración al país, que es muy difícil y que no desesperemos, que todo estará bien, *algún día*. Nos dieron un espacio para preguntas, y un caballero de tez negra y una camisa amarilla tomó el micrófono, y dijo: “¡We are tired of paying for the radio! ¿Can you stop that somehow? ¡We do not want to pay for something we don't use!”.

El salón se volvió un interminable ciclo de vitoreos, chiflidos y gritos. La gente se volvió loca. *Die Stimmung ist ausgelassen.*<sup>241</sup>

---

<sup>239</sup>después...

<sup>240</sup>NSFW o *Not Safe for Work*, temas o imágenes que uno no quisiera que sus colegas vean, típicamente humor negro, personas desnudas o pornografía, y en algunos casos, el acceso a redes sociales.

<sup>241</sup>Esta frase me quedó pegada de cuando tenía que obtener el permiso de

El pedo de lo del radio. En Alemania, los servicios de televisión y radio son pagados por todos los habitantes y habitantes de Alemania. Esto se conoce como "Rundfunkbeitrag" y tiene que ser pagado trimestralmente, con un costo de cincuenta y dos euros con cincuenta centavos<sup>242</sup> por hogar, que si uno vive en una casa de estudiantes o con otras personas, llega a ser un costo de unos diez a veinte euros cada 3 meses, que no es elevado, aunque definitivamente si una no utiliza el radio (porque el nombre lo indica) se siente como una estafa perpetrada por el estado para darle dinero a gente que una no conoce, sobre todo porque casi nadie tiene radio. Sin embargo, este costo también incluye la televisión, por lo que los partidos de futbol, o al menos los interesantes, son también transmitidos por la televisión abierta, por lo que cada tanto tiempo se compensa el pago de este dinero. Sin embargo, y para estudiantes que no tienen ingresos muy elevados, es una cantidad que no se puede negar tan fácilmente. Al principio, yo no pagaba esto porque no lo usaba. Sin embargo, en 2 ocasiones me llegaron notificaciones del juzgado civil de la ciudad que tenía que pagar o me iban a meter a la cárcel. Como no quería tener más crímenes a mi nombre, fui y pagué los dos años que debía, a pesar de no estar conforme con el pago. Ya que empecé a trabajar, lo empecé a pagar *Regelmäßig*. Esta nota para el gobierno alemán, en caso de que piensen que soy un pinche moroso verguero y que me pueden a meter a la cárcel.

---

conducir en Alemania, en 2020. Una de las preguntas dice: *Fünf junge Freunde fahren im Auto zu einer Freizeitveranstaltung. Die Stimmung ist ausgelassen. Welche Gefahren können dadurch entstehen?* y la traducción es que las vibras son excitantes. Terribles traducciones para expresiones que no existen en otros lados.

<sup>242</sup>A la fecha 2016.



Ya después de eso, cuando empezó a oscurecer, Polo dijo: “[Entonces, ¿Qué pedo? ¿Vamos a pistear o qué chingados?](#)”. Yo pensé: “*You had me at*<sup>243</sup> [¿Qué pedo?](#)”. Esa noche fue una salida tranquila, porque teníamos actividades a las ocho de la mañana del día siguiente. Y por tranquila, quiero decir nos quedamos en la calle tomando cerveza hasta las 12 de la noche (temprano, vaya). Se unió un grupo pequeño de personas que no hablaban español, pero se estaban divirtiendo con nuestro *mexican curios*, y eso siempre es bonito de vivir. Intentamos buscar un bar barato, pero como había kioscos abiertos, pudimos comprar cervezas baratas y sentarnos afuera de un local a pistear a gusto.

Al día siguiente, otra vez, mucho bli, bli, bla, bla de los coloquios, nada importante para la historia. Mientras estábamos en una de las pausas de café, platicando con el Polo de que las shavas shishonas de shihuahua o alguna mamada así, una muchacha pequeña y de ojos rasgados llegó a donde estábamos nosotros y nos dijo: “¡Hola, soy Lily, soy de Guatemala!” en español bastante fluido. No quería ser específicamente racista de ningún modo... pero no sabía que había gente de aspecto asiático en Guatemala. Siendo específico, tenía rasgos de persona china<sup>244</sup>, pero decidí morder el anzuelo y no preguntar más, porque... bueno, yo que sé. Que me diga lo que quiera, ni que fuera el policía de la frenología. Resulta que se llama (o hace llamar, francamente a este punto ya no sabía qué era verdad y qué era mentira) Lily, y que es (asiática) canadiense, pero habla perfectamente español, inglés, alemán, chino, italiano y sabrá qué tantas otras chingaderas. Era una

---

<sup>243</sup> La frase deriva de una oración de la película *Jerry McGuire*, de 1996, que dice “*you had me at hello.*”

<sup>244</sup> A pesar de lo que se pueda pensar, como “Uy no, Qrlondo, qué es eso, pinche vato racista, no todas las personas de aspecto asiático son chinas, te pasas de verga, que falta de tacto y en este año del señor jesucristo”, pues me vale verga, y no empiece a mamar, querid@ lector\*æ. La *fisiognomía* es real. ¡ES REAL! Ft, ft. Ft. En fin, su carita preciosa no la hacia ver guatemalteca.

lista interminable de cosas que esta hermosa persona podía hablar. Lily vivió en Guatemala un año, efectivamente, donde aprendió español, y después se mudó un semestre a Friburgo de Brisgovia como estudiante visitante, lo que encontré interesante, porque yo trabajo en Friburgo de Brisgovia. Se lo dije, y quedamos de vernos en el futuro, porque ahora eramos amistades.

En la noche del segundo día hubo una cena donde me junté con el Polo y un grupo que se hizo monstruosamente variado y enorme, pero para evitar más ruido y falta de protocolos, nos sentamos en lugares distantes. En la mesa, conocí a Aura, una muchacha de México, muy callada y tímida, por lo que muchas de las barbaridades que decíamos en esa ocasión no las encontraba cómicas. Además de eso, tampoco salió con el grupo en días subsecuentes, porque tampoco le gustaba mucho *la rumbera*. **Perdónanos, Aura. Intentaremos mejorar la próxima ocasión.**

Esa noche salimos también y volvimos a eso de las 2 ó 3 de la mañana. Adriana, una panameña de cabello voluminoso y rizado, se molestó con *alguien* en el camino, y empezó una larguísima diatriba sobre *los latinos*, y sobre las malas imágenes, y sobre la mala conducta y otras cosas que no recuerdo específicamente, pero sí recuerdo que estaba muy molesta por algo que dijeron sobre la mala conducta que tenemos (como conjunto) y la falta de unión entre los pueblos latinoamericanos.

**Bueno, bueno, tranquilicémonos, pues, ni que tuvieramos tan mala fama.**

El día bueno fue el último. Fuimos al zoológico y estuvimos dando vueltas y vueltas, vimos a los tigres<sup>245</sup> unos changos que se la estaban jalando (la riata), y un dragón de Komodo. **Pero nunca me han gustado los zoológicos.** También pasamos por las jaulas de otros primates, unos gorilas, donde había un cabrón que también se estaba

---

<sup>245</sup>del norte,

masturbando en una de las ramas de los múltiples árboles que populaban sus limitados espacios de vida. Y eso siempre es cómico de ver, porque las puñetas salvan vidas, mae.

En la tardecilla fuimos a nuestros respectivos hoteles, e invitamos a Aura. Ella nos dijo: “**No, gracias, hoy me voy a dormir temprano**”. **Bueno, perdónanos, Aura. Seremos mejores la próxima vida, espero verte en el futuro.**

El grupo rumbero de la noche era bastante grande, unas 20 personas, que eran lideradas por Adriana, la pelirizada del día anterior. Ella ayudó al grupo a poner orden mientras nos dirigíamos al *Latin Palace Changó*, un club nocturno céntrico, cerca de los hoteles y la estación central de trenes de Fráncfort del Meno, donde habría música de origen lationamericano. Llegamos como una manada, con incrementada ansiedad por beber cerveza y escuchar unas pinches cumbias perronas. Al llegar a la entrada, Adriana se acercó a preguntar si podrían reducir el costo de entrada de los normales 10 euros a unos, no sé. Cinco. Porque andabamos sin tantos pesos.

Adriana: “*Hallo, wir sind eine große Gruppe aus Lateinamerika, ¿Kannst du vielleicht ein Rabatt für uns machen? Wir sind alle nur Studenten.*”

Cadenero: “*Näh, alles gut.*”

Adriana intentó infructíferamente convencer al cadenero, hasta que utilizó un argumento que, a mi parecer, era bastante infalible para entrar. Pero no, nada es infalible en esta vida.

Adriana: “*¿Was ist besser als 20 lateinamerikaner?*”

El cadenero giró la cabeza un poco, miró hacia arriba, y aspiró:

Cadenero: “*Fünf Türken, aber mit Geld. Tschüss, schöne Abend noch.*”

Uf, perdón, señor cadenero. Usted tiene todo ese hocico lleno de razón.

Adriana, visiblemente molesta, se acercó al grupo y dijo: “Vamos a la mierda con estos webones careverga”. El resto nos quedamos enfrente con una cerveza en mano, hablando y riéndonos de la situación de los turcos con dinero, burlándonos de nuestra pésima situación económica, y que pues qué mal, y ni modo, a la verga. Adriana se acercó al grupo y nos dijo: “Gente, está resuelto esto. Síganme.”

Caminamos unos ocho metros que separaban al Changó de “*Aventura*”. “Deben estar bromeando con ese nombre” - Pensé. Pero no, nadie se estaba riendo aquí<sup>246</sup>. Estabamos afuera del *Aventura*, y Adriana nos dijo: “La dueña dijo que podemos estar acá bebiendo cerveza, pero que si entramos unos cuatro o cinco estaría perfecto”. Pues no se diga más, *Aventura*. Compramos más cervezas en el kiosko e hicimos espacio afuera del *Aventura*, riendo y bebiendo y hablando cualquier webada. Adriana desapareció dentro del local por unos minutos, solo para aparecer una media hora después para recordarnos sobre la buena fe de la dueña del lugar. “¡Bueno, pero alguien acompáñeme adentro!”. Yo me ofrecí como tributo para entrar al congol.

El *Aventura* no es definitivamente el peor lugar al que he entrado.



Me recordaba bastante a los bares *hipster* de la colonia americana en Guadalajara, con la luz tenue, olor a madera vieja y el piso pegajoso. Sin embargo, una cosa distinta sobre este bar en particular era que los otros bares estaban repletos de hombres con bigotes inirónicamente largos y tatuados hasta la coronilla. El *Aventura*, por otro lado, estaba lleno de viejos panzones horribles abrazando mujeres vestidas en ropa sumamente ajustada. Al principio no

---

<sup>246</sup> Escuché mucho *Common People*, el cover de William Shatner, por la Maída,

me pareció nada fuera de lo ordinario, puesto que ser viejo panzón horrible no es ningún crimen. Había un flujo innegable a la parte trasera del bar, a través de una puerta donde entraban y salían parejas de estas señoras en ropa ajustada y estos viejos panzones horribles. En los bares *hipster* de Guadalajara, lo que más fluye son los mezcales y más bien flujo de hombres bigotones tatuados a sus casas en la colonia Santa Tere compartidos con otros seis hombres bigotones tatuados. Siempre quise ser un hombre bigotón tatuado de la colonia Santa Tere. Entramos un grupo pequeño, en el que estaba Lucía, una colombiana de ojos chiquitos y bellos; Andrés, que nos había acompañado desde antes e invitó a su amiga Leidy, a quien apodamos Juan Antonio (porque esa era la credencial que le sobraba a Andrés), y Sandra, otra colombiana muy risueña y cómica. Mientras que los basurones de Polo y Ricardito se quedaron afuera bebiendo cerveza. Nos hicimos amistades de la señora de la barra, que nos dijo: “*Ay, hijos, ya saben, aquí estamos para cuando quieran, y necesiten pasar unas horas si vienen a Frankfurt, vienen a saludarnos*”, y le dije que por supuesto, que cuando viniera la visitaría<sup>247</sup>. Pusieron música e hicimos un espacio pequeño cerca de la puerta misteriosa para bailar, y bailamos unas tres o cuatro canciones, y yo siempre le decía a mi pareja que disculpara si se me iba la mano, que todo era *con respeto* y bueno, la falta de espacio. **Perdón, muchachas, en serio había poco espacio.** Nos quedamos ahí bebiendo tragos de un euro de *Jägermeister* (que aumentaron al precio normal de tres cuando la señora vio que estabamos encajando demasiado el codo con los tragos), y nos salimos hasta que nos corrieron, a las tres de la mañana.

De regreso al hotel, Leidy dijo que no podría regresar a Darmstadt, ciudad a 35.7 km de donde estabamos que era donde ella vivía, así que le ofrecí la cama que sobraba en mi cuarto para transnochar y devolverse

---

viviendo en Guadalajara. La versión original de Pulp *meh*.

<sup>247</sup> Jamás la visité después.

en la mañana. **Parce, ¡Muchas gracias!** – me dijo, mientras yo repetía incesantemente, en voz alta, que no era un complicado complot para llevarla a la cama a darle besos. Al contrario, era un servicio humanitario porque yo sabía lo que era trasnochar en la estación de trenes de Fráncfort del Meno. Cuando llegamos al cuarto, entré al sanitario me cepillé los dientes y cuando salí, Leidy ya estaba roncando, posiblemente en un estado profundo de sueño. Me dio risa porque yo salí casi gritando si necesitaba pasta de dientes o algo para lavarse el hocico, pero fue innecesario. Apagué las luces y caminando quedo, me acosté en la otra camita y puse música en los audífonos, esperando no tirarme un pedo en la madrugada y asustar a la *mitbewohnerin*.

En la mañana, a las ocho, estaba la cama estaba destendida y Leidy por ningún lado. **Un gusto conocerla, nea.**

Bajé al restaurante del hotel a desayunar, con la canción del taxi en la mente.

*Yo la conocí en un taxi,*

*¡En el camino al club!*<sup>248</sup>.

A mi, lamentablemente, nadie me paró absolutamente nada esa noche del tres de octubre de 2014.

“¡Yo la conocí en un taxi!”

“¡En el camino al clu-ub!”

“¡Me lo paró! ¡El taxi! ¡Me lo paró!”

Cantaba fuerte mientras los demás en el hotel se preguntaban de dónde sacaba tantas malditas energías para estar tan activo.

---

<sup>248</sup> Esta canción era muy popular en dos mil quince, y yo conocí a muchos y muchas hermanas latinoamericanas durante ese evento, que cantaba incesantemente, en una reunión so seria, so taimada de puro pistejar a la verga. Como dedicamos más tiempo del que me gustaría admitir pisteando y despertando a las ocho de la mañana a escuchar pláticas sobre desarrollo humano en Alemania. Después, en 2018, conocí al cantante de la canción, en una situación menos comprometedora, en un hotel en San José, California,

"La mala vida" – contesté. Porque encanta la mala vida y la verga greñuda. La discusión del día estaba alrededor de no sé qué juego de futbol que México perdió desastrosamente, y bueno, como a mi no me gusta el futbol, le tomé poca seriedad, pero aparentemente le fue mal al equipo.

En el autobús de vuelta, estaba platicando con Lily porque veníamos en el mismo camión. Empecé, como siempre, a quejarme a la verga de que las viejas, que estoy solo, que bu, que ba, que mi ex, que porqué me pasan estas cosas. Adriana estaba detrás nuestro, se asomó entre los asientos, y me dijo: "¿Mano, te puedo decir algo? Cansa un poco tu plática esa. Ya de la ex ya fue, déjala ir". Y se puso los audífonos, volteándose.

Me quedé callado un segundo, y por fin, creo que por fin, gracias a Adriana, fue que me di cuenta de lo cansado que es esa puta cantaleta de que estoy feo y de que me voy a morir solo. No fue la última persona centroamericana que me dijo esto. Seguí diciéndolo, pero tomó otras 2 veces para que dejara de decirlo. Gracias, Adriana.

Llegué a Karlsruhe y a los días, pasaron *cosas*.

## Kanak

El 22 de julio de 2016, un hombre tomó la vida de varias personas en Múnich, la ciudad más grande del estadio de Bavaria, cerca de un centro comercial aledaño a las instalaciones de las olimpiadas.

Pasé toda la mañana viendo las noticias. Buscando videos de lo que sucedía. Todo parecía tan alejado, y tan cercano a la misma vez. Buscaba videos de lo que sucedía, y encontré uno en el que no entendía nada. Se escuchaban balazos, y entre

---

mientras terminaba de pagar el alquiler del cuarto de hotel en el que me encontraba. Esta es la única historia interesante de taxis que tengo.

gritos, sonaba:

*¡Scheißer Kanak!*

Lo único que podía diferenciar entre balazos y murmullos. En los comentarios del video, un alemán explica. “Kanak is a derogatory word for foreigners, particularly of southeast Europe, middle east and North Africa”.

La frase me congeló. Despues supe que el asaltante era de origen iraní, pero nacido en Alemania, y desarrolló ideas de hipernacionalismo por el abuso que enfrentaba en la escuela. Esas cosas solo las veía uno pasar en los Estados Unidos de Norteamérica. Cada día, al menos, una vez, en alguna escuela, o en una cafetería, o a cualquier persona que mire mal a otra caminando por la calle. Que horror.

*Bin ich auch, ein Kanak? – Dachte ich, unironisch. Was bin ich, außer ein Ausländer? Was wird mein Sonn, meine Tochter? Was bin ich, außer Kanak?*

*¿Bin ich ein Kanak?*

Me quedó eso flotando por la mente unos días.

Ya después en esos días me encontré una fiesta abajo del puente. Bueno, en realidad fueron dos situaciones distintas, de hecho.

La primera vez venía de alguna borrachera, decidí tomar el camino largo por abajo de un puente de trenes que pasan por arriba hacia la estación principal. Había un grupo de jóvenes fumando yerba y bebiendo cerveza, y como no me da vergüenza nada, les saludé y me invitaron un toque de mota. Compartí el toque y me bebí una cerveza tibia con el grupo, que no recuerdo bien si hablaron conmigo en alemán o en inglés. Estuvo bien, no me pasó nada, ni me dieron enfermedades de transmisión oral. Me volvió a suceder unos

meses después volviendo de otra borrachera y para llegar a casa, no había autobuses y el tranvía tomaba demasiado tiempo. Decidí caminar a casa para no tener que esperar infinitamente. Para llegar a mi apartamento, hay que caminar por donde encontré a los borrachos drogadictos de la vez pasada, así que mejor me fui por donde sabía que no habría mucho tráfico, ni gente, ni personas. Llevaba mi guitarrita y ni un gramo de alcohol en las bolsas, pero escuché debajo del puente un retumbante bajo, y luces en la parte superior. "Vaya, interesante", - me dije a mi mismo. Me acerqué tímidamente a ver qué había, y había bastante gente bailando música electrónica. Me compré una cerveza y me quedé ahí parado sin molestar a nadie. Como no estaba interactuando con nadie, me cansé bastante rápido, así que tomé mi guitarrita y me dirigí a casa.

Los *raves* de puente me parecen una maravilla.

## Zesłaniec / Frankfurt (Oder)

Lunes cuatro de julio de 2016.

Llegué a trabajar como todos los días, y hube pedido mis vacaciones con tiempo, porque estaría toda la semana de viaje, de vacaciones.

Los polacos de San Diego me habían invitado a Gdánsk a pasar el verano con ellos, así que me compré mi boleto de autobús con anticipación, gastando aproximadamente 80 euros por todos los autobuses, incluidos el de ida y el de vuelta, y porque siempre he temido estar tarde para tomar cualquier medio de transporte público de media y larga distancia, así que preparé mi maleta como siempre preparo las maletas:

"Calzones, más uno<sup>249</sup>"

---

<sup>249</sup>Por si me cago.

*“Calcetas, las que necesito”*

*“Camisetas, las de metal que me gustan”*

*“Chores, para andar a gusto”*

*“Condones, 2, por si se puede kular”*

Todo listo y empacado, me dirigí a trabajar a Waldkirch, esa triste y tonta mañana del día en el que todo me salió mal.

En retrospectiva, porque todo en retrospectiva es más claro, debí de haber salido varias horas antes del trabajo para hacer todo el procedimiento de prepararmente para viajar con calma. Lamentablemente, pensaba que si salía demasiado temprano, en el día de la víspera de mis vacaciones, tendría algún problema con las horas contabilizadas en el sistema. De todos modos terminé debiendo como 12 horas, por pendeja que soy. Ese día, salí más temprano de lo habitual, a las tres de la tarde, para encontrar que el puto tren local estaba retrasado. El puto tren local de verga, retrasado, como todos los putos viernes, pero ahora que lo necesitaba a tiempo, no estaba. Quince minutos de retraso. “Me lleva la puta monda peluda” – pensé. Llegó el tren, trece minutos tarde, pero eso fue suficiente para ver a algunos trabajadores del campo recogiendo alguna legumbre del piso. ¿Cómo será la vida de esos trabajadores del campo? ¿Será peor o mejor que los pizcadores de tomate de Mochicachui? para retrasarme 2 minutos al llegar a la estación de Friburgo.

Dos putos minutos, retrasándome una hora. Para evitar hacer más corajes, me compré una hamburguesa con queso y un refresco frío. “Ya qué, a la verga, ni modo”. Tuve que llegar apresurado a mi apartamento. Necesitaba, entonces, veinticinco minutos para llegar a la estación, y tenía 22. Bien. Bueno, no era el peor caso, pero está bien. Rápido. Hagamos esta mierda rápido. Tomé la maleta preparada la noche previa, y antes de salir, miré mi pasaporte en mi mueble de la entrada del cuarto. No lo tomé, porque consideré que podría ser

peligroso andar por ahí con el pasaporte. ¿Y si lo pierdo? No, no. Aquí está seguro, al fin y al cabo, no necesito pasaporte para viajar dentro de la unión europea. Patrañas.

Salí corriendo a toda velocidad de mi apartamento y caminé a paso apresurado hasta llegar a la estación de autobuses, donde estaba el autobús esperando. Primera puta vez que veo que un puto autobús de Flixbus llega a tiempo. Mostré mi boleto, puse mi maleta en el maletero, y subí al autobús. Bien. Bien. Bien. Ahora sí. A dormir y mañana veremos qué tal todo en Berlin.

Esta vez, fue la primera vez que visité Berlin. Lamentablemente, solo vería la estación de autobuses, así que no pensé mucho al respecto, porque he sabido que en Berlin se la pasa uno muy bien, y un poco desvelado y con el hocico un tanto seco, me trepé al siguiente autobús, el que me llevaría a Gdánsk por otras ocho horas, así que me puse cómodo al fondo del bus, conducido por un señor que no hablaba inglés.

Las primeras horas fui dormido, hasta que llegamos a la frontera con Polonia. En este punto, una mujer policía se subió al autobús y pidió nuestros documentos.

Con absoluta naturalidad solamente entregué mi permiso de residencia, oferta que la mujer policía no entendió muy bien, pero lo tomó y bajó del autobús. Unos minutos después, volvió a subir y me llamó a mí y a otro muchacho de aspecto indio.

Aquí, empieza la

## microodisea

Ó Cómo tuve que volver a Berlín en taxi porque soy un pendejo y dejé el pasaporte en mi apartamento, porque juraba que tenía derechos como inmigrante legal en Europa continental



Aquí pasaron muchas cosas. Me dijeron que me bajara del autobús, y lo hice junto con este muchacho desconocido. Primero, nos dijeron que *bring your belongings from the bus*. Mala señal, malísima. Pero bueno, tengo esperanzas de que nos esperen unos diez o quince minutos, en lo que se resuelve el pedo. Pasados los veinte minutos ahí, el autobús nos dijo que "adiós" y se fue. Bueno, ahora sí no creo que haya vuelta atrás. Nos dijeron que pasaramos a la caseta, a esperar en unas sillas afuera de unas oficinas. Pasaban, iban y venían oficiales, y no me miraban mucho. Tal vez, para no levantar sospechas. Estaba sentadito, esperando con el muchacho indio, al que llegaron a recoger con todas sus pertenencias. Al muchacho lo apresaron, y le tomaron el teléfono móvil, la cartera, y hasta los cordones de los zapatos.

*¡Valiendo verga! – Pensaba.*

Un oficial que sostenía su pistola con la mano derecha, me dijo en un tono polaco muy pesado: “*Don't worry, my friend. He, ¡Problems! You, ¡No problems!*”. Me dio un poco de tranquilidad, pero ya me veía, de nuevo, apresado por pendeja. Pasaron unos minutos y una oficial pelinegra con un riflón pasado de v me dijo que si hablaba alemán. Le dije que no, pero aún así, me dijo que “*It's OK, also, langsam: Leider haben Sie ihre*

*Reisepass nicht mit, also, Sie dürfen nicht im Poland einreisen. Aber, das ist kein Problem, wenn Sie Ihre Reisepass abholen, Sie dürfen wieder einreisen. Wo ist der Reisepass?”* le dije que en Karlsruhe, y me dijo: “*Sie können es abholen und zurückbringen*”.

Nunca había entendido tanto alemán en mi vida. Me dio unas hojas que firmé, que me dijo que eran la detención que tuve en la frontera, y me dijo que podía volver a Alemania sin problemas. Me dejó salir con mi maleta, y me acerqué a una señora dentro de una caseta. La señora fumaba profusamente. Le dije: “*English? Deutsch? Español?*”, y me dijo: “*Nie*”. Valiendo verga... ¿Taxi? – y señaló una hojita que tenía un número telefónico. Marqué y le dije que *Ich bin in die Polen Grenze, ich will nach Deutschland fahren*. Me dijo un señor que *gerne*, y que *fünf Minuten*. Un señor fumando profusamente me recogió en un taxi bastante desbalagado. Me dijo: “*What happen, my friend?*” y le dije que me mandaron de vuelta a la verga a Alemania. “*Ah, yes, big meeting in Warsaw, NATO I think, border is very strong now*”. Tardó unos treinta euros para dejarme en una estación de tren que decía “Frankfurt (Oder)”. Le pagué y me acerqué a la estación. Podía llegar a la estación central de Berlin en una hora y quince minutos, por unos doce euros. Pagué, y me subí al tren, sin muchas ganas de continuar la travesía. Le mandé mensaje a los polacos que todo había valido verga, y que estaba regresando a Karlsruhe. “*¡No, Ola! ¡Come back, we will pay back for half your ticket!*” – pero yo ya estaba harto. Solo quería estar triste y no volver a saber nada de nadie.

Aproveché para caminar por Berlin, cerca de la estación de autobuses. Caminé a Brandenburger Tor, donde había no sé qué evento de un maratón o alguna mamada así. No me importaba mucho. Me comí un *currywurst* con papas fritas, y me quedé ahí sentado cerca del río, en una banca del parque, y dando vueltas hasta que dieran las nueve cuarenta y cinco, que era cuando estaba el autobús más barato de vuelta

a Karlsruhe, llegando al día siguiente a las siete de la mañana. Derrotada, me dormí en el autobús, que olía mucho a patas.

Llegué al apartamento, tomé el pasaporte, lo tiré al piso y me puse a llorar. Pinche pendejazo que soy. A los polacos, ya no los volví a ver. Los días siguientes me fui normal a trabajar, por lo que tenía varias horas extras que debieron ser mis vacaciones. En esos días, no hablé mucho. Con nadie, de hecho. Hasta que canté la de

## **¡Gran Pecador!**

Porque se me pasó a los días porque la sed de tomar es más que la sed de culiar a pelo.

Me encontré con Luis y me dijo de un concierto que iba a haber en Tollhaus, y que iba a ir un grupo grande. Le dije que sí, que claro, ¿Por qué no? Típicamente, a los conciertos a los que iba eran de metal o punk, aunque por la misma zona de donde está el Tollhaus, al Substage o al Alte Hackerei, pero jamás fui a Tollhaus. Días antes, puse atención a las calles y vi un póster en las paredes de la ciudad.

¿Chico... Trujillo?

Nunca fui fan de las bandas de rock en español.

## **Preludio: Guadalajara**

Nunca fui gran fanático de la música en Español.

Mi primer memoria de la música en Español es de mi niñez. Cuando viajábamos en auto ida y vuelta de Ciudad de México a Los Mochis y viceversa, había dos opciones en el Golf verde 1994: Marisela, los grandes éxitos, y Selena. Quintanilla, el cassette de *Amor Prohibido*. Me sé ese disco de memoria después de todos estos años. Y con razón: Era expuesto 8

horas a la vez a esta música: Ocho horas para llegar a Guadalajara; otras ocho horas, para llegar a Mazatlán; y otras ocho horas para llegar a Los Mochis. Trayectos cortos, para no cansarse. En Mazatlán llegabamos a un hotel cerca del malecón, pero no tan cerca que fuera impagable. Un motel. El Motel Marley, tal vez. Me acuerdo que podíamos caminar al malecón y ver el mar y escuchar las olas. Qué privilegio vivir tan cerca del agua de mar. A metros. Algunos metros. Mazatlán me recuerda la vez que fui con el Salomón, la Cinthia, la Lauralice y una ex-novia de otro amigo y pasé varias horas intentando hablar con Natalia por teléfono, pero eso ya lo describí, anteriormente. En esos días también conocí a Margeaux, una francesa que estaba en el hostal y que nos acompañó a la playa de las brujas, y ahí nos quedamos un rato viendo al horizonte. Margeaux es linda, pero yo tengo novia. Aunque la odio. Pero tengo novia. Seguí en contacto con Margeaux, hasta por ahí en 2018 que hubo un festival en Nagold, un pueblo cerca de Stuttgart donde la gente iba en carpas a festejar la libertad y el amor. Le dije que iría, y unos días antes me arrepentí y le dije que siempre no. Margeaux vive ahora en Oaxaca, a veces en Guatemala, pero siempre está en movimiento. A veces vuelve a Francia a ver a su familia.

Pero nunca me ha gustado la música en español. Mi primera memoria con música en español, y de hecho, mi primer concierto de música, fue un concierto en el estadio Jalisco, por allá en 1998. Fui con mi tía Ana y mis primas, porque eran muy fanáticos de Onda Vaselina, que en ese momento se estaban refrescando para ser OV7, la nueva banda juvenil del momento. Esa vez, comimos muchos churritos y cueritos en uno de los asientos de Gayola del estadio Jalisco. Ese fue el primer concierto al que asistí. El siguiente fue en 2007,

una vez que volví a Los Mochis en verano, el 26 de mayo, a un concierto que le llamaban "*Noche Light*", donde tocaron Inbox, una banda de Guadalajara que no llegó a hacer mucho después de que la vimos; y Jumbo, una banda de la avanzada Regia de finales de los noventas, que justo ese año sacaron su último disco, *Superficie*, por lo que tocaron mucho de ese disco, y sus grandes éxitos, sobre todo de *Teleparque* y *D.D. y Ponle Play*, como *Fotografía*, *En repetición*, *Después*, *Cada vez que me voy* y *Siento que...*, todas canciones que, de alguna manera, tenía en el subconsciente y que conocía, pero que realmente no conocía, si eso tiene sentido. Con el tiempo, escuché un poco más de Jumbo y me gustaba lo que escuchaba. Luego, fuimos a León a ver a Jumbo, Hong Kong Blood Opera y Kinky en el foro Educare. La pasé bien, tomamos mucha cerveza y luego intentamos ir al Monaghan, un bar que después abrió una sucursal en Guadalajara, donde tocó Maps and Atlases. Pero difiero. Mi primer concierto oficial fue en abril de 2008, el Coca-Cola Zero Fest, en el Rancho Los Alamitos en La Tijera, un pueblo retirado de la capital de la ciudad. Pero eso ya lo platicué. Ya después de eso fui a ver otras bandas, y típicamente mi gusto estaba más angloparlante. Las bandas mexicanas y en español eran, en general, actos que le abrían a otras bandas internacionales y que por lo tanto, me parecía que eran un relleno innecesario. Había, sin embargo, bandas que no consideraba relleno, porque las veía raras veces: Siempre la pasaba bien escuchando a Kinky, y me gustaba mucho el pop de Miranda!. Me gustaba Bengala iníridicamente, y disfruté mucho el disco de "Raro" de El Cuarteto de Nos, allá en 2008. Por la referencia de mis amistades que les gustaba la música norteña, disfrutaba irónicamente al Instituto Mexicano del Sonido. Como lo más cercano y gratuito que podía escuchar

eran los conciertos gratuitos, de bandas que en algún momento fueron novedosas, pero que después hube visto infinidad de veces: Babasónicos, Panteón Rococó, Zoé, División Minúscula, Plástiko, Los Auténticos Decadentes, Gondwana... en este punto, las bandas empezaron a repetirse en los conciertos a lo largo del año: Debía de haber visto a Technicolor Fabrics y Rey Pila por lo menos dos veces al año por varios años, convirtiéndose en una suerte de meme entre los amigos de los conciertos. Pero nunca le puse mucha atención "a eso de la música en español". Me tomó no escucharla por mucho tiempo para apreciarla un poco. Llámenme malinchista, sí. Y sí. La sangre de la Malinche, la tengo en las manos por un tiempo largo. No le ponía mucha atención a eso de las cumbias. ¿Qué es eso?

### ¡Gran Pecador! (bis)

Pues eso, eran supuestamente cumbia con *rock* y no sé qué cosa. Escuché lo que estaba disponible en *Youtube*, la canción "loca" era muy popular, así que eso escuché. Escuché varias, pero ninguna me pareció sobresaliente. Ese día, asumí que habría boletos en línea, porque Luis me dijo que se estaban acabando. En mis casi dos años en Alemania, jamás había ido a un concierto donde se acabaran los boletos, ¿De qué hablas, con que se acabaron los boletos? Me parecía impensable. Revisé en línea un día antes, y efectivamente, no había. En la página del concierto, decía: "Habrá alguos boletos a la venta en la entrada". Bueno, pues llego temprano, pero tampoco algo de qué preocuparse, ¡Caray! Llegué a la puerta y pregunté en la taquilla. "*Ausverkauft!*" – dijo la señora de la entrada.

Opté por la vieja y confiable: "*Comprar boletos en la entrada a personas que no los necesitan*".



María Aída y yo hicimos eso en varias ocasiones: A veces, teníamos boletos regalados, y los regalábamos de vuelta en la entrada de algunos conciertos. En otras ocasiones, en eventos vendidos a tope, también nos tocaba comprar boletos de segunda mano. En algunas ocasiones, esto funcionaba bien. Donde no me funcionó muy bien fue en Ciudad de México, para el Vive Latino 2013, yo tenía boletos, y Natalia quería ir también al concierto. Esa vez, nos quedamos en un hotel cerca del senado de la república. Como yo tenía boletos y Natalia me dijo que era mi pedo, que yo buscara los boletos, pues me fui a estación Ciudad Deportiva a preguntar a los tipos que gritan: “¿Les sobra? ¿Les falta? ¡Boletos pa’l evento-oooooooooo!”. Yo odiaba a los revendedores con todo mi corazón. ¿Qué clase de basura compra boletos para venderlos más caros después? Digo, es el modelo de negocio de SeatGeek, una página gringa que legitimizó esta estúpida práctica, pero siempre me pareció desagradable. Sin embargo, heme ahí, preguntando por el puto boleto. Originalmente costaba 680 pesos. Lo compré por 1000. Era un poco caro, pero mejor que nada. Fuimos el sábado, porque Natalia quería ver a Blur. Creo que fue la primera vez que vimos un concierto juntos sin el drama de que ella desapareciera de repente para irse a escuchar más adelante. Creo que fue la primera vez que vimos algo en vivo en paz. Ese domingo, Chico Trujillo tocó a las tres y media de la tarde, pero yo estaba haciendo la reseña de Aiken, otra banda que sabrá la verga si todavía existen. Lo sé porque recuerdo haber tenido que reseñar a Renoh, una banda de punk tirándole a hardcore, nada impresionante, y a Twin Tones más tarde, una banda de ska funk, que sí me pareció impresionante. Recuerdo que hice la

reseña de Gepe más tarde, y luego la de Le Baron. Recuerdo que la gente estaba loca por ver a los Fabulosos Cadillacs, y pues sí, me sabía la de *Matador*, pero más nada sabía de la música del festival. Nos tomaron una foto a Natalia y a mí afuera del autódromo. Nos veíamos felices en 2013.

No había. Luis consiguió unos cuantos boletos al costo normal que habían conseguido, pero un alemán que iba con Luis y sus amigos se me adelantó cuando yo le daba el billete a quien sea que haya tenido los boletos en mano, y después hablé con Luis, pero no había nada que hacer al respecto. Me dijo “*jUy parce, perdón!*”, y no sentí ira ni nada. Igual, fue mi culpa por pendej@ y estar comiendo verga en lugar de comprar los boletos con anticipación. Me quedé afuera con Ignacio, un chileno de cabello largo y frenos dentales prominentes, que se quedó también sin boleto mientras el concierto empezaba.

Luis me dijo después que Chico Trujillo abrió con "Así es que vivo yo (que siga la fiesta)", y dice más o menos:

*Sigue la fiesta, noche  
¡Yo quiero bailar!  
¡Bailar la cumbia muy pega'o con mi mujer!  
Beberme un trago tranquilo,  
Bailando ritmos latinos,  
¡Gozándolo! ¡Así es que vivo yo!*

Pero yo no la escuché. Por pendej@.

Lo que sí escuché fue a Ignacio, a Nacho, hablando con la señora de la entrada, que nos dijo que *Entschuldigung, aber heute ist richtig voll, wir haben's nicht gedacht, dass er so voll wurde, aber vielleicht später eine Möglichkeit gibt*. Ignacio le siguió la corriente, y pasó unos minutos hablando con las señoras, tanto de la puerta como la de la caja, con una naturalidad que nunca había visto de otro latinoamericano. Digo, no conocía a muchos. Ciertamente, El diablo tenía un excelente alemán,

pero ponía demasiado esfuerzo en no hablar bien cuando estaba en presencia de otros mexicanos. Conmigo, cuando menos, intentaba cambiar a inglés cuando había alemanas, de menos para señalizar que soy un pendeja y no hablo alemán. O bueno, “*ein bisschen*”, diría yo. Hablando de tonteras de siempre: Cómo me llamo, vengo de México, *ja, genau, Sinaloa, Narcos Méjico, hab nicht gesehen*, ¡blam, blam, blam!, y que hablar alemán es *richtig schwer*. No entendía mucho la plática de Ignacio, pero igual mirábamos la puerta cada tanto, a ver si salía alguien... pero nada. Todo mundo en el concierto. Todo mundo gritando y sudando adentro. Nos quedamos ahí, dando vueltas a la puerta como hienas hambrientas esperando que algún anciano le diera cansancio y decidiera dejar el concierto a la mitad. Unos cuarenta y cinco minutos después, la señora nos tuvo compasión (la señora de la taquilla). Nos dijo: “*Ich kann Ihnen noch Tickets verkaufen. Fünf und dreizeig euro bitte.*” ¡Puta madre! ¿Treinta y cinco por cada boleto? ¿No le pierde, vieja vergüera? Pero bueno, pensé: “Ni modo, qué carajo le vamos a hacer, ya, quiero pasar a ver el espectáculo”. Saqué los treinta y cinco y se los di a Ignacio. El le entregó el dinero, y nos dijo “*¡Zu viel!*”, tomó 35 exactamente y nos dio 2 boletos. Entendí mal, era que los dos por treinta y cinco. Entramos y nos escabullimos hasta el frente del escenario, donde me uní a Luis y el resto de sus amistades latinoamericanas, justo para escuchar *la famosa*:

*Loca, loca, loca  
¡Te volviste loca y disparaste frente a mi!  
Que te habías enamorado hace unos años,  
sin decirme nada,  
y entonces la emoción,  
¡Confirma el sentimiento, Oh!*

La pasé bien. Andrés me dice que él no fue al concierto pero que llegó después, y que yo estaba toque que toque guitarra ahí en la calle. Yo no me acuerdo de esa parte.

**¡Quién es este culiao feo!**

**El Conductor**

Chico Trujillo et. Al.

Ay qué le pasa, qué le pasa a mi camión

*¡Qué le pasa, qué le pasa que no arranca!*

Pero qué le pasa qué le pasa a mi camión

Con tan buena, con tan buena conducción

*(Qué le pasa, qué le pasa que no arranca)*

*¡Que está dura, que está dura la palanca!*

Con tan buena con tan buena transmisión

*(Y está dura y está dura la palanca)*

El episodio especial de latinoamericanos en Karlsruhe empieza el año pasado, en 2016, en agosto. Creemos, el día diecinueve.

Ese día, había un concierto de Neurosis en Jubez.

Neurosis no es una banda que específicamente estaba muriendo por ver, pero hay algunos discos que escuché bastante siendo un joven adulto que le gustaba el metal en mi post-adolescencia, sobre todo *Times of Grace*, *A Sun That Never Sets* y *Given to the Rising*. Anteriormente había visto a Scott Kelly abriendo a Locrian, así que era más que nada porque quería tachar a la banda de mi lista de bandas por escuchar. El lugar no estaba abarrotado, así que no olía mucho a metalero sin bañar.

A media tarde, Luis me había invitado a un asado en la universidad para celebrar que uno de sus amigos, un tal “Doctor Méndez”<sup>250</sup>, así que me acerqué al AKK y no llevé comida, pero sí unas cervezas. Hablé con algunos de los amigos de Luis, pero estuve más que nada solamente en una esquina, cerca del asador, para evitar llamar demasiado la atención. A este grupo de locos latinoamericanos les conocí en algún otro evento social. Recuerdo en especial una vez que fuimos a una fiesta de unos mexicanos amigos míos (El Diego guapo y el Enrique) que hicieron una fiesta en el sótano de uno de los hostales estudiantiles de la universidad. Ese día fui con Juan, al que le quería enjaretar el departamento vergiado, y llevamos algunas cervezas en nuestras bolsas, pero no conocíamos realmente a mucha gente. Entre esa gente, estaba Julieth, una colombiana con la cual Juan intentó bailar, pero en una de esas ocasiones él intentó (o logró, dada la retroalimentación recibida posteriormente) tocarle la parte posterior sin su permiso, lo cual causó un poco de revuelo mientras estábamos en la fiesta, así que hubo algo de gritos, y como ya había bastante alcohol consumido en este punto, Juan se molestó con alguna persona, hubo más gritos, y extrañanamente, yo

---

<sup>250</sup>O bueno, yo lo conocía como Miguel Toro, cita requerida.

estaba actuando como mediador de ese revuelo. Le dije que nos fueramos, ya a la verga, para evitar más problemas, así que simplemente recogimos nuestros objetos y salimos del lugar. Unos días después, Juan me contó del “reporte” levantado por Andrés, el que recordaba del concierto de Chico Trujillo, por el toque del posterior el día anterior, y me reí y le dije “si, bueno, qué gonorrea”. “**Pues sí marquis, qué gonorrea esa gente**”.

De más de eso, no recuerdo a muchas de las personas que estaban ahí, con quienes me debí de haber quedado también hasta altas horas de la madrugada después del concierto de Chico Trujillo el año pasado, pero no recuerdo haberme quedado (**aunque debí, porque no tengo dignidad ni cariño por el control del alcohol**). Estuve ahí paradito solamente observando y siendo cordial, además de haber recibido un pan con una salchicha asada, con un poco de mayonesa y mostaza. Estuve una media hora ahí hasta que le dije a Luis que iría a un concierto, y que los podía ver más tarde. Debido a que el concierto terminaría aproximadamente a las diez de la noche, no tendría oportunidad de comprar más cerveza, así que le dije a Luis que si podía comprarme unas cervezas antes de que cerraran la tienda. “**Sí parce, de una, ahí me echas mensajito ya que salgas y hablamoss**”.

Pasó el concierto y a las diez y media, le pregunté a Luis dónde estaban. “**estamos en el Karlsruhe Times Square**”. “**¿El qué?**”, – pregunté. “**Aquí en el chuzo**”, “**¿En dónde?**”, y me dijo: “**Aquí, pille**” y me mandó la localización. Era en el consultorio del doctor chapatín, un doctor matalote que atendía al que llegara sin cita.

Me acerqué al apartamento y subí a saludar, para darme cuenta que no habían comprado las cervezas que encargué. De igual manera no me molesté porque igual eso me pasa por confiar en gente desconocida. Me senté y estuve ahí platicando con personas que había conocido en otras ocasiones pero que no les puse demasiada atención, porque no conocía a todas las personas ahí. Platiqué con Andrés, un colombiano que tenía

una camiseta de una banda punk, así que hablamos algo de punk rock y cosas aledañas. Estaba Noel, un guatemalteco que ya había visto caminar por la ciudad, pero mi animadversión a hablar en Español cuando recién llegué a Karlsruhe, me evitó acercarme a platicar, por amargo y por mala gente que soy. En el fondo, se escuchaba un poco de tumulto, y una puerta que se cerraba al fondo. No presté atención, porque lo que suceda en trasfondo y que no me involucre, no es mi problema.

Se siguió escuchando algo de ruido de fondo, que crecía cada vez más y más, hasta que la puerta se empezó a cerrar y abrir la puerta violentamente, mientras las personas que estabamos afuera veíamos y escuchábamos la algarabía, apenas a unos metros de distancia. Del cuarto, salió Miguel, un chileno narizón que se graduaba ese día (y la razón por la que nos juntaron ese día para celebrar) gritando:

“¡QUIERO CARRETIA-AAAAAAAAR<sup>251</sup>!”

---

<sup>251</sup>Carrete: de “carro” 7. **m.** coloq. Chile Acto o conjunto de actos organizados para la destrucción absoluta y total de la conciencia, llevando a los límites de la sobriedad y las buenas costumbres. Regocijo. “Quiero carrete-eeee la conchaetumare<sup>252</sup>!”

<sup>252</sup>Conchaetumare: cont. “La concha de tu madre” 1. **m.** coloq. Chile ídem. Expresión también usada en La Argentinacomo expletivo, muletilla o relleno sintáctico. “*Oi, weon, me duele la wata, po*”,<sup>253</sup>”

<sup>253</sup>El español chileno es conocido en latinoamérica por ser “difícil”. Sáez Godoy<sup>254</sup> recopila en 2012 resultados obtenidos desde 1978, y publicando en 2010, eliminando las erratas, los “conchetumares” innecesarios y otros lapsus misceláneos. Sin embargo, y notado en la sección 5: “¿Qué falta en el Diccionario de uso del español de Chile?, las locuciones verbales no están del todo presentes, además de semas, unidades léxicas, como abreviaciones del uso corriente, y muy importantemente, las variantes orales que le dan la complejidad percibida para entender el español chileno. Estas contracciones orales hacen el proceso infinitamente más complejo.

<sup>254</sup>Sáez Godoy, L. (2012). *El léxico del dialecto chileno: Diccionario de uso del español de Chile*. Estudios filológicos, (49), pp. 137-155. DOI:10.4067/S0071-17132012000100009

En ese momento, se sintió como si la fiesta se hubiera detenido, mientras hileras interminables de personas salían del cuarto donde estaba Miguel.

Yo seguí platicando *¿Tal vez con Andrés?* y dejé que las personas que se estaban encargando de Miguel en ese momento se encargaran de Miguel, hasta que, posiblemente por desesperación, la entonces pareja de Miguel, una mujer que no recuerdo bien, salvo porque era muy pequeña (*porque su tamaño fue un obstáculo a retomar eventualmente*) regresó al apartamento y pidió ayuda para subir a Miguel.

“*¡Qué cague de risa, mano!*” – dijo Noel, mientras continuaba platicando alguna cosa con alguien más en la sala. Debido a que estaba ya aburrido y no tenía mucha plática que hacer, decidí acercarme a ayudar a esta persona pequeña a mover a Miguel, de quien no sabía absolutamente nada en este punto. “*Miguel está en las escaleras, y no se puede levantar*”, – decía, mientras bajabamos las escaleras.

Encontré a este denso hombre tirado, diagonalmente con respecto al nivel de las escaleras, unos dos pisos abajo de donde estaba el apartamento donde fui convocado por Luis en ese entonces. Creo que Julián bajó en ese momento, otro chileno, no tan denso, pero con una camisa florida y colorida, que ayudó a poner a este hombre denso y pesado en una posición más amigable para poderlo regresar al apartamento.

Esta parte yo la desconocía, pero aparentemente, Miguel estaba muy borracho y quería salir a “*seguir carretiando*”, pero debido a que ya había consumido cantidades prominentes de alcohol, calculo yo alrededor de suficiente para tener un contenido alcohólico sanguíneo entre 2% y 2.5%, debido a que en este punto había perdido la capacidad de coordinar sus funciones neuromotoras gruesas (y ni se diga las finas), por lo que tenía dificultad manteniendo la postura vertical.

Subimos lentamente a Miguel hasta el piso objetivo, momento en el que recobró la conciencia e intentó escapar de nuevo, escabulléndose de las

manos de Julián, y quedando solo yo sosteniendo los pies para evitar que se escapara. Halé hacia la puerta del departamento mientras Miguel pataleaba y manoteaba, y la mujer pequeña observaba atónita del otro lado del pasillo.

“*¿QUIÉN ES ESTE WEON?*”

— gritaba Miguel.

“*¿QUIÉN ES ESTE WEON?*”

—gritaba, más fuerte, Miguel.

Excelente pregunta, Miguel.

*¿Quién soy yo?*

Yo que voy a saber, a la verga, cabrón.

Le dije: “*No soy nadie*”, mientras lo sostenía dado que el no podía sostenerse por si mismo. Empezó a agitarse y basquear, para lo que la pareja trajo una bolsa ínfima de plástico, en la que la primera vez Miguel no le pudo atinar, lanzando un poco de vómito al aire, encima del techo de un edificio vecino.

“Bueno, de menos no basquió a nadie este culiao feo” – pensé en parte, imitando de buena fe, que me haya llamado de tal manera, ¿O será que Julián lo dijo al fondo? Sostuve la bolsa y algo de vómito que cayó sobre mi mano, hasta que dejó de vomitar y solo salía aire y saliva. Metimos a ese hombre mitad muerto, mitad inconsciente, de vuelta al cuarto de donde salió hacía ni una hora, lo lanzamos a la cama, lo tapamos con su cobijita, y salimos de ahí.

Salí a tomar algo de aire fresco, después de lavarme las manos en el lavabo, que estaba detrás de una puerta adornada por un afiche de *toilet.cam*, de esos que se ponen en los dormitorios estudiantiles, con gente teniendo sexo premarital, vomitando o consumiendo estupefacientes.

Al salir, tomé uno de los últimos cigarrillos que me quedaban y me quedé afuera platicando con Julián, el chileno relativamente sobrio de la camisa floreada que sostenía en su brazo derecho un bolso con su trompeta. Yo lo había visto antes ya en el concierto de Chico Trujillo, y yo tenía ya varios meses que escuchaba a Beirut. Le pregunté cuánto tenía tocando: “*¿Shu-uu, nah, yo tengo caleta 'e tiempo tocando, como... unos siete años? ¡Ah! ¡El weon brígido!*” – me decía, pero no teníamos mucho que platicar, así que nos separamos y volví a entrar.

Ya no había cerveza en el refri cuando me volví a meter.

Ya eran casi las dos de la mañana, y las luces se empezaban a apagar. Quedabamos Noel, Andrés, y yo, y realmente no teníamos mucho que

platicar entre nosotros, y menos que beber, así que les dije que “bueno, ya me voy a mimir, ahí nos estamos viendo”.

Lamentablemente, en este punto, Luis se fue de Karlsruhe, a alguna parte del Reino Unido, por lo que ya no nos volvimos a ver en seis meses, y tampoco le tenía mucha confianza a sus amigos para unírmelas, por lo que estuve de nuevo ahí rondando sin mucho más que agregar a este episodio especial.

En agosto, llegó ~~Alejandra~~.

## España

No tengo una opinión específica de las personas de España. En general. He conocido a algunos sumamente agradables. A Diego le conocí el año 2015, un asturiano pequeño que vivía con Chia-Wei, mi compañero de la escuela, a donde fui invitado un día a cenar y encajamos bien, y empezamos una bonita amistad. Diego es muy cómico y occurrente, dice cosas muy disparatadas, a veces por bromear en inglés hace traducciones muy extrañas pero también muy cómicas. Algunas veces fuimos a su apartamento a hacer pizzas, siempre hechas a mano, y con un sabor bastante agradable. Durante un tiempo, también vivió con un mexicano, Ulises, también un muchacho agradable pero a veces, tristón. Ulises estudiaba en el mismo instituto que Paula, por lo que sabía sobre él a través de Paula. Fuera de él, no conocía a muchas personas españolas. Por esto, muchos de mis juicios de las personas españolas eran, en su mayoría, negativos o en el contexto de "la colonización", le tenía una especie de coraje internalizado a pesar de no conocer a ningún español. La novia de EL SEÑOR DE LA OSCURIDAD era una chica española, muy agradable, que para evitarnos problemas de *copyright* llamaremos "DOÑA DIABLA, LA ORIGINAL", por cuestiones que

serán aparentes en el futuro. La muchacha se me hacía muy agradable, pero nunca desarrollamos una relación de amistad, porque para mí, era muy extraño tener una relación amistosa con las parejas de mis amigos. No sé por qué, lo consideraba un poco un quiebre del contrato social de mantener una relación amistosa con mujeres porque podía prestarse a malinterpretaciones. Bueno. está bien, admitiré que es porque



Un día, EL BAPHOMET me invitó a su casa, por que unas amigas de su novia estaban de visita, y quería que las conociera. Entre ellas, estaba ~~Alejandra Jiménez~~, con su pelo largo hasta la cintura y su sonrisa encantadora, por no decir nada del culillo lindo que se cargaba. Nos conocimos en agosto, cenando alguna cosa en casa de El diablo, y ahí platicamos un poco. Me dijeron que planeaban visitar Tübingen, un pueblo cercano a Stuttgart. Ese día, nos vimos en la estación de tren, y acompañé al grupo a la ciudad de Tübingen. Una ciudad pequeña, pintoresca: Una torre cerca del río Neckar, en la cima de la torre de una iglesia a la que uno puede accesar a ver los tejados rojos de la ciudad. Subimos a ver qué había, y ~~Alejandra Jiménez~~ me tomó una foto viendo a lo lejos. Hablábamos de vez en cuando, pero nada demasiado interesante. Tonteras, como de costumbre. Comimos una pizza muy mala, y hablamos de Alemania. Jason, un muchacho afroamericano que las acompañaba, de Estados Unidos, participaba menos que yo en la conversación, porque decía que *you guys speak too fast, ¿You know?* Bromeamos sobre las mujeres de talla grande de Estados Unidos de América, puesto que El diablo decía que las mujeres gringas son grandes. Talla X, X, X, X, X, L. Jason lo encontraba *kinda funny*. Volvimos al tren y seguimos platicando de regreso en grupo. Ese día en la noche,

~~Alegria~~ y Alba, otra amiga de la señora de El diablo querían salir a beber algo, así que me puse una camisa y las acompañé a salir a beber algo. Cuando llegué, Alba y ~~Alegria~~ estaban completamente emperifolladas para salir, y les dije: “*se ven muy guapas, pero qué, ¿A dónde piensan que van?*”. Me dijeron que yo también, pero sabía que eran *mentiras*, porque solo me había puesto una camisa y tenía varios días que no me afeitaba. Pero está bien. Porque también está bien que me digan *mentiras*. Estuvimos discutiendo un poco sobre qué hacer, porque era domingo, entonces no había muchas opciones abiertas.

~~Alegria~~ dijo: “*¡Vaya, pero qué aburridos en esta ciudad! ¿Cómo que todo cerrado, y tan temprano?*”. Pues eran las once de la noche, no sé qué quieran, muchachas.

En el pueblo pequeño de donde provienen estas chicas, Albacete, hay una calle repleta de bares, donde la gente puede ir a beber algo todos los días, a todas horas, y nadie puede hacer nada para detenerles. Por eso estaban tan sorprendidas con que “no hubiera bares abiertos” a estas horas de la madrugada. Sí, las once son la madrugada en Karlsruhe. Pero eso no lo sabía.

Fuimos a *Markt Lücke*, ese bar de mala muerte al que fui varias veces, donde todo olía a pedo y hacía mucho calor. Estuvimos ahí unos cuarenta minutos, hasta que Alba dijo: “Me quiero ir, estoy agotada”. Le pregunté a ~~Alegria~~ que si quería irse, pero quería quedarse otro rato. Nos quedamos ahí escuchando música, porque no se podía hablar mucho con esa música estridente. Estuvimos ahí hasta que me acabé mi cerveza, y le dije que nos fueramos, que ya era algo tarde. La acompañé caminando al apartamento de El diablo, cerca de la lavandería donde iba a cepillar mis calzoncillos para dejarlos relucientes. ~~Alegria~~ me dijo que quería seguir platicando, así que nos pusimos en el pórtico de un local vecino a seguir hablando. “*¿Te parezco linda?*” – me preguntó. Le dije que claro, me parecía muy linda. Le dije que no sabía si era

apropiado, dado que son amigas de la novia del amigo, y que me parecía un poco grosero. Le dije que si podía besarla, y me dijo: “*¿Pero por qué tienes que preguntar? Házlo y ya*”. Y la besé. Y me dijo que ya se tenía que ir, que eran las 3 de la mañana. Que al día siguiente, podríamos vernos. Que había que tomar las cosas con calma.

Me monté al tranvía a casa, y al día siguiente, nos vimos todo el día, porque hicimos un asado debajo del puente del Rin, donde todo está bien, porque no sabíamos dónde era legal encender fuego para hacer un asado pequeño. Compramos salchichas en una estación de gasolina, y mientras andabamos en los tranvías, ~~Ayudadme~~ y yo nos tomábamos la mano, a veces. Como niñas del colegio que no querían ser sorprendidas por la maestra gruñona. Debido a que pronto se irían, nos vimos en la noche brevemente, intercambiamos números telefónicos, a través de los cuales nos mantuvimos en contacto y quedamos de vernos en el futuro. Ya no nos dimos besos esa vez.

**Buscaré un vuelo barato.** – pensaba.

Este episodio se corta en este punto hasta octubre, porque tenía una plática pendiente, con una ~~Ayudadme~~ del pasado que quedó pendiente después de un día de mayo.

En septiembre, no pasó nada...

Y llegó el otoño.



EN LA PRÓXIMA ENTREGA DE:

# SEÑORES TRAMMERS

COM

¿ORLANDO  
QUEBRARÁ  
GUITARRAS?

¿UNA MORRA LO VA  
A HACER CAGADA?  
¿ENCONTRÁ EL AMOR?

SÍGANOS EN LA TEMPORADA 3







